



**LOS PROGRAMAS HISPANOAMERICANISTAS DE RAFAEL
ALTAMIRA Y SU PRIMERA ESTANCIA EN MÉXICO, 1909-1910:
HACIA LA CONFORMACIÓN DE UNA RED INTELECTUAL**

Juan Manuel Ledezma Martínez

Tesis doctoral dirigida por Marta Elena Casaús Arzú

Doctorado del Programa Oficial de Posgrado en Estudios Latinoamericanos
Departamento de Historia Moderna

Universidad Autónoma de Madrid
2013

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PREÁMBULO	11
INTRODUCCIÓN.....	21
1. RAFAEL ALTAMIRA: UN INTELLECTUAL ENTRE EL KRAUSISMO Y EL REGENERACIONISMO	21
1.1 <i>Krausismo e institucionismo</i>	23
1.2 <i>Las generaciones de intelectuales regeneracionistas</i>	28
1.3 <i>El Regeneracionismo español</i>	31
1.3.1 Las críticas a la Restauración	36
1.3.2 Regeneración, educación y nación	38
1.3.3 Regeneracionismo político, militar e intelectual	41
1.3.4 Proyectos de los intelectuales regeneracionistas.....	44
2. RAFAEL ALTAMIRA: ENTRE EL AMERICANISMO Y EL HISPANOAMERICANISMO.....	47
2.1 <i>El americanismo académico de Rafael Altamira</i>	50
2.2 <i>El hispanoamericanismo español a finales del siglo XIX</i>	54
CAPÍTULO I: APROXIMACIONES AL HISPANOAMERICANISMO	65
INTRODUCCIÓN.....	67
1. AMÉRICA Y AMÉRICA LATINA: IDEAS Y NOCIONES	68
1.1 <i>América</i>	68
1.2 <i>La unidad americana y la patria</i>	70
1.3 <i>Americanos y estadounidenses</i>	71
1.4 <i>La latinidad americana</i>	72
1.5 <i>América Latina, Hispanoamérica e Iberoamérica: aproximaciones a su familia conceptual</i>	75
2. DE HISPANOAMÉRICA AL HISPANOAMERICANISMO	77
2.1 <i>Ideas alrededor del término Hispanoamérica</i>	77
2.2 <i>El hispanoamericanismo</i>	79
2.3 <i>Debate historiográfico</i>	84
2.3.1 El hispanoamericanismo desde la perspectiva americana.....	84
2.3.2 El hispanoamericanismo desde la perspectiva europea y estadounidense	89
2.3.3 El hispanoamericanismo desde la perspectiva española	94
3. CONTORNOS DEL HISPANOAMERICANISMO	102
3.1 <i>La reanudación de las relaciones oficiales y privadas entre España y las naciones americanas</i>	103
3.2. <i>El hispanoamericanismo en el segundo tercio del siglo XIX</i>	106
3.2.1 El contexto político español 1833-1856	106
3.2.2 Los proyectos de unión política.....	109
3.2.3 La burguesía panhispanista e hispanoamericanista de la segunda mitad del siglo XIX.....	112
3.2.4 El idioma, la campaña de las letras y la historia.....	115
3.3. <i>El hispanoamericanismo del último tercio del siglo XIX a 1917</i>	120
3.3.1 El contexto político del régimen de La Restauración	121
3.3.2 La coyuntura del desastre del 98 en España y América.....	126
3.3.2.1 El regeneracionismo nacionalista español	127
3.3.2.2 Regeneracionismo americano y la generación arielista	131
3.3.3 El gobierno español frente al panamericanismo	134
3.3.3.1 El hispanoamericanismo en el gobierno español después de 1917.....	138
3.3.4 Las instituciones privadas hispanoamericanistas.....	141
3.3.4.1 La Unión Ibero-Americana y el Ateneo de Madrid.....	141
3.3.4.2 Las asociaciones catalanas	143
3.3.4.3. El hispanoamericanismo de la Universidad de Oviedo	147
3.3.5 Actividades hispanoamericanistas	148
3.3.5.1 El IV Centenario del Descubrimiento de América	148
3.3.5.2 Congresos.....	149
3.3.6 Figuras y actores.....	153
3.3.6.1 Emilio Castelar.....	155
3.3.6.2 Rafael María de Labra.....	157
3.3.6.3 Los emigrantes españoles.....	160
3.3.7 El hispanoamericanismo en la esfera académica	162

3.3.8 Programas hispanoamericanistas	166
CONCLUSIONES.....	169

CAPÍTULO II: EL PROGRAMA HISPANOAMERICANISTA DE RAFAEL ALTAMIRA173

INTRODUCCIÓN	175
1. ESTADO DE LA CUESTIÓN SOBRE EL AMERICANISMO E HISPANOAMERICANISMO DE RAFAEL ALTAMIRA	176
1.1 Obras publicadas durante los años sesenta y setenta	182
1.2 Publicaciones de la década de los ochenta.....	184
1.3 Las obras de los años noventa	185
1.4 Trabajos publicados durante la primera década del siglo XXI	187
1.5 Las publicaciones más recientes	191
2. TRAYECTORIA DE LAS PRIMERAS FASES DEL PROGRAMA HISPANOAMERICANISTA DE RAFAEL ALTAMIRA ...	193
2.1 El programa inicial.....	197
2.2 El programa de 1900.....	207
2.3 El “reelaborado programa de 1898”	217
3. EL VIAJE A AMÉRICA DE RAFAEL ALTAMIRA Y LAS REFORMULACIONES DE SU PROGRAMA HISPANOAMERICANISTA.....	226
3.1 Aproximación al estado de la cuestión del viaje a América.....	226
3.2. El contexto intelectual del viaje a América de Rafael Altamira.....	229
3.3 El viaje a América.....	231
3.4 El programa de 1910.....	247
3.5 El programa de 1917.....	255
3.6 Otros textos hispanoamericanistas y caracterización del hispanoamericanismo según Rafael Altamira	265
CONCLUSIONES.....	273

CAPÍTULO III: RAFAEL ALTAMIRA EN MÉXICO 1909-1910281

INTRODUCCIÓN	283
1. LLEGADA DE RAFAEL ALTAMIRA A MÉXICO	286
1.1 El contexto nacional.....	286
1.2 Los preparativos de la llegada y de las actividades de Rafael Altamira en México	293
1.3 Las primeras impresiones de Rafael Altamira en México y su breve visita a Estados Unidos	299
2. LAS ACTIVIDADES DESARROLLADAS CON LA COMUNIDAD ESPAÑOLA	303
2.1 Españoles en México durante los siglos XIX y XX.....	303
2.2 Telésforo García: pieza clave del lobby de Rafael Altamira en México	312
2.2.1 El intelectual defensor del positivismo	313
2.2.2 Telésforo García y Emilio Castelar.....	318
2.2.3 Telésforo García empresario y puente de la colectividad española en México	321
2.3 La situación de la colectividad española a la llegada de Rafael Altamira	323
2.4 La conferencia de presentación ante la sociedad mexicana	329
2.5 Reseña de la polémica suscitada en la prensa por el primer discurso de Rafael Altamira	333
2.6 La conferencia cultural para la elite española y mexicana	346
2.7 Banquetes ofrecidos por la comunidad española a Rafael Altamira	347
2.8 Actividades con la comunidad española en Veracruz y Yucatán	352
3. LAS PROPUESTAS DE RAFAEL ALTAMIRA A LA COMUNIDAD DE ABOGADOS	357
3.1 Contexto de la enseñanza jurídica en México.....	357
3.2 Las disertaciones jurídicas de Rafael Altamira en México	358
3.2.1 Primera conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia	358
3.2.2 Segunda conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia	364
3.2.3 Tercera conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.....	367
3.2.4 Cuarta conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia	373
3.2.5 Ciclo de conferencias para el Colegio Nacional de Abogados.....	379
3.3 Otras actividades de Rafael Altamira con la comunidad de abogados.....	380
4. LA LABOR DE RAFAEL ALTAMIRA EN OTROS ESPACIOS EDUCATIVOS	389
4.1 Contexto general de la educación mexicana.....	389
4.2 Algunas propuestas del programa hispanoamericanista en los espacios educativos mexicanos	391
4.2.1 Conferencia en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres sobre la Extensión Universitaria.....	397
4.2.2 Conferencia en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología sobre la ciencia histórica.....	402
4.3 Visitas y banquetes en algunos centros educativos mexicanos	411
4.4 Actividades en centros educativos de Veracruz y Yucatán.....	413
5. RAFAEL ALTAMIRA EN OTROS ESPACIOS DE SOCIABILIDAD	416

	5
5.1 Actividades culturales.....	416
5.2 Celebraciones varias	420
6. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOGROS CONSEGUIDOS.....	422
EPÍLOGO: LA RED DE RAFAEL ALTAMIRA EN MÉXICO.....	437
CONCLUSIONES	449
BIBLIOGRAFÍA	455
A) ARCHIVOS Y FUENTES HEMEROGRÁFICAS CONSULTADAS	455
B) BIBLIOGRAFÍA	455
C) RECURSOS BIBLIOGRÁFICOS EN LÍNEA CONSULTADOS.....	478
ANEXOS	479
I: PROPOSICIONES QUE PRESENTAN AL CONGRESO HISPANOAMERICANO ALGUNOS CATEDRÁTICOS DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO (1900).....	481
II: PROPOSICIÓN DEL SR. D. RAFAEL ALTAMIRA CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO AL CONGRESO HISPANO-AMERICANO (1900)	483
III: MEDIOS PRÁCTICOS PARA ORGANIZAR LAS RELACIONES HISPANO-AMERICANAS. (INFORME PRESENTADO Y LEÍDO Á SU MAJESTAD EL REY, 1910)	485
IV: PROGRAMA MÍNIMO Y URGENTE (1917)	493
V: REGISTRO DE LAS ASISTENCIAS A LAS ACTIVIDADES DE RAFAEL ALTAMIRA EN MÉXICO 1909-1910	497

A Mónica Quijada

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer a las instituciones que han financiado esta investigación. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT) por otorgarme una beca de estudio que sirvió para culminar el Master en Estudios Latinoamericanos e iniciar los estudios doctorales. Al Instituto Alicantino de Cultura *Juan Gil-Albert* por seleccionar este proyecto para las ayudas a la investigación que se promueven para el desarrollo de las Ciencias Sociales y Humanidades. A la Universidad Autónoma de Madrid y al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) por acogerme para realizar una larga estancia de investigación. Al personal de las instituciones que permitieron la consulta de sus fondos documentales: Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Archivo de la Fundación Residencia de Estudiantes, Archivo del Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan de Alicante, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Hemeroteca Nacional de México.

Es difícil culminar una tesis doctoral sin el apoyo de aquellas personas que en distintos momentos estuvieron presentes de alguna u otra manera en el proceso de esta investigación. Deseo agradecer de una manera muy especial a quien, en su momento, fuera mi tutora y directora de tesis, Mónica Quijada. Lamentablemente hoy en día no se encuentra entre nosotros, pero honramos su memoria y a ella, en su recuerdo, le agradezco el apoyo moral y humano que recibí recién llegué a España. Agradezco su paciencia, sus enseñanzas y su ejemplo, entre muchos otros, de no perder la esperanza frente a las adversidades.

Quisiera agradecer también especialmente a Marta Casaús por su labor académica, por su lucha constante y comprometida y por sus enseñanzas. Sobre todo porque no fue fácil asumir la dirección de esta tesis y seguirla guiando en los momentos más difíciles de mi estancia en Madrid.

A los profesores del Máster y Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma de Madrid por sus valiosos aportes académicos. Dentro de la larga lista agradezco de manera más cercana a quienes me fueron sugiriendo ideas y aportando elementos para comprender y llevar a cabo las diversas etapas de esta investigación. Quiero externar mi reconocimiento y admiración bien sincera a los profesores y amigos Jesús Bustamante, Mirian Galante, Juan Pro, Gustavo Prado, Teresa García, María Luisa Ortega y Manuel Álvaro. Asimismo, deseo agradecer el apoyo de otros grandes académicos que estuvieron pendientes del desarrollo de esta tesis, por sus asesorías que me motivaron a la reflexión y profundización de los varios aspectos de este estudio y por su buena disposición

en todo momento: Jaime del Arenal, José Ferrándiz, Palmira Vélez, Rafael Asín, Ricardo González Leandri, Elda González, Marta Irurozqui, Víctor Peralta, Leoncio López-Ocón y Antolín Sánchez Cuervo. También deseo expresar mi gratitud a Alejandra Hurtado de Méndoz por su valioso tiempo y experticia en la orientación con la metodología del análisis de redes sociales.

Quisiera agradecer la confianza y amistad que ha surgido gracias a este trabajo con Pilar Altamira, de quien he podido conocer, más allá de los textos y conferencias, las anécdotas e historias “del abuelo” que se conservan entre nietos y bisnietos y que forman parte de la historia oral de los recuerdos familiares. Agradezco también la amistad y el apoyo incondicional de todos sus hijos: Luz, Ignacio, Álvaro, Javier, Borja y Pilar.

A mis compañeras de Máster, hoy grandes amigas: Kasia y Mona, por su constante apoyo y ánimo en esta estancia madrileña, por compartir el proceso de conocer y revalorar América Latina dentro y fuera de la universidad, por sus compartires y sentires comunes. No puedo olvidarme de otros grandes amigos como Luis, Richardson, Radhouane, Estefanía, Tania, Santiago, Ethel, Rosi y una larga lista de compañeros que he tenido la fortuna de conocer en estos años.

Un agradecimiento especial para mi familia, a mis padres Juan Manuel y Antonia; a mis hermanas Claudia y Karina que sin su ayuda no me hubiera podido quedar en Madrid a concluir el Máster; a mis sobrinos Axel, Paulette, Kenya y Zoe. A todos ellos que han sabido comprender y apoyar el significado de emprender un proyecto de vida de esta envergadura, teniendo un océano de por medio. A ellos también va todo este esfuerzo. A Norma de los Ríos, maestra y amiga que está siempre presente.

Antes de finalizar expreso mi gratitud a los profesores que aceptaron formar parte del del tribunal de esta tesis.

Mi agradecimiento más profundo es para Glori, que sin su presencia, su apoyo, comprensión, empuje y sobre todo su amor, este camino hubiera sido más difícil recorrerlo. A ella le dedico también este pedacito de vida.

PREÁMBULO

El ejercicio dialéctico e historiográfico que se ha desarrollado alrededor de la figura de Rafael Altamira y Crevea (Alicante, 1866-Ciudad de México, 1951) durante seis décadas además de que ha permitido avanzar en el conocimiento sobre su vida, obra, contexto social, cultural e intelectual, ilustra el potencial que constituye como tema de estudio. En el Congreso Internacional sobre Rafael Altamira que se celebró en Madrid en octubre de 2011, su mayor biógrafo, Rafael Asín, comentó que las ideas principales entre los que nos hemos adentrado en los estudios altamiristas “nos suenan a todos cuando se las oímos a los compañeros”. Esta profusión de trabajos sobre Altamira, sin embargo, no ha impedido que ciertos aspectos de su vida necesiten seguir siendo revisados, reinterpretados y revalorizados —algo a lo que también aludió Asín en dicho discurso— precisamente por la extensión y complejidad de su legado.

Rafael Altamira, quien fuera un polígrafo prestigioso dedicado a la Historia, el Derecho, la Pedagogía, las Letras y la Música, escribió gran cantidad de obras que abordaron problemáticas tan diversas como la identidad nacional, la educación, las relaciones con América, la historia de América, la historia de España, la metodología y la enseñanza de la historia, la historia del derecho español, el derecho indiano y el pacifismo, principalmente.¹ Comprometido con su contexto social, cultural e intelectual, desplegó acciones tendientes a buscar una mejoría de su entorno. Como ejemplo de ello podemos señalar que su obra americanista e hispanoamericanista abarcó más de 140 trabajos;² que las acciones desplegadas por él sobre estos asuntos tuvieron que ver no sólo con la difusión del conocimiento sobre

¹ Los principales estudios biográficos de Rafael Altamira en: ALTAMIRA Y CREVEA RAFAEL, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Diputación Provincial de Alicante, 1987. RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara, 1968 y *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1987. MORENO, Francisco, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Generalitat Valenciana y Consell Valencia de Cultura, 1997. ALTAMIRA, Pilar, *Diálogos con Rafael Altamira*, España, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones; Universidad de Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2009. RAMOS, Álvaro, *Rafael Altamira: una generación excepcional* (Vídeo), Madrid, 2010. Otros trabajos destacados que tocan aspectos biográficos son: MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1971. PALACIO LIS, Irene, *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

² Una muestra de la obra americanista e hispanoamericanista de Altamira en: *Cuestiones hispano-americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900; *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1908; *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Lib. Gral. Victoriano Suárez, 1911; *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917; *La política de España en América*, Valencia, Edeta, 1921; *La huella de España en América*, Madrid, Reus, 1924; *Colección de textos para el estudio de la Historia de las Instituciones de América. constituciones vigentes de los estados americanos*, Madrid, Arte y Ciencia, 1926; *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1929; *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1933.

América gracias a estas obras, artículos, conferencias y a través del seminario que fundó en el Centro de Estudios Históricos en 1910 y su cátedra en la Universidad Central de Madrid sobre las instituciones de América en 1914, sino también con su labor diplomática extraoficial. Sobre esta última se reconoce que contribuyó a establecer puentes entre España y las repúblicas americanas, empresa que realizó principalmente entre 1909 y 1910 a lo largo de su viaje de nueve meses por América en el que visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Estados Unidos y Cuba.

Este viaje de Altamira se realizó en el contexto de la campaña americanista de la Universidad de Oviedo donde era catedrático. Allí el alicantino había impulsado en 1898 un programa de acción hispanoamericanista que fue reformulando durante varios años. El viaje le permitiría difundir el programa hispanoamericanista con el fin de extender relaciones desde el ámbito académico y cultural. Dicha empresa vino a ser un hito en la historia del americanismo español y del hispanoamericanismo. Sin embargo, la relevancia de este acontecimiento prácticamente sólo se ha abordado desde la mirada española y, en general, su estudio no ha ido más allá de inventariar las actividades que realizó el alicantino durante el periplo y que recogió en el libro *Mi viaje a América (libro de documentos)*.

La historiografía latinoamericana sobre este importante suceso histórico está por escribirse. Solo recientemente encontramos trabajos puntuales que han analizado la recepción de esta empresa en América Latina, concretamente para el caso de Argentina con los trabajos de Gustavo Prado.³ Sobre México, que fue el segundo país en importancia dentro de la agenda de Altamira después de Argentina, son escasos los estudios que existen al respecto y en consecuencia se conoce parcialmente tanto la actividad desplegada por Rafael Altamira, como las repercusiones que tuvieron sus acciones en los distintos sectores de la sociedad con los que interactuó.⁴

Precisamente con el fin de reconstruir el contexto latinoamericano en el que se produjo este viaje de Altamira, así como su repercusión en dicha región, el presente trabajo se propone cubrir el vacío de la historiografía referido a la visita de Rafael Altamira a México a finales de

³ PRADO, Gustavo H, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*, tesis doctoral presentada ante el departamento de historia de la Universidad de Oviedo, bajo la dirección del Prof. Dr. Moisés Llordén Miñambres, Oviedo, 2005; *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008; *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008 y *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909): apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010.

⁴ Esta etapa mexicana también ha sido brevemente trabajada en los estudios que han revisado el viaje América. Sin embargo, salvo los trabajos recientes de Gustavo Prado, prácticamente no se han presentado novedades sobre esta visita a tierras mexicanas.

la primera década del siglo XX.⁵ Como ya se ha apuntado, se trata esta de una historia poco conocida. Partimos de la hipótesis de que esta visita no se puede entender sin relacionarla con la discusión sobre el hispanoamericanismo que propone este personaje. Por eso, el aporte de la tesis consiste precisamente en vincular la propuesta intelectual de Altamira sobre el hispanoamericanismo con la acción concreta orientada a la construcción de una institucionalidad fundada sobre principios compartidos por ambos lados del Atlántico hispano a través del programa que formuló a partir de 1898. Dicho programa reflejaba el interés intelectual de la época por la regeneración y la conformación de una identidad común, e impulsaba la política universitaria concreta de la Universidad de Oviedo que pretendía reforzar los lazos culturales y académicos con Hispanoamérica.

La historiografía española hace alusión a varios programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira, no obstante, esta tesis parte de la comprensión de que en realidad todos estos programas forman parte de un único proyecto intelectual que tuvo expresiones distintas. Hemos registrado, al menos, cuatro etapas en su formación. Sobre ellas, de manera genérica, nos referiremos a lo largo de esta investigación siguiendo la denominación establecida, esto es, llamándolas programas hispanoamericanistas de 1900, 1908, 1910 y 1917, aunque desde nuestro punto de vista todas ellas serían reformulaciones del mismo programa nacido en 1898. Asimismo, hemos encontrado en los estudios hasta ahora realizados, que estos programas han sido analizados de manera aislada unos de otros, lo que dificulta ver de manera conjunta el programa en sí.⁶ En definitiva, esta tesis doctoral se construye sobre una consideración inédita (o escasamente explorada) del proyecto hispanoamericanista de Altamira según la cual es necesario comprender éste como un programa intelectual integral forjado en 1898 que tendrá formulaciones concretas a lo largo del tiempo, pero que deben ser entendidas de manera conjunta en relación con dicho programa inicial.

Ahora bien, la historiografía sobre el paso de Altamira por tierras mexicanas ha tenido dos momentos. El primero se produjo gracias a los trabajos que escribieron sus discípulos en

⁵ La otra estancia de Rafael Altamira en México sería definitiva. Permanecería ahí desde el año de 1944 hasta su muerte, acaecida en 1951.

⁶ Los trabajos que más avanzaron en este sentido fueron los de SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Rafael Altamira. Programa americanista español”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t.3, Madrid, 1990, pp. 123-142. VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo”, [en línea] ponencia presentada en: *VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Área de Pensamiento, Grupo de trabajo 1: Rencuentro entre españoles y americanos, Universidad Complutense de Madrid, 29 de septiembre al 1 de octubre de 1997, <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero>. ASÍN VERGARA, Rafael, “La civilización y la cultura en el concepto hispanoamericano de Rafael Altamira”, en INSTITUTO INTERNACIONAL DE HISTORIA DEL DERECHO INDIANO. CONGRESO (12.1998.TOLEDO), *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional del derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, Feliciano BARRIOS PINTADO (coord.), España, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 171-226. CORONAS GONZÁLEZ, Santos M., “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico” en *Ibid.*, pp. 343-373.

México para resaltar la labor americanista e historiográfica de su maestro.⁷ El segundo momento surgió en el marco de los simposios en homenaje a Rafael Altamira realizados en ambas orillas del Atlántico durante la década de los ochenta.⁸ A partir de entonces historiadores mexicanos como Rafael Diego-Fernández y Jaime del Arenal empezaron a rescatar la primera visita de Altamira desde la historia del derecho.⁹ Desde otra perspectiva disciplinaria encontramos el trabajo de Jesús Nieto, quien estudió algunas de las actividades desarrolladas por Altamira en otros ámbitos de la educación.¹⁰ Asimismo de manera genérica se ha estudiado esta visita brevemente en el marco de la historia de las relaciones exteriores entre España y México.¹¹ Finalmente merece una mención aparte la contribución historiográfica que hicieron Claude Dumas¹² y el emigrante español Enrique de Olavarría.¹³ Dumas analizó la visita de Altamira en el ámbito de un estudio biográfico sobre Justo Sierra. Olavarría, por su parte, realizó una crónica de esta visita dentro de los sucesos relacionados con el teatro, los recreos y las diversiones.¹⁴

⁷ MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

⁸ En España se editó ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", Diputación Provincial de Alicante, 1987. En México tras el homenaje que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México, se reeditó la obra de sus dos discípulos y se publicó un número especial sobre Altamira en INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS, *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990.

⁹ DIEGO-FERNÁNDEZ SOTELO, Rafael, "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, Vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1988, pp. 245-262, y "La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990, pp. 397-410. ARENAL FENOCHIO, Jaime del, "Comentario a la ponencia del doctor Rafael Diego-Fernández: 'La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica'", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990, pp. 411-414, y ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenchio, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

¹⁰ NIETO SOTELO, Jesús, "El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas", en *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), Murcia, Universidad de Murcia, No. 17, 1999, pp. 203-220.

¹¹ Destaca la obra de la historiadora mexicana Josefina Mac Gregor, quien recapituló esta visita recurriendo a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España. MAC GREGOR, Josefina, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

¹² DUMAS, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, T. II., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

¹³ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica del Teatro en México 1538-1911*, tercera edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, Tomo V, México, Editorial Porrúa, 1961, pp. 3208-3219. Este texto se publicó por entregas desde 1884. Sobre Olavarría cabe destacar que la Biblioteca Nacional de México desde el año 2003 creó una base de datos titulada "Españoles en México en el siglo XIX" y digitalizó los documentos, libros y revistas del Archivo de Enrique de Olavarría y Ferrari, los cuales están disponible en la dirección electrónica: <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>

¹⁴ Para Olavarría, la llegada de Rafael Altamira a la capital mexicana fue un suceso digno de ser reseñado por llamar la atención de "los buenos moradores" y porque la personalidad del profesor ovetense "en el más supremo orden intelectual una bella temporada los entretuvo y recreó con su extraordinaria sabiduría y clásica naturalidad oratoria...". OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *Ibíd.*, p. 3208.

El acercamiento a la labor de Rafael Altamira en México durante diciembre de 1909 y febrero de 1910, no sólo resulta de especial interés para el estudio de las relaciones intelectuales entre España y México, sino que es de gran importancia para los Estudios Latinoamericanos, porque son casi inexistentes los trabajos que analizan las repercusiones que tuvo en América Latina la obra americanista e hispanoamericanista de Altamira. Incluso, en este último sentido, se desconoce la red que estableció con sus pares mexicanos. Este aspecto resulta de vital importancia para comprender la dinámica histórica del movimiento hispanoamericanista, la circulación de elites, y del espacio intelectual, institucional y político que se fue forjando progresivamente mediante el intercambio de ideas y de experiencias.

En esta investigación trabajamos desde una perspectiva acorde a la historia intelectual, en la que partiendo de la relación establecida entre el krausismo, institucionismo, regeneracionismo y el hispanoamericanismo “progresista, liberal o regeneracionista”, nos concentramos en la serie de propuestas académicas, sociales, económicas y políticas que formuló Rafael Altamira en el periodo comprendido entre 1898 y 1917. Propuestas hispanoamericanistas que nos interesó estudiar a su vez dentro de un contexto intelectual específico como fue el mexicano de finales del siglo XIX y principios del XX, y para cuya comprensión nos resultó estratégicamente muy útil el análisis de redes.¹⁵

Para poder comprender el interés de Altamira por el hispanoamericanismo y la centralidad que este ocupó en su vida intelectual y académica, nos resultó imprescindible reconstruir el contexto de intercambio de ideas, personas y prácticas implicadas en la gestación y desarrollo del “ideario” hispanoamericanista. Ello nos llevó a constatar que el hispanoamericanismo como movimiento de ideas y de acción política, social y cultural se ha estudiado poco y de manera aislada. Es decir, en ocasiones se ha puesto atención en las relaciones culturales entre España y América, otras en las relaciones oficiales y diplomáticas, unas veces en los principales actores e instituciones y otras más en los discursos o algunas otras prácticas. Pero carecemos de una visión cruzada que trate de poner en diálogo todos estos ámbitos.

Para estudiar el hispanoamericanismo nos aproximamos primero al tema de los conceptos que están asociados a este vocablo. Intentamos identificar cuáles eran las ideas o las experiencias históricas que lo fueron conformando. Eso nos hizo ubicar primero el término *Hispanoamérica* y sus semejantes en cuanto a su acepción lingüística, geográfica e histórico-cultural, es decir, *América* y *América Latina*. El análisis de algunas de las ideas que dieron

¹⁵ Es importante aclarar que la discusión teórica sobre la construcción, transformación y pervivencia de las redes es muy amplia y no es el objetivo último de nuestro estudio. Tan sólo hemos utilizado un modelo de análisis de redes con fines puramente instrumentales.

significación a estos términos nos llevaron a ubicar el hispanoamericanismo como parte de una familia conceptual en la cual a veces tiende a confundirse con otros “ismos” como el latinoamericanismo, iberoamericanismo, unionismo, bolivarismo, panhispanismo, americanismo e hispanismo. Al detallar algunas de las semejanzas y diferencias que encontramos en las ideas que giran alrededor de cada uno de los términos aludidos, pudimos establecer una serie de elementos que nos permitieran aproximarnos a distintas caracterizaciones del hispanoamericanismo.

Continuamos con el estudio, mediante fuentes secundarias, del origen y desarrollo histórico del hispanoamericanismo durante el siglo XIX. En este sentido, presentamos un panorama general de los actores, instituciones, medios, iniciativas privadas y públicas que lo han conformado. Nos centramos en el hispanoamericanismo español dado que Rafael Altamira se inscribe en esa tradición, pero aun así realizamos algunas referencias a la contraparte desarrollada en la otra orilla del Atlántico.

Una vez que situamos la tradición hispanoamericanista a la que pertenece Rafael Altamira, nos dimos a la tarea de identificar entre su material americanista e hispanoamericanista las obras que nos ofrecieran el plan de acción. Dimos prioridad a las obras que reunían varios de los artículos que Altamira fue publicando en diversas revistas. En este sentido, encontramos la expresión fundamental de su hispanoamericanismo en obras como *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 de la Universidad de Oviedo* (1898), *Cuestiones hispanoamericanas* (1900), *Proposiciones al Congreso Hispano-Americano* (1900), *España en América* (1908), *Mi viaje a América* (1911) y *España y el programa americanista* (1917). Estas producciones se convirtieron en nuestra fuente primigenia y original, necesaria para conocer su programa hispanoamericanista desarrollado entre 1898 y 1917.

Consideramos que el viaje de Altamira por América fue de gran importancia para la reformulación de sus programas. Pero además, esta iniciativa de presentar a las elites americanas el programa y tomar acuerdos *in situ* fue trascendente en la historia del hispanoamericanismo. De ahí que por ello nos abocamos a investigar la visita de Altamira a México en el contexto de este periplo americano.

Esta visita la trabajamos apoyándonos principalmente en fuentes primarias: la agenda de Altamira contenida en su obra *Mi viaje a América*; los periódicos *El Imparcial*, de carácter oficial; *La Iberia*, de la comunidad española residente en México y *El País*, de tendencia conservadora y católica, y correspondencia entre Altamira y algunos personajes mexicanos y españoles con los que tuvo contacto en México. Asimismo, utilizamos la importante crónica

de actividades culturales de la época que escribió Enrique de Olavarría y Ferrari y algunas fuentes secundarias.

Identificamos a los personajes centrales que colaboraron con Altamira para poder realizar su misión en México. Revisamos las actividades que desempeñó con cada una de las comunidades a las que elevó sus propuestas, a saber: la colectividad española, la comunidad de abogados y algunas instituciones educativas. Verificamos las conferencias que pronunció e inventariamos otras actividades culturales, las distinciones y las celebraciones con las que fue homenajeado. Con todo ello tejimos la red apoyándonos en los conceptos básicos de la metodología del análisis de redes, y más específicamente desde la perspectiva latinoamericana de la redes intelectuales.¹⁶ Cabe señalar que el análisis de redes intelectuales nos permitió establecer los vínculos que se crearon a través de las producciones intelectuales y de las relaciones personales entre los miembros que componían la red. Vínculos que se generaron gracias a que se compartían intereses comunes con fines de colaboración intelectual y de la circulación del conocimiento.¹⁷ Para analizar la red de Altamira en México consideramos como vínculo principal el número de asistencias a sus eventos académicos, culturales y sociales (en total 310). Como primer paso elaboramos una matriz asimétrica de afiliación donde ingresamos los nombres de 137 personajes con los que Altamira estableció algún tipo de vínculo gracias a las 42 actividades desarrolladas en la capital mexicana y los estados de Veracruz y Yucatán, donde encontramos registros de asistencia.¹⁸ A estas actividades las consideramos espacios de sociabilidad en los que se establecieron relaciones sociales, intelectuales y de solidaridad. Después de elaborar los gráficos y medir los parámetros de la

¹⁶ Véanse entre otros los trabajos de Marta CASAÚS: “Las redes teosóficas de mujeres en Guatemala: la Sociedad Gabriela Mistral, 1920-1940”, *Revista Complutense de Historia de América*, no. 27, 2001, pp. 219-255; en coautoría con Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ: *La redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G Editores, 2005. Eduardo DEVÉS: *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados-Universidad de Santiago de Chile, 2007. Ricardo MELGAR: *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940*, Argentina, Libros en Red, 2003. Germán ALBURQUERQUE: *Los escritores latinoamericanos de los 60: una real intelectual*, Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2003. Claudio MAÍZ: “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: Redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, *Cuadernos del CILHA*, Vol. 12, N°. 14, 2011, pp. 75-91. Susana ZANAETTI: “Modernidad y religación: una perspectiva Continental 1880-1916”, en PIZARRO Ana, *Palabra, literatura e cultura*, Sao Paulo, UNICAM-MEMORIAL, 1994, pp. 489-534. Eugenia MOLINA: “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)”, *Universum*, año 15, 2000, Universidad de Talca, pp. 399-431. Florencia FERREIRA: “Socialismo y literatura en la Argentina. Una experiencia editorial”, *Cuyo: Anuario de filosofía argentina y americana*, Vol. 21-22, 2005, pp. 59-85. Hugo BIAGINI: “Espiritualismo y positivismo”, en A.A. ROIG, *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Trotta 2000, pp. 319-342.

¹⁷ DEVÉS, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina...*, op. cit., p. 35.

¹⁸ En total se contabilizaron 55 actividades pero tuvimos que descartar 13 de ellas debido a que no encontramos referencia alguna de qué personalidades asistieron o acompañaron a Rafael Altamira. Asimismo, se contabilizaron un total de 145 personas, las cuales fueron nombradas por los diarios como asistentes a dichos eventos, de las cuales tuvimos que descartar 8, porque no encontramos algún atributo —más allá del solo nombre— con que vincularlas.

red a través del programa informático Nodexl, procedimos a identificar a los integrantes de la red por grupos. Estos grupos se conformaron atendiendo a distintos criterios: por su filiación a la elite política y cultural positivista; por ser estudiantes o miembros del Ateneo de la Juventud; por ser miembros de la comunidad de españoles residentes en México, y por pertenecer al cuerpo diplomático.

Es importante mencionar aquí que para la realización de esta investigación hemos consultado los fondos documentales del Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo/Fondo Rafael Altamira, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Archivo de la Fundación Residencia de Estudiantes/Fondo Rafael Altamira, y Archivo del Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan de Alicante/Legado Altamira. Para la consulta de periódicos y revistas de la época hemos recurrido a la colección de la Hemeroteca Nacional de México, la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España y la Hemeroteca Municipal de Madrid. Además de la revisión de fuentes primarias realizamos consultas a expertos en los temas aquí tratados, entre los que podemos destacar a la nieta de Rafael Altamira, Pilar Altamira, quien nos proporcionó información relevante y nos introdujo en la red de investigadores que han trabajado distintos aspectos de la vida y obra de este personaje tanto en España como en México.

Para la correcta apreciación de este trabajo resulta conveniente realizar un par de precisiones terminológicas. En la época en la que situamos nuestro estudio la expresión *América Latina* no se había convertido todavía en un nombre propio, sino que la palabra “latina” era utilizada sólo esporádicamente como adjetivo. Desde España, se empleaba de manera general la palabra *América*, entendida como la América hispánica. Nosotros hemos decidido rescatar esta denominación y a partir del primer capítulo de esta investigación utilizaremos solamente el término *América*. En este mismo sentido, es importante aclarar que a pesar de que la función social y crítica de los intelectuales como grupo profesionalizado y con identidad propia se va a dar sólo a finales del siglo XIX, nosotros emplearemos el término *intelectual* genéricamente para designar a aquellos personajes de la elite vinculados al ámbito de la cultura o el periodismo durante todo el siglo XIX.

Esta tesis doctoral está estructurada en una introducción, tres capítulos, un epílogo y unas conclusiones generales. Cada capítulo se ha organizado como una parte individual de un universo, por lo que contempla un estado de la cuestión sobre el asunto a tratar y termina con un acápite de conclusiones.

En la introducción se identifica al grupo poblacional que es protagonista de nuestra propuesta: los intelectuales. A través de ellos se enlazan los movimientos y corrientes de

pensamiento que constituyen el caldo de cultivo de las ideas de Rafael Altamira, para que el lector conozca en términos generales los antecedentes generales de nuestra propuesta.

En el primer capítulo se estudia el tema del hispanoamericanismo. Partimos de la idea de que la noción “hispanoamericanismo” pertenece a una “enrevesada familia conceptual”, por lo que intentamos aproximarnos a los elementos que lo caracterizan. Seguidamente presentamos un estado de la cuestión trabajando con los autores que, a nuestro juicio, son los más representativos y los que más específicamente han estudiado este movimiento desde distintas perspectivas y en diferentes períodos. Dado que la intención de este capítulo es contextualizar el hispanoamericanismo de Rafael Altamira, ponemos especial atención en el periodo regeneracionista español del 98 destacando su modalidad nacionalista y su necesidad de recuperar América. Asimismo, resaltamos en este contexto el hispanoamericanismo de las asociaciones catalanas y de la Universidad de Oviedo, esta última impulsora de los primeros programas de Altamira.

En el segundo capítulo presentamos de manera integral desde una perspectiva de conjunto el programa hispanoamericanista de Rafael Altamira. Proyecto intelectual que fue formulado en 1898 pero que fue presentando una serie de adecuaciones hasta el año 1917. Abordamos también en este capítulo el viaje a América de Altamira como un hito de su hispanoamericanismo apoyándonos en los materiales que el propio Altamira aportó y en algunas otras fuentes secundarias de relevancia.

En el último capítulo analizamos el tema de la visita de Rafael Altamira a México durante 1909 y 1910. Detallamos todas las conferencias que impartió y las actividades que realizó con la comunidad de emigrantes españoles, abogados y otros sectores de la cultura y educación mexicanos. Identificamos el “personaje”/intelectual que sirvió de puente entre los residentes españoles y las elites mexicanas que acogieron a Altamira, Telésforo García.

Por último, incorporamos un epílogo en el que analizamos la red de Rafael Altamira establecida en México. Esta red la construimos basándonos en los conceptos básicos de la metodología del análisis de redes, y más específicamente desde la perspectiva de la redes intelectuales, la cual otorga importancia a las relaciones generadas entre personalidades relevantes de un determinado lugar o espacio temporal que se conectan entre sí gracias a que comparten ideas e intereses comunes, se comunican e intercambian información y establecen lazos de confianza y afinidad.

En definitiva, esta tesis propone una mirada relacional que constituye, en sí misma, una propuesta original sobre los estudios de Rafael Altamira. Asimismo, formula una comprensión del contexto intelectual de la obra de Altamira sobre tres planteamientos novedosos. En primer lugar, la consideración del programa hispanoamericanista de Altamira

como un proyecto unitario con distintas fases. En segundo lugar, la concepción de la visita de este intelectual a México entre 1909 y 1910 —dentro del marco general del viaje por América— como un momento fundamental en la conformación de su proyecto hispanoamericanista. En tercer lugar, el análisis de la construcción histórica del hispanoamericanismo desde una mirada múltiple que toma en consideración ámbitos diversos y relacionados entre sí. Ámbitos que van desde la discusión teórica hasta la circulación de personas o la conformación de redes.

Resta señalar que una tesis doctoral es el punto de partida para nuevos y futuros trabajos, en los cuales se presenta la oportunidad de mejorar aspectos de la investigación que en su momento no lograron atenderse, o temas e ideas que no alcanzaron a madurar lo suficiente. En cuanto a los temas que por escaparse, por su amplitud, a nuestras posibilidades actuales, no pudimos profundizar, pero que esperamos seguir trabajando en un futuro, se encuentra el hecho de incluir a más autores en el debate historiográfico del hispanoamericanismo. En consecuencia, seguiremos revisando estudios centrados en este tema desde distintos enfoques y metodologías, sobre todo los trabajos desde la perspectiva americana. Ello implicará ahondar en el hispanoamericanismo americano y en sus debates particulares en torno, por ejemplo, al asunto de la identidad y de la raza. Inclusive, desde la corresponsabilidad existente entre el hispanoamericanismo español y el americano, consideramos que se podrá proponer una investigación de cara al futuro estudiando este movimiento en su conjunto y de manera más amplia desde la metodología del análisis de redes.

Por otro lado, es importante indicar que aunque el viaje en conjunto de Rafael Altamira por América no era el tema central de este estudio, esperamos que esta tesis doctoral propicie nuevos debates sobre este acontecimiento. En este sentido, advertimos que están aún por realizarse las investigaciones que permitirán dar cuenta del contexto general de recepción y de las repercusiones que generaron las actividades de Altamira en los otros países que visitó, en particular Uruguay, Chile y Perú.

Finalmente, una vez identificada la red que tejió Altamira en México, otra asignatura que nos queda pendiente para continuar trabajando en un futuro, es la profundización de la misma, asumiendo el reto de seguir ahondando en el complejo entramado de relaciones sociales e intelectuales y su perdurabilidad. En este sentido, consideramos que la conformación de esta red intelectual que se tejió durante el invierno de 1909 y 1910, algo tendrá que decir en relación con la decisión de Altamira de exiliarse en tierras mexicanas tres décadas después.

INTRODUCCIÓN

1. Rafael Altamira: un intelectual entre el krausismo y el regeneracionismo

Es sabido que Rafael Altamira fue un intelectual español de gran presencia internacional. Lo ubicamos de manera general dentro de la caracterización de intelectual moderno como crítico social y como conciencia moral de la sociedad. Es decir, pertenece a aquellos pensadores que adquirieron, por el ejercicio de su actividad literaria, periodística y científica, un prestigio y legitimidad para participar de manera independiente y autónoma en la esfera pública y buscar dar respuesta a las necesidades acuciantes de su realidad, mejorar o transformar su entorno y sistema político-social, proponiendo modelos ideales, así como también de acción para ser consensuados y asumidos por una comunidad. Cuando estos pensadores se dan a la tarea de buscar una mejoría del sistema, utilizan, como señalan Mónica Quijada y Jesús Bustamante: “—primero y muy importante— crítica y —segundo— intentar acercarlo al ideal paradigmático consagrado por su época (es decir, participar de un proyecto colectivo).”¹

Carlos Serrano refiere que durante todo el siglo XIX, en España se puede encontrar una diversificación de intelectuales que difícilmente “podrían caber en una definición genérica, más allá de su común función de dispensadores de ideas, sistemas, reflexiones etc., en torno a los cuales se agrupan y reconocen grupos sociales de corte muy variado.”² Por su parte, Manuel Suárez Cortina explica que resulta difícil hacer referencia a los intelectuales como un grupo coherente, por la diversidad de situaciones, sus ideologías y modos de vida. Aunque tal vez una manera de percibirlos con más claridad, propone este autor, sería mirarlos desde la óptica de los contrarios, de los sectores tradicionales, es decir, desde aquella visión

¹ QUIJADA, Mónica y Jesús BUSTAMANTE (eds.), *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, p. 14. Las obras que tratan el tema del intelectual son muchas y variadas porque como objeto de estudio se ha trabajado principalmente desde la investigación histórica y la sociológica. Por lo general se establece que los intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX tiene sus antecedentes en la ilustración con los enciclopedistas, pero desde el positivismo y el marxismo se ha caracterizado también a este grupo social. CASAÚS Marta y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G Editores, 2005, p. 1. Véase también a SÁNCHEZ, ILLÁN, Juan Carlos, *La Nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 23-25. GRAMSCI, Antonio, *La formación de los intelectuales*, Barcelona, Grijalbo, 1974. pp. 9-36. Para la historia de los intelectuales europeos véase CHARLE, Christophe, *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2000. Para la de los latinoamericanos: PLOTKIN, Mariano y Ricardo GONZÁLEZ LEANDRI, *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

² SERRANO, Carlos, “El ‘nacimiento de los intelectuales’: algunos replanteamientos”, SERRANO, Carlos (ed.), *El nacimiento de los intelectuales en España*, Dossier de la Revista Ayer No. 40, Historia Contemporánea-Marcial Pons, Madrid, 2000, p. 19.

que los considera una agrupación de adversarios que trae consigo una cultura alternativa o “como agentes de la modernidad.”³

Aunque compartimos las ideas que expresan la dificultad de identificar a los intelectuales españoles decimonónicos en un bloque homogéneo, conviene mencionar, apoyándonos en José Luis Abellán, que éstos fueron teniendo “cotas de libertad cada vez mayores”, es decir, no estaban limitados, en cierta forma, como lo estuvieron por ejemplo tanto el teólogo vinculado a una orden religiosa, que tenía que ser fiel a los intereses de la misma, o el “humanista”, que protegido por un mecenas perteneciente a la nobleza, no podía ir en contra de los intereses de esta casta. De ahí que los intelectuales de fines del XIX y principios del XX superaron estos límites y adquirieron “un espacio de libertad muy superior, solo limitado por las fluctuaciones de un mercado en el que la burguesía progresista tenía un protagonismo fundamental. Es precisamente en esta atmósfera en la que debemos situar la figura de Altamira.”⁴

Conviene, asimismo, tener en cuenta que el germen de los intelectuales españoles, siguiendo a Carlos Serrano, puede asociarse, entre otras cosas, a la época en la cual filósofos, literatos y artistas se convirtieron en los promotores del liberalismo y se valieron de la prensa y de centros como la logia, el café y los ateneos para difundir la cultura liberal.⁵ Cuando a estos personajes se les ubicaba en la esfera de la política, no era, por lo general, gracias a su prestigio, si no debido a que la elite cultural estaba estrechamente relacionada con la elite política y, por tal motivo, escritores y periodistas vieron su carrera literaria coronada con un escaño en el parlamento o con algún nombramiento político. No obstante, para Serrano, la excepción se da con Mariano José de Larra (1809-1837) quien, estando apartado del poder, desde su trinchera periodística “es el que más se asemeja a la ulterior imagen del ‘intelectual’ como conciencia que, pluma en ristre, hace frente al poder y denuncia los males de la sociedad: no en vano buscaron su apadrinamiento moral póstumo los jóvenes intelectuales de

³ SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Las élites intelectuales y la política en la España liberal”, en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España: política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, Universitat de València, 2007, p. 263. Sobre los proyectos de modernización de finales del siglo XIX y principios del XX véase GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y Raquel SÁNCHEZ (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

⁴ ABELLAN, José Luis, “Rafael Altamira como arquetipo del intelectual moderno” en ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013, p. 4.

⁵ En este origen de los intelectuales españoles tuvo que configurarse también un escenario jurídico que reconocería el “derecho de autor”, además de un reconocimiento social que le conferiría al autor el lugar principal que antes ocupaban los protagonistas, personajes o temas de la producción literaria. Esto último, porque era muy común que las obras teatrales y literarias, sobre todo las de carácter popular, se presentaban destacando con más énfasis los nombres de los protagonistas, o de los temas narrados, que el nombre del autor de la obra. SERRANO, Carlos, “El ‘nacimiento de los intelectuales’...”, *op. cit.*, pp. 16, 17.

1900.”⁶ El ejemplo de Larra viene a colación, entonces, porque podría interpretarse como un primer embrión de intelectual independiente. Junto con Larra, otros filósofos, escritores y artistas, que podrían considerarse intelectuales por ser “conciencia” de su sociedad, pero que en esa época no se reconocerían a sí mismos como tales, conformarían los antecedentes para que más adelante, en los años del sexenio democrático (1868-1874), apareciera una generación más cercana a la condición de intelectual propiamente dicha, los krausistas.⁷

1.1 Krausismo e institucionismo

El krausismo, de manera muy general, es una filosofía liberal de origen alemán inspirada en el panenteísmo de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832),⁸ la cual, conocida también como racionalismo armónico, concibe que el mundo está diversificado en Naturaleza y Espíritu y ambos tienden a una confluencia armoniosa en el seno de Dios mediante la racionalización progresiva de las instituciones de la humanidad. De ahí que centrándose en la ética y en el derecho, rechaza la teoría absolutista del Estado del hegelianismo a razón de dar importancia primordial a las asociaciones universales intermedias como la familia o la nación, frente a las asociaciones limitadas como la Iglesia o el propio Estado, a las cuales se les considera solo instrumentos de la moral y el derecho. En ese sentido, para los krausistas los verdaderos fundamentos de la moral son la familia y la nación y por ende “el ideal de la Humanidad no es el dominio de un Estado sobre los restantes, sino la federación de asociaciones universales sin sacrificio de su peculiaridad.”⁹

El krausismo ejerció una importante influencia en España gracias a que más allá de instaurarse como una escuela filosófica, devino en un movimiento intelectual, cultural y político que propugnó el espíritu laico, la fe en la educación y el deseo de reformar el Estado y la sociedad.¹⁰ Es decir, se constituyó como un movimiento de renovación espiritual, moral y educativa. Fue introducido en España por Julián Sanz del Río en 1854 tras una estancia de

⁶ *Ibíd.*, p. 17.

⁷ SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Las élites intelectuales y la política en la España liberal”, *op. cit.*, p. 265.

⁸ Entiéndase por panenteísmo una doctrina que en vez de concebir el mundo y Dios por separado, identifica la realidad del mundo como un ser finito que se desarrolla en el seno de Dios infinito, es decir, como la conjunción de la immanencia y trascendencia de Dios sobre el mundo. FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, T. 3, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, p. 1878.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ El krausismo en España es otro tema que tiene gran producción historiográfica. Para efectos de esta síntesis nos hemos apoyado principalmente en la obra de José Luis Abellán, pero otras obras ampliamente recomendadas son: JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio, *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, España, Cincel, 1986. Puede consultarse también ABELLÁN, José Luis et al., *El krausismo y su influencia en América Latina*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad, 1989. Para el krausismo en México y América Latina: SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, *El krausismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

estudios en Alemania pensionado por el gobierno, iniciando con esto, en palabras de José Luis Abellán, un proceso de renovación que alcanzará un primer nivel de maduración en 1898.¹¹

Los discípulos principales de Sanz del Río, entre los que se encontraban Francisco Giner de los Ríos, Federico de Castro, Gumersindo de Azcárate, Alfredo Calderón, Fernando de Castro, Manuel Sales, Alfonso Moreno, Francisco Barnés, Romualdo Álvarez, Nicolás Salmerón, Francisco de Paula Canalejas, José de Castro y Hermenegildo Giner de los Ríos, serán catedráticos de la Universidad Central de Madrid, pero consolidarán su influencia en entornos culturales anexos a las universidades de Zaragoza, Sevilla y Oviedo. La universidad española por esos años se encontraba en un proceso de separación de la Iglesia y de la realeza. Al proclamarse la Ley Moyano de 1857 se centralizará la educación y la universidad de Madrid y las otras universidades se convertirán en dependencias gubernativas. En el sexenio democrático algunos de estos krausistas ocuparán importantes cargos en materia educativa. Fernando de Castro, por ejemplo, será rector de la Universidad Central y Sanz del Río decano de la Facultad de Filosofía y Letras.¹²

Se puede decir también que los krausistas pertenecían a la pequeña burguesía progresista o clase media profesional, formada en las ciencias duras, medicina, tecnología y derecho. La ciencia era su paradigma de “racionalismo armónico” que se presentaba como “sistema metafísico verdadero.”¹³ Desde esta concepción la ciencia era la condición previa para alcanzar el desarrollo ético y moral de la humanidad. Harían, por tanto, de la ciencia, la cultura y el mérito —la carrera y el talento— sus valores propios, con los cuales enfrentarían las jerarquías impuestas por la oligarquía y mantenidas gracias a la fuerza del ejército y la religión.¹⁴ Como grupo de presión comenzaron a difundir su labor literaria y científica gracias a la expansión de la opinión pública y al incremento de la difusión de la prensa, lo que les empezaría a otorgar el reconocimiento de renovadores espirituales y educativos.¹⁵ De esta forma, la intervención de esta clase media profesional en el debate público se daría más claramente a partir de la década de los ochenta del siglo XIX.¹⁶

Algunos de estos intelectuales (abiertos a la autocrítica) girarán del krausismo hacia el positivismo —a partir de 1875— conformando el krausopositivismo, y otros, más adelante, se

¹¹ ABELLÁN, José Luis, “El krausismo: desarrollo de la ciencia y transformación de la enseñanza”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1998, p. 83.

¹² *Ibíd.*, p. 87.

¹³ *Ibíd.*, p. 93.

¹⁴ SERRANO, Carlos, “El ‘nacimiento de los intelectuales’...”, *op. cit.*, p. 21.

¹⁵ Rafael Altamira era uno de los que consideraba, por ejemplo, que realmente la opinión pública se formaba gracias a la lectura de los periódicos. *Congreso Social y Económico Hispano-americano reunido en Madrid el año 1900*, 2 tomos, Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1902. p. 127.

¹⁶ SERRANO, Carlos, “El ‘nacimiento de los intelectuales’...”, *op. cit.*, p. 21.

adherirán al socialismo y al anarquismo. Estarán inmersos en un contexto conocido como el período de la Restauración que se instauró a partir también de 1875, y que albergará las posturas católicas y positivistas más intransigentes. En medio de ellas estos intelectuales apostarán por el progreso del país mediante la defensa de la libertad, el desarrollo científico y la industrialización. Nacidos por lo general en el segundo tercio del siglo XIX, algunos de ellos son Giner de los Ríos, Juan Valera, Pardo Bazán, Galdós, Clarín, Ramón y Cajal y Menéndez Pelayo.¹⁷ Giner de los Ríos emprenderá una renovación educativa a través de la creación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE).¹⁸

Es importante mencionar aquí, aunque sea brevemente, que la ILE, surgida en 1876, fue pensada como un espacio educativo privado laico, al margen del Estado, que buscaba la renovación educativa, cultural y social. Se inspiró en la Universidad libre de Bruselas y heredó del krausismo su universalismo humanista que asumiría como una visión del mundo. En este sentido, su referente vino del krausista belga Guillaume Tiberghien, cuyas tesis fundamentales en la promoción del laicismo eran tanto el carácter obligatorio de la enseñanza primaria, concebida como un derecho del menor y de la sociedad en su conjunto, como el carácter público pero independiente de la escuela y la necesidad de una “enseñanza en sentido panenteísta pero rigurosamente aconfesional, excluyendo toda intromisión eclesial en la misma y respetando, al mismo tiempo, el culto de los alumnos.”¹⁹

Los creadores de la ILE, los profesores universitarios krausistas Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate y Nicolás Salmerón, entre otros, son los mejores exponentes de esta corriente que con estos ejemplos de inspiración defendieron la libertad de cátedra y se negaron a continuar educando bajo el dogma oficial en materia religiosa, política y moral.²⁰

¹⁷ ABELLÁN, José Luis, “El krausismo...”, *op. cit.*, p. 88.

¹⁸ De la copiosa bibliografía revisada sobre esta institución además de consultarse su Boletín (BILE), un texto básico de referencia es el de JIMÉNEZ-LANDI, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus, 1973. También pueden consultarse ALTAMIRA y CREVEA, Rafael, *Giner de los Ríos, educador*, Valencia, Editorial Prometeo, 1915. GINER DE LOS RÍOS, F., *Antología Pedagógica de Francisco Giner de los Ríos*, selección y estudio preliminar de Francisco J. Laporta, Madrid, Ed. Santillana, 1977. AZCÁRATE, Pablo de, “Notas sobre el origen de la Institución Libre de Enseñanza”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, núm. 161, Madrid 1967. ABELLÁN, José Luis, *Historia crítica del pensamiento español*, tomo IV: Romanticismo y Liberalismo, y tomo V: La crisis contemporánea (1875-1936), Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1979-1989.

¹⁹ SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, “La proyección del krausista Tiberghien en España e Iberoamérica: textos y pretextos”, en JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio, Rafael ORDEN y Xavier AGENJO (eds.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español. Actas de las V Jornadas de hispanismo filosófico*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Asociación de Hispanismo Filosófico, 2005, p. 240.

²⁰ Giner de los Ríos exclamaba: “Transformad esas antiguas aulas; suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de hielo que aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suprimid el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la uniformidad y del tedio. Romped esas enormes masas de alumnos, por necesidad constreñidas a oír pasivamente una lección o a alternar en un interrogatorio de memoria, cuando no a presenciar desde distancias increíbles ejercicios y manipulaciones de que apenas logran darse cuenta. Sustituíd en torno del profesor a todos esos elementos clásicos por un círculo poco numeroso de escolares activos que piensan, que hablan, que discuten, que se mueven, que están vivos, en suma, y cuya fantasía se ennoblece, con la idea de una colaboración en la obra del maestro. Vedlos excitados por su propia espontánea iniciativa, por la

Para ello desarrollaron programas de reforma educativa basados en el principio de libertad y difundieron los conocimientos de las nuevas ciencias sociales y humanas. De ahí que Gumersindo de Azcárate y otros institucionistas como Rafael Altamira fueran pioneros en el desarrollo de la sociología, las ciencias de la educación, el derecho y la historia.²¹

Precisamente nuestro personaje, Altamira, había iniciado sus estudios de derecho en Valencia en 1882. Ahí empezó a entrar en contacto con la filosofía krausista y con la Institución Libre de Enseñanza, al ser alumno de Eduardo Soler Pérez. Después, siguiendo las recomendaciones de este profesor institucionista, se trasladó a Madrid para continuar sus estudios, doctorándose en 1887. En la capital española conoció a Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Joaquín Costa, Nicolás Salmerón y Manuel Bartolomé Cossío, quienes ejercerán buena parte de su influencia intelectual. Giner de los Ríos fungirá como su tutor y Azcárate será el encargado de dirigirle la tesis doctoral: *Historia de la Propiedad Comunal*. Comprendiendo la importancia que tenía la historia para entender la esencia del derecho, Altamira se especializará en el área de Historia del Derecho. Asimismo, cultivando la técnica del análisis de las fuentes realizará importantes investigaciones a lo largo de su trayectoria en el Derecho Indiano y se decantará también por el Derecho Consuetudinario. Joaquín Costa, por su parte, será una gran influencia para Altamira en cuanto a esta última perspectiva jurídica. Recibirá de él el ejemplo de defender en la legislación aquellas normas que emanan de la costumbre: “Al legislar, pues, para un pueblo —decía Costa—, hay que principiar por apoderarse de su ideal histórico, o más claro, hay que penetrar en su peculiar carácter [...] en razón de todos esos elementos naturales históricos y étnicos [...] que limitan al ser racional”.²² Como consecuencia, cabe señalar que Altamira, junto con Eduardo Hinojosa, se constituirán como la generación “intermedia” de juristas que impulsaron los temas de la Historia del Derecho. Generación que “propició la ruptura con la concepción

conciencia de sí mismos, porque sienten ya que son algo en el mundo y que no es un pecado tener individualidad y ser hombres. Hacedlos medir, pesar, descomponer, crear y disipar la materia en el laboratorio; discutir, como en Grecia, los problemas fundamentales del ser y destino de las cosas, sondear el dolor en la clínica, la nebulosa en el espacio, la producción en el suelo de la tierra, la belleza y la Historia en el museo; que descifren el jeroglífico, que reduzcan a sus tipos los organismos naturales, que interpreten los textos, que inventen, que descubran, que adivinen nuevas formas doquiera...Y entonces la cátedra es un taller y el maestro un guía en el trabajo; los discípulos, una familia; el vínculo exterior se convierte en ético e interno; la pequeña sociedad y la grande respiran un mismo ambiente; la vida circula por todas partes y la enseñanza gana en fecundidad, en solidez, en atractivo, lo que pierde en pompas y en gallardas libreas.” ABELLÁN, José Luis, “El krausismo...”, *op. cit.*, pp. 99, 100. Uno de los libros colectivos más recientes sobre Francisco Giner de los Ríos es el de VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (coord.), *Francisco Giner de los Ríos. Actualidad de un pensador krausista*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

²¹ En este sentido, el “institucionismo” se va a abrir a “la posibilidad de combinar lo propio y lo ajeno, la escuela histórica alemana y la investigación de la naturaleza, paisaje y ser del español.” ZERMENO PADILLA, Guillermo, *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, p. 180.

²² Citado en RIBAS, Pedro, “Regeneracionismo, una relectura”, en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España...*, *op. cit.*, p. 65.

positivista del Derecho español [...], se dio a la tarea de introducir nuevas pautas modernizadoras en las técnicas jurídicas de estudio [y que] logró que se instituyera la investigación jurídica como tal.”²³

En 1890 el Museo Pedagógico Nacional,²⁴ institución que se creó con el objetivo de conocer la situación de la enseñanza en España y de facilitar los adelantos y la renovación pedagógica, becó a Rafael Altamira para estudiar en la Sorbona y en el Colegio de Francia, donde logró enriquecer su pensamiento krausopositivista al entrar en contacto directo con el positivismo francés. Al mismo tiempo esta estancia le permitió recibir enseñanzas de los historiadores Lavissee, Seignobos y Langlois, quienes conformaban la Escuela Metódica Francesa.²⁵ Con estas influencias, sumadas a las del alemán Bernheim y del inglés Buckle, Altamira escribió *La Enseñanza de la Historia* (1891) y, años más tarde, la *Historia de España y de la Civilización española* (1900).²⁶ Su propósito era que mediante un análisis riguroso del pasado, se rectificara, calibrara y restituyera el crédito de la historia nacional, y se le diera un lugar a España en la obra civilizadora universal. Asimismo, consideraba que pedagógicamente se podían encontrar las respuestas a los problemas de España y se restituiría la confianza perdida por el pueblo español tras los sucesos de la Guerra del 98. De esta manera, su producción historiográfica, su interés científico y sus actividades públicas empezaban a girar en torno al concepto de patriotismo, el cual lo entendía como “defensa de la idiosincrasia y amor a la patria, a lo que uno es de forma incondicional y crítica a la vez.”²⁷

Regresando al tema de la ILE, la etapa más fructífera de esta institución educativa, según José Luis Abellán fue la iniciada en 1907 con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), sobre la que nos detendremos un poco en el segundo capítulo de esta investigación.²⁸ Además, los institucionistas incursionaron en el

²³ RAMOS GARCÍA, Jacqueline Alejandra, *Los juristas del exilio español en México*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Fundación Pablo Iglesias, 2012, pp. 256, 257.

²⁴ En el Museo Pedagógico Nacional Altamira dictó sus primeros cursos de historia en 1888.

²⁵ ZERMEÑO PADILLA, Guillermo, *La cultura moderna de la historia...*, op. cit., p. 167.

²⁶ En un interesante artículo en el que hace dialogar a modernistas y contemporanistas alrededor de la historiografía española, Jesús Bustamante explica que esta obra de Rafael Altamira vino a renovar la tan conocida *Historia general de España* (1850-1867) que había escrito Modesto Lafuente, quien a su vez había terminado con la larga hegemonía de la *Historia general* del jesuita Juan de Mariana escrita en el siglo XVI. Pero antes que Altamira, habían pasado por este camino de renovación algunos otros historiadores como Marcelino Menéndez y Pelayo y su obra *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882). BUSTAMANTE, Jesús, “El pasado de España como objeto: de la Historia general a una Historia de los heterodoxos”, en RODRIGUEZ, Jaime (coord.), *Las nuevas naciones: España y México 1800-1850*, Madrid, Fundación MAPFRE-Instituto de Cultura, 2008, p. 59.

²⁷ Rafael Asín en la introducción a *Psicología del Pueblo español* citado en ABELLÁN, José Luis, *Rafael Altamira*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), 2012, p. 11.

²⁸ ABELLÁN, José Luis, “El krausismo...”, op. cit., p. 100. La Junta, antecesora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue el organismo que, encauzando algunos de los ideales krausistas y regeneracionistas, impulsó el desarrollo y difusión de la ciencia y cultura españolas a través de un programa de intercambio de profesores y alumnos y mediante el establecimiento de becas para estudiar en el extranjero. En su seno se formaron y trabajaron un gran número de intelectuales y científicos de España entre 1907 y 1939.

ámbito político con el Partido Centralista en 1891, considerado como el primer partido dirigido por los intelectuales. Su proyecto político, con apoyo de la ciencia, se sostendría dos décadas formando después la Unión Republicana en 1903 y el partido Reformista en 1912.

Manuel Suárez Cortina explica que los institucionistas aunque rechazaban el proyecto católico y centralizador de la oligarquía conservadora que se instauró en el poder, al mismo tiempo, veían con recelo al movimiento obrero de tendencia socialista y anarquista. En su ideario político aspiraban a cambios graduales a través de la justicia social, la cual les permitiría controlar y dosificar la presencia de las masas en la política. Es decir, consideraban que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado debería rectificarse por medio de políticas impulsadas por intelectuales que propondrían una teoría del cambio social sustentada en las ciencias. Asimismo, al concebir su base social conformada por las clases medias sostenían que esa “alianza de clases medias/intelectuales era garante de una verdadera *paz social* que era imprescindible para la modernización social y política del país.”²⁹

En este marco krausista, positivista e institucionista se constituiría el contingente de intelectuales que impulsarían el *Regeneracionismo*. Antes de exponer las ideas generales de este movimiento intelectual y político que fue transitando de lo científico a lo político y nacional, nos parece conveniente identificar, con fines metodológicos, a los intelectuales regeneracionistas según su generación, para así aproximarnos al grupo al cual pertenece Rafael Altamira.

1.2 Las generaciones de intelectuales regeneracionistas

Por *generación* entendemos de manera general al conjunto, en este caso, de intelectuales que por haber vivido procesos culturales y sociales semejantes, se comportan de manera afín, tienen un interés común hacia idénticos problemas, o “tendencias comunes a la hora de analizarlos y, sobre todo, de plantear propuestas para superarlos.”³⁰ Las generaciones de intelectuales regeneracionistas vendrían a ser, a nuestro entender, el grupo de Joaquín Costa, los llamados “sabios” o Generación de 1880 y la Generación del 98.

La primera generación estaba integrada entonces por Joaquín Costa, Macías Picavea, Lucas Mallada, Luis Maroto, Julio Serrador y Damían Isern. Joaquín Costa, cabeza de este

²⁹ SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Las élites intelectuales y la política en la España liberal”, *op. cit.*, pp. 268.

³⁰ ORTEGA, Félix, “Intelectuales y modernidad: en torno al 98”, en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, España, Anthropos, 2000, p. 43. La categoría de “generación” ha sido también objeto de numerosos estudios. Véase entre muchos otros a ORTEGA y GASSET, José, *En torno a Galileo*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1996. SÁNCHEZ, ILLÁN, Juan Carlos, *La Nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, *op. cit.* La definición que aquí se hace es una acotación con fines instrumentales de algunas de estas propuestas.

primer grupo, se identificaría por denunciar el caciquismo y buscar las particularidades españolas en el derecho consuetudinario y en la economía rural. Propondría una serie de iniciativas para impulsar la regeneración de España: la restauración de los bienes comunales, protección al campesino, una política hidráulica, desarrollo de la red de comunicaciones y de los caminos vecinales y sobre todo un plan de alfabetización.³¹ Para José Luis Abellán en la obra de Costa “se inspirarán los proyectos de las generaciones posteriores que tomarán como lema y motor el impulso hacia la europeización.”³²

A estos primeros regeneracionistas, les seguirán gente dedicada y reconocida en el campo de las ciencias como el doctor Ramón y Cajal, el historiador y literato Menéndez Pelayo, el ingeniero Torres Quevedo, y los historiadores Hinojosa y Rafael Altamira. Según Pedro Laín, este nuevo grupo llamado de los sabios o Generación de 1880 estaría conformado además por “el arabista Ribera, el fisiólogo Gómez Ocaña, el cirujano San Martín, el anatomista Olóriz, el polifacético biólogo Turró, el bacteriólogo Ferrán, el psicólogo y neurólogo Simarro, el zoólogo Bolívar, el geólogo, Calderón de Arana, el químico Casares Gil.”³³ Esta segunda generación de regeneracionistas se caracterizaría por hacer grandes contribuciones a la ciencia no sólo nacional sino internacional. Tras la Guerra del 98 y el consecuente decaimiento moral, apostarán por intensificar el trabajo científico y técnico como “su mejor contribución a la tan proclamada y necesaria ‘regeneración’ de la patria.”³⁴

Una generación posterior a la de los sabios, conformada por la clase media profesional, empezará a considerarse y ser reconocida con el término o léxico de “intelectual”. Esta nueva generación se valió del desarrollo del mercado editorial y de la prensa para difundir sus inquietudes a través del artículo periodístico, la novela, la poesía y del ensayo como nuevo género literario.³⁵ Además, muchos de ellos, que harían de la europeización su horizonte, lograrían completar su formación en universidades extranjeras a través de las becas que les proporcionaría la JAE.

Asimismo, vale la pena mencionar que la historiografía ha referido que los sucesos de Montjuïc, que movilizaron a la opinión pública en torno a las penas aplicadas a los acusados por el atentado perpetrado en Barcelona el 7 de junio de 1896, les permitió reafirmar su autoconciencia de intelectuales y a la vez obtener el reconocimiento social de su oficio o

³¹ SERRANO, Carlos, “El ‘nacimiento de los intelectuales’...”, *op. cit.*, p. 242.

³² ABELLÁN, José Luis, “El krausismo...”, *op. cit.*, p. 91.

³³ LAÍN ENTRALGO, Pedro, “La reacción de los intelectuales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (editores), *España en 1898. Las claves del Desastre*, *op. cit.*, p. 300.

³⁴ *Ibíd.*, p. 302.

³⁵ GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES, “El intelectual entre dos siglos: profetismo, compromiso, profesionalidad”, en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, *op. cit.*, p. 9.

condición profesional.³⁶ A partir de estos sucesos el gobierno suspenderá las garantías constitucionales y como consecuencia detendrá indiscriminadamente a anarquistas, líderes obreros, sindicalistas, escritores, políticos republicanos, anticlericales, y el léxico “intelectual” se colmará de sentido, se presentará “como una nueva voz, como una versión española del *affaire* Dreyfus, que encontraría su marco de afirmación en la existencia de un mercado de lectores creciente.”³⁷ Surgirá entonces el reconocimiento social del intelectual como condición, y a partir de ahí se caracterizará su figura y función. Algunos estudiosos de este tema señalan a Miguel de Unamuno como el primero que utilizó el término como sustantivo en vez de adjetivo. En una carta fechada el 28 de noviembre de 1896 dirigida a Antonio Canovas del Castillo para solicitarle la liberación del poeta y periodista Pere Corominas, preso por los sucesos de Montjuïc, afirmaba que “consideraba de escasa justicia, y poco caritativo, el satisfacer una opinión pública mal informada, que reclamaba que cayera ‘algún intelectual’. Corominas estaba identificado en Barcelona como simpatizante del vago ideal anarquista de la época.”³⁸ Más adelante, en noviembre del 98 el mismo Unamuno escribirá: “no somos más que los llamados, con más o menos justicia, *intelectuales* y algunos hombres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España.”³⁹

Los nuevos intelectuales alimentaron la generación del 98, la cual se caracterizaría por encauzar las decepciones nacionales, por su descontento y crítica ante la España que veían, así como al pasado que les había conducido a esa situación. Esta generación intentó conectar con la sociedad, a la vez que recuperaban al pueblo, lo popular y hacían del regeneracionismo el fundamento de la historia, la modernización y anticlericalismo como elementos centrales de su proyecto. Además, como apuntan Marta Casaús y Teresa García, el intelectual crítico de esta generación “—analista y elaborador del diagnóstico sobre los males de la [sociedad], de formador de opinión pública y creador de discurso hegemónico— constituyó uno de los modelos que iban a imitar gran parte de las elites latinoamericanas.”⁴⁰

Según Pedro Laín Entralgo, la generación del 98 estaría integrada por cuatro grupos: el primero sería el de los literatos con personajes como Azorín, Unamuno, Ganivet, Baroja, Maeztu, los hermanos Machado, Valle-Inclán, Benavente y Joan Maragall; el segundo estaría

³⁶ *Ibíd.*, p. 8.

³⁷ SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Las élites intelectuales y la política en la España liberal”, *op. cit.*, pp. 269-270. Emilio Zola con su artículo “Yo acuso” despertó la voz de los intelectuales denunciando el suceso francés llamado “*affaire* Dreyfus”. Desde entonces los intelectuales franceses se consideraron portadores de valores universales y se comprometieron con los problemas sociales y políticos de su país.

³⁸ GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES, “El intelectual entre dos siglos: profetismo, compromiso, profesionalidad”, *op. cit.*, p. 8.

³⁹ Citado en JULIÁ, Santos, “Retóricas de muerte y resurrección: los intelectuales en la crisis de conciencia nacional”, en JULIÁ, Santos (coord.), *Debates en torno al 98: Estado, Sociedad y Política*, Madrid, Comunidad de Madrid-Consejería de Educación y Cultura, 1998, p. 159.

⁴⁰ CASAÚS Marta y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales...*, *op. cit.*, p. 2.

conformado por algunos otros intelectuales vinculados al grupo de los sabios donde se encontrarían Menéndez Pidal, Asín Palacios, Hernández Pacheco, Madinaveitia y Hoyos; el tercero sería el de los artistas como Falla, Sorolla, Zuloaga, Rusiñol y Regoyos. Finalmente el cuarto estaría conformado por gente culta, anónima, que se sentía representada por los personajes anteriores.⁴¹

De esta forma se integra un amplio grupo de intelectuales regeneracionistas conformados por literatos, catedráticos, artistas y científicos. Unos serán, pues, intelectuales trabajadores de la inteligencia, cultivadores del espíritu y otros serán llamados por ellos mismos y por la sociedad: intelectuales, por su participación y compromiso con los problemas nacionales. En este sentido, Santos Juliá explica que eran intelectuales no sólo por escribir novelas o por dictar cursos en la universidad, “sino porque, habiendo descollado en esos trabajos, se solicitaba su opinión para que intervinieran por medio de la palabra —escrita o hablada— en debates públicos.”⁴²

Esta generación heterogénea del 98, vista a la distancia, no estará exenta de recibir alguna que otra amonestación. Por ejemplo se les atribuirá un “diletantismo intelectual”, en el sentido de que algunos de ellos opinaban sobre diversos temas, en ocasiones sin tener el rigor necesario o sin apoyarse en métodos o teorías apropiadas. Asimismo se les acusará tanto de un individualismo que les llevaría alejarse, en muchos de los casos, de cualquier fórmula política y organización colectiva, como de un elitismo de tipo “residuo aristocrático”.⁴³ Sobre esto último, consideramos que, en todo caso, más bien era otro tipo de elitismo, tal vez de tipo cultural, heredado de los institucionistas, y que tenía que ver con el hecho de haber asumido la misión de educar al pueblo. Y valga reiterar que, al igual que los institucionistas, esta generación del 98 fue crítica con la clase política de la Restauración, responsable, en gran medida, de la situación del país. A todo esto cabe la pregunta ¿cuál era entonces esa situación por la que había que “regenerar” España?

1.3 El Regeneracionismo español

Aunque a lo largo de esta investigación iremos contextualizando los escenarios en los que Rafael Altamira desplegó las ideas y acciones que constituyen el objeto de nuestro estudio,

⁴¹ LAÍN ENTRALGO, Pedro, “La reacción de los intelectuales”, *op. cit.*, p. 306. Posteriormente vendrá lo que se conoce como la Edad de Plata de la cultura española, la cual agrupó a distintas generaciones y a una diversidad de tendencias que se reflejaron en el campo de la literatura, filosofía, pedagogía y educación, principalmente. Véase a MAINER, José Carlos, *La edad de plata (1902-1939) Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.

⁴² JULIÁ, Santos, “Retóricas de muerte y resurrección...”, *op. cit.*, p. 160.

⁴³ ORTEGA, Félix, “Intelectuales y modernidad: en torno al 98”, *op. cit.*, p. 52.

conviene ubicar brevemente algunos hechos históricos que propiciaron el movimiento político e intelectual conocido como regeneracionismo. Cabe mencionar que estos hechos históricos podrán ser mencionados, repetidas veces, a lo largo de esta investigación con el objetivo de acompañar distintas ideas y entenderlas en un marco determinado. También conviene aclarar que, como los temas que hemos tratado anteriormente, el regeneracionismo, es un asunto que la historiografía española tiene bastante estudiado, y que la intención de traerlo a colación no es para hacer una interpretación distinta, sino para hacer una síntesis que nos permita entender el caldo de cultivo de donde surgieron algunas de las ideas de nuestro personaje principal.

España transitaba abatida sobre el último cuarto del siglo XIX. No era para menos: había pasado por la guerra contra Francia, seguida por la emancipación de sus posesiones americanas y por los diversos conflictos intestinos entre absolutistas y liberales, que desembocarían en guerras civiles (las guerras carlistas), o entre progresistas y conservadores, que habían llevado a la revolución de 1868 y al sexenio democrático (1868-1874) donde se instauró la Primera República (1873-1874). De hecho, pareciera que esta inestabilidad reflejaba que el principal problema de España durante gran parte del siglo XIX era político. Sus condiciones para iniciar una nueva etapa a partir del año 1875 no pintaban un cuadro prometedor y, desgraciadamente, a España le faltaba terminar el siglo con una contienda más: la de 1898 contra Estados Unidos, que significaría la pérdida de sus últimas posesiones en América y Asia.

Con Alemania a la cabeza de Europa después de la guerra franco-prusiana y con una imagen decadente de los países latinos que circulaba cual humo en el ambiente, en diciembre de 1874 era proclamado rey de España Alfonso XII, hijo de Isabel II. Se reinstalaba así la monarquía vinculada a la dinastía de los Borbones e iniciaba la etapa de la historia española conocida como la *Restauración*, cuya duración se prolongaría hasta las primeras décadas del siglo XX.

España comenzaba dicha época como un país con grandes desigualdades regionales, económicamente atrasado y con viejos modos de vida que parecían no sufrir cambios.⁴⁴ Sus parámetros, en términos generales, eran una nula inversión en la industria pesada y un escaso desarrollo de las comunicaciones; el sector industrial se concentraba en Cataluña y en el País Vasco; el sector minero se ubicaba sobre todo en Andalucía, donde se extraía hierro, cobre y plomo, y en Asturias, donde se explotaba el carbón; la agricultura era de bajo rendimiento con amplios latifundios en la región de Andalucía y Extremadura. Además, España contaba con una clase terrateniente sin proyección comercial. La población —que se calculaba en

⁴⁴ MAINER, José Carlos, *La edad de plata...*, op. cit., p. 18. VILAR, Pierre, *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 105.

16.622.175 habitantes según el censo de 1877— mostraba altas tasas de natalidad y mortalidad y era predominantemente rural.⁴⁵ Por otro lado, existía una burocracia, tachada de inoperante, asociada al Antiguo Régimen; un catolicismo antiliberal; un elevado índice de analfabetismo, y un constante flujo migratorio del campo a las ciudades y otro, no menos importante, hacia América.⁴⁶

Con estas características, el país no podía impulsar los cambios estructurales que le permitirían estar a la altura de las grandes potencias económicas, que en el pasado habían sido sus rivales en la hegemonía europea. Mientras Inglaterra, Francia, Bélgica, los países nórdicos y Alemania se encontraban en un proceso de industrialización, donde el liberalismo y la burguesía industrial marcaban las pautas del desarrollo, España se encontraba aún en una economía agrícola y sus estructuras de poder se basaban en los partidos dinásticos, y no en las nuevas clases emergentes. El historiador Pierre Vilar argumentaba que esta situación de atraso se debía a que en las nuevas circunstancias de la economía mundial se necesitaba una nueva fase en cuanto a técnica y economía, en la que “...los modos posibles de adaptación —intensificación agrícola, industrialización, imperialismo— exigen capitales, espíritu de empresa, bases coloniales, elementos que España, después de haber estado a punto de constituirlos, perdió en la crisis con que empieza el siglo XIX.”⁴⁷

El pronunciamiento militar del general Arsenio Martínez Campos y el ofrecimiento del líder del Partido Liberal-Conservador, Antonio Cánovas del Castillo, de restaurar el orden monárquico constitucional, convencieron a Alfonso XII para que regresara del exilio, tras el fracaso de la Primera República. El 1 de diciembre de 1874 el rey proclamó el Manifiesto de Sandhurst, con el que comunicaba ser el legítimo heredero al trono por abdicación de su madre. Junto con Alfonso XII, el otro protagonista del entramado del poder fue Cánovas del Castillo.⁴⁸ Una de las principales contribuciones de este personaje fue ser artífice —junto con

⁴⁵ Véase a SÁNCHEZ MARROYO, Fernando, “Demografía y sociedad (1875-1939)”, en PAREDES, Javier (coord.) *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel, 1996, pp. 358, 359.

⁴⁶ Lorenzo Delgado refiere que existen ciertas disparidades en las cifras que ofrecen los autores especializados en la materia, sin embargo, “desde las décadas finales del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX se desplazaron a países del subcontinente americano entre tres millones y medio y cinco millones de españoles...”, DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, “América como estímulo: regeneración nacional y tierra de oportunidades”, en GARCÍA SANZ, Fernando (ed.), *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, p. 466. Aunque Isidro Sepúlveda, apoyándose en Nicolás Sánchez-Albornoz, señala que para el conjunto de la época fueron cerca de dos millones y medio de españoles los que emigraron a América, SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente”, en TORRE, Hipólito de la (Coord.), *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (S. XIX-XX). (V Jornadas de Estudios Luso-Espanoles) Homenaje a la profesora Pilar Vázquez Cuesta*, Mérida, España, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993, p. 111.

⁴⁷ VILAR, Pierre, *Historia de España*, op. cit., p. 96.

⁴⁸ Para un análisis de las etapas que distinguen la labor política de Antonio Cánovas del Castillo véase a SECO SERRANO, Carlos, “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovista”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (editores), *España en 1898. Las claves del Desastre*, op. cit., p.

Manuel Alonso Martínez— de la Constitución de 1876. Dicha constitución suponía una co-soberanía entre la Corona y el pueblo representado en las Cortes, a través de los partidos, y excluía al Ejército, el cual, se reducía a la defensa del país y del orden establecido por los otros dos poderes. El rey se constituía a la vez como jefe del ejército y Cánovas tuvo que emprender la reestructuración de este cuerpo, adjudicando los mandos a los generales fieles al rey. La constitución, además, conformaba un nuevo modelo de Estado, con un poder legislativo dividido en dos cámaras: el Congreso de los Diputados y el Senado. El rey conservaba buena parte de las funciones de Jefe de Estado y del poder ejecutivo.

Por otro lado, para garantizar el restablecimiento del orden social y la estabilidad, Cánovas llevó a cabo una serie de acciones clave. Por ejemplo, restituyó los títulos inmobiliarios, reanudó las relaciones con la Iglesia —en la constitución se declararía la religión católica como oficial del Estado—, nombró a personas de confianza en la administración central y local, y estableció un bipartidismo semejante al de Inglaterra. La constitución aseguró la alternancia en el poder de los dos partidos: el Partido Liberal-Conservador, liderado por Cánovas y que agrupaba a los antiguos Moderado y Unionista, y el Partido Liberal-Fusionista, creado en 1880 y encabezado por Práxedes Mateo Sagasta y Escolar, que integraba a los viejos partidos Progresista y Demócrata-Republicano.⁴⁹

A pesar de que el régimen intentaba afianzar la idea de continuidad, en el fondo, el sistema seguía reflejando cierta inestabilidad política. Sólo en este primer periodo de la Restauración que duraría hasta la muerte prematura del rey en 1885, se sucedieron ocho presidentes del gobierno. Cánovas del Castillo, por ejemplo, ocuparía cuatro veces ese cargo.⁵⁰ Con la muerte de Alfonso XII, Cánovas cedió el poder al partido de Sagasta —quien ya había sido presidente del gobierno de febrero de 1881 a octubre de 1883— mediante un acuerdo conocido como el Pacto del Pardo, el cual fue celebrado, en lealtad a la Corona, para garantizar la continuidad de la monarquía ante la amenaza de los grupos de izquierda y derecha considerados extremos, y lograr la consolidación del régimen a través del compromiso de una rotación en el poder.⁵¹

35 y ss.

⁴⁹ El sector tradicionalista de la sociedad se identificaba con los partidos de Cánovas y Sagasta; los republicanos y nacionalistas, representantes de la nueva burguesía, buscarían otras formas de representación en el corporativismo, mientras que el proletariado, anarquista y socialista, se agruparía en torno al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado en 1879, y a los sindicatos Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo.

⁵⁰ De diciembre de 1874 a septiembre de 1875, diciembre de 1875 a marzo de 1879, diciembre de 1879 a febrero de 1881, y de enero de 1884 a noviembre de 1885.

⁵¹ SECO SERRANO, Carlos, “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovista”, *op. cit.*, p. 47, y SUÁREZ CORTINA, Manuel, “La Regencia de María Cristina (1885-1902)” en PAREDES, Javier (coord.) *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 426.

La articulación del bipartidismo y la fijación del pacto —que garantizaba la convivencia pacífica entre estas agrupaciones de conservadores y liberales—, se constituyeron como los pilares que sostendrían al régimen en sus primeros años.⁵² Sin embargo, las prácticas de alternancia estarían amañadas por el fraude electoral y desembocarían tanto en una corrupción política —cuya base sería el caciquismo y las redes clientelares de uno y otro bando partidista—, como en una profunda centralización administrativa.

Con la muerte del rey la reina viuda, escasamente integrada y comprometida con las problemáticas del país, se hizo cargo de la regencia hasta la mayoría de edad de su hijo Alfonso XIII. En un episodio de diecisiete años —que fue lo que duró su regencia— se sucedieron nueve presidentes del gobierno.⁵³ La regencia continuó con el sistema pacífico de turno de partidos e introdujo algunos cambios de carácter liberal en la legislación: el Código de Comercio en 1885 y el Código Civil en 1889, que significaron un paso importante en el desarrollo del derecho privado y en el ideal de la racionalización jurídica y social para el mundo liberal-burgués. Se añadió también durante los gobiernos del Partido Liberal de Sagasta la Ley de Asociaciones en 1887, que reguló el derecho de asociarse y que fue de suma importancia para el desarrollo del mundo sindical, y se cambió la Ley Electoral en 1890, que implementó el sufragio universal para los varones, pero que en la práctica continuó con la manipulación de los comicios.

Pese a estos logros políticos, que vaticinaban una cierta apertura del régimen, los problemas de la *no* representación continuaron y se vieron reflejados, tanto en el surgimiento del regionalismo con ideología nacionalista —el Juramento de Larrazábal fundaba el nacionalismo vasco en 1892 y la proclamación de las Bases de Manresa el catalanismo— como en la oposición de los intelectuales que, tras la guerra contra Estados Unidos en 1898, intensificaron sus críticas al Estado liberal. A pesar de que el régimen de la Restauración intentó afianzar una idea de continuidad, de paz, estabilidad y concordia con miras al progreso —entendido como la concepción del presente superior al pasado y la creencia de que el futuro puede ser, o será, mejor aún—, le fue muy difícil dar cauce a las nuevas fuerzas emergentes que la industrialización traía. En lo político se centralizó a ultranza y, en general, no atendió las carencias y reclamos de su sociedad, lo que vino a intensificar la crisis con la que España transitaba el siglo XIX.

Cabe recordar en relación con la contienda contra Estados Unidos que los antecedentes se remontan a la Guerra de Cuba (1895-1898), en la cual el gobierno español no fue capaz de

⁵² SECO SERRANO, Carlos, “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovista”, *op. cit.*, p. 35.

⁵³ Cánovas y Sagasta alternaron los primeros diez años. Después gobernaron Marcelo de Azcárraga, Sagasta, Francisco Sílvela, Azcárraga y Sagasta, respectivamente.

dar una solución militar, política, y tampoco diplomática al conflicto. La guerra del 98, pese a que de antemano se conocía la superioridad de la flota norteamericana, se afrontó porque la cúpula del poder pensaba que, de lo contrario, era posible no garantizar la continuidad de la monarquía. Tras la contienda, España perdió la soberanía y todos sus derechos sobre Cuba. Además, le cedió a Estados Unidos la isla de Puerto Rico —como compensación a los gastos de guerra— y la bahía de Manila en Filipinas mientras se firmaba el tratado de paz. Sin embargo, la sociedad en general, al parecer, padeció más el tema de los repatriados que el de la pérdida de los territorios.⁵⁴ En las Cortes, la derrota demostró la insolidaridad de los diversos grupos políticos. Las acusaciones fueron dirigidas hacia los altos mandos del ejército y, desde la trinchera republicana al Gobierno, por no haber sabido evitar la guerra. Esta vez no se acusó tanto a la Corona como en el pasado, cuando se habían perdido las otras posesiones americanas. Más bien, el atraso económico, político, cultural y tecnológico fueron los temas que desviaron las imputaciones.⁵⁵

Como consecuencia en lo económico la derrota privó a la industria de sus últimos mercados exteriores y el Estado tuvo que reforzar el proteccionismo y emprender una reforma en la política tributaria para impulsar a la industria y a los servicios. En lo social el descalabro propició la creación de nuevas instituciones como los ministerios de Instrucción Pública, Agricultura y de Industria y Comercio, y de leyes laborales como la de accidentes y la que regulaba el trabajo de las mujeres y niños.⁵⁶ Estas reformas tuvieron como trasfondo las reacciones y las críticas de los grupos más ajenos a la política oficial: obreros socialistas, burgueses catalanes, pero, sobre todo, de los intelectuales.

1.3.1 Las críticas a la Restauración

Tras el desastre del 98 el nacionalismo se presentaba como una opción de integración social faltante en la España de la Restauración.⁵⁷ Las críticas de los intelectuales estarían permeadas de un discurso nacionalista. Además, la idea de nación sería su objetivo fundamental según las palabras de José Carlos Mainer.⁵⁸ En este sentido, los intelectuales empezarían por

⁵⁴ ESPADAS BURGOS, Manuel, “Introducción. Memoria de un fin de siglo”, en Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, Tomo XXXVI, *La Época de la Restauración: (1875-1902). V. I. Estado, política e islas de ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. XVI.

⁵⁵ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal y la perspectiva americanista: los ingredientes ideológicos del nacionalismo español, 1890-1940” en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2005 p. 340.

⁵⁶ ESPADAS BURGOS, Manuel, “Introducción. Memoria de un fin de siglo”, *op. cit.*, p. XXIV.

⁵⁷ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...”, *op. cit.*, pp. 330-333.

⁵⁸ MAINER, José Carlos, *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Barcelona,

cuestionarse lo que era España, el carácter de los españoles y la relación de España con los demás países. Asimismo, su reacción estaría asociada a la leyenda negra, entendida como las críticas anglas y francófilas que se hacían a todas las fases de la cultura y la historia española, a su intolerancia y su oscurantismo católico, utilizando además estereotipos sobre los españoles a los que tildaban de “débiles, astutos y estúpidos, fanáticos e intolerantes.”⁵⁹

En cuanto al sistema político, los intelectuales denunciaron el fraude electoral — causante de la pérdida de credibilidad en las instituciones y de la apatía política de la sociedad— y la sustitución del sistema representativo por otro clientelar, corrupto y caciquil. Veían a los caciques y a su clase política incapaces de orientar y realizar los grandes cambios. Les criticaban su falta de ideas, proyectos y, sobre todo, su actuación, que sólo se encaminaba a la defensa de sus intereses particulares y del grupo que representaban, de ahí que se denunciara también al régimen por derrochar los recursos públicos y no invertir en el desarrollo económico y cultural del país.⁶⁰ Juan Pro explica que las grandes decisiones tenían que recaer en la Corona y ésta, en su calidad de monarquía constitucional, era acusada de un intervencionismo político excesivo. Aunado a este intervencionismo de la Corona, los críticos denunciaron el desequilibrio de los poderes, y, con ello, el predominio exagerado del ejecutivo sobre el Parlamento.⁶¹

En materia de las relaciones internacionales, estos intelectuales criticaron la inoperancia de la política exterior y el aislamiento que se venía dando desde el inicio del régimen de la Restauración. Sobre la contienda del 98, las críticas en general se dirigieron acusando al gobierno por no haber suministrado los medios suficientes al ejército y a la marina, y por haberse rendido ante los Estados Unidos sin permitir que combatiera el ejército de tierra.⁶²

Como consecuencia de esta guerra los intelectuales críticos asociaron la derrota con la debilidad moral e intelectual española, con la decadencia de la Patria, y el ocaso lo encontraron en el atraso que el país experimentaba en el campo de la ciencia y la educación. Diagnóstico que anteriormente habían hecho ya los institucionistas.

Universidad Autónoma de Barcelona, 1988, p. 92.

⁵⁹ ASÍN VERGARA, Rafael, “La civilización y la cultura en el concepto hispanoamericano de Rafael Altamira”, en INSTITUTO INTERNACIONAL DE HISTORIA DEL DERECHO INDIANO. CONGRESO (12.1998.TOLEDO), *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional del derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, Feliciano BARRIOS PINTADO (coord.), España, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 174, 175.

⁶⁰ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, pp. 336, 337.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 337.

⁶² *Ibíd.*, pp. 337, 338.

1.3.2 Regeneración, educación y nación

El trastorno cultural que supuso la Revolución Francesa impuso la necesidad de comprender la transformación política y social que el pueblo soberano reclamaba. Se requería la comprensión de las reglas que gobernaban este cambio social. En este sentido, se creía que cuanto más exacta fuera la ciencia tanto más sería el orden social y la ciencia positiva se proclamó como la liberadora de la teología y la metafísica, en las formas de explicar la realidad.⁶³

En España el positivismo, según José Carlos Mainer, le había dado unidad e identidad a aquellos que empezaban a hablar de regeneración. Ello se comenzaría a percibir en los tratados de sociología, en la preocupación criminalista, en la reflexión constitucionalista y psicológica, “hasta la recepción de los clásicos —italianos y franceses— del catastrofismo latino, que tanta y tan contradictoria tinta hizo correr sobre la incapacidad congenial de los pueblos mediterráneos en su *struggle for life* con los pueblos del Norte”.⁶⁴ En este sentido, conviene recordar que el evolucionismo y el pensamiento darwinista habían propiciado el imaginario de las naciones moribundas, las emergentes y el de la supuesta superioridad de la raza anglosajona.⁶⁵ Pero también, desde mediados del siglo XIX se venía hablando de la decadencia de la raza en la clase trabajadora por culpa de la industrialización, es decir el pauperismo.⁶⁶ Con este marco, el concepto regeneración “fue el referente que movió el gran debate intelectual sobre la supuesta inferioridad de las naciones latinas, de una raza que sucumbía ante la fuerza y capacidad de los anglosajones.”⁶⁷ Sin embargo, en España pese a este contexto, la degeneración-decadencia —término que pudo haber tenido “mayor potencialidad” en un principio que el vocablo regeneración—⁶⁸ se asociaba más hacia los

⁶³ Sólo en el periodo comprendido entre 1850 y 1914, la estructura disciplinaria de las ciencias sociales tal y como las conocemos hoy, fue formalmente reconocida en las universidades. Las disciplinas que surgieron en éste periodo fueron seis: historia, economía, ciencia política, sociología, antropología y estudios orientales. Reflejaban tres divisiones básicas: 1) Pasado/presente. La historia, se suponía, tenía que ver con lo ocurrido en el pasado. La economía, ciencia política y sociología estaban limitadas al presente. 2) Occidente/No-occidente. Las cuatro disciplinas anteriores en ese periodo centraban su atención en Occidente. La mayor parte de los otros países, lo no-occidentales, eran el campo de la antropología y los estudios orientales. 3) La otra división se daba entre la economía, la ciencia política y la sociología al definir sus campos de estudio en el mercado, el Estado y la sociedad civil, respectivamente. WALLERSTEIN, Emmanuel, *Abrir las ciencias sociales. Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 9, 10 y ss. Y del mismo autor “El tiempo del espacio y el espacio del tiempo”, en BERENZON Boris, y Georgina CALDERÓN (coords.) *Coordenadas sociales. Más allá del tiempo y el espacio*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005, pp. 25-27.

⁶⁴ MAINER, José Carlos, *La doma de la quimera...*, op. cit., p. 90.

⁶⁵ Al respecto puede consultarse también a LITVAK, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980.

⁶⁶ JULIÁ, Santos, “Retóricas de muerte y resurrección...”, op. cit., p. 164-166.

⁶⁷ SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España...*, op. cit., p. 10.

⁶⁸ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, “El binomio degeneración-regeneración en el positivismo y espiritualismo de principios del siglo XX”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos: Algunos*

males de la nación o de sus gobiernos que a la inferioridad o degeneración de la raza (como pasaba en América Latina), por ello el remedio regenerador para paliar la decadencia va a concebirse “por medio de la acción educativa, de la instrucción cívico-política, de la reforma agraria o del nacionalismo.”⁶⁹

El termino *regeneración*,⁷⁰ proveniente del campo médico, se entendía como una acción terapéutica para detener o sanar la descomposición de un medio. Este concepto se empezó a utilizar en España gracias al positivismo, pues se adaptó a la idea de la sociedad como un organismo vivo, del cuerpo social y político. De ahí que regeneración denotaba una actuación frente a una sociedad enferma o un sistema político decadente. José Luis Abellán menciona que por tal motivo el lema de la época era: “regeneración *versus* degeneración”.⁷¹ En este contexto, por ejemplo, la figura del cura perdió presencia social frente a la del médico: “El *cura*, que había sido el protagonista de las ‘fuerzas vivas’ en cualquier comunidad —un pueblo, una ciudad, una capital de provincias, era ahora sustituido por el *doctor*, preocupado por la atención al ‘cuerpo’, mientras que el ‘guía de las almas’ dejaba de tener sentido.”⁷²

En un inicio la idea de regeneración se asoció a los problemas de la ciencia y la educación. Según Abellán, tanto Marcelino Menéndez y Pelayo como los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza —los krausistas Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate— entendieron que los grandes problemas de España estaban relacionados con el atraso científico y educativo. Por ello, propusieron que sólo el desarrollo y la investigación científica podían conducir al camino de la regeneración nacional. Conviene aclarar que al parecer no existe un consenso sobre la fecha aproximada en que comenzó a emplearse el término regeneración en este período; no obstante, José Luis Abellán sitúa el año de 1876 como el momento en el cual las fuerzas políticas y las minorías intelectuales empezaron a emplearlo tras coincidir en que España “había entrado en una decadencia que era obligado detener de alguna manera”.⁷³

El discurso regeneracionista sobre educación, en general, partió de una toma de conciencia de la situación por la que atravesaba España durante la Restauración. De ahí, como hemos estado señalando, surgió la crítica hacia el gobierno y la propuesta política de acción

conceptos de la modernidad en América Latina, Guatemala, F&G Editores, 2010, p. 160.

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 163.

⁷⁰ En el diccionario de la Real Academia Española el término se desprende del campo de la Biología y se define como la *reconstrucción que hace un organismo vivo por sí mismo de sus partes perdidas o dañadas*. Diccionario de la Lengua Española vigésima segunda edición: <http://buscon.rae.es/draeI/>

⁷¹ ABELLÁN, José Luis, “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales...*, op. cit., p. 15.

⁷² *Ibíd.*

⁷³ *Ibíd.*

movilizadora para la reforma social mediante la guía de una minoría culta. En torno a esta identificación desfilaron las generaciones de intelectuales regeneracionistas que acabamos de ubicar cuyos antecedentes directos son los krausistas e institucionistas. La idea de que el remedio para la regeneración de España era la educación se extendió a todos los niveles tanto políticos como sociales. Por un lado se planteó hacer de la educación un tema clave de Estado y por otro se buscó la renovación del sistema educativo “con la mirada puesta en las corrientes y experiencias modernas de la pedagogía europea.”⁷⁴ En este sentido, Alejandro Mayordomo ubica tres líneas de actuación: 1) *La elevación cultural como promotora del progreso*, en donde se contemplaba que la mejora del nivel educativo debía estar relacionada con la mejora del nivel de producción y el crecimiento de la economía mediante el uso y desarrollo de la ciencia. 2) *La escuela como “centro de formación cívica”*, en la que se concebía que desde la escuela debía darse respuesta a los problemas de España y ayudar a reconstituir “el carácter, la cultura y la identidad nacional”. En esta línea cobrarían relevancia las propuestas de Rafael Altamira centradas en la orientación educativa dirigida al patriotismo y la enseñanza de la historia para fomentar la educación cívica y la sociabilización de los valores nacionales. 3) *La proyección social de la Universidad*, línea en donde la universidad debía ponerse al servicio de la regeneración, así como contribuir en la educación de las clases obreras y potenciar la creación del espíritu cívico y patriótico sobre todo a raíz del desastre de 1898. En esta propuesta también cobra relevancia Altamira y el “Grupo de Oviedo”, quienes darían impulso a la Extensión Universitaria.

Al respecto de esto último, vale la pena introducir que en 1897 Rafael Altamira había ganado la cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo, la cual era una de las universidades que más se había interesado por promover la modernización educativa en España. En ese recinto, Altamira coincidiría con un grupo de profesores regeneracionistas que comulgaban como él, con los postulados de la Institución Libre de Enseñanza, y que estaban intentando impulsar un programa de reforma pedagógica, social y cultural. Esta agrupación, conocida como “Grupo de Oviedo” buscaba proyectar la acción social desde la universidad e influir en la democratización del sistema político español.⁷⁵ Como muestra ello al año siguiente de llegar Altamira implementarían la llamada *Extensión Universitaria*, área diseñada para difundir conocimientos a través de conferencias, cursos y otras actividades, con el

⁷⁴ MAYORDONO, Alejandro, “Regeneracionismo y educación: La construcción pedagógica de la sociedad y la política”, en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España...*, op. cit., p. 175.

⁷⁵ Sobre el Grupo de Oviedo véase a PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008. URÍA, Jorge (coord.) *Institucionismo y reforma social en España: el grupo de Oviedo*, Madrid, Talasa, 2000.

objetivo de llevarlos a aquellas clases sociales que no podían acceder a ellos, siguiendo el ejemplo de varias universidades inglesas y de las universidades populares francesas.

En cuanto al tema de la regeneración y la nación, Juan Pro argumenta que el concepto de regeneración —que se venía utilizando en el discurso político español desde el inicio del siglo XIX— tuvo un nuevo significado debido al contexto de la última década del siglo. De ahí que los críticos del régimen de la Restauración, “hablaban de la necesidad de una ‘regeneración nacional’ es decir, de hacer nacer de nuevo a una nación que estaba muerta o moribunda.”⁷⁶ Ello reflejaba que se estaba produciendo una reorientación de las perspectivas, en la cual la conjunción de la guerra perdida en el 98 y la imagen decadente de los países latinos contribuía a exaltar los sentimientos de inferioridad y de baja autoestima. Pero como hemos venido explicando a razón del sentido que le dieron los intelectuales a la derrota, se estaba introduciendo también la categoría de “nación” en la definición de un conjunto de percepciones. De tal forma que se apelaba a “*la nación como valor moral*” y se consideraba que la regeneración ya no podía ser sólo científica sino “*nacional* en su conjunto e integridad, dando entrada a un nacionalismo político declarado y explícito.”⁷⁷

En resumen, los pensadores y críticos de la época restauracionista que relacionaban los problemas sociales, institucionales y materiales del país con la idea de regeneración, lo hacían en el marco en el que el imaginario de inferioridad en comparación con los países anglosajones e industrializados, tanto en lo material como en lo científico, estaba dibujado por el paradigma del positivismo científico. El atraso tecnológico, cultural, político y económico había provocado que desde el sentimiento de inferioridad nacional se tratara de resurgir para recuperar la fuerza y el protagonismo que España había tenido en tiempos remotos. De ahí que el tema de la educación y la nación fueran los pilares del movimiento regeneracionista, que, asumido por los distintos sectores de la sociedad, se convertiría en un fenómeno significativo del fin de siglo XIX español.

1.3.3 Regeneracionismo político, militar e intelectual

Es común identificar al regeneracionismo como un movimiento intelectual en contra del sistema político y no en un sentido más global, en el que se incluyan otros procesos y otros actores. Por ello conviene citar algunos episodios que dan cuenta que la idea de la regeneración también era utilizada en otros ámbitos. Manuel Espadas, por ejemplo, menciona

⁷⁶ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, p. 330.

⁷⁷ ABELLÁN, José Luis, “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, *op. cit.*, p. 16.

que el propio Alfonso XII tuvo la idea y el propósito de regenerar a España expresándolo con las siguientes palabras: “‘Creo que en España lo que yo tendré que hacer será reunir todas las fuerzas intelectuales del país y unido con ellas matar la palabra *partido* y colocar en su lugar la de *regeneración de la Patria...*’”⁷⁸ Es muy probable, por tanto, que el discurso regeneracionista generado con los intelectuales se haya filtrado a la clase política del régimen, y que, por consiguiente, se asumieran lenguajes, conceptos y argumentos que provenían de las críticas al propio sistema.⁷⁹ En ese sentido, Carlos Seco indica que el breve gobierno de Silvela y Polavieja, de 1899 a 1900, se planteó como regeneracionista. En dicho gobierno se incorporarían figuras de diversas tendencias en el gabinete, pero destacarían García Alix y Rafael Gasset, quienes siendo partidarios de las ideas de Joaquín Costa, se harían cargo de dos ministerios: el de Instrucción Pública y el de Agricultura, Industria y Comercio, respectivamente, y en consecuencia, impulsarían algunas reformas de gran calado.⁸⁰

Asimismo, Seco explica que en los primeros años del siglo XX se pueden identificar dos modalidades de regeneracionismo político: una protagonizada por José Canalejas, Silvela y Maura, quienes se proponían reformar el sistema haciéndolo más creíble y auténtico y “liberándolo de sus criticados ‘reversos’”; y otra rupturista, posterior a la Primera Guerra Mundial, que tendría dos vertientes: la dictadura, dentro de la monarquía pero al margen del régimen canovista, y la República, cuyo programa rompería con el sistema y con la monarquía a partir de abril de 1931.⁸¹

La identificación del regeneracionismo desde el Estado puede complementarse entonces con la idea de regeneración de los grupos ajenos al poder. Otro de ellos es el ejército que, cómo se explicó, fue separado de la cúpula del poder al inicio de la Restauración. Tras los sucesos que se suscitaron en Melilla en 1893, donde tribus rifeñas atacaron posiciones españolas y el ejército no intervino porque el gobierno prefirió solucionar el conflicto por la vía diplomática, se generó un descontento por parte de los militares y una parte de la opinión pública civil de tendencia belicista e imperialista, al grado que se llegó a pensar que la nación sería grande colonizando Marruecos. En medio de ese descontento se acusó al gobierno de mostrarse débil en la defensa de la patria y se cuestionó si ésta había que dejarla en manos de políticos timoratos. Ante esta situación se idealizó al ejército considerándolo “la parte sana de la nación, cuya honestidad y patriotismo contrastaban con la corrupción y el cosmopolitismo

⁷⁸ ESPADAS BURGOS, Manuel, “Introducción. Memoria de un fin de siglo”, *op. cit.*, p. XX.

⁷⁹ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...”, *op. cit.*, p. 338.

⁸⁰ SECO SERRANO, Carlos, “La renovación política: el regeneracionismo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO, *op. cit.*, p. 245.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 244.

de la clase política liberal”, y se consideró que únicamente los militares podían dirigir la regeneración de España.”⁸²

El otro grupo ajeno al poder es el de los intelectuales, que hemos venido mencionando como tema central de esta primera parte de la introducción. En su interpretación sobre el regeneracionismo José Carlos Mainer identifica que lo que está detrás de este fenómeno es la anhelada revolución burguesa que no se había producido en la España decimonónica. Para Mainer la burguesía intelectual se fue consolidando de manera tardía, precaria y sectorial a partir de la segunda mitad del siglo XIX gracias al progreso económico que otorgó poder social a profesionales como ingenieros, médicos y abogados, y al reconocimiento que les empezó a conferir el Estado a través de una serie de leyes como la ya citada Ley Moyano, la Ley Hipotecaria y la Ley Orgánica del Notariado.⁸³ Esta burguesía intelectual al reconocer que no se habían producido cambios estructurales “sólo un reajuste jurídico de la vieja formación económico-social,”⁸⁴ o “bloque nobiliario-territorial-financiero”, concibió el regeneracionismo como un desencanto que “ideologizaron” apelando a “unas hipotéticas fuerzas ‘nacionales’ e interclasistas al margen de las irreversibles fracturas que ya presentaba la sociedad española.”⁸⁵

Este desencanto de la burguesía intelectual —o de las clases medias profesionales e intelectuales en la concepción de Antonio Niño— propiciaron una manifestación crítica contra el régimen de la Restauración por “su incapacidad por solucionar el bloqueo del proceso de modernización propio de un Estado y una sociedad burguesa”. Y en el mismo sentido que Mainer, Niño argumenta que esta manifestación se basó en la “apelación a unas hipotéticas fuerzas ‘nacionales’ e interclasistas, capaces de modernizar la sociedad española mediante la acción privada —la intervención en la sociedad civil, diríamos ahora— y al margen de las divisiones políticas”.⁸⁶

Por consiguiente, si bien el fenómeno del regeneracionismo impactó a todos los sectores de la sociedad, fue con la pequeña burguesía o las capas medias —profesionales e intelectuales— donde encontró su máxima expresión. De hecho, el mismo Rafael Altamira, nuestro protagonista, veía que la regeneración de España dependía única y exclusivamente de los intelectuales, por ello en su discurso inaugural del curso académico de la Universidad de Oviedo en 1898, que más adelante vamos a analizar, sentenciaba:

⁸² PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, p. 331.

⁸³ MAINER, José Carlos, *La doma de la quimera...*, *op. cit.*, p. 90.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 93.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 89.

⁸⁶ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: Un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/Síntesis-OEI, 199, pp. 15, 16.

La regeneración, si ha de venir (y yo creo firmemente en ella), ha de ser obra de una minoría que impulse á la masa, la arrastre y la eduque. No nos dejemos ilusionar por la esperanza en lo que vagamente suele llamarse “pueblo”, “fondo social”, etc. En un país donde hay cerca de doce millones de personas que carecen de toda instrucción [...] ¿qué esfuerzos se pueden pedir razonablemente á esa masa social, en pro de cuestiones que ni comprende, ni le interesan, ni puede resolver por sí, aunque nada de esto proceda de culpa propia? No confiemos más que en lo que puede servir, en los elementos verdaderamente útiles, en la minoría que lee, estudia, piensa y se da razón de los grandes problemas nacionales. [...] La impulsión, la organización, la ejecución de los planes, la discreta aplicación de los procedimientos, el cumplimiento concreto de los deberes, que pide cultura y una diferenciación inteligente de órganos, eso, sólo los elementos citados pueden hacerlo, y de allí la terrible responsabilidad que sobre ellos pesa. El humilde “paisano” de nuestras montañas, el labrador de los llanos de Castilla, el payés de las regiones catalanas, etc., (que forman la mayoría de la nación), no pueden dar el impulso para regenerar el país, porque ellos son los que primeramente necesitan de regeneración y de cultura.⁸⁷

El grupo poblacional tan claramente identificado por nuestro autor, intentó cambiar el sistema político-social del que formaba parte. Por ello, una vez ubicados estos intelectuales regeneracionistas tan concientes de sí como lo expresa el propio Altamira, conviene destacar que en su búsqueda por regenerar a España estaba presente no sólo la crítica sino la voluntad de formular proyectos colectivos, tal como se ha planteado al definir la figura del intelectual. Por esta razón nos parece pertinente cerrar estas ideas en torno al regeneracionismo exponiendo algunas de sus iniciativas.

1.3.4 Proyectos de los intelectuales regeneracionistas

El rasgo principal de las críticas de los intelectuales regeneracionistas formuladas antes y después de 1898 fue su carácter nacionalista. Siguiendo a Juan Pro, estas críticas aunque discrepantes en sus propios análisis, coincidieron en señalar principalmente las casi nulas vías de integración y de participación durante el régimen de la Restauración. Además, tuvieron como rasgos comunes la expresión de una frustración e impotencia frente al sistema que parecía inmutable.⁸⁸ En general estas críticas al régimen generaron tres ideas principales y varios proyectos colectivos:

⁸⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 por el D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático numerario de Historia del derecho*, Universidad Literaria de Oviedo, Oviedo, 1898, pp. 55, 56.

⁸⁸ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, p. 330.

1) La movilización política del país. Idea derivada de la crítica a la clase política inepta, corrupta y separada del resto de la sociedad; de la falta de partidos que en realidad representaran los intereses nacionales más allá de sus intereses particulares y de grupo, y de la desmovilización política de la sociedad en beneficio de los intereses de los grupos políticos. Para darle cuerpo a esta idea Joaquín Costa y Basilio Paraíso proyectaron el corporativismo como vía de representación directa de los intereses económicos locales en vez de la representación tradicional de los partidos políticos. De ahí que estos intelectuales fundaran en 1900 la Unión Nacional integrada por la Liga Nacional de Productores y la Asamblea de Cámaras de Comercio de 1889.⁸⁹

Otro proyecto sería formulado a partir de 1898 por Unamuno y Maeztu y consistía en recurrir a los intelectuales para que asumieran el liderazgo del país ante “la deserción de la clase política de sus deberes cívicos”.⁹⁰ Según Juan Pro, esta propuesta acabó siendo asumida por la generación de 1914 cuando el filósofo José Ortega y Gasset fundó la Liga de Educación Política “para que un grupo de intelectuales como él (o Manuel Azaña, Luis Araquistain, Salvador de Madariaga, Américo Castro, etc.) se dedicaran a instruir políticamente al pueblo y hacerlo capaz de movilizarse para tomar las riendas de su destino.”⁹¹

En el mismo sentido, se propusieron otros dos proyectos para solventar la problemática política. El primero consistía en el cambio del régimen constitucional por la instauración de una dictadura. Al respecto, se pensó en un ejecutivo más fuerte, en concentrar el poder en una figura para regenerar el país. En 1895, Joaquín Costa impulsaría esta propuesta al patrocinar un curso sobre *Tutela de pueblos en Historia*, donde se habló “de la conveniencia de concentrar el poder en un hombre fuerte para impulsar la regeneración nacional; siempre con la ambigüedad necesaria para permitir varias interpretaciones posibles, incluida la de una República presidencialista.”⁹² Después, Macías Picavea continuaría con la propuesta a través de su libro *El problema nacional* (1899) en el que proponía prácticamente una dictadura. El segundo proyecto proponía el rescate del ejército, respondiendo, como se apuntó, a la idea de que las fuerzas armadas eran “la parte de la nación no corrompida por el sistema”.⁹³ Después del Desastre del 98, el general Camilo García Polavieja formuló un programa de una dictadura militar regeneracionista y aunque no se atrevió a llevarlo a cabo, generó las condiciones para que el ejército recuperara su lugar en la cúpula del poder.⁹⁴

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 345.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 346.

⁹¹ *Ibíd.*

⁹² *Ibíd.*

⁹³ *Ibíd.*, pp. 346, 347.

⁹⁴ Polavieja pedía, según Carlos Seco: “...que ‘la política de las abstracciones sustituya en el Gobierno la política agraria, la política industrial, la política mercantil’; pero, lógicamente, pone el acento en la urgente

Las otras dos ideas derivadas de las críticas a la Restauración fueron: 2) La búsqueda de la esencia de España. Esta idea formulada por Unamuno identificaba que España se había apartado de sus tradiciones al importar valores e instituciones del exterior con el liberalismo, por lo que era necesario que buscara su “alma propia”. 3) La búsqueda de un ideal movilizador y utópico. Ángel Ganivet afirmaba con esta idea que la estabilidad del régimen liberal se había conseguido gracias a la renuncia de los grandes ideales utópicos.⁹⁵

Finalmente, cabe mencionar que en el regeneracionismo coincidieron una variedad de posiciones y planteamientos que casi siempre partieron del rechazo al sistema político vigente, incluso con proyectos antidemocráticos como se acaba de mostrar. Posiciones regeneracionistas que en el fondo buscaban la integración de las fuerzas externas al sistema, el abandono del caciquismo y su red de control política y social, y el desarrollo de la educación. Se intentaba superar la crisis que se desbordaba con el fin de siglo y de reinventar España: la nación, las instituciones, la cultura. Pero además, en el contexto de la búsqueda del “ser” de España, algunos intelectuales creían que la definición de España como nación no podía hacerse ignorando los vínculos con América. De hecho, trataron de sostener un diálogo con los americanos gracias a que España había dejado de ser el enemigo de los países americanos cediéndole el paso a los Estados Unidos. El diálogo que se proponía estaba encaminado a fomentar los vínculos comunes; tener presencia internacional ante el nuevo reacomodo de posiciones tras la guerra del 98; apoyarse mutuamente con el fin de superar la crisis finisecular y encontrar soluciones análogas a los problemas sociales. A grandes rasgos, serán las características de un movimiento conocido como *hispanoamericanismo*, el cual bien define Juan Pro, “tendía a formar un bloque eficaz de resistencia al poderío norteamericano, una resistencia al menos en el plano simbólico, cultural y diplomático, ya que en el terreno económico y militar no era posible.”⁹⁶ Movimiento asociacionista y de vinculación cultural entre América Latina y España que se venía desarrollando durante gran parte del siglo XIX y que, en palabras de Rafael Altamira, constituía una “modalidad” específica de la humanidad, al contrario que la hispanidad que resaltaba los rasgos particulares de la identidad propia.⁹⁷ Dicho movimiento se tratará enseguida para introducirlo en sus líneas generales, pero sobre el que nos detendremos con detalle en el primer capítulo de este estudio, porque dentro del

reorganización del Ejército y de la Marina, en el servicio militar obligatorio o en la necesidad de una política exterior ‘que acabe con el aislamiento nacional’. Y también, tras la experiencia de ultramar, en la descentralización administrativa.” SECO SERRANO, Carlos, “La renovación política: el regeneracionismo”, *op. cit.*, p. 242.

⁹⁵ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...”, *op. cit.*, p. 332.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 342.

⁹⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, “Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo”, Madrid, Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español, 1927.

hispanoamericanismo se encuadra el intelectual que es protagonista de este trabajo. En ese contexto, Rafael Altamira, como veremos, brillará con luz propia.

2. Rafael Altamira: entre el americanismo y el hispanoamericanismo

A lo largo de esta introducción hemos ubicado la formación krausista de Rafael Altamira, su preocupación regeneracionista y patriótica —que conjuga la influencia de Joaquín Costa y la solidaridad con la generación del 98— en la que debe incluirse su vocación universalista y el interés desarrollado por América. Éste último que vendrá a constituir el denominador común de la mayor parte de su obra historiográfica, y que lo llevará a ser una pieza clave del hispanoamericanismo, como veremos a lo largo de esta investigación. Es decir, el hispanoamericanismo desplegado por Altamira finca sus raíces en puntos claves del pensamiento español de las últimas décadas del siglo XIX: por un lado, el ideario de reforma social y pedagógica a través de lo que se ha denominado el krauso-institucionismo, y por el otro, las reacciones nacionalistas de los regeneracionistas tras la Guerra de 1898. Estos últimos, que de alguna manera sintetizaron las medidas y actitudes de los krauso-institucionistas, concebían que los problemas nacionales estaban relacionados con el atraso científico y educativo, y que el desarrollo y la investigación científica podían conducir al camino de la regeneración nacional.

Es importante mencionar aquí que la figura de Rafael Altamira nos fue interesando por haber elaborado éste un conjunto de ideas, propuestas, acciones y sentimientos sobre América Latina. Al iniciar la primera etapa de la investigación revisando el material depositado en los anaqueles de la historiografía española, ubicamos que Altamira es considerado el principal impulsor del americanismo español de inicios del siglo XX y un renovador y pilar del hispanoamericanismo. Durante esta primera fase de indagación los términos americanismo e hispanoamericanismo nos generaron confusión debido a que leíamos en algunos textos que se referían a ellos indistintamente. Además esta confusión inicial nos llevó a considerar que americanismo podía ser un sinónimo de Estudios Latinoamericanos. En este sentido, comprendimos que podría serlo si discurriéramos que ambos consideran a América Latina como objeto de estudio y como problema de conocimiento. Sin embargo, esta concepción implica un posicionamiento epistemológico, es decir, tanto un reconocimiento de su ubicación espacio-temporal, como una toma de posición respecto a su existencia y en esto último puede estribar su diferencia.⁹⁸ Sobre el americanismo cabe mencionar que desconocemos textos que

⁹⁸ Los Estudios Latinoamericanos desde las universidades y los centros de investigación de América Latina fueron creados bajo la percepción de que América Latina constituía una realidad específica y diferente a

nos permitan profundizar en su concepción teórica, pues sólo encontramos algunos trabajos que han venido analizando su devenir histórico e historiográfico, destacando el excelente libro de Palmira Vélez.⁹⁹

Otra de las situaciones que nos provocó confusión fue que en el ideario de Rafael Altamira es difícil encontrar una distinción entre los términos americanismo e hispanoamericanismo. Por todo ello nos hemos permitido hacer una diferenciación entre ambos términos con fines metodológicos. De ahí que por americanismo estamos entendiendo el interés por América que se desarrolla dentro de un campo de estudio en donde el quehacer intelectual se realiza de manera interdisciplinaria. Es decir, como el conjunto de ciencias que integran el estudio y conocimiento sobre América que se despliega en un ambiente propiamente académico. Sabemos que caracterizarlo así nos lleva a tener una definición parcial si se mira desde la tradición española, pero nos hemos permitido hacer esta diferenciación sólo con fines metodológicos porque la otra parte del americanismo que tiene que ver con cuestiones de tipo social y político, que desde la perspectiva española se conoce como americanismo asociativo o político-cultural,¹⁰⁰ es lo que nosotros vamos a considerar con el término *hispanoamericanismo*.

Debido a que en el primer capítulo de esta investigación pretendemos acercarnos a las caracterizaciones del hispanoamericanismo, y debido también a que durante el segundo capítulo trabajaremos el hispanoamericanismo de Rafael Altamira a través de sus propuestas programáticas, conviene detenernos entonces brevemente en el tema del americanismo, concebido como campo de conocimiento, al que llamaremos para efectos de esta introducción *americanismo académico*.

La intención de esta breve síntesis que a continuación ofrecemos es para que el lector pueda ubicar la particular labor de Rafael Altamira dentro del americanismo académico, es decir, el trabajo que desarrolló con el fin de consolidar el campo de conocimiento cuyo objeto de estudio es América y lo americano. Actividades que de alguna forma marcan la diferencia

Occidente, lo cual llevó a la necesidad de crear teorías, paradigmas, hipótesis, leyes y categorías para analizarla y explicarla de manera particular. Éste había sido el sentido de las reflexiones que se formularon a lo largo de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX, décadas durante las cuales se había logrado consolidar este enfoque. Pero lo cierto es que dentro de los Estudios Latinoamericanos se fueron produciendo rupturas epistemológicas y transformaciones entre las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX, que implicaron una transición hacia nuevos temas y enfoques teóricos, dando como resultado nuevos paradigmas orientados a la fundamentación de una “nueva realidad global”, desde donde se ha estado redefiniendo la articulación de América Latina y sus procesos. Desde esta perspectiva puede consultarse, entre otros, a LÓPEZ NAJERA, Verónica Renata, “Perspectivas del pensamiento social latinoamericano ante el nuevo siglo”, *Estudios Latinoamericanos*, No. 45, enero-diciembre 2005, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencia Políticas y Sociales, pp. 69-84.

⁹⁹ VÉLEZ, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 111.

con respecto a su labor hispanoamericanista, entendida a través de sus propuestas prácticas y teóricas orientadas al movimiento asociacionista y de vinculación cultural entre América Latina y España.

Más específicamente intentamos mostrar brevemente que Altamira desempeñó un rol destacado en el desarrollo de la historiografía americanista, su comunidad, instituciones, prácticas, programas de estudio y redes científicas. Temas en los que no profundizaremos pero que, como acabamos de señalar, ya han sido estudiados detalladamente por Palmira Vélez.

Antes de abordar el tema del americanismo, es preciso ubicar que el interés de Altamira por América viene desde sus años de formación en la década de 1890. Compaginando sus intereses jurídicos que ya hemos mencionado, Altamira trabajó en el Museo de Instrucción Primera y fue nombrado secretario segundo del Museo Pedagógico Nacional. Asimismo tuvo una intensa actividad periodística que lo llevó a colaborar en *La Ilustración Ibérica* (1886-1891); *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (a partir de 1888); *La España Moderna* (a partir de 1889); *Revue Historique* de París (1890); *Nuestro Tiempo* (a partir de 1901); *La España Regional* de Barcelona (1892); *La Época* y *El Heraldo* de Madrid (1895). En *La España Moderna*, revista financiada por Lázaro Galdiano, Altamira se hará cargo de la sección “Lecturas americanas” y comentará obras y artículos de los intelectuales americanos sobre temas de derecho, historia, pedagogía y literatura principalmente.¹⁰¹

Su interés por América proviene precisamente de las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento. Tres años después de esta conmemoración creó la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*. En 1898 desplegó su carrera hispanoamericanista —la cual abordaremos en el segundo capítulo de esta tesis como hemos señalado— anunciando el programa de acción en el marco del discurso inaugural del curso académico de la Universidad de Oviedo. Después de realizar dos formulaciones más del programa hispanoamericanista en 1900 y 1908, en 1909 llevará a cabo un viaje por varios países americanos, comisionado por la universidad ovetense, con el objetivo de establecer vínculos de cooperación en materia cultural y científica. Cabe mencionar que con dicho viaje, concebido, entre otras cosas, para apreciar la realidad, las condiciones e idiosincrasia latinoamericanas y comprobar el nivel de aceptación del proyecto hispanoamericanista dentro de los círculos universitarios e intelectuales, logró acercar a España a los ámbitos y foros

¹⁰¹ Al respecto puede consultarse AYALA, María de los Ángeles, (et. al.), *La labor periodística de Rafael de Altamira (I): catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La España Moderna, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Nuestro Tiempo*, Alicante, Universidad de Valencia, 2008.

latinoamericanos, ya que anteriormente se acostumbraba que los españoles eran los que convocaban a los representantes de América Latina a empresas culturales e intelectuales en la península.

A su regreso en 1910 publicará *Mi viaje a América*, reformulará su programa hispanoamericanista y será recompensado por su exitoso viaje americano con la designación como director general de Primera Enseñanza, cargo que desempeñará de 1911 a 1913. Al mismo tiempo se desempeñará como responsable del seminario de Metodología de la Historia en el Centro de Estudios Históricos entre 1910 y 1918; será nombrado representante de la Junta de Ampliación de Estudios en varios congresos internacionales; en 1914 será designado profesor del Instituto Diplomático y Consular, y ocupará la cátedra de Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad de Madrid.

2.1 El americanismo académico de Rafael Altamira

Fuera del contexto regeneracionista que hemos venido exponiendo no se entendería el interés despertado por la historiografía americanista, la cual, a decir de Palmira Vélez, se benefició de la erudición profesional, de la formación de la opinión pública y de la implantación universitaria.¹⁰²

La celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 sirvió de plataforma para comenzar el proceso de institucionalización de los estudios y las investigaciones americanistas. Iniciado el siglo XX el americanismo historiográfico no sería impulsado por la Academia de Historia —donde había adquirido el rango oficial durante el siglo XIX— ni por el Ateneo de Madrid, sino por el mundo universitario y por el apoyo especial de la Junta de Ampliación de Estudios.¹⁰³

El papel de Rafael Altamira en este sentido fue fundamental. A partir de su viaje a América entre 1909 y 1910 y, sobre todo, con la creación de una cátedra *ex profeso* para él en la Universidad Central de Madrid (Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América), se convertirá en un pilar fundamental del americanismo académico durante las primeras décadas del siglo XX, dentro del cual, el americanismo historiográfico será uno de sus elementos principales.

¹⁰² VÉLEZ JIMÉNEZ, Palmira, *La historiografía americanista...*, op. cit., p. 164.

¹⁰³ Según Vélez la JAE “fue heredera de los presupuestos liberales del americanismo, pero no los desarrolló plenamente, por razones económicas, científicas e interpersonales, hasta los años de la Segunda República. En la raíz de esa limitación estaba la consideración de algunos de sus miembros intelectuales y profesores de que las relaciones científicas con América, con tener interés para la promoción del ‘hispanismo’ no eran lo más urgente”, primero estaban las atenciones hacia las instituciones universitarias europeas, *Ibíd.*, pp. 164, 165.

Antes de narrar cómo se dio el proceso de institucionalización y profesionalización del americanismo historiográfico, conviene resaltar que, así como la historia y la historiografía en general, fueron sustanciales en el desarrollo de la identidad nacional por ser consideradas un elemento de conciencia cívica y un mecanismo mediante el cual poder inculcar los valores patrióticos o nacionales a sus ciudadanos, para el americanismo español —en su concepción amplia— de igual forma se constituirían como un elemento fundamental por la necesidad de “crear y dar sentido a la comunidad, una trayectoria y un futuro en común”. En este sentido, su poder político también fue de gran relevancia, según Salvador Bernabéu, para integrar el tejido social y las relaciones económicas, políticas y culturales “generadas entre los hombres, las mujeres, las ideas y los proyectos de las naciones-estado de ambas orillas del Atlántico.”¹⁰⁴

La historia de América en la universidad española en realidad se trataba escasamente antes del siglo XX.¹⁰⁵ Fue en el año 1900 que se incluyó en las cátedras de doctorado de la Universidad Central de Madrid,¹⁰⁶ precisamente cuando el ministro Antonio García Alix emprendió la reforma de la Facultad de Filosofía y Letras como muestra de su interés por la enseñanza estatal. Pero el panorama del americanismo historiográfico no se completó hasta 1914, cuando se creó la citada cátedra de Rafael Altamira en la Facultad de Derecho y en la de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid.¹⁰⁷

Además el contexto regeneracionista de principios del siglo XX propiciaría que se empezaran a crear las primeras instituciones de investigación en las que el americanismo historiográfico tendría cabida: el Centro de Estudios Históricos de Madrid (1910), espacio de investigación creado por la JAE, y el Centro Oficial Español de Estudios Americanistas de Sevilla (1914). Y que la historia americana continuara cultivándose en asociaciones o grupos de trabajo, las cuales veremos enseguida, cuando hablemos un poco sobre el hispanoamericanismo de manera introductoria. Resta señalar que según Palmira Vélez la historia de América que se escribía era “académica y erudita, archivística y metódica, progresivamente profesionalizada, pero ante todo de hechos políticos y de historia de las

¹⁰⁴ BERNABÉU ALBERT, Salvador, “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la guerra civil”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, Madrid, 2007, p. 252.

¹⁰⁵ Prácticamente, según Vélez, “... (únicamente leves retazos en la ‘Historia medieval y moderna’ e ‘Historia universal’) [...] y tampoco es asignatura específica de los centros de Enseñanza Media, el ejercicio de investigación y divulgación histórica americanista se desarrolla o bien en los salones de Reales Academias e instituciones oficiales, o en variados órganos de expresión, cuando no en los despachos particulares de hombres de letras y/o políticos, interesados por uno u otro motivo en los asuntos de Ultramar.” VÉLEZ JIMÉNEZ, Palmira, *El nacimiento del Americanismo en España (1900-1936)*, España, tesis de licenciatura, Departamento de Historia, Universidad de Zaragoza, 1989, p. 2.

¹⁰⁶ TABANERA GARCÍA, Nuria, “Un cuarto de siglo de americanismo en España: 1975-2001”, en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Núm. 72 (abril), 2002, pp. 81-94.

¹⁰⁷ VÉLEZ JIMÉNEZ, Palmira, *El nacimiento del Americanismo...*, op. cit., p. 268.

instituciones [con] insistencia casi exclusiva en las categorías de la ‘Conquista y la ‘Colonización’.”¹⁰⁸ Precisamente porque la tarea en este contexto regeneracionista era continuar blanqueando la leyenda negra “mediante la publicación de fuentes y defensa de sus personajes.”¹⁰⁹

A través de la cátedra de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América —la cual era de libre elección y estaba orientada a “reconstruir la Historia jurídica de América”— Rafael Altamira se propuso formar recursos humanos y, al mismo tiempo, abrir el horizonte americanista e hispanoamericanista tanto a las nuevas generaciones de universitarios españoles, como a otro tipo de estudiantes, ya que según el propio Altamira, acudían también alumnos norteamericanos y americanos.¹¹⁰ Durante los veintidós cursos dictados entre 1914 y 1936, se elaboraron más de doscientas monografías y un número importante de tesis de doctorado entre las que destacaron los trabajos de futuros catedráticos como “Juan de Contreras, Cayetano Alcázar Molina, José María Ots Capdequí, Juan Manzano Manzano, Javier Malagón y los mexicanos Raúl Carrancá y Trujillo y Silvio Zavala.”¹¹¹ La cátedra constituiría no sólo la base desde la cual Altamira construiría un ámbito académico americanista en el que desplegaría sus actividades relacionadas con la formación de recursos humanos y la investigación histórico-jurídica, sino que también influiría en la creación de una serie de instituciones como el Instituto Iberoamericano del Derecho comparado o la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología Americana.¹¹²

A modo de seguir repasando las principales etapas de la vida y obra de nuestro personaje, cabe señalar que casi al mismo tiempo que iniciaba su cátedra en la Universidad Central, Rafael Altamira publicará *La Guerra Actual y la opinión española* (1915) a favor de los aliados. En 1917 reformulará el programa hispanoamericanista el cual, desde sus primeras enunciaciones, se distinguirá por hundir sus raíces en las ideas nacionalistas, democráticas y republicanas. Aunque Altamira siempre defendió estas ideas, se mantuvo, en lo que pudo, al margen de cualquier participación partidista. En cambio, el desarrollo de su militancia pacifista lo llevará en 1920 a ser designado por la Asamblea de la Sociedad de Naciones

¹⁰⁸ VÉLEZ JIMÉNEZ, Palmira, *La historiografía americanista...*, op. cit., p. 14.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 77.

¹¹⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, tipografía de Archivos Olózaga I., 1933, p. 6. En este folleto se encuentran más detalles sobre la organización y actividades de la cátedra. Asimismo se puede consultar del mismo autor: *Trece años de labor americanista docente*, *Revista de las Españas*, No. 5, 1925.

¹¹¹ PRADO, Gustavo Hernán, “La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico”, en *De las Independencias al Bicentenario. Trabajos presentados al Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las Independencias al Bicentenario*. Barcelona, 20 de octubre de 2005., Barcelona, Casa América Catalunya, 2006, p. 81.

¹¹² *Ibíd.*, p. 82.

miembro de una comisión de juristas encargada de elaborar el proyecto del Tribunal Permanente de Justicia Internacional, con sede en La Haya. En ese organismo, el alicantino se desempeñará como uno de los nueve magistrados, será elegido en 1921 y reelegido hasta la suspensión de sus actividades en 1940. Con la dictadura de Primo de Rivera, sin embargo, algunas de las ideas hispanoamericanistas de Altamira serán utilizadas por el régimen para reformularlas y aplicarlas desvirtuadas dentro de un marco antidemocrático y reaccionario.

Estos largos saltos en el tiempo nos permiten llegar a la Segunda República, donde se continuó el desarrollo de la institucionalización y renovación del americanismo historiográfico. Se crearon el Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla, que mantuvo su función académica de 1932 a 1936, y la Sección de Estudios Americanos del Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1934, gracias a la puesta en marcha de un Plan de Expansión Cultural, emanado de la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado.¹¹³ Ambas instituciones materializaron un anhelado proyecto regeneracionista de “contar con centros modernos que difundieran las nuevas metodologías con las que superar las debilidades (retórica vacía y escasa preparación) y desterrar los excesos de la leyenda negra.”¹¹⁴

A la dirección de la Sección de Estudios Americanos del Centro de Estudios Históricos llegaría el historiador y lingüista Américo Castro y a la de Sevilla José María Ots Capdequi. Ambos, de corriente republicana, se habían doctorado en la Universidad Central de Madrid y Ots Capdequi además, había sido discípulo de Rafael Altamira. A la par se creó el Seminario de Estudios Americanos en la Universidad Central, especializado en los estudios antropológicos y etnográficos sobre los pueblos americanos, del cual se haría cargo Antonio Ballesteros. Este Seminario y el Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla dirigieron sus tareas a la formación de alumnos, mientras que la Sección de Estudios Americanos dedicó sus esfuerzos a la investigación y, además, consiguió aproximarse a otros proyectos y miembros del Centro de Estudios Históricos, lo que permitió “extender las nuevas corrientes del pensamiento en filología, ciencias jurídicas e historia a los estudios americanistas.”¹¹⁵ Aunque para Nuria Tabanera la Sección de Estudios Americanos del Centro de Estudios Históricos, “si bien no se convirtió en el gran polo de difusión de los estudios americanistas, sí desarrolló una considerable labor, como mostró la puesta en marcha de su revista *Tierra Firme*.”¹¹⁶

¹¹³ TABANERA GARCÍA, Nuria, “Un cuarto de siglo de americanismo...”, *op. cit.*, p. 82.

¹¹⁴ BERNABÉU ALBERT, Salvador, “Los americanistas y el pasado...”, *op. cit.*, pp. 252, 253.

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 255.

¹¹⁶ TABANERA GARCÍA, Nuria, “Un cuarto de siglo de americanismo...”, *op. cit.*, p. 78.

La influencia de Rafael Altamira en el americanismo académico empezaba a consolidarse en vísperas de la Guerra Civil. Según Gustavo Prado, España contaba con instituciones encargadas de fomentar el intercambio intelectual hispanoamericano; residencias para albergar estudiantes y becarios; un centro de formación e investigación histórica; un instituto de estudios americanistas en Sevilla; acuerdos de intercambio con Universidades de Estados Unidos; cátedras universitarias americanistas y más de veinte asociaciones de diferente competencia, foros y publicaciones americanistas.¹¹⁷ Sin embargo, después de la guerra la reconstrucción de las universidades y de los centros de investigación con vocación americanista quedó marcada por condicionamientos políticos.¹¹⁸ El régimen franquista dictó los principios ideológicos y políticos para legitimarse, a los que tuvieron que supeditarse la investigación y la docencia. Mientras temas como la democracia, la reforma, la revolución resultaban de actualidad para los intelectuales y universitarios, para la dictadura representaban un peligro. Peligrosas también resultaban las obras de todos aquellos intelectuales que emprendieron el exilio como Rafael Altamira.

Tras la Guerra Civil, Altamira tendrá que permanecer en La Haya y después vivir exiliado en México sus últimos años. Si el régimen franquista se dio a la tarea de silenciar la obra de Rafael Altamira, así como la de muchos otros intelectuales, las naciones americanas que los recibieron les devolverían la voz. En tierras mexicanas el alicantino dictará cátedra en el Colegio de México y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Además, participará en las diversas actividades académicas del exilio republicano y seguirá publicando obras, entre ellas: *Manual de Historia de España*, *Los elementos de la civilización y el carácter español*, *Ensayo sobre Felipe II*, *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación Indiana*. A lo largo de su vida, Rafael Altamira publicará más de cien libros y gran cantidad de artículos y prólogos sobre temas históricos, americanistas, hispanoamericanistas y pacifistas.

2.2 El hispanoamericanismo español a finales del siglo XIX

Las relaciones entre España y América Latina durante el período de la Restauración estuvieron condicionadas por un contexto particular en el que confluían la expansión del imperialismo estadounidense y la idea —muy extendida en los medios políticos e intelectuales— de que existía una superioridad de las naciones anglosajonas frente a las

¹¹⁷ PRADO, Gustavo Hernán, “La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico”, *op. cit.*, p. 85.

¹¹⁸ TABANERA GARCÍA, Nuria, “Un cuarto de siglo de americanismo...”, *op. cit.*, pp. 82, 83.

latinas. Una categoría crecientemente utilizada lastraba también las interacciones entre los países y los grupos humanos: la de “raza”. El propio Rafael Altamira, que era consciente de ello, escribiría:

[...] no fuimos nosotros los primeros que deslindamos campos y separamos razas, sino los germanos y los sajones que, no ahora, á comienzos del siglo XIX, por boca de Fichte (más tarde secundado por Gervinus y hoy día por los *jingoes* y los imperialistas de Norte América y de Inglaterra) lanzaron el reto y se propusieron borrarlos del mapa de las naciones con derecho á vivir y á influir en el mundo.¹¹⁹

Aunque por los límites que nos hemos impuesto no profundizaremos en este tema de la raza, conviene detenernos aunque sea brevemente en este asunto para advertir que en el contexto regeneracionista en que establecemos estas relaciones entre España y América Latina y en el marco del positivismo decimonónico con el que se buscaba el progreso en la región latinoamericana, la raza era una categoría biológica empleada para interpretar las complejas realidades sociales. Esto porque probablemente Herbert Spencer era uno de los autores positivistas más leídos en Latinoamérica y porque sus obras habían fijado en la región la perspectiva del sistema evolucionista.

Las dos teorías raciales —o también llamadas de cambio social incluyendo en ellas la idea de la inferioridad— no eran desconocidas en el contexto latinoamericano. Es decir, por un lado se hablaba de raza como una nacionalidad o pueblo a través del tiempo y, por otro, como grupos humanos jerarquizados por sus cualidades físicas y psicológicas, estando en el estrato inferior los mestizos, indígenas y negros. Sobre todo, con la segunda teoría se asumía una problemática racial y social que para algunos sólo se podría solventar con la eugenesia, a través de la inmigración de la raza blanca europea tendiente a conformar una nueva sociedad y aspirar al progreso, o con medidas higienistas; mientras que para otros con el mestizaje —que también, por lo contrario, había sido considerado un problema desde que se mezclaron el español y el indígena—, y con la educación.¹²⁰ Pero el papel de ésta última no sería primordial en aquellos países de América Latina que darían prioridad a una “regeneración racial”, a diferencia de España que impulsaba la “regeneración moral, educativa o social”.¹²¹

Sin embargo, al principiar el siglo XX surgirá en el contexto latinoamericano un nuevo paradigma enfrentado al positivismo: un idealismo que con la bandera del *Ariel* de José

¹¹⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, Valencia, F. Sampere, 1908, p. 160.

¹²⁰ HALE, Charles, “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en BETHELL, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 8, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 1-64.

¹²¹ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, “El binomio degeneración-regeneración...”, *op. cit.*, pp. 164, 166.

Enrique Rodó revalorará el espíritu latino, reafirmará los valores humanísticos, criticará el utilitarismo, reforzará la categoría del antiimperialismo, y le dará nuevo sentido cultural a la categoría raza, valorizando la raza latina por su naturaleza espiritual *versus* raza sajona.¹²² En efecto, Rodó escribirá *Ariel* (1900) inspirado en el humanismo de Renán y su *Calibán* (1868), en *La tempestad* (siglo XVII) de Shakespeare y básicamente con estas influencias realizará una crítica a todo lo que representaba el modelo sajón y a la tendencia de imitarlo. A través del simbolismo de Ariel, quien encarnará el idealismo, el espíritu y la belleza, Rodó enviará un mensaje a la juventud latinoamericana para que buscara su identidad en la tradición latina e hispana y en la historia propias. Además, como sostiene García Giráldez, Rodó:

[...] recoge los conceptos tradicionales del humanismo y los glosa en discursos pedagógicos que siguen el esquema de la educación racionalista. Armoniza el culto estético del paganismo con la espiritualidad cristiana; concilia el elitismo intelectual con el derecho democrático y resalta su desinterés idealista ante el utilitarismo, sintetiza el compromiso de los modernistas con la raza y cultura americanas.¹²³

El ensayo de Rodó se constituirá en un hito y en un punto de partida para todos los movimientos latinoamericanos que buscarán durante el siglo XX la unión cultural y espiritual, y la identidad propia de la región.¹²⁴ Movimientos que, a su vez, construirán los “espacios de sociabilidad antiimperialistas, que van a contraponer a las dos Américas, a sus culturas, a sus razas, pero no siempre a sus pueblos.”¹²⁵ En palabras de Marta Casaús, en este nuevo contexto la valoración del término raza latina frente a la raza sajona será, por consiguiente, positiva en tanto que se buscarán elementos para la construcción de la identidad latinoamericana, desplazando la noción de inferioridad en los indígenas y negros y llevando, posteriormente, a la “exaltación del mestizo como la fusión de dos razas construyendo así una raza superior, la raza de bronce, la raza cósmica”.¹²⁶ Quizá uno de los intelectuales latinoamericanos de principios del siglo XX que mejor sintetiza estos ideales es Alberto Masferrer, quien según

¹²² Por antiimperialismo estamos entendiendo la “reacción a las manifestaciones más aguerridas del imperialismo de los siglos XIX y XX, como categoría conceptual, como programa político [...] como modo de concebir y entender las relaciones entre naciones, relaciones de desigualdad y de fuerza, entre un poder central hegemónico y unas instancias periféricas subalternas.” GARCÍA GIRÁLDEZ, Teresa, “La dicotomía imperialismo-antiimperialismo en las redes intelectuales unionistas centroamericanas (1890-1930)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, op. cit., p. 256.

¹²³ *Ibíd.*, pp. 269, 270.

¹²⁴ Coincidimos con Marta Casaús y Teresa García en el sentido de considerar además del *Ariel* a otras obras que fueron de gran importancia en la búsqueda de la identidad latinoamericana: *Nuestra América* (Martí), *Las fuerzas morales* (Ingenieros), *La raza cósmica* (Vasconcelos), *La Misión de América* (Masferrer), *Alrededor del problema unionistas* (Mendieta). CASAÚS Marta y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales...*, op. cit., p. 5.

¹²⁵ GARCÍA GIRÁLDEZ, Teresa, “La dicotomía...”, op. cit., p. 257.

¹²⁶ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, “El binomio degeneración-regeneración...”, op. cit., p. 188.

Casaús, estaba consciente de que el término raza ayudaba a profundizar la discriminación, el racismo y sobre todo a justificar el sistema de explotación. En vez de raza proponía utilizar el término de cultura porque “abarcaba más expresiones y manifestaciones materiales y espirituales de los pueblos americanos”. Además, decía que al hablar de cultura se hablaba de espíritu, instituciones, leyes, costumbres y educación y que sólo a través de esta pluralidad se podría forjar el “Hombre Nuevo y la América Nueva”. Masferrer al igual que Rodó y Martí “proponía buscar los signos de identidad en los rasgos culturales como la lengua, la cultura, la visión poética y soñadora, en la inspiración de lo propio frente a lo ajeno.”¹²⁷

En suma, el marco en el que se escribió *Ariel* introdujo cambios en el juego de acciones y percepciones entre América y España. España dejaba de ser una amenaza para los países latinoamericanos. Mónica Quijada explica que mientras en Europa se leía el triunfo de los Estados Unidos en la guerra del 98 desde la perspectiva de la decadencia de la raza latina, en América del Sur, por el contrario, la reflexión tenía que ver con una crisis de civilización, en la que la intervención de Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano se consideraba un retroceso.¹²⁸ Lo mismo pensaba por ejemplo Altamira, quien después de afirmar que quien había perdido había sido el derecho internacional, se refirió a los estadounidenses en estos términos:

El pueblo joven ha claudicado, cayendo en las mismas faltas que le hacían despreciar á los pueblos viejos. El retroceso que esto supone es tan grande, que tal vez anule por muchísimos años los esfuerzos hechos hasta hoy, y los que se realicen en lo porvenir, para humanizar las relaciones entre los pueblos.¹²⁹

Desde esta representación americana se escribiría, por tanto, el *Ariel* de Rodó y se vislumbraría que “la raza hispana [podía] alcanzar la meta del progreso siendo fiel a su propia esencia; o sea, sin seguir el camino de los modelos exitosos del siglo XIX”, de ahí que el Modernismo por ejemplo, buscaría la modernidad en la tradición y en las raíces.¹³⁰ Además, con la guerra Hispano-norteamericana los viejos recelos antiespañoles por parte de los países latinoamericanos empezarían a cambiar, dando pie a la renovación de las relaciones con España. Asimismo, en el nuevo contexto suscitado por la Guerra del 98 tanto en España como

¹²⁷ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, “La creación de nuevos espacios públicos a principios del siglo XX: la influencia de redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1920-1930)”, en CASAÚS Marta y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales...*, op. cit., pp. 98, 99, 101.

¹²⁸ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. LVII/2, Núm. 196, Madrid, 1997, pp. 603-607.

¹²⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...* op. cit., p. 39.

¹³⁰ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones...”, op. cit., pp. 603-607.

en América Latina se pensaba en el cambio que habría que afrontar en cuestión de geopolítica internacional. Estas tensiones compartidas favorecerían el restablecimiento de las relaciones oficiales entre España y América que habían caído en el desinterés por muchos años, entre otras cosas, a consecuencia de las largas que habían sido las negociaciones después de las guerras de independencia, y al nacionalismo anti-hispanista con el que habían empezado su marcha las nuevas repúblicas.¹³¹ Antes del 98, recordemos, en América Latina era común percibir la idea de que la herencia colonial era considerada una carga negativa de la que habría que desprenderse, incluso, España era asociada al atraso, en comparación con otros países europeos, modelos del liberalismo, de la modernización y de la tolerancia.¹³²

Por lo que respecta a las relaciones culturales entre América y España —que existían antes de los sucesos de la guerra Hispano-norteamericana— se generó un nuevo impulso, se fortalecieron los contactos intelectuales, se propuso el intercambio académico y se intensificó el mercado editorial. Puede afirmarse, por lo tanto, que el 98 vino a reafirmar la tendencia de recuperación de América y de lo hispánico a uno y otro lado del Atlántico.¹³³ En este nuevo tejido de relaciones, desde la Península se pensaba en la recuperación de América a través de una óptica liberal y otra conservadora y desde Latinoamérica se ponía atención en las potencialidades del referente cultural hispánico. El interés por América desde España se verificaba sobre todo desde las asociaciones civiles y se concentraba en Andalucía, Madrid, Cataluña y Asturias.¹³⁴

Asimismo, en esta recuperación de España para los latinoamericanos y de América para los españoles, para Mónica Quijada figuras como Rafael Altamira, “veían en su país al intermediario natural entre el espíritu europeo y las necesidades culturales de los jóvenes pueblos latinoamericanos, los sudamericanos veían en España al depositario original de las esencias culturales comunes”, pero no veían a España como un modelo contemporáneo a seguir, sino que buscaban la esencia hispánica como referente cultural.¹³⁵

El nuevo contexto que generó la guerra de 1898, que por un lado potenció el temor ante la amenaza estadounidense y por el otro propició el rescate de la influencia hispánica, reactivó en ambos márgenes del Atlántico el movimiento hispanoamericanista, el cual, se venía desarrollando durante el siglo XIX. Mónica Quijada refiere que el hispanoamericanismo constituye una especie de “nacionalismosupraestatal” al considerarlo como un “movimiento de reafirmación colectiva en el que lo nacional se reforzaba con lo pannacional, y

¹³¹ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 110.

¹³² DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, “América como estímulo...”, *op. cit.*, pp. 471, 472.

¹³³ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones...”, *op. cit.*, p. 606.

¹³⁴ PRADO, Gustavo, “Reflexiones en torno de la influencia de Rafael Altamira en el americanismo español”, *Actas del homenaje a Rafael Altamira y Crevea*, Ateneo de Madrid, 2 y 3 de octubre de 2008, p. 40.

¹³⁵ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones...”, *op. cit.*, pp. 603-607.

viceversa.”¹³⁶ En dicho movimiento la idea de la identidad común entre América y España estaba basada sobre todo en una comunidad cultural vinculada por la historia y el idioma.

Desde la perspectiva de los desarrollos españoles, Sepúlveda Muñoz probablemente ha sido quien mejor ha sintetizado el hispanoamericanismo en su texto *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*.¹³⁷ Este autor establece en otros trabajos previos que el movimiento hispanoamericanista estuvo nutrido por la “confluencia de varias corrientes de pensamiento y actuación que tenían los vínculos de España con las repúblicas americanas como motivo de reflexión y ejecución.”¹³⁸ En este sentido, Sepúlveda Muñoz identifica tres vertientes con planteamientos y objetivos diferentes: el *Hispanoamericanismo Progresista*, el *Panhispanismo* y una interpretación más radical de esta última vertiente: la *Hispanidad*.¹³⁹

El panhispanismo tuvo como marco una serie de ideas inspiradas en las tendencias pan-istas europeas que se desarrollaron sobre todo desde los sectores privados. Los ejemplos de unificación estatal de diversos pueblos de común cultura que conformaron a Italia y Alemania dieron origen a la idea panhispanista en la península. Este pensamiento trataba de regresar al momento de ruptura de las relaciones entre España y América Latina con la finalidad de aprovechar la idea de un pasado histórico común y reactivar las relaciones económicas, culturales y sociales, “manteniendo que estas relaciones podrían haber sido más positivas si la ruptura emancipadora no hubiera sido tan traumática y los reconocimientos tan alejados de la independencia efectiva. Fracasada definitivamente la idea de reconquista política, se trataba así de potenciar una cierta reconquista socio-cultural y económica.”¹⁴⁰ Para Isidro Sepúlveda el panhispanismo era una corriente paternalista, nacionalista y neocolonialista que fue dirigida al ámbito español para su instrumentalización interna pero fue recibida también por los sectores americanos más conservadores. Esta corriente le daba gran importancia a la defensa y exaltación de la religión católica, la mistificación y reivindicación del pasado colonial y a la defensa de un orden social regulado por la burguesía. El propósito era, en sus palabras, una “reconquista espiritual” entendida “como la proyección de una hegemonía moral de España hacia sus antiguas colonias.”¹⁴¹

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 606 (en pie de página).

¹³⁷ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2005. Del mismo autor: *Comunidad cultural e hispanoamericanismo. 1885-1936*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1994.

¹³⁸ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 111.

¹³⁹ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, p. 15.

¹⁴⁰ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 110.

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 112.

La radicalización de estos presupuestos originó la ideología de la hispanidad. El término fue acuñado entre 1926 y 1927 por Unamuno y el sacerdote Zacarías Vizcarra. Unamuno en realidad lo había empleado antes, a principios del siglo XX y lo refería a “la comunidad cultural de la ‘raza’ creada por la lengua”, mientras que Zacarías Vizcarra enfatizaba lo espiritual de la identidad católica.¹⁴² En este último sentido se configuró como un conjunto de ideas filosóficas, religiosas y espiritualistas que proyectaban la integración de la comunidad hispanoamericana como una cuestión existencial basada en la religión.¹⁴³ Es decir, se estableció en lo espiritual su base sustentadora y se tomó a la religión católica como su instrumento principal para contener la desintegración de la comunidad hispana. Por tanto, la defensa de la religión se presentaba como el pedestal que sostenía la hispanidad. Además, con estos presupuestos se llegaba a la idea de que la realidad político social de la hispanidad estaba armonizada por el catolicismo, de tal manera que:

Esta idea era la conclusión de una interpretación providencialista del descubrimiento y colonización americana. Fue el abandono del ideal católico la causa que ocasionó la pérdida de América y la postración española. Trasladando este principio al contexto de 1931-36, el posicionamiento de la hispanidad ocupaba dentro del arco ideológico su extremo más reaccionario. Se identificaba a la República como la materialización de los más opuestos ideales hispanos, la *antiespaña*; en consecuencia, el espíritu religioso primigenio debía ser reasumido por el estado, lo que lo hacía militantemente confesional.¹⁴⁴

Ramiro de Maeztu había propagado la idea de que los “males de la patria” procedían del siglo XVIII, cuando España se había alejado de sus raíces católicas al dejarse penetrar por las ideas de la Ilustración procedentes de Francia, de tal suerte que “el liberalismo era el desarrollo institucional práctico de esas ideas” por lo que era necesario recuperar aquella identidad “hispana frente a todo lo que representaba el *ethos* dominante de los anglosajones.”¹⁴⁵ Maeztu utilizaría la hispanidad como elemento de una construcción ideológica nacionalista y los grupos ultraconservadores y fascistas la tomarían como plataforma ideológica para construir su proyecto de nación.

El otro ideólogo de la hispanidad fue Ernesto Giménez Caballero. Gran admirador del fascismo italiano, Giménez, al igual que Maeztu, condujo el nacionalismo militante y reaccionario al rechazo del pensamiento ilustrado del siglo XVIII y del liberalismo político

¹⁴² PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, p. 348.

¹⁴³ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...,” *op. cit.*, p. 117.

¹⁴⁴ *Ibíd.*

¹⁴⁵ PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal...,” *op. cit.*, p. 348.

decimonónico, y en defensa de la identidad española fundada “sobre la confesionalidad católica y sobre el recuerdo histórico de las glorias imperiales.”¹⁴⁶

El hispanoamericanismo progresista, según Sepúlveda Muñoz, reunió a intelectuales identificados con el krausismo, positivismo y el modernismo, en su mayoría regeneracionistas.¹⁴⁷ De ahí que esta corriente también fuera identificada como hispanoamericanismo regeneracionista.¹⁴⁸ Estos intelectuales intentaron desde sus posibilidades fomentar vínculos comunes con sus colegas latinoamericanos con la finalidad de hallar para España una salida a la crisis finisecular, superar el pesimismo nacional y abrir un nuevo campo de actividad que idealmente reuniera a todos los grupos y sectores del país, en una empresa patriótica para recuperar algo del prestigio internacional perdido. Asimismo, buscaban superar la dependencia en política exterior de los dictados de las grandes potencias y encontrar soluciones comunes a los problemas sociales.¹⁴⁹ En realidad no contemplaron entre sus objetivos ningún tipo de unión política con las naciones latinoamericanas, su consigna era el respeto a la independencia y la fraternidad. La unión en todo caso era vista “como una fratría de iguales basada en lazos morales y alcanzable a través del instrumento de la educación y la comunicación intelectual.”¹⁵⁰

Para Antonio Niño el objetivo principal era el resguardo y defensa de la identidad común, basada en la construcción de una memoria colectiva y un proyecto comunes. Pero antes debía de recuperarse el prestigio espiritual y rehabilitarse la historia, de ahí que había que “limpiar de calumnias la Historia” de la actuación española en América, toda vez que el crédito de la historia española dependía de una parte importante del juicio que se hiciera de la actuación en América.¹⁵¹

Por otro lado, a decir de Sepúlveda, esta corriente progresista en comparación con la panhispanista, puso énfasis en el idioma, el derecho y la filosofía; además, también buscó erradicar la visión de “una España histórica, superior y dogmatizadora con respecto a jóvenes, inexpertas e inestables repúblicas americanas.”¹⁵²

Las corrientes del hispanoamericanismo identificadas por Sepúlveda Muñoz desde la perspectiva española las abordaremos más detalladamente en el primer capítulo de esta investigación, con el fin de contextualizar el programa hispanoamericanista que Rafael Altamira fue elaborando y revisando a lo largo de una serie de años. Con este programa

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 351.

¹⁴⁷ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 113.

¹⁴⁸ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Hispanoamericanismo...”, *op. cit.*, p. 29.

¹⁴⁹ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 113.

¹⁵⁰ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Hispanoamericanismo...”, *op. cit.*, p. 29.

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 23.

¹⁵² SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección...”, *op. cit.*, p. 113.

Altamira traspasó el ámbito de las buenas intenciones con el que se distinguió el hispanoamericanismo decimonónico y retórico que le antecedió, llevando el del siglo XX al terreno de las acciones más tangibles y procurando “recuperar y capitalizar” la experiencia del liberalismo español en lo “político, social y económico”.¹⁵³

El impulso del hispanoamericanismo de Rafael Altamira se debe contextualizar en torno al grupo de académicos progresistas de la Universidad de Oviedo vinculados a la Institución Libre de Enseñanza y a la filosofía krausista.¹⁵⁴ El grupo de Oviedo —así llamado por Joaquín Costa—, con el auspicio de su rector, promocionó la vinculación con América Latina a través del intercambio de recursos humanos y bibliográficos entre universidades y centros de enseñanza, buscando el apoyo de los inmigrantes españoles radicados en los países latinoamericanos. De entre los miembros del Grupo de Oviedo sobresale la figura de Altamira.

Rafael Altamira, como hemos venido insistiendo, elaboró un conjunto de ideas, propuestas y acciones innovadoras enfocadas a restablecer las relaciones entre España y Latinoamérica en el ámbito de la educación y la cultura principalmente. Recordemos que este personaje alicantino ingresó como catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo en 1897. Al año siguiente, en el contexto de la Guerra del 98, pronunció el discurso con el que se inauguró el año académico en dicha universidad, pero al mismo tiempo presentó las bases de lo que sería un nuevo hispanoamericanismo que daría preponderancia y fuerza a los vínculos intelectuales y culturales con América Latina. Plantearía que la clave para la regeneración estaba en el papel que jugara la universidad tanto en la península como en América Latina. Es decir, la universidad tenía que ser un instrumento esencial tanto para el nuevo rumbo que debía tomar España en lo social y en lo pedagógico, como para acercarla nuevamente a las naciones hispanoamericanas a través de relaciones de intercambio científico y cultural. Este hispanoamericanismo buscaba densificar las relaciones para-diplomáticas entre España y las naciones latinoamericanas de manera horizontal, aprovechando que el conjunto del movimiento hispanoamericanista se encontraba, en esos momentos, con un clima favorable.¹⁵⁵

Después de este discurso de 1898, Altamira ahondó sus reflexiones hispanoamericanistas en el texto *Cuestiones Hispanoamericanas* (1900),¹⁵⁶ y en la obra

¹⁵³ PRADO, Gustavo, “Reflexiones en torno de la influencia...”, *op. cit.*, p. 42.

¹⁵⁴ Este grupo, como hemos mencionado, buscaba la renovación política y social de España por ello una de sus iniciativas fue crear la Extensión Universitaria, que consistía en llevar la universidad a la sociedad y de esta forma dar cultura a las clases más desfavorecidas con el objetivo de integrarlas social y políticamente.

¹⁵⁵ Véase por ejemplo a QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones...”, *op. cit.*

¹⁵⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Cuestiones hispanoamericanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra (ed.), 1900.

España en América (1908).¹⁵⁷ En el año 1909 como delegado de la Universidad de Oviedo cruzó el Atlántico y presentó el programa hispanoamericanista en Argentina, Chile, Uruguay, Perú, México y Cuba, aprovechando la coyuntura del Centenario de las Independencias que dejaba ver una reconciliación oficial con lo hispano.¹⁵⁸ Además el catedrático ovetense realizó una serie de actividades académicas en su recorrido por lo que le valió ser condecorado por instituciones y universidades, recibido por jefes de Estado y ministros, y ser considerado asunto de interés para la opinión pública tanto en América Latina como en España.

Las actuaciones de Rafael Altamira durante su viaje a América Latina son acontecimientos históricos que se concretizaron en una serie de acciones que impactaron en los países receptores y se recogieron en el texto *Mi viaje a América* (1911). Gustavo Prado afirma que para comprender el éxito de la misión de Altamira “es imprescindible tener en cuenta tanto la oferta americanista española, como las heterogéneas demandas hispanistas americanas, vinculadas en países como Perú o México, con el refuerzo de la hegemonía cultural de las elites blancas”.¹⁵⁹

El periplo implicó por tanto, un proceso cultural, de intercambio académico y científico que significó la circulación de unas ideas encaminadas a la construcción de una comunidad hispanoamericana y, al mismo tiempo, estableció una referencia cultural española en esos países latinoamericanos. El regreso apoteósico de Altamira a España —cuyo éxito obtenido por el viaje le fue recompensado con una serie de nombramientos y reconocimientos, como hemos apuntado—¹⁶⁰ le significaría también una interpretación y valoración de la experiencia obtenida en Latinoamérica, que le llevaría a reelaborar su programa de acción, el cual se abriría a otros horizontes y, con ellos, a seguir impulsando y reflexionando sobre el movimiento hispanoamericanista.

¹⁵⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, *op. cit.*

¹⁵⁸ Véase por ejemplo a PÉREZ VEJO, Tomás, “Historia, política e ideología en la celebración del Centenario mexicano”, *Historia Mexicana*, Núm. 237, Vol. LX, 1, julio-septiembre 2010, p. 31-83.

¹⁵⁹ PRADO, Gustavo, “Reflexiones en torno de la influencia...”, *op. cit.*, pp. 44, 45.

¹⁶⁰ Cabe mencionar que a partir de este momento, el alicantino vislumbró un contexto aparentemente favorable para intentar llamar la atención de la clase política con el fin de realizar sus propuestas hispanoamericanistas. Un tema que nos recuerda aquella característica de los intelectuales de buscar mejorar su sistema político-social a través de propuestas consensuadas que se conviertan en proyectos de ley.

CAPÍTULO I: APROXIMACIONES AL HISPANOAMERICANISMO

Introducción

Es sabido que el lenguaje es un medio constituido históricamente para pensar, representar el mundo, acumular y transmitir experiencias, lo que lo hace ir cambiando debido a su uso en determinadas situaciones.¹ Traer a colación esta afirmación sobre el lenguaje nos permite reflexionar en paralelo sobre las ideas y los conceptos,² no sólo como estructuras que dan forma a objetos específicos con los que representamos el mundo, sino también como una vía para adentrarse en el análisis histórico y como objetos de estudios dentro de él.

Un concepto es difícil de delimitar y definir. Se suele decir que un concepto es un constructo mental que se utiliza para clasificar los objetos que componen el mundo exterior o interior, o una unidad de pensamiento que se constituye por la agrupación de distintos objetos que se relacionan entre sí. En el marco de este estudio, no consideramos que sea necesario debatir la naturaleza de concepto. Esta tarea nos llevaría a cuestiones de otros campos de conocimiento que quedan lejos de los objetivos de esta investigación. No obstante, partimos de que el concepto es una formalización de una parte del conocimiento. Esta formalización que se produce a través del lenguaje es la configuración de sentidos y significados que se otorgan al objeto. Por otro lado, un término es una construcción lingüística, una palabra que designa objetos de la realidad, o una formalización de uno o varios conceptos.³ En este sentido, consideramos que término y concepto se superponen constantemente, se traslapan a veces por un determinado contexto y por ello no es demeritorio utilizar uno u otro vocablo cuando nos referimos a un constructo o a una idea.

En este capítulo nuestro interés es acercarnos al concepto *hispanoamericanismo* con el fin de identificar las experiencias históricas que ha acumulado a través de las ideas que lo han objetivado, que han determinado su empleo y que lo han llevado a confundirse con otras corrientes de pensamiento como el latinoamericanismo, iberoamericanismo, unionismo,⁴ bolivarismo, panhispanismo, y la hispanidad, entre otros, cuando en aras de generalizar los discursos, no se logra distinguir que cada una de estas corrientes tiene su propia historia, sus

¹ VELASCO GÓMEZ, Ambrosio, “Pensar en español en el mundo iberoamericano multiculturalista”, *Arbor. Ciencia, pensamiento y Cultura*, Vol. 184, No. 734, 2008, p. 1036.

² Según el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, “concepto” es “idea que concibe o forma el entendimiento” (acepción 2); de la misma manera, “idea” es “concepto, opinión o juicio formado de alguien o algo” (acepción 6).

³ Véase *Estudios de lingüística del español*, Volumen 14, 2001.

⁴ Sobre el concepto de unionismo véase a Teresa García Giráldez, “El concepto de unionismo y los significados compartidos entre los intelectuales centroamericanos (1880-1930)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores, 2010, pp. 203-247.

propios matices ideológicos o responden a procesos históricos distintos.⁵ De la misma manera, que comúnmente se confunde con campos de conocimiento o áreas de estudio como el americanismo y el hispanismo.

Nuestra hipótesis de partida responde al hecho de que para aproximarnos al hispanoamericanismo es necesario revisar las ideas y circunstancias asociadas a los términos *América*, *América Latina* e *Hispanoamérica*, y su consecuente representación. Es decir, partimos del supuesto que Hispanoamérica es comúnmente utilizada como sinónimo de América (la América Española) y de América Latina tanto en su acepción lingüística y geográfica, como en su significado histórico-cultural.

Debido al gran problema que acarrea utilizar indistintamente unos u otros términos, a veces sin considerar su historicidad —lo que lleva a emplear, por ejemplo, definiciones contemporáneas para hacer referencia a hechos de periodos anteriores, cayendo con esto en anacronismos, inexactitudes semánticas, interpretativas e históricas—, en lo sucesivo, el lector recorrerá algunas de las semejanzas y diferencias que encontramos en las ideas que giran alrededor de cada uno de los términos aludidos, para así establecer una serie de elementos que, consideramos, posibilitan una caracterización del hispanoamericanismo.

1. América y América Latina: ideas y nociones

1.1 América

Desde su nacimiento el concepto América se constituyó para pensar y representar el Nuevo Mundo, y para dar respuestas a determinadas circunstancias o a realidades cambiantes, por ello se proveyó de connotaciones geográficas, ideológicas, políticas e identitarias. América viene a ser un ejemplo de aquellos conceptos polisémicos cuyas resemantizaciones no se producen casualmente, sino que adoptan, en palabras de Marta Casaús, “connotaciones específicas en relación con eventos y situaciones coyunturales, a partir de las cuales dichos vocablos reflejan un nuevo impacto en las acciones y prácticas sociales de los actores”.⁶

Para ejemplificar la polisemia del concepto América basta con recordar que durante la Colonia, para las metrópolis española y portuguesa, América tuvo un significado geográfico y

⁵ Cabe señalar que cuando hacemos referencia a la palabra ideología, no la estamos utilizando de manera negativa, estamos entendiendo un conjunto de ideas que caracterizan un pensamiento específico; una doctrina de pensamiento y acción política. De tal suerte que cuando utilizamos la palabra “ideológico” lo asociamos a proyecto político y no de otra manera. Una aproximación histórica a este concepto en EAGLETON, Terry, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 2005.

⁶ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, op. cit., p. 3.

geopolítico (este último haciendo alusión a las posesiones de dichos imperios) de manera estable; pero la historia de las ideas nos revela que este término también fue asociado a las disputas sobre la índole y el valor que se le dio al Nuevo Mundo en comparación con el Viejo Mundo, funcionando para algunos como “una proyección simbólica de ambiciones y designios de las potencias europeas con respecto a los territorios descubiertos por Colón”.⁷ En este sentido, América se fue dibujando como una idea policroma que fue impulsando cierta dinámica cultural: se trazó como un terreno donde se proyectaron imágenes míticas sobre su geografía; como un espacio donde se desplegaron sueños y utopías sobre las que se asentaron las misiones que aspiraron construir un nuevo mundo cristiano alejado de los vicios del “Viejo Mundo”; asimismo, dentro de sus coordenadas se plasmaron críticas internas y externas hacia lo español, derivadas de los hechos de la Conquista, los cuales, formaron un corpus de problemas filosóficos, teológicos y políticos de continua reflexión y disputa; también, América y lo americano fueron objeto de alusiones relativas a su pretendida inferioridad, inmadurez y degeneración, cuyos causes se entrecruzaron y mezclaron sus aguas con los de la riqueza natural, la abundancia y el porvenir.⁸

Pero también habrían de llegar, en los años finales del siglo XVIII, los vientos que dejaron profundas trazas en esta cartografía. Originados sus soplos en las reformas borbónicas (1760-1788), la independencia de los Estados Unidos (1776), la revolución francesa (1789) y la independencia de Haití (1804), estos aires le impregnaron al término América el espíritu de libertad, republicanism, federalismo, igualdad y unidad. Por esta razón, en esos años previos a las independencias, América empezó a ser imaginada como bandera de movilización y baluarte de una nueva identidad política distinta de la península ibérica.⁹

⁷ QUIJADA, Mónica, “Sobre el origen y difusión del nombre ‘América Latina’ (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)”, *Revista de Indias*, Vol. LVIII, Núm. 214, Madrid, p. 596.

⁸ Todos estos elementos de la historia de la idea de América desarrollados en los clásicos estudios de Edmundo O’GORMAN: *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México [1958], Fondo de Cultura Económica, 2001; del mismo autor: *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Imprenta Universitaria, 1951. José Luis ABELLÁN: *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Istmo, 1972. De esta obra también existe una edición del año 2009 (Iberoamericana-Vervuert). Y en otros textos: ABELLÁN, José Luis y Antonio MONCLÚS. *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, España, Anthropos, 1989. BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1991. CASTRO, Américo, “Sobre la relación entre ambas Américas” en *Revista Iberoamericana*, México, II, no. 3, 1940. CHAVOLLA, Arturo, *La idea de América en el pensamiento europeo. De Fernández de Oviedo a Hegel*, México, Universidad de Guadalajara, 1993. GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*, México: FCE, 1982. HANKE, Lewis, *¿Tienen las Américas una historia común?*, México, Diana, 1966. MORSE, Richard, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México: Siglo XXI, 1982. ORTEGA Y GASSET, José, “Hegel y América”, en *Obras Completas*, Madrid, *Revista de Occidente*, Tomo II, 1966. VILLEGAS, Abelardo, “La idea de América” en *Anuario de Historia*, México, FFYL-UNAM, año 1, 1961. ZEA, Leopoldo, “Las dos Américas”, en *Cuadernos Americanos*, México, Año III, Vol. XIV; no. 2, marzo-abril, 1944.

⁹ FERES JÚNIOR, Joao, “El concepto de América: ¿concepto básico o contraconcepto?”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones*,

Aunque nuestra intención no es profundizar en el tema de la identidad americana dado que nuestro propósito se encamina más a plantear lo universal que lo particular, tampoco desconocemos que la identidad americana, en general, se fue conformando por el carácter político-jurídico que le confirió España a América durante la Colonia; por el surgimiento de una conciencia de sí misma que la llevó a la Independencia, y por las corrientes de pensamiento y coyunturas que la fueron moldeando de modo que tomó conciencia de su particularidad durante todo el siglo XIX. Una de estas corrientes fue el positivismo, el cual significó, a grandes rasgos, la ruptura con el pasado, o mejor dicho, con la mentalidad del pasado colonial, representada en la escolástica católica y la metafísica. Con el positivismo América pretendió subirse al barco de la modernidad, pero al finalizar el siglo, se empezó a dar cuenta que el hecho de haber seguido el ejemplo anglosajón, le había alejado de lo que empezaba a considerar su propio espíritu y cultura, que serían los elementos que le permitirían buscar la unidad e identidad.¹⁰ Percepción que, como vimos en la introducción, surgió con el *Ariel* de Rodó.

1.2 La unidad americana y la patria

La idea de unidad contenida en la palabra América se refería, como sostiene Mónica Quijada, a una sola patria: “era una construcción tardía que surgió al promediar el siglo XVIII, asociada a la introducción de las ideas reformistas, tendentes a la racionalización y uniformización del sistema de dominio imperial en América”.¹¹ La *Patria*, entendida por los criollos americanos como el lugar donde se había nacido, antes de las independencias estaba relacionada con una “lealtad ‘filial’, localizada y territorializada”, pero cuando se ligó a la idea de libertad —donde no tenía cabida el despotismo— se asumió también como “tierra de hombres libres”.¹² La unidad política asociada al concepto patria fue el ideal al que aspiraron los criollos en la lucha por la independencia y la libertad, para evitar el desmembramiento de lo que habían sido las posesiones de ultramar españolas.¹³ De hecho, la integración la entendieron como una condición necesaria para la independencia. Asimismo, en su idea de

1750-1850 [*Iberconceptos-I*], Madrid, Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 56.

¹⁰ ABELLÁN, José Luis, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2009, pp. 69-85.

¹¹ QUIJADA, Mónica, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario Hispanoamericano”, en Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 295.

¹² *Ibíd.*, p. 291.

¹³ De ahí que una vez lograda la emancipación se celebraran el Congreso de Panamá en 1826, el Congreso Americano de Lima en 1847 y 1848 y el Congreso de Santiago en 1856.

unión entre los pueblos se fundaba el propósito de terminar con la guerra iniciada en 1810 y con sus secuelas.

La idea de integración fue oscilando en el periodo comprendido entre 1810 y 1823 antes de desembocar en el Congreso de Panamá en 1826. En ese contexto América será asociada a una entidad unitaria, a una “supranacionalidad”, unión entre los pueblos, “Patria Grande”, Confederación o Federación.¹⁴ Posteriormente, cuando se vislumbre como una realidad lejana, y ceda el paso a la conformación de las nuevas naciones, a la *patria chica*, en su lugar se empezarán a plantear “las reivindicaciones que constituyen el fundamento de la nación ‘cívica’, según la tipología de Smith: leyes comunes e igualitarias, economía unificada, educación común para formar ciudadanos libres e iguales”.¹⁵

1.3 Americanos y estadounidenses

Una vez conseguida la emancipación, el término América compartió su lugar de enunciación con los gentilicios que en el pasado colonial se habían utilizado para denominar a los indígenas y a las poblaciones locales. Es decir, de “españoles americanos” o “americanos españoles”, se pasó a emplear “americanos meridionales”, “americanos colombianos”, por poner algunos ejemplos. También en el nuevo contexto de las naciones ya independizadas, a lo largo del continente los americanos —que guardaban como seña de identidad el espíritu de libertad y cuya denominación unía a criollos e indígenas—, se empezaron a diferenciar entre sí llamándose mexicanos, venezolanos, peruanos, etc. y sobre todo, se sintieron cada vez más opuestos a sus vecinos americanos del norte de cultura anglosajona. Coincidimos con Carlos M. Rama quien indica que “desde entonces arranca la tentativa de establecer una denominación autónoma, tanto gramatical como conceptualmente, de España, que culminará por los años sesenta en el término latinoamericanos”.¹⁶

Los estadounidenses, mientras tanto, al haber sido los primeros en liberarse en el continente de su yugo colonial, de alguna manera asumieron los derechos de propiedad respecto al nombre América, quizá porque se sintieron paladines de esos ideales democráticos con los que se combatió al Antiguo Régimen, porque fueron los primeros en llevarlos a la práctica, o por sus afanes imperiales basados en un designio divino. Desde entonces anclaron fuertemente en su imaginario y en su práctica social este topónimo como propio de su

¹⁴ Para profundizar en los términos confederación, federalismo y patria como complementos del vocablo unionismo véase a Teresa García Giráldez, “El concepto de unionismo y los significados compartidos...”, *op. cit.*

¹⁵ QUIJADA, Mónica, “¿Qué nación?...”, *op. cit.* p. 291.

¹⁶ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina*. Siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p.43.

denominación y, posiblemente, como señala Benedict Anderson, estos criollos de habla inglesa creyeron que “...estaban mucho más favorablemente situados para la realización de la idea de ‘América’, y en efecto lograron apropiarse finalmente el gentilicio común de ‘americanos’”.¹⁷ Asimismo, para defender y garantizar estos “derechos de propiedad” ante la amenaza de las naciones europeas que intentaban reconquistar sus territorios americanos perdidos, los estadounidenses promulgaron con base en una superioridad racial y nacional la Doctrina Monroe en 1823.

Los vecinos americanos del sur, que aspiraban alcanzar una identidad regional propia, buscaron diferenciarse de sus vecinos de origen anglosajón empleando otros apelativos. Utilizaron algunos nombres con carga semántica geográfica, política y cultural como *América del Sur* o *América Española*. Asimismo, desde el exterior, esta parte meridional de América, durante la primera mitad del siglo XIX, fue recibiendo otras nomenclaturas y empezó a ser llamada “hispanica por los españoles, ibérica por los portugueses, latina por los franceses”.¹⁸

1.4 La latinidad americana

En este marco de la contraposición entre la unidad bolivariana y el monroísmo,¹⁹ al avanzar la segunda mitad del siglo XIX, otra idea se iría asociando a los elementos de la distinción entre los pueblos de la América del Sur: *la latinidad*. Esta categoría que iba a ser empleada en los estudios antropológicos y también en el campo de la filología comparada del romanticismo para distinguir a las lenguas latinas o románicas, se constituyó como sustrato de la incipiente expresión *América Latina*.

El calificativo *latina*, que según el norteamericano John L. Phelan²⁰ fue empleado por primera vez por Michel Chavalier en el marco del proyecto expansionista de Napoleón III —cuyas consecuencias experimentaría México con la intervención de 1862 a 1867—, en realidad había sido utilizado antes por un grupo de intelectuales americanos que habían denunciado las acciones expansionistas de los vecinos americanos del norte.²¹ Concretamente

¹⁷ ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* [1983], México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 99.

¹⁸ OSPINA, William, *América mestiza. El país del futuro*, Colombia, Punto de Lectura, 2006, p. 11.

¹⁹ Véase a PEREYRA, Carlos, *El mito de Monroe: 1763-1860*, Madrid, M. Aguilar, 1931. VASCONCELOS, José, *Bolivarismo y monroísmo: temas iberoamericanos*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934.

²⁰ PHELAN, John, *El origen de la idea de Latinoamérica*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana no. 31, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979. Esta conferencia de Phelan había sido publicada en 1968 en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman*, y posteriormente en 1986 en *Ideas en torno a Latinoamérica*, ambos publicados por la UNAM.

²¹ ARDADO, Arturo, “La idea de Latinoamérica”, en *Semanario Marcha*, No. 1282, Montevideo, 17 de noviembre de 1965, y del mismo autor: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”/Consejo Nacional de la Cultura, 1980. ROJAS MIX, Miguel,

fueron los chilenos Francisco Bilbao y Santiago Arcos, el dominicano Francisco Muñoz del Monte, y el colombiano José María Torres Caicedo, quienes utilizaron el término América Latina allá por los años cincuenta y sesenta del siglo XIX.²²

Además de estos trabajos ya clásicos, vale la pena mencionar otro trabajo significativo de Mónica Quijada sobre este mismo asunto.²³ En él, la autora revisa las fisuras que presenta la versión canonizada de Phelan. Detecta que el enfoque del norteamericano dejó fuera el papel activo y crítico de las elites políticas e intelectuales americanas en la génesis y difusión del nombre América Latina. Porque más allá de haber sido impuesta esta noción desde Europa, dichas elites la concibieron como una categoría colectiva e incluyente, y la acuñaron “concientemente [...] a partir de sus propias reivindicaciones”.²⁴ Es decir, la construcción del concepto América Latina, en un principio no significó una posición frente a los avances técnicos y económicos de la raza anglosajona, fue sobre todo, fruto de la preocupación e indignación que sentían estas elites intelectuales por la política expansionista estadounidense que ya había sido implementada en México en 1848, cuando se le arrebató gran parte de su territorio norteño (los actuales estados de California, Arizona, Texas, Nevada y Nuevo México) y también en Nicaragua en 1855.

Ante esta situación, estas elites, que resguardaban el elemento identitario de unión desde la época de las independencias, restituyeron la tendencia unionista en el contexto en que era normal referirse a las rivalidades entre las razas, y a partir de ahí marcaron las diferencias entre “las dos Américas”, lo que Mónica Quijada llama la “racialización de las categorías”,²⁵ las cuales, además de servir para “explicar los fracasos propios y los éxitos ajenos”, se utilizaban para predecir los destinos de las respectivas razas.²⁶

Ahora bien, si en la década de 1850 surgió el término América Latina y durante la siguiente década se difundió, serán dos sucesos propiciados por la política estadounidense, ya avanzado el siglo XIX, los que permitirán su consolidación. El primero de ellos fue la doctrina panamericana anunciada desde 1881 por el Secretario de Estado James Gillespie Blaine. El segundo fue la guerra del 98, que además de ser vista por occidente como “el último combate entre dos ‘razas’ rivales, los ‘latinos’ y los ‘anglosajones’”, provocó el surgimiento del *Arielismo* de José Enrique Rodó y del proyecto unionista de la *Nación*

“Bilbao y el hallazgo de América Latina: Unión continental, socialista y libertaria...”, en *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brasiliens*-, No.46, Université de Toulouse-Le Mirail, 1986, pp. 35-47.

²² Francisco Bilbao desde 1856 había empezado a llamar a la unidad de América Latina frente al amenazante expansionismo estadounidense.

²³ QUIJADA, Mónica, “Sobre el origen...”, *op. cit.*

²⁴ *Ibid.*, p. 602.

²⁵ *Ibid.*, p. 606.

²⁶ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. LVII/2, Núm. 196, p.598.

Latinoamericana de Manuel Ugarte;²⁷ movimientos que junto con las obras de José Martí y Rubén Darío, entre otros, fijaron y aglutinaron la idea identitaria de lo “latinoamericano”. De ahí que el *latinoamericanismo* en su acepción militante se entienda como la lucha por el reconocimiento y la afirmación de América Latina como una comunidad histórica integrada en lo cultural, lo económico o lo político.²⁸

Fue así que con estas circunstancias el vocablo América Latina terminó definiendo una nueva realidad regional, consolidándose como una denominación que en sus entrañas perfiló su identidad reconociendo, defendiendo y conservando la herencia cultural española y la autóctona, y, al mismo tiempo, formó parte de la dicotomía racial asumiendo una postura antiimperialista y crítica hacia los Estados Unidos. Asimismo, el término América Latina empezó a utilizarse como un topónimo más amplio que incluyó a los lusitanoamericanos y a los francoamericanos, dado que, en sus orígenes, este término sólo era utilizado en su acepción geográfica y lingüística como sinónimo de la América Española.

Llegados a este punto, es importante resaltar que cuando Quijada responde a la pregunta sobre por qué el nombre América Latina fue exitosamente difundido y asimilado por las poblaciones americanas, propone una nueva veta de interpretación al debate sobre el origen y los ritmos de la difusión del término en cuestión. Se centra en la asimilación de la filiación latina por parte de los hispanoamericanos, la cual, de alguna manera, les hizo cavilar en una proyección universal y los hizo protagonistas “de la grandiosa ‘lucha de razas’ que dividía internamente a la manifestación más alta del progreso humano, la civilización occidental.”.²⁹

Al mismo tiempo, la autora apela al término latinidad, que como señalamos, ya había sido conferido de una noción racista propia del siglo XIX, pero va más allá, analiza los significados de la latinidad provenientes de la tradición hispanoamericana. Apoyándose en Serge Gruzinski, refiere que para el imperio español la latinidad fue la clave para alcanzar la universalidad; incluso, durante el siglo XVI, también fue asumida de cierta forma y expresada por los nobles indígenas americanos a través del uso de la lengua culta y académica, el Latín, y de la utilización de imágenes de la Antigüedad Clásica, junto con las imágenes de sus propias tradiciones. El Latín fue utilizado por estos nobles para exigir al Rey de España la restitución de sus privilegios, mientras que las imágenes clásicas fueron plasmadas en sus pinturas en dos sentidos: para hacerles ver a los conquistadores que España también había sido pagana y para representar el mundo indígena. Además, para Mónica Quijada, la latinidad

²⁷ QUIJADA, Mónica, “Sobre el origen...”, *op. cit.*, pp. 607-610.

²⁸ En su acepción académica surgió un campo de estudio a partir de los años 40 del siglo XX.

²⁹ QUIJADA, Mónica, “Sobre el origen...”, *op. cit.*, p. 613.

sirvió de elemento configurador en el proceso de mestizaje y sincretismo al “actuar como un común denominador que estructuraba y reorganizaba un universo básicamente heterogéneo”. Resumiendo lo anterior, esta veta de “experiencia colectiva y acumulativa” es, por tanto, la que propició el éxito de la difusión y asimilación del concepto América Latina, toda vez que representó “un espejo en el que todos los fragmentos podían reunirse en un nivel de integración superior y universalmente válido”.³⁰

1.5 América Latina, Hispanoamérica e Iberoamérica: aproximaciones a su familia conceptual

En cuanto a la utilización de los términos América Latina e Hispanoamérica, es común que se empleen como sinónimos, tal como lo hemos señalado, porque ambos evocan una identidad cultural común en contraposición a la identidad angloamericana. No obstante, se distancian cuando uno tiene presente en su conformación a los elementos culturales autóctonos mientras que el otro sólo considera la herencia española. Otra diferencia es que América Latina no contempla a España como parte de su proyecto comunitario de unión e integración, sólo reconoce su legado. Mientras que Hispanoamérica es una noción que durante el siglo XIX fue empleada principalmente desde España —sobre todo cuando el término América Latina empezó a tener más peso y fue cada vez más utilizado por los propios americanos—, no sólo para remarcar la herencia cultural que los españoles habían depositado en América, sino también para posicionarse o tener cierta presencia en esa nueva comunidad de naciones independientes de la que España estaba ausente.

Cuando los americanos —tanto liberales como conservadores— concedieron en el discurso y en el imaginario ese lugar a España y aceptaron y propusieron proyectos conjuntos ante la urgencia por articular fuerzas frente a los embates político-culturales de las potencias europeas y los Estados Unidos, entonces es cuando, a *grosso modo*, se puede hablar del hispanoamericanismo, como lo veremos a continuación.

Pero antes, es necesario señalar que la idea imperecedera de unión entre países americanos no anglosajones permitirá acuñar un nuevo término en el último cuarto del siglo XX: *Iberoamérica*. En esta noción predominarán los matices integracionistas meramente económicos y comerciales, y, además de incluir a Brasil y Portugal, la denominación vendrá acompañada del proyecto de Comunidad Iberoamericana de Naciones. Este proyecto es en realidad un modelo democrático de la política exterior española que sustituye al modelo

³⁰ *Ibíd.*, pp. 613-615.

anterior conservador de la Comunidad Hispánica de Naciones.³¹ Dicho proyecto democrático, inspirado en los presupuestos del hispanoamericanismo más progresista del primer tercio del siglo XX,³² se caracteriza operativamente por cinco principios: 1) La interdependencia, o el hecho de operar a través de una política integradora, global y solidaria. 2) La credibilidad, como base de las políticas de estado concretas, trascendentes y posibles. 3) La continuidad, o el hecho de acción práctica y perseverancia; sin que la acción dependa de la improvisación, de la atención a intereses inmediatos o a cambios políticos o económicos. 4) La indiscriminación, como base de una práctica desideologizada y de no injerencia en los asuntos internos de los miembros de la comunidad. 5) La comunidad, o la voluntad de unión, de unidad de la diversidad, de mantener el respeto por la diferencia, por la soberanía, personalidad e intereses de cada Estado.³³

América Latina, Hispanoamérica, Iberoamérica, aparentemente pudieran referirse a lo mismo pero aquí pretendemos explicar que no es así. Incluso las denominaciones lingüísticas y geográficas que comúnmente las acompañan, no se refieren al mismo conjunto; es decir, el grupo de países que integran América Latina no es el mismo que el que integra Hispanoamérica o el que conforma Iberoamérica. Históricamente son conceptos que han respondido a distintas épocas y aunque se han asociado a experiencias, aspiraciones e ideas semejantes, no por ello deben confundirse como sinónimos. Por lo tanto, cada uno de estos términos tiene diferencias semánticas e históricas.

Ahora bien, partimos de que los conceptos se articulan de acuerdo a las experiencias históricas y las ideas que los configuran. En ese sentido, hemos revisado las ideas y los procesos históricos que han configurado las nociones América y América Latina. Enseguida trazaremos las coordenadas del término Hispanoamérica, para buscar aproximarnos a las circunstancias y los significados asociados que son afines a la conformación del término que nos interesa estudiar también en este apartado, el hispanoamericanismo.

³¹ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones. (Pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España)*, Madrid, Centro Español de Estudios de América Latina (CEDEAL), 1992, pp. 23-25. De los mismos autores véase también: ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *España e Iberoamérica: de la Hispanidad a la Comunidad Iberoamericana de Naciones*, Madrid, Centro Español de Estudios de América Latina (CEDEAL), 1989.

³² SEPÚLVEDA, Isidro, “La comunidad cultural iberoamericana y el nacionalismo español”, *Aldaba*, No. 28, Melilla, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), 1996, p. 198.

³³ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, *op. cit.*, pp. 345-350.

2. De Hispanoamérica al hispanoamericanismo

2.1 Ideas alrededor del término Hispanoamérica

Los internacionalistas Celestino del Arenal y Alfonso Nájera afirman en *La Comunidad Iberoamericana de Naciones. (Pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España)* que el término Hispanoamérica es de origen español.³⁴ Sin embargo, los autores no apoyan esta afirmación en evidencia empírica y constatamos que tampoco la historiografía ha registrado muchos estudios que aborden el origen de este término. Probablemente la génesis del término podamos encontrarla en la época en que Jaime Rodríguez, en un trabajo poco conocido, titulado *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafructe y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, ha establecido que el hispanoamericanismo se originó entre los criollos americanos partidarios del liberalismo español gaditano, los cuales buscaban la unidad de los pueblos y regiones de la América hispana tras el fracaso de su proyecto de una comunidad constitucional de naciones hispánicas.³⁵

En esta época las ideas que apuntaban a la unión e integración articulaban a la noción América, por ello estos criollos de los que nos habla Rodríguez aunque se decían “americanos” aludían “a la estructura que pretendían forjar como ‘el sistema americano’ [...] para describir sus luchas, porque su definición de América no incluía Canadá, Estados Unidos ni Brasil.”³⁶ Posteriormente, una vez que se produjo la etapa de las independencias y durante la segunda mitad del siglo XIX, el término Hispanoamérica fue utilizado a la par que el término América Latina —sobre todo cuando éste aun estaba por consolidarse exitosamente como un proceso ideológico— para nombrar frente al otro y para sí, una comunidad ideal de naciones americanas amalgamada con elementos identitarios comunes de raíz hispana, no de raíz indígena, donde España reclamaba un lugar. En este sentido, coincidimos con Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, cuando precisan que la idea más asociada al término Hispanoamérica, desde “planteamientos políticos e ideológicos no idénticos”, es la relación existente entre España y América, la cual, “quedaría desvirtuada, como es lógico, desde la perspectiva española y americana, si sólo se hablara de América Latina”.³⁷ Más adelante, cuando se produjeron los sucesos de la independencia de Cuba, el uso del vocablo Hispanoamérica fue recurrente para mantener el vínculo de España en América, y con la

³⁴ *Ibíd.*, p. 24.

³⁵ RODRÍGUEZ, Jaime E., *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafructe y el hispanoamericanismo, 1808-1832*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 11. Este libro tiene otra edición corregida y editada en Quito en 2007.

³⁶ *Ibíd.*, p. 12.

³⁷ ARENAL, Celestino del, y ALFONSO NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 24.

guerra del 98, se utilizó para reivindicar a España y hacerla aliada de los países americanos frente al expansionismo estadounidense.

Como hemos apuntado, la experiencia expansionista de Estados Unidos y de Francia en América a mediados del siglo XIX, propició la articulación del concepto América Latina, pero también permitió el uso del vocablo Hispanoamérica en aquellos intelectuales americanos que reaccionaron ante estos hechos; es decir, llegaban a utilizar ambos términos. Por ejemplo, el intelectual dominicano identificado como uno de los primeros que utilizaron el término América Latina, Francisco Muñoz del Monte hablaba recurrentemente durante la década de 1850 de la desunión que había en “Hispanoamérica” debida a la pugna por el reconocimiento de una cultura común de raíz española entre las repúblicas hispanoamericanas.³⁸

Por otro lado, probablemente los sucesos políticos, culturales, y sociales que vivió España durante la segunda mitad del siglo XIX, aunado con la fuerte presencia de residentes y emigrantes españoles en América, propiciaron el uso común y frecuente, en el lenguaje y en la letra impresa, del concepto Hispanoamérica. Como muestra de ello basta recorrer los índices de algunas revistas decimonónicas dedicadas a asuntos españoles y americanos entre las que destacan la *Revista de España, de Indias y del Exterior* (1842-1845); la publicación liberal *La Revista Española de ambos Mundos* (1853-1855), donde escribían personajes como el político Antonio Cánovas del Castillo³⁹ o el mencionado intelectual dominicano Francisco Muñoz del Monte; *La América. Crónica Hispanoamericana* (1857-1886),⁴⁰ revista de corte liberal donde también escribía Francisco Muñoz del Monte, así como Emilio Castelar, Juan Bautista Alberdi, José María Torres Caicedo, Andrés Bello, entre otros; *Revista Hispanoamericana* (1864-1882) y *El Correo de España* (1870-1872). Todas ellas se constituyeron como un puente donde se desplegaron numerosos artículos que hacían alusión a Hispanoamérica.

Ahora bien, Hispanoamérica significaba, según las ideas de los escritores que participaban en estas revistas, un lugar aún salvaje, con riqueza natural abundante pero mal aprovechada y con grandes territorios despoblados. Representaba también a pueblos jóvenes e inmaduros y faltos de progreso. Asimismo, era un espacio liberal y moderno. Algunas de

³⁸ Muñoz del Monte, Francisco, “España y las repúblicas hispanoamericanas”, *Revista Española de Ambos Mundos*, Tomo I, 1853, citado por ORIJEL, Ivette, “La representación de Hispanoamérica en tres revistas madrileñas, segunda mitad del siglo XIX”, ponencia presentada en el XV Congreso Internacional de AHILA 1808-2008: *Crisis y problemas en el mundo atlántico*, Universiteit Leiden, Departamento de Estudios Latinoamericanos, Leiden-Países Bajos, agosto de 2008, (paper).

³⁹ Sobre la obra académica de este personaje, Rafael Altamira refiere que tuvo algunas conversaciones sobre historia con él, sobre las cuales apreció que era muy devoto de la ciencia histórica. Afición “que, a veces —opina Altamira— superó a la gobernante.” ALTAMIRA Y CREVA, Rafael, *Proceso histórico de la Historiografía humana*, 2ª. ed., México, El Colegio de México, 2011, p. 59.

⁴⁰ Véase a LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”. Una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.

estas imágenes danotaban pues a una Hispanoamérica rodeada de problemas. Por ello fue común que estos intelectuales, desde sus respectivas posturas ideológicas, arguyeran posibles soluciones. Por ejemplo, la tan recurrente propuesta de la llegada a América de población extranjera para que trajera consigo la civilización.⁴¹

De la misma forma, Hispanoamérica también era relacionada por estos intelectuales a la falta de unidad entre las repúblicas americanas como consecuencia de las guerras de independencia. Al denunciar esta ausencia de unión, proponían a España como ente cohesionador, porque consideraban que este papel ya lo había desempeñado en el pasado colonial y en esa nueva coyuntura debía ejercerlo impulsando una integración de carácter económico y defendiendo el legado cultural hispano. Otra noción con la que configuraban el concepto de Hispanoamérica era la de su inestabilidad política y el estado caótico en que vivían estas repúblicas. Situaciones que presuponían para las plumas más conservadoras la intervención de un orden exterior. Finalmente, Hispanoamérica era asociada a la idea providencialista de que las tierras americanas habían sido un premio para España por su lucha por el cristianismo.⁴²

Al ser asociada Hispanoamérica con estas ideas, el uso que se le dio al término lo podemos encontrar en el despliegue, a través de los nudos de comunicación de las redes intelectuales, comerciales y diplomáticas entre España y América Latina, de las propuestas de establecimiento y estrechamiento de vínculos, y de promoción y defensa de la unidad entre ambas regiones.

2.2 El hispanoamericanismo

Los significados que se le han otorgado al término Hispanoamérica consideramos que nos permiten encontrar un camino por el cual podemos interpretar el hispanoamericanismo. Jaime Rodríguez sostiene que en sus orígenes el hispanoamericanismo “no fue una ideología desarrollada conscientemente, por lo que a este respecto no pude calificarse como ‘ismo’”,⁴³ situación que puede entenderse si —apoyándonos en lo que dice Marta Casaús⁴⁴ y Reinhart Koselleck⁴⁵ desde el lugar de enunciación del “lenguaje de los ismos”— consideramos que en el momento de su acuñación, los “ismos” probablemente carecen de “contenido propiamente

⁴¹ Estas primeras ideas expuestas que configuraron el concepto Hispanoamérica, como puede observarse, eran similares a las que giraron alrededor del término América, o bien, posiblemente fueron las mismas, pero reformuladas de acuerdo a los momentos históricos en los que se inscribieron.

⁴² ORIJEL, Ivette, “La representación de Hispanoamérica...,” *op. cit.*

⁴³ RODRÍGUEZ, Jaime E., *El nacimiento de Hispanoamérica...*, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁴ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, *op. cit.*

⁴⁵ KOSELLECK, Reinhart, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, No. 53, 2004, p. 38.

experiencial, aparte de la disposición psíquica de sus usuarios”.⁴⁶ Será hasta la segunda mitad del siglo XIX que el hispanoamericanismo irá perfilándose más conscientemente como un movimiento ideológico.

En todo caso, como expone Marta Casaús, los “ismos” responden a una situación histórica determinada que se pretende describir y transformar, con lo que llevan aparejada ideología, polisemia, retórica, acción político-social y una carga emocional, axiológica, de expectativas y de anhelos. Asimismo, los “ismos”, en tanto que se utilizan como un instrumento de “lucha por la hegemonía político-cultural”, suponen poder de convocatoria, movilización y “toma de conciencia de nuestra historicidad”, además de que permiten “adquirir un sentido de pertenencia”.⁴⁷ Además, al responder a una situación histórica determinada o una misma realidad social, “los ismos” no escapan de ser polisémicos, cualidad que le otorgan los grupos sociales que los emplean.⁴⁸

Desde esta perspectiva podemos entender el hispanoamericanismo como un abanico que se abre desplegando varios significados. O que se conforma como una especie de telar con distintos hilos semánticos que se entrecruzan. Tal vez por ello no haya una adecuada caracterización de lo que es el hispanoamericanismo, porque probablemente los autores que han intentado definirlo valoran sólo algún significado, en vez de urdir mimbres para obtener una teoría general.

Es factible que la caracterización más consensuada de este término sea la de movimiento ideológico que —independientemente de donde se sitúe en el tiempo su origen y de si se incluye o no en el grupo de países hispanoamericanos a Brasil—, intentó conformar, durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, una comunidad cultural supraestatal basada en la raza (en sentido cultural), la lengua, el pasado y las tradiciones comunes. Elementos que son también las bases de la formulación herderiana de nación étnica, cultural o genealógica, cuyas características están fundamentadas en la ascendencia común, en los mitos de origen, en la identidad de costumbres, de memoria histórica, y en la lengua vernácula común de la comunidad.⁴⁹ De ahí que consideramos que el hispanoamericanismo se fundamenta en estos principios de la nación étnico-cultural, y por ende no logra enganchar, aunque se lo proponga, la unión política o confederación con leyes comunes. Tampoco apela al territorio como condición previa para formar nación, como sucede con el modelo de nación cívica. Más bien, el hispanoamericanismo es un movimiento que utilizó ciertamente estas

⁴⁶ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, op. cit., pp. 1-4.

⁴⁷ *Ibíd.*

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 7.

⁴⁹ QUIJADA, Mónica, “Nación y territorio: La dimensión simbólica del espacio en la construcción nacional argentina. Siglo XIX”, *Revista de Indias*, Vol. LX, Núm. 219, 2000, Madrid, p. 375.

nociones de la nación étnica como arma y escudo identitario frente a la injerencia de los Estados Unidos y de otras potencias europeas en los asuntos americanos y españoles. Por ello, su formulación se encuadra en el planteamiento que propone Marta Casaús cuando afirma que “los ismos” sirvieron a las sociedades hispanoamericanas “de amalgama, de aglutinamiento y supusieron un cambio [además de] un intento serio de transformación”.⁵⁰

Ahora bien, el hispanoamericanismo es comúnmente caracterizado como un fenómeno, corriente, movimiento, ideología, programa, campaña, ideario y discurso de carácter cooperativo, y ha sido marcado por distintas orientaciones desde las intelectuales, pasando por las diplomáticas, hasta las comerciales. Ante esta variedad para caracterizar al hispanoamericanismo consideramos que no basta con definirlo únicamente con alguno de sus rasgos, componentes ideológicos o prácticas asociativas, porque se puede generar cierta confusión si inclinamos la balanza hacia uno u otro extremo de su enunciación.

De ahí que, por ejemplo, se crea tradicionalmente que el hispanoamericanismo es un término de origen peninsular. Es decir, es común que se identifique que es un fenómeno de ideología liberal de origen español cuando se apela a los liberales gaditanos que buscaban la conformación de una nación hispanoamericana; o de la intencionalidad de los empresarios españoles que a mediados del siglo XIX buscaron recuperar sus mercados americanos; asimismo, cuando se habla de los regeneracionistas españoles que vieron en América el apoyo con el cual podían levantarse del golpe que les propició la guerra del 98, o también cuando se considera como una expresión más del nacionalismo español, ya que todas las corrientes ideológicas nacionalistas españolas han vinculado a América de alguna u otra forma.

De la misma manera, si inclinamos la balanza hacia los hispanoamericanistas americanos se puede creer que es un fenómeno de expresión liberal de origen americano cuando se alude al inagotable principio de unión política, económica y social de las regiones americanas antes y después de las independencias apelando a los rasgos culturales comunes producidos por tres siglos de convivencia colonial y a una reconciliación o acercamiento con la España Liberal.

Desde una perspectiva conservadora también se puede presentar esta confusión sobre el origen del hispanoamericanismo. Es decir, puede ser asociado al ideario imperialista español o simplemente a los americanos que se imaginaban a España como la *Madre Patria* y que además de tener aspiraciones monárquicas buscaban rescatar elementos identitarios hispánicos basados con firmeza en la religión. Ambos casos responden al legado tradicionalista que veía en la unión de la Iglesia y el Estado la esencia de la hispanidad, y a la

⁵⁰ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, op. cit., pp. 8, 9.

religión ligada a los grandes acontecimientos de su historia: la expulsión de los moros y el descubrimiento de América.⁵¹

El hispanoamericanismo en tanto que suele ser identificado indistintamente con alguna de sus corrientes internas, también resulta ser un fenómeno complejo relacionado con áreas de estudio como las de las relaciones internacionales, las del nacionalismo, la construcción del Estado-nación, identidades nacionales, relaciones intelectuales, elites, relaciones comerciales y migraciones. Lo que lo lleva a confundirse con otros conceptos que responden a distintas realidades. Por todo ello, este vocablo, como sostiene Felipe Gracia —quien recientemente se ha aproximado al término en su libro *Hijos de la Madre Patria. El hispanoamericanismo en la construcción de la identidad nacional colombiana durante la Regeneración (1878-1900)*— está “asociado a una enrevesada familia conceptual en la que es fácil extraviarse”.⁵² Por ejemplo, el hispanoamericanismo comúnmente es confundido con americanismo, sobre todo desde la historiografía española. En este sentido, si tomamos la fórmula de Felipe Gracia de concebirlo como el estado superior que engloba al americanismo e hispanismo por igual —y aquí sigue a Carlos M. Rama⁵³—, el americanismo viene a ser “el discurso hispanoamericanista español que se proyecta hacia y sobre las repúblicas americanas”, y el hispanismo como “la versión americana de este flujo, la elaboración discursiva sobre lo hispánico realizada desde América”.⁵⁴ David Marcilhacy, otro historiador que también recientemente ha revisado el término, igualmente concibe el americanismo como una forma abreviada del hispanoamericanismo.⁵⁵ Lo que en nuestra opinión esta asociación no es del todo apropiada porque —en nuestro intento de no caer en reduccionismos, lugares comunes y errores en el manejo conceptual— sigue generando cierta confusión. Sobre todo cuando consideramos, al igual que Isidro Sepúlveda,⁵⁶ que hay un antes y un después en estas denominaciones. Es decir, el americanismo antes era definido por la acción o pensamiento de

⁵¹ RODRÍGUEZ, Jaime E., *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832* (segunda edición corregida), Quito, Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional, 2007, p. 18.

⁵² GRACIA PÉREZ, Felipe, *Hijos de la Madre Patria. El hispanoamericanismo en la construcción de la identidad nacional colombiana durante la Regeneración (1878-1900)*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.)-Excma. Diputación de Zaragoza, 2011, p. 23.

⁵³ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 67.

⁵⁴ GRACIA PÉREZ, Felipe, *Hijos de la Madre Patria...*, op. cit., p. 23.

⁵⁵ MARCILHACY, David, *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, p. 2.

⁵⁶ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2005. Del mismo autor, entre otros: “Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente”, en TORRE, Hipólito de la (coord.), *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (S. XIX-XX). (V Jornadas de Estudios Luso-Españoles) Homenaje a la profesora Pilar Vázquez Cuesta*, Mérida, España, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993, pp. 109-127; *Comunidad cultural e Hispanoamericanismo. 1885-1936*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1994. “La comunidad cultural iberoamericana y el nacionalismo español”, op. cit.

españoles sobre América y ahora como una rama de las ciencias sociales y de las humanidades que estudia a América, o el campo de estudio referente a toda la producción de conocimiento sobre América. De la misma forma que hispanismo antes era definido por la acción o pensamiento de americanos sobre España y ahora es una rama de las humanidades centrada en la historia, literatura y lengua española, o el área de estudio que tiene que ver con la producción de conocimientos sobre la lengua española y lo que se denomina cultura hispánica. Para esta tesis, el americanismo, tampoco es una corriente del nacionalismo español, que se proyecta a través del discurso sobre América, ni el hispanismo lo es de los nacionalismos americanos que se verifica en el discurso sobre España, sino que ambos términos preferimos considerarlos dentro de su acepción disciplinar como áreas o campos de conocimiento.

Por otro lado, al considerar que el hispanoamericanismo tiene fases y corrientes, dentro de las primeras es importante identificarlas en las distintas coyunturas que entran en juego y marcan los contextos nacionales e internacionales, como por ejemplo la difícil reconciliación diplomática entre España y los países que habían sido sus territorios de ultramar; las campañas españolas para recuperar esas regiones americanas; la guerra del 98, y el expansionismo norteamericano. En cuanto a las corrientes, es preciso diferenciar por ejemplo el hispanoamericanismo de carácter conservador o panhispanista con el movimiento de la Hispanidad, y dentro del hispanoamericanismo liberal identificar una corriente “progresista” tal cual la nombra Isidro Sepúlveda. Diferencias que abordaremos más adelante, pero cabe adelantar que a veces no son tan claras y que por lo mismo impiden caracterizar el término propiamente como un movimiento liberal tanto americano como español, y al panhispanismo como un movimiento conservador español. Decimos de este último sólo español porque desconocemos si por parte de los americanos hubo una doctrina proyectada a España del tipo *pan-ismo*. En todo caso, la doctrina conocida como pan-americanismo responde a otro proyecto ajeno a los americanos y a otros intereses.

Al haber coyunturas y corrientes asociadas al hispanoamericanismo, del mismo modo se hacen presentes los actores que dentro de estas fases y de acuerdo su posición ideológica, instrumentalizan el hispanoamericanismo a través del discurso o mediante prácticas, programas y proyectos. Si bien es cierto que los discursos se utilizan para justificar y dirigir las prácticas a las que están asociados, el análisis del hispanoamericanismo no se debe reducir sólo a los discursos, deben ser parte de este análisis también los actores, las prácticas, las estrategias y las coyunturas junto con el desarrollo cultural, social e ideológico del medio donde se formulan los discursos.

Los contornos del hispanoamericanismo por tanto abarcan todo lo anterior, es decir, la coyuntura, las posiciones ideológicas, los discursos, las prácticas a las que se asocian, los instrumentos cohesionadores, los actores. En ese sentido, podemos formular que el hispanoamericanismo está conformado por una serie de elementos que se entretajan como el desarrollo histórico de las relaciones entre América y España; los contextos culturales, económicos, sociales y políticos a los que se asocia el movimiento; los discursos y las estrategias de los distintos colectivos y actores (intelectuales, comerciales, emigrantes, diplomáticos), que se traducen en acciones oficiales y privadas de política exterior e internacional, políticas culturales de universidades y centros de estudios, políticas comerciales de asociaciones, y los instrumentos transnacionales que dan soporte a los elementos integrantes y cohesionadores del discurso (raza en el sentido cultural, lengua, historia, tradiciones).

Antes de adentrarse en los contornos del hispanoamericanismo, conviene revisar brevemente los estudios que han permitido caracterizar sus elementos constitutivos y, al mismo tiempo, distinguir entre ellos, las distintas perspectivas que se tienen de este movimiento, las convergencias y divergencias respecto a su origen, así como los elementos que analizan y destacan cada uno de los autores estudiados y que a continuación presentamos.

2.3 Debate historiográfico

2.3.1 El hispanoamericanismo desde la perspectiva americana

Desde la perspectiva americana Jaime Edmundo Rodríguez con la obra ya citada *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, publicado en español en 1980 y con una segunda edición corregida en 2007, sostiene que el hispanoamericanismo es heredero del liberalismo español. Señala este autor ecuatoriano, residente en los Estados Unidos, que la lucha entre liberales y conservadores en España que había comenzado en el siglo XVIII, impactó en Hispanoamérica y no se resolvió con la guerra de Independencia. En ese sentido, y como señalamos párrafos atrás, la idea de unidad política arraigada durante la etapa previa a la guerra independentista fue asumida tanto por liberales como conservadores. Los proyectos conservadores incluían a España en una especie de confederación en cuya cabeza estaba el rey Fernando VII y pensaban a las nuevas naciones como monarquías dirigidas por algún miembro de la familia real. En contraparte, los liberales —quienes perseguían la igualdad de derechos políticos entre españoles peninsulares y americanos en la época de las Cortes de Cádiz— buscaban establecer una “comunidad constitucional de naciones hispánicas” donde los países gozaran de autonomía sin romper la

unidad política del mundo hispánico. No obstante, tras el fracaso del liberalismo español y la derogación de la Constitución de Cádiz, lucharon por la independencia y apostaron por una nueva comunidad hispanoamericana.⁵⁷

Apelando a este principio, los liberales serían los que darían paso al hispanoamericanismo durante la primera mitad del siglo XIX.

Al quedar la Península nuevamente bajo el yugo del absolutismo, poniendo fin a los sueños de una comunidad de naciones hispánicas, aquellos hombres concibieron un nuevo ideal: el hispanoamericanismo. No sólo lo propusieron a las nuevas naciones, sino también se esforzaron porque estas tuvieran éxito y obtuvieran el reconocimiento diplomático, con la esperanza de que, en última instancia, fuera posible formar una confederación de Estados Unidos de Hispanoamérica.⁵⁸

Estos hombres se caracterizaban por ser una minoría criolla —la élite asociada a la burguesía en desarrollo—, cuyos personajes, admiradores de la tradición liberal de la península, además de luchar por el reconocimiento diplomático de sus países, como hemos señalado, buscaron establecer reformas sociales, políticas y económicas dentro de ellos. Al inicio apostaron por la “comunidad constitucional de naciones hispánicas”, pero al fracasar este proyecto, siguieron defendiendo la unión de los países hispanoamericanos, al mismo tiempo que fueron promotores de los nuevos gobiernos americanos, de la consolidación de la independencia, de su defensa ante los peligros del expansionismo anglosajón y de establecer relaciones con diversos países europeos. Algunos nombres destacados de estos primeros hispanoamericanistas son el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el peruano Manuel Lorenzo Vidaurre, el argentino José Antonio Miralla y el mexicano José Miguel Ramos Arizpe.⁵⁹

Otro de los pocos autores que han estudiado y caracterizado el hispanoamericanismo desde la mirada americana es Carlos M. Rama con el libro ya citado *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX*, publicado en 1982. Este autor uruguayo sostenía en el inicio de aquellos años ochenta del siglo XX, que en el campo de estudio de las relaciones internacionales, las relaciones culturales eran las menos atendidas en comparación con las de tipo político, económico y militar y, en cambio, habían sido las que habían tendido el puente más firme entre España y América durante todo el siglo XIX.

Esta misma postura asumió un grupo de historiadores españoles al inicio de la década de los noventa y en el marco de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento, quienes interesados en la imagen de América en España y viceversa, analizaron la evolución

⁵⁷ RODRÍGUEZ, Jaime E., *El nacimiento de Hispanoamérica...*, (1980), *op. cit.*, pp. 12, 13.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 73.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 13.

de la política cultural española hacia los países americanos en el período de 1898 a 1992.⁶⁰ Estos historiadores, conscientes de que los estudios sobre las relaciones culturales a nivel internacional habían despegado en la década de 1970 en países como Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, reconocían que en España existía un desfase cronológico y metodológico. Así, después de los trabajos de Carlos M. Rama y Martínez de Velasco, vinieron a proponer nuevos enfoques Antonio Niño, Lorenzo Delgado, Eduardo González Calleja, Nuria Tabanera, Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, entre otros, a los que se sumaron instituciones como la OEI, ICI y CEDEAL.

La ruptura de relaciones culturales entre España y sus antiguas posesiones de ultramar se debió, según Rama, a que los criollos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, rompieron de alguna manera con la cultura española. No obstante, en la conformación de su identidad americana, acudieron a varios legados, entre ellos, el pensamiento progresista español, que se había configurando desde los misioneros del siglo XVI hasta los liberales del XIX, así como también “a las nuevas corrientes ideológicas internacionales y a la revaloración del pasado indígena, como ya se venía intentando con el criollismo”.⁶¹

Dicha ruptura no sólo se debió a la situación política, al aislamiento diplomático de España después de las independencias americanas, o a la merma que sufrió la colectividad española asentada en América, sino también a otra serie de circunstancias. En este sentido, pueden mencionarse el peso de la influencia cultural extranjera —sobre todo francesa— en los países americanos; la censura impuesta por la inquisición y la burocracia a las posibilidades de renovación intelectual tanto dentro de España como al exterior, que propició que los exiliados españoles⁶² sólo pudieran publicar sus obras en Londres o en París;⁶³ por los efectos de la leyenda negra contra España, y por las obras científicas y literarias de españoles y viajeros ilustrados que describieron los errores de la administración colonial.⁶⁴

Al igual que Jaime Rodríguez, Carlos Rama parece situar los orígenes del hispanoamericanismo durante las primeras décadas del siglo XIX gracias al criollismo. En este orden de ideas, para Rama el “criollismo americanista” fue un movimiento que sembró la semilla del nacionalismo cultural y que gracias a literatos, periodistas, jesuitas, religiosos

⁶⁰ Véase a PÉREZ HERRERO, Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos-Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1993.

⁶¹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 41, 42.

⁶² Aunque para Carlos M. Rama no es muy clara la presencia de estos liberales exiliados en América con excepción de Bolivia, México y Chile.

⁶³ Como es el caso de José María Blanco-White, exiliado del primer liberalismo español (en Londres) entre 1814 y 1823. Según Rama, este personaje, así como también sucedió con otros españoles heterodoxos, tuvo influencia en América durante la emancipación. *Ibíd.* p. 69.

⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 27-38.

criollos no jesuitas, viajeros locales, pedagogos y asociaciones como las Sociedades Económicas de Amigos del País locales —que se formaron para divulgar los conocimientos tendientes al desarrollo de España durante la segunda mitad del siglo XVIII—, se potenció el nacionalismo y una cultura autónoma, propia, local, americana, con “elementos ibéricos”.⁶⁵

En efecto, en medio del rompimiento de las relaciones de todo tipo entre España y América por las independencias, estos personajes propician el restablecimiento de vínculos “en la medida en que se intenta una identidad cultural original, y como ésta incluye una alta proporción de elementos ibéricos, se asegura a largo plazo la continuidad y fecundidad de tales relaciones para el futuro”.⁶⁶

Llegados a este punto, el autor refiere que a partir de 1866 —año en que España abandona su campaña de reconquista americana— se reanudan las relaciones entre España y América, siendo la excepción de esta regla el caso mexicano en el período comprendido entre 1861 a 1874. Además establece el mejor momento para el estrechamiento de lazos los años previos al estallido de la guerra de Cuba, comprendidos entre 1878 y 1895. Los principales protagonistas de estas nuevas relaciones —intelectuales y escritores— gracias a que en ambas orillas del Atlántico se suprimió la censura de la Inquisición y se estableció la libertad de imprenta, potencian el papel de la lengua y la historia común, asegurando, mediante el intercambio establecido entre ellos y sus circuitos de publicaciones periódicas, viajes, asociaciones y celebraciones de encuentros y conmemoraciones, los vínculos de cooperación en el tercio que quedaba del siglo XIX.

Más recientemente, el historiador colombiano radicado en México, Aimer Granados, con *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, publicado en 2005, presenta un estudio sobre el hispanoamericanismo definiendo el concepto en “el sentido amplio que se le dio al término durante el último cuarto del siglo XIX que se refería a las relaciones entre España e Hispanoamérica, pero también en un sentido más filosófico, como lo definió Altamira como una ‘corriente ideal y sentimental’”. Y más concretamente como una “corriente de pensamiento que en algún momento de la primera mitad del siglo XIX empezó a preocuparse por consolidar un proyecto cultural amplio que involucrara a España y a sus antiguas colonias en América”.⁶⁷

Granados estudia el hispanoamericanismo de inspiración conservadora en el México del Porfiriato, el cual, prácticamente se constituyó como una ideología racionalizadora del fenómeno colonial donde se vuelve a no considerar a los indígenas. Analiza a los principales

⁶⁵ *Ibíd.*, pp. 32, 34.

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 43.

⁶⁷ GRANADOS, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005, pp. 17, 19.

defensores mexicanos de esta corriente —en especial a Francisco G. Cosmes— y los elementos que la sustentan —raza, historia y lengua— en lo que sería una lucha que se libró frente al liberalismo para intentar anclarse en el imaginario mexicano, dentro del contexto en que se enfrentaba ideológicamente la raza sajona y la raza latina. Asimismo, presenta las coordenadas donde se desplegó esta batalla: la importancia de las imágenes que sobre el “otro” tenían en ambos países; la violencia que las acompañó; el papel que jugó la hispanofobia en la construcción del nacionalismo mexicano —que junto con el romanticismo, desde la época de la ilustración ya habían incorporado el pasado prehispánico a sus elementos de conformación—; y por último, la enseñanza de la historia en los libros de texto. En esta cartografía Granados, además de rastrear la tendencia al indigenismo a través de autores como Luis Pérez Verdía y Guillermo Prieto, presenta a los autores que racionalizaron el pasado colonial destacando a José María Vigil. El autor analiza también cómo mientras en México se debatía el mestizaje, se presentaron estrategias y coyunturas favorables para la difusión del hispanoamericanismo como fueron las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, la guerra de 1898 y el Congreso Hispanoamericano de 1900.

Siguiendo los pasos de Granados, quien a su vez ha sido uno de los primeros historiadores en analizar el hispanoamericanismo en Colombia, Felipe Gracia con el ya citado *Hijos de la Madre Patria. El hispanoamericanismo en la construcción de la identidad nacional colombiana durante la Regeneración (1878-1900)* publicado en 2011, aborda el campo cultural e ideológico donde se desarrolló el hispanoamericanismo colombiano del último cuarto del siglo XIX. Asimismo, dentro de los estudios del Estado-nación y las elites formadoras de la conciencia nacional, el autor lo concibe como un tipo de discurso utilizado por las elites en la construcción de la identidad nacional (entendida como realización cultural) apelando como núcleo al elemento hispánico.⁶⁸

Para Gracia el hispanoamericanismo, más que concebirlo como un movimiento “intelectual, cultural, ideológico defendido por las elites españolas con la réplica y el apoyo de las latinoamericanas, cuyo objetivo era la afirmación y consolidación de una comunidad cultural trasnacional”,⁶⁹ debe concebirse como un discurso, el cual:

[...] apelando al fortalecimiento y reunión de todas las naciones hispánicas en una comunidad asentada sobre los lazos culturales compartidos, construía la identidad de las sociedades latinoamericanas desde la base de su legado hispánico [...] Desde esta óptica, el Hispanoamericanismo se nos presenta como un sistema de representaciones que a través de los conceptos de raza, historia, religión, lengua y civilización ofrecía

⁶⁸ GRACIA PÉREZ, Felipe, *Hijos de la Madre Patria...*, op. cit., p. 16.

⁶⁹ *Ibíd.*, pp. 369, 370.

un medio para hacer significativa la realidad social, en nuestro caso, la identidad colombiana de fines del XIX.⁷⁰

El discurso hispanoamericanista que trabaja el autor es de corte conservador. Dicho discurso, según Gracia, construyó el régimen político de mayor influencia en la historia colombiana. Su base descansaba en una identidad cultural conformada por la civilización, raza, historia, idioma y religión. Asimismo, este discurso se constituyó como un instrumento de construcción nacional de canon hispano empleado por las elites dominantes colombianas, cuya función era por un lado, formar un bloque de tipo retórico para defenderse del expansionismo estadounidense y al mismo tiempo tener una proyección de unidad de cara a la comunidad internacional, y por el otro, aportar elementos identitarios de carácter “hispano” y, por ende, propios de las “naciones civilizadas” en el proceso de construcción del Estado-nación. Estos elementos hispanos enganchaban con la idea de civilización y resultaban supuestamente homogéneos porque en realidad, opina el autor, establecían diferencias y privilegios para estas elites que se sentían herederas de los primeros civilizadores que llegaron de occidente.

Una de las funciones que destaca Gracia del discurso hispanoamericanista en Colombia, es que desembocó en una serie de prácticas culturales y políticas como fueron la incorporación de la religión católica en el proceso de la construcción del Estado-nación para garantizar el orden moral y la educación; el fomento de la emigración europea; la asociación racial a los problemas de la nación; la defensa del idioma castellano y su institucionalización a través de la instauración de la Academia de la Lengua; las conmemoraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, y la desvaloración de cualquier otro discurso identitario que pudiera oponerse a los intereses de estas elites.

Sobre el origen del hispanoamericanismo el autor coincide con Jaime E. Rodríguez quien sitúa a los criollos Vicente Rocafuerte, Manuel Lorenzo Vidaurre y José Miguel Ramos Arizpe, entre otros, como los primeros hispanoamericanistas, y además agrega al colombiano Francisco Antonio Zea para situar el origen de esta corriente en ese país.

2.3.2 El hispanoamericanismo desde la perspectiva europea y estadounidense

Desde otras miradas geográficas y en el área de estudio de la historia de las relaciones exteriores, el historiador estadounidense Mark J. Van Aken con *Pan-hispanism. Its origin and*

⁷⁰ *Ibíd.*, pp. 16, 17.

development to 1866, publicado en 1959, se acerca al hispanoamericanismo en la que considera fue su primera fase: el panhispanismo de 1834 a 1866, caracterizándolo, al comienzo de su libro, de esta manera: “is a Spanish-led movement that aims at achieving solidarity among the Hispanic nations”. Movimiento cuyo origen sitúa en España probablemente cuando empezaron las labores diplomáticas para reconocer a los nuevos países americanos allá por 1834.⁷¹

Aken sostiene que este movimiento liderado por España abarcaba todo el mundo hispánico —incluido Brasil, Portugal y Filipinas— y, además, puede ser comparable con el pan-latinismo francés y el pan-americanismo estadounidense, con la salvedad de que, desde su mirada, en el panhispanismo es persistente la idea al imperio. Sobre todo porque considera que España necesitaba revivir su prestigio e influencia después de las guerras de independencia, empleando una política de acercamiento a las naciones americanas con ciertos tintes neocolonialistas.

El análisis del autor sobre el panhispanismo español relega a una segunda posición los desarrollos latinoamericanos, y se centra sobre todo en la influencia de esta ideología en las relaciones de España con Hispanoamérica. Desde esta perspectiva Aken sostiene que el panhispanismo se mantuvo hasta la primera mitad del siglo XX gracias a su capacidad de acoplarse a las distintas corrientes políticas. En este sentido, explica que se supo adaptar a la ideología franquista de la Hispanidad, contexto en el que el gobierno asumió infructuosamente, según el autor, el control de la promoción de todos los programas panhispanistas.

En esta misma línea de los estudios sobre el hispanoamericanismo desde perspectivas externas a España y América Latina, Fredrick B. Pike con *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, publicado en 1971, presenta un estudio sobre lo que él denomina hispanismo, motivado por la idea de que el interés de los intelectuales españoles por América tuvo que ver con sus posiciones ideológicas y su realidad intelectual. Para este autor el hispanismo es un movimiento, surgido a partir de la década de 1820, que también es conocido como hispanoamericanismo y panhispanismo, precisando que:

Although divided on innumerable matters of detail and even on many issues of fundamental significance, the champions of hispanismo, generally called hispanoamericanistas in Spain and hispanistas in Spanish America, shared an

⁷¹ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism. Its origin and development to 1866*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1959, pp. vii, viii.

unassailable faith in the existence of a transatlantic Hispanic family, community, or raza (race).⁷²

Esta distinción que propone Pike, como vimos párrafos atrás, sigue siendo recurrida. Recordemos que Felipe Gracia distingue dentro del hispanoamericanismo a “el americanismo como el discurso hispanoamericanista español y al hispanismo como “la elaboración discursiva sobre lo hispánico realizada desde América”.⁷³

Pike presenta el estudio del hispanismo, desde la vertiente conservadora y liberal en España a partir de 1898. Para este autor es necesario entender el contexto ideológico que se desplegó entre liberales y conservadores en España para comprender lo que proyectaron hacia América, es decir, el hispanismo lo estudia en función de la prolongación ideológica de los partidos políticos españoles y de la política exterior hacia América. En ese sentido, mete en un mismo saco a liberales y conservadores españoles, diferenciándolos de los revolucionarios, por su empeño en garantizar el orden establecido. Es decir, advierte que no había mucha diferencia entre liberales y conservadores —con excepción de las posturas que asumían ante el problema religioso—, cuando ambos buscaban mantener una sociedad jerarquizada y elitista. De ahí que los liberales que analiza Pike los denomina “derechistas”, toda vez que considera como “izquierditas” sólo a los grupos que deseaban un cambio social fundamental, ya sea en la línea de la democracia igualitaria, el anarquismo o el socialismo marxista. Y caracteriza a los liberales por su anticlericalismo y su confianza en los poderes de la razón humana.⁷⁴

La base del hispanismo para este autor descansa en la convicción de una comunidad trasatlántica de la misma raza. Comunidad que, a lo largo de la historia, ha sido desarrollada por los españoles con unas características propias de su cultura, que la hacen distinta de los otros pueblos, y el hispanismo, por tanto:

[...] rests further on the assumption that Spaniards in discovering and colonizing America transplanted their life style, culture, characteristics, traditions, and values to the New World and then transmitted them to the aborigines whom they encountered there, to the Africans whom they imported, and to the mestizo or mixed blood peoples whom they fathered.⁷⁵

⁷² PIKE, Fredrick B., *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, London, University of Notre Dame Press, 1971, p. 1.

⁷³ GRACIA PÉREZ, Felipe, *Hijos de la Madre Patria...*, op. cit., pp. 23, 24.

⁷⁴ PIKE, Fredrick B., *Hispanismo, 1898-1936...*, op. cit., pp. 5, 7.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 1.

Asumismo, el autor considera a los americanos como ciudadanos comunes de una gran patria espiritual integrada por todos los países de habla española. En ese sentido, los ciudadanos americanos y los españoles no pueden entenderse por separado pues son parte de una misma raza, “raza shaped more by common culture, historical experiences, traditions, and language than by blood or ethnic factors.”⁷⁶ Otra de las premisas de Pike es considerar al americano como un sujeto pasivo y receptor de la propuesta hispanista. Al respecto, señala que aunque los americanos después de independizarse de la metrópoli habían rechazado la cultura española, finalmente aceptaron el papel rector y tutelar de los peninsulares. España, por su parte, debía asumir en este contexto la hegemonía espiritual, ante el peligro que representaba el hecho de que los americanos fueran influenciados por la cultura francesa o estadounidense.

Por otra parte, para Pike, las claves del éxito del hispanismo en América no tienen que ver tanto con haberse conformado como un movimiento para hacer frente al imperialismo estadounidense, sino con su postura de preservar del orden social. De ahí que sostenga:

Both for liberals and conservatives, hispanismo took as its point of departure the hope to apply to Spanish America the measures deemed essential for preserving social stability and the primacy of spiritual values in Spain. Because liberals and conservatives proposed different measures for providing greater mass participation in society so as to bolster rather than undermine elitist rule and with it the hierarchy of values, they developed two distinct types of hispanismo.⁷⁷

Tanto el hispanismo liberal como el conservador se extendieron desde España hacia América en un contexto en el que, según el autor, los americanos debatían su identidad en términos de seguir el camino del progreso material o el espiritual, ya que eran las únicas veredas posibles e impuestas a los americanos por los estadounidenses con su proyecto panamericanista, y por los españoles con el hispanismo.

David Marcilhacy con su obra *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, publicada en 2010, desde otra visión externa a la americana y española, trabaja el tema del hispanoamericanismo español en la época de la Restauración a través del elemento “raza”. Elemento que caracteriza Marcilhacy como descriptor de civilización, sentimiento colectivo, espíritu, o comunidad de naciones que comparten un pasado común, y que vincula con otros conceptos como el de etnia, cultura, pueblo y nación. Utilizando buena cantidad de fuentes españolas y latinoamericanas este autor

⁷⁶ *Ibíd.*

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 7.

francés, desde la historia cultural que enmarca el territorio de la identidad, contextualiza su trabajo mediante el estudio de la cultura política española, sus discursos y prácticas durante las primeras décadas del siglo XX. Este marco y también el de la historia conceptual le sirven de soporte para analizar la operatividad del término raza, a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, en la conformación de la identidad tanto española como las variadas americanas. Para ello revisa las páginas, ideas y debates de autores tanto liberales como conservadores de la elite intelectual y política como Labra, Cánovas, Menéndez Pelayo, Castelar, Altamira, Unamuno, Gavinet, Rodó y Fernando Ortiz, así como el debate que se generó alrededor de las corrientes como el panamericanismo, el panlatinismo, el indigenismo y el mestizaje.

En efecto, el autor analiza cómo el término raza hispana hace alusión a una comunidad hispanoamericana en el sentido de civilización y familia de pueblos que la comparten, y que por lo mismo llegó a ser sinónimo de hispanoamericanismo. Para Marcilhacy el vocablo raza se acuñó estratégicamente con el fin de aglutinar a la sociedad española dividida, de reforzar la identidad nacional española en el interior y en el exterior y embarcar en un proyecto común de estrechamiento de lazos a las naciones americanas que temían del imperialismo estadounidense y debatían su identidad. De igual forma, Marcilhacy establece que los intelectuales liberales emplearon el concepto de raza como un elemento necesario para la modernización de España.

Por otro lado, el autor analiza la institucionalización en España del término raza hispana como fiesta cívica el 12 de octubre a partir de 1918. Aunque nos recuerda que el proceso había iniciado desde 1892, gracias a la acción de asociaciones como la Unión Ibero-Americana, de revistas, periódicos y diversos intelectuales, diplomáticos y políticos. Dicha fiesta albergará diversas tendencias políticas y pasará de ser una ocasión popular para celebrar el estrechamiento de vínculos entre España y América, a un elemento oficialista del patriotismo españolista y militarista durante la dictadura primoriverista y durante el franquismo. En concreto, la fiesta del 12 de octubre, afirma el autor, no sería una celebración inventada por el ejecutivo, sino que la iniciativa llegaría a la península desde las colectividades españolas en América para abrirse paso primero en las esferas locales y luego en las regionales, ligándose con las festividades religiosas como la de la virgen del Pilar.

Centrado en el concepto de raza hispana, por tanto, el autor revisa la cara étnica y racial del hispanoamericanismo español. Pero en un marco general, considera este movimiento como una rama de aquel hispanismo que se desarrolló durante el primer tercio del siglo XX, que estaba destinado a afirmar una cultura propia de España y de sus antiguas posesiones americanas. Así como también lo reconoce como una corriente de pensamiento iniciada a mediados del siglo XIX que “situaba a América en el corazón del proyecto nacional

español” y que “tenía como meta el acercamiento a las repúblicas hispanoamericanas”. Asimismo, el hispanoamericanismo comprende, para Marcihacy, un campo de cooperación trasatlántica que se fue ensanchando a lo largo del tiempo por el establecimiento de relaciones culturales, diplomáticas y económicas, y un proceso de transformación que pasó de las iniciativas a los programas concretos, y de un pensamiento nacionalista liberal y regeneracionista a una ideología derechista.⁷⁸

Dentro de la confusa familia conceptual del hispanoamericanismo, el autor explica que éste también es denominado por la historiografía anglosajona como hispanismo y panhispanismo, y su forma abreviada es el americanismo. La perspectiva del autor sobre el hispanoamericanismo es heredera inmediata de las posiciones que en los años ochenta y noventa sostuvieron José-Carlos Mainer, Antonio Niño e Isidro Sepúlveda, como veremos a continuación.

2.3.3 *El hispanoamericanismo desde la perspectiva española*

Desde la perspectiva española cabe destacar el trabajo de Leoncio-López Ocón, quien es uno de los primeros historiadores españoles en estudiar el hispanoamericanismo.⁷⁹ Su obra *Biografía de “La América”. Una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)* editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1987, se afianza en la línea historiográfica americanista de los años ochenta del siglo XX que el propio López-Ocón identifica como recuperadora de obras de los liberales españoles decimonónicos destinadas a fomentar las relaciones entre España y América Latina.⁸⁰ La tesis que defiende López-Ocón establece los inicios del hispanoamericanismo en la década de los cincuenta del siglo XIX gracias a la promoción o “campana americanista” de corte panhispanista de la burguesía comercial.

En efecto, para el autor, a mediados del siglo XIX se produce una coyuntura económica favorable para la expansión comercial y debido a ella se ve propicio intentar recuperar el antiguo mercado que se tenía con los países americanos. Para difundir la campaña

⁷⁸ MARCILHACY, David, *Raza Hispana...*, op. cit., pp. 2, 3, 13.

⁷⁹ Reconocemos los grandes aportes que José Luis Abellán ha realizado desde la historia de las ideas al conocimiento del pensamiento americano y español. Su omisión en éste acápite se debe sobre todo porque consideramos que no ha elaborado un estudio más concreto sobre el hispanoamericanismo como movimiento o corriente de pensamiento, y por ello preferimos apoyarnos en algunas de sus ideas para trabajar la idea de América. Cf. nota 8 de este Capítulo 1.

⁸⁰ Para este autor la década de 1980 fue propicia para que la historiografía americana en España se empezara a beneficiar de los vuelcos de los políticos peninsulares por “potenciar una anfictionía política y cultural del mundo iberoamericano”. LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, op. cit., p. 19.

de acercamiento hacia América Latina, dotada de prácticas económicas y proyectos políticos y sociales, se crearon una serie de revistas que tenían como fin propiciar el reencuentro y tejer los lazos de cooperación. Una de estas revistas que analiza López-Ocón es la ya citada *La América. Crónica Hispano-americana*, fundada por el gaditano Eduardo Asquerino quien, además de desempeñarse como diplomático, fue un destacado miembro de la burguesía comercial. Dicha publicación, que para el autor fue el “jalón más elocuente” de la ofensiva americanista de la burguesía comercial española, estuvo respaldada por grandes plumas intelectuales de ambos continentes —destacando entre sus páginas los americanos José María Samper, Torres Caicedo y del lado español Rafael María de Labra y Emilio Castelar—, cuyas tintas expusieron temas culturales y comerciales desde posturas liberales, librecambistas y krausistas promocionando el unionismo de España con las naciones americanas.

José-Carlos Mainer en *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, publicado en 1988, establece la relación entre el regeneracionismo y el hispanoamericanismo.⁸¹ Para este autor zaragozano el regeneracionismo es la expresión del “crónico desencanto” burgués ante el inmovilismo estatal, el caciquismo y la corrupción del régimen de la Restauración. Es decir, la burguesía se hizo conciente de que a lo largo del siglo XIX, no había logrado atentar definitivamente contra la hegemonía oligárquica que mantenía “un catolicismo antiliberal y amenazador, financieros que no invertían en la industria, terratenientes sin iniciativa comercial, burocracia inútil típica de un Antiguo Régimen, populacho desorganizado”.⁸²

Bajo estas estructuras el movimiento regeneracionista provocó que la emergente clase media y la burguesía, sobre todo de cualidad profesional, apelaran “a unas hipotéticas fuerzas ‘nacionales’” y se organizaran en asociaciones privadas de carácter económico, académico y cultural como las cámaras de comercio, la Institución Libre de Enseñanza o la Extensión Universitaria, para emprender el camino hacia la modernización y llevar a cabo la regeneración del país. Además, para Mainer, el regeneracionismo se nutrió del positivismo —el cual comenzaba a propiciar estudios y reflexiones sobre la situación social y política— para darle contenido a esta voluntad nacional y a las iniciativas privadas en la lucha regeneradora, al margen de las contiendas de los partidos políticos del momento. Con ello emergería una idea sociológica de nación cuyos autores más representativos serían Joaquín Costa, Ángel Gavinet y Miguel de Unamuno.

⁸¹ En particular, nos referimos al capítulo titulado “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)”, mismo que había sido editado en TUÑÓN DE LARA, Manuel, et. al., *De la crisis del Antiguo Régimen al Franquismo. VII Coloquio de Pau*, Madrid, Edicusa, 1977.

⁸² MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra (Barcelona), Escola Universitària de traductors i intèrprets, Universidad de Barcelona, 1988, p. 93.

Por otro lado, para Mainer, tras el desastre del 98, el regeneracionismo aspiró a fortalecer la identidad nacional y “dar contenido espiritual y ambición creadora a aquello que la mano del destino había privado de sustento material”, es por ello que en este contexto, algunos regeneracionistas buscaron el restablecimiento de “la hermandad entre los pueblos de ascendencia hispánica” como un apoyo ante los problemas por los que atravesaban por la crisis finisecular. Ese acercamiento estaba basado en la idea de:

[...] vindicación de una historia que no había tenido continuidad económica ‘natural’ —la de la colonia—, el testimonio de una realidad sociológica que tendió a verse con ojos favorables en sus fines (la presencia americana de fuertes contingentes emigratorios españoles), la urgencia de una afirmación de latinidad creadora [...] y la posibilidad de una expansión económica para una industria en crisis de superproducción.⁸³

En ese sentido, para Mainer, personajes como Labra, Costa, Giner de los Ríos, Altamira, Gavinet, Posada, Macías Picabea, Mallada apoyaron decididamente iniciativas intelectuales hispanoamericanistas buscando encontrar conjuntamente con las naciones americanas la senda del progreso y de la civilización. Apostaban por la continuidad de las relaciones económicas para la expansión del mercado español; buscaban despertar el interés de los grandes contingentes de emigrantes españoles, y aspiraban al fortalecimiento de las relaciones culturales para afirmar la identidad latina frente a la sajona.

En la misma línea de Mainer y desde el campo de estudio de la política cultural de España hacia América Latina, Antonio Niño con un artículo publicado en 1987 con el título “L’ expansión culturalle espagnole en Amerique hispanique (1898-1936)” en *Relations Internationales*, no. 50, y con “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, publicado en 1993, establece que el hispanoamericanismo es una manifestación del movimiento regeneracionista español de finales del siglo XIX. Antonio Niño es, probablemente, uno de los primeros historiadores españoles que intentó aclarar los términos que se asocian a esta familia conceptual. De ahí que explique al inicio de su estudio que fue Friedrich Pike quien, al introducir el término hispanismo a esta corriente historiográfica en 1971, en vez de utilizar el concepto panhispanismo —como hiciera Aken en 1959 (aunque un poco más cargado de connotaciones imperialistas) para denominar este fenómeno político e ideológico afín a otros movimientos como el panamericanismo o el pangermanismo—, provocó cierta confusión en el uso de la terminología.

⁸³ *Ibíd.*, p. 94.

Pero tal vez no sólo confusión, sino que al no aparecer en lo inmediato otros estudios sobre el hispanoamericanismo, como hemos visto, la visión de Pike pudo haber sido canonizada durante más de una década. Al respecto, Niño señala que el fenómeno del hispanoamericanismo había sido poco estudiado y reducido a ser tratado como antecedente de la ideología de la Hispanidad. Asociación que le valió cierto descrédito por parte de la historiografía crítica al franquismo, mientras que “para la historiografía apologética de la hispanidad, el olvido del hispanoamericanismo se explica por el rechazo de sus componentes liberales y reformistas”.⁸⁴

Ahora bien, apoyándose en el diccionario de la Real Academia de Lengua, Niño precisa que el hispanismo “denota en propiedad, y más en el mundo anglosajón, el giro o modo de hablar propio de la lengua española empleado en otra o bien el estudio de la lengua y cultura hispánicas realizado en otros países”.⁸⁵ Mientras que para el hispanoamericanismo este autor propone una serie de elementos e ideas para su caracterización. En primer lugar advierte que algunos estudiosos pensaban que el hispanoamericanismo no podía ser catalogado como un movimiento por no tener una doctrina articulada que generara consecuencias en el orden político y social, y por ello sólo se podía entender como una manifestación retórica de las elites conservadoras o “una variedad literaria heredera de la tradición del arbitrista hispano”. Enseguida explica que, por el contrario, el hispanoamericanismo articuló a intelectuales y políticos españoles unidos por una ideología reformista y positivista que, mediante un nuevo discurso nacionalista, defendieron una identidad compartida con Hispanoamérica sustentada en una herencia y proyectos comunes para hacer frente al peligro imperialista anglosajón. Para Niño, esta herencia entendida como “la construcción de una memoria colectiva común a los pueblos hispanos”, estaba asociada con la “reconquista del prestigio espiritual” de España y con la rehabilitación de su historia. Acciones que solamente podían realizarse mediante las relaciones culturales con los países americanos. Al mismo tiempo, Niño sostiene que estos intelectuales y políticos incidieron en la opinión pública española mostrando su inconformidad hacia el régimen de la Restauración, así como su preocupación tanto por el descrédito internacional como por su deteriorada influencia en América.⁸⁶

Al asociar al hispanoamericanismo con el regeneracionismo e identificar los problemas vertebrales que originaron ambas corrientes, es decir, la inoperancia del régimen de la Restauración para modernizar el país, el descrédito de España al exterior, y su poca

⁸⁴ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *op. cit.*, p. 16.

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 16, 17, 23.

influencia en América ante la competencia de otras potencias, Niño identifica, asimismo, las posturas que se desprenden del interior del hispanoamericanismo y del regeneracionismo. Explica que dentro del regeneracionismo existe una vertiente conservadora, defensora del orden social, y una progresista y reformadora. Las mismas posturas pueden identificarse en el hispanoamericanismo, toda vez que los intelectuales y políticos que integran estos movimientos tienden a ser los mismos. De hecho, el hispanoamericanismo que analiza Antonio Niño es, precisamente, el que acompaña al regeneracionismo reformador:

El Hispanoamericanismo que aquí nos interesa es el que surgió del regeneracionismo universitario, reformador y de raigambre institucionista, que rechazó de forma explícita la acción política a favor de la acción moral, y que puso a sus esperanzas en la actuación de las instituciones sociales y de la sociedad civil.⁸⁷

En este sentido, y como componente del programa nacional regeneracionista, el hispanoamericanismo, según Niño, tiende a ser voluntarista e idealista, lo que lo lleva a tener una limitada trascendencia política a pesar de sus altas aspiraciones que se entremezclan con las regeneracionistas. Tales aspiraciones tienen que ver con la superación tanto del pesimismo nacional originado por el desastre del 98, como de los estereotipos de inferioridad y, como señala el autor, con el “abrir un nuevo campo de actividad que reuniera a todos los grupos y sectores del país en una empresa auténticamente patriótica, y recuperar por este medio algo del prestigio internacional perdido”.⁸⁸

Por otra parte, en el campo de los estudios de las relaciones internacionales y a propósito de las conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, primero con el libro ya citado *España e Iberoamérica: de la Hispanidad a la Comunidad Iberoamericana de Naciones*, publicada en 1989, y luego con el también referenciado *La Comunidad Iberoamericana de Naciones. (Pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España)*, editado en 1992, abordan el tema del hispanoamericanismo y la hispanidad como antecedentes históricos del modelo democrático de la política exterior española hacia América.

Del Arenal y Nájera realizan una valiosa síntesis del discurrir hispanoamericanista apoyándose en las ideas de los personajes de la época que escribieron sobre los vínculos entre España y América como fueron Labra, Altamira, Rahola y Constantino Suárez, y consultando los estudios que sobre el tema habían aparecido en años anteriores. Siguiendo la línea trazada

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 18.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 19.

por Leoncio López-Ocón, José-Carlos Mainer y Antonio Niño, establecen que el hispanoamericanismo es el movimiento heredero del panhispanismo de la segunda mitad del siglo XIX, que resurgió a partir de la crisis 1898 y que “vino a ser, en las primeras décadas del siglo XX, una plasmación del regeneracionismo por vía de aproximación a la América hispana”.⁸⁹

Para estos autores el hispanoamericanismo de principios del siglo XX, por tanto, se caracteriza por lo siguiente:

a) es un movimiento que se inspira en el carácter liberal del regeneracionismo, si bien en el mismo terminarán predominando los planteamientos conservadores; b) representa una inquietud que se desarrolló predominantemente en los medios intelectuales; c) su desarrollo respondió principalmente a la iniciativa privada, frente a la dejadez e indiferencia oficiales; d) es contrario a la retórica, por estimar que ésta supone un desprestigio para España y un obstáculo para la revitalización de las relaciones con América hispana; e) su ideal de resurgimiento lleva implícita una cierta pretensión, con diferentes matices, de liderazgo y tutela moral y espiritual por parte de España, como forma de mantener la integridad del carácter hispánico, y f) intentará contrarrestar tanto el creciente peso del movimiento panamericanista, que impulsan los Estados Unidos, como el movimientos latinoamericanista, que desde mediados del siglo XIX venía patrocinando Francia.⁹⁰

Además de esta caracterización global del hispanoamericanismo donde los autores marcan las tendencias liberales y las conservadoras que lo conforman, presentan en su estudio los programas hispanoamericanistas de corte liberal de Rafael Altamira y Constantino Suárez, así como las ideas de José Pla y Salvador de Madariaga, que de alguna manera tuvieron puntos de coincidencia en temas culturales, económicos y diplomáticos.

Por último, desde los estudios del nacionalismo español, Isidro Sepúlveda con el ya citado *Sueño de la Madre Patria*, publicado en 2005, y con otros trabajos anteriores,⁹¹ estudia el hispanoamericanismo a través del desarrollo y características del nacionalismo español, de las corrientes ideológicas insertas en el propio movimiento hispanoamericanista, sus elementos identificadores —raza, lengua, historia— y sus actores: intelectuales, diplomáticos, emigrantes y asociaciones culturales y comerciales.

Al igual que Antonio Niño, Sepúlveda parte de la premisa de que el hispanoamericanismo es una corriente ideológica tendiente a consolidar la identidad nacional y articular una identidad común de las naciones hispanas. En particular, sostiene que el

⁸⁹ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., pp. 50, 51.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 52.

⁹¹ Véase nota 56 de este mismo capítulo.

hispanoamericanismo es una proyección del nacionalismo español hacia América. Bajo la óptica de Benedict Anderson, agrega que dicha articulación representa una “comunidad imaginada que reunía a España con el conjunto de repúblicas americanas, otorgándole a la antigua metrópoli un puesto al menos de primogenitura, cuando no de ascendente, bajo la extendida expresión de Madre Patria”.⁹²

Asimismo, Sepúlveda considera que el hispanoamericanismo es un movimiento nacionalista con tendencia a los pan-ismos que busca la unión trasnacional. Por esta razón, el autor pone especial énfasis en el análisis de la corriente panhispanista como un componente básico del nacionalismo español que lo dota de elementos discursivos de carácter cultural y de mistificación del pasado. El panhispanismo, según Sepúlveda, aspira a argamasar la identidad colectiva y, al mismo tiempo, reforzarla internamente al proyectarla hacia el exterior. Es decir, fue dirigido sobre todo al ámbito español para su asimilación interna. Sin embargo, agrega que el panhispanismo no se trata de un movimiento político tendiente a conformar una plataforma estatal basada en leyes e instituciones comunes a todos los países que conforman la comunidad.

Por otra parte, Sepúlveda reconoce que aunque los intentos de establecer las bases de una comunidad hispanoamericana datan a épocas anteriores a las independencias americanas, los esfuerzos más claros arrancaron a partir del segundo tercio del siglo XIX, coincidiendo con Aken, Rama y López-Ocón. No obstante, afirma que, a partir de la década de 1880, se generó el movimiento hispanoamericanista como un elemento de la identidad nacional española, coincidiendo con Pike, Mainer y Niño. De esta forma, el hispanoamericanismo para Sepúlveda se erigió como parte del movimiento regenerador finisecular y se desarrolló simultáneamente a los otros nacionalismos españoles de carácter regional (catalán y vasco).

Para precisar la delimitación y conceptualización de las distintas ideologías que caracterizan al hispanoamericanismo, el autor esgrime el siguiente argumento:

El hispano-americanismo, compuesto por diversas corrientes con distinto proyecto de futuro y hasta cierto punto opuestas, significó en su variante exterior el intento de España de formar un imperio que, por la impotencia de su capacidad material, solo podía aspirar a tener una dimensión espiritual (tesis panhispanista); o establecer un bloque de países con vocación unionista (tesis progresista); o conformar una suerte de Estados Unidos hispano-americanos (tesis latinoamericanista). En su variante interna, el hispano-americanismo estuvo escindido en sus objetivos; mientras una corriente pretendía poner de manifiesto las bases que condujeron a España a su etapa de máximo esplendor para ponerlas nuevamente en práctica (tesis conservadora), otra

⁹² SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 13.

rompía con los sueños imperiales y, señalando las carencias, veía en la proyección hacia América el medio de regenerar España.⁹³

Sepúlveda identificará las dos corrientes principales del hispanoamericanismo como panhispanismo e hispanoamericanismo progresista. La primera será la corriente conservadora basada en la religión, en la reivindicación de la historia colonial y en el mantenimiento de la jerarquización social, donde América constituirá “un objetivo de definición nacionalista” e importará mientras “mantuviera la herencia del pasado colonial, se identificara en el presente con la España coetánea y aceptara el protagonismo dirigente de la antigua metrópoli”.⁹⁴ Esta corriente, que buscaba establecer la hegemonía moral de una España histórica, según el autor, tendrá sus bases políticas e intelectuales en los textos de Menéndez Pelayo y Segismundo Moret y sus prácticas asociativas en la Unión Iberoamericana. La segunda corriente, el hispanoamericanismo progresista, será, para Sepúlveda, aquella que reunirá movimientos como el krausismo, positivismo, modernismo y regeneracionismo y que verá el vínculo cultural de una España contemporánea con los países americanos en el idioma, el derecho y la filosofía, principalmente.⁹⁵ Asimismo, esta corriente, que no tendrá una real coordinación operativa, según el autor, abogará tanto por el intercambio intelectual como por las relaciones comerciales como los medios más eficaces para acercar a las dos orillas. En sintonía con Antonio Niño, Sepúlveda encontrará en la figura de Rafael Altamira al personaje más representativo de esta corriente, quien emprenderá de manera más concreta que retórica acciones de intercambio intelectual y comercial.

La diferencia entre ambas corrientes radicarán, según Sepúlveda, en la formulación de sus bases para la idea comunitaria. Por el lado panhispanista se privilegiará la religión y por el progresista la tolerancia religiosa; en cuanto al enemigo común, los panhispanistas considerarán que los Estados Unidos representaban “la encarnación de las tentaciones materialistas que América sufría”, mientras que los progresistas criticarán “su pretensión hegemónica continentalista”.⁹⁶

Por otra parte, al igual que Aken y Niño, Sepúlveda identifica el movimiento de la hispanidad como la radicalización de la postura más conservadora del hispanoamericanismo que se viene dando desde la Dictadura de Primo de Rivera, de ahí que la caracterice como la:

⁹³ SEPÚLVEDA, Isidro, “La comunidad cultural iberoamericana y el nacionalismo español”, *op. cit.*, p. 196.

⁹⁴ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, p. 103.

⁹⁵ SEPÚLVEDA, Isidro, “Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente”, *op. cit.*, p. 113.

⁹⁶ *Ibíd.*, pp. 114, 115.

[...] filosofía de estado que supone el punto culminante de identificación entre la dimensión americana de España y las bases del nacionalismo reaccionario español, en sus dimensiones de catolicidad, antiliberalismo, anticomunismo y providencialismo [...] Tomada en parte como base por el nuevo régimen franquista e institucionalizado su pensamiento en el Consejo de la Hispanidad y el Instituto de Cultura Hispánica, la hispanidad acabó siendo el portaestandarte de la visión providencialista de la historia de España, elemento legitimador del régimen, plataforma de proyección exterior (especialmente válida en los tiempos de máximo aislamiento diplomático) y valor añadido en las negociaciones con las potencias internacionales”.⁹⁷

Para la hispanidad, América sólo interesaba como un ideal marcado por el destino católico y evangelizador de la misión de España en el mundo. A su vez, dentro de la hispanidad la identidad común no estaba definida por la historia o la lengua, sino por los valores espirituales que marcaba la religión. Por último, dicha doctrina, calificada como fascista de Estado, estaba apoyada, según Sepúlveda, en las ideas de Maeztu, Zacarías de Viscarra, García Morente, García de Villada y Góma.

Resta señalar que Sepúlveda, coincidiendo de cierta manera con Aken, encuentra que el panhispanismo se ha mantenido a lo largo del tiempo porque los elementos conformadores de la identidad cultural (historia, raza y lengua) que se difunden, permanecen constantes a pesar de que se han instrumentalizado con disímil criterio por las diferentes corrientes ideológicas o los distintos regímenes españoles.

3. Contornos del hispanoamericanismo

Si imagináramos cómo se pudieran representar gráficamente todos los elementos que componen el hispanoamericanismo seguramente no nos vendría a la mente algún esquema sencillo y plano, sino que probablemente se nos dibujaría una figura más parecida a la que ilustra el modelo atómico de Rutherford. Utilizando ese tipo de esquema, a la palabra hispanoamericanismo le correspondería ocupar el centro nuclear, en tanto que la coyuntura, las posiciones ideológicas, los discursos, las prácticas a las que se asocia éste, los instrumentos cohesionadores y los actores girarían e irían dejando su órbita alrededor de ese núcleo.

Pensar en todos estos elementos relacionados entre sí a lo largo del tiempo nos lleva a considerar que la historia del hispanoamericanismo continúa incompleta y aunque los diversos

⁹⁷ SEPÚLVEDA, Isidro, “La comunidad cultural iberoamericana y el nacionalismo español”, *op. cit.*, p. 197.

estudios que existen sólo han dado cuenta de una parte de esta trayectoria, muchos de sus aspectos siguen siendo objeto de una casi total desatención por parte de los investigadores.⁹⁸.

A continuación estudiaremos los elementos del hispanoamericanismo. Esto nos permitirá comprender la obra hispanoamericanista de Rafael Altamira que analizaremos posteriormente en el segundo capítulo. Nos enfocaremos por tanto al movimiento hispanoamericanista español y, en la medida de lo posible, nos detendremos brevemente en su contraparte americana. Apoyándonos en la bibliografía especializada ubicaremos este movimiento en el marco de la reanudación de las relaciones entre América y España, al mismo tiempo que iremos dando cuenta de su contexto político, sobre todo, español; asimismo, identificaremos las estrategias e instrumentos empleados por los distintos colectivos y actores que lo fueron conformando.

3.1 La reanudación de las relaciones oficiales y privadas entre España y las naciones americanas

El absolutismo desplegado por Fernando VII durante el periodo que va de 1814 a 1820 (Sexenio Absolutista) y de 1823 a 1833 (Década ominosa), las guerras civiles y la consecuente inestabilidad política del régimen llevaron a España prácticamente al aislamiento. En materia de política exterior, la historiografía española y americana coinciden en señalar que las relaciones diplomáticas entre España y las nuevas naciones americanas se caracterizaron por su enorme dificultad en una época de incertidumbre, debida sobre todo a los intentos de reconquista o, en el menor de los casos, a la tendencia de las autoridades españolas a intervenir en los asuntos americanos mediante la fuerza militar —con el breve paréntesis de los liberales peninsulares del Trienio Liberal (1820-1823), quienes cancelaron durante su gobierno cualquier intento de recuperación territorial—.

Después de la muerte de Fernando VII (1833) los gobiernos peninsulares de corte liberal comenzaron el reconocimiento de las nuevas naciones de manera individual, doce años después de que Gran Bretaña fuera la primera nación europea en reconocer a las nuevas repúblicas y seis de que lo hiciera Francia. Las primeras naciones en ser reconocidas por España mediante tratados que por lo general se firmaron en Madrid fueron México en 1836 y

⁹⁸ A modo de hipótesis para una futura investigación se podría empezar preguntándose si el hispanoamericanismo en cada uno de los países americanos pudiera plantearse como un cuestionamiento de la identidad nacional, si pudiera ser una dimensión de ésta o de la búsqueda de una proyección exterior que considerara lo qué es América y España para el propio país. O también preguntarse si pudiera obedecer a diversos proyectos políticos internos dirigidos a las sociedades nacionales; o a proyectos económicos para expandir el mercado y buscar dónde insertar desocupados; en cuyo caso, los agentes y protagonistas serían los diplomáticos, intelectuales, emigrantes y asociaciones.

Ecuador en 1840; en el periodo de 1844 a 1865: Chile en 1844, Venezuela en 1845, Bolivia en 1847, Costa Rica y Nicaragua en 1850, República Dominicana en 1855, Argentina en 1859, Guatemala 1863, Perú y El Salvador en 1865; mientras que las últimas fueron Uruguay en 1870, Paraguay en 1880, Colombia en 1881 y Honduras en 1884.⁹⁹

Los tratados que se firmaron con cada una de las naciones americanas se centraron en aspectos patrimoniales y comerciales, prácticamente sin haber cláusulas sobre asuntos intelectuales o religiosos.¹⁰⁰ Buscaban que alguno de los estados americanos aceptara pagar alguna indemnización a España.¹⁰¹ Además, la historiografía ha establecido que al haber pasado casi medio siglo entre el reconocimiento de la primera y la última nación, la política exterior española no fue muy clara y mostró su “falta de consistencia, su pasividad político-internacional, su marginalidad respecto a los centros de decisión y de poder de la política mundial y su aislamiento”.¹⁰²

Por parte de las nuevas naciones americanas tampoco existió una política clara y definida con respecto a las negociaciones con la antigua metrópoli, y esta situación se entrecruzó con el rechazo manifiesto a la herencia hispana, a la hora en que los intelectuales y los gobiernos pensaban en redefinir las identidades nacionales en los nuevos Estados americanos. Así lo sostuvieron los liberales Juan Bautista Alberdi (1810-1884), Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), José Victorino Lastarria (1817-1888), Francisco Bilbao (1823-1865) o José María Luis Mora (1794-1850). Además, como refiere Sepúlveda, el rechazo a España no disminuiría mientras la antigua metrópoli mantuviera sus posesiones caribeñas.¹⁰³

Junto con estos intelectuales hubo otros que, según Rama, constituyeron la generación más destacada de americanos ya nacidos en tierras independientes que va de 1824 a 1885, y que, críticos con el pasado colonial, con las costumbres e ideas españolas, “consiguieron formar una mentalidad colectiva”. Era el caso de los argentinos Esteban Echeverría (1805-1851) y Bartolomé Mitre (1821-1906); el chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), y los uruguayos Andrés Bello (1820-1851), José Pedro Varela (1845-1879) y Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893). Algunos de ellos tenían origen español y aunque admiraban a la España progresista, representada por figuras como Goya, José de Espronceda, o Mariano José de Larra —quien además era admirado por sus críticas hacia “los castellanos

⁹⁹ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 62. RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 162.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, pp. 165, 166.

¹⁰¹ Véase a CASTEL, Jorge, *El restablecimiento de las relaciones entre España y las Repúblicas Hispanoamericanas (1836-1894)*, Madrid, Artes Gráficas, 1995.

¹⁰² ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 44.

¹⁰³ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, p. 62.

viejos” y a sus costumbres—, no veían con buenos ojos a la España tradicional y absolutista. De hecho, el progreso no lo concebían en la herencia hispana sino en el ejemplo estadounidense, francés o inglés.¹⁰⁴ En el lado opuesto, el de la hispanofilia asociada al tradicionalismo y casticismo conservador que revalorizaba y defendía el pasado colonial, estaban personajes como el mexicano Lucas Alamán, los colombianos Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, o el chileno Diego Portales. Todos ellos, sabedores de lo complicado que era impulsar el acercamiento con España desde América, reivindicaban la monarquía, la iglesia y el ejército, y citaban y elogiaban a los españoles del pensamiento conservador como Donoso Cortés o Jaime Balmes.¹⁰⁵

Ahora bien, aunado a las acciones oficiales de restablecimiento de las relaciones entre España y América se debe destacar el papel de la migración masiva con sus redes familiares y de paisanaje en este contexto.¹⁰⁶ A pesar de que muchos españoles salieron de América debido a las guerras de independencia, el retorno de la paz indujo a muchos de ellos a regresar. De ahí que durante la décadas de 1830 y 1840 se presentara un importante flujo de inmigrantes procedentes de Galicia, Asturias, las provincias vascas y de las Islas Canarias que se concentró en Uruguay, Venezuela, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y México.¹⁰⁷

Otro de los colectivos que propiciaron el restablecimiento de las relaciones desde el ámbito privado fueron los comerciantes, empresarios e intelectuales. Del lado español destacan, de modo general, las acciones de la burguesía mercantil de Cádiz y Sevilla y de los intelectuales liberales.¹⁰⁸ Los intelectuales americanos que compartían esta misma intención, como por ejemplo José María Samper o Torres Caicedo, sabían lo complicado que era volver

¹⁰⁴ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 92, 102, 145.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 108, 112. GRANADOS, Aimer, *Debates sobre España...*, op. cit., p. 18.

¹⁰⁶ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 45. GRANADOS, Aimer, *Debates sobre España...*, op. cit., p. 18.

¹⁰⁷ No obstante, en Venezuela y en México, durante los años de 1850, algunos miembros de la colectividad española volvieron a salir debido a que fueron objeto de vejaciones derivadas de las luchas intestinas entre los liberales hispanóforos y los conservadores hispanófilos. AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...* op. cit., pp. 104-106.

¹⁰⁸ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 73, 90. Recordemos que en el plano comercial, la Emancipación había posibilitado que Francia e Inglaterra ocuparan el lugar de España con las nuevas naciones americanas. Cuando España, pese a su menguada flota naval, intentó recuperar su antiguo mercado americano tuvo que pagar como tributo de haber marcado un riguroso proteccionismo durante la época colonial, que sus productos no fueran muy competitivos en comparación con los de los otros países. En ese sentido, según Aken, durante la década de 1840: “Spanish merchants had appeared to be gaining ground in the fiercely competitive struggle against the United States, England, and France. Scattered statistics indicate that in Ecuador Spaniards succeeded in dominating the lucrative cacao trade. At the same time Spanish commerce with Montevideo and Buenos Aires increased encouragingly. Wine, olive oil, almonds, dried fruit, and soap from the motherland found the greatest demand in the New World. But in the market for manufactured goods Spain could not compete with the great maritime nations. Even in Ecuador, where Spanish merchants enjoyed their greatest success, the shipping of France and England towered above that of Spain. Elsewhere Spanish commerce fared badly. The cheapness of foreign industrial products, the scarcity of Spanish merchant ships, and the high cost of Spanish shipping were important factors in the failure to recapture the former colonial markets.” AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...* op. cit., pp. 102, 103.

a tender los lazos de hermandad con España pues la herida de la guerra de independencia aún continuaba abierta en el imaginario social. Aun así, la tendencia de las relaciones comerciales e intelectuales entre ambas regiones fue creciendo en la medida en que se fueron reconociendo las independencias de los países americanos. De esta manera, ya para el periodo que va de 1868 a 1875 la corriente de opinión negativa sobre España decaería gracias a un mayor contacto cultural entre intelectuales.¹⁰⁹

Teniendo estas líneas generales de cómo se reanudaron las relaciones oficiales y privadas entre España y las nuevas naciones americanas, enseguida estudiaremos cómo se fueron conformando los movimientos panhispanismo e hispanoamericanismo desde España durante el período comprendido entre 1830 a 1860 aproximadamente.

3.2. El hispanoamericanismo en el segundo tercio del siglo XIX

3.2.1 El contexto político español 1833-1856

Suele suceder que la historiografía hispanista recurre al tópico que las naciones americanas recién independizadas eran políticamente inestables e internamente inseguras debido a sus constantes guerras internas. No obstante, a veces pasa que en el hecho de caracterizar al otro se omite el reconocimiento de lo propio. En este sentido, aún sigue habiendo ausencia de relatos que, al tratar ambas regiones, reconozcan al mismo tiempo que España tampoco fue políticamente estable y segura durante los primeros tres cuartos del siglo XIX. De esto puede dar cuenta la senda del liberalismo español, que es por donde encontramos los derroteros del hispanoamericanismo.

Para ello la vía de análisis que estamos proponiendo es reconocer el contexto político donde se desplegaron las ideas de los liberales españoles que, conforme avanzó el siglo XIX, fueron adoptando las tendencias democráticas y republicanas, porque creemos que el hispanoamericanismo hunde sus raíces más profundas en estas tendencias, además de las constitucionales. En este sentido, a lo largo de este esbozo mostraremos las iniciativas hispanoamericanistas que, en el mayor de los casos, se propusieron y realizaron desde la esfera privada, porque los demócratas y republicanos españoles, defensores prácticamente de los mismos derechos durante buena parte del siglo XIX, y que comulgaban con la idea de una comunidad con América, no lograron incidir con una fuerte presencia en las esferas del poder, con excepción del período denominado “sexenio democrático”, que veremos más adelante.

¹⁰⁹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 102.

Después de la “Década ominosa” los liberales siguieron emprendiendo acciones para recuperar las relaciones con América, en concreto, aquellos que la historiografía a denominado burgueses y demócratas. Con la muerte de Fernando VII tanto los liberales moderados como los exaltados apoyaron la sucesión de la hija mayor del rey, Isabel II, bajo la regencia de la reina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Del otro lado estaban los absolutistas o carlistas quienes apoyando al infante que reclamaba el trono, Carlos Luis de Borbón, dividieron la monarquía. Al margen, cabe señalar que en este período empiezan a introducirse en España otras experiencias democráticas de países europeos y también se empiezan a republicanizar algunos sectores excluidos y politizados desde las Cortes de Cádiz, dado que comienzan a pensar que para garantizar un verdadero sistema liberal es necesaria la república.

Al año siguiente, en 1834, tanto los liberales moderados como los exaltados fundaron los partidos Moderado y Progresista, respectivamente, y como isabelinos enfrascados en la guerra contra los carlistas, triunfantes, se alternaron en el poder y promulgaron la constitución de 1837 que depositaba la soberanía en las Cortes con el rey. Con ello, el “liberalismo, que había irrumpido en la política española en el año 12 como una fuerza democrática, renunciaba a sus orígenes y se volvía doctrinario: la nación-clase, no la nación-pueblo, compartía con el rey la soberanía”.¹¹⁰ El retroceso también se volcaría en la cuestión americana. Las posesiones que le quedaban a España mantenían su estatus colonial. Asimismo, la regresión se verificaría en el derecho al sufragio, que esta vez tendría la cualidad de censitario, y en la censura al derecho de imprenta. El criterio censitario no sólo generaba excluidos y con ello conflicto social, sino que significaba que los nuevos propietarios —los cuales habían surgido con el desmantelamiento del antiguo régimen a través de la desamortización—, se constituyeran en un impedimento para la expansión de la soberanía nacional por conservar sus intereses.

Los moderados, que tenían el apoyo de una parte del ejército encabezada por el general Ramón María Narváez, y de la oligarquía conformada por la aristocracia tradicional y por la gran burguesía, gobernaron para el pueblo pero sin el pueblo entre 1844 y 1854. En ese período, sin embargo, el partido se escindió formándose un ala parlamentaria que fue pactando con la aristocracia y otra revolucionaria y democrática que luchaba por los derechos políticos como el de ciudadanía, igualdad política e inclusión política.

La parte parlamentaria apostaba por la alta burguesía como motor para la consolidación del régimen liberal. Creían en la soberanía depositada en la nación, pero pensaban que la renta y la capacidad de las personas eran las mejores condiciones para poder

¹¹⁰ JULIÁ, Santos, “Liberalismo temprano, democracia tardía: el caso de España” en DUNN, J. (dir.), *Democracia. El viaje inacabado*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 254.

ejercer los derechos políticos. Estos burgueses serían calificados por uno de los máximos propagandistas de la democracia española, Emilio Castelar, como los que le habían puesto “precio el derecho electoral [...] los que habian erigido una oligarquía en vez de un gobierno; los que habian arrojado al pueblo [...] de la participacion en la vida política [*sic*]”.¹¹¹

Los demócratas, en cambio, creían que bajo el dogma de la soberanía nacional debían extenderse los derechos a todos los ciudadanos. Defendían la extensión de los derechos políticos porque consideraban que eran derechos naturales, además que creían que todos los hombres tenían razón e interés en el desarrollo del Estado. Extendidos los derechos políticos, se lograría la democracia directa, la igualdad y la libertad entendida como autonomía individual y de participación a través de la libertad religiosa, de imprenta, derecho a la vida, derecho de asociación y reunión y el sufragio universal. Los hombres para ser libres, decían, al igual que los socialistas, debían de ser autónomos; para una persona analfabeta o para un mendigo, por su condición, la libertad era imposible. Se pensaba, por tanto, en una soberanía individual. La opresión de las mayorías podría atentar contra la libertad individual. En ese sentido, la democracia la concebían con los derechos individuales y con un Estado mínimo. Asimismo, consideraban que la democracia era la esencia de la república y, por ende, para salvaguardar la república debía limitarse la democracia. Defendiendo estos principios, vieron cómo en 1848 se consolidó la Monarquía constitucional apoyada por el ala parlamentaria y burguesa del Partido Moderado. A raíz de esto formaron el Partido Democrático (1849-1869) junto con un pequeño grupo de incipientes republicanos y socialistas. Dicho partido era una organización débil, reunida en torno a periódicos y sociedades educativas que pretendía civilizar al pueblo. Además, dentro de un marco ilegal y clandestino, se agrupaban también en las sociedades secretas.

En el período conocido como el Bienio Progresista (1854-1856) durante el cual el Partido Progresista intentó hacer reformas al sistema político dominado por el Partido Moderado, convivirán más activamente demócratas y republicanos en la lucha por la extensión de los derechos políticos para lograr la igualdad y la libertad entendida como autonomía individual y de participación. Se extenderá por tanto el ideal del republicanismo y de la democracia a través de periódicos y otro tipo de organizaciones como los clubes de barrio. Los republicanos, sin embargo, verán afectada su lucha —a pesar de intentar incorporar a las masas a la política— cuando los miembros individualistas del Partido Democrático se distancien de ellos y se unan al Partido Progresista —que se hacía cada vez más conservador por su temor creciente a las masas— para conseguir legalmente la

¹¹¹ CASTELAR, Emilio, *La Fórmula del Progreso*, Madrid, Establecimiento tipográfico de J. Casas y Díaz, ed., 1858, p. 42.

democracia y al mismo tiempo para despegarse de los sectores socialistas. De hecho durante los años sesenta, será más notoria la división entre los republicanos y los demócratas por culpa del socialismo.

En síntesis, como señala Santos Juliá, este contexto viene a ser una “mezcla de pueblo en la calle, militares en el poder y gobiernos inestables [...] que no acaban de destruir un orden social para imponer otro”.¹¹² Asimismo, en este marco en el cual el sector democrático del liberalismo pactó con el Partido Progresista, se produce un crisol ideológico con elementos del krausismo, libre cambismo y democracia, con el que se renovaron los principios liberales que más adelante se presentarán en la revolución del 68 y que se manifestarán en un nuevo deseo por recuperar los lazos con las naciones americanas.¹¹³

Mientras tanto, cabe estudiar algunos planes que se formularon en este período para la unión militar y política entre España y las naciones americanas a través de confederaciones o ligas. Proyectos políticos que apoyaba España porque en el fondo buscaba recobrar su área de influencia en el circuncaribe.

3.2.2 *Los proyectos de unión política*

Los proyectos americanos de confederación de naciones desde la época del Congreso de Panamá tuvieron como característica preservar a los nuevos gobiernos de los ataques y planes de reconquista por parte de España. Sin embargo, según Mark J. van Aken, uno de estos proyectos, el de Lima, fue bien recibido por el gobierno peninsular quien “declared that the queen's government favored the formation of ‘an association or general political and mercantile league of the Hispano-American provinces’”, al tiempo que advertía que en realidad los gobiernos americanos deberían de defenderse del verdadero enemigo que era Estados Unidos, con lo que “In this manner Spain might hope to turn the unionist movement to her own purpose”.¹¹⁴ Al respecto, Carlos Rama sostiene que de alguna manera, al conservar España a Cuba y Puerto Rico —pero excluidas ambas islas del régimen constitucional a partir de 1837— e inmediatamente después de la intervención perpetrada por los Estados Unidos a México, desde 1848 se sintió en condiciones de divulgar los peligros de la amenaza estadounidense.¹¹⁵

¹¹² JULIÁ, Santos, “Liberalismo temprano...”, *op. cit.*, p. 258.

¹¹³ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, *op. cit.*, p. 37.

¹¹⁴ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...* *op. cit.*, pp. 80, 81.

¹¹⁵ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, p. 91.

En efecto, España no se quedaría con los brazos cruzados y durante la década de 1850 se adheriría al concepto federalista de Bolívar y lo publicitaría como una panacea para los problemas de España en América.¹¹⁶ En ese sentido, uno de los primeros planes fue presentado en 1855 por Juan Manuel Carrasco Albano, quien propuso un congreso para América del Sur. Carrasco defendía la idea de que la preservación de la raza española dependía de la creación de una nacionalidad sudamericana bajo el gobierno de un congreso general. Instó a que se emprendieran una serie de medidas de unificación con relación a los códigos legales, los sistemas monetarios, la abolición de los aranceles, y la promoción del transporte y la inmigración.¹¹⁷

También el gaditano Eduardo Asquerino —quien además de desempeñarse como encargado de negocios en Chile, fue editor y fundador de importantes publicaciones periódicas como *El Eco de España* y *La América*— propuso una alianza militar. El propósito era conformar una liga defensiva para proteger la independencia y la integridad territorial de los estados americanos de cualquier amenaza extranjera, especialmente de los Estados Unidos. Los miembros de la alianza acordarían prohibir el establecimiento de protectorados extranjeros dentro de sus límites y no permitirían la cesión o venta de cualquier territorio americano. Como refiere Aken, Asquerino aspiraba a que la liga pusiera fin a los filibusteros, defendiera a Cuba, preservara la raza latina y evitara que los Estados Unidos aumentaran su poder e influencia.¹¹⁸

Otro proyecto más vino de la mano del embajador español en Washington Alfonso de Escalante, quien propuso una confederación americana apoyada por España, Francia e Inglaterra. Escalante, pensando en garantizar la independencia y la integridad de todas las naciones americanas signatarias, planteó que ningún miembro del gobierno podría alienar su territorio nacional y que se debían prohibir los privilegios especiales de cesión a las empresas extranjeras que participaban en la construcción de caminos, canales u otras obras públicas. En el mismo tenor se sumó una iniciativa a cargo de Facundo Goñi, español encargado de negocios en Nicaragua y Costa Rica, quien propuso un protectorado europeo en todas las repúblicas de América Central, bajo la égida de España, Francia e Inglaterra, pero, según Aken, a diferencia de los otros proyectos:

The only distinguishing feature of this Central American plan was the proposal to give 'preferential representation' in the assembly 'to Spain as the mother of all the great family' of Hispanic nations. By permitting the mother country to enter the alliance

¹¹⁶ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...op. cit.*, p. 81.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 82.

¹¹⁸ *Ibíd.*, pp. 82, 83.

‘with conditions of superiority’ the Latin Americans would have made Spain the protector of the union. Thus the earlier concept of Bolívar would have been converted into a scheme for Pan-Hispanic confederation under Spanish tutelage.¹¹⁹

Asimismo, otro publicista español Carlos Sanquirico y Ayesa, propuso la creación de unos "Estados Unidos de América Hispana" tomando como modelo el ejemplo de la unión estadounidense y de su constitución. Sanquirico hizo hincapié en que el establecimiento de un gobierno central fuerte en toda la América hispana era la única solución al problema de la agresión yanqui. De acuerdo con su plan, España no debía ser un miembro de la unión propuesta, pero debía formar una alianza política y comercial con las nuevas naciones hispanoamericanas.¹²⁰

Pese a lo interesante que resultaban estos proyectos para la unión de España y América, el gobierno español no se atrevió a apoyar ninguna de estas iniciativas sin el respaldo de Inglaterra y Francia, porque asumieron que de emprenderlas solos, podían poner en peligro sus posesiones de ultramar. En este sentido, Aken señala que el poder de la amenaza estadounidense finalmente actuó como el principal motivo para el impedimento de la formación de una liga defensiva de las naciones hispanas.¹²¹

La falta de apoyo oficial a las anteriores propuestas cerró la vía al proyecto de la confederación política y la alianza militar. No obstante, durante los años que siguieron continuaron las ideas de unión entre España y América que transitaban intermitentemente del campo de la diplomacia al campo privado del comercio y las letras. Ámbitos, en los que se hizo más factible desarrollar una campaña de acercamiento cultural e intelectual después de haberse reconocido las independencias y de que se clausurara la intentona por parte de España de recuperar sus antiguos territorios. Incluso, el gobierno español participó apoyando los programas de "reconquista moral" —al ver que no implicaban riesgos— diseñados para combatir la hispanofobia derivada de la leyenda negra, como veremos más adelante. Veamos entonces en los apartados continuos los proyectos económicos e intelectuales que conformaron el movimiento panhispanista e hispanoamericanista de la segunda mitad del siglo XIX.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 85.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 87.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 85.

3.2.3 La burguesía panhispanista e hispanoamericanista de la segunda mitad del siglo XIX

Durante el Bienio Progresista (1854-1856) la burguesía madrileña, principalmente, gracias al crecimiento del comercio exterior español de importación y exportación, impulsó, en palabras de López-Ocón, una ofensiva para recuperar posiciones en el mercado de las nuevas naciones americanas —países donde tenían redes familiares y de negocios—, aspirando a que estas naciones se quitaran del yugo del comercio anglosajón y así poder beneficiarse con la expansión de sus productos en América. De hecho, como sostiene Benedict Anderson, el vínculo familiar “aseguró que, después de pasado cierto periodo de armonía, pudiesen reanudarse los íntimos nexos culturales y avances políticos y económicos entre las antiguas metrópolis y las nuevas naciones”.¹²²

Para impulsar dicha ofensiva, la burguesía madrileña consideró dotarla de un movimiento político y cultural para posicionarse frente al expansionismo estadounidense. Recordemos que inspirados en el Destino Manifiesto¹²³ los Estados Unidos habían iniciado su política expansionista en los años de 1840 con la anexión de gran parte del territorio norteamericano y continuaron con su intervencionismo en América central en la siguiente década. Tanto americanos como españoles denunciaron fuertemente esta agresiva política estadounidense y al sentirse amenazados comenzaron a creer en la fuerza que podía desprenderse de la solidaridad entre las naciones hispanoamericanas. En ese sentido, Leoncio López-Ocón señala que a raíz del expansionismo estadounidense comienza a perfilarse la idea de que las naciones de habla española, con España a la cabeza, constituían una unidad mística basada en la solidaridad en términos raciales.¹²⁴

El movimiento político, social y cultural que va perfilándose en este contexto tuvo dos vertientes, de acuerdo a la orientación ideológica de sus dirigentes, una panhispanista y otra hispanoamericanista. Para los sectores que comulgaban con la orientación panhispanista —los que López-Ocón denomina “burguesía conquistadora”—, era necesario recuperar las posiciones perdidas conspirando junto con los grupos conservadores y monárquicos americanos y tener un papel fuerte en la política exterior. Algunos de los intelectuales de esta época que reflexionaron y generaron ideas sobre el restablecimiento de las relaciones entre España y América y sobre la conformación y fortalecimiento de la comunidad hispana para preservarla de Estados Unidos desde una perspectiva conservadora, fueron entre otros, José Ferrer de Couto, Gil Gelpi y Ferro, Jacinto Albistur y el diplomático Gabriel García

¹²² ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas...*, op. cit., p. 266.

¹²³ Véase por ejemplo a ORTEGA y MEDINA, Juan A., *Destino Manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972.

¹²⁴ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, op. cit., pp. 79, 80.

Tarrasa.¹²⁵ El primero de ellos, Ferrer de Couto —antiaboliconista en cuanto al tema cubano—, abogó desde 1857 por la intervención española en América en acuerdo con los conservadores de los países americanos que apoyaban dicho proyecto. Estaba a favor de la creación de protectorados sobre México y la República Dominicana.¹²⁶

Asimismo, cabe señalar que algunos proyectos de conquista y de reconquista fueron llevados a la práctica por el gobierno conservador del general Leopoldo O'Donnell y del partido de la Unión Liberal, que surge en 1858 de la alianza entre miembros conservadores del Partido Progresista y de reformistas del Partido Moderado. A tal efecto, pueden nombrarse la expedición a Cochinchina (1858-1862), la guerra con Marruecos (1859-1860), la guerra con Santo Domingo (1861-1865), la expedición en México (1861-1862)¹²⁷ y la guerra del Pacífico (1865-1866). Al caer el gobierno de O'Donnell e instaurarse el régimen de tintes absolutistas y reaccionario de Ramón María Narváez en 1866, muchos intelectuales y políticos liberales emprenderán el exilio. No obstante, la guerra del Pacífico propiciará una crisis que representará el fracaso del panhispanismo,¹²⁸ y quedará atrás el modelo colonial, imperial o intervencionista que reivindicaba el pasado glorioso y que “tendía a preservar los restos del Imperio Español en las Antillas”.¹²⁹ A partir de entonces los panhispanistas cambiarán su modelo y buscarán la unión con los americanos a través del idioma, del intercambio económico, postulando la idea de “raza española”, y advirtiéndoles a los americanos de la amenaza que representaban los Estados Unidos para la región y para los últimos territorios españoles en el Caribe.

Del otro lado de esta historia, estaban los liberales de la burguesía madrileña que promocionaron el reconocimiento de lazos de unión entre España y América. Para estos burgueses era importante estrechar los vínculos materiales y los lazos morales apoyándose en un estado de opinión pública favorable al reconocimiento de las independencias y de acciones concretas en materia comercial, diplomática e intelectual. La vanguardia de esta campaña hispanoamericanista la conformaron los comerciantes de ideología librecambista, la cual les permitía creer que la libertad en el comercio facilitaría el progreso, la fraternidad y la unión entre los pueblos. Emilio Castelar “portavoz más elocuente” del hispanoamericanismo de esta época, según Leoncio López Ocón¹³⁰ y sobre el cual se tocarán algunos aspectos de su ideal hispanoamericano más adelante, expresaba en su folleto *La fórmula del progreso* (1858) que

¹²⁵ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., pp. 64-66.

¹²⁶ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...* op. cit., p. 86.

¹²⁷ Aunque España se alejó de esta intervención europea (anglo-franco-hispana) reconoció el gobierno de Maximiliano I.

¹²⁸ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, op. cit., pp. 111, 133.

¹²⁹ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 47.

¹³⁰ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, op. cit., p. 103.

la libertad de comercio preparaba el camino para la paz universal ya que permitía “concluir con el egoísmo de las razas y con la enemistad de las nacionalidades.”¹³¹

Apoyando a los comerciantes se encontraban los intelectuales y los diplomáticos, quienes serán los que años más tarde ocuparán la vanguardia del movimiento. Desde esta perspectiva liberal, democrática y republicana, destacaron Rafael María de Labra, Emilio Castelar y los hermanos Asquerino, cuya labor trascendió durante toda la segunda mitad del siglo XIX. En América, por ejemplo, José María Samper también desarrolló un plan para una alianza basada en "doctrinas liberales". Este intelectual colombiano propuso una liga defensiva que garantizara el libre comercio entre los países miembros, la libertad de culto y de expresión y la libertad de viajar sin pasaporte. En términos generales Samper abogó por la creación de una especie de superestado mediante el establecimiento de una "Comisión de Arbitraje y de Gobierno", que tendría la potestad tributaria, las fuerzas armadas de control, la designación de agentes diplomáticos, y el trato con las naciones extranjeras.¹³²

Otro ejemplo fue la campaña desplegada por Eduardo Asquerino desde 1857 para promover una exposición de productos industriales americanos, españoles y portugueses y de intercambio técnico, que, por otra parte, daría a los españoles una oportunidad para demostrar que no estaban tan atrasados como se creía.¹³³ La exposición tuvo lugar 5 años después, es decir, en 1862, coincidiendo con la exposición universal sobre industria y arte realizada en Londres y con la expedición científica del Pacífico en la que participó Marcos Jiménez de la Espada.¹³⁴

Puede señalarse también que la labor hispanoamericanista de estos liberales marca los antecedentes del hispanoamericanismo regeneracionista que alcanzará su cenit a finales del siglo XIX, pues, como advierten Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, este hispanoamericanismo que despertaba en 1866 “se orientaba hacia el futuro, implicaba una política de regeneración y abría renovadas posibilidades de modernización y secularización.”¹³⁵

¹³¹ CASTELAR, Emilio, *La Fórmula del Progreso*, op. cit., p. 116.

¹³² AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...* op. cit., pp. 86, 87.

¹³³ *Ibíd.*, p. 97.

¹³⁴ Sobre este científico véase la tesis doctoral de LÓPEZ-OCÓN, Leoncio: *De viajero naturalista a historiador: las actividades americanistas del científico español Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898)*, y sus trabajos posteriores.

¹³⁵ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op.cit, p. 47.

3.2.4 El idioma, la campaña de las letras y la historia

Desde la Emancipación, el idioma fue objeto de polémicas y debates acalorados. Básicamente los peninsulares tradicionalistas pensaban que la lengua hecha en España se corrompía en América. Los americanos conservadores eran de la misma idea y por ello defendieron el idioma español en términos de su más puro “clasicismo purista” ante la amenaza que representaban las influencias indígenas y africanas, y con el fin de construir un puente con la antigua Metrópoli. De ahí, que como afirma Carlos Rama:

En los hechos, esos aportes, visibles a través de neologismos, usos gramaticales, y hasta fonéticos, se da en cada uno de los países, y se explica por las particulares circunstancias de su historia. Así, sobre el viejo fondo de las variedades idiomáticas andaluza y canaria dominantes, derivadas del castellano peninsular mesetario, se llega finalmente a una variedad autónoma latinoamericana o hispanoamericana.¹³⁶

Del otro lado, sin el temor de que la lengua castellana se “individualizara”, Servando Teresa de Mier o Andrés Bello por ejemplo, propusieron reformas gramaticales, y Bello, además de defender los neologismos, editó una gramática americana en 1847 para mantener la unidad lingüística como base de la unión política de las nuevas naciones. Otros como Sarmiento llevarán a la práctica las nuevas propuestas gramaticales y también, en lo particular, este autor propondrá que en lugar de ocuparse de las formas idiomáticas se adquirieran primero ideas y se nutriera el pensamiento para que después se pudiera escribir. Además de ellos pueden destacarse los trabajos que sobre el idioma, en general, y sobre los “americanismos”, en especial, escribieron los colombianos Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, el venezolano Rafael María Baralt, el dominicano Esteban Pichardo, el peruano Pedro Soldán, el chileno Zorobabel Rodríguez y el español Daniel Granada.¹³⁷

Asimismo, desde esta mitad del siglo XIX se empieza a debatir sobre la supresión del latín en la enseñanza en América por considerarse anacrónico, entre otras cosas. Debate que retomará Rafael Altamira cuando lo lleve a sus conferencias en México en 1910, como lo veremos más adelante. Entre tanto, cabe mencionar que por esta época la Real Academia empezó a dejar ver un interés por entablar relaciones con América. Fue gracias a la presión que ejerció el conservador peruano Pardo y Aliaga que se establecieron los socios correspondientes destacando por Chile Andrés Bello y José Victoriano Lastarria; por

¹³⁶ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 117.

¹³⁷ *Ibíd.*, pp. 121-126.

Venezuela Cecilio Acosta; por México Alejandro Arango, y por Colombia Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín.¹³⁸

Por otra parte, es indudable que la opinión pública fue uno de los principales vehículos para lograr el acercamiento de España y América. A pesar de la Emancipación los periódicos españoles no dejaron de prestar atención a los asuntos americanos y algunos hasta abogaron por la reconciliación. De entre ellos destacan el *Diario de Barcelona*, *La Revista española*, *Eco del Comercio* y *El Vapor*. Otros se habían concentrado exclusivamente en traer a sus páginas las noticias americanas aunque se habían opuesto a la independencia americana y a la reconciliación, como por ejemplo la serie de publicaciones con nombres similares: *Comercio de los dos mundos* (1825), *Comercio de Ambos Mundos* (1827) y *El Conservador de Ambos mundos*.¹³⁹

Más adelante, con la aparición de algunas revistas especializadas en los temas americanos se diversificaron las comunicaciones entre ambas regiones. En 1845 se publicó la ya citada *La Revista de España, de Indias y del Exterior*, bajo la dirección de Fermín Gonzalo Morón e Ignacio de Ramón Carbonell. Dicha revista tenía una sección llamada "Crónica de Indias" para dar una cobertura regular de noticias sobre América. En 1853 el poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes, fundó la también citada *Revista Española de Ambos Mundos*, la cual dedicaba una gran variedad de artículos a la vida cultural española y americana firmados por personajes como el Duque de Rivas, Manuel Bretón de los Herreros, Carolina Coronado de Perry, José Zorrilla y Morál, Juan Valera, Ramón de Campoamor, Antonio Ferrer del Río, Modesto Lafuente, José Amador de los Ríos, Antonio Cánovas del Castillo, Emilio Castelar, Rafael María Baralt, Francisco Muñoz del Monte y Fermín Toro.¹⁴⁰

Tras la experiencia de tan solo dos años vida de la *Revista Española de Ambos Mundos* mercedada por los problemas financieros, siguiendo la misma línea Eduardo Aquerino fundó en 1857 la ya mencionada *La América*, con el apoyo de casi todos los escritores que habían acompañado la empresa de Magariños Cervantes. *La América* sumó a su lista de famosos colaboradores a Francisco Pi y Margall, el Marqués de Molíns, José de Castro y Serrano, Pedro Antonio de Alarcón, Gustavo Bécquer, Benito Pérez Galdós, Juan Bautista Alberdi, Adolfo Varnhagen, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Diego Barros Arana, Alberto Blest Gana, Andrés Bello, Guillermo Matta, Francisco Muñoz del Monte, José María Samper y José María Torres Caicedo.¹⁴¹

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 131.

¹³⁹ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...op. cit.*, p. 89.

¹⁴⁰ *Ibíd.*, pp. 90, 91.

¹⁴¹ *Ibíd.*, pp. 91, 92.

Muy pronto dicha publicación se convirtió, en palabras de Aken, en “the most important and influential Pan-Hispanic periodical of the nineteenth century”, ya que la postura de la revista contribuyó a elaborar la ideología del movimiento panhispanista y del hispanoamericanista. Asquerino dirigió la revista defendiendo una línea cultural dentro de la cual el movimiento por la unión entre España y América estaba por encima de cualquier consideración política.¹⁴²

De esta forma, muchas de las ideas, proyectos y opiniones de ambas fracciones burguesas nutrieron de contenido estas publicaciones liberales hispanoamericanistas y universalistas como las recién citadas *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855) y *La América* (1857-1886), así como *El Museo Universal* (1857-1869) —que más adelante se convirtió en *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921)—, *El Correo de España* (1870-1872), *Revista Hispanoamericana* (1864-1882), las cuales tendrían “un papel fundamental en el sostenimiento de la ‘estrategia de aproximación’”¹⁴³ y tenderían puentes “entre las sociedades, los intelectuales y los círculos gubernamentales de España y las naciones americanas”.¹⁴⁴

En América una serie de publicaciones también abogarían por el movimiento de unión. Destacan las publicaciones hispanas y los periódicos que eran amistosos con España. En México, por ejemplo, dentro de las primeras se encontraban el diario monarquista *La Hesperia*, *Iris español*, *El Español*, la citada *Eco de España*, *El León español* y *Correo de España*; en cuanto a los segundos estaban los diarios *El Espectador*, *El Tiempo* y *La Sociedad*. En Chile, *El Mercurio de Valparaíso* era publicado por un español, y en Buenos Aires, la *Revista Hispano-Americana* y la *Revista Española y Americana* promovían la causa de la reconciliación hispana. Además, en Nueva York dos periódicos españoles influyentes, *Noticioso de Ambos Mundos* y *La Crónica* ayudaron a difundir la propaganda “anti-yanqui”.¹⁴⁵

Asimismo, entre las estrategias compartidas por panhispanistas e hispanoamericanistas, se encontraba combatir la leyenda negra para despejar del camino del estrechamiento de lazos los obstáculos que imponía la hispanofobia. En efecto, como sostiene Aken, la persistencia de la leyenda fue una fuerza divisoria entre España y sus antiguos dominios. Así pues, durante la década de 1850 se inició la campaña contra la leyenda negra a

¹⁴² *Ibíd.*, p. 93.

¹⁴³ *Ibíd.* LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, *op. cit.*, p. 73.

¹⁴⁴ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, p. 64.

¹⁴⁵ AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...*, *op. cit.*, p. 93.

través de la pluma de Alejandro Magariños, Antonio Cánovas del Castillo, José Morales Santisteban, Niceto de Zamacois, Emilio Castelar, entre otros.¹⁴⁶

Estos intelectuales hicieron la apología del descubrimiento y de la conquista; al mismo tiempo acusaron a los británicos y a los franceses de la crueldad y la inhumanidad utilizadas en sus propias aventuras coloniales; además, exaltaron la legislación española como la mejor de su tipo para el mundo civilizado, y atribuyeron los excesos denunciados y delitos de los conquistadores a la debilidad de la naturaleza humana y de la dificultad de hacer cumplir la ley imperial, aunque señalaron que por lo menos los indios no fueron exterminados de la manera en que los hicieron los británicos con los nativos de América del Norte. Estos intelectuales subrayaron a su vez el hecho de que el dominio español en el Nuevo Mundo introdujo el cristianismo, la ciencia, la educación, el arte y los demás atributos de la civilización occidental. No obstante, como señala Aken:

The literary thrusts against the Black Legend were carried to such an extreme during the nineteenth century that Spain's apologists began to create what might aptly be called a 'White Legend.' Although this was an understandable reaction against the exaggerations of Las Casas and the unfair criticism of foreigners, it did not necessarily aid the cause of Hispanic cordiality, but rather gave rise to heated polemics with Spanish American historians.¹⁴⁷

Sin duda, la campaña contra la leyenda negra resultó benéfica para la historiografía. En 1862 el gobierno español decidió patrocinar la publicación de algunos materiales depositados en el Archivo de Indias, el cual también empezó a ser consultado por historiadores americanos de la talla de Magariños Cervantes o de Diego Barros Arana.¹⁴⁸ Pero de la misma manera los americanos publicaron fuentes inéditas de la época colonial, lo que acercará los estudios de ambas regiones, con las mismas fuentes “y promoverá a breve plazo una corriente importante de comentarios” de la que resulta un mejor conocimiento de la historia común de los siglos XV al XVIII.”¹⁴⁹

Precisamente en relación con la historia e historiografía, asumiendo el riesgo de simplificar demasiado para este epígrafe, durante el periodo correspondiente al segundo tercio del siglo XIX se puede decir que la historia se utilizó en América desde una perspectiva liberal, nacionalista, política, cívica y patriótica para desmarcarse de España y fijar la identidad y la unidad en cada una de las nuevas naciones. Incluso, habrá quienes integrarán

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 95.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 96.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p. 97.

¹⁴⁹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 157.

las historias locales en una común y general como lo hará el chileno Diego Barros Arana en 1865, cuyo manual *Compendio de Historia de América* está “concebido con independencia de los cánones pedagógicos e históricos españoles [...] en la que no deja de considerarse de manera crítica en la tradición de la *generación de los proscritos* el legado español en América.”¹⁵⁰

Mientras que en España, exceptuando los breves periodos liberales de estos mismos años, a grandes rasgos, la historia estuvo controlada por la iglesia, el tradicionalismo y el absolutismo y se encargó de crear algunos mitos sobre América a través del:

[...] menosprecio hacia las culturas indígenas precolombinas, el enaltecimiento legendario del descubrimiento, conquista y colonización española, la caracterización como extranjerizantes de las nuevas ideas del siglo XVIII, el tópico de la ‘leyenda negra’, el desconocimiento del proceso independentista latinoamericano, y ante todo la visión caricaturesca de la vida histórica independiente de los nuevos estados durante el siglo XIX, incluyendo la de las relaciones con España.¹⁵¹

Esta historiografía oficial y tradicional española no fue ajena a los historiadores americanos, quienes asumieron la función de revalorar la tradición española, como lo hiciera en México Lucas Alamán con su obra *Disertaciones sobre la historia de la República mexicana desde la conquista hasta la independencia* (1844).

Por otra parte, a la par de la propagación de las ideas, hubo algunos intentos de establecer vínculos científicos a través de las Sociedades Económicas de España y América en 1846 y de la Academia de Ciencias de Madrid en 1851.¹⁵² Sin embargo, al no realizarse ninguno de estos proyectos hubo que emprender otro tipo de acciones concretas que permitieran llevar a buen puerto lo que López-Ocón ha llamado la “estrategia de aproximación”. En este aspecto, los intelectuales aprovecharon la vía diplomática para actuar. Poniendo como ejemplo la labor en Chile durante el Bienio Progresista (1854-1856) de Eduardo Asquerino, López-Ocón señala que este liberal español hizo de intermediario para conseguir, entre otros asuntos relacionados con la comunidad de españoles en territorio chileno, un tratado postal con Gran Bretaña para facilitar las comunicaciones hispanoamericanas, ya que el servicio de correo directo entre la península y América era tan lento que la mayoría de la correspondencia era enviada a través de París o Londres. Incluso, como sostiene Aken, los despachos diplomáticos en general, tomaban de dos a seis meses

¹⁵⁰ *Ibíd.*, p. 156.

¹⁵¹ *Ibíd.*, pp. 151, 152.

¹⁵² AKEN, Mark. J. van, *Pan-hispanism...*, *op. cit.*, p. 99.

para llegar a sus destinos transatlánticos.¹⁵³ Asimismo, Asquerino buscó establecer otro tratado entre España y Chile de recíproca propiedad literaria, dado que la industria del libro, fundamental para el movimiento de acercamiento entre España y América, se encontraba subsumida en una grave crisis; además, buscó fomentar la emigración española a Chile e imitar el modelo de las colonias alemanas asentadas en ese país, y finalmente propuso una base naval en el Pacífico.¹⁵⁴

Cuando los sueños de la confederación política y militar fueron abandonados, el programa cultural perfiló el camino a seguir para las generaciones posteriores de hispanoamericanistas. En ese sentido, la campaña de las letras, a través del intercambio periodístico que promocionaba la unidad entre España y América y la lucha contra la leyenda negra, será una constante y se irá nutriendo de acciones más concretas como las que propondrá Rafael Altamira a finales del siglo XIX.

3.3. El hispanoamericanismo del último tercio del siglo XIX a 1917

Los contornos del hispanoamericanismo que se desplegaron durante el último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX, concretamente hasta 1917, probablemente han sido objeto de la mayor cantidad de trabajos monográficos y análisis que ha registrado la historiografía respecto a estos temas. Si bien es cierto que los estudios de las etapas anteriores del hispanoamericanismo son por lo menos escasos, también hay que reconocer que este periodo bisagra que aludimos representa, de alguna manera, el cenit de este movimiento. Por ello, dada la gran cantidad de textos que abordan con detenimiento alguno u otro aspecto de esta corriente, resulta complicado presentar a continuación una síntesis de lo acontecido con la finalidad de contextualizar el hispanoamericanismo de Rafael Altamira que analizaremos en el capítulo contiguo de esta tesis. Es complejo porque nos arriesgamos a omitir datos, nombres, obras, acciones y, además, porque en la presentación de la información que hemos sintetizado podemos dar numerables saltos en el tiempo y en el espacio que propicien una falta entendimiento de los elementos que queremos relacionar, así como la pérdida del hilo conductor de la narración y, como consecuencia, que nuestra propuesta contextual no logre su cometido.

Asumiendo este riesgo, en este apartado abordaremos de manera diseccionada los contornos del movimiento hispanoamericanista, empezando por el contexto político español, recordando al lector que es el marco desde el cual nuestro autor, objeto de esta investigación,

¹⁵³ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁵⁴ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de "La América"...*, *op. cit.*, pp. 84, 85.

adquirió su ideario político cultural que lo posicionó en el hispanoamericanismo liberal y progresista, y del que consideramos se convirtió en su principal exponente. Enseguida introduciremos al movimiento hispanoamericanista a través de la coyuntura que propició el desastre del 98 tanto en España como en América. Después nos centraremos en las actividades hispanoamericanistas que desplegaron los distintos gobiernos españoles y las instituciones de carácter privado. Posteriormente nos detendremos en las principales figuras y actores, y finalizaremos con las propuestas académicas y algunos programas que propusieron los intelectuales de ambas orillas del Atlántico de este periodo.

3.3.1 El contexto político del régimen de La Restauración

Después del Bienio Progresista, en medio de un descontento generalizado contra el régimen monárquico de Isabel II se fueron sucediendo los gobiernos de la Unión Liberal hasta 1868. En dicho período se suscitaron algunos pronunciamientos que tenían el objetivo no sólo de derrocar a los conservadores en el poder sino también de acabar con la monarquía y establecer un régimen democrático. Para ese entonces los demócratas y republicanos concebían que la democracia y la república eran indivisibles, es decir, la democracia sólo se podía hacer en la república y no en la monarquía, pues la monarquía era incompatible con la soberanía nacional y con la democracia. De hecho, como sostiene Javier de Diego, ser republicano en España, a partir de ese entonces, llevaba aparejada la etiqueta de demócrata, porque ser demócrata para los republicanos españoles consistía en:

[...] considerar los derechos como naturales y fundamentales y en defender la ciudadanía civil y política; la libertad religiosa, la libertad de imprenta, el derecho a la vida, la libertad de investigación y enseñanza, el derecho de asociación, el derecho de reunión y el sufragio universal fueron, en fin, los derecho más recurrentemente vindicados desde el republicanismo.¹⁵⁵

El 19 de septiembre de 1868, una fuerte sublevación de militares en Cádiz, impulsados por los demócratas en coalición revolucionaria, demandó un nuevo gobierno sin exclusión de partidos y originó el exilio de la reina. Con este alzamiento conocido como “La Gloriosa” se inauguró el periodo revolucionario denominado “Sexenio Democrático.”

¹⁵⁵ DIEGO ROMERO, Javier de, *Imaginar la República La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 377.

Primero, los protagonistas de “La Gloriosa” (unionistas “desertores”, progresistas, demócratas y republicanos) formaron Juntas Provinciales, constituidas sobre todo por demócratas y progresistas. Después, formaron un gobierno provisional encabezado por progresistas y unionistas —dejando a un lado a los demócratas y a algunos republicanos por sus ideas federalistas tendientes a la descentralización administrativa y a las elecciones locales— mientras instituían las Cortes constituyentes.¹⁵⁶ Una vez efectuadas las elecciones obtuvieron la mayoría los partidos defensores de la monarquía y promulgaron una nueva Constitución (1869),¹⁵⁷ la cual restableció la monarquía constitucional con la firme idea de que el monarca no tenía intereses partidistas. Además, esta nueva carta magna estableció el sufragio universal masculino —con la excepción de que no podrían votar los hombres que no gozaran de respetabilidad jurídica—; abolió parcialmente la esclavitud, y decretó de manera limitada la libertad de imprenta, de reunión y de asociación.

En este contexto, a la par que el partido Democrático se convirtió en partido Republicano y se definió en oposición a la monarquía, se debatió sobre los derechos absolutos e ilegislables. Los republicanos expresaban que los derechos individuales, los cuales tenía la cualidad de ser absolutos y universales, se debían reconocer y no crear. En ese sentido, Emilio Castelar sostenía que los derechos naturales o individuales eran ilegislables. En contraparte, los conservadores encabezados políticamente por Cánovas del Castillo, defendían que los derechos individuales no podían ser absolutos y se tenían que regular por las leyes.

Cabe mencionar brevemente que la historiografía ha dado cuenta de los debates que ha originado esta revolución del 68 por el tema de la nula participación popular y por su componente político. En este orden de ideas, para algunos historiadores “La Gloriosa” más que ser una revolución, fue un golpe de Estado; mientras que para otros constituye una revolución democrática. Asimismo, para algunos si hubo movilización popular; mientras que para otros, a lo sumo, la masa acompañó a las elites, pero en términos generales durante el levantamiento se careció de militares y de participación del pueblo.

Con el nuevo rey, Amadeo de Saboya, quien ocupó el trono de 1871 hasta 1873, continuó la inestabilidad política, sobre todo porque los diversos grupos intentaron imponer infructuosamente su propio modelo de Estado. En consecuencia la heterogeneidad de las fuerzas políticas y sociales en tensión originó la división constante, y así, durante este breve reinado, las disensiones entre los partidos gobernantes posibilitaron tres elecciones generales

¹⁵⁶ De hecho, el federalismo, junto con la visión del Estado y la nación, fueron asuntos que dividieron a los republicanos en este periodo. Según Javier de Diego, ser “federal” para los propios federalistas significaba “un orden poliárquico en el que la soberanía se encontrara dividida y compartida, de manera que el nocivo influjo estatal fuera refrenado;” mientras que para los demás republicanos ser federal era “exponer a la nación al riesgo fatal de su propia disolución.” *Ibíd.*, p. 254.

¹⁵⁷ Véase a PÉREZ LEDESMA, Manuel, *La Constitución de 1869*, Madrid, Iustel, 2010.

y seis gobiernos diferentes. Lo cual dio pie a que casi de inmediato, o mejor dicho, en un breve periodo de tiempo se transitara de una monarquía constitucional a la república. En el fondo, toda esa inestabilidad política demostraba que, como sostiene Santos Juliá, este periodo fuera como “un paréntesis en una historia que seguía dominada socialmente por la oligarquía formada en los años cuarenta y, políticamente, por la lucha entre los partidos Progresista y Moderado.”¹⁵⁸

En 1872 se habían levantado en armas los carlistas, pero no eran los únicos que se oponían al régimen, también lo hacían tanto los alfonsinos —dirigidos por Antonio Cánovas del Castillo y nombrados así por ser partidarios de que el hijo de Isabel II, Alfonso, ocupara el trono—, como los republicanos, quienes identificaban a la monarquía como tirana. Los republicanos, en general, criticaban a la monarquía por ser una institución carente de fundamentación científica y racional; por su naturaleza hereditaria para la jefatura del Estado; por su naturaleza ostentosa; pero también por su incompatibilidad con la democracia y “la consiguiente desactivación de la soberanía nacional que sucedía bajo todo régimen monárquico; y la persistente amenaza que suponía el interés dinástico para la unidad de la nación.”¹⁵⁹

Ante esta situación, Amadeo I se vio en la necesidad de abdicar y las Cortes proclamaron la República el 11 de febrero de 1873. Este nuevo régimen duraría muy poco. A lo largo de este corto periodo republicano, desfilarán las distintas concepciones de la democracia y la república encarnadas en los presidentes Estanislao Figueras; Francisco Pi y Margall, quien abanderó el federalismo porque garantizaba la independencia de la voluntad de cada entidad en que se dividía la nación; Nicolás Salmerón, quien le dio un giro más conservador a la República, y Emilio Castelar quien intentó limitar los alcances de la revolución social y del federalismo. Asimismo, el republicanismo se dividió en cuatro partidos: el Posibilista, dirigido por Castelar, que se constituyó de forma más plural y conciliatoria en comparación con los otros partidos volcando sus actividades a las elecciones, pero que tendrá poca vida, hasta 1890; el Radical o Progresista, encabezado por Manuel Ruiz Zorilla y de corte progresista; el Centralista, a cargo de Salmerón y vinculado con los institucionistas, y el Partido Federal dirigido por Francisco Pi y Margall.

Sin embargo, con la I República la situación política y social no perderá su conflictividad. Emergerán una serie de problemas como la insurrección cantonal de federales, la cual fue un intento de las masas por hacer una federación desde abajo, donde el pueblo en acción controlaría su vida política. Continuará la guerra carlista y la guerra cubana de los Diez

¹⁵⁸ JULIÁ, Santos, “Liberalismo temprano...”, *op. cit.*, p. 259.

¹⁵⁹ DIEGO ROMERO, Javier de, *Imaginar la República...*, *op. cit.*, p. 254.

Años, iniciada esta última en 1868 cuando el gobierno revolucionario español no supo atender el problema cubano. Los pocos republicanos y demócratas convivirán divididos y esto se reflejará, por ejemplo, cuando, entre otras cosas, algunos demócratas se alíen a los progresistas más avanzados y formen el Partido Radical y con ello quiten cada vez más su apoyo a la República. Problemas que, al final de cuentas, propiciarán que en el siguiente período que les toque gobernar a los partidarios de la ideología liberal, se empiecen a manifestar y promocionar ideas de orden, paz y autoridad.

Así, a finales de 1874, la vieja clase política volverá a conspirar y el general Arsenio Martínez Campos proclamará rey a Alfonso XII, inaugurando la época conocida con “La Restauración”, la cual se caracterizará por ser un periodo de bipartidismo, de cierta estabilidad política y de liberalización de la monarquía. Esta relativa estabilidad se logró gracias a un pacto entre los partidos Liberal —liderado por Práxedes Mateo Sagasta y José Canalejas desde 1880— y el Liberal-Conservador, antes Moderado —dirigido por Antonio Cánovas del Castillo desde 1876—; pacto que duró prácticamente cuarenta años.

En este largo periodo gobernarán por el partido Conservador: Cánovas del Castillo (1875, 1875-1879, 1879-1881, 1884-1885, 1890-1892, 1895-1897) quien seguirá la línea política marcada por la monarquía constitucional de 1837; Joaquín Jovellar (1875); Arsenio Martínez Campos (1879); Marcelo de Azcárraga (1897, 1900-1901, 1904-1905); Francisco Silvela (1899-1900, 1902-1903); Raimundo Fernández (1903, 1905) y Antonio Maura (1903-1904, 1907-1909), quien fue promotor de un proyecto de sociabilización conservadora. Por el partido Liberal gobernarán: Sagasta (1881-1883, 1885-1890, 1892-1895, 1897-1899, 1901-1902), quien había sido promotor de la constitución de 1869 y partidario de Amadeo de Saboya, pero que fue cambiando las leyes hacia más libertad para completar el programa liberal de 1869, con lo que consiguió el derecho universal al voto y emprendió algunas iniciativas americanistas durante su gobierno, como veremos en este apartado; José Posada (1883-1884); Segismundo Moret (1904-1905, 1905, 1906, 1909-1910), que como ministro de Estado alertó a los representantes diplomáticos del peligro para España de la Unión Panamericana y apoyó a la Unión Ibero-Americana; Eugenio Montero (1905); José López (1906); Antonio Aguilar (1906-1907); José Canalejas (1910-1912), promotor de un proyecto liberal, reformista y democrático, cuyo gobierno era proclive a los sectores krausoinstitucionistas y regeneracionistas; Manuel García Prieto (1912), y el liberal Álvaro de Figueroa, mejor conocido como el Conde de Romanones (1912-1913).

El bipartidismo característico de esta época fue una alternancia política y pacífica pactada entre elites que puso fin a los pronunciamientos militares y a las revoluciones del pueblo urbano y de las milicias. Se mantuvo gracias a que los conservadores de cierta manera

ya no necesitaron apoyarse en la Corona ni en el ejército para impedirles el paso a los liberales, ni éstos necesitaron del pueblo, ni del sufragio universal, ni de la opinión pública para luchar por el poder, sino que ambas facciones acordaron, con el apoyo de las autoridades locales, sucederse impidiendo la participación de nuevos actores políticos. En suma, el pacto que celebraron conservadores y liberales tenía como sustancia algunas concesiones a la libertad pero no a la democracia, a pesar de que abogaban por un gobierno representativo, por la legalidad y por los procedimientos en canales institucionales. Con ello quedaron fuera del juego tanto los partidarios de la república como los del absolutismo. Además, el pacto, como sostiene Santos Juliá:

Fue por otra parte, un acuerdo anterior a la industrialización y a la urbanización, y, por tanto, llevado a la práctica antes de que surgiera una exigencia popular de participación en el sistema político expresada a través de organizaciones obreras o de las clases medias. La lucha política quedó reducida en realidad a dos contendientes que estaban de acuerdo acerca de los límites en que debía desarrollarse.¹⁶⁰

Por otro lado, el pacto originó que se asociaran los poderes locales caciquiles con la oligarquía y que mantuvieran el régimen clientelar hasta 1913, fecha en la que el poder político acumulado en la figura del rey y el poder corporativo que poseían los militares, comenzaron a resquebrajar el pacto de las elites liberales y liberales-conservadoras.¹⁶¹ Precisamente la constitución promulgada en 1876 había concedido muchos poderes al monarca y ningún mecanismo de censura. Desde entonces Alfonso XII había podido nombrar libremente a los ministros. Tras su muerte en 1885, ocupó el trono su esposa María Cristina de Austria, mientras su hijo póstumo, Alfonso XIII, cumplía la mayoría de edad.

En el periodo que va de 1913 a 1923 seguirán alternándose la presidencia del Consejo de Ministros el Conde de Romanones (1915-1917, 1918-1919), García Prieto (1917-1918, 1922-1923), Eduardo Dato (1917, 1920-1921) Maura (1918, 1919, 1921-1922), Joaquín Sánchez (1919), Manuel Allendesalazar (1919-1920, 1921), Gabino Bugallal (1921) y José Sánchez Guerra (1922). En 1923 con el golpe del general Miguel Primo de Rivera finaliza La Restauración. El balance que resulta de este periodo restaurador en cuanto al ideario democrático y republicano, que es el que queremos destacar, es que la democracia no se logró desarrollar porque el monarca fue constituyéndose como el motor del cambio político. Pero también debe considerarse que hubo un atraso y una desmovilización social —en

¹⁶⁰ JULIÁ, Santos, “Liberalismo temprano...”, *op. cit.*, pp. 260, 261.

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 264.

comparación con la I República—, toda vez que se carecía de los hábitos de la ciudadanía, y porque las fuerzas políticas republicanas estaban divididas y los socialistas no tenían una política de colaboración con los liberales.

3.3.2 La coyuntura del desastre del 98 en España y América

Sobre el desastre del 98, tema que ha sido ampliamente trabajado y que en el marco de los estudios sobre las relaciones entre España y América tuvo un gran despliegue editorial durante los festejos del Quinto Centenario, nos permitimos traer para este contexto la idea que posiblemente es la mejor coyuntura del hispanoamericanismo. Ello nos permite ubicar el punto de encuentro que hipotéticamente necesitaba el movimiento para despegarse del umbral de las buenas intenciones; o la coyuntura favorable para conseguir que todas las plumas plasmaran las firmas ansiadas y vieran la luz las vías de comunicación necesarias para que los eternos acuerdos, que pocas veces se llevaban a la práctica, se pusieran al fin en marcha; o el momento propicio para que la opinión pública, los discursos de las figuras y los anhelos de los actores del movimiento hispanoamericanista encontraran los canales adecuados para llevar al terreno de lo concreto la fraternidad, las ideas, las intenciones, los deseos y las palabras.

Recuérdese que desde que España enterró sus intentos imperiales por reconquistar sus antiguos territorios, por más que se asumió que la unión con América se buscaría por las relaciones mercantiles y culturales más que por las de carácter diplomático, porque los gobiernos monárquicos eran incapaces de emprender políticas destinadas a restablecer lazos con las naciones americanas, no se había presentado hasta ese momento una coyuntura favorable para el hispanoamericanismo.

El triunfo de la I República lo hubiese sido si consideráramos que el hispanoamericanismo está asentado en el ideario democrático y republicano como hemos venido sosteniendo. Sin embargo, el breve paso de los republicanos y demócratas por el gobierno les imposibilitó apoyar oficialmente todas aquellas iniciativas hispanoamericanistas que ellos mismos ya emprendían desde la esfera de lo privado.

La conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América fue favorable en cierto sentido, como lo veremos más adelante, pero resultaría insuficiente a pesar de que se diversificó la oferta hispanoamericanista, y que la campaña de las letras con todo lo que implicaba (intercambio periodístico que promocionaba la unidad entre España y América y la lucha contra la leyenda negra) se venía dando contante en esos momentos.

Otro obstáculo para el hispanoamericanismo había sido el hecho que los Estados

Unidos lanzaron su cruzada panamericanista, de la que hablaremos más adelante, pero al mismo tiempo, ésta será un impulso para el movimiento hispanoamericanista, ya que propiciará el reforzamiento del sentimiento antiimperialista de los americanos y el temor de los peninsulares al ver amenazada su esfera de influencia cultural en América.

Será por tanto la guerra hispano-estadounidense de 1898 la que se constituirá como parteaguas en el movimiento hispanoamericanista por los sencillos hechos de que Estados Unidos presentó su poder imperialista, que los americanos defenderían la tradición hispánica y la espiritualidad de la raza latina frente al utilitarismo de la raza sajona —que hemos mencionado en la introducción—, que se puso fin al imperio español y que se inauguró otro momento de reflexión de profundo calado sobre los alcances y limitaciones de la unión entre España y América a través de las generaciones regeneracionista y arielista. Dicha reflexión dejará ver posturas que reflejarán “un enjambre cultural en el que aparecen [...] diversas alianzas con grupos políticos afines a España en torno a definiciones culturales y políticas comunes, hasta planteamientos de relaciones con base en la horizontalidad, como son los de Rafael Altamira.”¹⁶²

En efecto, en este último sentido, el 98 desplegó el ambiente intelectual más favorable para el movimiento hispanoamericanista de tendencia liberal y democrática, la búsqueda de proyectos más plausibles y una nueva estrategia de aproximación. Dicha estrategia consistirá en llevar el hispanoamericanismo de lo retórico a lo práctico, en cuya cabeza se encontrará Rafael Altamira.

3.3.2.1 *El regeneracionismo nacionalista español*

Con el desastre de 1898, recordemos, España vivió una situación de aplomo y reflexión que proyectó a un nivel amplio el movimiento de regeneración dirigido por algunos intelectuales liberales e impulsado por la burguesía y las incipientes clases medias. Con el fin de completar la síntesis que sobre el regeneracionismo español en su perspectiva nacionalista elaboramos en la introducción de esta tesis, debemos mencionar que este movimiento, analizado ampliamente por la historiografía española desde distintas perspectivas teórico-metodológicas, tiene sus orígenes mucho antes de que finalizara el siglo XIX. Incluso, José Álvarez Junco lo sitúa más atrás que José Luis Abellán, quien como vimos en la introducción, señala el año 1876:

¹⁶² RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo e hispanoamericanismo”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, No. 47, julio-diciembre, 2008, p. 99.

Tan temprano como 1860, Fernando Garrido había escrito ya un libro titulado *La regeneración de España*. Lucas Mallada publicó su célebre *Los males de la Patria*, expresión que se convertiría en una frase hecha, en 1890, es decir, ocho años antes del ‘Desastre’ cubano. El ambiente que luego se llamaría ‘del 98’ venía preparándose desde mucho tiempo antes de esa fecha. Y al llegar ésta, se disparó: *El problema nacional*, de Macías Picavea; *Las desdichas de la Patria*, de Vidal Fité; *Del desastre nacional y sus causas*, de Damián Isern; *Los desastres y la regeneración de España*, de Rodríguez Martínez.¹⁶³

El regeneracionismo finisecular, comúnmente caracterizado como un movimiento que intentó superar la decadencia de España a través de la promoción de la modernización de todas las estructuras del país, también exteriorizó, como sostiene Tuñón de Lara, “la negación de un sistema socio-económico precapitalista, de su sistema político, de sus valores y representaciones conceptuales aferrados al pasado.”¹⁶⁴ Movimiento que a pesar de reconocer que aún estaba pendiente de realizarse la revolución burguesa en España —según Mainer— sólo planteó reformas y rompió con la ideología de la oligarquía pero no con el sistema social, ni con las estructuras políticas. De hecho, fue deliberado su “apartamiento de las pugnas políticas en nombre de la unidad de acción modernizadora.”¹⁶⁵

En este marco América tuvo un papel más destacado para los intelectuales que promovían el regeneracionismo ya que concebían no sentirse completos sin su dimensión americana. América era vista como el espejo que podía reflejarles el pasado glorioso y con ello la esencia de la cultura y la identidad españolas. Incluso, en palabras de Mainer, estos regeneracionistas vieron que “el remedio de tantas malandanzas no podía ser sino el restablecimiento de una profunda hermandad entre los pueblos de ascendencia hispánica.”¹⁶⁶ O como dramatiza Álvarez Junco: “apoyándose en la idea de que la Madre Patria se hallaba en un trance mortal y ninguno de sus hijos podía negarle la ayuda que reclamaba.”¹⁶⁷ Además, en esta visión un tanto paternalista, en la que se continuaba imaginando a unas jóvenes e inmaduras naciones americanas, se creía que con esta juventud dinamizarían su proceso regenerador.

Lo cierto es que mirar a América como motor de la construcción nacional podía parecer paradójico como bien señala Pro Ruiz, toda vez que “la diversidad intrínseca de

¹⁶³ ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, España, Taurus, 2001, pp. 587, 588.

¹⁶⁴ Citado en ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 49.

¹⁶⁵ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 91.

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 94.

¹⁶⁷ ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater Dolorosa*, op. cit., p. 588.

España, que el discurso nacionalista trataba de obviar: diversidad lingüística, cultural, étnica, histórica, paisajística [...] sólo podía reducirse a la unidad si se adoptaba una mirada desde fuera.”¹⁶⁸ Además, esta mirada exterior que podía hacer de España un ente y que identificaba también una cultura española, pareciera que sólo era compartida en el interior cuando había que superar una adversidad: llámese desastre del 98 o leyenda negra.

Por otra parte, es interesante conocer en este contexto y desde una perspectiva más específica como fue la de los republicanos españoles, el interés por América. Según Javier de Diego, éstos también habían reflexionado sobre cómo restablecer los lazos destruidos por “el absolutismo mediante formulaciones alternativas que, respetando la autonomía de las nuevas repúblicas americanas, finalizaran con la perniciosa desvinculación entre España y América Latina que había seguido al desenlace del proceso independentista.” En este orden de cosas, Emilio Castelar, quien ya venía proponiendo una confederación latina para hacer frente al predominio anglosajón en América —confederación que tenía como principal enemigo a la monarquía—, diría que se necesitaba una “política exterior que nos reconcilie con las naciones de América’, merced a la cual la Península Ibérica, reconstituida por lo demás en una única nación, se convertiría en ‘el centro de la civilización humana’, y Sevilla o Lisboa en la capital moral de toda la tierra.” En la misma línea de preocupación republicana por restablecer las relaciones con América, el periódico *La República*, (valga la redundancia) había publicado años antes del desastre del 98, allá por 1884, que las naciones americanas no tenían interés en una monarquía “reñida con los tiempos”, aunque el pueblo español “en tanto que sustancialmente republicano”, al modificar la forma de gobierno podría “salvar el abismo del Atlántico en alas de su inmenso amor y pedir a las repúblicas latinas de América un olvido completo del triste ayer y la fraternal unión del porvenir.”¹⁶⁹

Asimismo, cabe señalar que para los republicanos españoles que, en palabras de Javier de Diego, tenían como punto central de su agenda el fortalecimiento de la nación, la pérdida de los últimos territorios en 1898 significó un punto de encuentro nacionalista tras el desencuentro de opiniones que habían tenido entre ellos por el tema cubano. Partiendo de la

¹⁶⁸ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, en Seminario Internacional: Repensar la nación: reformismos y regeneracionismo en América Latina y España (1890-1940), Universidad de San Carlos de Guatemala, La Antigua Guatemala, 14-16 julio 2004 (paper), p. 34. Agradezco al autor su autorización para citar este texto provisional.

¹⁶⁹ Para los republicanos finiseculares como Castelar, que fueron impulsores de la noción de latinidad, era prioritario que además de la conformación de la alianza de los pueblos latinos, se reconstituyera la nación ibérica (Portugal y España) que había sido quebrantada por la monarquía. DIEGO ROMERO, Javier de, *Imaginar la República...*, op. cit., pp. 224-226. Cabe apuntar que Rafael Altamira señala que la obra de Oliveira Martins: *Historia de la civilización ibérica* (1874) que se tradujo al castellano veinte años después, ejerció gran influencia en España a este respecto, gracias a que “existía entonces un grupo de profesores y políticos y algún diplomático de gran cultura, que acariciaban la idea de un acercamiento entre ambos países y aún la posibilidad de una federación que dejase a salvo la independencia tradicional de ambos.” ALTAMIRA Y CREVA, Rafael, *Proceso histórico de la Historiografía humana*, op. cit., p. 85.

base de que siempre abogaron por los derechos civiles y políticos de las Antillas, respecto al tema de la autonomía algunos (posibilistas y progresistas) se habían mostrado renuentes y habían propuesto la asimilación de las posesiones americanas a las provincias de la metrópoli, mientras que otros (centralistas-institucionistas) la habían apoyado, y algunos otros (federalistas) habían ido más allá planteando que tras el conflicto cubano la única solución era la independencia. Con la guerra y la consecuente pérdida de las últimas posesiones coloniales, donde todos ellos vieron como la única culpable a la monarquía y a sus desaciertos —y en menor medida a la Iglesia—, desplegaron un discurso nacionalista e impulsaron movilizaciones patrióticas a través de mítines y manifestaciones. Incluso, el líder de los federalistas, Pi, mostraría su decepción de Estados Unidos, país que le había servido de referente político por su condición de nación republicana, democrática y federal.¹⁷⁰

Los autores que consultamos para este apartado contextual coinciden en señalar precisamente el carácter nacionalizador del regeneracionismo finisecular. De ahí que una de las caracterizaciones que nos presentan sea la siguiente:

[...] línea de nacionalismo español liberal que, rompiendo fundamentaciones anteriores, reconoce la trascendencia diferenciadora de los rasgos regionales e intenta realizar una movilización social que produzca la definitiva interiorización del liberalismo y promueva un sistema efectivamente democrático que posibilite la modernización y el desarrollo de España.¹⁷¹

El regeneracionismo también es considerado por Mainer, como vimos en la introducción, como precursor de la idea de nación. Una idea que buscaba la integración más allá de los partidos, un concepto “sociológico que intentan manejar Costa, Ganivet, y Unamuno, idea que debe prevalecer sobre un Estado causante de la decadencia y la derrota (y detentado por una clase social incapaz).”¹⁷²

Álvarez Junco señala también que el programa regeneracionista tenía como punto esencial la ‘nacionalización de las masas’. Por ello, tras el Desastre empezará una carrera nacionalista que llegará a su punto cumbre en la dictadura de Primo de Rivera. En efecto, cuando los regeneracionistas observaron que el pueblo sentía poco patriotismo a raíz de la guerra del 98, nos explica este autor, llevaron a cabo, junto con el Estado, la política educativa nacionalista. Esto significó que además de promocionar las fechas cívicas y los símbolos

¹⁷⁰ DIEGO ROMERO, Javier de, *Imaginar la República...*, op. cit., pp. 239-253.

¹⁷¹ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 48.

¹⁷² MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 92. Para este autor, la consecuencia del mito de la pugna entre “Nacionalidad y Estado” fue la descalificación de “toda una historia y la justificación —en términos remanentes de la sociología americana del momento— de los recelos ultramarinos.” *Ibid.*, pp. 124, 125.

nacionales, se dieran a la tarea de apoyar la creación del Ministerio de Instrucción Pública, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) y el Centro de Estudios Históricos. Organismos que se aprovecharían igualmente para instrumentalizar la política hacia América tomando las iniciativas hispanoamericanistas de la Universidad de Oviedo y de Rafael Altamira, principalmente, que comentaremos más adelante. Asimismo, según Álvarez Junco, difundieron los elementos culturales más distintivos al homenajear a las glorias literarias, destacando para este fin la conmemoración del tercer centenario de la aparición del *Quijote*. Sin embargo, esta cruzada nacionalista llegaría tarde, según este autor, porque al poco tiempo de emprenderse, las nuevas generaciones empezarían a distanciarse de este proyecto para embarcarse en “otros incompatibles con el españolismo: el internacionalismo obrerista, en unos casos; las identidades nacionales que rivalizaban con la española, en otros.”¹⁷³

3.3.2.2 Regeneracionismo americano y la generación arielista

Como lo sugieren Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, pareciera que la historiografía española no da cuenta de la contraparte americana del hispanoamericanismo a partir de 1898, y sólo ha reconocido casi siempre al movimiento unionista que surgió con las guerras de independencia, y sobre el cual se opina que: “perdura, sin éxito, en Iberoamérica a lo largo del siglo XIX.”¹⁷⁴ En este sentido, son pocos, por tanto, los estudios que analizan el hispanoamericanismo americano producto de la coyuntura del desastre del 1898. Éstos regularmente sostienen la tesis de que al tomar conciencia del peligro que representaba Estados Unidos, los americanos formaron un movimiento defensivo, “coincidente con el regeneracionismo español, que se preocupó por hacer frente a esa amenaza, afirmando una identidad nacional y cultural hispánica.”¹⁷⁵

Para contextualizar este “movimiento defensivo”, no olvidemos que durante los años ochenta del siglo XIX, América se embarcó hacia la modernización abriéndose paso en el mercado internacional como productor de materias primas. Al mismo tiempo, empezaron a crecer las ciudades, las cuales comenzaron a recibir grandes contingentes migratorios y junto con ellos desembarcaron igualmente ideas libertarias del tipo anarquista y socialista (éstas últimas que se fueron constituyendo a partir de corrientes como el marxismo y el krausismo) y que se utilizaron junto con las ya arraigadas positivistas para interpretar la realidad americana y sus cuestiones sociales. Cabe señalar que el positivismo sociológico, según Mainer, originó

¹⁷³ ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater Dolorosa*, op. cit., p. 589-593.

¹⁷⁴ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 50.

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 53.

una especie de “regeneracionismo americano”, que, en el marco de la amenaza estadounidense y de los problemas de raíz identitaria que acarreaba la conformación del estado-nación, puso atención también a los problemas que planteaba la psicología de los pueblos, y a las críticas nacionales vertidas por ese afán de investigación y sus consecuentes estudios sociológicos.¹⁷⁶ Un regeneracionismo, como vimos en la introducción, que se caracterizó por ser de tipo racial, incluso más que moral, social o educativo.¹⁷⁷

Ahora bien, cuando todas estas ideas, preocupaciones y estudios se vincularon junto con el naturalismo y el modernismo a las necesidades de la burguesía, según Mainer, constituyeron “el síntoma de nuevos enfrentamientos que en los países de desarrollo mayor y en circunstancias desiguales acabaron por destronar el liberalismo oligárquico y abrir la hegemonía de los partidos radicales de masas.”¹⁷⁸ Esta afirmación de Mainer se puede completar considerando que el cambio de una visión cultural a una más social se produjo cuando el positivismo —que él asocia al naturalismo— entró en decadencia y fue cuestionado por otra corriente de pensamiento más espiritualista y culturalista vinculada generalmente con el arielismo.

Así, estos enfrentamientos con la oligarquía podían ubicarse a partir de la Revolución Mexicana, la cual inauguró una nueva etapa en América situada más o menos entre la Primera Guerra Mundial y la Crisis de 1929 que, como formula Eduardo Devés, “es más indigenista que latinista; polariza lo indio-mestizo contra lo extranjero o contra lo blanco más que lo latino contra lo sajón; se expresa a través de un ensayo más político que literario; es más materialista y socialista que idealista.”¹⁷⁹

Recuérdese, por tanto, que la etapa anterior a esta social es más culturalista. Corresponde a aquellos años bisagra entre el siglo XIX y XX en que surge una generación que preocupada por la crisis del latinismo derivada del desastre del 98, empieza a reivindicar una cultura opuesta a la del proyecto modernizador sajón y utilitario. Defendiendo una identidad influida por lo hispánico-latino, lo espiritual y por la libertad creadora que buscaba un destino propio, esta generación reunida alrededor de autores como José Martí, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Gabriela Mistral y posteriormente José Vasconcelos, principalmente, y la obra tal vez más emblemática para esta generación: *Ariel*, consiguió tejer una red de pensamiento y de circulación de ideas que tendió importantes lazos entre las naciones americanas, así como también puentes entre América y España a través de su

¹⁷⁶ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 99.

¹⁷⁷ CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, “El binomio degeneración-regeneración...”, op. cit., pp. 164, 166.

¹⁷⁸ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 99.

¹⁷⁹ DEVÉS-VALDÉS, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblios, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, p. 97.

participación en publicaciones y diversos congresos.¹⁸⁰ Pero no sólo eso. Como sostienen Marta Casaús y Teresa García, los vínculos también se tejieron porque los miembros de esta red intelectual participaban en movimientos literarios como el modernismo; filosóficos como el vitalismo o la teosofía, y políticos como el nacionalismo y el antiimperialismo. Además “eran conscientes de que, a través del manejo de la prensa y el discurso nacional e internacional, estaban forjando una opinión pública y ejerciendo un enorme poder en la sociedad.” Eran conscientes, asimismo, de su condición de intelectuales, y por consiguiente de su papel como regeneradores de la sociedad.¹⁸¹

Como ejemplo de este entramado intelectual, Darío y Unamuno, según Devés-Valdés, “fueron claves en la constitución de una red de contactos, correspondencia, comentarios y circulación de obras y personas interesadas por lo ibérico y lo americano a comienzos del siglo.”¹⁸² Dicha red se fue conformando gracias al intercambio de ideas dentro de un espacio temático común y de reciprocidad; también debido a los viajes por España de personalidades como Ricardo Rojas, Manuel Ugarte, Manuel Gálvez, Luis Ross, Rufino Blanco, Alfonso Reyes, Alcides Arguedas; a las estancias americanas de Valle-Inclán, Maeztu, Blasco Ibáñez, Posada y Altamira, y a las relaciones epistolares establecidas previamente entre todos ellos. En ocasiones las cartas que se intercambiaban los miembros de esta red iban acompañadas de obras que se enviaban con el fin de que se conocieran y, al efecto, se recibieran comentarios por parte de los correspondientes.¹⁸³ En este sentido, conviene mencionar que el prólogo de *Ariel* en la edición española estuvo a cargo de Rafael Altamira, y tanto él como Clarín difundieron esta obra por España pues sus postulados “venían a coincidir plenamente con los del regeneracionismo, aplicado a la realidad de los países hispanoamericanos.”¹⁸⁴

Ahora bien, ¿qué era lo que hacía que en los países americanos se empezara a ver con buenos ojos el acercamiento a España tras el desastre de 1898? Probablemente las respuestas podamos encontrarlas en un crisol en el que, a riesgo de generalizar demasiado, se encontraba la decadencia del modelo modernizador identificado con el sajonismo científico y

¹⁸⁰ Sobre la constitución de las redes intelectuales y la red arielista véase a DEVÉS-VALDÉS, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados-Universidad de Santiago de Chile, 2007.

¹⁸¹ Otro rasgo común en todos ellos fue el conocimiento de Oriente, de las doctrinas hinduistas y teosóficas que también tuvieron un componente “vitalista, espiritualista, regeneracionista, anticolonialista y nacionalista”. CASAÚS Marta y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G Editores, 2005, pp. 3, 4.

¹⁸² DEVÉS-VALDÉS, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina...*, op. cit., p. 42. Otros ejemplos menos conocidos, pero no por ello menos importantes son los que ofrecen en su libro Marta Casaús y Teresa García con Joaquín García Monge en Costa Rica con su revista *Repertorio Americano* y Gabriela Mistral con las “Sociedades Gabriela Mistral”.

¹⁸³ *Ibíd.*, pp. 42-44.

¹⁸⁴ Valero, Eva, “Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista”, op. cit., p. 5.

positivista que empezó a ser cuestionado por la generación arielista que defendió los valores espirituales y estéticos de lo latino. Dicha generación ofreció solidaridad a España, tanto por el temor que despertaba el avance del imperialismo estadounidense, identificado como un enemigo común, como porque en la difícil construcción de las identidades en sus nuevas naciones —sobre todo en los países con amplias capas de población indígena— el elemento español no se descartaba de los persistentes debates identitarios y culturales. Además, se combinaban otro tipo de elementos. Dichos elementos podrían ser los añejos intereses afines por estrechar vínculos con España por parte de las elites latinoamericanas hispanófilas, tanto conservadoras como liberales, que se mantuvieron más o menos constantes desde la década de 1860, así como el papel que jugaban los españoles radicados en América. Esto último porque, pese a las independencias, durante todo el siglo XIX, los emigrantes no perdieron las relaciones con su patria, sino por el contrario, continuaron tejiendo redes de paisanaje, así como redes comerciales, vinculándose en los principales rubros de la economía y de las finanzas americanas. Incluso, algunos de ellos tuvieron una fuerte presencia y un peso importante en el terreno de la cultura y del periodismo de estos países, como veremos en el caso mexicano en el tercer capítulo.

3.3.3 *El gobierno español frente al panamericanismo*

En este largo periodo que fue La Restauración, el gobierno español —aunque aspiraba entablar relaciones con Europa y aliarse con el bloque franco-británico participando en el reparto africano— ciertamente apoyó algunas iniciativas hispanoamericanistas de particulares con el fin de recomponer en territorio americano la desastrosa política exterior española de los últimos años. En ese sentido, no descartaba que, brindando su sustento a estas empresas, tendrían el respaldo de la opinión pública y con ello podría “acrecentar su esfera de influencia económica, política y cultural en América Latina.”¹⁸⁵ También debe reconocerse que ciertamente antes del 98, su cualidad de imperio, con posesiones aun en las Antillas, no le beneficiaba en ningún sentido para impulsar una política de aproximación con América. Incluso, esta cualidad le impregnaba a todas las acciones que emprendía con esta región “un sentido mesiánico e imperialista [...] no era posible pensar en relaciones respetuosas de igual a igual.”¹⁸⁶

¹⁸⁵ RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, *op. cit.*, pp. 97, 98.

¹⁸⁶ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 35.

Asimismo, el gobierno español intentaba posicionarse ante la política francesa dirigida a América, llamada Unión Latina, y, sobre todo, frente a la estadounidense anunciada a partir de 1881 por el Secretario de Estado James G. Blaine y desplegada a través de la conferencia de Washington de 1890.¹⁸⁷

En especial, nos interesa destacar, por el impacto que tuvo tanto en América como en España, la conferencia de Washington que dio pie al movimiento panamericanista.¹⁸⁸ Para ello seguimos el trabajo de Santiago Magariño y Ramón Puigdollers, en el que se concibe al panhispanismo como una doctrina que se complementaba con el panamericanismo.¹⁸⁹

Tras la citada conferencia se estableció, a grandes rasgos, la Unión Panamericana con una oficina de información y propaganda en Washington. Sus funciones fueron: organizar los congresos que se celebrarían en los años de 1901, 1906, 1910, 1923; llevar a cabo misiones científicas y financieras privadas y oficiales para dar a conocer la enseñanza estadounidense; atribuirse las tareas de mediación e intervención en conflictos americanos, y la formación de instituciones jurídicas y económicas como la Alta Comisión Inter-Americana y la Cámara de Comercio Panamericana; incluso, también se encargaron de hacer una campaña de desprestigio de los países americanos a través de cables con informaciones tendenciosas para “que no [fueran] gente ni capitales europeos a la América española y para justificar de antemano toda posible agresión contra alguna débil república”.¹⁹⁰

El movimiento ideológico que estaba detrás de todas estas acciones, el panamericanismo, heredero de la doctrina Monroe,¹⁹¹ más allá de tener el objetivo que vislumbró Rafael Altamira de “hacer de América un continente que se baste a sí mismo para que no esté sometido a las locuras bélicas de la vieja Europa”,¹⁹² pretendía convertir a los Estados Unidos en el eje de la vida de todo el continente americano. De ahí que Magariño utilizara la expresión *Yanquicentrismo*, denominando así “la succión verificada por Norte

¹⁸⁷ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 180.

¹⁸⁸ Este movimiento era o estaba asociado también a imperialismo, monroísmo, filibusterismo y “diplomacia del dólar”. Pero también tenía otra acepción —panamericanismo auténtico— que estaba relacionada al unionismo, a la solidaridad latinoamericana “que exigía el cese de toda injerencia foránea”, a la confederación autónoma de las repúblicas americanas. GARCÍA GIRÁLDEZ, Teresa, “La dicotomía imperialismo-antiimperialismo en las redes intelectuales unionistas centroamericanas (1890-1930)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos...*, op. cit., pp. 262, 269.

¹⁸⁹ MAGARIÑO, Santiago y Ramón PUIGDOLLERS, *Panhispanismo. Su trascendencia histórica, política y social*, prólogo de Rafael Altamira, Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1926.

¹⁹⁰ Citando al hispanoamericanista venezolano Rufino Blanco Fombona, *Ibíd.*, p. 103.

¹⁹¹ Según decía Altamira en su curso de 1923-1924, la doctrina Monroe era “la sustracción a la acción política europea de los territorios americanos independientes en aquel tiempo”. Esta doctrina, ratificada por los presidentes James K. Polk en 1845, Roosevelt en 1904, fue extendida a Europa al ámbito económico durante la Primera Guerra Mundial. *Ibíd.*, pp. 5, 6.

¹⁹² *Ibíd.*, p. 10.

América sobre el resto de las Repúblicas americanas en su vida espiritual y en su comercio, reforzadas además por el enorme espíritu de imitación que en éstas se ha desarrollado.”¹⁹³

Por supuesto el panamericanismo fue criticado por los americanos desde distintas tendencias. El mexicano hispanófilo y conservador, Carlos Pereyra (que como señalamos tiene un interesante libro sobre la doctrina Monroe, *cf.* nota 19 de este capítulo) diría que el panamericanismo no sólo era el “monopolio internacional monroísta”, sino el “imperialismo que se ha formado con un mínimum de pólvora y el máximum de hipocresía, para tener un imperio sin soldados sobre la base de la supuesta solidaridad americana frente a una imaginada Europa que amenaza.”¹⁹⁴ El argentino Manuel Ugarte, por su parte, diría también que el “panamericanismo y monroísmo son dos manifestaciones de una misma política favorable exclusivamente a uno de los países contrayentes.”¹⁹⁵ Ante estas apreciaciones, resulta curioso encontrar las posturas de los españoles Magariño y Puigdollers que apostaron por el panamericanismo en su concepción ideal de solidaridad y verdadera unión, creyendo que si estas se cumplían podría tener cabida España para compartir ese destino. Es decir, estos autores eran de la idea de que en el supuesto de que la tendencia política por asegurar la libertad política, la paz, la igualdad en América fuera la verdadera intención del panamericanismo, sería muy parecida al panhispanismo. En ese sentido, el panamericanismo sólo se podría realizar con la colaboración de España, puesto que la unidad espiritual del panamericanismo dependía del espíritu hispano contenido en la raza de las naciones americanas.¹⁹⁶

Por este contexto ideológico que fincó tanto el monroísmo como el panamericanismo, presentándose como una amenaza para los intereses del gobierno español, éste tuvo que hacerles frente sin tener una política exterior clara y definida con respecto a América. Por tal motivo, volvemos a repetir, no encontró más que ir apoyando las distintas iniciativas de particulares españoles con el fin de posicionarse frente a estos enemigos externos que amenazaban su esfera de influencia en el continente americano. De esta forma, otorgó subvenciones al Centro Internacional de Investigaciones Históricas Americanas, al Centro Oficial de Cultura Hispanoamericana, al Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, al Centro Ibero-Americano de Cultura Popular Femenina, a la Junta de Fomento de Relaciones Artísticas y Literarias Hispano-Americanas, y a la Unión Ibero-Americana. Y dentro de sus competencias, en el ámbito de las relaciones exteriores, como ya se apuntó, fue acelerando la firma de los tratados de reconocimiento de las independencias de Uruguay, Paraguay,

¹⁹³ *Ibíd.*, pp. 6, 7, 9.

¹⁹⁴ Pereyra citado en *Ibíd.*, p. 96.

¹⁹⁵ Ugarte citado en *Ibíd.*, pp. 96, 97.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 116.

Colombia, Honduras y de la autonomía de Cuba; mientras que en el plano educativo implementó algunas iniciativas hispanoamericanistas. Por ejemplo, apoyó la propuesta de la Real Academia de la Lengua formulada a partir de la década de 1870 (que al parecer no se llevó a cabo) para la exención de impuestos del tráfico y comercio de impresos; en 1880, a propuesta del primer ministro Antonio Canovas del Castillo otorgó becas a militares americanos para que fueran a las Academias militares de la Península y abrió las universidades españolas para los estudiantes americanos; asimismo, organizó la Exposición Universal de Barcelona en 1888 donde se inauguró la estatua de Colón; creó subvenciones para apoyar la movilidad de profesores y pensiones para alumnos a partir de 1900; institucionalizó la cátedra de Historia de América en la Universidad Central y subvencionó congresos y exposiciones con la finalidad de mostrar al pueblo español la realidad americana a través de los propios delegados americanos.¹⁹⁷

El camino que despejaron todas estas relaciones culturales de los inconvenientes de la política exterior del pasado, posibilitó que en el plano de las relaciones oficiales, la visita que realizó la infanta Eulalia de Borbón a Cuba en 1893 fuera considerada exitosa. O que años antes se firmaran acuerdos de propiedad intelectual con El Salvador (1884) y Colombia (1885); un Tratado de Propiedad Científica, Literaria y Artística con México (1892),¹⁹⁸ Costa Rica y Guatemala (1893); uno de Derecho Internacional Privado con los países del Cono Sur al finalizar el siglo. Con todo ello entendemos que hubo un trabajo previo de particulares por defender sus intereses antes que una propuesta de gobierno y esto nos hace diferir un poco de Carlos Rama cuando sostiene que las relaciones diplomáticas de tipo político han condicionado a las relaciones culturales entre España y América.¹⁹⁹

Aun así, el trabajo diplomático que hemos venido mostrando demuestra, en realidad, el poco interés que tenía el gobierno español por América y la pobreza de su política diplomática hacia esa región de la que participaban en ese entonces (finales del XIX y principios del XX), ocho ministros y trece secretarios de legación. De ahí las críticas y propuestas para reformar el servicio consular que harían por años algunos hispanoamericanistas como Labra, Altamira y Constantino Suárez. Iniciativas que serán atendidas por el gobierno de turno cuando se cree el Instituto Diplomático y Consular hasta

¹⁹⁷ MARTÍN MONTALVO, Casilda, María Rosa MARTÍN DE VEGA y María Teresa SOLANO, “El hispanoamericanismo, 1880-1930”, *Quinto Centenario*, No. 8, 1985, p. 162. ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 71. RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 178.

¹⁹⁸ Cuyas bases fueron redactas por el emigrante español Telésforo García. Personaje que estudiaremos más adelante.

¹⁹⁹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 167, 171, 176.

1912, y, cuando a partir de la década de 1920, se incrementa el número de personal contabilizándose “386 funcionarios de carrera para atender a 37 embajadas y legaciones y a 128 consulados en todo el mundo.”²⁰⁰ Aunque, cabe destacar que en la década de 1930 seguirán sin tener representación española Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y República Dominicana.

3.3.3.1 *El hispanoamericanismo en el gobierno español después de 1917*

Aunque la relación entre el gobierno español y el hispanoamericanismo después de 1917 es un interesante tema que rebasa los límites que le hemos impuesto a este contexto general, vale la pena presentar una síntesis de este periodo contiguo porque durante la dictadura del General Primo de Rivera prácticamente todas las iniciativas de los liberales hispanoamericanistas empezarán a ser acogidas y absorbidas por el gobierno —así también había pasado con las iniciativas hispanoamericanistas de la Universidad de Oviedo y de Rafael Altamira en 1910— y, además de limitarlas, serán transformadas ampliamente llevándolas a los extremos del conservadurismo, casi que ni la Segunda República podrá rescatarlas.

Un balance de las acciones de la política exterior hacía América al haber iniciado el siglo XX, vino de la pluma de José Antonio de Sangróniz funcionario del Ministerio de Estado, quien en 1926 señaló que España no había conseguido lo que Francia con sus Alianzas y lo que Italia apoyando a su emigrantes. Que tenía mal dotadas sus únicas instituciones culturales en Bolonia, Roma, Tánger, Lisboa, Oporto y Perpignan. Asimismo, indicó que sólo se habían conseguido oficializar pocas becas para estudiantes universitarios americanos, entre ellas, tres becas anuales para estudiantes mexicanos y argentinos, y algunas becas militares. En el terreno de las subvenciones, Sangróniz aseguraba que las entidades privadas beneficiadas habían sido las siguientes: la Unión Ibero-Americana, el Centro Internacional de Investigaciones Hispanoamericanas; el Centro Oficial de Cultura Hispanoamericana, el Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, el Centro Iberoamericano de Cultura Popular y la Junta de Fomento de las Relaciones Artísticas y Literarias Hispanoamericanas.²⁰¹

Con la dictadura de Primo de Rivera se intenta revestir esta situación de la política exterior hacia América a partir de 1925 con una postura paternalista y con la creación de una sección específica en el Ministerio de Estado, una Junta de Relaciones Culturales (heredera de

²⁰⁰ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 65.

²⁰¹ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 112.

la Sección América y Relaciones Culturales), otra de Comercio de Ultramar,²⁰² formando parte de la Unión Postal de las Américas, y brindando apoyo a actividades como el vuelo del Plus Ultra a Buenos Aires en 1926 y la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929.²⁰³ Sin embargo, en palabras Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, la intención de estas políticas, más allá de buscar restablecer la unidad entre España y los países americanos, era la de ejercer el liderazgo para reforzar la presencia internacional de España.²⁰⁴ Y con ello, como sostiene Sepúlveda, proyectar frente a Europa la imagen de una España como cabeza del bloque “iberoamericano”.²⁰⁵

Sin embargo, durante la dictadura, la política hispanoamericanista empezó a ser presa de interpretaciones conservadoras, reaccionarias e imperialistas cobijadas por la Dictadura, de tal suerte que, como afirman Celestino del Arenal y Alfonso Nájera:

Este nuevo hispanoamericanismo, que alcanzará su cenit en los primeros años del régimen franquista, conecta con la labor intelectual que desde planteamientos conservadores y nostálgicos se había venido realizando en España desde la derrota de Ayacucho en 1824. Labor que, centrada en la obra española en América, rememoraba las grandezas del Imperio y reflexionaba críticamente sobre su pérdida, proporcionando nuevos impulsos a la idea de la España misionera y de la Monarquía católica, y que servirá de base para la revisión del hispanoamericanismo en los años treinta. Balmes, Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, entre otros, servirán de inspiración al nuevo hispanoamericanismo.²⁰⁶

Antes de esta vuelta al conservadurismo, cabe mencionar brevemente que durante la Segunda República, el hispanoamericanismo liberal y progresista del regeneracionismo encontrará el apoyo oficial. La intensificación de las relaciones con América no se intensificará pero si se reformularán en términos de igualdad, “sin la carga paternalista y hegemónica con que la Dictadura había actuado, retomando las esencias liberales características del primer hispanoamericanismo.”²⁰⁷ Algunas de las acciones que se llevaron a cabo fueron el reconocimiento de la doble nacionalidad y la expansión cultural a través del

²⁰² A tal efecto el gobierno organizó dos congresos nacionales en comercio de ultramar (1923 y 1929). Con el del 23 se propuso una política económica americanista: reformas de ley del servicio militar en América, reorganización de las Cámaras de Comercio, creación del Banco Exterior de España y de la Junta Nacional de Comercio de Español en Ultramar. MARTÍN MONTALVO, Casilda, *et. al.*, “El hispanoamericanismo...”, *op. cit.*, p. 159.

²⁰³ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, *op. cit.*, pp. 66, 69.

²⁰⁴ *Ibíd.*, p. 67.

²⁰⁵ SEPÚLVEDA, Isidro, “Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente”, *op. cit.*, p. 115.

²⁰⁶ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, *op. cit.*, p. 72.

²⁰⁷ *Ibíd.*, p. 73.

establecimiento de delegaciones y centros de enseñanza en América como lo establecieron los artículos 24 y 50 de la Constitución de 1931, respectivamente; la reforma de la Junta de Relaciones Culturales en 1931, un estudio por parte del Ministerio de Estado sobre los intereses económicos, demográficos y culturales de España en América; un plan de actuación cultural, e incluso, se elaboró una propuesta política denominada “Plan P” para formar un “Superestado” a partir del núcleo de los países bolivarianos en 1933.²⁰⁸

En este contexto de política exterior pacifista, democrática y republicana, Salvador de Madariaga expresaría que las fuerzas morales de España, como la cultura y el idioma, debían potenciar su política exterior y su prestigio internacional, de ahí que propusiera tomar el ejemplo de L’ Alliance Française. Asimismo, en materia política propondría una Federación de Estados Iberoamericanos y en la económica sostendría que:

[...] a medida que vaya robusteciéndose la estructura económica y financiera de España, sería ventajoso ir organizando instituciones financieras y económicas a base hispanoamericana, por ejemplo en el dominio bancario, en el de los transportes marítimos y en el de las comunicaciones cablegráficas, y en el de la radiodifusión, así como en el de la cinematografía y en el de la producción librera.²⁰⁹

Después de la Segunda República, la radicalización del hispanoamericanismo conservador que se venía dando con la dictadura primorriverista posibilitará la idea de la hispanidad como meta, tema relevante que sin embargo no abordaremos debido a que rebasa los límites impuestos a esta tesis. No obstante, al margen prevalecerá el hispanoamericanismo liberal, en el que los intelectuales progresistas estrecharán sus lazos durante la guerra, tras la derrota de la República y durante el exilio. Incluso, relata Mainer, que durante la guerra civil organizaron un congreso al que acudieron Pablo Neruda, Octavio Paz, Raúl González Tuñón, César Vallejo, Vicente Huidrobo y Nicolás Guillén.²¹⁰

²⁰⁸ *Ibíd.*, pp. 73, 74.

²⁰⁹ Citado por Arenal y Nájera, *Ibíd.*, p. 76.

²¹⁰ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 134.

3.3.4 Las instituciones privadas hispanoamericanistas

3.3.4.1 La Unión Ibero-Americana y el Ateneo de Madrid

El interés por América se dio principalmente a través de instituciones privadas o sociedades como la Unión Ibero-Americana de Madrid creada entre 1884 y 1885, a propuesta del cónsul Jesús Pando y Valle —autor de libro *Galería de americanos ilustrados* (1883)—, del conservador ex-intendente de Cuba Mariano Cancio Villaamil, y del entonces Ministro de Estado (hoy de Relaciones Exteriores) Segismundo Moret. Este último en 1886 recomendará al embajador español en México que desarrollara la influencia literaria de España “por medio de las academias, los ateneos, círculos y sociedades científicas, sobre todo los que se dedican a cultivar los recuerdos y antecedentes históricos”, y, como mencionamos atrás, también alertará a los representantes diplomáticos del peligro que representaba para España el panamericanismo.²¹¹

La Unión Ibero-Americana, con comités en varios países americanos, haciendo gala de una política para-diplomática, de intermediaria entre sociedad y gobierno y con perfil apartidista pero de tendencia conservadora —“a pesar de pertenecer a la misma americanistas como Labra y escribir en su órgano de expresión americanistas de la más variada ideología”—,²¹² tenía como objeto fortalecer la cultura en tres direcciones: la extensión e intensificación de la enseñanza; el intercambio de las ideas científicas y de los métodos educativos, y la firma de tratados de propiedad literaria. Esta institución es, para muchos estudiosos, la que lideró en España el movimiento hispanoamericanista, toda vez que fue la única que atrajo el interés del Estado y organizó importantes encuentros como veremos enseguida.²¹³

Además de su revista oficial fundada en 1885 (que llevaba el mismo nombre y que en 1926 cambiará por el de *Revista de las Españas*), otras de las actividades que patrocinaba para apoyar sus tareas eran: la organización de conferencias; la edición de publicaciones entre las que destacan la *Cartilla del emigrante*, la cual contenía información necesaria para este colectivo a su llegada al continente americano; el apoyo a la creación de otras instituciones hispanoamericanistas; propuestas en materia jurídica sobre derecho internacional y de

²¹¹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 171, 181.

²¹² ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 59.

²¹³ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)”, *Anuario de Estudios Americanos*, 63, 2, 2006, p. 196.

emigrantes.²¹⁴ Pero sobre todo, sus esfuerzos se encaminaron a las relaciones comerciales con América, de ahí que impulsara las iniciativas llamadas *Crédito Ibero-Americano* y la *Compañía mercantil importadora y exportadora de transportes y banca*.

En 1888 se creó una comisión a propuesta del presidente Sagasta para preparar los actos conmemorativos del descubrimiento, y dos años después, con el gobierno de Canovas, la Unión Ibero-Americana se fusionaría con la Unión Hispanoamericana y sería “declarada de ‘fomento y utilidad pública’ para la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América.”²¹⁵ Este reconocimiento se debió a que, de alguna manera, el gobierno español, como lo hemos estado diciendo, buscaba posicionarse ante la ofensiva expansionista de Estados Unidos que pretendía aprovechar la conmemoración del Descubrimiento para estrechar sus vínculos con las naciones vecinas. En ese mismo año, la Unión Ibero-Americana patrocinó el Congreso Social y Económico Hispanoamericano, el cual reseñaremos en el siguiente apartado.

Entre los miembros de la Unión Ibero-Americana destacan Eduardo Dato, José Echegaray, Rafael María de Labra, Ramiro de Maeztu y figuras como Altamira, Araquistain, Azorín y Américo Castro escriben en su revista. La Unión Ibero-Americana pasará a formar parte del Consejo de la Hispanidad a partir de 1941.

De gran importancia resulta la participación de México en los comités o centros que de esta asociación se crearon en varios de los países americanos. El Centro Mexicano de la Unión Ibero-Americana fue promotor de que se crearan los de Ecuador, Brasil, Perú, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, República Dominicana, Venezuela, Colombia, Costa Rica, Honduras y Chile. En la inauguración del centro mexicano estuvo presente el presidente Porfirio Díaz y el ministro de gobernación, Manuel Romero Rubio, fue quien presidió la Junta Directiva de dicha asociación,²¹⁶ lo que viene a demostrar el peso de la colectividad española en territorio mexicano y su relación con las esferas del poder político.

Incluso, en la composición directiva de la asociación asentada en Madrid el representante mexicano Vicente Riva Palacio fue nombrado vicepresidente. Además de él otras personalidades mexicanas que formaban parte de esta asociación eran: “Bruno Zaldo, Ireneo Paz, Vicente García Torres, Manuel Ibáñez, José María Bermejillo [y] Manuel Dublán.”²¹⁷ Además, según Alfredo Rajó, la creación de la Unión Ibero-Americana fue bien vista por la prensa mexicana y en general por la opinión pública dada la “vecindad incómoda

²¹⁴ MARTÍN MONTALVO, Casilda, *et al.*, “El hispanoamericanismo...”, *op. cit.*, p. 164.

²¹⁵ *Ibíd.*, p. 162.

²¹⁶ RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, *op. cit.*, p. 108.

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 105.

con Estados Unidos, pero a la vez, por una intención de estar al día en acontecimientos que se generaban desde Europa, uno de sus reflectores predilectos.”²¹⁸

Otra institución que entabló relaciones culturales con América, sobre todo en vísperas del IV Centenario, fue el Ateneo de Madrid, fundado en 1835. Por ese recinto y principalmente en el marco de la Sección de Ciencias Históricas desfilarán varios intelectuales que se ocuparán del tema americano y también expondrán sus ideas muchos americanos, destacando por el periodo que estudiamos los independentistas Eugenio María de Hostos por Puerto Rico y José Martí por Cuba.²¹⁹

Por último vale la pena mencionar que además de estas instituciones madrileñas había otras importantes, para lo que nos ocupa, en las distintas regiones de la península como las asociaciones catalanas (que veremos a continuación); la propia Universidad de Oviedo; la Sociedad Colombina Onubense creada para preparar los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento; la Academia Hispano Americana de Cádiz, la Asociación Americanista de Valencia, o el Centro Iberoamericano de Bilbao, similar a la Unión Ibero-Americana.²²⁰

3.3.4.2. *Las asociaciones catalanas*

En ese mismo tenor de los intereses privados deben mencionarse las iniciativas comerciales y culturales de exportadores catalanes interesados en extender sus negocios en América. Estas iniciativas “periféricas” —como las llaman Gabriela Dalla Corte y Gustavo Hernán Prado— junto con las de la Universidad de Oviedo, que veremos más adelante, demuestran tanto la división que había dentro del movimiento hispanoamericanista español como la diversidad de proyectos. Iniciativas que concurrirán en sus deseos de agrupar los intereses afines de otras regiones y que fracasarán por procurar la participación estatal sin perder su autonomía y control de sus proyectos.²²¹

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 102.

²¹⁹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, p. 256.

²²⁰ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “El movimiento americanista español en la coyuntura del centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Vol. 19, N°. 56, 2005, p. 32.

²²¹ *Ibíd.*, pp. 31-64. Véase también el recién citado CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)”, *op. cit.*, pp. 195-216. Y de los mismos autores “La Universidad de Oviedo y la Casa de América de Barcelona. La pluralidad del americanismo español en el contexto del Primer Centenario de las Independencias”, en CAGIAO VILA, Pilar y Eduardo REY TRISTÁN (eds.), *De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2007, pp. 321-332.

El interés hispanoamericano de los catalanes desplegado sobre todo por la burguesía, se identificaba principalmente con los intereses de los liberales moderados de 1876. Por lo cual la evolución política de esta burguesía catalana estuvo acorde a sus relaciones con este grupo y con las condiciones económicas impuestas por el proteccionismo, el cual les permitió amasar fortunas en las antillas españolas. Esta identificación y asociación permitió que alguna vez surgieran propuestas desorbitadas como las del peruano Mariano Madueño, quien en 1898, solicitó a los industriales y comerciantes catalanes tanto establecerse en el Amazonas para explotar el caucho, como crear un periódico intercontinental que se llamara *El Universo Español*.²²² No obstante, además de las actividades editoriales que más adelante reseñaremos, fueron la producción y exportación de los textiles catalanes las actividades que más impacto tuvieron en el ámbito del hispanoamericanismo y las que originaron que se divulgaran estudios y llamadas de atención al gobierno español sobre las condiciones del comercio, de las representaciones consulares, de los aranceles, de las aduanas, de la dificultad en la exportación y de la desprotección de los transportes españoles.²²³

Entre las instituciones hispanoamericanistas catalanas se hallaban el Club o Círculo Americano constituido por “indianos” y la Sociedad Libre de Estudios Americanos, cuya sede se encontraba en la Universidad de Barcelona y que tenía el objetivo de divulgar el conocimiento sobre América. Ambas instituciones se fusionarían en 1911 dando lugar a la Casa de América (que luego se convertiría en el Instituto de Economía Americana en 1928). La Casa de América fue dirigida por Rafael Vehils, quien antes había dirigido la Sociedad Libre y apoyada por Claudio López Bru, marqués de Comillas, dueño de la Compañía Transatlántica y presidente de la Compañía Hispanoamericana de Electricidad. Dicha Casa — que surgía en el contexto en el que el gobierno absorbía la propuesta de intercambio cultural e intelectual que había ideado la Universidad de Oviedo y Rafael Altamira— fue creada con dos secciones: una Cámara de Relaciones Comerciales Hispanoamericanas y un Instituto de Estudios Americanistas, las cuales al desplegar sus actividades difuminaron “la lábil frontera existente entre el comercio y la cultura, entre los negocios y los estudios, entre la empresa y la difusión de los avances científicos [...] entre la expansión del americanismo catalán y el papel que se esperaba cumpliesen los emigrantes establecidos en América.”²²⁴

La Casa contó con el apoyo del gobierno para instituir “una técnica para las relaciones económicas con América y las demás cuestiones congruentes con ella, proclamadas necesidad

²²² MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 120.

²²³ *Ibid.*, pp. 129, 131.

²²⁴ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “El movimiento americanista español...”, op. cit., pp. 42, 45.

social del país.”²²⁵ No obstante la principal iniciativa de esta organización fue fundar una federación de sociedades abocadas al tema americano. A tales efectos, a finales de 1911 patrocinó la Asamblea Española de Sociedades y Corporaciones Americanistas a la que, con la presidencia de honor de Labra, se invitó a participar a políticos como Dato, Maura, Moret, Romanones, Berenguer y el mexicano Porfirio Díaz; intelectuales como Pérez Galdós, Altamira, Morote, Azcárate, Sela, Posada, el mexicano Amado Nervo y el nicaragüense Rubén Darío; y sociedades como las Económicas de Amigos del País, las Cámaras de Comercio, la Unión Ibero-Americana, el Centro de Cultura Hispanoamericana, la Agrupación Americanista Valentina, la Sociedad Americanista Malacitana y la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Letras de Cádiz. Dicha Asamblea trató los siguientes temas además de la federación:

[...] desarrollo de la ‘intimidad iberoamericana’ [...] estudios sobre emigración y preparación del emigrante; reforma de las prácticas y reglamentos marítimos españoles; unificación postal hispanoamericana; aumento de las importaciones de materias primas americanas; incremento de los estudios sobre el nuevo continente.²²⁶

Sin embargo, esta iniciativa catalana en su conjunto al no poder ofrecer garantías suficientes “respecto de la salvaguarda de los intereses estatales españoles y la consecución práctica de los objetivos no comerciales —intelectuales, culturales y políticos— declamados”,²²⁷ pronto se encontró con ciertos obstáculos producidos por los recelos del Estado y de las otras asociaciones que reclamaban primacía en los asuntos americanos como la Unión Ibero-Americana. En cambio, en opinión de Corte y Prado, se benefició con el acercamiento entre Labra y Vehils, quienes a su vez coincidían en señalar que el divisionismo dentro del movimiento hispanoamericanista español se debía a la “pretensión de exclusividad de las asociaciones madrileñas, sobre todo de la UIA. De ahí que para Labra fuera necesario emprender una labor tendiente a ‘armonizar o, por lo menos, relacionarlas un poco.’”²²⁸ Labra asumió la labor propagandística e intentó sumar a este proyecto a las asociaciones norteafricanas y andaluzas, dado que estaba convencido de que representaba “la glosa de su ‘pequeño programa sobre el problema hispano-americano’ que, no había despertado entusiasmo alguno en Madrid.”²²⁹ Además de Labra, los ideólogos de este proyecto buscarían también el aval de

²²⁵ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 132.

²²⁶ *Ibíd.*

²²⁷ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “El movimiento americanista español...”, op. cit., p. 53.

²²⁸ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español...”, op. cit., p. 207.

²²⁹ *Ibíd.*

Rafael Altamira quien, después de su misión en América (que mencionaremos enseguida), se había ganado un lugar muy importante dentro del movimiento hispanoamericanista español, así como el reconocimiento oficial como pocos hispanoamericanistas liberales, republicanos y krausoinstitucionistas. No obstante, el proyecto federativo de asociaciones americanistas españolas fracasó, teniendo como principales causas el haberse metido en terrenos en los que el Estado consideraba propios y exclusivos, por el poco apoyo de las asociaciones gallegas, bilbaínas, ovetenses y onubenses, y por la resistencia que emprendió la Unión Ibero-Americana para no perder su posición privilegiada en el tema de las relaciones y asuntos americanos frente a otras iniciativas periféricas.²³⁰

Fue por esta razón que la Casa de América patrocinó el viaje de Rafael Vehils durante 1912 y 1913 para promocionar el acercamiento con América y recaudar fondos para el proyecto de la federación a través de las organizaciones de emigrantes radicados en Uruguay, Paraguay y Argentina. Asimismo, la Casa de América siguiendo sus intereses mercantiles organizó el II Congreso de Economía Nacional en 1917.²³¹

Por otra parte, dentro de estas iniciativas catalanas se encontraban la publicación de la *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio* (1901-1926), que además de ser un órgano que presionaba al gobierno para que impulsara una política clara y contundente hacia América, fue “la portavoz de los intereses económicos de Fomento.”²³² Dicho revista contaba con la pluma de “José Puigdollers, Rafael Vehils, M. Viada, Federico Rahola, José Zulueta”.²³³ Además esta publicación dio origen al Crédito Iberoamericano de Barcelona y al Centro Jurídico Iberoamericano que más tarde se convertirá en el Instituto Iberoamericano de Derecho y Legislación. Asimismo había patrocinado una misión comercial a Argentina y Uruguay de Rahola y del republicano Zulueta en 1903 que posibilitaría las inversiones catalanas en Argentina con la consecuente migración de empresarios, gente con formación universitaria y agricultores;²³⁴ la fundación tanto de las mencionadas Sociedad Libre de Estudios Americanistas en 1909, como del Club Americano en 1910 (que, como señalamos, se fusionaron para crear la Casa de América).²³⁵ Y también se encontraba dentro de estas iniciativas catalanas la revista *Cataluña Textil. Revista mensual hispanoamericana* (1907-

²³⁰ *Ibíd.*, p. 210.

²³¹ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, *op. cit.*, p. 133.

²³² *Ibíd.*, p. 132.

²³³ MARTÍN MONTALVO, Casilda, *et. al.*, “El hispanoamericanismo...”, *op. cit.*, p. 159.

²³⁴ Rahola al efecto publicaría *Relaciones comerciales entre España y América* (1904) y *Sangre nueva* (1905), fundaría Instituto de Estudios Americanistas de Barcelona e ingresaría a la política primero como diputado y luego como senador. Zulueta había sido presidente de varias corporaciones de productores y comerciantes y el viaje a Argentina le significaría un acercamiento al republicanismo conservador del que era partidario. PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 28.

²³⁵ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español...”, *op. cit.*, p. 205.

1937).²³⁶

3.3.4.3. *El hispanoamericanismo de la Universidad de Oviedo*

En este contexto cabría mencionar aunque sea brevemente, porque luego retomaremos más adelante este tema cuando abordemos el hispanoamericanismo de Rafael Altamira, que la Universidad de Oviedo, la máxima casa de estudios asturiana, a pesar de ser una institución pequeña, al finalizar el siglo XIX, tuvo un destacado papel en el movimiento hispanoamericanista. Reunió en su seno a un grupo de intelectuales liberales, reformistas, krausoinstitucionistas y regeneracionistas entre los que se encontraba Rafael Altamira, que defendían la autonomía universitaria, una renovación pedagógica, y que, sin la participación del Estado, patrocinaron una serie de iniciativas con las universidades americanas. Este proyecto intelectual respondía a que consideraban a las universidades:

[...] agentes privilegiados de la regeneración y de la reforma política, y las elevaba a la condición de foros alternativos de diálogo social e internacional, porque se las consideraba depositarias de una racionalidad superior, capaces de armonizar intereses regionales y estatales, así como valores supranacionales de tipo cultural, científico y humanista. Las casas de latos estudios podrían orientar y tutelar las líneas maestras de la política americanista, ofrecer apoyo técnico a la burocracia estatal y a las asociaciones privadas y administrar por sí mismas los aspectos culturales de las relaciones con América.²³⁷

Estas iniciativas propiciaron un acontecimiento sin precedentes en la historia del hispanoamericanismo: el viaje a América de Rafael Altamira entre 1909 y 1910, el cual, debido al impacto que tuvo en la opinión pública y en la esfera de gobierno, permitiría que el movimiento se convirtiera en cuestión de Estado por un tiempo.²³⁸ El periplo fue una misión que innovaba, entre otras cosas, por haber sido un español el que viajaba a América después de que, con las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento, habían sido las delegaciones americanas las que se habían desplazado a la península para participar en algunos actos, congresos y exposiciones. La finalidad del viaje, a grandes rasgos, fue establecer vínculos académicos, entre ellos, el intercambio de profesores y alumnos y el intercambio de publicaciones científicas, y además presentar un programa de acción que

²³⁶ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, *op. cit.*, p. 132.

²³⁷ CORTE-CABALLERO Gabriela y Gustavo PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español...”, *op. cit.*, p. 199.

²³⁸ *Ibíd.*, p. 201.

fortaleciera los lazos fraternales entre España y América después del desastre del 98, a través de la participación de autoridades, asociaciones civiles, académicas y culturales.

Por último, vale la pena recapitular para recalcar esta relación gobierno, asociaciones privadas e hispanoamericanismo. Como hemos venido diciendo, fue a partir del Desastre de 1898 que el movimiento hispanoamericanista tuvo la coyuntura más favorable para su desarrollo. Por el lado español, hemos mencionado que se implementó una nueva estrategia gracias a la figura de Rafael Altamira, que estudiaremos más adelante, pero para comprenderla primero era necesario contextualizar su esfera de actuación. De esta forma, vimos que el gobierno español fue incapaz de implementar una política dirigida hacia América y, por el contrario, se apoyó en las iniciativas privadas otorgándoles subvenciones, sobre todo delegó responsabilidades en su interlocutor privilegiado que era la Unión Ibero-Americana, la cual organizaba congresos y actos que buscaban establecer relaciones con los países americanos. En la época en que gobernaban sectores liberales reformistas, el hispanoamericanismo recibió sobre todo estos apoyos y, además, se benefició con el fuerte impulso que desplegaron las asociaciones “periféricas” como la Universidad de Oviedo y las organizaciones catalanas encabezadas por el grupo que giraba alrededor del *Mercurio* y la Casa de América, con sus propuestas intelectuales y comerciales, respectivamente. La nueva estrategia implicaba ir a América, hacer partícipes a los emigrantes españoles y ofrecer a los americanos un vínculo más real y horizontal en materia intelectual, cultural, económica y política con una España, liberal, moderna, progresista, reformista y en un proceso de regeneración. Sin embargo, la estrategia no cundió como se proponía por los límites que le impuso el poder central del Estado, por la resistencia que se manifestó desde Madrid al ver amenazado su liderazgo, y por la división sostenida y no superada —en unos casos regional más que por obedecer a distintos propósitos— de la diversidad de iniciativas, a pesar de su intencionalidad por unirse y trabajar junto con el gobierno.

3.3.5 Actividades hispanoamericanistas

3.3.5.1 El IV Centenario del Descubrimiento de América

En vísperas de las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, el movimiento hispanoamericanista tuvo un impulso importante y una recepción generosa. Se

estaba consolidando lo que Alfredo Rajo llama una cultura asociacionista, fincada en temas de mutua vinculación y producto de intereses privados y públicos entre España y América.²³⁹

Las celebraciones del IV Centenario fueron la oportunidad para los hispanoamericanistas de vincular a los Estados a sus campañas. Se nombraron comisiones locales en los países americanos. En España se organizaron ceremonias en Madrid, Huelva, Sevilla, Córdoba y Granada; inauguraciones de monumentos, edificios públicos (Biblioteca Nacional y la Plaza de Colón) y de las estatuas de Colón e Isabel I; exposiciones como la arqueológica y la de objetos de arte, concursos de sonetos en homenaje a la Reina Católica, y conferencias.²⁴⁰

Sin embargo, estos esfuerzos no tuvieron una clara formulación de objetivos y como consecuencia la consecución de logros fue escasa: “las pretensiones del hispanoamericanismo no fueron mínimamente cumplidas, quedando reducido a celebraciones festivas y a una serie de gestos y promulgaciones no más persistentes que la verborreica multiplicidad de los floridos discursos pronunciados.”²⁴¹ De ahí que también se pronunciaran abiertamente voces como la de Ricardo Palma —quien fuera una de las personalidades americanas en asistir a los actos en España junto con Rubén Darío y Zorrilla de San Martín— el cual diría que las celebraciones habían entibiado las relaciones. O la condesa Pardo Bazán, quien además de expresar que los festejos había dejado que desear, advirtió que había faltado el respaldo popular, haciendo de estas celebraciones “un jubileo de escogidos, de aristocracia intelectual.”²⁴²

Pero también se encuentran todas aquellas otras colaboraciones científicas, literarias, periodísticas o ensayísticas que ya existían al margen de la política exterior de los Estados en el terreno cultural internacional. Iniciativas de intercambio cultural, de personas, ideas y textos entre americanos y españoles que se fueron incrementando alrededor de esta centenaria celebración.

3.3.5.2 Congresos

Asimismo, además de la celebración de congresos de militares y espiritistas, y en octubre de 1892 del IX Congreso de Americanistas en La Rábida, destacan otros cinco congresos

²³⁹ RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, *op. cit.*, p. 97.

²⁴⁰ Véase el estudio más reciente y profundo sobre este tema en MARCILHACY, David, *Raza Hispana...*, *op. cit.*

²⁴¹ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, pp. 70, 71.

²⁴² RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, pp. 197, 198.

internacionales que se realizaron por esas mismas fechas: 1) el Jurídico Iberoamericano —organizado por Labra, la Academia Matritense de Legislación y Jurisprudencia y presidido por Antonio Canovas del Castillo— donde, entre otros asuntos, se propuso un proyecto de código de derecho internacional, y se discutieron los temas del arbitraje internacional y de una legislación sobre propiedad intelectual e industrial.²⁴³ 2) El Mercantil Hispano-americano-portugués, organizado por la Unión Mercantil e Industrial de Madrid, que aprobó medidas como los acuerdos postales, la subvención de las líneas de navegación, la reducción de aranceles y coincidió con el jurídico en tratar cuestiones de derecho mercantil y propiedad industrial.²⁴⁴ 3) El Geográfico Portugués-Americano, apoyado por la Sociedad Geográfica de Madrid, que trató los temas de la no inferioridad del mestizaje americano y de la existencia de la raza ibérica, además propuso una asamblea diplomática hispano-americana (antecedora de las cumbres iberoamericanas de 1991), una Asociación Internacional Hispano-Americano-Portuguesa con el fin de celebrar tratados internacionales, conferencias diplomáticas, congresos, academias y sociedades científicas.²⁴⁵ 4) El Literario Hispano-Americano, celebrado con el apoyo de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, que propuso la defensa del idioma, el respaldo a la Real Academia, la promoción del intercambio de obras literarias, la realización de acuerdos de convalidación de títulos académicos, la firma de tratados internacionales de propiedad intelectual, la franquicia postal de libros, la puesta en marcha de una política editorial y una sala americana en la Biblioteca Nacional.²⁴⁶ 5) El Congreso Pedagógico Hispano-portugués-americano —organizado por Labra— que propuso una Escuela Normal común para todos los países hispanoamericanos donde se formaran los maestros de primera enseñanza.²⁴⁷ Todos esos congresos aunque no lograron conseguir que las propuestas vertidas en ellos se pusieran en marcha en lo inmediato, sirvieron para tejer redes personales entre americanos y españoles y para continuar planteando para el futuro proyectos concretos de acercamiento cultural, intelectual, económico y político. Curiosamente, como advierte Carlos M. Rama, en los viajes a España, lo mismo que a París y Londres, será donde los intelectuales americanos se conocerán personalmente y donde anudarán sus lazos culturales “acrecentando en definitiva su integración.”²⁴⁸

Resta señalar que el Congreso Pedagógico celebrado en Madrid con cerca de dos mil quinientos participantes y con el apoyo de políticos liberales como Moret, Salmerón, Pi y

²⁴³ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, pp. 5, 6.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 6.

²⁴⁵ *Ibid.*

²⁴⁶ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, pp. 188, 189.

²⁴⁷ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 6.

²⁴⁸ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, p. 185.

Margal y Canalejas, tuvo sus antecedentes en otros congresos pedagógicos nacionales realizados en 1882 y 1888 que venían planteando una reforma educativa. Este congreso internacional de 1892, por tanto, tuvo una rica mezcla de intereses educativos e hispanoamericanistas. Los planteamientos educativos estaban respaldados por los institucionistas y se concentraron en la educación primaria, segunda enseñanza, enseñanza técnica, educación de la mujer y organización universitaria. Las conclusiones a las que llegaron fueron la solicitud del Ministerio de Instrucción separado del Ministerio de Fomento (el cual será conseguido en 1901); la extensión de los principios de la Escuela Nueva o froebeliana, solicitados también diez años antes; la unificación de escuelas; el límite de cincuenta niños por clase; formación del profesorado para la educación técnica, y la autonomía de las universidades. Como sostiene Mainer, “una rápida visión de las deliberaciones del congreso muestra que tuvo mucho más de pedagógico que de hispano-portugués-americano.”²⁴⁹

Este congreso tuvo un apoyo financiero para la organización por parte del gobierno a través de la Junta del IV Centenario, lo que les permitió figurar en la constitución de la mesa de honor junto con otras personalidades del mundo de la cultura:

La mesa definitiva —bajo la presidencia de Labra— habla muy claro al respecto: ocupan las vicepresidencias efectivas el portugués Bernardino Machado, el poeta uruguayo José Zorrilla San Martín y el español Valentín Morán mientras se ha de formar una mesa de honor que preside el Ministro de Fomento, Aureliano Linares Rivas, con vicepresidencias que recaen en el economista Colmeiro, Rector de la Central, en Vicente de La Riva Palacio, embajador de México, y Antonio Augusto da Conta Simoes, Rector de Coimbra, más un comité en el que figura, con Concepción Arenal, Francisco Giner y Mariano Cerdedera, los grandes escritores portugueses João de Deus y Téofilo Braga.²⁵⁰

Iniciando el siglo XX, se celebró el Congreso Social y Económico Hispanoamericano de 1900, en el que se recordó al recién fallecido Emilio Castelar.²⁵¹ El evento fue auspiciado, como señalamos, por la Unión Ibero-Americana y por capital privado y coincidió con la Exposición Internacional de París que había atraído a Europa a muchas representaciones oficiales americanas.²⁵² El congreso, que figuró en el Real Decreto del 17 de abril y cuya junta del patronato fue presidida por el entonces ministro Francisco Silvela, dio cabida a sociedades científicas, económicas, mercantiles, industriales, financieras, religiosas católicas

²⁴⁹ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., pp. 106-108.

²⁵⁰ *Ibíd.*, p.107.

²⁵¹ RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, op. cit., p. 114.

²⁵² MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 110.

y a la prensa de España, Portugal y América, incluidos los emigrantes españoles en el continente americano. Su fin fue estructurar relaciones e integrar este bloque iberoamericano.²⁵³

En los discursos de bienvenida, el representante americano, el mexicano Justo Sierra, del que hablaremos más adelante en esta tesis, representó con su alocución referida al desastre del 98 y a los problemas americanos, según las palabras de Mainer, el reencuentro de los regeneracionismos español y americano tras el sentir de las dos crisis que los derivaron.²⁵⁴

Se discutieron numerosos temas en asambleas libres y se organizaron once comisiones presididas de la siguiente manera: 1) Labra: arbitrajes internacionales. 2) A. Groizard: jurisprudencia y legislación. 3) José Canalejas: economía. 4) José Calvo Martín: ciencias. 5) Núñez de Arce: letras y artes. 6) Alberto Aguilera, enseñanza. 7) Duque de Almodóvar: relaciones mercantiles. 8) Eduardo Herrera: transportes, correos y telégrafos. 9) Mariano Sabas: exposiciones. 10) Jaume Girona: relaciones bancarias. 11). Miguel Moya: prensa.²⁵⁵

Entre los principales temas que se abordaron destacan los tribunales arbitrales, derecho público y privado, emigración, derechos de autor y patentes, el idioma, apoyo a las bellas artes, unificación de la enseñanza y validez de títulos, intercambio de periódicos y relaciones entre periodistas, ampliación de las relaciones económicas, unificación de las tarifas postales, exposiciones permanentes internacionales, creación de bancos comunes, valor de cambio común, cotización de valores públicos e industriales en las bolsas de los demás países.²⁵⁶

Con este congreso se perfiló la idea, según Niño Rodríguez, de que España podía encabezar el movimiento hispanoamericanista al concedérsele la ejecución de los acuerdos, aprobados en el seno del Congreso, que debían ser concertados entre los países americanos. Sin embargo, España perdió la oportunidad de asumir el papel dirigente al delegar a la Unión Ibero-Americana la responsabilidad de velar por dichos acuerdos, pues esta institución, a pesar de que recibió dinero del presupuesto del Ministerio de Estado para tal fin, era incapaz de llevar a cabo tal empresa.²⁵⁷

Otro evento hispanoamericanista fue la conmemoración del Centenario de la Constitución de Cádiz. Rafael María de Labra insistió en que aquella ocasión que la Constitución de 1812, no sólo fue de España sino también de América y que el liberalismo español había sido admirado por los criollos americanos. Al igual que el objeto del viaje de Altamira de 1909 y 1910 a América, los discursos y escritos de Labra en esta conmemoración

²⁵³ *Ibíd.* RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, *op. cit.*, pp. 112, 113.

²⁵⁴ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, *op. cit.*, p. 110.

²⁵⁵ *Ibíd.*, p. 111.

²⁵⁶ RAJO, Alfredo, “Las dimensiones del hispanismo...”, *op. cit.*, pp. 113, 114.

²⁵⁷ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, *op. cit.*, p. 60.

de 1912 tuvieron la intención de mostrar a los americanos “la imagen de una España nueva, moderna, progresista, heredera de una brillante tradición liberal.”²⁵⁸

En 1914 se celebró el I Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericana, en Sevilla, organizado por la Real Academia de la Historia. En dicho encuentro destacaron las ponencias de Rafael Altamira, quien “pidió un catálogo de fuentes y repertorios bibliográficos (tarea que, pocos años después, él mismo realizará bajo los auspicios del millonario Ignacio Bauer)”, y de Roberto Leviller, quien propuso crear un Centro Internacional de Investigaciones sobre la época colonial.²⁵⁹ El segundo congreso se realizaría sin grandes novedades en 1921, salvo por la solicitud expresa de dotar con un curso de historia de América a la enseñanza media y por la defensa que se hizo del uso del término América española en lugar de la locución América Latina.²⁶⁰

Un año antes de este segundo congreso, es decir, en 1920, y gracias a la idea del peruano Rodrigo Zárate se celebró en Madrid el I Congreso de Juventudes Hispanoamericanas en el que participaron Rafael Altamira, Alberto Jiménez Fraud, políticos como Gabriel Maura y nobles ilustrados como el Duque de Alba.²⁶¹

3.3.6 Figuras y actores

No hay que olvidar que aunque se inicia una nueva fase de alianza hispanoamericana en el periodo de La Restauración gracias al desastre de 1898, desde los inicios de la segunda mitad del siglo XIX, se había mantenido constante, sobre todo, la colaboración periodística e intelectual entre españoles y americanos con alguna que otra visita de intelectuales americanos en misiones diplomáticas a España. Pueden mencionarse por ejemplo en esta línea de continuidad a personajes que Rama, utilizando la categoría del dominicano Pedro Henríquez Ureña, denomina *transplantados*, refiriéndose a los “intelectuales nacidos en América que se integran a la cultura española.”²⁶² Personajes como el venezolano Rafael María Baralt; los mexicanos Manuel Eduardo de Gorostiza, Francisco Antonio de Icaza, el ya nombrado Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza, Manuel Payno y Salvador Quevedo y Zubieta; el cubano tantas veces nombrado Rafael María de Labra; el ya mencionado uruguayo Alejandro de Magariños Cervantes; los colombianos, Joaquín Acosta y el también citado José

²⁵⁸ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 34.

²⁵⁹ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, *op. cit.*, p. 113.

²⁶⁰ *Ibíd.*

²⁶¹ *Ibíd.*, p. 114.

²⁶² RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, *op. cit.*, p. 258.

María Samper; el franco-cubano Paul Lafargue; el puertorriqueño Luis Bonafoux; el argentino Vicente Gaspar Quesada, entre otros autores, que...

[...] no solamente participan en la vida cultural española, sino que, además, informan en forma sostenida a los lectores hispanoamericanos de las realidades españolas. Sin exageración se puede decir que buena parte de la imagen española —al nivel cultural— que se tiene en América en el siglo XIX se debe a las correspondencias y escritos de estos autores en la prensa latinoamericana, aparte de los consabidos libros de viajes, que reflejan una experiencia más episódica y particular (Sarmiento, Varela, por ejemplo). Incluso algunos [...] desempeñan funciones diplomáticas y políticas en relación con España [y] además de servir a la causa de las mejores relaciones culturales entre Europa y América [...] dan ocasión a los viajeros latinoamericanos para conocerse entre sí. No puede olvidarse que las comunicaciones, en lo que se refiere al transporte de mercaderías y pasajeros, eran más fáciles, económicas y frecuentes entre los países latinoamericanos con París, Londres, Nueva York, Madrid o Barcelona, que entre los mismos estados americanos; y dado el carácter de intelectuales de muchos de estos viajeros, era posible que durante sus estancias en España establecieran contactos, conocimientos y amistades entre sí.²⁶³

Entre los escritores españoles que trataron el tema hispanoamericano y que eran miembros de las academias, que figuraban en la diplomacia o en las Cortes, destacan los que a finales del siglo XIX fueron reconociendo la existencia de una literatura americana “con valores dignos de ser considerados y medidos en el mismo plano en que se venía haciendo la crítica de la literatura local.”²⁶⁴ Tal es el caso de Castelar, y desde una perspectiva más conservadora de Valera y Menéndez Pelayo, todos ellos aunque no conocieron América abordarían temáticas americanas a partir de 1858, 1888 y 1892, respectivamente.²⁶⁵ Menéndez Pelayo, de hecho, fue quien sentó las bases de la literatura española como disciplina.

Tampoco podríamos dejar de considerar en esta sección a los personajes que en nuestra consideración son los referentes directos del hispanoamericanismo liberal, democrático y republicano de Rafael Altamira, nos referimos a Emilio Castelar y Rafael María de Labra y de los cuales la historiografía española mantiene como los máximos protagonistas del hispanoamericanismo progresista durante toda la segunda mitad del siglo XIX.

²⁶³ *Ibíd.*, pp. 259, 272.

²⁶⁴ *Ibíd.*, p. 301.

²⁶⁵ *Ibíd.*, p. 302.

3.3.6.1 Emilio Castelar

Emilio Castelar, quien fuera presidente de la primera república en los años de 1873 y 1874, contribuyó a establecer relaciones culturales entre los escritores españoles y americanos, y a través de sus discursos, artículos y obras lanzó odas hacia los pueblos americanos.²⁶⁶ Según Hale, Castelar a finales de los años cincuenta había promovido “una benevolente visión de la solidaridad hispana basada en el progreso de los ideales liberales y republicanos.”²⁶⁷ Castelar es un personaje que se le identifica como pionero de una serie de intelectuales españoles (serie en la que seguirán Unamuno, Ortega y Marañón); asimismo se le concibe como el gran orador parlamentario y se le personifica con la I República. “El discurso era un instrumento con el que él se creía capaz de crear estados de opinión, ganar elecciones, derribar gobiernos y construir la democracia.”²⁶⁸ Su fuerza era la palabra y sabedor de ello solía caer en la exhuberancia retórica. Su respeto a la legalidad, su rechazo a los métodos revolucionarios, a las ideologías obreristas, quizá le han dado mejor fama que a otros republicanos más radicales. De ahí que un estudioso de su obra dijera que “su prestigio personal se hallaba intacto, e incluso acrecentado y su figura se había convertido en un mito casi idolatrado por los grupos republicanos de centro-derecha...”²⁶⁹ Castelar es ante todo un burgués republicano y un político democrático que, como hemos señalado, defendió los derechos y las libertades individuales.

Hijo de liberales, nace en Cádiz en 1832 y muere en Murcia en 1899. Estudió derecho y filosofía en la Universidad de Madrid. Se hizo catedrático en esta misma universidad de *Historia filosófica y crítica de España* en 1857 y en el mismo año dictó un curso sobre el ideal religioso de la democracia en el Ateneo de Madrid. Dedicado a la literatura, a la política y al periodismo fue articulista de *El Tribuno del Pueblo*, *La Soberanía Nacional* y *La Discusión*, éste último dirigido por el que sería su mentor, Nicolás María Rivero —quien en 1908 apoyaría las iniciativas americanitas de la Universidad de Oviedo—,²⁷⁰ y en 1864 fundó su propio periódico *La Democracia*. Desde 1854 Emilio Castelar empezó a destacarse como gran orador y defensor de la libertad y la democracia gracias un discurso que pronunció en una reunión de demócratas en el Teatro Real; sin embargo, se hizo notar más decididamente en el mundo de la política cuando fue destituido de su cátedra en 1865 por haber criticado con

²⁶⁶ Véase por ejemplo a PERALTA, Víctor, “Emilio Castelar y el hispanoamericanismo del siglo XIX”, *op. cit.*, pp. 285-304.

²⁶⁷ HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Ed. Vuelta, 1991, pp. 78, 79.

²⁶⁸ VILCHES, Jorge, *Emilio Castelar. La Patria y la República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 12.

²⁶⁹ VALERO ESCANDELL, José Ramón, *La palabra de Emilio Castelar*, Alicante, Ayuntamiento de Elda, 1984, p. 10.

²⁷⁰ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 16.

un artículo la política de Isabel II. En consecuencia participó en las barricadas de 1866 pero tuvo que huir a Francia tras ser condenado a muerte. Regresó a España justo cuando se produjo la revolución de 1868 conocida como “La Gloriosa”. En el momento que el General Prim formó un gobierno provisional, Castelar fue electo diputado en 1869 y será nombrado presidente de las Cortes en agosto de 1873 y presidente del gobierno en septiembre del mismo año. Al frente de la I República pretendió basar su gobierno en el orden político y la pluralidad, pero al reanudarse las cortes en 1874, perdió una votación parlamentaria con lo que presentó su dimisión. Con la restauración de la Monarquía se exilió en París y a su regreso se unió a los republicanos posibilistas. A finales del siglo XIX Castelar se retirará formalmente de la política activa confiando que el Partido Liberal de Sagasta conseguirá algunas de sus aspiraciones como el sufragio universal. En esta última etapa de su vida sus actividades se centrarán en el periodismo, la literatura y en escribir algunas obras históricas, lo que le valdrá ser miembro de la Real Academia de la Lengua, de la Historia y de las Bellas Artes.

Sus libros *Historia de la civilización en los primeros cinco siglos del cristianismo* (1880), *La fórmula del progreso* (1858), *Discursos parlamentarios* (1873) e *Historia de Europa* (1896) recopilan sus artículos, conferencias y sus disertaciones.²⁷¹ Sus escritos sobre el tema americano son, según Rama, imprecisos pero populares: “Los inicia el artículo famoso ‘La Unión de España y América’, que publica en 1858 en *La América*.”²⁷² Para Castelar la historia de América se podía explicar por la rivalidad entre latinos y anglosajones. Equiparaba a España con Grecia o Roma por el papel que jugó en el devenir de las civilizaciones.²⁷³ En este sentido, el descubrimiento de América era para este intelectual republicano, la obra máxima de la civilización española por haber moldeado el nuevo continente y, por ello, debía constituirse como un culto en el que debía venerarse a la madre patria. El reconocimiento a la labor de España era para Emilio Castelar, una de las justificaciones del hispanoamericanismo, “en tanto que ideal nuevo que proponer a la nación española frente al imperativo de su modernización.”²⁷⁴ En ese sentido, en un artículo titulado “Paz americana” explica que las naciones americanas están llamadas a formar una confederación moral y “una anficionado democrático que dirija sus relaciones con el mundo entero y [las] preserve de caer, así en las

²⁷¹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 306.

²⁷² *Ibíd.*, p. 307.

²⁷³ La idea de nación de Castelar, según Andrés de Blas, estaba apoyada por tres ideas básicas: El mito de la esencialidad democrática española que se verificaba en el arraigo de un poder popular enfrentado a la nobleza desde su propia historia medieval; el papel de España como paladín de la libertad con la Constitución gaditana y con la instauración de la I República, y finalmente fincada en el poder civilizador de España distanciado del interés mercantilista de otras empresas imperialistas europeas. BLAS GUERRERO, Andrés de, *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid, Tecnos, 1991, pp. 75, 76.

²⁷⁴ MARCILHACY, David, *Raza Hispana...*, op. cit., p. 2.

garras de una reacción monárquica, como en las redes temibles del predominio sajón.”²⁷⁵

A pesar de sus contradicciones en los asuntos hispanoamericanos, como por ejemplo cuando siendo antiesclavista durante el conflicto cubano exprese que “antes que republicano soy español”, Castelar fue el político español más prestigioso en América, lo que lo llevó a ser admirado por destacados intelectuales americanos como los mexicanos Ignacio Ramírez y Justo Sierra, y el nicaragüense Rubén Darío.²⁷⁶ Con Ramírez, a pesar de todo, tendrá una llamativa polémica pues éste contestará las críticas de Castelar hacia el antiespañolismo de algunos intelectuales progresistas americanos de esta forma:

La España que usted ama —dice a Castelar— no existe y no ha existido jamás, el talento de usted la engendra en su alma democrática, la ve usted en el porvenir, la dota usted con las prendas de su propio carácter, la dorna con los timbres que descubre en las naciones más gloriosas y se deslumbra usted con los fulgores de la civilización que le desea, pero entretanto, para sus paisano, usted no es más que el Don Quijote del progreso. Los americanos comprendemos a usted más que los españoles [...] En España no es Castelar, sino el bastardo de la opinión pública: aquí en México es, desde hace tiempo, uno de nuestros hermanos. Por tanto, en vez de españolizarse, hay que desespañolizarse, y ante todo americanizarse.²⁷⁷

Otros de los pocos críticos americanos de Castelar serán los peruanos Manuel González Prada y Ricardo Palma, quienes sobre todo criticarán las posturas católicas y políticas de este intelectual español.

3.3.6.2 Rafael María de Labra

El otro personaje de gran trascendencia para el hispanoamericanismo en este periodo es Rafael María de Labra. Este político republicano nacido en Cuba, consideraba que el error de la monarquía española había sido no extender las mismas leyes e instituciones y, por ende, los mismos derechos entre todos sus reinos. Esto había propiciado las independencias americanas y posibilitaría la de Cuba si se le seguían negando los derechos políticos a sus habitantes.²⁷⁸ Al ser presidente de la Sociedad Abolicionista entre 1872 y 1888, se convirtió en uno de los defensores más decididos de los derechos y libertades de las Antillas y de una clara política

²⁷⁵ Citado en RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 307.

²⁷⁶ SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., pp. 67, 68. La influencia de Castelar en México la trataremos brevemente en el Capítulo 3.

²⁷⁷ Citado en RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 311.

²⁷⁸ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., op. cit., p. 7.

exterior hispanoamericana durante La Restauración.²⁷⁹ Fue miembro de la comisión que asesoró al gobierno español “acerca de las reformas que habían de introducirse en el régimen administrativo, arancelario tributario y comercial de Cuba.”²⁸⁰ Asimismo, fue senador por Puerto Rico durante dieciséis años y por las Sociedades Económicas de Amigos del País, y a diferencia de la clase política española que buscaba la unión con Francia, Alemania o Gran Bretaña, apostaba por la conformación de un bloque de España con los países hispanoamericanos, que hiciera frente a las grandes potencias en los asuntos internacionales.²⁸¹

Para Labra españoles y americanos formaban parte de la misma familia. A él se le atribuye el término de “intimidad hispanoamericana”, pensado como elemento fundamental de la personalidad internacional de España, el cual, además de tener la necesidad de ser liberal y democrático —porque América era considerada un escenario de libertad y democracia—, “muestra la vinculación efectiva de los planteamientos de la burguesía liberal con la renovación educativa española [...] y la influencia que el hecho americano tenía para la definición de la identidad española.”²⁸² Estas ideas las plasmará en revistas como *La América* o *El Correo de España* que dirige de 1871-1872, y en obras como *La pérdida de las Américas* (1869), y *Espanoles y cubanos después de la separación* (1916).

Asimismo, Labra fue uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza y presidente del Ateneo de Madrid. Fue, como mencionamos, organizador del Congreso Jurídico Ibero-Americano y del Congreso Pedagógico Hispano-portugués-americano en 1892. Este último reunió dos de sus principales campañas: La educativa y la hispanoamericana. En la clausura de este congreso afirmó que “todo cuanto había tenido algún interés educativo en la España de los últimos cien años se había debido al vigoroso impulso de una minorías, a veces en abierta fricción con la ideología oficial.”²⁸³ En concreto se refería a los modelos pestalozzianos, lancasterianos adoptados a finales del siglo XVIII, así como a los propios

²⁷⁹ Aunque España había suprimido la trata de esclavos desde 1817, esta continuará en la segunda mitad del siglo XIX y sólo los liberales progresistas, republicanos, demócratas y socialistas españoles defenderán el abolicionismo junto con los americanos, sobre todo los antillanos. La Sociedad Abolicionista se fundó en Madrid en los primeros años de la década de 1860 y gracias a los esfuerzos de todos sus miembros lograrán la abolición oficial de la esclavitud para Puerto Rico en 1873 y para Cuba en 1880, aunque en los hechos continúe en Cuba hasta 1898. Sobre las críticas al abolicionismo desde los krausistas véase a SÁNCHEZ CUERVO, Atolín, “El krausismo español y la cuestión de América. Abolicionismo, reformismo colonial e ‘intimidad hispanoamericana’”, en VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (coord.), *Francisco Giner de los Ríos. Actualidad de un pensador krausista*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 259-300.

²⁸⁰ LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”...*, op. cit., p. 150.

²⁸¹ Véase por ejemplo a LAGUNA, Fernando, *Las ideas hispanoamericanistas de Rafael María de Labra: Ultramar y sus problemas durante el siglo XIX*, España, Universidad Complutense, 2001. VICENTE HERNÁNDEZ, Ulpiano, *D. Rafael Ma. de Labra y Cadriana. Reformador de la Educación Nacional*, Granada, Universidad de Granada 1992.

²⁸² SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 67.

²⁸³ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera...*, op. cit., p. 91.

modelos institucionistas del último cuarto del siglo XIX. Entre sus propuestas más destacadas para este congreso se encuentra la creación de una Sociedad de Instrucción Pública, Educación Popular y Divulgación Científica para toda Hispanoamérica “que podía traer a los países miembros el beneficio inesperado de una sólida alianza internacional.”²⁸⁴ En ese sentido, con su discurso “La intimidad iberoamericana” sostuvo que:

[...] yo muchas veces me he complacido imaginando lo que podía ser esa sociedad de cultura general iberoamericana, con sus congresos ideales celebrados en Madrid, Lisboa, Porto, Barcelona, Coimbra y Sevilla; con sus conferencias públicas y sistematizadas en las principales capitales de la península ibérica; con sus grandes *meetings* para determinar a los gobiernos a la celebración de convenios mercantiles, postales, monetarios, de derecho internacional, y de propiedad intelectual; con sus grandes fiestas internacionales para comprobar los adelantos de la industria en los países concertados o para conmemorar las empresas comunes de esos mismo pueblos, meros matices de vida fundamentalmente idéntica; con sus periódicos especialmente dedicados a difundir la idea de la inteligencia y la cooperación [...] nuevo imperio de Occidente [...] cuya robusta voz y cuya acción disciplinada, en armonía con las exigencias de la expansión y solidaridad de la época novísima, requieren tantos intereses comprometidos en la laboriosa crisis con que se despide el siglo xix.²⁸⁵

Con las últimas frases Labra expresaba su apoyo a Portugal tras haber sido amenazada por los ingleses en 1890 cuando se posicionaban colonialmente en Angola y Mozambique.²⁸⁶ Labra mostraba ser partidario del proyecto unionista de la latinidad que defendieron muchos otros republicanos cuando años atrás España había tenido problemas con Alemania por los territorios de las Islas Carolinas.²⁸⁷ Pero también era defensor del proyecto de reconstitución de la nación ibérica.

Asimismo, como destaca Juan Pro de este discurso de Labra, también hace mención de lo que interpretaba como el fracaso del Primer Congreso Panamericano al enfatizar que la solidaridad entre los países iberoamericanos “—bajo un cierto liderazgo español—era una alternativa política, y no solo cultural, a la solidaridad *panamericana*, que conllevaba un inevitable liderazgo estadounidense.”²⁸⁸

Resta mencionar que Labra también fue un gran defensor de los derechos de los emigrantes españoles hacia América y por ello también exponía que la campaña

²⁸⁴ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, pp. 7, 8.

²⁸⁵ Citado en MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera...*, *op. cit.*, pp. 108, 109.

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 108.

²⁸⁷ Ciertamente cuando en 1885 España tenga problemas con Alemania por los territorios de las Islas Carolinas volverá a entrar en escena el proyecto unionista de la latinidad, pero esta vez entre países europeos. Proyecto que cuando se celebre el IV Centenario del Descubrimiento traerá al primer plano a los países americanos. DIEGO ROMERO, Javier de, *Imaginar la República...*, *op. cit.*, p. 223.

²⁸⁸ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 9.

hispanoamericanista iba dirigida a este colectivo porque estaban necesitados de una política exterior del gobierno. Por tal motivo, propuso el Primer Congreso de la Emigración realizado en septiembre de 1909 y organizado por la Cámara de Comercio de Santiago y las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Asimismo, fue uno de los primeros en considerar a estos actores figuras de “primera línea de la batalla por la ‘intimidad iberoamericana.’”²⁸⁹. Al igual que Rafael Altamira, como veremos más adelante, Labra aspiraba a que los emigrantes tuvieran más conciencia del ideal colectivo y actuaran bajo un programa de acciones para atender los problemas patrióticos, económicos, intelectuales y sociales. Es decir, en estos actores depositaban grandes cantidades de esperanza para la regeneración de España.

3.3.6.3 *Los emigrantes españoles*

Recordemos que debido a la crisis agraria y al incremento de la población salieron la mayor cantidad de emigrantes de España en los años 1882, 1893-1896, 1904 y 1912. Según las estimaciones de Labra, en 1911 eran dos millones y medio los españoles que vivían en América, y tan solo en Argentina, allá por el año de 1914, había registrados 829.701 de un total de casi 8 millones de habitantes, es decir, representaban un poco más del 10% de la población rioplatense.²⁹⁰ Para el año 1932 serán casi cinco millones los emigrantes españoles en América.²⁹¹

Los emigrantes españoles a lo largo de todos esos años vigorizaron el tráfico comercial. Demandaron productos españoles entre los que se encontraban libros, revistas periódicos, actividades artísticas tanto musicales como teatrales. Gracias a ello, van a darse a conocer entre los americanos autores españoles como “Castelar, Pérez Galdós, Zorrilla, Pi y Margall, Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Emilia Pardo Bazán, Concepción Arenal, Echegaray, etc., que por primera vez tienen influencia, adquieren discipulado y dejan huellas en las nuevas promociones de escritores locales.”²⁹²

Años antes, los emigrantes españoles habían constituido en Cuba, México y Argentina centros y casinos donde se reunía la burguesía mercantil y profesional y ejercían una tarea benéfica. Con la guerra del 98 se organizaron en juntas patrióticas e hicieron colectas para ayudar a las tropas españolas. Además, constantemente estos centros y casinos hacían

²⁸⁹ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 125.

²⁹⁰ *Ibíd.*

²⁹¹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 275.

²⁹² *Ibíd.*, p. 283.

propaganda en defensa del prestigio de España. En México por ejemplo, como ya lo ha estudiado Aimer Granados, gracias a la prensa de la colectividad española se difundió el hispanoamericanismo.²⁹³ El tema de la propaganda en defensa del prestigio de España es probable que, entre otras cosas, se debiera a que, como expresa Rama, “todos los emigrados, tienen una sensibilidad más acusada que los mismos habitantes de España y que, por efectos de la nostalgia, poseen una imagen fuertemente idealizada de su tierra natal.”²⁹⁴

Asimismo, otras instituciones creadas por los emigrantes calificados —ya fueran intelectuales o gente con formación universitaria— contribuyeron al intercambio cultural entre España y América. Es el caso de la Institución Cultural Española en Buenos Aires que en 1910 patrocinó la cátedra Menéndez Pelayo en la Universidad de La Plata y acogió a intelectuales de la talla de Menéndez Pidal, Ortega, Blas Cabrera, Gómez Moreno, Gonzalo R. Lafora, Rey Pastor, entre otros.²⁹⁵ Un año antes, Rafael Altamira había visitado esa misma universidad para dar un curso dirigido a los futuros historiadores argentinos, con el fin de dotarlos de una formación tendiente a realizar la obra pedagógica y patriótica que demandaba su país ante la problemática a la que se enfrentaban por la gran diversidad de nacionalidades que habían llegado con la inmigración.²⁹⁶

Otros grupos de intelectuales que emigraron a América y que desempeñaron un papel relevante en las relaciones culturales fueron los docentes y exiliados. Recuérdese que durante la segunda mitad del siglo XIX América será receptora de la emigración política española. También los sacerdotes contribuirán a fomentar los lazos con España respaldando una iglesia ultramontana y vinculándose con las oligarquías terratenientes e hispanófilas. Estos sacerdotes se caracterizarán por ser “neotomistas, admiradores de Donoso Cortés y Balmes, suarecistas, antipositivistas [...] y, al final del siglo, [propagandistas de] Marcelino Menéndez Pelayo y Vázquez de Mella.”²⁹⁷ Todos estos grupos en conjunto, bien pudieron desenvolverse en el sistema educativo público y en el privado.

²⁹³ Véase a GRANADOS, Aimer, *Debates sobre España...*, op. cit.

²⁹⁴ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 278.

²⁹⁵ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 121.

²⁹⁶ Véase a PRADO, Gustavo H., *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010.

²⁹⁷ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 297, 298.

3.3.7 El hispanoamericanismo en la esfera académica

En el período que inicia a partir de 1866, el tema de la unidad del idioma fue recurrente entre los intelectuales americanos y españoles. De entre estos últimos son representativos Benito Pérez Galdós, además de los ya citados que trataron el tema de la literatura hispanoamericana Juan Varela, Emilo Castelar y Marcelino Menéndez Pelayo.²⁹⁸

Los americanos, aun muy avanzado el siglo XIX, continuaron siendo críticos de las reglas de la Real Academia y a su temor y negativa hacia los neologismos —aunque esta institución ya había empezado a considerar las propuestas de Bello— y además siguieron defendiendo la escritura fonética ajustada a la forma de hablar en América. Cuando se establecieron las correspondientes academias en América a partir de 1871 los americanos no les prestaron mucha atención, e incluso a tales sucursales americanas se les acusó de “servilismo internacional” como lo hiciera el peruano Manuel González Prada en 1888. Asimismo, sus académicos correspondientes fueron objeto de otras críticas como harán José Martí o Rubén Darío.²⁹⁹ Incluso, habrá otros que desde adentro de las correspondientes serán críticos con las negativas de la Real Academia para aceptar los neologismos y americanismos, como ya lo apuntamos, tal fue el caso del hispanófilo liberal Ricardo Palma quien a finales del siglo XIX escribió:

‘Así, por razón de capricho erigido en sistema, o por espíritu antiamericano, he llegado a explicarme el porqué nunca la Academia tomará en seria consideración los diccionarios de Zorobabel Rodríguez, Juan de Arona y Daniel Granada. Ese exclusivismo de la mayoría académica importa tanto como decirnos: «Señores americanos: El diccionario no es para ustedes. El diccionario es un cordón sanitario entre España y América. No queremos contagio americano.» Y tiene razón la Real Academia. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.’³⁰⁰

No es aventurado proponer que tal vez este rechazo de España hacia lo que se hacía en América se debía también al gran desconocimiento que se tenía en general sobre las naciones americanas. Prácticamente solo los españoles que emigraban a América tenían un fuerte interés y sentimientos por estos países. Como refiere Antonio Lago, más allá de no haber un ambiente favorable “americanista” entre las instituciones españolas, lo que predominaba era

²⁹⁸ *Ibíd.*, p. 118. Sobre el hispanoamericanismo de Galdós véase las páginas 192-196 de este mismo libro.

²⁹⁹ *Ibíd.*, pp. 126, 132, 134.

³⁰⁰ Citado por Rama, *Ibíd.*, pp. 143, 144.

el mucho desconocimiento que en general la sociedad española tenía sobre esta región.³⁰¹ Incluso, como señala Juan Pro, “la revolución de 1810 y la independencia finalmente obtenida por las antiguas colonias en la América continental hacia 1824, apenas afectó la opinión pública española: no hubo sentimiento de pérdida, pues era la Corona, y no España, la que perdía.”³⁰²

Sobre ese desconocimiento de América Eusebio Asquerino, hermano del fundador de *La América* y director en 1882 de la misma escribiría:

Queremos destruir antiguos errores y vetustas preocupaciones, y bien merece que sea conocido y apreciado en Europa, todos sus aspectos, político, literario, científico, económico y social tan vasto continente. No basta saber que el Nuevo Mundo está asentado sobre los Andes, en medio de dos océanos, que produce metales preciosos, café y cacao, guano y cueros, quina y madera de tinte y mil artículos de comercio. Es preciso estudiar el espíritu de su literatura y de sus publicaciones periodísticas, la estructura de sus instituciones, la vitalidad de su democracia, el genio de sus costumbres, las tendencias que le animan, la índole de sus revoluciones, los tipos de sus razas, su historia y sus progresos. Y el estudio de sus condiciones sociales es más interesante, sobre todo, para España, que es su hermana. Las odiosas antipatías excitadas por el feroz despotismo, la hostilidad de las tradiciones del mundo antiguo contra las manifestaciones de la libertad moderna, han desaparecido entre los escombros del pasado, y la España de hoy, cuyo corazón palpita de entusiasmo por el progreso y la democracia, tiende sus brazos afectuosos a través de los mares para estrechar en ellos a la progresiva y democrática América Latina.”³⁰³

En el mismo sentido, Del Arenal y Nájera, dejarán ver la misma apreciación citando a Constantino Suárez, mejor conocido como *Españolito*:

Lo que ocurre es ‘que en España no sólo se ignora lo que es Hispanoamérica, sino que, salvo raras y meritísimas excepciones, nadie muestra interés en enterarse de ello, aun cuando el ideal hispanoamericano tenga en todos los planos de la vida nacional favorable acogida.’³⁰⁴

Puede ser que lo que más se conocía de América en la Península fuera Cuba y Puerto Rico, gracias también al tratamiento que le daban a estos países los periódicos, entre ellos *El Siglo*, *La Constitución*, *El Imparcial* y *La Época*. Y en general sobre América gracias a las

³⁰¹ LAGO CARBALLO, Antonio, *América en la conciencia española de nuestro tiempo*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 18, 19.

³⁰² PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 36.

³⁰³ Citado en LÓPEZ-OCÓN, Leoncio, *Biografía de “La América”*..., *op. cit.*, p. 158.

³⁰⁴ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones*..., *op. cit.*, p. 61.

revistas especializadas anteriormente mencionadas. De ahí que Rafael Altamira va a señalar que “el único hispanoamericanismo eficaz es el que conoce concretamente la singularidad de cada país y de los problemas económicos, sociales y políticos que lo caracterizan.”³⁰⁵ Será hasta la segunda década del siglo XX, cuando se empiece a pensar que el movimiento hispanoamericanista ha logrado exitosamente llevar a la práctica muchas de sus propuestas y que “ha pasado a ser un tema de dominio público en el campo, tanto de los escritores, como de los políticos y los periodistas, y tema de investigación de varios estudiosos.”³⁰⁶ No, obstante, Altamira lamenta que se haya ignorado todo lo que se había realizado en el pasado y que se actúe como “si la cuestión se plantease por primera vez y careciese de historia y de labor acumulada.”³⁰⁷ No tenía reparos en señalar que en tiempos pasados en las Cortes españolas el tema americanista: “‘no se lo comprendía y por ello no interesaba’ y, si bien es cierto que en la prensa encontraba más acogida, respondía ‘las más de las veces por consideración personal a quienes del asunto escribían y no por convicción de que importase a España’”.³⁰⁸

Quizás en materia económica se pueda tener otro referente del interés que despertaba en España, América, y viceversa. Según Del Arenal y Nájera, citando informes de la época, sostienen que del total de las importaciones americanas a principios del siglo XX, sólo el 5 % provenían de España; mientras que el 3% de las exportaciones americanas llegaba a la península. Cabe señalar que el contexto de la Primera Guerra Mundial, fue un panorama favorable para que se mejorara el intercambio comercial debido a la participación de los países europeos en el conflicto, sin embargo, según estos autores, no fue aprovechado suficientemente por el gobierno español pues no aplicó las reformas estructurales necesarias para incrementar su comercio con América y así poder competir con las mercancías de otros países.³⁰⁹

Como lo hemos señalado, la continuidad de la campaña de las letras no se vio afectada en este largo período, sino todo lo contrario, se incrementó y tuvo un momento álgido durante el IV Centenario. Los americanos participaron de los actos y transmitieron sus impresiones a sus lectores. España aportó en este periodo, por ejemplo, los cuatro volúmenes de las *Relaciones Geográficas de Indias (1881-1897)* editadas por Marcos Jiménez de la Espada bajo el patrocinio del Ministerio de Fomento. La Real Academia Española patrocinó también

³⁰⁵ ALTAMIRA, Rafael, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917, p. 76.

³⁰⁶ PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, núm. 22, 1995, p. 31.

³⁰⁷ Citado por Pelosi, *Ibid.*

³⁰⁸ *Ibid.*

³⁰⁹ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., pp. 62, 63.

la *Antología de la poesía hispanoamericana* que preparó y prologó Menéndez Pelayo en 1892. Asimismo, se editó la *Bibliografía española de los idiomas indígenas de América* del Conde de la Viñaza. En cuanto a las publicaciones periódicas con un claro interés en América, destacan para este período *La España Moderna* (1889-1914) con el mecenazgo de José Lázaro Galdiano y la *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas* (1885-1892) fundada por Rafael Altamira, la cual, además de ser la “primera publicación bibliográfica de España —y avanzada nada desdeñable de la urgente reforma universitaria—” juntó a:

[...] los mejores universitarios españoles (Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Codera, Giménez Soler, Unamuno, Mérida), con destacados veladores del regionalismo literario (Ramón D. Péres por lo catalán, Carré Aldao por lo gallego) y con la primera presencia masiva de los hispanistas europeos del momento (Farinelli, Savj-López, Morel-Fatio, Hübner, Michaelis de Vasconcelos, etc.).³¹⁰

Por parte de las publicaciones americanas especializadas en el tema España, Rama sostiene que fueron escasas, pero aun así destacaron las de carácter literario, por ejemplo *Revista del Río de la Plata* (1871-1878) de Juan María Gutiérrez; *Revista de Buenos Aires* (1863-1871) y *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885) de Vicente Gaspar Quesada; *Revista Cubana* (1877-1884) de Enrique José Varona; *Revista Chilena* (1875-1880) de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana; *El Renacimiento* (1869) de Ignacio Altamirano; *El Cosmopolita* y *El Regenerador* (1869-1878) de Juan Montalvo.³¹¹

De igual manera, a pesar de que Londres fue el mayor centro editor de lengua castellana, al igual que París y Nueva York, España, en 1880, exportaba alrededor de cincuenta toneladas de libros anuales hacia América gracias principalmente a los libreros catalanes Espasa, Salvat, Gili, Sopena, Muntaner y Simón —estos últimos publicarán en 1887 en 25 volúmenes el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, ciencias y Artes*—, porque los impresores madrileños eran escasos y, junto con los valencianos, despuntarán a finales del siglo XIX.³¹² Asimismo, como sostiene Mainer, en la península se logró publicar las obras de por ejemplo Vargas Vila, José Santos Chocano, Manuel Ugarte, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, o reimprimir cuando la crítica española fue favorable a Zorrilla de San Martín, Ricardo Palma, Mera, al mismo Darío y al ya nombrado Juan de

³¹⁰ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., pp. 97, 98.

³¹¹ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., p. 247.

³¹² *Ibíd.*, pp. 248, 249, 251, 254, 301.

En el tema de la historia, en América destacan los trabajos de historiadores que con la introducción del positivismo siguieron en la línea oficial liberal, apoyada por la opinión pública, para crear una conciencia histórica nacional, como el mexicano Vicente Riva Palacio, que como se recordará fue vicepresidente de la Unión Ibero-Americana; los chilenos Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina y Diego Barros Arana; el cubano autonomista José Antonio Saco, y los argentinos Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. No faltarán quienes más allá de la versión oficialista liberal, volverán a revalorizar a la época colonial, la significación de la religión católica y a criticar el pasado indígena y el proceso independentista. Asimismo, en el marco de los festejos del IV Centenario se editarán en ambas orillas del Atlántico fuentes historiográficas y, por último, es importante mencionar el papel que desempeñó la novela histórica, género que se popularizó con el romanticismo, y el género de las tradiciones, los cuales permitieron que por otra vía pudieran reencontrarse históricamente españoles y americanos.³¹⁴

3.3.8 Programas hispanoamericanistas

Para terminar la presentación de este capítulo, queremos abordar el tema de los programas hispanoamericanistas que surgieron como un especie de epítome de todas las ideas, asuntos, actores, instituciones, acciones, políticas, intentos, frustraciones, desatenciones e iniciativas que dibujaron los contornos del hispanoamericanismo comprendido entre el último tercio del siglo XIX y el año 1917. Este hispanoamericanismo como se ha dicho repetidas veces, estaba basado en la comunidad de tipo cultural y esto era utilizado tanto por liberales como conservadores. Dentro de los liberales el representante más conspicuo es Rafael Altamira quien desarrolló durante años un programa de acción hispanoamericanista basado en el conocimiento mutuo, en la fraternidad y en la cooperación, que sirvió de referente para que otros intelectuales y políticos propusieran programas semejantes.

Dicho programa —que analizaremos más detenidamente en el siguiente capítulo, pero que en lo inmediato y en su forma más elaborada (datada allá por el año 1917)— proponía llevar a cabo de manera urgente lo siguiente: una sección en el Ministerio de Estado con representación diplomática que se encargara de la política americana; una redistribución y reestructuración de los consulados españoles en América en función de la población

³¹³ *Ibíd.*, p. 249. MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 100.

³¹⁴ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina...*, op. cit., pp. 157-159.

emigrante; una especialización americana en el Instituto Diplomático y Consular; leyes, organismos, escuelas y políticas de asistencia dirigidas a los emigrantes españoles; convenios comerciales, financieros, mercantiles, publicitarios y de crédito con América; becas y más apoyo a las escuelas españolas en América; una nueva campaña de defensa del idioma y del intercambio cultural y universitario; así como mejoras en los servicios postales y de comunicaciones hacia América.³¹⁵

Otro intelectual que desde una mirada similar a la de Altamira propuso un programa hispanoamericanista en materia cultural, económica y diplomática fue Constantino Suárez, *Españolito*. Este escritor asturiano fue colaborador de la prensa cubana y sobre el tema americano destacan sus ensayos *La des-unión hispano-americana y otras cosas (bombos y palos a diestra y siniestra)* de 1919, y otro prologado por Francos Rodríguez, *La verdad desnuda (Estudio crítico sobre las relaciones de España y América)*, de 1924, el cual resalta por recoger la historia de las actividades hispanoamericanistas hasta ese momento.³¹⁶ Suárez apostaba por una federación de los países hispanoamericanos, pero estaba consciente de que antes se debía trabajar en la fraternidad junto con un programa de largo plazo que de manera recíproca llevaran a cabo los gobiernos de España y América con apoyo de particulares. Según Celestino del Arenal y Alfonso Nájera el programa de *Españolito* estaba constituido de cuatro grandes propuestas:

a) ‘Elementos básicos de política hispanoamericana’. En este punto propone el tendido de un cable submarino y la organización de una red de agencias de información, ambos con capital exclusivamente español e hispanoamericano, el fomento del turismo, la elevación de las categorías de los representantes diplomáticos y la transformación de los consulados. b) ‘Asuntos a resolver de orden intelectual’. Aquí aboga por la depuración y la difusión de las cuestiones históricas, la enseñanza obligatoria de geografía e historia de los otros países hermanos, ‘en textos expurgados de errores y que inculquen el amor a la raza’, la validez recíproca de títulos universitarios, la creación y sostenimiento en América de centros docentes españoles, el envío frecuente y recíproco, con carácter oficial, de personalidades representativas en artes y ciencias, la fundación en Sevilla de una universidad Hispanoamericana, el fomento de las becas a estudiantes hispanoamericanos, la fundación de bibliotecas públicas con obras en castellano, la firma de convenios sobre propiedad intelectual y artística y, si es posible, el establecimiento de una legislación unitaria en este punto, y el franqueo reducidísimo y único para libros y periódicos. c) ‘Proyectos de orden económicos’. Propone la extensión y el abaratamiento de las comunicaciones marítimas, la firma de tratados comerciales que tiendan a la implantación de una tarifa aduanera inferior, la creación de casas comisionistas con depósitos de productos agrícolas y fabriles, en tanto no se llegue a la implantación de puertos francos, la puesta en marcha de bancos de crédito sobre la exportación, la concesión de créditos a

³¹⁵ Véase a ALTAMIRA, Rafael, *España y el programa americanista*, op. cit.

³¹⁶ MAINER, José-Carlos, *La doma de la quimera*, op. cit., p. 128.

largo plazo a los exportadores, el envío de agentes técnicos y comerciales, que estudien los gustos y los mercados, y la implantación de los servicios de paquetería y giro postal ‘entre todas las naciones hermanas’. d) ‘Sobre las relaciones de España con las colonias de emigrados’, donde propone la protección eficaz de los emigrantes, la implantación en los puertos de despachos donde se ilustre sobre sus condiciones de extranjería, nacionalidad, etc., y el incremento de las garantías y el prestigio de los emigrados españoles en América.³¹⁷

Federico Rahola también propuso un programa de acción dirigido al Ministro de Fomento, Francisco Cambó, titulado *Programa americanista post-guerra*, el cual fue publicado en Barcelona en 1923 por la tipografía La Americana.³¹⁸ Otro liberal que expuso una propuesta hispanoamericanista durante la dictadura de Primo de Rivera fue el catalán José Pla. Inspirado en la necesidad de transformar lo material a lo espiritual de Gavinet, según Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, este escritor propuso, bajo un principio igualitario, no una unión material entre las naciones hispánicas, sino una comunión entre ellas “en el mismo credo internacional” y en el marco de un ideal humano que se verificara en la Sociedad de las Naciones. Es decir, Pla abogaba por la conformación de una sociedad hispánica igualitaria y fraternal que pudiera aspirar a la integración dentro de una organización político-jurídica mundial, de tal forma que el hispanoamericanismo lo concebía de la siguiente manera:

[...] no se trata de una unión o una alianza, pues esta palabra ‘sugiere en seguida un concepto rígido de alianza, de estrecha vinculación material, de obligatoria mancomunidad de movimientos’, muy alejado del espíritu hispanoamericanista. No se pretende, pues, la constitución de una confederación o de algún otro tipo de unión política, pues ‘ello equivaldría a querer remontar el proceso histórico en sentido inverso, lo que no es posible. No es tampoco una alianza militar, lo que sería una quimera, dado el alejamiento geográfico entre Portugal, España y las repúblicas hispanoamericanas. Ni siquiera es una unión aduanera, pues, como es lógico, tanto España como los países hispanoamericanos harán pactos comerciales con aquellas naciones que más ventajas puedan ofrecerlas. Ni es una unión cultural, pues para el pensamiento no existen fronteras, ni deben establecerse, lo que no impide que sean deseables el intercambio de profesores, artistas y libros, la reciprocidad de títulos académicos.’³¹⁹

³¹⁷ ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., p. 56.

³¹⁸ ALTAMITA Y CREVEA, Rafael, *Idea de una política actual hispanoamericana*, ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS. Congreso (14º. 1934. Santiago de Compostela), Santiago de Compostela, 1934, p. 18, nota al pie no. 2.

³¹⁹ Citado en ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones...*, op. cit., pp. 58, 59.

Conclusiones

El presente capítulo ha estado dedicado a caracterizar y contextualizar el hispanoamericanismo. Como se apreció procuramos referirnos a la región latinoamericana en su conjunto con la palabra *América*, sin el adjetivo *Latina*, tal y como se usaba en el periodo estudiado, para reivindicar su denominación original y su vínculo con España. Mostramos la relación existente entre el concepto América e Hispanoamérica porque consideramos que las ideas que configuraron estos términos fueron similares, o bien, pudieron ser las mismas pero reformuladas de acuerdo a los momentos históricos en los que se inscribieron. Asimismo determinamos que el uso que se le dio al término Hispanoamérica lo encontramos a través de los nudos de comunicación de las redes intelectuales, comerciales y diplomáticas entre España y América, conformadas para establecer vínculos de promoción y defensa de la unidad entre ambas regiones.

Para aproximarnos a la caracterización del término hispanoamericanismo, gracias a Marta Casaús y a su estudio sobre los “ismos”, encontramos una serie de elementos que nos permitimos relacionar con lo que consideran los expertos que es el hispanoamericanismo. Es decir, identificamos que responde a una situación histórica determinada, la cual se pretende describir y transformar. Que conlleva ideología, polisemia, retórica, acción político-social y una carga emocional, axiológica, de expectativas y de anhelos. Que en el periodo en que lo estudiamos se utilizó como un instrumento de “lucha por la hegemonía político-cultural”, que supuso poder de convocatoria, movilización y sentido de pertenencia.

Si bien coincidimos con otros autores sobre que el hispanoamericanismo tiende a ser confundido con otros conceptos, que es un ámbito de estudio poco trabajado en general, a pesar de la existencia de una gran veta de fuentes documentales, y que se ha abordado desde diferentes enfoques, consideramos que lo que puede ayudar a esclarecer este término es identificando sus contornos para analizarlos en su conjunto. Es decir, estableciendo relaciones entre la coyuntura que se va dando con el desarrollo histórico de las relaciones entre América y España; entre las posiciones ideológicas; entre los discursos y las prácticas a las que se asocian, las cuales se traducen en acciones oficiales y privadas de política exterior e internacional, políticas culturales de universidades y centros de estudios, y políticas comerciales de asociaciones; entre los instrumentos transnacionales que dan soporte a los elementos integrantes y cohesionadores (raza, lengua, historia, tradiciones) y, por supuesto, entre los actores (intelectuales, comerciales, emigrantes, diplomáticos).

Los autores que han estudiado y caracterizado el hispanoamericanismo desde distintas perspectivas y en diferentes períodos, y que hemos reunido en este capítulo, en general

coinciden en señalar tanto que es un movimiento ideológico que intentó conformar, durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, una comunidad cultural y espiritual basada en la raza (en sentido cultural), la lengua, el pasado y las tradiciones comunes, como que los hispanoamericanistas identificaron a los Estados Unidos como su enemigo en la lucha por la hegemonía político-cultural. Las diferencias que marcan cada una de las interpretaciones de estos autores tienen que ver con los períodos que trabajan y radican en situar los orígenes y consolidación del hispanoamericanismo; con el fin político, económico, intelectual o cultural en el establecimiento de vínculos entre España y América; con los actores primordiales, y con las estrategias de aproximación. El problema que nos arroja este estado de la cuestión es que aun faltan estudios que saquen a la luz a más productores y protagonistas del hispanoamericanismo americano porque consideramos que no sólo fueron simples receptores de las propuestas y proyectos, o lectores y escuchas de los discursos que se emitían desde España. Porque, precisamente, esa corresponsabilidad a la que aludimos, es una de las características principales del hispanoamericanismo.

Ante esta problemática, apoyamos la idea de Jaime Rodríguez sobre el origen americano y republicano del hispanoamericanismo, aunque sus primeras formulaciones de unión hayan sido inspiradas en la tradición reformista y liberal española. Por lo que, además, lo hace tener sus raíces en las tradiciones democráticas. Es por ello que a lo largo de este capítulo hemos diferenciado el panhispanismo y el hispanoamericanismo, identificando al primero con la tradición monárquica e imperial y con el liberalismo más conservador, y al segundo con el liberalismo republicano, democrático, reformador y progresista.

El propósito de seguir la ruta del liberalismo español para este contexto sirvió para demostrar que fueron casi nulas las oportunidades que se presentaron para que los hispanoamericanistas republicanos y demócratas lograran colocar sus propuestas e iniciativas en la agenda del Estado —exceptuando, tal vez, el periodo comprendido entre 1910-1911 cuando el gobierno liberal y reformista de Canalejas se apropió e implementó algunas de las ideas hispanoamericanistas de la Universidad de Oviedo y de Rafael Altamira—. Escogimos el contexto político porque consideramos que para los liberales republicanos y demócratas españoles, el control del Estado era imprescindible para llevar a cabo los cambios que deseaban producir en la realidad política y social.

Durante el primer tercio del siglo los hispanoamericanistas buscaron la unión política pero al ver que fracasaba el liberalismo gaditano prefirieron que los territorios americanos se independizaran y construyeran por si solos las instituciones liberales a las que aspiraban. Descartados los vínculos políticos empezaron a establecerse algunas relaciones mercantiles, intelectuales y culturales gracias a las redes familiares, de negocios y a la prensa, y sólo con el

regreso del liberalismo en España en la década de 1830 se logró abrir la vía, aunque complicada, del reconocimiento oficial de estas nuevas naciones.

En el segundo tercio del siglo XIX los Estados Unidos aparecieron en la escena hispanoamericana como una nación peligrosa y, ante ello, sobre todo durante la década de 1850, el movimiento hispanoamericanista a través de comerciantes, intelectuales y diplomáticos empezó a desplegar más decididamente sus estrategias económicas, sus proyectos políticos y sus alianzas culturales. En este contexto aparecieron las revistas especializadas sobre el tema americano y los periódicos amistosos con España, los cuales tendieron más puentes entre ambas regiones. Desde una perspectiva liberal, democrática y republicana, destacaron Rafael María de Labra, Emilio Castelar, los hermanos Asquerino, José María Samper, Francisco Muñoz del Monte y Alejandro Magariños, cuya labor hispanoamericanista trascendió durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, también se cruzó en esta coyuntura la campaña panhispanista, que legitimaba a la monarquía, dirigida a proteger las posesiones antillanas, con España a la cabeza y con un discurso imperial. Cuando esta campaña fracasó, los panhispanistas cambiaron su modelo y buscaron la unión con los americanos sustituyendo de su imaginario la idea imperial con la idea de “raza española”, fomentando el “antiyanquismo” y combatiendo la leyenda negra con apologías sobre el Descubrimiento y la Conquista, traspasando con ello la frontera que los separaba de los hispanoamericanistas. Sin embargo esta imagen no desaparecería del todo en los americanos hasta finalizar el siglo XIX.

La coyuntura política española durante el último tercio del siglo XIX, propició que en la época de La Restauración el Estado se concibiera centralista, por encima de los intereses regionales y como la fuente de poder de la oligarquía. Por otro lado, aquellas instituciones y personas interesadas en restablecer los vínculos con América aunque actuaban de forma privada y autónoma, asumieron que el gobierno era el ámbito natural para desarrollar las propuestas e iniciativas hispanoamericanistas. El interés del gobierno español por América en este periodo y en medio del contexto ideológico que fincó tanto el monroísmo como el panamericanismo, tuvo como fin posicionarse frente a estos enemigos externos que amenazaban su esfera de influencia en el continente americano aun sin tener una política exterior clara y definida con respecto a América ni un ambiente favorable entre los americanos dada su calidad de imperio que aun poseía territorios en la región. Por tal motivo, apoyó las iniciativas de particulares españoles, como la Unión Ibero-Americana que organizó el Congreso Social y Económico Hispanoamericano de 1900, las festividades como el IV Centenario del Descubrimiento, o la organización de otros congresos, intentando recomponer en territorio americano la desastrosa política exterior española de los últimos años.

El nacionalismo español a partir de 1898 necesitó de América para concebir a España como un ente con unidad, con historia, identidad y cultura. Asimismo, al perder España sus últimas posesiones y al mostrarse el poder del imperialismo estadounidense, se presentó una nueva coyuntura para el movimiento hispanoamericanista gracias a que los intelectuales nacionalistas-regeneracionistas y republicanos, entre los que se encontraba Rafael Altamira, querían convertirse no sólo en los estrategas y orientadores del rumbo de la sociedad española hacia la modernidad, sino también de la clase política, de la reforma, racionalización y democratización del Estado para poder así implementar la política hispanoamericanista. Los nacionalistas-regeneracionistas consideraban que los lazos fraternales y horizontales de tipo político, económico, cultural e intelectual que tejiera la política hispanoamericanista, eran condición necesaria para concretar y consumir la regeneración, pues era en América donde había que redefinir su identidad nacional y su prestigio para conseguir este fin regenerador con miras a la modernización nacional. El 98, por tanto, desplegó el ambiente intelectual más favorable con los nacionalistas-regeneracionistas españoles y americanos para el movimiento hispanoamericanista y para la búsqueda de proyectos más plausibles. Aunque muchos no se conocían, se sentían parte de una comunidad imaginada (como la describió Anderson) que tenía una tradición que se fue construyendo durante todo el siglo XIX. Es decir, ya había en la sociedad española y americana una idea de unión y fraternidad entre España y América y un imaginario hispanoamericanista que fue venciendo poco a poco el desconocimiento mutuo y que se alimentaba con las colaboraciones entre intelectuales en revistas, congresos, discursos de sus principales figuras y todo tipo de actos y conmemoraciones que organizaban las instituciones destinadas a estos fines. Gracias a este ambiente se presentó una nueva estrategia de aproximación desde España a través de las asociaciones catalanas y de la Universidad de Oviedo, en la que se intentó involucrar a otros actores como los emigrantes y las universidades. Estrategia que, asimismo, demostraba la pluralidad del movimiento pues ya no sólo eran las acciones madrileñas las encargadas de amarrar los lazos con América. Aunque pronto estos nuevos pasos encontrarían ciertos obstáculos producidos por los recelos del Estado y de las otras asociaciones que reclamaban primacía en los asuntos americanos.

Finalmente destacamos que la iniciativa ovetense consistió en llevar el hispanoamericanismo de lo retórico a lo práctico con programas que —como los de Rafael Altamira, basados en el conocimiento mutuo, en la fraternidad y en la cooperación— ofrecían a los americanos un vínculo más real y horizontal en materia intelectual, cultural, económica y política con una España, liberal, moderna, progresista, reformista y en un proceso de regeneración.

CAPÍTULO II: EL PROGRAMA HISPANOAMERICANISTA DE RAFAEL ALTAMIRA

Introducción

Durante una conferencia inaugural en el marco del congreso de la Asociación española para el progreso de las ciencias, celebrada en Santiago de Compostela en 1934, Rafael Altamira mencionaba que a lo largo de cuatro décadas había estado formulando un plan de acción hispanoamericanista cuyos contenidos se podían encontrar en sus obras *España y América*, 1908; *Mi viaje a América*, 1911; *España y el programa americanista*, 1917, *La política de España en América*, 1921; *Últimos escritos americanistas*, 1929. Anunciaba también que además de las obras editadas tenía algunos materiales no impresos, titulados: *Bases de organización del Centro de estudios Hispanoamericanos*, 1911; *Programa práctico y mínimo de política americanista*, 1916; Un *Informe* sobre política con los Estados Unidos, redactado probablemente en 1918, y un *Plan para la organización de un Centro de estudios americanistas*, “escrito a requerimiento del ministro de Instrucción pública en 1932, pero ajeno a lo legislado y realizado después sobre este asunto.”¹

A este gran corpus de obras dedicadas a formular las líneas directrices del hispanoamericanismo, habría que sumar el discurso inaugural del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, el texto *Cuestiones Hispanoamericanas* de 1900, y otras tantas conferencias aisladas que dictó durante todos estos años.

Como se verá, el material que existe para estudiar el plan de acción hispanoamericanista que ideó Rafael Altamira es amplio. Aun no hay estudios que analicen de manera conjunta todos estos textos. Es por ello que nuestra intención en este capítulo es presentar una directriz que podamos llamar el programa hispanoamericanista de Altamira, analizando las obras que consideramos lo contienen y sobre las que se fincó un proyecto intelectual que se fue formulando en el periodo de 1898 a 1917. Asimismo, abordaremos el viaje a América que emprendió Altamira entre 1909 y 1910, resaltando la importancia que tuvo en el programa y en el hispanoamericanismo en su conjunto.

¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Idea de una política actual hispanoamericana*, en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS. Congreso (14º. 1934. Santiago de Compostela), Santiago de Compostela, 1934, p. 18, nota al pie no. 2.

1. Estado de la cuestión sobre el americanismo e hispanoamericanismo de Rafael Altamira

En el Congreso Internacional “La huella de Rafael Altamira” celebrado en el marco conmemorativo del Año Internacional Rafael Altamira 2011,² Rafael Asín se refirió a los estudios sobre este polígrafo alicantino con esta frase lapidaria:

[...] quedan muchos estudios por hacer, pero todo lo fundamental ya lo hemos dicho [...] un documento que pueda aparecer nuevo o una carta no cambiará los conceptos fundamentales de lo que ya hemos reivindicado. Las ideas fundamentales nos suenan a todos cuando se las oímos a los compañeros porque ya las hemos dicho.³

Razón no le falta a Rafael Asín, quien es considerado el principal conocedor de la vida y obra de Altamira, porque, efectivamente, a lo largo de 60 años se ha consolidado un importante trabajo historiográfico sobre este personaje, que ha permitido trazar los aspectos fundamentales de su pensamiento y de su acción, pero que no ha impedido que estos aspectos sean revisados constantemente. Dialogar con las ideas expuestas por los estudiosos de Altamira ha permitido avanzar en el conocimiento sobre el personaje y su contexto, pero también revisar nuevas fuentes e interpretar lo acontecido desde otras miradas ha originado que sigan viendo la luz estudios específicos que aportan al conocimiento histórico de Rafael Altamira y de su contexto social, cultural e intelectual.

Esta revisión constante se demuestra no sólo con la reedición reciente de algunas obras del alicantino (*Proceso histórico de la historiografía humana* en 2011, *La huella de España en América* en 2008 y *Mi viaje a América*, en 2007), o con la presentación de nuevos trabajos sobre el pensamiento de este personaje como el de José Luis Abellán editado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (2012),⁴ sino también con otros estudios que dan cuenta de aspectos poco conocidos de su vida y obra. En este sentido, conviene citar los trabajos de Yolanda Garrama y Leticia Sánchez Andrés, cuyos textos: “Rafael Altamira, un historiador del Derecho en el Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1921–1939)” y *Música para un ideal: pensamiento y actividad musical del krausismo e institucionismo españoles (1854-1936)*, respectivamente, nos muestran, por un

² ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

³ ASÍN VERGARA, Rafael, “La memoria gaditana de la historia: persecución, olvido y recuperación de la figura de Rafael Altamira (1936-2011)”, en *Ibíd.*, p 78.

⁴ ABELLÁN, José Luis, *Rafael Altamira*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), 2012.

lado, el desconocido tema del desempeño de Rafael Altamira en el Tribunal Internacional de La Haya, y por el otro, el sugerido pero no profundo conocimiento sobre su afición musical.⁵ Asimismo, otros aspectos poco trabajados como los literarios y periodísticos empiezan a recibir un fuerte impulso gracias al grupo de investigación que coordina María de los Ángeles Ayala el cual ha publicado en dos tomos *La labor periodística de Rafael de Altamira: catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La España Moderna, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Nuestro Tiempo*. Esta misma autora junto con José M^a Ferri Coll y Eva M^a Valero Juan, *El modo de mirar. Estudios sobre Rafael Altamira*. Asimismo, gracias también al trabajo de Jesús Rubio y Antonio Deaño con *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz (Azorín), con Leopoldo Alas (Clarín)*.⁶ Y por último, aspectos más íntimos de su vida, de su ideario y de su contexto familiar son rescatados por su nieta Pilar Altamira con *Diálogos con Rafael Altamira*, y por sus bisnietos Javier Ramos Altamira, con dos obras: *Rafael Altamira. Anécdotas y Curiosidades* y *Rafael Altamira, José Lázaro Galdiano y la España Moderna* (con la colaboración de María de los Ángeles Ayala), y Álvaro Ramos Altamira con *Rafael Altamira: una generación excepcional*.⁷

Cabe señalar que Pilar Altamira fue la principal impulsora y organizadora del Año Internacional Rafael Altamira 2011 para conmemorar el 60 aniversario luctuoso de su abuelo. Para dicha evocación Pilar Altamira logró reunir a grandes académicos e intelectuales, a instituciones y universidades tanto españolas como americanas con la finalidad de seguir estudiando, recuperando, memorando y actualizando la obra y la figura de Rafael Altamira y de su contexto histórico-social. Gracias a las más de 30 actividades académicas y culturales

⁵ GAMARRA, Yolanda, “Rafael Altamira, un historiador del Derecho en el Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1921 – 1939)”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I Época, Vol. 6, 2011, pp. 303-326. SÁNCHEZ DE ANDRÉS, Leticia, *Música para un ideal: pensamiento y actividad musical del krausismo e institucionismo españoles (1854-1936)*, Madrid, Sociedad Española de Musicología (SEDEM), 2009.

⁶ AYALA, María de los Ángeles, (et. al.), *La labor periodística de Rafael de Altamira (I): catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La España Moderna, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Nuestro Tiempo y (II): catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La Ilustración ibérica, Revista la España regional, La Ilustración artística y álbum salón*, Alicante, Universidad de Alicante, 2008-2011. AYALA, María de los Ángeles, José M^a Ferri Coll y Eva M^a Valero Juan (eds.), *El modo de mirar. Estudios sobre Rafael Altamira*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2012. RUBIO JIMÉNEZ, JESÚS y Antonio DEAÑO, *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz (Azorín), con Leopoldo Alas (Clarín)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2011.

⁷ ALTAMIRA, Pilar, *Diálogos con Rafael Altamira*, España, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones; Universidad de Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2009. RAMOS, Javier, *Rafael Altamira. Anécdotas y Curiosidades*, Alicante, Ediciones ECU, 2011 RAMOS, Javier y María de los Ángeles AYALA, *Rafael Altamira, José Lázaro Galdiano y la España Moderna*, Alicante, Universidad de Alicante, 2012. RAMOS, Álvaro, *Rafael Altamira: una generación excepcional* (Vídeo), Madrid, 2010.

que se desarrollaron en este Año Internacional surgieron nuevos trabajos, nuevas interpretaciones sobre cada una de las etapas y actividades desempeñadas por el alicantino.⁸

Junto con esta nueva producción historiográfica y conmemorativa, vale la pena mencionar la creación en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes del Portal Rafael Altamira, que funciona como un repositorio de algunas de las obras del alicantino, de documentos sobre su figura, y que en fechas recientes (mayo 2012) ha incorporado también a su acervo parte del archivo personal de Altamira que custodiaba el Instituto de Enseñanza Secundaria “Jorge Juan” de Alicante (IESJJA), del cual, algunos documentos que se

⁸ Dicho Año Internacional 2011 en realidad comenzó con una serie de actividades desde el año anterior: 1) Presentación del documental de Álvaro Ramos *Rafael Altamira. Una generación excepcional* en el Instituto de México en España (27 de enero 2010). 2) Inauguración de la Biblioteca Municipal Rafael Altamira, El Campello, Alicante (26 de Marzo 2010). 3) Conferencia sobre Altamira en el marco del XVIII Congreso Internacional Instituto Historia del Derecho Indiano. Puebla, México (26 de septiembre al 1 de octubre 2010). 4) Acto dedicado a Altamira, Ateneo Español de México (5 de octubre 2010). 5) *Homenaje In memoriam*, Aula Magna de la Universidad Nacional Autónoma de México (6 de octubre 2010). 6) Seminario Internacional "En torno a Altamira", Fundación Ortega y Gasset y UNED España, Buenos Aires (20 y 21 de octubre de 2010). 7) Seminario *Rafael Altamira, Jurista. En el centenario de su visita a Argentina*. Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires (10 de noviembre 2010). 8) Cursos de Otoño de la UIMP, Sevilla: *La obra histórica de Rafael Altamira, pionero del americanismo* (25 de noviembre 2010). Durante el año 2011 continuaron las actividades en universidades y diversas instituciones: 9) *Ciclo de divulgación sobre Rafael Altamira*, Universidad de Alicante (10-14 enero). 10) Inauguración del “Seminario Permanente Rafael Altamira”. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Granada (24 enero). 11) Inauguración de la exposición “Rafael Altamira, el alicantino más universal”, Club Información, Alicante (1-22 de febrero). 12) *Jornadas Internacionales Rafael Altamira: Idea y Acción Hispanoamericana*, Casa Bardín, sede Juan Gil-Albert, Alicante, (22 y 23 de febrero). 13) Presentación del libro "Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía patriótica" de Gustavo H. Prado, en el Instituto de México en España, Embajada de México (31 de marzo). 14) *Homenaje a Rafael Altamira cofundador de la Extensión Universitaria y primer embajador de la Universidad de Oviedo en América*, Paraninfo del Edificio histórico de la Universidad de Oviedo (7 de abril). 15) *Jornada dedicada a Rafael Altamira*, Fundación Ortega-Marañón (4 de mayo). 16) Exposición "El Año Internacional Rafael Altamira en la Facultad de Filosofía", Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía (18 al 31 de mayo). 17) *Homenaje a Rafael Altamira*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid (27 de junio). 18) Presentación del libro "Rafael Altamira. Anécdotas y curiosidades" de Javier Ramos Altamira, Feria del Libro de Alicante (1 de julio). 19) Feria del Libro de Alicante dedicada a Rafael Altamira, Gremio de Libreros (1 al 10 de julio). 20) Ponencia "Rafael Altamira como precursor de los estudios de derecho local" de María Rosa Pugliese en el Seminario sobre "El Derecho local en la periferia de la Monarquía Española. El Río de la Plata, Tucumán y Cuyo, en los siglos XVI-XVIII", INHID-UBA, Buenos Aires, Argentina, (28 de julio). 21) Conferencia “Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo” de José Ferrándiz Lozano, en el X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración, Universidad de Murcia, (7 al 9 de septiembre). 22) Presentación del documental "Costa en corto". Centenario Joaquín Costa. Entre otros testimonios interviene en el corto Pilar Altamira señalando la relación Costa-Altamira. Biblioteca Nacional de Madrid (14 de septiembre). 23) *Jornadas sobre Rafael Altamira, historiador del Derecho*, Universidad Rey Juan Carlos, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (26 y 27 de septiembre). 24) *Congreso Internacional Rafael Altamira*, Universidad Complutense, Madrid (17-19 de octubre). 25) Concierto *Homenaje a Rafael Altamira* con obras de Ruperto Chapí y Félix Mendelsshon, Escuela Superior de Canto, Madrid (19 de octubre). 26) *Acto extraordinario en honor de Rafael Altamira*, Instituto Cervantes, Madrid (26 de octubre). 27) Colocación de una Placa Conmemorativa del nombramiento de Rafael Altamira como Hijo Adoptivo de Sant Joan d’Alacant e Inauguración de Exposición Biográfica, Centro Cultural de Sant Joan d’Alacant (28 de octubre). 28) Congreso Internacional de Derechos Humanos en el Nuevo Mundo en homenaje a Rafael Altamira, Universidad de Valladolid (2-4 de noviembre). 29) *Jornada Rafael Altamira*, Colegio de España, París (9 de noviembre). 29) Concierto Homenaje a Rafael Altamira, Ayuntamiento de Alicante, Aula de Cultura, CAM (27 de noviembre). 30) Concierto Homenaje Rafael Altamira: “La música favorita de Rafael Altamira”, Asociación Cultural La Castalia, Auditorio Príncipe Felipe, Oviedo (10 de diciembre). 31) Clausura Año Internacional Rafael Altamira, Real Academia de Jurisprudencia, Madrid (13 de diciembre).

encontraban inéditos fueron consultados y utilizados en esta tesis.

Vale la pena hacer una breve acotación sobre el archivo de Rafael Altamira. Según Rafael Asín, —quien fuera el que recuperara y reuniera los archivos de Altamira que se encontraban en México, Lisboa, Hendaya y Bayona para traerlos a España y depositarlos en Oviedo, Alicante y Madrid— en México Altamira terminó reuniendo un archivo muy interesante porque intentó recuperar sus obras completas. En ocasiones juntaba las hojas de capítulos de libros con otros papeles sueltos que eran nuevos proyectos. Pero sucedió que, después de su muerte, cuando posteriormente el archivo se trasladó a España y se dividió nuevamente, en sus nuevos repositorios se intentó organizar con lamentables consecuencias. Ya sea que se quitaron las hojas sueltas que había puesto Altamira junto con determinados papeles de proyectos de libros, quedando éstas a la deriva o mezcladas con otras hojas, o que se perdieran muchos otros documentos como las cartas con Julián Besteiro y Pablo Iglesias, o un Quijote escrito en letras de oro.⁹

Según Rafael Asín, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia fue quien resguardó el archivo de Altamira en México hasta el año 1965, cuando fue recuperado por su hija Pilar Altamira Somonte con la ayuda de Javier Malagón y de Silvio Zavala (los discípulos de Altamira en México). Después dicho archivo se trasladó a España y se dividió en tres repositorios: el de la Universidad de Oviedo, Residencia de Estudiantes e Instituto de Enseñanza Secundaria “Jorge Juan” de Alicante, éste último, además albergó la biblioteca de Altamira sobre sociología e historia de principios del siglo XX y, como acabamos de señalar, ahora el archivo está depositado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Añade Asín que en el archivo que tenía Altamira en México se encontraban libros incompletos que nunca se han editado:

Libros de metodología histórica; la última edición de lo que iba a ser la Historia de España con la historia contemporánea incluida, de la que ya adelanta cuál es su idea más o menos en las conferencias que dio en Valencia en el año 23; o las conferencias que da en el Colegio de Francia también en el 23; o lo que dicta en el *Manual de Historia de España*, que ya no se llama *Historia de España y la Civilización*, ese concretamente, ni *Historia de la Civilización*, cuando lo edita en España y en Buenos Aires donde sí aparece, digamos, un desarrollo hasta la Guerra Civil.¹⁰

Regresando a nuestro estado de la cuestión general sobre Rafael Altamira, en julio de 2012 el Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert” presentó el libro *Rafael Altamira:*

⁹ ASÍN VERGARA, Rafael, “La memoria guadiana de la historia..., *op. cit.*

¹⁰ *Ibíd.*

idea y acción hispanoamericana, fruto de las jornadas realizadas en esa misma sede en febrero de 2011, y la revista *Canelobre* publicó un número monográfico titulado *Rafael Altamira. Una voz que traspasa el silencio*.¹¹

Este recuento bibliográfico y de actividades académicas constituye lo más reciente desarrollado hasta el momento en España entorno a Rafael Altamira. Como señalamos, la historiografía específica sobre este personaje comenzó a partir de la segunda mitad del siglo XX. Junto con las obras que aparecieron a raíz de su muerte, acaecida en febrero de 1951, y las que años más tarde surgieron para conmemorar el centenario de su nacimiento, se registraron varios trabajos que resaltaban aspectos de su vida y labor intelectual. Cabe señalar aquí que una primera recopilación de los títulos de las obras de Altamira se editó en 1946.¹² Más adelante, se copió la misma compilación dentro de una biografía sobre este personaje que se publicó en 1968,¹³ y de ésta se utilizó el mismo registro bibliográfico en un libro sobre Altamira editado por sus discípulos en México en 1971.¹⁴ Esta famosa bibliografía que no fue revisada y que así fue publicada en la biografía de 1968 y en el texto de 1971, según Rafael Asín, tiene errores en las obras que se consideraban inéditas porque algunas ya estaban editadas y porque otras no eran inéditas del todo, si no que formaban parte de un proyecto. Además, señala Asín, llama la atención que ninguno de los discípulos de Altamira conociera este registro bibliográfico de 1946, porque “probablemente, puestos a discutir cuáles eran los libros que había que apuntar año con año, esta gente le ayudaría, a recordar porque [...] no había ejemplares de cada uno de ellos.”¹⁵

La compilación bibliográfica inserta en la biografía de 1968, contiene además un apartado en el que se reúnen los títulos de trabajos que se habían escrito sobre Altamira. Este listado nos ha servido para rastrear que en la década del cincuenta y sesenta se publicaron una veintena de artículos sobre Rafael Altamira en España (Valencia, Alicante y Madrid); un número similar en México, y otros pocos títulos en Francia, Estados Unidos, Cuba y Colombia.¹⁶ Estas publicaciones periódicas y algún que otro libro, aunque no se ocupan

¹¹ FERRÁNDIZ LOZANO, José y Emilio LA PARRA (dirs.), *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”, 2011. *Canelobre. Revista del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert*, No. 59, verano 2012.

¹² *Biografía y bibliografía de Rafael Altamira*, México, Mediterrani, 1946.

¹³ RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara, 1968.

¹⁴ MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

¹⁵ ASÍN VERGARA, Rafael, “La memoria gaditana de la historia...”, *op. cit.*

¹⁶ Para este listado respeté el formato original de la fuente, sólo resalté en mayúsculas los apellidos de los autores y ordené las obras cronológicamente y por países. No lo incluí en la bibliografía y tampoco incluí los títulos de las publicaciones que se comentarán en el siguiente apartado de este estado de la cuestión. **España:** ÁLVAREZ RUBIANO, P.: *Rafael Altamira*, “Levante”, Valencia, 30 agosto 1951. FIGUERAS PACHECO, F.: *Aportación de Alicante a la cultura española: Gabriel Miró, Carlos Arniches y Rafael Altamira*, “Anales del Centro de Cultura Valenciana”, n. 30, Valencia, 1952. MARTÍN GRANIZO, L.: *Necrología y bibliografía del Excmo. Sr.*

necesariamente del tema que nos interesa en esta ocasión, el cual tiene que ver con el proyecto hispanoamericanista de Rafael Altamira, son importantes porque al dar cuenta de un interés por abordar la figura de Altamira, ya sea por conmemorarlo o por destacar algunos aspectos de su obra, contribuyeron a no borrar de la memoria el legado de este personaje. Precisamente porque en los años en los que el alicantino se exilió en México, en su país su vida y obra fue producto de la manipulación política provocando rechazo, olvido y descontextualización.

Pasemos por tanto, al estado de la cuestión sobre el americanismo e hispanoamericanismo de Altamira. Así como a Castelar se le personifica como el “gran orador”, a Altamira se le asocia de inmediato como el “gran americanista”. Es por ello que muy probablemente los estudios sobre la obra americanista e hispanoamericanista de Altamira sean los que abarcan la mayor parte de los registros historiográficos que existen sobre este personaje alicantino. En los siguientes apartados daremos cuenta de cómo fueron apareciendo a lo largo del tiempo estas obras en ambas orillas del Atlántico.

Don Rafael Altamira, Madrid, 1952. MARTÍNEZ AGUIRRE, C.: *Ha recibido el Instituto de Enseñanza Media de Alicante el legado de don Rafael Altamira*, "Información", Alicante, 8 noviembre 1952. MARTÍNEZ MORELLÁ, V.: *Escritores alicantinos del siglo XX*, Alicante, 1963. Del mismo autor: *Nómina de Académicos de la Historia, naturales de nuestra provincia*, "Información", 16 marzo 1963. *Rafael Altamira, literato*, ídem, Alicante, 8 noviembre 1964. *Cartas de Gabriel Miró a Rafael Altamira*, ídem, 3 enero 1965. GUILLEN TATO, J.: *En el centenario de don Rafael Altamira*, ídem, Alicante, 2 octubre 1966. MARTÍNEZ MORELLÁ, V.: *Un centenario. El del nacimiento de don Rafael Altamira*, ídem, 6 noviembre 1966. MUÑOZ ALONSO, A.: *Recuerdo de Rafael Altamira*, "Arriba", Madrid, 10 febrero 1966. REDONET, L.: *Rafael Altamira y Crevea*, "Boletín de la Real Academia de la Historia", t. CLIX, cuad. 1º, Madrid, julio-septiembre 1966. RAMOS, V.: *Literatura Alicantina. 1839.1939*, Madrid, Alfaguara, 1966. Del mismo autor: *Altamira y las Hogueras*, "La verdad", Alicante-Murcia, 3 julio 1966. *Rafael Altamira*, "La Marina", Alicante, 8 octubre 1966. *Triple centenario*, "ABC", Madrid, 31 agosto 1966. ALMELA Y VIVES, F.: *Don Rafael Altamira y Crevea*, Valencia, 1967. MARTÍNEZ MORELLÁ, V.: *Altamira, pedagogo*, "Información", Alicante, 12 marzo 1967. VALOR SERRA, J.: *Rafael Altamira, traductor de Narcís Oller*, "Idealidad", Alicante, septiembre 1967. **México:** GARRIDO, L.: *Elegía a Rafael Altamira*, "Universidad de México", México, junio 1951. GUEZALA GOCHI, L.: *Don Rafael Altamira o la trayectoria de una noble personalidad intelectual*, México, 1951. GARRIDO L.: "En homenaje a don Rafael Altamira", en *Homenaje al maestro Rafael Altamira*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1952. ALBA, V.: *Altamira: un sabio visto desde lejos. El Dr. Silvio Zavala, su discípulo, habla del gran historiador*, México, 1952. MALAGÓN, J.: *Altamira en México*, "Historia Mexicana", n. 4, México, abril-junio, 1952. Del mismo autor: *Algunos datos biográficos de Don Rafael Altamira*, en *Homenaje al maestro Rafael Altamira*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1952. *Don Rafael Altamira, historiador*, en *Ibíd.* SANTULLANO, L.: *Don Rafael Altamira, educador*, en *Ibíd.* Universidad Nacional Autónoma de México, *Ibíd.* FONTANET, R.: *A la memoria de D. Rafael Altamira*, "Senyera", ns. 73-74, México, mayo-junio 1961. GINER DE LOS RÍOS, F.: *Ensayos y Cartas*, México, Ed. Tezontle, 1965. ALBORNOZ, A.: *El maestro Altamira*, en *Corporación de antiguos alumnos de la "Institución Libre de Enseñanza" del "Instituto-Escuela" y de la "Residencia de Estudiantes de Madrid*, (núm. extraordinario, circular n. 92), México, 10 febrero 1966. BOSCH-GIMPERA, P.: *Don Rafael Altamira*, *Ibíd.* CARRANCÁ TRUJILLO, R.: *Altamira, juez internacional*, *Ibíd.* Del mismo autor: *Centenario de Altamira*, ídem, circular n. 96, México, 25 junio 1966. GARRIDO, L.: *Semblanza de don Rafael Altamira*, *Ibíd.* GINER DE LOS RÍOS, F.: *Don Rafael Altamira*, *Ibíd.* LANDA, R.: *Mis recuerdos de don Rafael Altamira*, *Ibíd.* MALAGÓN, J.: *La Historia de España de don Rafael*, *Ibíd.* PUCHE, J.: *Don Rafael Altamira*, *Ibíd.* **Francia:** BATAILLON, M.: *Pour le centenaire de la naissance de Rafael Altamira*, "Bulletin Hispanique", Burdeos, t. LXVIII, 1966. CHEYNE, G. J. G.: *Altamira, corresponsal de Costa*, *Ibíd.* **Estados Unidos:** FAGG, J. E.: *An autobiographical novel by Rafael Altamira*, "Hispania", vol. XXXVII, n. 3, U. S. A., septiembre 1954. **Cuba:** LÁZARO, A.: *En la muerte de don Rafael Altamira*, "Carteles", La Habana, 17 junio 1951. **Colombia:** TRILLAS, G.: *El Premio Nobel de la Paz para Rafael Altamira*, "Cromos", Bogotá, marzo 1951.

1.1 Obras publicadas durante los años sesenta y setenta

El 10 de noviembre de 1966 la Universidad de Oviedo le rindió un homenaje a Rafael Altamira y al año siguiente editó un folleto con los tres discursos que se leyeron en dicho acto y con una breve antología.¹⁷ Sobre el tema hispanoamericanista y americanista destaca solamente el discurso de Luis Sela Sampil, titulado “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”.¹⁸ Sela Sampil en realidad aborda más el tema del internacionalismo de Altamira pero probablemente es uno de los primeros autores que hace una diferenciación (aunque no la explica) entre el americanismo y el hispanoamericanismo de Rafael Altamira.¹⁹ Destaca de esta disertación la tesis consistente en que el programa hispanoamericanista de la Universidad de Oviedo, junto con la relación intelectual que tenía Altamira con el autor de *Ariel*, José Enrique Rodó, al final del siglo XIX determinaron su acercamiento y dedicación hacia el americanismo e hispanoamericanismo. Aunque como veremos más adelante el acercamiento de Altamira hacia América data del año 1892.

El 17 de diciembre de 1966, el Ayuntamiento de Alicante también celebró a Rafael Altamira en su centenario de nacimiento gracias a las gestiones de su hijo que quería homenajearle y reivindicarle en plena dictadura franquista.²⁰ Al efecto, se develó una placa en la casa natal de Altamira y se realizó un acto académico en donde intervinieron tres oradores. La publicación con los discursos pronunciados no salió a la luz hasta 1973.²¹ No obstante, uno de ellos, el de Ciriaco Pérez-Bustamante: “Altamira, americanista”,²² también se publicó con algunos ligeros cambios como artículo en la *Revista de Indias* del año 1967: “En el centenario de don Rafael Altamira”.²³ En dichos textos básicamente se hace una síntesis de la labor americanista de Altamira aludiendo a las obras: *Historia de España y de la civilización española* (1901), *España y el programa americanista* (1917) y el *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana* (1951). La finalidad del trabajo —o de ambos trabajos— de Pérez-Bustamante era recordar algunas de las tesis

¹⁷ MARTÍNEZ CACHERO, José María, *et. al.*, *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1967.

¹⁸ SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, en *Ibíd.*, pp. 23-36.

¹⁹ Sela Sampil señala al respecto: “Pero pronto se acusa en Altamira otra inquietud vocacional: el americanismo, o mejor, el hispano-americanismo. Las investigaciones históricas le llevan al examen de nuestro pasado en América y, más tarde, como una derivación natural, al de la evolución de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos americanos.”, *Ibíd.*, p. 28.

²⁰ ASÍN VERGARA, Rafael, “La memoria guadiana de la historia...”, *op. cit.*

²¹ MARTÍNEZ MORELLÁ, Vicente, *et al.*, *Homenaje de la ciudad de Alicante a Rafael Altamira en el centenario de su nacimiento: 1866-1966*, Alicante, Publicaciones del Fondo Editorial del Excmo. Ayuntamiento de Alicante, 1973.

²² PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco, “Altamira, americanista”, en *Ibíd.*, pp. 29-39.

²³ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco, “En el centenario de don Rafael Altamira”, *Revista de Indias*, núm. 107-108, 1967, pp. 191-198.

americanistas de Altamira, exaltar la memoria de este personaje y, al mismo tiempo, advertir que el americanismo requería, tal y como lo señalaba el propio Altamira, una mayor atención y un mejor cuidado en la organización de los estudios; sobre todo, en lo tocante al tema del americanismo precolombino.

Asimismo, durante 1967 apareció el texto de Luis G. de Valdeavellano: “Don Rafael Altamira, o la historia como educación”,²⁴ que también se publicó más tarde en el libro *Seis semblanzas de historiadores españoles*.²⁵ Aunque en este artículo se trata poco el campo de estudio americanista que cultivó el alicantino, se recupera su figura desde la perspectiva de la disciplina histórica poniendo las claves en él por qué de la historia, así como también se recupera valientemente en el contexto de la educación institucionista en España.

Otras obras que hicieron alusión al americanismo e hispanoamericanismo de Rafael Altamira durante el franquismo son la citada biografía que escribe Vicente Ramos publicada en 1968: *Rafael Altamira*,²⁶ sobre todo en el capítulo VI titulado “Hispanismo”. Cabe mencionar que esta biografía era la que hasta ese momento había tratado el tema Altamira en su totalidad aunque de manera hagiográfica. Sin embargo, Rafael Asín sostiene que Ramos utilizó documentación del archivo Jorge Juan sin citarla, y que además adelgazó “profundamente en la época en la que se publica el libro.”²⁷

Y finalmente en estos años apareció en México el libro citado *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*.²⁸ Este último libro se concibió como un homenaje a Rafael Altamira celebrado por dos de sus discípulos principales, uno español: Javier Malagón, y otro mexicano: el historiador Silvio Zavala. El artículo de Zavala: “El americanismo de Altamira” constituye un ensayo que conjuga el testimonio del alumno con el análisis de la dimensión americanista del personaje.²⁹ El autor destaca dos fases importantes en el americanismo de Rafael Altamira: “...la imagen de España que ofrece al americano, y la de América que propone al español”.³⁰ Los temas principales que toca son la forma en que

²⁴ VALDEAVELLANO, Luis G, “Don Rafael Altamira, o la historia como educación”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CLX, Cuaderno I, 1967, pp. 63-88.

²⁵ VALDEAVELLANO, Luis G., *Seis semblanzas de historiadores españoles*, España, Universidad de Sevilla, 1978, pp. 77-106.

²⁶ RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, op. cit.

²⁷ ASÍN VERGARA, Rafael, “La memoria guadiana de la historia...”, op. cit.

²⁸ MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit. Este libro reúne los discursos de estos dos autores que se pronunciaron en el *Homenaje al maestro Rafael Altamira* celebrado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1952, op. cit., y otros: “La Historia de España de Don Rafael Altamira”, *Revista de Occidente*, núm. 46, 1967, pp. 79-83. *The Americas*, vol. XXIX, 1967, pp. 67-71. “Las clases de Don Rafael Altamira”, *Revista de Historia de América*, núms. 61-62, 1966, pp. 207-216.

²⁹ ZAVALA, Silvio, “El americanismo de Altamira”, en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., pp. 17-30. Este texto fue publicado originalmente en *Cuadernos Americanos*, núm. 5, 1951, pp. 35-49. Después se publicaría en *Homenaje al maestro Rafael Altamira*, op. cit., y en *Memoria de El Colegio Nacional*, Tomo V, 1965, No. 4, pp. 193-206.

³⁰ ZAVALA, Silvio, “El americanismo de Altamira”, op. cit., p. 18.

Altamira concibe la historia de España, las cátedras sobre el tema americano, su programa de acción hispanoamericanista y su posición respecto a Estados Unidos.

1.2 Publicaciones de la década de los ochenta

En los años ochenta se publicaron por lo menos seis obras que abordaron a Rafael Altamira desde perspectivas diversas, y sólo dos de ellas se centraron en su hispanoamericanismo y americanismo. Conviene iniciar citando los trabajos no americanistas o hispanoamericanistas propiamente dichos de esta época porque empezaron a ocuparse del “tema Altamira” con profundidad.

La primera de estas publicaciones es el trabajo de Irene Palacio de 1986: *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*. Aunque aborda la labor pedagógica del alicantino, este estudio dedica unas cuantas páginas al tema hispanoamericanista dentro del capítulo II: “El programa americanista”.³¹ Las otras tres publicaciones surgieron en 1987: *Rafael Altamira 1856-1951*, con el estudio introductorio a cargo de Rafael Asín y la colaboración de Francisco Moreno que se publicó en el contexto del homenaje Internacional a Rafael Altamira que se le rindió en Alicante en 1987. Esta obra además sirvió como catálogo pues contenía fotos de documentos inéditos, muchos de ellos sobre el viaje a América.³² *Estudios sobre Rafael Altamira*, editado bajo la dirección de Armando Alberola, fue producto del simposio que reunió a destacados investigadores que debatieron sobre el pensamiento y la obra de Altamira dentro de este mismo homenaje, aunque cabe apuntar que ninguno de ellos abordó el americanismo como tema central.³³ *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, nuevamente de Vicente Ramos.³⁴

En cuanto a las obras hispanoamericanistas y americanistas, también en 1987 apareció *El viaje a América del profesor Altamira* de Santiago Melón Fernández, que como el título lo indica, es un texto que se centra en el viaje de Altamira a América, reconociendo además la labor de la Universidad de Oviedo.³⁵ El último trabajo de esta década es de 1988 y lo realizó M^a. Carmen Benso bajo el título: “El americanismo hispanista de Rafael Altamira:

³¹ PALACIO LIS, Irene, *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

³² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Diputación Provincial de Alicante, 1987.

³³ ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1987.

³⁴ RAMOS, Vicente, *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia. Obras Sociales, 1987.

³⁵ MELÓN FERNÁNDEZ, Santiago, *El viaje a América del profesor Altamira*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987.

su primer viaje a América y el apoyo de Vigo”.³⁶ En este texto se destaca la labor docente de Rafael Altamira, la cual se resume en las cátedras que impartió en España, las conferencias que pronunció en América y las iniciativas que encaminó a difundir el conocimiento americanista. Asimismo, se describe el apoyo de la ciudad de Vigo para la realización del viaje y se hace mención del peligro que encerraban los movimientos hispanoamericanistas de otras naciones (Estados Unidos, Francia y Alemania) para la reanudación de las relaciones entre España y sus antiguas posesiones de ultramar.

1.3 Las obras de los años noventa

Durante la década de 1990 es muy notorio que se empieza a profundizar en las líneas de investigación sobre la dimensión americanista e hispanoamericanista de Rafael Altamira propuestas décadas atrás. En concreto, el americanismo de la Universidad de Oviedo; el viaje del alicantino patrocinado por esta universidad hacia algunos países americanos durante 1909 y 1910 y sus repercusiones, y las cátedras americanistas. Es probable que esta nueva oleada de trabajos avanzara entorno a los festejos del V Centenario del Descubrimiento de América que, como sucedió en la conmemoración de la centuria anterior, fue un momento propicio para que el ideario hispanoamericanista se desplegara en diversos ámbitos. Aunque también a la par de esta oleada surgió una nueva biografía de la pluma de Francisco Moreno,³⁷ y otro bisnieto de Altamira publicó un artículo en donde realizó un esbozo biográfico de este personaje y que tituló de forma sugerente: “Rafael Altamira, el gran olvidado.”³⁸ Asimismo, comenzaron a desarrollarse nuevas líneas de investigación sobre otros aspectos de la vida y obra de Altamira, como los de Hebe Carmen Pelosi, y Santos Coronas,³⁹ y, de igual manera, la figura de Rafael Altamira empezó a ser tomada en consideración —aunque fuera brevemente— en

³⁶ BENSO CALVO, M.^a Carmen, “El americanismo hispanista de Rafael Altamira: su primer viaje a América y el apoyo de Vigo”, en *V Coloquio Nacional de Historia de la Educación. Historia de las relaciones educativas entre España y América*, Sevilla, Publicaciones del Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Sevilla, 1988, pp. 219-225.

³⁷ MORENO SÁEZ, Francisco, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1997.

³⁸ RAMOS ALTAMIRA, Ignacio, “Rafael Altamira, el gran olvidado”, *Cuadernos republicanos*, No. 38, abril de 1999, pp. 41-47.

³⁹ PELOSI, Hebe Carmen, “Rafael Altamira: historiador, jurista y literato”, *Estudios de Historia de España*, IV, 1991. De la misma autora junto con M. Constanza Monti: “La renovación histórica a través de Rafael Altamira”, en *España y América 1492-1991, II. Actas del Congreso organizado por los Departamentos de Historia y Letras en conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América*, Buenos Aires, 1993, pp. 495-517. CORONAS GONZÁLEZ, Santos M, *Dos estudios sobre Rafael Altamira*, Oviedo, Academia Asturiana de Jurisprudencia, 1999.

trabajos más monográficos orientados al americanismo y el hispanoamericanismo, como los de Pedro Pérez Herrero, Nuria Tabanera e Isidro Sepúlveda.⁴⁰

Con relación a los trabajos referentes al americanismo e hispanoamericanismo de Altamira, al iniciar la década de 1990, Isidro Sepúlveda publicó el artículo: “Rafael Altamira. Programa americanista español”,⁴¹ en donde analiza varios de los textos que contienen los programas hispanoamericanistas de Altamira e indica cuáles fueron los temas que, a su juicio, le faltó incluir en su formulación hispanoamericanista: la conceptualización del movimiento, la caracterización de raza y el papel de la religión. Este autor, como estudiamos en el capítulo anterior, al tiempo que analizaba el tema del hispanoamericanismo como parte del nacionalismo español trabajó también la figura de Rafael Altamira como máximo exponente del hispanoamericanismo español de principios del siglo XX.

En 1995 Hebe Carmen Pelosi —otra autora dedicada al “tema Altamira” y quien por esos años estaba trabajando la presencia del alicantino en Argentina—,⁴² escribió “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”.⁴³ En este artículo Pelosi parte de la base que el viaje de Altamira por América durante 1909 y 1910 influyó en su orientación historiográfica y que esta etapa de su vida seguía pendiente de analizarse. Apoyándose en las ideas que el alicantino fue dejando en sus colaboraciones para el periódico argentino *La Nación* entre 1923 y 1946, la autora identifica que éste implicaba, al mismo tiempo, hispanismo y americanismo, entendiéndose por ellos tanto la defensa de la cultura española, como la implementación de un programa académico y extra-académico concerniente a establecer vínculos con los países americanos, respectivamente. Asimismo, Pelosi se centra también en el tema de la relación que mantuvo Altamira con los historiadores argentinos durante y después del viaje de 1909, y en especial con Ricardo Levene, de quien analiza el epistolario que mantuvo con Altamira entre 1945 y 1951.

⁴⁰ PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: Un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/Síntesis-OEI, 1993. SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente”, en TORRE, Hipólito de la (coord.) *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (s. XIX-XX). (V Jornadas de estudios luso-españoles) Homenaje a la profesora Pilar Vázquez Cuesta*, Mérida-Extremadura, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993. TABANERA GARCÍA, Nuria, “El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 8, n° 2, julio-diciembre de 1997.

⁴¹ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Rafael Altamira. Programa americanista español”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t.3, Madrid, 1990, pp. 123-142.

⁴² El resultado de su investigación se publicaría bajo el título: *Rafael Altamira y la Argentina*, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.

⁴³ PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, núm. 22, 1995, pp. 25-44.

En 1997 Julio Antonio Vaquero presentó una ponencia titulada: “El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo”,⁴⁴ en la que trabajó el americanismo e hispanoamericanismo de Altamira en el marco del discurso regeneracionista, tomando como líneas de este discurso el nacionalismo español, su orientación no expansionista y su carácter modernizador, y verificándolas en los tres programas hispanoamericanistas iniciales de Altamira y en la labor hispanoamericanista de la universidad ovetense.

Por último, en 1998 salió publicado “Un americanista en el 98: Rafael Altamira” de Antonio Lago.⁴⁵ En este artículo se hace un breve recorrido por el hispanoamericanismo de Altamira expresado en sus obras, poniendo énfasis en el viaje a América, resumiendo el programa hispanoamericanista desarrollado por el alicantino en 1917 y comentando los textos altamiristas de la segunda década del siglo XX: *Política de España en América* y *Últimos escritos americanistas*.

1.4 Trabajos publicados durante la primera década del siglo XXI

En los primeros años de este siglo continuaron apareciendo obras que abordaban algunos aspectos de la vida y obra de Rafael Altamira sin ser éste su tema central. Por ejemplo, a raíz del centenario de la guerra del 98 el alicantino fue mencionado en algunos de los análisis históricos que empezaron a publicarse sobre España y su crisis de fin de siglo;⁴⁶ en estudios referentes a redes intelectuales,⁴⁷ y en asuntos monográficos del americanismo e hispanoamericanismo.⁴⁸ Pero también Altamira fue tema principal en el contexto del pensamiento español⁴⁹ y nuevamente fue biografiado.⁵⁰

⁴⁴ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo”, [en línea] ponencia presentada en: *VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Área de Pensamiento, Grupo de trabajo 1: Rencuentro entre españoles y americanos, Universidad Complutense de Madrid, 29 de septiembre al 1 de octubre de 1997, <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero>, [consultado el 19 de mayo de 2008].

⁴⁵ LAGO CARBALLO, Antonio, “Un americanista en el 98: Rafael Altamira”, *TORRE DE LOS LUJANES*, No. 36, junio, 1998, pp. 95-103.

⁴⁶ Véase por ejemplo: ROJAS, Rafael, “Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98”, *Historia Mexicana*, abril-junio, año/vol. XLIX, núm. 4, 2000, pp. 593-629.

⁴⁷ ABELLÁN, José Luis, “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2005, pp. 15-21. PRO RUIZ, Juan, “La crítica al estado liberal y la perspectiva americanista: los ingredientes ideológicos del nacionalismo español, 1890-1940”, en *Ibíd.*, pp. 329-354. ABELLÁN, José Luis, “España-América Latina (1900-1940): La consolidación de una solidaridad”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, 2007, pp. 15-32.

⁴⁸ PASCUARÉ, Andrea, “Del hispanoamericanismo al pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes”, *Revista Complutense de Historia de América*, núm. 26, 2000, pp. 281-306. SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, 2005. CORTE, Gabriela Dalla y

Sobre el americanismo e hispanoamericanismo de Rafael Altamira, Javier Maestro publicó un artículo en el año 2000 titulado: “Positivismo y americanismo en la historiografía de Rafael Altamira y Crevea”.⁵¹ El texto aporta las principales características de la historiografía de Altamira, describe cuáles fueron sus influencias intelectuales y cómo se reflejan sus ideas en su historiografía americanista. En el año 2002 se editaron las actas del XII Congreso Internacional del Derecho Indiano, que se había celebrado en España en 1998. En dicho congreso se presentaron dos ponencias sobre el americanismo de Rafael Altamira. La primera, de Rafael Asín, que se titula: “La civilización y la cultura en el concepto hispanoamericano de Rafael Altamira”,⁵² se trata de un trabajo amplio en el que el autor inicia su exposición con un esbozo biográfico del personaje y su contexto histórico. Continúa con la presentación de los temas que, a su juicio, le interesaban más a Altamira: psicología del español, la disciplina histórica, los intelectuales, el patriotismo, los derechos humanos, sus ideas respecto a la independencia y la colonización; y termina con la descripción detallada del viaje de Altamira por América, las principales actividades que realizó en los países visitados, el regreso a España y el proyecto hispanoamericanista. Al final del trabajo, presenta una bibliografía de las obras de Altamira sobre el tema americanista. La segunda ponencia es de Santos M. Coronas: “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico”.⁵³ En ella se explica cómo Rafael Altamira encarnó el americanismo idealista y el científico, este último gracias a la cátedra Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad de Madrid de 1914 y de todas las políticas implementadas a partir de esa fecha. Se destaca también el papel del grupo de Oviedo y la lucha por la influencia intelectual en los países latinoamericanos. Además, se relata el viaje de Altamira por América puntualizando cada una de sus actividades en los primeros países que recorre (Argentina, Uruguay y Chile) y

Gustavo H. PRADO, “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)”, *Anuario de Estudios Americanos*, 63, 2, julio-diciembre, 2006, 195-216. BERNABÉU ALBERT, Salvador, “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la guerra civil”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, 2007, pp. 251-282. VELEZ, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007.

⁴⁹ VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Un krausista de segunda generación Rafael Altamira y Crevea” [en línea] <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/respublica/hispana/documento6.pdf>, [consultado en 1 de abril de 2008].

⁵⁰ VVAA., *Rafael Altamira: biografía de un intelectual (1866-1951)*, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2002.

⁵¹ MAESTRO, Javier, “Positivismo y americanismo en la historiografía de Rafael Altamira y Crevea” en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, España, Anthropos, 2000, pp. 204-222.

⁵² ASÍN VERGARA, Rafael, “La civilización y la cultura en el concepto hispanoamericano de Rafael Altamira”, en INSTITUTO INTERNACIONAL DE HISTORIA DEL DERECHO INDIANO. CONGRESO (12.1998.TOLEDO), *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional del derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, Feliciano BARRIOS PINTADO (coord.), España, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 171-226.

⁵³ CORONAS GONZÁLEZ, Santos M., “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico” en *Ibíd.*, pp. 343-373.

destacando el regreso triunfal a España, y, por último, se hace una descripción detallada de la cátedra americanista aludida de 1914 a 1936.

También durante el año 2002 vio la luz un artículo de Eva María Valero titulado “Rafael Altamira y la ‘patria intelectual’ hispanoamericana” donde analiza la “política pedagógica” entendida como uno de los proyectos de la acción hispanoamericanista de Altamira.⁵⁴ Cabe señalar que para la autora, Altamira no se movía por un patriotismo autocomplaciente sino que lo hacía desde un “idealismo progresivo”, el cual Valero define de esta forma:

Idealismo, o utopismo, que, partiendo del reconocimiento de una decadencia indiscutible, del autoanálisis y del diagnóstico de los ‘males de la patria’ —propio del pensamiento regeneracionista del momento—, pretendía ‘infundir creencia en la posibilidad de la regeneración’ y, al mismo tiempo, transmitirla a las naciones latinoamericanas para restablecer y normalizar la cooperación con España.⁵⁵

Es importante señalar que en este artículo se estudia la relación entre Altamira y Rodó en el contexto del 98, y que dicho texto sería un preámbulo del libro que publicaría la misma autora en el año 2003: *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*.⁵⁶ La contribución más importante de este libro para la historiografía sobre el hispanoamericanismo de Altamira fue que Valero puso énfasis en la polémica entre el alicantino y el cubano Fernando Ortiz, dado que este último advirtió que tras el Viaje de Altamira a América se estaba produciendo una especie de nuevo colonialismo español. En el libro, la figura de Altamira se enmarca dentro de la disputa entre anglosajones y latinos por la influencia cultural en América.⁵⁷ Eva María Valero situó también la labor hispanoamericanista de España en el contexto de la crisis de entre siglos; sintetizó las ideas de Altamira entorno a la política de colaboración hacia los países latinoamericanos, y señaló ciertas contradicciones encontradas en los discursos y en los textos de nuestro autor con relación a las intenciones que tenía España respecto a América al iniciar el siglo XX.

⁵⁴ VALERO JUAN, Eva María, “Rafael Altamira y la ‘patria intelectual’ hispanoamericana”, *América sin nombre: Boletín de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante*, No. 3, 2002, pp. 94-102.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 98.

⁵⁶ VALERO JUAN, Eva María, *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

⁵⁷ Véase por ejemplo a LITVAK, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980. QUIJADA MAURIÑO, Mónica, “Latinos y anglosajones: el 98 en el fin de siglo sudamericano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. 57, nº 196, 1997, pp. 589-609.

En el año 2004 Juan Pro presentó una ponencia titulada “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”,⁵⁸ donde aborda los idearios hispanoamericanistas de estos personajes y analiza cómo los contextos donde les tocó actuar fueron determinantes para que se consideraran sus propuestas. Pro Ruiz destaca además el hispanoamericanismo del siglo XX ligado al nacionalismo regeneracionista, el cual no “era patrimonio exclusivo de ninguna corriente ideológica” pero sí era proclamado tanto por liberales como por conservadores, lo que hacía que fuera un componente común de todas las posturas políticas y una sostén del nacionalismo español. Sobre el ideario de Altamira, Pro Ruiz hace un repaso de los hitos del americanismo de Altamira ceñidos en el discurso de 1898, en la obra *Psicología del pueblo español*, en la participación del alicantino y del Grupo de Oviedo en el Congreso Hispanoamericano de Madrid de 1900 y en el viaje a América. Sobre este último, Pro Ruiz concluye que Altamira llevó un mensaje nacionalista aunque se presentara paradójicamente como un planteamiento hispanoamericanista.

Otros trabajos que merecen la pena destacar son los del historiador argentino Gustavo Prado. La tesis doctoral de este historiador ha dado cabida a una trilogía de libros sobre el viaje de Rafael Altamira a América y su paso por Argentina. La tesis doctoral titulada: *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*⁵⁹ presenta el viaje a América como un evento inaugural de unas nuevas relaciones intelectuales hispano-argentinas, toda vez que el éxito conseguido por Altamira representó la quiebra de las posiciones hispanófobas en las ideas de los intelectuales argentinos. Además, Prado analiza cómo este viaje y el discurso de Altamira repercutieron en el campo de la Historia de la Historiografía e Historia del Derecho en Argentina.

Este mismo autor escribió un año después el trabajo: “La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico”.⁶⁰ En esta ponencia se explica cómo Rafael Altamira reformuló sus estrategias hispanoamericanistas a partir de 1910, en el sentido de influir sobre la política española y construir un reducto americanista a través de su cátedra en la

⁵⁸ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, en *Seminario Internacional: Repensar la nación: reformismos y regeneracionismo en América Latina y España (1890-1940)*, Universidad de San Carlos de Guatemala, La Antigua Guatemala, 14-16 julio 2004 (paper). Agradezco al autor su autorización para citar este texto provisional.

⁵⁹ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*, tesis doctoral presentada ante el departamento de historia de la Universidad de Oviedo, bajo la dirección del Prof. Dr. Moisés Lordén Miñambres, Oviedo, 2005.

⁶⁰ PRADO, Gustavo, “La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico”, en *De las Independencias al Bicentenario. Trabajos presentados al Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las Independencias al Bicentenario. Barcelona, 20 de octubre de 2005.*, Barcelona, Casa América Catalunya, 2006, pp. 71-88.

Universidad de Madrid. La idea principal de este escrito radica en que el Estado español, al cooptar en sus líneas básicas el programa hispanoamericanista de Rafael Altamira, provoca que el movimiento pierda su autonomía y se subordine a la lógica y a los tiempos de la gestión pública.

En 2007 nuevamente Gustavo Prado publicó el artículo “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE: controversias en torno a la gestión de las relaciones intelectuales hispano-americanas (1909-1911)”⁶¹ en donde analiza cómo se configuró una determinada coyuntura política, que originó que Rafael Altamira y la Universidad de Oviedo se vieran enfrentados, de cierta forma, con la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) y su política de fomento de la ciencia, por el tema del intercambio intelectual con América Latina, cuando, se supone, perseguían los mismos fines.

En 2008 Prado presentó el primer y segundo libro de la trilogía: *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*,⁶² y *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*.⁶³ Con ellos el autor presenta un modelo general de la misión americana de Rafael Altamira y el contexto de recepción política y social que tuvo este personaje, con un estudio de caso en Argentina.

1.5 Las publicaciones más recientes

Iniciado la segunda década del presente siglo Gustavo Prado publicó el tercer libro de la mencionada trilogía: *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica*.⁶⁴ En él Gustavo Prado hace una contribución fundamental a los estudios altamiristas, porque a través de un análisis sistemático y profundo nos presenta el discurso académico que llevó Altamira a Argentina, discurso que nunca antes había sido estudiado y sólo se conocía por los títulos de las conferencias y los cursos que dictó en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad de Buenos Aires.

⁶¹ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE: controversias entorno a la gestión de las relaciones intelectuales hispano-americanas (1909-1911)”, *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, 2007, pp. 33-58.

⁶² PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008.

⁶³ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

⁶⁴ PRADO, Gustavo, *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010.

Cabe señalar que la presentación de este libro de Prado formó parte de las actividades académicas que se realizaron durante el Año Internacional Rafael Altamira 2011. En este Año Internacional, que se celebró para conmemorar el 60 aniversario luctuoso de Altamira, se volvió a dar un fuerte impulso al conocimiento de la vida y obra de este personaje, abarcando todas sus etapas y campos donde desplegó su conocimiento. Dentro de las actividades académicas organizadas tanto en América Latina como en España, destacan algunas ponencias sobre el americanismo e hispanoamericanismo de Altamira. Al respecto, cabe mencionar la de Eva Valero: “Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista” dictada en la Sede de la Universidad de Alicante dentro del *Ciclo de divulgación sobre Rafael Altamira* (10-14 enero de 2011). En dicha ponencia, Valero analiza la “política pedagógica” de Altamira como uno de los “proyectos cardinales” de su acción en consonancia con la “patria intelectual” a la que hacían referencia los americanos hispanófilos. Para ello revisa el discurso de Altamira de 1898, el texto *España en América*, y el viaje a América, del que —afirma— logró “reactivar la conexión cultural con el pueblo latinoamericano” y, al mismo tiempo, significó “el revulsivo principal para la estimulación y el surgimiento en España de instituciones culturales diversas que propiciaron la aurora del horizonte americano en la cultura española de principios de siglo.”⁶⁵

Otra de estas ponencias estuvo a cargo de José Ferrándiz Lozano, la cual fue presentada en septiembre de 2011 en el marco del X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración celebrado en la Universidad de Murcia, con el título: “Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo”.⁶⁶ Ferrándiz analiza que a través de las obras *Cuestiones hispanoamericanas* (1900), *España en América* (1908), *Mi viaje a América* (1911), *España y el programa americanista* (1917), *La política de España en América* (1921), *La Huella de España en América* (1924) y *Últimos escritos americanistas* (1929), Altamira estableció los ejes de su teoría política hispanoamericanista. Estos ejes son la rectificación de la leyenda negra, el valor del idioma castellano, la vindicación de la civilización latina frente a la sajona, la prevención ante la influencia cultural de otros países en América, y la posición de España ante el imperialismo estadounidense.

Como comentarios finales a este estado de la cuestión sobre el americanismo e hispanoamericanismo de Rafael Altamira resulta difícil encontrar en América Latina trabajos que aborden en general la obra de Rafael Altamira. Sólo algunos historiadores del derecho

⁶⁵ VALERO, Eva, “Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista”, en *Ciclo de divulgación sobre Rafael Altamira*, Sede de la Universidad de Alicante, 11 de enero de 2011, p. 9, (paper). Agradezco a la autora su autorización para citar este texto.

⁶⁶ FERRÁNDIZ LOZANO, José, “Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo” en *X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración*, Universidad de Murcia, 7 al 9 de septiembre de 2011 (paper). Agradezco al autor su autorización para citar este texto.

mexicanos lo han estudiado, pero sobre todo historiadores argentinos se han dado a la tarea de rescatar el impacto del pensamiento y acción de Altamira y lo han relacionado con el contexto político, social y educativo argentino.

Los estudios españoles que han trabajado el americanismo e hispanoamericanismo de este personaje se han centrado sobre todo en destacar la acción institucional del alicantino en relación con el americanismo de la Universidad de Oviedo. En cierta manera, la historiografía española ha dejado de lado algunos asuntos que consideramos sustanciales y que son necesarios para comprender en conjunto las condiciones de diálogo entre el mundo intelectual americano y el español representado por Rafael Altamira.

2. Trayectoria de las primeras fases del programa hispanoamericanista de Rafael Altamira

Dentro del hispanoamericanismo, Rafael Altamira fue la figura que trató de conciliar de cierta forma el hispanoamericanismo teórico, idealista y muchas veces retórico de los intelectuales, de la gente del mundo de la cultura y de algunos políticos, con las acciones asociadas a las personas dedicadas al comercio, es decir, con el hispanoamericanismo que se llevaba a la práctica con el establecimiento de tratados comerciales e intercambio de mercancías.

A sus veintiséis años Altamira tuvo su bautizo hispanoamericanista en la coyuntura de las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América.

Fue un verdadero bautizo: es decir, la entrada en una nueva religión, porque hasta entonces nadie, ni en la primera enseñanza, ni en la secundaria, ni en la universitaria, se cuidó de advertirme el interés especial que para un estudiante español tiene todo lo relativo a América... Cuando viene a Madrid y me puse en contacto con las tres o cuatro personas, únicas que entonces poseían concepto claro de lo que América significa para nosotros, vi un mundo nuevo; y el Congreso Hispano-Americano y Portugués que se celebró con motivo de las fiestas del centenario del descubrimiento en 1892, dio ocasión para que me pusiera en contacto con todas las gentes, españolas y extranjeras, para quienes América expresaba ya lo que desde un principio debió haber expresado para nosotros. Y así, como dije antes, se celebró mi bautismo americanista.⁶⁷

⁶⁷ Véase ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Trece años de labor americanista docente*, Madrid, Revista de las Españas, [1925?], pp. 7, 8.

Recapitulando algunos de sus aspectos biográficos, antes de esta fecha bautismal el alicantino venía de haber entablado relaciones importantes con Costa y Giner de los Ríos,⁶⁸ de trabajar en el Museo de Instrucción Primaria, de haber incursionado en el mundo de la historia con su tesis doctoral (*Historia de la propiedad comunal*, publicada en 1890 con prólogo de Gumersindo de Azcárate y elogiada por P. Kropotkine y Otto von Gierke⁶⁹) y con su primer libro sobre la metodología de la historia: *La enseñanza de la historia* (1891). En efecto, tras terminar sus estudios de derecho civil y canónico en 1886 en la Universidad de Valencia bajo la tutela de Eduardo Soler y Pérez Pujol, Rafael Altamira viajó a Madrid en 1887 para hacer su doctorado. Instalado en la capital, ingresó como secretario 2º en el Museo Pedagógico donde impartió cursos de historia, y recibió influencia en cuanto al derecho, la historia y la pedagogía de Francisco Giner de los Ríos. Prácticamente sus *maestros* serán, además de Giner, Azcárate y Costa, y de estas influencias le viene su polivalente formación institucionista (con elementos del krausismo y del positivismo) y regeneracionista. Según Luis Sela, después de que Altamira terminó el doctorado, entraría en una etapa de “duda”, dedicándose tanto al estudio de la Filosofía del Derecho como de las ciencias históricas, pero sería en estas últimas donde encaminaría su vocación.⁷⁰ No obstante, como señala Vaquero, su nacionalismo historiográfico será uno de “los aspectos más genuinos de sus planteamientos regeneracionistas” gracias a esa doble formación profesional.⁷¹

En el contexto de los festejos del IV Centenario del Descubrimiento, en el que se realizaron congresos en el ámbito del derecho, la economía, la geografía, la educación y la literatura y, en ellos, se intentó promover la acción hispanoamericanista, el alicantino conocería a Rafael María de Labra, uno de los pioneros del movimiento hispanoamericanista. Además, junto con otros intelectuales, realizaría una labor de seguimiento a estas importantes iniciativas académicas:

[...] dedicándose a estudiar bien los puntos de Derecho internacional señalados por el congreso jurídico de 1892, especialmente el proyecto de código que, debiendo iniciarse en octubre de 1897, la guerra de Cuba estorbara, o la ejecución de la Asamblea diplomática hispanoamericana que entonces se proyectó; bien la Unión geográfica española, portuguesa e hispanoamericana planteada en el congreso geográfico; bien haciendo más íntimos los lazos de unión entre todos los centros de Instrucción pública, públicos o privados, de España y los Estados hispanoamericanos que proclamara como necesarios el congreso literario; bien finalmente, formando la

⁶⁸ Altamira y Costa intercambiarían una interesante correspondencia entre 1888 y 1911 véase a CHEYNE., G.J.G., *Altamira, corresponsal de Costa*, Bordeaux, Féret & Fils, D.L., 1967 y *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, introducción y notas de G.J.G. Cheyne, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1992.

⁶⁹ SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, *op. cit.*, p. 25.

⁷⁰ *Ibíd.*

⁷¹ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 1.

Sociedad de Instrucción Pública, educación popular y divulgación científica que, a propuesta de Labra, aclamaran los representantes del congreso pedagógico.⁷²

Sabedor de que las tareas propuestas por los congresistas abrían el campo de la actividad académica, Altamira, a la par, desarrolló otras labores intelectuales alrededor de la *Revista Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana* en el período comprendido entre 1895 y 1901. Dicha revista la fundó “para restablecer relaciones intelectuales directas con las naciones hermanas”,⁷³ y para dar a conocer en España libros editados en América. En este sentido, destaca la relación que estableció Altamira con José Enrique Rodó a través de Leopoldo Alas “Clarín”. Cuando ya era catedrático de la Universidad de Oviedo, junto con Alas y Posada, recibió un ejemplar del *Ariel*. Para Sela Sampil, citando a Pérez de Castro, estos profesores ovetenses comentaron y criticaron la obra del uruguayo y sería Altamira quien escribiría la crítica “incorporada como prólogo a las ediciones ‘Cervantes’ de Barcelona, a la chilena, y reproducida en 1920, como homenaje póstumo a Rodó con motivo del traslado de sus restos mortales.”⁷⁴

Además, como apunta Eva Valero, la relación entre Altamira y Rodó estuvo fincada en los términos que ambos defendían: “el diálogo cultural entre los países de lengua española, la regeneración de los valores del espíritu y del idealismo, la necesidad de una “política pedagógica” orientada a la reivindicación de la cultura, la defensa de los valores de la democracia, el antimilitarismo y el pacifismo, así como el rechazo a las dictaduras.”⁷⁵

Es conocida también una de las primeras intervenciones públicas de carácter regeneracionista de Altamira cuando pronunció la conferencia titulada “El problema de la dictadura tutelar en la Historia” apoyando con cuestiones sociales, jurídicas e históricas las ideas de Costa, quien estaba impartiendo un curso en el Ateneo de Madrid dentro de la Sección de Ciencias Históricas con el tema “Tutela de pueblos en la Historia”. De esta sección Altamira era secretario y en un artículo publicado años más tarde en *La Nación*, diría al respecto: ““Mi prólogo tradujo ese pensamiento y expresa la doctrina misma de Costa, con la que estaba identificado y que más tarde apliqué al orden internacional.””⁷⁶

En otras labores intelectuales finiseculares del alicantino, de carácter regeneracionista, cabe destacar también que traduciría y prologaría en 1899 la obra *Discursos a la nación*

⁷² CORONAS GONZALEZ, Santos M., “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico”, *op. cit.*, p. 348.

⁷³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, Valencia, F. Sempere, 1909. p. 78.

⁷⁴ SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, *op. cit.*, p. 29.

⁷⁵ VALERO JUAN, Eva María, “Rafael Altamira y la ‘patria intelectual’ hispanoamericana”, *op. cit.*, pp. 100, 101.

⁷⁶ Citado en PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *op. cit.*, p. 26.

alemana de Johann Gottlieb Fichte, donde presenta a la regeneración como una obra posible que debe basarse en la integración de las masas a las reformas que se necesitan para salir de la decadencia, y de cuya traducción tendría presente las ideas que la conciencia nacional se encontraba en la psicología del pueblo, del idioma como recurso de unidad, y de la necesidad de que el pueblo fuera educado. Desde esas premisas Altamira preparó el libro *Psicología del pueblo español* que publicaría tres años más tarde (1902), en el que inspirado en el nacionalismo romántico alemán analizaba la opinión sobre España desde la época medieval hasta su presente y en el que encontraba grandes cualidades del carácter español, “el espíritu del pueblo”, para emprender la regeneración del país. Por estos antecedentes algunos estudiosos del americanismo e hispanoamericanismo de Altamira coinciden en identificar elementos nacionalistas en sus propuestas hispanoamericanistas. Tal es el caso de Juan Pro, quien considera que para Altamira

[...] la idea nacional era necesaria para alcanzar una unidad sobre la cual apoyar los proyectos reformistas del regeneracionismo; y para definir esa identidad nacional española se sintió obligado a asentarla en la dimensión americana de España, porque América había sido la gran empresa común histórica de los reinos que formaron España, porque sólo desde la distancia de la colonización americana era posible ver España como una unidad, salvando su diversidad regional y sus contrastes, y porque sólo al frente de un bloque iberoamericano de naciones cabía imaginar a España influyendo de nuevo en la política internacional.”⁷⁷

Recordemos junto con estas palabras de Pro, que, como ya se ha señalado a lo largo de esta tesis, Altamira pertenecía al grupo de intelectuales reformistas y regeneracionistas que buscaban hacer frente a la oligarquía caciquil restauracionista y con ello emprender el camino de la modernización del país. Su nacionalismo era cultural. Su formación institucionista impregnada de la filosofía krausista le acercaba a la idea de la armonía universal de la humanidad y de la contribución de cada nación, o de cada grupo humano —cohesionado por el mismo espíritu o genio nacional del que surgía su carácter y modalidad civilizatoria—, en el cumplimiento del ideal de la humanidad.⁷⁸

Recordemos también que, en efecto, a partir de los sucesos del 98 Altamira se convirtió en uno de los intelectuales nacionalistas-regeneracionistas que consideró a América como el lugar a donde España tenía que acudir para recuperar su identidad y su proyección internacional. Pero no es impertinente preguntarse por qué sólo a través de la unión con

⁷⁷ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. p. 32.

⁷⁸ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 3.

América se lograría esta recuperación y esta proyección. La respuesta a esta pregunta puede estar detrás de una serie de propuestas y medidas elaboradas por nuestro personaje, que se estudiarán a continuación.

2.1 El programa inicial

Rafael Altamira opositó para la cátedra vacante de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo en 1896, la cual ganó y formalizó en mayo del siguiente año. El tribunal que dictaminó a su favor, había estado compuesto por Marcelino Menéndez y Pelayo, Matías Barrio y Mier, Gurmesindo de Azcárate, F. Brusi, E. Ferreiro, Balbín de Unquera y Esteban Jiménez.⁷⁹ Cabe señalar que la Universidad de Oviedo era pequeña y tenía sólo la Facultad de Derecho y la Filosofía y Letras, pero había iniciado un proceso de transformación educativa a partir de 1880 encaminada al progreso social que la constituía como una de las universidades más importantes de finales del siglo XIX por promover la modernización educativa en España. Como consecuencia, en 1894 creó la Escuela Práctica de Estudios Jurídicos, conformada por tres secciones: la de Sociología y Política a cargo de Adolfo Posada; la de Economía dirigida por Adolfo A. Buylla, y la de Historia y Problemas Contemporáneos cuyo responsable era Aniceto Sela, y en la cual se incorporará Rafael Altamira.⁸⁰

Tras el desastre de 1898, dicho proceso de transformación educativa de la universidad ovetense tomó un fuerte impulso gracias al compromiso patriótico de varios de sus profesores que comulgaban con los postulados de la Institución Libre de Enseñanza y que se oponían a los sectores más conservadores de la Universidad al intentar impulsar un programa de reforma pedagógica, social y cultural —entre los que se encontraban Félix de Aramburu, Fermín Canella, Adolfo Buylla, Leopoldo Alas, Adolfo Posada, Rogelio Jove, Aniceto Sela, y Melquíades Álvarez—, quienes eran conocidos como el Grupo de Oviedo.⁸¹ Rafael Altamira se incorporará rápidamente a este Grupo.

Caracterizada como una agrupación un tanto elitista de corte liberal y reformista, sus integrantes buscaban proyectar la acción social desde la universidad e influir en la democratización del sistema político español. Siguiendo las enseñanzas de Giner de los Ríos, estaban convencidos de que desde los recintos universitarios era “necesario condensar y dirigir toda preocupación por la difusión de la cultura, la educación de la juventud y dar

⁷⁹ SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, *op. cit.*, p. 25.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 26.

⁸¹ Véase el interesante trabajo historiográfico de Gustavo H. PRADO sobre este grupo: *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, *op. cit.*

solución a los problemas sociales.”⁸² Por ello, crearon la Extensión Universitaria, la cual fue diseñada para difundir conocimiento a través de conferencias, cursos y otras actividades, y de esta forma llevar la educación a aquellas clases sociales que no podían acceder a las aulas, siguiendo el ejemplo de las Universidades de Oxford, Cambridge, Toynbee-Hall y de las universidades populares francesas.”⁸³ Los integrantes del Grupo de Oviedo habían ideado llevar la universidad a la gente que no podía acceder a ella, pero no fue hasta que se presentaron los acontecimientos de la Guerra del 98 que decidieron materializar esta propuesta en la Extensión Universitaria y, a su vez, anunciar la vocación hispanoamericanista de la universidad, dado que estaban interesados en fomentar las relaciones universitarias y culturales entre España y América. Ambos proyectos coincidentes con las ideas que va germinando Altamira fueron ideados como “innovadoras acciones regeneracionistas.”⁸⁴ Además, el hispanoamericanismo español que como vimos se venía componiendo de relaciones comerciales, de algunas acciones intelectuales personales aisladas, y otras articuladas en asociaciones privadas, encontrará con Rafael Altamira, el Grupo de Oviedo y la Universidad de Oviedo una nueva dimensión, es decir, convertirse en una extensión más de la universidad, como veremos a continuación.

En la apertura del curso 1898-1899, Altamira pronunció el discurso inaugural⁸⁵ y presentó lo que serían las bases de su hispanoamericanismo, inspirado en este contexto que se ha aludido de nacionalismo y regeneracionismo y del nuevo hispanoamericanismo español del siglo XX.⁸⁶ Bases de sustrato ético cultural para restablecer los lazos entre España y América que, en palabras de Julio Antonio Vaquero pueden ser comprendidas cabalmente si se analizan en el contexto del discurso regeneracionista, y que para Eva Valero, estas bases debían atarse mediante una “política pedagógica”.⁸⁷

El discurso, que se tituló “Universidad y patriotismo”, se publicó también en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* con el título “El patriotismo y la universidad”. De dicho texto hemos seguido tres ejes fundamentales. Primero, la preocupación de Altamira por la recuperación del prestigio nacional a través de la historia y la tradición; segundo, el papel que le concede a la Universidad en el proceso de regeneración nacional, y tercero, la vinculación

⁸² *Ibíd.*, pp. 12, 13.

⁸³ *Ibíd.*, p. 16.

⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 17, 18.

⁸⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 por el D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático numerario de Historia del derecho*, Oviedo, Universidad Literaria de Oviedo, 1898.

⁸⁶ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. 10.

⁸⁷ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 1. VALERO JUAN, Eva, “Rafael Altamira y la ‘patria intelectual’ hispanoamericana”, *op. cit.*, p. 96, y “Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista”, *op. cit.*, p. 2.

con América promovida mediante el establecimiento de relaciones con centros universitarios y a través de incentivar la enseñanza e investigación de los temas americanos.

Altamira inicia esta disertación exponiendo el llamado problema de España. Destaca que el mal prestigio que tiene su país en el exterior se debe a las argumentaciones sobre la historia y el carácter de los españoles derivadas de la leyenda negra. Es decir, para el alicantino, España es el único pueblo que ha sido acusado insistentemente y “con apariencias de demostración científica”, por su supuesta incapacidad para hacer algo por la civilización; situación que, a su vez, ha sido “aceptada, reforzada y aún aplaudida por una gran parte de los nacionales”.⁸⁸

De modo que, para el profesor ovetense, este mal prestigio recae en el asunto de la “patria”, convirtiéndola en un problema que tiene que ver con “las formas de su concepto, de su valor, de su estado actual y su historia, de su significación en el mundo, y del sentido y carácter que ha de llevar la necesaria regeneración”.⁸⁹

Con estas premisas el alicantino establece que la patria necesita, por tanto, recrearse, y para llevar a cabo tal empresa, invita a los jóvenes universitarios —los futuros intelectuales— para que tomen conciencia de los males de la patria y asuman la propuesta de la regeneración, no sin antes mostrarles el camino a seguir:

Muéstrense sin reserva los defectos, descúbranse las llagas actuales, hágase mirar el mal frente á frente y sin disfraz; pero al propio tiempo, anímese al enfermo en el camino de la curación, devuélvasele la confianza en sus propias fuerzas, convénzasele de que es capaz de vencer las dificultades como las venció en otro tiempo, y robustézcase su fe con la imagen de los siglos en que era grande por la cultura y el empuje civilizador...⁹⁰

¿Cómo debía emprender la juventud esta tarea? Altamira propone primero apoyarse de las herramientas para estudiar el presente que ofrecen las disciplinas científicas como la sociología y la psicología, y, al mismo tiempo, invita a hacer un ejercicio de honestidad en donde se muestren los defectos de la patria pero, al mismo tiempo, se inyecte un ánimo suficiente para confiar en que se saldrá adelante. Segundo, propone restaurar la historia “con el fin de devolver al pueblo español la fé en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada”, y al mismo tiempo, recuperar los elementos útiles de la ciencia y el pensamiento

⁸⁸ PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *op. cit.*, pp. 27, 28. Altamira como publicista tocará estas cuestiones constantemente en sus artículos pero profundizará en ellas en *La Huella de España en América*.

⁸⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, *op. cit.*, p. 5

⁹⁰ *Ibíd.*, pp. 12, 13.

de tiempos pasados acordes a los moldes de la civilización moderna para que se “verifique y depure el genio nacional”.⁹¹

La empresa regeneracionista propuesta por Altamira, por tanto, empieza por la resignificación de la patria a través del conocimiento del pasado y de la revaloración de las tradiciones comunes. Para llevar a cabo tales tareas advierte que quien rescate el pasado, debe tener cuidado de no ponerse un velo en los ojos al recuperar las glorias pretéritas. Luego, debe revisar las obras tanto de españoles como de extranjeros que se han interesado en probar el valor de la historia de España. En este sentido, el alicantino busca que la historia sea el instrumento para la formación de una conciencia nacional y para la identificación con la patria, por ello propone el rescate de la tradición cultural.

La tradición es fundamental en el pensamiento de Altamira ya que ésta le confiere a cada pueblo el “sentido de su íntimo genio y carácter, y la conjunción ha de hacerse precisamente en ese punto, no en la particularidad de tal doctrina, de tal régimen, filosófico, político, etc.”⁹² Es decir, para el profesor ovetense la tradición sería el elemento director que unificaría históricamente al pueblo español, lo caracterizaría y proyectaría más allá de toda ideología. Sin embargo, reconoce que España carece de estudios sobre la tradición, de ahí que aprecie que:

Conocemos ya, en gran parte, la historia externa, erudita, bibliográfica, de nuestra cultura intelectual, poseemos amplios extractos de la doctrina de nuestros pensadores en ciertas disciplinas; más la interpretación de todos estos datos, el sondeo de cada uno de esos pensamientos individuales para hallar en el fondo el espíritu íntimo que los anima y el lazo que los une, a pesar de sus diferencias, eso no se ha hecho, aunque ya pudiera intentarse. Quizá haya que esperar á que, conocidos mejor y con más detalles, los hechos en que se han expresado, fuera del orden intelectual, el alma de la nación, y escudriñadas las profundidades de la masa popular en busca de las manifestaciones consuetudinarias que forman el subsuelo de nuestra vida social, puedan, incorporándose estos datos á los de la más elevada actividad científica, interpretarse al fin y estudiarse á fondo nuestra historia interna.⁹³

Entonces, al estar ausente este tipo de estudios sobre la tradición adquiere relieve el segundo eje discursivo que tiene que ver con el papel de la Universidad en el proceso regenerador. Además, mucho tiene que ver que la Universidad era para Altamira la heredera de todas las conclusiones a las que se había llegado en los distintos congresos científicos

⁹¹ *Ibíd.*, p. 8.

⁹² *Ibíd.*, p. 17.

⁹³ *Ibíd.*, p. 18, 19.

(Jurídico, Mercantil, Geográfico, Literario, Pedagógico) que se celebraron en 1892. Conclusiones que debían estudiarse y llevarse a la práctica.

Pero para que la Universidad sea la institución que conduzca la recuperación del crédito nacional y, a la vez, restituya el optimismo general para avanzar hacia el camino del progreso, es fundamental para Altamira, primero, elevar el nivel de la cultura general, y para ello propone que se refuerce el presupuesto de la enseñanza primaria y secundaria.

Ahora bien, las tareas que se deberían desarrollar a través de la Universidad son varias, pero antes de anunciarlas, conviene repetir que el alicantino cree firmemente en la acción del intelectual para dirigir esta misión nacional regeneradora, el cual, comprometido con la causa de la ciencia, tendría que buscar “el espíritu español” en la Historia y armonizarlo con el “espíritu de la civilización”. El espíritu español era para Altamira el elemento que unía y daba fuerza a la nación, es decir, la tradición. Pero además este espíritu era compartido por los pueblos americanos, de ahí el fundamento de unirse con estos países como veremos más adelante.

Para llevar a cabo las tareas regeneradoras impulsadas desde la Universidad, el intelectual tendría, tal como se ha dicho, que recuperar y renovar en la medida de lo posible la lectura de autores españoles antiguos cuyas ideas tuvieran vigencia dado que posibilitarían:

[...] notas más conformes con el genio intelectual de la nación y quizá inadvertidas ó desechadas por los que no proceden del mismo tronco. No olvidemos que el presente vive del pasado, y que muchas ideas que nos parecen hijas de nuestro siglo no son sinó fructificaciones, quien sabe si desviadas ó incompletas, de gérmenes antiguos. Los estudios genuinamente históricos —la Historia General de España, la literatura, la jurídica, la filosófica, la de la medicina, la pedagógica, la artística—, pueden hacer todavía más, trabajando particularmente sobre lo español, resucitando autores y leyéndolos, sin contentarse con una seca y árida enumeración bibliográfica.⁹⁴

Esta recuperación de autores nacionales constituía una forma de “robustecer la imagen de la nación española”, a través de un proyecto de historiografía nacional.⁹⁵ Además de que esta tarea estaba orientada a enriquecer la formación de los jóvenes universitarios, también tenía que formar parte de todo aquel conocimiento que habría de llevarse a las capas más bajas de la sociedad por medio de la mencionada Extensión Universitaria. En este sentido, el alicantino señala que la Universidad no tiene que ser un espacio cerrado sino debe abrirse al diálogo con la sociedad, con las clases sociales que no acuden a sus cátedras, procurando

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 23.

⁹⁵ PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *op. cit.*, p. 26.

exponer temas que se relacionen directamente con los intereses, la vida o la historia del lugar que se visita, que se muestren los resultados de las ciencias aplicadas, que se hable de forma sencilla y familiar sobre derecho, economía, problemas sociales, moral y evitando hacerlo sobre política. En este último punto se entiende que Altamira, junto todos los intelectuales de la misma condición social, temían a la acción de la “masa politizada”, por ello, se abocaron a la educación de las masas para evitar el enfrentamiento y el antagonismo.

Para completar esta tarea de extender la Universidad al grueso de la sociedad, Altamira propone uno de los temas centrales del que será su programa hispanoamericanista: el intercambio académico para la transmisión de conocimiento. Al respecto, plantea llevar a España a profesores extranjeros para que formen al personal docente en especialidades no dominadas, o bien, enviar a estudiantes a formarse en el extranjero. Aunque cabe señalar que reconoce que estas prácticas ya habían sido llevadas a cabo con anterioridad:

Ambos sistemas se han practicado varias veces en España: en tiempo de los Reyes Católicos y en el de los Borbones reformistas del siglo XVIII, por ejemplo. En América emplearon el primero los jesuitas incluso para las artes industriales y hoy día lo han ensayado con éxito en la enseñanza pública algunos países como la república de Chile. El segundo sistema es el comunmente seguido en nuestro tiempo, incluso por naciones muy adelantadas, como Francia, Bélgica, Inglaterra, los Estados-Unidos, Italia para mantener la comunicación con diferentes tipos de cultura y aprovechar los progresos particulares de otros países. Así, por ejemplo, la moderna generación de pedagogos é historiadores franceses se ha formado en Alemania.⁹⁶

En efecto, Altamira no se equivoca en reconocer estas prácticas, Julián Sanz del Río, por ejemplo, había viajado en 1843 a Alemania pensionado por el gobierno y había regresado a España impregnado por el Krausismo, mismo que difundirá en las aulas de la Universidad Central de Madrid. En este sentido, Rafael Altamira propone que para que se produzca este intercambio académico es necesario que se revise la asignación de partidas en este rubro que estarían contempladas en el presupuesto de la Instrucción Pública, y que se verifique su implementación de manera correcta. En lo tocante a las becas o pensiones de estudio, propone una serie de acciones a seguir:

[...] reformando algo de los presupuestos del personal universitario, para ahorrar por un lado lo que mejor se gastaría en éste; ya, en fin, consignado de nuevas sumas en el presupuesto general de Instrucción pública, cuyo aumento jamás debe doler. En la concesión de las pensiones de viajes, habrá de dejarse amplia iniciativa á la

⁹⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, op. cit., p. 30.

Universidad, para que, á propuesta de los profesores, y prescindiendo todo lo posible del trámite de oposición, designe los alumnos que, faltos de medios para vivir á su propia costa en el extranjero, merezcan por sus aptitudes, vocación y méritos ampliar en esta forma sus estudios.⁹⁷

Para Altamira esta iniciativa concerniente a los intercambios académicos contribuiría no sólo a la transmisión de conocimiento sino también a restablecer las relaciones culturales con los países americanos. Por ello, el tercer eje que hemos identificado en este discurso tiene que ver con que la Universidad, mediante una política educativa, debe trabajar por la unión hispanoamericana. De esta forma, el alicantino aprecia que las universidades constituyen el mejor conducto para llevar a cabo dicha unión, toda vez que considera que las naciones americanas se encuentran “necesitadas de la ayuda de elementos intelectuales extraños, como pueblos nuevos y débiles todavía, que son. Buscan para esto, no sólo profesores extranjeros, sinó la comunicación íntima y constante con la literatura científica de los países adelantados, con el fin de orientarse en la dirección y en el estado actual de todos los problemas intelectuales.”⁹⁸ Con estas palabras de Altamira es de considerar que, teniendo en cuenta que su discurso estaba dirigido a los jóvenes de la universidad ovetense y que el contexto en el que se pronunció era el de la derrota contra Estados Unidos con la consecuente pérdida de las últimas posesiones, resultaba normal emplear imágenes de una América joven e inmadura que no era más que una visión estereotipada que venía siendo alimentada por lo menos desde la mitad del siglo XIX, como vimos en el capítulo anterior. Pero sobre todo, era normal emplear figuras retóricas como la siguiente:

[...] la Universidad no debe olvidar, al enaltecer la preferencia de la obra interior en los pueblos, que España no es una personalidad aislada en el mundo, último vástago de una familia agotada: sino que, por el contrario, tiene descendencia en numerosos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente española y que tienen de común con ella cualidades útiles que desarrollar, defectos que corregir é intereses que poner á cubierto de absorciones extrañas.⁹⁹

La muy utilizada metáfora de la familia hispanoamericana sirve a Altamira, en esta ocasión, para situar a España como la “madre” de los pueblos americanos que comparten el mismo espíritu y la misma civilización. Pero como veremos más adelante, sólo en este

⁹⁷ *Ibíd.*, pp. 34, 35.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 45.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 40.

discurso donde presenta el primer programa hispanoamericanista es donde se percibe este tipo de metáfora, ya que en realidad, el alicantino miraba a las naciones americanas como “hermanas” y este será el pilar de su discurso cuando emprenda el viaje a América.

Para nuestro autor, uno de los objetivos del entramado de políticas educativas que debe implementar la Universidad para propiciar la unión entre las naciones, es intentar reducir en América la tutela de los países más adelantados, sobre todo de Francia, ofreciendo los avances de la ciencia española y difundiendo el papel que había desempeñado España en la historia de la civilización universal. Sobre los avances de la ciencia española, señala Vaquero que: “Lo cual el profesor alicantino explícitamente identifica en general en la producción intelectual ya realizada o que bien pudieran realizar los profesores institucionistas.”¹⁰⁰

Todo este entramado de políticas educativas debía realizarse teniendo la confianza de que había como soporte la semilla española dejada en América:

Comprenden todos ellos que, viniéndoles por conducto de inteligencias españolas, asimilados según el genio de la raza y expuestos en la lengua troncal de Castilla, los conocimientos modernos han de serles de más fecundo y fácil aprovechamiento, sin peligro de contaminarse con ciertas direcciones del pensar que, no siendo más que extravagancias de espíritus extraños, excrecencias de la idiosincrasia nacional de otros pueblos, repugnan y pueden torcer la dirección sana del propio genio intelectual.¹⁰¹

De esta manera, para Altamira la inclinación hacia la obra española en América es prácticamente “natural” y, en este sentido, propone que se aproveche, que se sistematice, que se haga el esfuerzo de perfeccionar la literatura científica española, porque así la tutela del pensamiento francés y del norteamericano sobre América puede disminuir. La tutela, por tanto, tiene que volver a España. Con estas aspiraciones se muestra un Rafael Altamira un tanto paternalista; su elitismo paternalista podría ser herencia de la influencia que tuvo de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza.

Ahora bien, a los ojos del profesor ovetense la forma más práctica de reconquistar la tutela es a través del idioma y, por ello, apunta que América debe cultivarse en el castellano para restringir la influencia extranjera. Aunque contradictoriamente señala, asimismo, que su país, en cambio, necesita abrir su horizonte en el aprendizaje de otras lenguas con el fin de conocer la ciencia que se escribe en inglés o en alemán, porque también España necesita quitarse un poco la influencia del idioma francés.

¹⁰⁰ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 9

¹⁰¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, *op. cit.*, pp. 46, 47.

Otra lectura que trae consigo el tema del idioma es su reconocimiento como un elemento de identidad tal como se señaló al estudiar el hispanoamericanismo español. Por ello, Altamira considera que la lengua es una de las bases de la relación intelectual con América, y para fomentar este vínculo, propone editar revistas hispanoamericanas dedicadas al estudio combinado de materias propias con redactores tanto españoles como americanos — justo como él lo estaba haciendo con su revista—. Además, advierte que los emigrantes españoles asentados en América también son fundamentales en la preservación de la lengua:

Mirando así las cosas, elevadamente, aún los mismos antiacadémicos han de reconocer la necesidad de velar por la conservación del castellano en América; y aunque sea ley de las lenguas vivas el movimiento y la variación, las diferencias dialectales y locales, sabido es que esto se produce, cuando la función es normal, sin negar el fondo y el carácter substancial de aquéllas, fondo y carácter que ha de persistir bajo peligro de muerte del idioma entero. En este sentido, las Academias correspondientes de América, y cualquiera otro órgano ó corriente de relación que las Universidades españolas creen, han de ser de fundamental influencia en la vida intelectual, para la que es la lengua un medio de expresión menos accidental é indiferente de lo que piensa el vulgo. Para esta obra, los peninsulares que viven en el continente americano pueden ser un elemento eficacísimo; y el serlo constituye sin duda uno de sus mayores deberes, superior quizá al de los auxilios materiales de que en tiempo de guerra han sido pródigos.¹⁰²

En un plano más operativo Altamira propone aprovechar el desarrollo de las comunicaciones para fortalecer las políticas educativas de la Universidad y así fomentar los congresos, las conferencias y las comisiones científicas mixtas. Estas actividades académicas patrocinadas por la Universidad, provocarían que los jóvenes españoles viajaran a América y los americanos visitaran España. Es decir, como bien señala Gustavo Prado, Altamira estaba proponiendo una sociabilización del conocimiento, y con relación al tema de fomentar los congresos, iba más allá, pues les estaba otorgando una gran importancia en el marco de la producción y difusión de la ciencia dado que, unos pocos años más tarde, los patrocinará como espacios para “refutar los tópicos hispanófobos” pero, sobre todo, “para el diálogo y la cooperación, potenciando un ‘internacionalismo racional’ y contribuyendo a la ‘obra de la paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas.’”¹⁰³

No obstante, el alicantino también advierte que existe el riesgo que el alumno español que optase por estudiar en el exterior se extranjerice, y con ello se vaya en contra de la obra educativa nacional. Pero más allá de que esto desvíe su atención, propone implementar ciertas

¹⁰² *Ibíd.*, p. 51.

¹⁰³ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.* pp. 34, 35.

reformas como el reconocimiento de los títulos profesionales de América, para cooptar con mayor facilidad a los estudiantes americanos que planean realizar estudios en el extranjero:

[...] porque el legítimo interés de su cultura se sobrepondrá siempre, y con razón, en el ánimo de los americanos, al amor o la simpatía hacia España, y si no hallan en nuestros establecimientos docentes, por lo menos las mismas condiciones de estudio que en los extranjeros, seguirán apartados de nosotros para buscar en otro lado lo que aquí no podemos ó no sabemos darles. Yo quiero creer que en algunos puntos los americanos rinden parias todavía á la leyenda que hace mayor de lo que es nuestro atraso; pero nadie podrá negar que en muchos otros su prejuicio responde á una realidad dolorosa. No tengamos reparo en confesarla y en darnos completa cuenta de ella.¹⁰⁴

Al final de su discurso Altamira impulsa a los jóvenes a seguirse formando, a trabajar en este derrotero pues son ellos los que tienen la misión de completar la regeneración de España y al mismo tiempo de hacer una labor patriótica:

Haciéndolo así cumpliréis fielmente con el deber del patriotismo, que no consiste, según ya dijo Iriarte, en la hinchada vanidad de proclamar lo propio como lo mejor del mundo, negando y encubriendo sus defectos, á reserva de cruzarse luego de brazos y eludir, con criminal egoísmo, el menor sacrificio por el interés común; sinó que es, ante todo, ‘una noble pasión por engrandecer la tierra donde uno ha nacido’, mediante el reconocimiento sincero de las faltas, el trabajo diario para corregirlas, el afán por aprovechar el ejemplo ajeno, el deseo vivísimo de igualar á los más perfectos y de conseguir por amor á la patria, que en todas partes y en todos los órdenes valga realmente tanto ó más que cualquier otra nación. Entendido así el patriotismo es, como dicen d'Arvert y Legrand, fuente de grandes virtudes y excelencias morales, y en vez de deprimirlo hay que exaltarlo y robustecerlo; porque sintiéndolo así todos los que realizan alguna acción social —los empleados, los jueces, los políticos, los profesores, los militares, etc.— acabarían ó por lo menos disminuirían en gran escala muchos de los vicios y defectos que desprestigian á una nación y la debilitan en el gran concurso de las fuerzas humanas. Piense cada español que en su conducta va implícito el honor, el porvenir y el crédito de España, y nuestra regeneración será cosa fácil en lo que depende de la actividad de los hombres.¹⁰⁵

Con este discurso Altamira puso las bases del nuevo hispanoamericanismo, que en el contexto nacionalista-regeneracionista, mostraba un corpus ideológico con estas características:

¹⁰⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, op. cit., p. 54.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 59.

[...] reacción nacionalista contra la adversidad de la derrota y para salir de un largo periodo de decadencia; el esencialismo nacionalista como fundamento de la unidad; el reforzamiento del nacionalismo por la amenaza real o supuesta de un enemigo poderoso; el componente subjetivo de la identidad nacional, que añade como argumento la conciencia de ese espíritu común; el papel de las elites sociales en la construcción nacional o, al menos en el reforzamiento de la conciencia nacional; la necesidad de superar el recuerdo de los elementos de dominación y explotación de la era colonial, y de los elementos de confrontación de la época de la emancipación, para hacer posible un acercamiento y una confianza mutua en un contexto internacional completamente transformado.¹⁰⁶

Para plasmar estas bases en medidas concretas, Altamira, como se explicó aquí, utilizaría como vehículo regenerador a la Universidad. Pero para implementar la “política pedagógica” que estaba proponiendo, vio como condición necesaria primero impulsar una reforma que fortaleciera el sistema básico de enseñanza español. Aun así, para el alicantino la Universidad, como depositaria de la misión de regenerar España, debía restaurar el crédito de la historia española, recuperando las ideas del pasado y la tradición para forjar el presente en el marco de la civilización moderna. Además, debía fungir como vínculo para intentar lograr la unidad hispanoamericana mediante el establecimiento de relaciones intelectuales permanentes; a través del intercambio de profesores y estudiantes; recuperando la tutela de la influencia cultural a través del idioma; aprovechando el desarrollo de las comunicaciones, e implementando reformas administrativas para cooptar estudiantes americanos. La apertura de la Universidad en este sentido, permitiría al mismo tiempo enriquecer a la sociedad española. La Universidad será para Altamira, por tanto, la principal instancia para establecer el vínculo entre España y América en este primer programa hispanoamericanista, pero con los años, esta institución compartirá su papel protagónico con otras instancias o, mejor dicho, con otros actores, como se verá en los programas siguientes.

2.2 El programa de 1900

Iniciado el siglo XX, Altamira ahondó sus reflexiones hispanoamericanistas en el texto *Cuestiones Hispanoamericanas*.¹⁰⁷ En esta obra el alicantino conjuntó algunas ideas del discurso de 1898 con otros artículos que versaban sobre la enseñanza en Chile, el tema de los latinos y los anglosajones y las relaciones geográficas de Indias.

¹⁰⁶ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, pp. 11, 12.

¹⁰⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Cuestiones hispanoamericanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra (ed.), 1900.

Altamira empieza recalcando como premisa la necesidad de la unión entre España y América, en el entendido de que España necesita de América para salir de su estancamiento. Sólo que en esta ocasión advierte que América necesita a España para enfrentar la amenaza del imperialismo estadounidense y para reestructurar su entramado social. En este sentido, desprende la idea que los Estados Unidos son el obstáculo para la solidaridad que se quiere establecer, y ante ello, la forma de posibilitar la unión entre España y América es a través de bases sólidas más allá de los “lirismos”.¹⁰⁸

Conviene detenerse sobre todo en el capítulo III de esta obra titulado “Nuestra política americanista”, toda vez que en este apartado Rafael Altamira identifica cuáles son las situaciones contextuales que obstaculizan, sobre todo, la implementación y desarrollo de su programa hispanoamericanista, pero que también en el fondo han impedido la unión hispanoamericana o la “solidaridad ideal” como la llama en este nuevo texto. Para remediarlas, Altamira propone lo siguiente:

En el área política plantea recuperar la confianza de las repúblicas americanas mediante el ejemplo de una política liberal. A este respecto señala haciendo eco de las palabras del chileno Valentín Letelier:

Y en primer lugar comprendamos que la más grande garantía que podemos ofrecer a nuestros hermanos de América, es una franca política liberal [...] Con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, nada quieren, porque sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas. Temen los americanos que España no acierte a entrar de lleno en el camino de la verdadera libertad, en los hábitos de tolerancia de los pueblos cultos; y esto crea, sea en los hispanófilos mejor dispuestos, suspicacias y reservas en punto al establecimiento de una franca e íntima unión internacional. Fúndase ese temor en la experiencia de nuestra historia contemporánea, sobre todo.¹⁰⁹

Como habíamos apuntado, en la historia del hispanoamericanismo español, el régimen de la Restauración, aunque intentó hacer reformas para democratizar su política, éstas finalmente no fueron suficientes para consolidar —en palabras de Altamira— una “franca política liberal”; ni mucho menos, dicho gobierno fue capaz de impulsar políticas efectivas para fortalecer los vínculos con América una vez reconocidas las independencias.

Por otro lado, en materia cultural, el profesor ovetense continúa con la firme idea de una reestructuración de la educación apoyada por un presupuesto considerable que permitiría posicionar a España como cabeza cultural y científica de América. De ahí que se pregunte:

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 52-54.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 54.

[...] ¿cómo hemos de pensar en ejercer influjo sobre los americanos, en crear en ellos centros de enseñanzas, si antes no reorganizamos los nuestros y nos decidimos a emplear en su mejora y en su difusión grandes cantidades de nuestro presupuesto, locamente derrochado en cosas menos útiles e inútiles del todo? ¿De dónde sacaríamos hoy si se nos pidiera (y se nos pide a menudo), personal educativo, si la mayoría del que tenemos es malo, la minoría aprovechable es insuficiente para nuestra vida nacional y el Estado se empeña en no crearlo para lo futuro, negándole medios de formación y de subsistencia?¹¹⁰

De este argumento se desprende que por un lado, la mayoría de los docentes estaban insuficientemente preparados, y por el otro, los pocos preparados se empeñaban en dirigir sus esfuerzos en la labor pedagógica española. Situación que se constituía como uno de los problemas principales para desarrollar la propuesta altamirana sobre el intercambio de profesores.

En la esfera económica nuestro autor hace una crítica a la política económica española, y al mismo tiempo, cuestiona cómo podrían desarrollarse en América iniciativas de trabajo, a pesar del renacer de la industria si “...el Estado, que nada hizo para producirlas, se goza en desalentarlas y en oponerles obstáculos con un presupuesto que invierte los más de los ingresos en gastos impopulares, aumenta desordenadamente los tributos y protege los monopolios.”¹¹¹

Por todo lo anterior, para Rafael Altamira es impensable llegar a América “con las manos vacías” pues si los buenos deseos, la hospitalidad, los discursos y hasta los banquetes hacia los americanos, es decir, los “lirismos” eran nada, por decir, muy poco, entonces todavía resultaba peor el ofrecimiento de “condiciones negativas, que repugnasen al espíritu público de las naciones americanas”.¹¹² Es decir, Altamira es consciente de que el hispanoamericanismo ha sido retórico, de que han sido los americanos los que acuden a las actividades que organizan los españoles para fomentar los vínculos entre ambas regiones — que por lo demás han sido pocas y no se escatima en recibimientos y atenciones— pero que hace falta ir a América a ofrecer una España diferente.

Con la conciencia de estos problemas, Altamira considera asimismo que España no debe asumir una postura de supremacía y dado el reconocimiento del atraso político de su país, en los siguientes programas hispanoamericanistas que formulará, no hará alusión a ninguna superioridad. De hecho, esta propuesta terminó siendo uno de los acuerdos logrados

¹¹⁰ *Ibíd.*, pp. 55, 56.

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 56.

¹¹² *Ibíd.*

en el Congreso Social y Económico Hispano-Americano celebrado en Madrid en noviembre de 1900. Al respecto, cabe señalar que, en una de las primeras sesiones de dicho Congreso, se había discutido la instauración de un tribunal de arbitraje y entre los acuerdos a los que se había llegado, se encontraba la postura de estar en contra de toda tendencia a dar “al tribunal de arbitraje o á las gestiones que se [hicieran] para constituirlo cualquier nota de supremacía política de ninguna de las naciones interesadas en el Tribunal que se recomienda.”¹¹³ En dicha discusión había participado Rafael Altamira y, en nombre de la Universidad de Oviedo, había opinado que no era necesario establecer dicha propuesta respecto al arbitraje, ya que las relaciones de aproximación que perseguían con los pueblos hispanoamericanos no tenían el propósito de obtener ninguna supremacía política, por lo que sería importante que se desvaneciera este prejuicio de dominación.¹¹⁴

Vale la pena señalar que prácticamente Rafael Altamira con su discurso de 1898 le imprimió al Grupo de Oviedo la dimensión americana que antes no tenía. Ello se verificaría en las cartas circulares que mandaría la universidad ovetense a América en 1900, dirigidas a los centros docentes y a los emigrantes españoles asentados en los países americanos y que se insertarían en la real Gaceta del 23 de julio.¹¹⁵ De esta forma, el Grupo de Oviedo comenzó a materializar su interés hispanoamericanista. En dichas cartas dirigieron dos propuestas a los centros docentes americanos y a los emigrantes españoles para empezar a establecer los contactos. Para los centros docentes ofrecían un intercambio de publicaciones científicas corporativas y la creación de una revista en la que participarían profesores de Oviedo y americanos. Asimismo, extendieron una invitación a los profesores y estudiantes para visitar la Universidad de Oviedo. A los emigrantes les solicitaron el apoyo financiero para costear sus actividades de Extensión Universitaria, la Escuela Práctica de Estudios Sociales y Jurídicos, y las Colonias Escolares de Vacaciones, principalmente, y para establecer fundaciones. En concreto, les pedían recursos para la compra de libros, mapas, fotografías, gabinetes, apoyo para las excursiones, viajes de profesores españoles para dar conferencias, y ayudas para traer especialistas extranjeros para cursos breves.¹¹⁶ Cabe señalar que estas iniciativas provocaron que el gobierno de Francisco Silvela, el cual fue sensible a las demandas de los nacionalistas-regeneracionistas, dictara una orden para facilitar el intercambio de publicaciones y apoyara la

¹¹³ *Actas del Congreso Social y Económico Hispano-americano reunido en Madrid el año 1900*, 2 tomos, Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, 1902, p. 107.

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 108.

¹¹⁵ UNIVERSIDAD DE OVIEDO, *Anales de la Universidad de Oviedo*, Año 1, pp. 383-388.

¹¹⁶ *Ibíd.*, y también ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., pp. 366-370.

solicitud que la Universidad de Oviedo había extendido a la colectividad española radicada en América.¹¹⁷

En el citado Congreso de 1900, Altamira y el Grupo de Oviedo presentaron en conjunto una serie de propuestas con la finalidad de “enseñar el camino” para la resolución de las relaciones con América. El Grupo, en nombre de la Universidad de Oviedo y haciendo alusión a esas circulares, reclamaba que Asturias tenía, quizá, más derecho y deber de contribuir a estrechar las relaciones con América que las otras provincias españolas, gracias a sus grandes figuras del pasado colonial que se habían desempeñado como gobernantes, legisladores o capitanes. Por ello, y en nombre de esa memoria, la Universidad de Oviedo tenía que responder a tal empresa. Pero además, como señala Julio Antonio Vaquero, existía una especial vinculación social con América por la fuerte migración asturiana y también por:

La tradicional preocupación y dedicación del pensamiento asturiano por los problemas y asuntos de América, de donde se deducía la obligación moral con la sociedad asturiana que tenía la Universidad de Oviedo de continuar con esa tradición recogiendo en ella una profunda aspiración regional.¹¹⁸

El Grupo abogaba sobre todo porque entre pueblos de la misma raza, lengua, con intereses y aspiraciones comunes, nada debía impedir el establecimiento de un tribunal de arbitraje permanente para la resolución de pleitos o disputas. Además, estos académicos proponían establecer una serie de convenciones o uniones hispanoamericanas relacionadas con los medios de comunicación, respaldando así las ideas vertidas por Altamira dos años atrás, y que consideraban esenciales para el quehacer intelectual y comercial. Pero para que todas estas iniciativas se logaran, dicho grupo sugirió primero que se llevaran a los gobiernos con el fin de lograr “la igualdad de derechos civiles, que tantas facilidades ha de traer en la comunicación de los pueblos americanos con el nuestro, sobre todo en lo que respecta á la vida mercantil, base de las naciones modernas.”¹¹⁹

Los universitarios ovetenses elaboraron nueve propuestas relacionadas con sus áreas de estudio,¹²⁰ pero en la ponencia que presentaron de manera conjunta, sólo comentaron los puntos de la cuarta propuesta, referente al establecimiento de uniones internacionales entre España, Portugal y América. Comentarios que conviene resumirlos aquí porque desarrollan

¹¹⁷ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. 13.

¹¹⁸ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 10.

¹¹⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, *op. cit.*, p. 361

¹²⁰ Véase anexo I.

los temas orientados a la cuestión social del programa hispanoamericanista de Altamira de 1898:

Establecimiento inmediato de uniones internacionales de España, Portugal y las Repúblicas latinas de América, referentes á

I. Comunicación postal y telegráfica, fijando tarifas inferiores á las de la Unión Postal Universal, de un modo análogo á lo convenido entre Portugal y España.

*Para hacer más fácil la comunicación telegráfica, y para dar independencia á las relaciones entre los pueblos referidos, se deberá proceder, en el más breve plazo posible, al establecimiento de un cable directo entre la Península y América. Para esta empresa se constituirá una Compañía con capitales exclusivamente iberoamericanos.*¹²¹

El Grupo de Oviedo busca establecer el cable directo entre España y América porque así consideran que se va a disminuir la dependencia que tienen con respecto a las compañías anglosajonas. Esta propuesta es una toma de postura que se circunscribe en el contexto de la lucha por la hegemonía cultural en América, ya que este grupo de intelectuales ovetenses reconoce que las compañías anglosajonas de comunicaciones tienen la ventaja de ser “naturalmente propicias á facilitar la circulación de las novedades que puedan favorecer á la política y al comercio de su raza, tanto cómo á callarse o disminuir el valor de las que cabalmente servirían para estrechar las relaciones entre América y España.”¹²²

II. Propiedad literaria, artística é industrial, garantida por una ley común que proteja uniformemente los derechos de los autores é inventores en todos los Estados convenidos, suprimiendo los derechos de aduanas y cualesquiera otras trabas puestas á la libre introducción en todos ellos de los libros escritos en sus lenguas respectivas.

Para el mejor éxito de esta unión, el Congreso cree necesario recomendar á los señores editores y libreros el estudio de los medios conducentes á la regulación de precios, para conseguir el mayor abaratamiento posible de las publicaciones que se venden en América.

Por lo que toca a esta supresión de restricciones aduaneras para la introducción de libros americanos, los académicos ovetenses consideran que esta medida contribuiría a fomentar la comunicación intelectual entre España y América. En este punto se destila la idea

¹²¹ Cuarta propuesta de las *Proposiciones que presentan al Congreso Hispanoamericano algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo*.

¹²² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit.

de que una parte del intercambio cultural debe estar protegida por la ley y regulada por el libre mercado entre España y América. De ahí que Altamira se refiera, en un posterior programa hispanoamericanista, al “comercio de la inteligencia”.

III. Política aduanera que tienda a disminuir gradualmente los derechos de importación de las mercancías procedentes de los países referidos, hasta lograr una positiva protección del comercio americano y español.

Sobre este asunto, el Grupo intenta, sobre todo, que se proteja el mercado español y americano frente al de otros países como Inglaterra o los Estados Unidos.

IV. Legislación obrera, unificándola sobre la base de la más proteccionista del operario y estableciendo una Oficina internacional iberoamericana del trabajo.

El hecho de abogar por una legislación obrera y una oficina iberoamericana del trabajo responde a que los universitarios de Oviedo pretenden garantizar la protección del emigrante español que viaja a América. En este sentido, explican que “la comunidad de raza, lengua y de costumbres, determina una corriente constante de emigración de la Península á los países iberoamericanos, y precisamente de gentes que buscan en el trabajo material el medio de subvenir á sus necesidades.”¹²³ Esta oficina internacional propuesta era, según Vaquero, “la ampliación a nivel de la comunidad proyectada de la Comisión de Reformas Sociales que ya funcionaba en España” y además, “fue la única de todas las propuestas presentadas por los profesores ovetenses que no fue aprobada por el Congreso.”¹²⁴

Los comentarios a las otras propuestas se los reservaron, según ellos, con el afán de no repetir argumentos, toda vez que fueron acuerdos no cumplidos aun del Congreso Pedagógico hispano-portugués americano de 1892, o iniciativas de la propia Universidad de Oviedo que ya habían tenido el referendo del Ministerio de Instrucción Pública. Acuerdos que, por tanto, eran parte de la obra hispanoamericanista pendiente de concretarse en el terreno jurídico, histórico-geográfico y pedagógico, y que tenían que ver con: la fundación de un Instituto Pedagógico que formara a los profesores iberoamericanos; el proyecto de una enseñanza superior internacional iberoamericana; la reciprocidad de títulos profesionales; el establecimiento de cursos de Historia y Geografía de Portugal y América en las escuelas primarias e institutos de España, y de la cátedra de las instituciones jurídicas y políticas, de

¹²³ *Ibíd.*, pp. 362, 363.

¹²⁴ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 11.

Portugal y América, o de España, recíprocamente, en la enseñanza pública portuguesa y americana, y finalmente, el intercambio permanente de publicaciones entre los centros docentes de las naciones congregadas, conforme a la carta circular enviada por la Universidad de Oviedo.

Las anteriores propuestas del Grupo de Oviedo en este Congreso, son equiparables, según Juan Pro, al plan de integración regional que constituyó la Unión Europea actual, toda vez que:

La apuesta de los intelectuales regeneracionistas españoles por la integración iberoamericana era equivalente a la puesta de los demócratas españoles por la integración europea en la segunda mitad del siglo XX: en ambos casos, la ansiada ‘regeneración’ política y económica del país debía tener como catalizador la integración en un espacio mayor; pero la apuesta de la primera mitad del siglo por buscar ese espacio en Iberoamérica fracasó, al no encontrar en los gobiernos de ambos lados del Atlántico una voluntad política suficientemente firme para superar los prejuicios nacionalistas. En Europa, en cambio, las dos guerras mundiales allanaron el camino para superar los litigios tradicionales, y pusieron en marcha una dinámica integradora a la que España se sumó *a posteriori*, cuando la empresa ya ofrecía plenas garantías de éxito.¹²⁵

En el mismo Congreso, Altamira presentó una ponencia intitulada: *Medios creadores de una gran corriente de opinión que induzca á los Gobiernos de España, Portugal y pueblos iberoamericanos, a realizar íntima alianza que permita resolver las cuestiones que pueden suscitarse entre las indicadas naciones por Tribunales arbitrales*.¹²⁶ En dicha exposición, el alicantino, a título personal, expuso ideas similares a las del conjunto ovetense, recalcando la base jurídica que debía tener el programa hispanoamericanista.

Altamira inicia su ponencia expresando su interés porque las gestiones oficiales entre los países americanos y España sean más fraternales y posean el incentivo de la minoría intelectual, que en ambas orillas del Atlántico ya tiene la conciencia de la solidaridad hispanoamericana. Además, el profesor ovetense se adhiere a la consideración de la importancia e independencia del aludido tribunal de arbitraje para garantizar la “intimidad” de las relaciones entre los pueblos reunidos. En este sentido, propone el establecimiento de tribunales arbitrales en las distintas naciones para la regularización jurídica de las relaciones internacionales, ya que si estos tribunales lograsen ser “opinión de la masa activa de cada país [...] serán cosa viva y perdurable y se desarrollarán grandemente todos los órdenes de

¹²⁵ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. 15.

¹²⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Proposición del Sr. D. Rafael Altamira catedrático de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispano-Americano*, en *Actas del Congreso Social...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 29-34.

relación posibles, trasladando con relativa rapidez al campo de la legislación y de los compromisos oficiales las iniciativas privadas y los deseos de la opinión general política o de otra clase.”¹²⁷ No obstante, Altamira agrega que si la opinión pública a este respecto no se conforma en lo inmediato, o no vislumbra la importancia de este asunto, es fundamental, aun así, crear los tribunales de arbitraje para procurar jurídicamente los conflictos entre las naciones.

Después de estas premisas, la ponencia del alicantino se centra en tres líneas argumentativas: la primera tiene que ver con el papel de la opinión pública; la segunda se refiere a las instancias que necesitan sumarse al programa hispanoamericanista, y la tercera se ocupa de las tareas que cada instancia ha de asumir.

En cuanto a la primera, Altamira explica que la opinión pública debe tener la conciencia necesaria para llamar la atención de los gobiernos a fin de apoyar las iniciativas hispanoamericanistas. Esto porque la prensa es la vía más inmediata para conseguir dicho fin; porque es el medio más accesible, y porque su misión debe ser, entre otras cosas, abogar por “el reinado del derecho y de la justicia del mundo y en ayudar á que se estrechen las distancias entre los pueblos que se conocen mal ó viven alejados por causas de prejuicios históricos.”¹²⁸ En el terreno de lo concreto, lo que está proponiendo el profesor ovetense, es, según Vaquero:

[...] organización en todos los periódicos iberoamericanos de una sección específica dedicada a dar cuenta de los hechos relativos a las relaciones entre sus países así como la ampliación de las secciones referentes al movimiento, científico, económico de cada país, dando cabida a esa misma clase de información procedente de los demás.¹²⁹

Respecto al segundo argumento, además de la prensa, para el alicantino las instancias que pueden contribuir a la formación de la conciencia hispanoamericanista son las Ligas y Sociedades, el mundo literario, científico, artístico y, sobre todo, los organismos de la enseñanza pública. Y es aquí donde le otorga un papel central a los grupos de empresarios y comerciantes, ya que en su opinión:

[...] son un gran vehículo de relación entre los pueblos, y que, por las condiciones de la vida moderna, no sólo pueden ayudar á que se reforme esa opinión que buscamos, quizá más que ningún otro elemento de los que arriba se mencionan, sino que su concurso es esencial, indispensable, porque toca á la base económica de la sociedad, y

¹²⁷ *Ibíd.*, p. 30.

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 31.

¹²⁹ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 12.

se refiere á cosas de las que más solidaridad crean entre las gentes y más las incitan á unirse y estrecharse ó más las apartan y enemistan.¹³⁰

Para el tercer argumento, referente a los esfuerzos que pueden aportar cada una de estas instancias, Altamira propone doce iniciativas que denomina conclusiones.¹³¹ Dichas conclusiones son en realidad medidas para “intimar” las relaciones con los países americanos. Altamira llama “programa” a estas conclusiones en el entendido que:

[...] no sólo encierra la transformación de las actuales relaciones entre los pueblos latinoamericanos y la patria de origen, sino que significa, en cada uno de los factores que la relacionan, la modificación de su vida actual, ó por lo menos, la reafirmación de principios ya proclamados y de direcciones emprendidas hacia los más amplios ideales de la civilización moderna...¹³²

En estas medidas se tocan temas relacionados con la consolidación de una prensa común; la enseñanza dirigida a los españoles de ambos continentes y la enseñanza superior con cátedras sobre países americanos; el intercambio académico; la idea de la constitución de una enseñanza superior hispanoamericana, y finalmente, la importancia de la consolidación de la acción asociativa. Sobre el tema de las cátedras, cabe comentar que esta propuesta empezaba a tomar forma gracias a la reforma impulsada, a partir de 1900, por el ministro Antonio García Alix, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, como se verá cuando se trate el americanismo universitario de Altamira.

Aunadas a estas iniciativas, el profesor de la Universidad de Oviedo plantea también convenios para facilitar las comunicaciones telegráficas (cable directo hacia América sin el concurso de las compañías anglosajonas), tarifas postales reducidas, reducción de impuestos para la introducción de libros, protección aduanera del comercio entre España y América, creación de una legislación obrera común y creación de una oficina iberoamericana del trabajo.

Como puede observarse, las iniciativas académicas ya habían sido formuladas por Altamira dos años antes, sobre todo las que tienen que ver con el intercambio universitario, y las que enlistamos en el párrafo anterior son las que presentaron como agrupación en nombre de la universidad ovetense. El hecho que Altamira volviera a presentar estas iniciativas en su

¹³⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Proposición del Sr. D. Rafael Altamira catedrático de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispano-Americano*, en *Actas del Congreso Social...*, op. cit., tomo II, p. 31.

¹³¹ Véase el texto íntegro de las propuestas en el anexo II.

¹³² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., p. 157.

ponencia nos hace ver que estaba posicionándose como el líder indiscutible del hispanoamericanismo ovetense.

2.3 El “reelaborado programa de 1898”

En 1902 Rafael Altamira publicó *Psicología del pueblo español*, obra regeneracionista que puede considerarse el corolario del discurso de 1898. Al año siguiente asistirá en representación del gobierno español al Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Roma. En 1908 volverá a asistir a este congreso, ahora en Berlín, acompañado de su amigo y maestro Eduardo Hinojosa. En ambos congresos se discutirían asuntos relacionados con el “concepto moderno de Historia y la tendencia hacia su contenido íntegro”, esta última tendencia era la forma en que Altamira estaba concibiendo la historia de la civilización.¹³³

Mientras tanto, cabe destacar que al mismo tiempo, en esta obra Altamira subraya la labor civilizadora de España a través de la actuación de sus instituciones, de su legislación y de su idioma; conjunto que le sirve como reivindicación patriótica y como vía para alcanzar el prestigio internacional. Esta tarea propagandística también la realizó en la revista argentina *España*, de la Asociación Patriótica Española (editada en Buenos Aires) a partir de 1904, para dar a conocer una nueva visión de España —intentando deshacer, en la medida de lo posible, los prejuicios arraigados en las sociedades americanas— y contribuir así a la rectificación de la leyenda negra. Julio Antonio Vaquero además añade que la labor propagandística de Altamira en esta revista argentina trató de:

[...] ‘coadyuvar a la acción americanista importantísima que representan en aquellos países nuestras colonias de emigrantes’, estudiar los problemas hispanoamericanos concernientes a las relaciones intelectuales y económicas de España con ellos y ‘dar a conocer en América la España actual para deshacer las prevenciones que contra ella se tienen y disipar ignorancias que le afectan’, y, finalmente, excitar el celo de los españoles de allá para lograr su colaboración activa en la resolución de los problemas nacionales más graves y urgentes.¹³⁴

En 1908 el alicantino escribió *España en América*, obra que se publicó un año después y en la que sintetizó las propuestas vertidas en *Cuestiones Hispanoamericanas*, las del Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900, y donde agregó una serie de

¹³³ ALTAMIRA Y CREVA, Rafael, *Proceso histórico de la Historiografía humana*, 2ª. ed., México, El Colegio de México, 2011, p. 93.

¹³⁴ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 13.

artículos inéditos y otros que había publicado en la citada revista *España*, luego de que dejara de publicarse su *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*.

España en América es un libro propagandístico. El autor intenta que a través de su lectura se genere una corriente de opinión favorable a:

[...] traducir en la práctica los anhelos de mutuas relaciones intelectuales, sobre la base —por lo que respecta a los hispanoamericanos— de una rectificación de los recelos en lo tocante a la España intelectual de nuestros días y un reconocimiento de la común convivencia de cambiar, entre ellos y nosotros, los frutos del espíritu y los anhelos en que venimos a coincidir.¹³⁵

España en América, responde entonces a la preocupación de Altamira por el papel que debe jugar la opinión pública, presente también, como vimos, en su programa anterior. Asimismo, se suma a su inquietud la presencia de la “propaganda activa que, en uso de su derecho y en defensa de sus intereses, han emprendido en la América latina los elementos universitarios de la gran República del Norte y los de otros países europeos.”¹³⁶ Del mismo modo, esta obra responde, según el autor, al buen recibimiento que han tenido en América las propuestas del movimiento hispanoamericanista español.

Sobre la preocupación por la propaganda cultural estadounidense en la región, Rafael Altamira llama la atención de que esta empresa constituye un peligro para el idioma, la literatura y el influjo científico; peligro que, al mismo tiempo, pudiera traducirse en una amenaza para la vida económica de los emigrantes y las relaciones comerciales entre España y América.

Con relación a la respuesta que estaba obteniendo el movimiento hispanoamericanista español en América, el alicantino escribe que resulta ser una animadora esperanza: “—imposible de sospechar ha pocos años— de restablecer con la gran Antilla y de afianzar con otros países una cordial comunicación de ideas y quizá de crear una esfera de acciones intelectuales solidarias dentro del espíritu común de nuestra civilización, dominada y orientada allá y aquí por el habla cervantina.”¹³⁷ Idea que repetirá más adelante con la intención de dejar clara la postura tanto del regeneracionismo como del hispanoamericanismo español del que formaba parte, tendiente a reactivar las relaciones con las repúblicas americanas:

¹³⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., p. VIII.

¹³⁶ *Ibid.*, p. VII.

¹³⁷ *Ibid.*, p. VIII.

Por eso yo creo —frente a los que hablan de nuestro porvenir africano— que nuestro verdadero porvenir está en América, con la ventaja de que no es ni será nunca un porvenir imperialista, sino un porvenir de honda cordialidad, de alto respeto para todos, de solidaridad en la parte de obra que toca cumplir a los pueblos hispanos en la empresa mundial de la civilización.¹³⁸

Tal como lo señala el propio Altamira, *España en América* tiene por objeto reafirmar el programa de 1898, en lo que toca al desmontaje de la leyenda negra para dar una nueva imagen de España en el extranjero; en lo concerniente al papel de los emigrantes españoles; en lo referente al papel de la Universidad —sintetizadora de la intelectualidad española—, y de la juventud, como actores e instancia fundamentales para las relaciones intelectuales con América. Por esta razón, Altamira les vuelve a extender la invitación a los jóvenes universitarios para que asuman la gran empresa regeneradora e hispanoamericana mediante la siguiente exhortación: “ansiosa de acción, desengañada de los partidos viejos, desorientada en punto al camino que debe seguir, ha pedido un programa digno de su ardor generoso. ¡Ahí le tiene! Tómelo por suyo y ponga en él su alma entera.”¹³⁹

El “reelaborado programa de 1898” representa para Altamira el espíritu liberal y progresivo del siglo XIX, cuyos cimientos se encuentran en “la racional aspiración á fundar lo más sólido de la obra en la educación de los pueblos”. Por ello advierte que sólo basta completarlo con algunas propuestas jurídicas y de cuestión social para que “por entero abarcase todas las aspiraciones fundamentales de la sociedad moderna, que pasan como legado de urgente y esencial cumplimiento al nuevo siglo.”¹⁴⁰ Asimismo, el profesor ovetense recalca nuevamente que el programa busca el camino de la regeneración de España a través de América:

Y claro es que si las naciones de tronco hispano han de realizar ese programa, tendrá que ser, necesariamente, las unas, reforzando cada vez más su orientación progresiva; las otras, adaptándolo resueltamente y prosiguiendo sin vacilaciones. De éstas ha de ser España. Y he aquí como los pueblos de ella nacidos vendrán a renovar la sangre de la vieja metrópoli, á devolverle algo de lo que de ella recibieron, lanzándola vigorosamente por el camino de la cultura y de la libertad. España debe saber que sólo á ese precio alcanzará la solidaridad que busca con Hispano-América.¹⁴¹

¹³⁸ *Ibíd.*, pp. 24, 25.

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 160.

¹⁴⁰ *Ibíd.*

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 158.

Otro de los asuntos tocados por Altamira en este libro es un balance sobre el programa hispanoamericanista. Pero antes, reconoce que si bien en España ya existe una corriente de opinión respecto a la importancia de las relaciones comerciales con América, no la hay, al menos, lo suficientemente amplia, en lo tocante a las relaciones intelectuales. Además, apunta que se ha llevado a cabo sólo una pequeña parte de estas acciones culturales dado que los gobiernos no le han puesto la debida atención, tal cómo se advirtió en el Congreso de 1900. En ese sentido escribe:

[...] en el programa americanista hay conclusiones que nunca tendrán eficacia si los gobiernos no las patrocinan y las hacen suyas, y conclusiones cuya responsabilidad cae exclusivamente sobre los elementos sociales. Yo bien quisiera que los políticos españoles y americanos tuvieran presente lo que á su esfera corresponde; porque tocante á ella ‘no puede bastar el propósito de producir una fuerte corriente de opinión para que determinadas soluciones se impongan á los poderes públicos; tanto por la dificultad, bien sabida de todos, de levantar corrientes de ese género en cuestiones cuya trascendencia sólo ve hoy por hoy una minoría exigua, como por la urgencia extraordinaria de establecer cierta clase de relaciones, anticipándonos á iniciativas extrañas que seguramente se nos adelantarían de aguardar nosotros á que se cumpliese el tardo proceso de una opinión impulsora de la acción gubernamental’. Pero esta parte de la gran obra quedará en pura aspiración, si los gobiernos de España y de la América latina no tienen clara conciencia de la gravedad de las circunstancias, y no desean sinceramente llegar á la unión en aquellos órdenes en que es ahora posible.¹⁴²

En este sentido, Altamira asegura que sólo se podrían lograr las iniciativas americanistas de intercambio cultural si se emancipaban de compromisos políticos y de los recursos del gobierno, de tal suerte que: “Lo único viable, hoy por hoy, y mientras no cambien las condiciones políticas de España, es que, si quieren aproximarse los intelectuales libres de uno y otro mundo y colaborar en la obra común de la cultura, lo hagan sin contar con el Estado.”¹⁴³ Argumento que Rafael Altamira volverá a tocar más adelante cuando exprese: “Y como (sin pesimismo) nada ó muy poco cabe esperar de los Gobiernos, creo que ha llegado la hora de que los españoles patriotas se unan para organizar por sí, privadamente, esa acción ideal y difundir por América nuestros ‘comisionistas intelectuales’.”¹⁴⁴

Entonces se presenta aquí una distinción dentro del programa hispanoamericanista en lo que respecta a las responsabilidades de la sociedad y las que debe asumir el Estado. Aun así, Altamira vislumbra —y a pesar de que desde su concepción krausoinstitucionista entiende que la función del Estado debe de ser la de coordinar y subsidiar las actividades de las

¹⁴² *Ibíd.*, p. 159.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 54

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 80.

instituciones de la sociedad civil sin violar su autonomía—¹⁴⁵, que la opción más viable para que se concreticen las relaciones entre España y América está en las iniciativas independientes de la sociedad y en concreto de las universidades y no en la acción estatal.

En este sentido, cabe señalar que para ese entonces ya se había creado la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE),¹⁴⁶ dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. Dicha institución tuvo vida hasta 1936 y fue fundamental para la formación en el extranjero de los estudiantes españoles de todas las áreas de conocimiento y casi de todas las corrientes políticas y hasta religiosas. Esta institución prácticamente sirvió para abrir a España al mundo, ya que no era muy común que los españoles salieran a estudiar a otro país, o al menos, antes de la JAE, el sistema de becas o pensiones no estaba institucionalizado por el gobierno. La Junta para Ampliación de Estudios, por tanto, significó que por fin el Estado asumía responsabilidades en este asunto y tomaba conciencia del diagnóstico que en materia socio-educativa venían haciendo desde hace algún tiempo institucionistas y nacionalistas-regeneracionistas.

La JAE se creó con el Real Decreto del 11 de enero de 1907. Su patronato se conformó de manera plural, integrándose por 21 vocales entre los que destacaban el que sería su presidente Santiago Ramón y Cajal, además de Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Joaquín Sorolla, y los regeneracionistas Joaquín Costa, Gumersindo de Azcárate, y Adolfo Álvarez Buylla. Los grandes objetivos que se definieron eran: apoyar mediante pensiones los estudios dentro y fuera de España; apoyar a representantes oficiales para acudir a congresos internacionales; impulsar el intercambio académico mediante la invitación de profesores extranjeros para la impartición de cursos en los institutos de la JAE; fomentar los trabajos de investigación científica con el apoyo de expertos extranjeros, y apoyar las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior con profesores mejor capacitados.¹⁴⁷ Algunas de estas propuestas, eran muy parecidas, como se recordará, a las que ya había planteado Rafael Altamira en 1898, en su célebre discurso de inauguración

¹⁴⁵ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 8.

¹⁴⁶ Sobre la JAE pueden consultarse los números monográficos de la revista *Arbor* (Madrid), Tomos CXXVI y CXXVII, núms. 493, 499-500, 1987. La *Revista de Indias*, Año 2007, Vol. 67, Número 239, dedicado a la Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural (1907-1939). SÁNCHEZ RON, José Manuel (coord.), *1907-1987 La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después: simposio internacional: Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988. Del mismo autor junto con José GARCÍA-VELASCO (eds.), *100 JAE: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su Centenario: actas del II congreso internacional celebrado los días 4,5 y 6 de febrero de 2008*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2011. FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo, *Relaciones culturales entre España y América La Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, Mapfre, 1992. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro, *Educación, ciencia y cultura en España: auge y colapso (1907-1940) pensionados de la JAE*, Ciudad Real, Almud, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, 2012.

¹⁴⁷ Real Decreto del 11 de enero de 1907 (*Gaceta*, Madrid, 22 de junio de 1907).

del curso académico de la Universidad de Oviedo, sólo que la institución que debía llevarlas a cabo tenía que ser, a los ojos del alicantino, precisamente la universidad, pues, naturalmente, tenía más cualidades para asumir estas responsabilidades. Seguramente Altamira se refería a aquellas universidades progresistas pues otras seguían estando acaparadas por los sectores tradicionalistas y conservadores.

Por otra parte, el profesor ovetense continúa señalando que para que el gobierno empiece a tener conciencia de los problemas americanos, les corresponde a los emigrantes realizar una labor de concientización con sus gestiones, advertencias y sus asociaciones. Es decir, los emigrantes deben llamar la atención de los gobiernos para tratar de convencerlos de que son ellos los que pueden constituir el primer elemento para afianzar las relaciones entre España y América y que además pueden fungir como un tipo de representantes diplomáticos extraoficiales. En el caso de México como veremos, esta figura estará bien representada por el líder de la colectividad española Telésforo García.

Consciente de que los emigrantes pueden tener, a diferencia de los políticos españoles, una mejor visión para solucionar problemas, por la sencilla razón de que están inmersos en la realidad americana, Altamira convierte al colectivo migrante en el elemento más importante del “reelaborado programa de 1898”. Sobre todo, porque ha encontrado en ellos una serie de cualidades (su organización, su conocimiento de la realidad americana y española, su carácter político) que permitirían tanto realizar la obra de influencia en América, como llevar a la práctica las iniciativas hispanoamericanistas. Además está dirigiéndose a estos emigrantes en este libro propagandístico porque sabe que pronto recorrerá algunos de los países americanos donde sus asentamientos son grandes.

Sobre los otros elementos del programa, conviene apuntar que Altamira señala en *España en América* que, en lo tocante al idioma, éste constituye el componente que facilita el intercambio de ideas, toda vez que:

Siempre hallará más eco y resonará más hondo en el alma americana la voz de las ideas que dicen relación á las cuestiones superiores de la vida individual y social, cuando esa voz vibre con los acentos del decir castellano, que cuando se engalane con otros ajenos [...] y es que ese idioma [la lengua materna] representa la forma propia de su mentalidad, el estrato más profundo y ancestral de su espíritu, el solar sobre el que se levanta el edificio de sus ideas y en que mejor las dice. Tal es también la fuerza que el castellano significa para nosotros en nuestras relaciones con los hermanos de América.¹⁴⁸

¹⁴⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., p. 74.

En el contexto de su preocupación por el peso que estaba ejerciendo la influencia cultural norteamericana en América, Rafael Altamira considera que el idioma y la civilización están peligro. De ahí que apunte que no pocos intelectuales se han dado cuenta de esta amenaza, como es el caso del uruguayo José Enrique Rodó. Sin embargo, señala que aunque está latente el peligro del idioma y de la civilización, en España aún existen reticencias para emprender una lucha en este sentido, toda vez que existe el prejuicio de que no se puede pensar en influir en otros pueblos mientras no se mejore la propia cultura.¹⁴⁹

Para Altamira el idioma, al ser una base identitaria y sostenedora de la unión cultural entre América y España que está en peligro, debe defenderse tanto de la cultura exterior francesa como de la norteamericana, e incluso, peligra no sólo por los particularismos que pueden asumir cada una de las naciones independizadas sino también por la falta de infraestructura académica. Esta situación lleva a Altamira a proponer que los españoles que ejercen alguna profesión académica en América constituyan verdaderos núcleos de difusión científica y literaria. En ese sentido, el profesor ovetense advierte que, a pesar de la pérdida de fuerza de la literatura española en América por obra de la fuerte posición que han adoptando la literatura francesa y alemana, ésta sigue siendo “un factor importante en la educación de los literatos americanos (y lo será siempre, por la fuerza irresistible del idioma), continúa provocando la admiración de los espíritus de buen gusto y representa un fondo importantísimo en las lecturas de todos los que escriben usando la lengua común.”¹⁵⁰ Con muestra de ello explica que en América se han arraigado profundamente obras de la literatura española pertenecientes al género de la novela, la poesía y el teatro. Y reconoce que este arraigo se debe también a la influencia de la literatura americana, ya que se han creado nuevos vínculos entre ambas y se han potenciado corrientes de similar influencia.

En el intercambio intelectual es donde se percibe más claramente el balance que hace Altamira del programa hispanoamericanista. En este orden de ideas, el alicantino refiere que en Argentina, en centros de enseñanza superior, figuran como textos de consulta y de estudio varios de autores españoles, gracias al intercambio de libros que se ha estado produciendo. Asimismo, Altamira apunta que en algunas revistas americanas y españolas están colaborando escritores de ambos continentes, y sólo por mencionar algunas, cita su *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas* por parte de las españolas y *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, publicada en la Universidad de La Plata, Argentina, por parte de las americanas. También señala que se empiezan a mandar desde España informes referentes a las ciencias históricas, morales y políticas, a la pedagogía y a la

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 38.

¹⁵⁰ *Ibíd.*, p. 76.

literatura y que, en el caso de México, por ejemplo, se editan en el *Boletín de Instrucción Pública*, gracias a las gestiones de Amado Nervo.¹⁵¹ Estos dos logros que cita nuestro autor, como se recordará, fueron propuestas de la Universidad de Oviedo para el Congreso Hispanoamericanos de 1900.

En lo tocante al intercambio de profesores, Altamira explica que el traslado permanente o por largas temporadas ha resultado difícil de establecer, como se mencionó, por dos razones: por el escaso número de personas preparadas y por la resistencia que ponían algunos intelectuales para emigrar dada la labor educativa que estaban realizando en España. Sin embargo, el alicantino señala que lo que sí tienen más posibilidades de emprender —y que de hecho él hará al año siguiente con el viaje a América— es la organización de expediciones. Para ello propone enviar catedráticos para que “frecuenten los medios intelectuales de esos países, aprendan en ellos todo lo que pueda ser útil, den conferencias sobre temas científicos y artísticos que hagan conocer en América los resultados y las direcciones de la vida intelectual española de nuestros días, y establezcan amistades y comercio de ideas con lo colegas del Nuevo Mundo.”¹⁵² Cabe señalar que en 1903, en el marco del II Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Italia, Altamira había defendido la importancia de la asistencia a congresos en estos mismos términos, ya que veía con preocupación que España representaba muy poco “en la vida internacional”. Por esta razón consideraba que no se debía desaprovechar las oportunidades que otorgaban los foros internacionales para mostrar sus transformaciones en materia científica.¹⁵³

En este asunto de exhortar los viajes académicos, las siguientes palabras de Altamira escritas en *España en América* prácticamente manifiestan su auto nombramiento para emprender esta empresa:

Lo que en poco tiempo puede conseguir la presencia personal, el trato diario, la conversación oportuna de un hombre de autoridad y de condiciones sociales, supera en gran medida á todo lo que se logra, al cabo de mucho tiempo, con sociedades que radican en España, conferencias que se dan en Madrid y revistas que la pereza de las más de las gentes, para la lectura, deja casi inéditas. Es preciso, repito, que los hombres que tienen alta representación, á la moderna, en la cultura española y amor á la obra educativa, y los que sientan con fuerza y con sinceridad el *problema hispanoamericano* (esta última condición me parece indispensable), vayan á conocer

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 78. De hecho, Amado Nervo escribiría que Rafael Altamira representaba “Uno de los espíritus más claros, más nobles y más cultos de la España nueva” y señalaría que el viaje a América de Altamira tendió “un puente entre las ideas jóvenes y vigorosas, entre los deseos de cultura moderna, que bullen de uno y otro lado del mar, en los espíritus hispanoamericanos”. Citado por Nieto Sotelo, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas”, en *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), Murcia, Universidad de Murcia, No. 17, año 1999, p. 205.

¹⁵² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, *op. cit.*, p. 79.

¹⁵³ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.* p. 35.

esos centros docentes de las Repúblicas hermanas, á estrechar amistades con los compañeros de profesión, a comunicarse con aquellos pueblos y á decirles, sin jactancias, lo que creemos poder ofrecerles de útil para la obra común el espíritu y de lo que ellos esperamos y necesitamos recibir.¹⁵⁴

Para Altamira, sobre la base de estas visitas y viajes, por tanto, se puede establecer sólidamente el intercambio de profesores, pues no basta sólo el de libros y publicaciones para la correspondencia científica y literaria. Además, menciona que con tales visitas, incluso, se puede contribuir al combate de la “leyenda hispanófoba que aun subsiste en muchos, relativa al orden intelectual.” Es decir, Altamira está proponiendo a su vez, que los intelectuales que visiten América realicen una obra reivindicativa que permita ofrecer una nueva imagen de España, que se imponga, en la medida de lo posible, a aquella otra imagen que se tiene de su cultura decadente y su atraso científico.

Esta labor, además debe estar apoyada por los emigrantes españoles, ya que como se vio en este apartado, Altamira les ha otorgado un papel fundamental en el “reelaborado programa de 1898”. Hasta aquí, puede considerarse, por tanto, que a pesar de la creación de la Junta para Ampliación de Estudios, el profesor ovetense sigue defendiendo la autonomía del intercambio académico y apuesta por el financiamiento privado para este tipo de iniciativas.

Conviene mencionar, para terminar, que los emigrantes al abandonar España, de cierta forma, tenían en su mente a América como tierra de oportunidades; un lugar donde podían mejorar económicamente; un sitio donde podían adquirir una cultura y una formación para ascender socialmente. Como advierte Lorenzo Delgado, “América y progreso se identificaban en la mentalidad colectiva española de las primeras décadas del siglo XX.”¹⁵⁵ De ahí que se podría inferir que tanto intelectuales como emigrantes veían a América como el espacio que se asociaba a la modernización y al progreso gracias a su vitalidad y la riqueza de sus recursos naturales.¹⁵⁶ Y aunque es cierto que estas ideas también ya se manejaban desde el inicio de la segunda mitad del siglo XIX, como vimos en el capítulo anterior, sólo en las primeras décadas del siglo XX se dieron las condiciones necesarias para que dichas propuestas pudieran proyectarse desde el ámbito de los deseos más o menos utópicos al umbral de las acciones

¹⁵⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., pp. 79, 80.

¹⁵⁵ DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, “América como estímulo: regeneración nacional y tierra de oportunidades”, en GARCÍA SANZ, Fernando (ed.), *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 469.

¹⁵⁶ Los emigrantes que ya residían en los países americanos y que tenían cierta posición económica y social probablemente vieron incrementado su prestigio gracias a la revalorización de la herencia hispana por parte de los latinoamericanos, lo que les permitió reforzar la cohesión del colectivo español. Además, esta situación de revalorización les confirió un sentimiento de reafirmación de su identidad que les sirvió para afrontar los problemas de adaptación en un país extranjero. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, *Ibíd.*, p. 466 y 473.

concretas. Ese fue, ni más ni menos, el papel importantísimo que desempeñó en todo esto Rafael Altamira.

3. El viaje a América de Rafael Altamira y las reformulaciones de su programa hispanoamericanista

Entre junio de 1909 y marzo de 1910 Rafael Altamira visitó varios países americanos comisionado por la Universidad de Oviedo, con el objetivo de recuperar los lazos de fraternidad entre España y América, establecer vínculos de cooperación en materia cultural y científica, y al mismo tiempo, reivindicar el hispanoamericanismo como comunidad de cultura sostenida en una lengua común.

El viaje fue provechoso en tanto abrió una nueva posibilidad para superar el “desconocimiento progresivo de España en América y viceversa”, que había permitido la ruptura de todo tipo de relaciones afectivas y culturales.¹⁵⁷ En efecto, no es aventurado afirmar que gracias a esta misión ovetense y a su representante, las relaciones culturales, intelectuales y universitarias de España con los países americanos consiguieron renovarse con signos positivos de igualdad, solidaridad y cooperación, y, a pesar de que tuvieron que transitar por etapas difíciles durante la guerra civil y el franquismo, esos lazos de hermandad han logrado mantenerse hasta nuestros días.

El viaje de Rafael Altamira por América constituye, asimismo, un hito en la historia del americanismo e hispanoamericanismo. Las actividades realizadas por Altamira en todos los países que visitó fueron documentadas en su libro *Mi viaje a América*.¹⁵⁸ La historiografía ha ido rescatando del olvido este acontecimiento histórico, pero en realidad han sido pocos los historiadores que le han dado el reconocimiento que se merece y todavía menos los que, como en nuestro caso, intentamos observar este acontecimiento desde la mirada americana.

3.1 Aproximación al estado de la cuestión del viaje a América

En términos generales y siguiendo el plan del estudio historiográfico de Gustavo H. Prado,¹⁵⁹ hemos comprobado que el viaje de Altamira se ha reseñado casi exclusivamente como una mera anécdota local. Dicho acontecimiento fue, en cierto sentido, censurado por el

¹⁵⁷ ALTAMIRA, Pilar, *Diálogos con Rafael Altamira*, op. cit., p. 96.

¹⁵⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América (libro de documentos)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007. La primera edición de esta obra es de 1911 y está editada en Madrid, Librería General de Vitoriano Suárez.

¹⁵⁹ PRADO, Rafael Altamira en América (1909-1910). *Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, op. cit.

franquismo y por las tradiciones ideológicas y políticas que se mantuvieron reacias a las ideas de los pensadores liberales reformistas, pero aun así, iniciada la década de los años sesenta, Santiago Melón presentó un trabajo titulado “Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo” en el cual buscó demostrar que el periplo era el resultado de las acciones emprendidas por el movimiento ovetense desde las últimas décadas del siglo XIX.¹⁶⁰

Con Melón se inauguraba una serie de trabajos que iban a tocar el tema del viaje, unos reconstruyéndolo —pero con ausencia de un análisis crítico en la mayoría de los casos— y otros utilizándolo para ilustrar procesos relacionados de alguna manera con Rafael Altamira.¹⁶¹ A partir de esta serie inaugural, el periplo fue descrito a lo largo de los años setenta y ochenta sólo de manera breve, sobre todo cuando se rescataban aspectos biográficos del alicantino, contextos institucionales —sobre todo los de la Universidad de Oviedo—, o cuando se abordaban cuestiones ideológicas y políticas de la época. No obstante, el propio Santiago Melón realizaría una monografía que innovaría la lectura del periplo con la aportación de las críticas por parte de los enemigos ideológicos del grupo de Oviedo que se recogieron en el periódico asturiano *El Carbayón* durante 1910 y 1912.¹⁶²

Otro apartado del tratamiento del viaje ha sido el de las conmemoraciones. En este contexto, la campaña de Altamira por América tuvo un destacado abordaje en la exposición en homenaje a Rafael Altamira que se le rindió en su natal Alicante en 1987. Al efecto se publicó un manual que contenía algunas fotografías de documentos inéditos sobre el periplo y, a la par de este homenaje, se realizó un simposio que reunió a destacados investigadores que debatieron sobre el pensamiento y la obra de Altamira, pero que no profundizaron en el estudio del viaje.¹⁶³ Asimismo, cabe señalar que con los festejos del Quinto Centenario del Descubrimiento, los cuales posibilitaron una gran producción editorial sobre temas

¹⁶⁰ MELÓN, Santiago, *Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo (1883-1910)*, Oviedo, Diputación de Oviedo-Instituto de Estudios Asturianos, 1963, y *Estudios sobre la Universidad de Oviedo*, Gijón, Universidad de Oviedo, 1998, pp. 17-85.

¹⁶¹ Sela Sampil publicó un texto en el cual destacó —en el marco de la labor humanista e internacionalista de Rafael Altamira— el viaje como ejemplo del compromiso asumido por el alicantino con el ideario de fraternidad entre las naciones hispanoamericanas. SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, *op. cit.*, pp. 23-36. Al siguiente año Vicente Ramos publicaría la primera biografía de Altamira y reconstruiría detalladamente el viaje utilizando la documentación aportada por el propio Altamira. RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, *op. cit.* Posteriormente Frederick Pike analizaría el movimiento americanista en España e identificaría el viaje de Altamira como un proyecto de los liberales reformistas para proyectar internacionalmente la cultura española. PIKE, Frederick, *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1971.

¹⁶² MELÓN, Santiago, *El viaje a América del profesor Altamira*, *op. cit.*

¹⁶³ Véase ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira 1856-1951*, *op. cit.* y ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, *op. cit.*

americanos, el viaje en cuestión suscitó inexorablemente poco interés. Al margen quedó también de los estudios sobre el americanismo español que aparecieron por aquellos años.¹⁶⁴

Curiosamente algunos historiadores argentinos comenzaron a prestar mayor atención a este viaje como un hecho importante del hispanoamericanismo y, posiblemente gracias a ese interés, algunos historiadores españoles motivados por la recuperación que hacían los americanos de estos temas, produjeron, durante los últimos años de la década de los noventa, varios trabajos donde dieron a conocer nuevos documentos sobre el periplo.¹⁶⁵ Con este nuevo entusiasmo, durante los primeros años del siglo actual, tanto en España como en Argentina los textos que daban cuenta de la vida y obra de Altamira empezaron a valorar el viaje a América y poco a poco a prestarle la atención debida.¹⁶⁶ No obstante, conviene comentar que también durante esos años siguieron apareciendo trabajos que daban cuenta del viaje sin aportar nueva documentación, reescribiendo los hechos ya por todos conocidos y sin ninguna interpretación crítica. Trabajos oportunos para las nuevas conmemoraciones institucionales principalmente.

En el año 2005 se inauguró una nueva agenda en la historiografía del viaje a América de Rafael Altamira con la tesis doctoral de Gustavo Prado y la trilogía de libros que se derivaron de ella.¹⁶⁷ Dicha tesis ofrece, desde una perspectiva multilateral del acontecimiento, la dimensión americana no abordada por los anteriores estudios. Prado hace una revisión más crítica de los hechos ya conocidos, aporta nuevas fuentes documentales e intenta ir más allá de la mera anécdota local del viaje dejando atrás la descripción anecdótica y españolista de esta misión hispanoamericanista. A propósito, cabe señalar que dentro de esta nueva agenda, nuestra intención con esta investigación es analizar las repercusiones del viaje de Altamira en su escala por tierras mexicanas, como veremos más adelante.

¹⁶⁴ Véase por ejemplo a VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, y CAGIAO VILA, Pilar, *et al.*, “El hispanoamericanismo regeneracionista y su proyección en la Galicia de principios de siglo”, en ALCÁNTARA, Manuel (ed.), *América Latina realidades y perspectivas. I Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, (recurso electrónico) 1997.

¹⁶⁵ Véase por ejemplo los trabajos de PELOSI ya citados. ZIMMERMANN, Eduardo, “Algunas consideraciones sobre la influencia intelectual española en la Argentina de comienzos de siglo”, en MOLINUEVO, José Luis (coord.), *Ortega y la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 61-68, y “La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en URÍA, Jorge (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000, pp. 66-78.

¹⁶⁶ PASCUARÉ, Andrea, “Del hispanoamericanismo al pan-hispanismo...”, *op. cit.* VALERO JUAN, Eva María, *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*, *op. cit.* SEPÚLVEDA, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*

¹⁶⁷ La tesis ya citada es: *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*. Los tres libros también ya citados son: 1) *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, 2) *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, y 3) *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica*.

3.2. El contexto intelectual del viaje a América de Rafael Altamira

Las relaciones culturales entre España y América Latina han producido imágenes “correlativas” como bien señala Carlos Rama, las cuales tienden a cambiar a lo largo del tiempo, pero que siempre constituyen un marco de referencia para el intercambio cultural.¹⁶⁸ En ese sentido, recordemos que desde la ruptura entre España y América con las guerras de independencia, en América la imagen de la herencia colonial actuó a modo de carga negativa de la cual era imperioso desprenderse. Dicha imagen se mantuvo con el nacionalismo anti-hispanista a lo largo del siglo XIX pero se alteró cuando España se enfrentó a los Estados Unidos por la guerra de independencia de Cuba en 1898 y perdió sus últimas posesiones en América y Asia, cediéndoselas a los estadounidenses.

A raíz de este nuevo contexto de finales del siglo XIX, por lo que respecta a las relaciones culturales entre España y América Latina se reactivó en ambos márgenes del Atlántico el movimiento hispanoamericanista, el cual, como señalamos atrás, a grandes rasgos desde la óptica española liberal, progresista y reformista buscaba la unión “como una fratría de iguales basada en lazos morales y alcanzable a través del instrumento de la educación y la comunicación intelectual.”¹⁶⁹ Desde América se buscaba también esta unión llamando la atención en las potencialidades del referente cultural hispánico, a la sazón que el imperialismo estadounidense se convertía en una seria amenaza. Recordemos que la recuperación de América y de lo hispánico a uno y otro lado del Atlántico no fue consecuencia de la guerra entre España y los Estados Unidos, sino que ya se venía perfilando desde por lo menos la segunda mitad del siglo XIX y el 98 sólo vino a reafirmar esa tendencia.¹⁷⁰

Por otro lado, tras esta guerra Hispano-norteamericana circulaba en la sociedad española la idea de un atraso con respecto a Europa en el proceso de modernización; este axioma se reforzaba a su vez con otra idea según la cual España estaba “enferma” y por lo tanto había que “sanarla”. Con estas ideas e imágenes y la situación política y social latente, los intelectuales españoles buscaron la regeneración moral, social y educativa.

Los intelectuales regeneracionistas interesados en América desde una perspectiva progresista buscaron erradicar la visión de “una España histórica, superior y dogmatizadora

¹⁶⁸ RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*, Siglo XIX. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 12, 13.

¹⁶⁹ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: Un siglo de políticas culturales*, op. cit., p. 29.

¹⁷⁰ QUIJADA, Mónica, “Latinos y anglosajones...”, op. cit. p. 606. La creación de la Unión Iberoamericana en 1885 y la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 demuestran, como vimos, acciones culturales entre España y América antes de los sucesos de la guerra Hispano-norteamericana.

con respecto a jóvenes, inexpertas e inestables repúblicas americanas”,¹⁷¹ e intentaron, desde sus posibilidades, fomentar vínculos comunes con sus colegas americanos con la finalidad de hallar para España una salida a la crisis finisecular.

Rafael Altamira fue una de las figuras más importantes del hispanoamericanismo y del regeneracionismo y —como hemos venido analizando—, elaboró un conjunto de propuestas y acciones para que España se volviera acercar a América de una manera fraternal, como una nación hermana y no superior, superando los errores del pasado y alejando los prejuicios derivados de la leyenda negra.

Altamira consideraba que era necesario primero acabar con el pesimismo, dado que representaba un obstáculo para la regeneración de España. Ante esta situación propuso restaurar el crédito de la historia nacional y su acción civilizadora para estimular el optimismo de la sociedad y la confianza en sus condiciones nativas para el progreso.¹⁷² Al mismo tiempo que se restauraba la historia “con el fin de devolver al pueblo español la fé en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada”,¹⁷³ consideraba fundamental para la regeneración el recuperar los elementos útiles de la ciencia y el pensamiento de tiempos pasados acordes a los moldes de la civilización moderna para que se depurara “el genio nacional” enraizado en la tradición.¹⁷⁴ Para el alicantino, este genio o espíritu nacional era el mismo que poseían los americanos. El hecho de recuperar lazos con estos países era de lo más natural en la medida en la cual contribuiría a reforzar y resistir los embates culturales de las naciones anglosajonas, puesto que constituían un peligro para el idioma, la literatura y el influjo científico. Y ante la difamación derivada de las argumentaciones que se utilizaban en el exterior sobre la historia y el carácter de los españoles, sabía que era prioritario “deshacer ante el pueblo americano inexactitudes y prejuicios” que dificultaban el estrechamiento de las relaciones entre ellos.¹⁷⁵

Otro pilar del regeneracionismo de Altamira tenía que ver, por un lado, con llevar a las masas, como él decía, la educación para dotarlas de valores y capacidades acordes a la civilización moderna y, por otro, propiciar el intercambio científico entre instituciones educativas sin condicionamientos oficiales.¹⁷⁶

Estas ideas regeneracionistas fueron la base del primer programa hispanoamericanista

¹⁷¹ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Proyectos españoles de proyección hacia América...”, *op. cit.*, p. 113.

¹⁷² VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 4.

¹⁷³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, *op. cit.*, p. 8.

¹⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 17, 18.

¹⁷⁵ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 4.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 7.

de Altamira que presentó en la apertura del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo.¹⁷⁷ Prácticamente este primer programa altamirista sería asumido por la Universidad de Oviedo y por los integrantes del Grupo de Oviedo, como se verificó en el Congreso Económico de 1900, nutriendolo con contenidos económicos y sociales. Iniciado el siglo XX, Rafael Altamira ahondaría sus reflexiones hispanoamericanistas en el texto *Cuestiones Hispanoamericanas* (1900) y empezaría a preparar la forma de llevar el programa al terreno de las acciones concretas..

3.3 El viaje a América

En noviembre de 1908, se celebró el III Centenario de la Universidad de Oviedo y, en el marco de los festejos —que al mismo tiempo sirvieron de escaparate para mostrar a los 16 delegados extranjeros que asistieron la renovación pedagógica y el hispanoamericanismo de la universidad ovetense—, se organizó el viaje de Rafael Altamira hacia América.¹⁷⁸ Aprovechando la visita a esta celebración del representante de la Universidad de La Habana, José Manuel Dihigo —quien era partidario de la aproximación de España hacia las naciones americanas, y apoyaba la propuesta ovetense del envío de un representante a América—,¹⁷⁹ el rector ovetense Fermín Canella, quien, asimismo alojaba a Dihigo, propuso el envío del profesor Rafael Altamira a las universidades americanas.

¿Por qué era Altamira el encargado de emprender esta campaña? Seguramente porque ya era reconocido ampliamente por su trayectoria intelectual y porque gozaba de un alto prestigio como hispanoamericanista y americanista. Recordemos que desde 1892 con los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América el alicantino empezó una importante labor propagandista e intelectual reflejada en algunos libros sobre temas americanos y en numerables artículos publicados en periódicos y revistas.¹⁸⁰ Además, había tejido importantes lazos con americanos, por ejemplo con el rector de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González; con el rector de la Universidad de Santiago de Chile, Valentín

¹⁷⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, *op. cit.*

¹⁷⁸ El estudio más completo sobre el viaje a América de Altamira lo hemos encontrado en la serie de trabajos de Gustavo Prado ya citados.

¹⁷⁹ Para Juan Pro, “Dihigo representaba la opción de algunos intelectuales cubanos para recuperar la relación con España como antídoto contra la absorción por la cultura anglosajona, en una Cuba que, si bien tenía aún cercano el recuerdo del colonialismo español y de la guerra de independencia, tenía aún más cercana la vivencia en carne propia del imperialismo norteamericano y de la ocupación militar del país iniciada en 1906.” PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 16.

¹⁸⁰ CORONAS GONZALEZ, Santos M., “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico”, *op. cit.*, p. 344.

Letelier; con el citado José Manuel Dihigo, y con los intelectuales Ricardo Palma de Perú y el uruguayo José Enrique Rodó.¹⁸¹

El objetivo del viaje era pues superar la retórica y llevar a los americanos la propuesta real de establecer relaciones con las universidades. Al efecto se establecieron compromisos firmes para visitar algunas universidades de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, habiendo que cancelar por la saturada agenda las de Colombia, Ecuador y Centroamérica. La gestión del rector de la Universidad de Oviedo permitió que se organizara con rapidez esta empresa que había de realizarse entre 1909 y 1910.

Una de las primeras acciones por parte del rector Canella fue el envío de dos circulares anunciando la visita de Altamira en el marco de las conmemoraciones del Centenario de las independencias. Recordemos que esta forma de comunicación ya la había empleado el rector ovetense cuando 8 años antes se había dirigido a los centros educativos y a la colectividad de españoles radicados en América solicitando su colaboración. En esta ocasión, con las nuevas misivas se quería comunicar plenamente que España no tenía resentimiento alguno con las naciones de América, que había dejado atrás cualquier pretensión de tipo neocolonial y sobre todo, que no ponía en duda la independencia conseguida por estos pueblos.¹⁸²

En una de estas comunicaciones, fechada a finales de 1908, el rector Canella anunciaba el programa hispanoamericanista de su universidad convocado a emprenderlo en el ámbito de unión y fraternidad del hispanoamericanismo. Asimismo, proponían que se trabajase conjuntamente en torno a la creación de un centro universitario, de una federación de instituciones y también en la colaboración de la Extensión Universitaria. Otro de los asuntos que se tocaba en esta carta era su deseo de que la Universidad de Oviedo se manifestara en la conmemoración del Centenario de las Independencias con la presencia de un representante, como hemos señalado. En este sentido, solicitaba que se concertaran acuerdos y bases para que el profesor Altamira pudiera además “dar conferencias de ‘Historia de América y de sus grandes hombres’, de ‘Historia de España’, de los ‘Problemas morales y políticos de España y sus antiguos Virreinos y Capitanías generales en ese nuevo Continente’, etc.” Y, finalmente, resaltaba que a pesar de lo difícil que era concretar un programa de materias, no había que olvidar aquellos elementos que se tenían en común para tejer esos lazos de fraternidad:

[...] pero la importancia é intensidad del idioma español en el mundo, el carácter y consecuencias de la emigración y colonización españolas, el enlace de condición y

¹⁸¹ VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, “El americanismo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 13.

¹⁸² PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. 17.

pensamiento comunes, la comunión incesante moral y docente, la creación de un Centro superior universitario hispano-americano, el recuerdo de la legislación común antigua, la federación de instituciones morales, políticas y pedagógicas y la propaganda y difusión de la Extensión universitaria, presentarán ancho campo á tan doctísimo maestro, ante el gran acontecimiento histórico que ha de conmemorarse en la antigua América española.¹⁸³

En la otra circular —respaldada por más de 5000 firmas y fechada en mayo de 1909— se invitaba a los emigrantes a apoyar las iniciativas hispanoamericanistas que a todas luces resultarían benéficas para la imagen de España y de ellos mismos dentro de las sociedades que los acogían. Esta segunda misiva, según Juan Pro, contiene un discurso nacionalista esencialista “dispuesto a identificar de manera indudable un ‘espíritu español’ que se manifestaba de forma especialmente clara y pujante en América; y sobre esa base, a soñar con una comunidad hispanoamericana.”¹⁸⁴

Es muy probable que gracias a estos comunicados ovetenses que se venían enviando desde comienzos del siglo XX, se empezara a notar el interés de los medios intelectuales y académicos americanos por establecer un acercamiento más real que retórico con España y en concreto con la Universidad de Oviedo. Tal es así que las comunicaciones de 1908 y 1909 obtuvieron no sólo las respuestas de varias universidades americanas y de las sociedades de emigrantes, sino también el interés de sectores de la opinión pública, empresarios y políticos españoles.¹⁸⁵

Mientras se preparaba el viaje a América, Altamira publicaba *España en América* con el objetivo de presentar el programa hispanoamericanista y, al mismo tiempo, dar sustento a la misión que le había sido encomendada. Asimismo, unos meses antes de partir Altamira confirmaría algunas de sus visitas. El 23 de marzo de 1909 por ejemplo, le escribiría a Rodó comunicándole que visitaría Montevideo aprovechando que estaría impartiendo un curso de metodología de la historia en la Universidad de La Plata.¹⁸⁶ Por su parte, el periódico *El Imparcial*, en su edición del 14 de marzo de 1909, hacía eco del viaje, renovando el interés de

¹⁸³ Carta del rector Fermín Canella dirigida a “autoridades del ramo de Instrucción pública y á personas caracterizadas de los países hispano-americanos” en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América*, op. cit., pp. 5, 6.

¹⁸⁴ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, op. cit., pp. 18 y 21.

¹⁸⁵ Recibieron respuesta de “algunos inmigrantes españoles relevantes —como Don Rafael Calzada, en Argentina y Telésforo García en México—...siendo muchos los escritos enviados a la Universidad de Oviedo inspirados en la confraternidad e intercambio de publicaciones de las universidades de Caracas, San Marcos de Lima, Carabaho (Brasil), Asunción, Guatemala, Buenos Aires, La Plata y Córdoba, Santiago de Chile, México, Quito, Montevideo y La Habana, entre las hispanoamericanas, y las de Lyon, Aix, Toulouse, París, Burdeos, Berlín, Praga, Atenas, Génova, Padua, Pisa, Perusa, Lisboa, Coimbra, Oporto, etcétera entre las europeas.” PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía...*, op. cit., pp. 20, 21.

¹⁸⁶ SELA SAMPIL, Luis, “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, op. cit., p. 30.

la opinión pública y provocando que surgieran múltiples adhesiones y apoyos, entre ellas, las del gobierno, que, como mencionamos, aprovechaba estas iniciativas privadas para cubrir su inoperante política exterior hacia América.

Fue entonces que el ministro Segismundo Moret propuso una suscripción nacional tendiente a sufragar el viaje, a la que pronto se adhirieron otras personalidades. Esta suscripción por supuesto fue rechazada por la Universidad de Oviedo para proteger el significado original de la misión. La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, por su parte, se apresuró a hacer miembro a Altamira y le encomendó establecer contacto con sus pares americanas y ofrecer sus publicaciones.¹⁸⁷ Altamira aceptó el reconocimiento y su discurso de ingreso lo pronunciaría hasta junio de 1911.¹⁸⁸ Cabe mencionar que el único apoyo gubernamental que se solicitó fue al Ministro de Instrucción Pública, el asturiano Faustino Rodríguez-San Pedro, para que diera su aval a la iniciativa —sin otorgarle ninguna representación oficial a Altamira— y le concediera la licencia administrativa correspondiente. Para Gustavo Prado, este apoyo no sólo se facilitó gracias al vínculo existente entre el Ministro y la universidad ovetense, donde había cursado sus estudios de Derecho, ni a que éste tenía cargos en la Unión Ibero-Americana, sino más bien obedecía a cuestiones políticas:

La inusual celeridad del trámite, la completa ausencia de trabas al proyecto de un manifiesto opositor republicano y la cobertura legal y administrativa dada por el Ministerio de Instrucción a las solicitudes de autorización y licencias docentes cursadas por el Rector, son evidencias de que el Viaje fue leído no sólo como una iniciativa patriótica loable sino, también, como una oportunidad para suscitar divisiones en el campo opositor y reforzar una política hostil a los objetivos últimos de reforma social, política y pedagógica, a los cuales adherían, tanto los hombres de la JAE, como los del Grupo de Oviedo. De allí que, independientemente de los objetivos y de las adhesiones ideológicas de Altamira y Canella, el Gobierno de Maura viera en el Viaje Americanista una oportunidad para debilitar a la JAE —y, a través de ellas, a la ILE y a sus opositores liberales y republicanos— admitiendo que expedientes puestos, en principio, bajo su jurisdicción, fueran gestionados independientemente por una universidad española.¹⁸⁹

Cuando llegó el momento de emprender el viaje, el profesor ovetense había de partir del puerto de Vigo con su programa en mano difundido, como hemos señalado, en su obra

¹⁸⁷ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, pp. 20, 23.

¹⁸⁸ En el marco del Año Internacional Rafael Altamira 2011, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas se sumó a los homenajes a Altamira con un acto y una pequeña publicación: *Rafael Altamira y Crevea. Centenario de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 2011.

¹⁸⁹ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.* p. 54.

España en América, la cual, por cierto, había sido bien recibida por Labra.¹⁹⁰ Además llevaba consigo la misión encomendada por la Universidad de Oviedo para presentar una propuesta de intercambio con las universidades en materia de recursos pedagógicos, humanos y bibliográficos que permitieran restablecer y fortalecer los lazos académicos con España y así consolidar una comunidad cultural sostenida en la lengua común, principalmente.

Sobre la lengua como base identitaria y sostenedora de la unión cultural entre América y España, cabe recordar que Altamira ya había publicado que el idioma constituía el componente que facilitaba el intercambio de ideas, toda vez que “representa la forma propia de su mentalidad, el estrato más profundo y ancestral de su espíritu, el solar sobre el que se levanta el edificio de sus ideas y en que mejor las dice.”¹⁹¹ Esta defensa de la lengua no está de más recalcar que está presente en todos los programas hispanoamericanistas del alicantino que hemos analizado. Asimismo, Altamira coincidía con la idea de que América se encontraba en cierto peligro por la amenaza cultural anglosajona; por ello, constantemente proponía que el idioma debía protegerse y fortalecerse con las distintas opciones que imponía la relación intelectual, como por ejemplo, la edición de revistas hispanoamericanas con redactores tanto españoles como americanos y con la elaboración de una prensa común.¹⁹² Propuestas que de alguna manera había llevado a cabo al haber dirigido la *Revista Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana* en el período comprendido entre 1895 y 1901, la cual, como hemos mencionado, fundó “para restablecer relaciones intelectuales directas con las naciones hermanas”,¹⁹³ y en donde lograron colaborar escritores de ambos continentes.

Estas ideas y otras más de su programa hispanoamericanista referentes al intercambio de profesores y alumnos entre universidades, a la organización de congresos, la apertura de escuelas y centros culturales en ambos continentes, la celebración de preacuerdos para facilitar las comunicaciones telegráficas (cable directo hacia América sin el concurso de las compañías anglosajonas), tarifas postales reducidas, reducción de impuestos para la introducción de libros, y protección aduanera del comercio entre España y América, así como

¹⁹⁰ FERRÁNDIZ LOZANO, José, “Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo”, *op. cit.*, p. 15.

¹⁹¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, *op. cit.*, p. 74.

¹⁹² Cabe recordar también que Altamira advertía que los emigrantes también eran fundamentales en la preservación de la lengua, al respecto observaba: “... las Academias correspondientes de América, y cualquiera otro órgano ó corriente de relación que las Universidades españolas creen, han de ser de fundamental influencia en la vida intelectual, para la que es la lengua un medio de expresión menos accidental é indiferente de lo que piensa el vulgo. Para esta obra, los peninsulares que viven en el continente americano pueden ser un elemento eficacísimo; y el serlo constituye sin duda uno de sus mayores deberes, superior quizá al de los auxilios materiales de que en tiempo de guerra han sido pródigos”, ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, *op. cit.*, p. 51.

¹⁹³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, *op. cit.*, p. 78.

la creación de una legislación obrera común y la instauración de una oficina iberoamericana del trabajo, las llevó también consigo en su viaje a América.¹⁹⁴

Las expectativas que tenía el claustro ovetense sobre el desarrollo que tendría el viaje se fincaban en el ambiente favorable que, después de los sucesos de 1898, daba cabida a un restablecimiento de relaciones entre España y lo que habían sido sus antiguas posesiones americanas. Había gobiernos americanos de corte liberal-conservador que eran proclives a defender el hispanismo como parte de su identidad en la conformación del Estado-nación, como era el caso de Argentina, Colombia o México, éste último como veremos más adelante. A pesar de esa nueva realidad y de las actividades que el movimiento hispanoamericanista venía organizando desde 1892 para emprender políticas de acercamiento mutuo, el gobierno español se mostraba reacio, y por ello la tarea de fomentar los vínculos entre ambas regiones durante esos primeros años del siglo XX, seguía recayendo en los intelectuales, en el ámbito privado. De cierta forma, el viaje de Altamira debía aprovechar esta coyuntura de interés americano y de desinterés oficial, porque, como señala Juan Pro, existía el temor de “que una acción más institucional y más potente despertara en América los recelos del pasado ante la reaparición de una España neocolonial, dominadora y avasalladora.”¹⁹⁵

Finalmente Altamira recibiría el apoyo de la cámara de comercio de Vigo que consistió en enviarle un secretario, el profesor Francisco Alvarado, y también aceptaría financiación por parte de los gobiernos de México (que abordaremos en el siguiente capítulo), Chile y Cuba. En junio de 1909, Rafael Altamira se embarcaría rumbo a Argentina; esta etapa, como hemos advertido, ha sido ampliamente analizada por Gustavo Prado, quien además aporta nuevos datos en relación con el viaje de Altamira por América en general. Las siguientes escalas programadas de este periplo y misión serían Uruguay, Chile, Perú, México, Estados Unidos y Cuba.

La estancia en Argentina durante los meses de julio a octubre de 1909 sería la más larga del periplo y en términos académicos probablemente la más exitosa, no sólo por los conocimientos que transmitió a los argentinos, sino porque abrió las puertas para que varios de sus compatriotas se beneficiaran del intercambio académico propuesto. En ese orden de ideas, Adolfo Posada dictaría un curso en 1910 y Gumersindo de Azcárate sería invitado para impartir otro en la Universidad de Buenos Aires.

Otras de las consecuencias que trajo la visita de Altamira por tierras rioplatenses fueron que la Universidad de Santa Fe solicitó tres profesores españoles de derecho; el

¹⁹⁴ Véanse las *Proposiciones que presentan al Congreso Hispanoamericano algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo* en CONGRESO SOCIAL Y ECONÓMICO HISPANO-AMERICANO REUNIDO EN MADRID EL AÑO 1900, *op. cit.*

¹⁹⁵ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, *op. cit.*, p. 23

Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires requirió otro de filología; se dio más impulso a la Extensión Universitaria y la Universidad Popular; se propuso crear una Academia de Ciencias Morales y Políticas sirviendo Altamira como enlace con la de España. También el alicantino sirvió de mediador para que se estableciera el intercambio de publicaciones entre los museos pedagógicos de ambos países y entre la Estación de Biología Marina de Santander con la Escuela de Lenguas Vivas de Buenos Aires; intercambio de publicaciones también entre la Universidad de Oviedo y la revista de Pedagogía a cargo del Ministerio de Instrucción Pública argentino, así como también con las Universidades de La Plata y de Buenos Aires. A este mismo Ministerio Altamira le propuso igualmente la creación de un Instituto Argentino en Sevilla para las futuras investigaciones históricas aprovechando el Archivo de Indias; implementación del modelo de las excursiones escolares que impulsaba la Universidad de Oviedo.¹⁹⁶

Todas estas actividades Altamira las pudo desplegar en el contexto argentino del reformismo liberal, y, aunque en su mayoría eran parte de un proyecto que aspiraba entablar un diálogo intelectual basado en un interés recíproco y con serias posibilidades de realización —que dicho sea de paso, ya quisiéramos hoy, en nuestras actuales condiciones académicas, poder plantear un proyecto semejante—, eran una muestra, según Juan Pro, de “la gran comunidad intelectual iberoamericana sobre la que debía apoyarse cualquier proyecto político de unidad.”¹⁹⁷

En cuanto a los cursos que impartió Altamira en Argentina destaca el trimestral sobre Metodología de la Historia, que fue iniciador de los estudios históricos en la Facultad de Historia y Letras de la Universidad Nacional de La Plata.¹⁹⁸ En dicho curso Altamira realizó propuestas prácticas sobre el oficio del historiador y además habló sobre el estado de la historiografía y la enseñanza de la historia en Argentina. En efecto, el contenido del curso

¹⁹⁶ PRADO, Rafael *Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, op. cit.

¹⁹⁷ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, op. cit., p. 25.

¹⁹⁸ Véase a PRADO, Gustavo, *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909)...*, op. cit., y mi reseña sobre este libro en *Revista de Indias*, Vol. LXXIII, No. 257, 2013, pp. 297-300. La importancia de esta obra, a grandes rasgos, radica en que el autor hace una contribución fundamental a los estudios altamiristas porque a través de un análisis sistemático y profundo nos presenta el discurso académico que llevó Rafael Altamira a Argentina. Discurso que nunca antes había sido estudiado y que sólo se conocía por los títulos de las conferencias y los cursos que dictó Altamira en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad de Buenos Aires. De esta forma, por primera vez conocemos los contenidos de lo que fue a enseñar el profesor ovetense a las universidades argentinas. Otra contribución destacable es que Prado analizó variables que no habían sido tomadas en cuenta en otros trabajos sobre Altamira, y que a su juicio, intervinieron en el éxito de la misión en La Plata: el estado de la historiografía argentina y las demandas de una pedagogía patriótica en el momento de la llegada del alicantino. Teniendo este panorama, el autor además nos explica cómo se facilitó la recepción de los ideólogos españoles del krausismo y regeneracionismo en este contexto específico. Para lo cual indagó sobre la redefinición hispánica de la argentinidad y el desprendimiento de los tópicos hispanófobos de la cultura nacional en los ámbitos de la reforma social, del patriotismo, la democratización política y la educación universal.

versó sobre la formación del historiador, los problemas del oficio y los consejos prácticos para solventarlos; profesionalización universitaria de la historiografía; la demarcación de la historiografía con otras disciplinas; el estado de la historiografía y de la pedagogía de la Historia en la Argentina; la educación patriótica, pedagogía de la Historia y los problemas de la enseñanza en el nivel elemental y medio. Con este último conjunto de temas conviene traer la idea que tenía el profesor ovetense respecto a la importancia de enseñar a los alumnos desde la primera infancia los “hechos generales de la Humanidad” ya que tiene gran validez y vigencia. Altamira consideraba que con una enseñanza de la historia universal o general desde los primeros años de la escuela, podría adquirirse “tempranamente el concepto de solidaridad de los diferentes pueblos en la historia y la idea de historia como resultado del esfuerzo humano en la cultura y en la civilización, en la obtención del bienestar material y en el dominio de la naturaleza.”¹⁹⁹

Para Gustavo Prado, el corpus de las lecciones de Rafael Altamira en la Universidad de La Plata fue dirigido a dotar de herramientas para la aplicación técnica del oficio del historiador. Por ello su crítica más puntual hacia esto tal vez sea que Altamira —nos dice— incidió sobre todo “en un discurso esclarecedor en lo técnico-procedimental y deficitario en lo teórico-epistemológico.”²⁰⁰

Otro curso que impartió el alicantino fue el de Historia del Derecho Español en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Cabe mencionar que esta facultad aprovechó la visita de Altamira para incluirlo en las discusiones de la reforma del plan de estudios y se comprometió a imprimir documentos útiles para el área de Historia del Derecho argentino. Pero también es importante comentar que según analiza Gustavo Prado, existía un gran interés por parte de los receptores argentinos del discurso académico de Altamira en cuanto la historiografía, su validación científica y también en lo tocante a la revisión crítica de ciertos tópicos de su cultura histórica. Sobre todo por la necesidad que tenían de incorporar innovaciones pedagógicas en la enseñanza de la historia, con el fin de profesionalizar la historiografía y dotar a los profesores de una formación tendiente a realizar la obra pedagógica y patriótica. Obra que, sin duda, estaba destinada a la homogeneización cultural y a la formación del ciudadano ante el problema de la emigración masiva que se vivía en la Argentina de aquellos años. De aquí que los intereses académicos de Altamira conectaran con las “demandas e intereses del naciente campo intelectual y de la historiografía rioplatense.”²⁰¹

Asimismo, Altamira dictó numerosas conferencias sobre temas diversos de historia,

¹⁹⁹ PRADO, Gustavo, *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909)...*, op. cit., p. 168.

²⁰⁰ *Ibid.*, pp. 185, 186.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 25.

literatura, filosofía, pedagogía y arte en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; algunas más sobre la Extensión Universitaria en universidades populares, centros gremiales y asociaciones culturales tanto en Buenos Aires como en otras ciudades, por ejemplo en La Universidad Popular Platense y en el Colegio Nacional del Oeste. Además, sería invitado a hablar sobre los “ideales universitarios” en la Universidad de Santa Fe y sobre ciencia y metodología en la Universidad de Córdoba. Asimismo, disertó en escuelas primarias y secundarias, en la Asociación Nacional del Profesorado —donde además de homenajearlo le nombraron socio honorario— y en el Congreso de Sociedades Populares de Educación.

No está de más mencionar que, además de ser recibido en audiencia por el presidente José Figueroa Alcorta, fue galardonado con un doctorado *honoris causa* en la Universidad Nacional de La Plata; designado profesor titular de la cátedra de metodología de la historia de la misma universidad; nombrado miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática, miembro honorario de la Academia Literaria del Plata y del Instituto de Enseñanza General; comisionado por el Ministro de Instrucción Pública, Rómulo S. Naón, para organizar el intercambio de profesores, la citada Academia Argentina de Ciencias Morales y Políticas, un Instituto Histórico Argentino en España, y para obtener colaboraciones españolas para la Revista de Pedagogía del Ministerio Argentino de Instrucción Pública. Además, su nombre fue puesto en una avenida del campus de la Escuela de Agronomía de la Universidad Nacional de La Plata, en una escuela primaria recién creada en la región metropolitana de Buenos Aires y en la Universidad popular impulsada por los estudiantes platenses.

Otras de las actividades que se destacan como espacios de sociabilización a lo largo del viaje americano de Altamira, son los banquetes en los que fue homenajeado. En Argentina le ofrecieron varios en La Plata y en Buenos Aires, donde se congregaron numerosas personalidades de la esfera política e intelectual.

Merece la pena comentar también que el discurso que Joaquín V. González pronunció cuando le otorgaron el *honoris causa* a Rafael Altamira, además de destacar la importancia del intercambio académico del programa hispanoamericanista ovetense, expresa las necesidades de la construcción historiográfica en Argentina y el papel que tenía que jugar Altamira en esa construcción.²⁰² Joaquín V. González, rector de la Universidad de La Plata, y uno de los principales contactos de Altamira en la Argentina, también había conocido a Rahola en 1903, y éste último lo había calificado junto con Bartolomé Mitre y Julio Roca, como el pasado, presente y futuro de Argentina. González representaba por tanto el futuro, la

²⁰² *Ibíd.*, p. 50 y ss.

generación que, despojada de prejuicios antiespañoles, era afín a la herencia hispánica. Asimismo, González, quien había sido también gobernador de la provincia La Rioja, era un polígrafo interesado en el problema de la identidad nacional. En su libro *La tradición Nacional* (1888) proponía que la identidad argentina era una mezcla de la cultura indígena y la europea, pero al mismo tiempo resaltaba un nacionalismo que se reconciliaba con la herencia española y que la ponía como el denominador común para hacer frente al problema de la integración de los inmigrantes de distintos países y culturas.²⁰³

En Argentina Altamira también conocería a Juan Agustín García, de quien sabía de su obra *La ciudad indiana* gracias a su maestro Hinojosa. Asimismo, después del viaje, el alicantino establecería una importante relación amistosa y académica con Ricardo Levene. Con este personaje, Altamira encontraría puntos en común en el campo de la historia del derecho indiano. Ambos colaborarán en obras conjuntas y mantendrán el contacto durante los años en los que el alicantino se exiliará en México. Durante ese periodo, vale la pena destacar brevemente que, según Hebe Carmen Pelosi, Levene enviará a Altamira materiales para que continúe con su producción historiográfica y hará de gestor respecto de los trabajos que Altamira tenía en prensa en las editoriales argentinas.²⁰⁴

En Uruguay el profesor ovetense estuvo una corta temporada. Fue recibido por José Enrique Rodó, por el rector de la Universidad de la República, Pablo De María, y por el Presidente de la República, Claudio William. Dictó algunas conferencias en la Universidad Nacional de Montevideo, gracias a la intermediación de Rodó, referentes al papel de la Universidad y a la historia de España: “La Universidad Ideal”, “Historia de las Leyes de Partidas” y “Las interpretaciones de la Historia de España”, y en el Ateneo concernientes a la experiencia de la Universidad de Oviedo en relación con la educación primaria y sobre el ideal formativo de los maestros. Sela Sampil destaca que fue tal la respuesta que obtuvo en este país que un bachiller llamado Francisco A. Schinca escribiría destacando la propuesta hispanoamericanistas entre pares de la universidad ovetense lo siguiente:

‘Vuestra Universidad de Oviedo ha contribuido de una manera especialísima a ese progresivo acercamiento del espíritu español al espíritu americano [...] ese ideal lo realizáis ahora vosotros, los ilustres profesores de la Universidad de Oviedo; vosotros, que convocáis á los pueblos á las fiestas de vuestro espíritu, que procuráis mantener con las colonias emancipadas aquella voluntaria y complacida comunicación ideal, mucho más fecunda que la antigua subordinación a la metrópoli, porque nos permite acercarnos sin recelo, sin humillación y sin amarguras, al ara indestructible, y ya santificada por la Historia, de nuestras adoraciones comunes..²⁰⁵

²⁰³ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., *op. cit.*, p. 32.

²⁰⁴ PELOSI, Hebe Carmen, “Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira”, *op. cit.*, pp. 35-40.

²⁰⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América*, *op. cit.*, p. 131.

Rafael Altamira tuvo que regresar a Argentina para cruzar los Andes y dirigirse a Chile.²⁰⁶ En tierras mapuches permaneció una semana. En Santiago volvió a ser recibido por altos mandatarios como el Presidente de la República, Pedro Montt, y por una comitiva del Ministerio de Instrucción Pública. Debido a su corta estancia no logró dictar todas las conferencias que había acordado con el rector de la Universidad Nacional de Santiago de Chile, Valentín Letelier, y sólo pudo pronunciar las siguientes: “La obra de la Universidad de Oviedo”, “La extensión Universitaria”, “Los trabajos prácticos de la Facultad de Derecho”, “Bases de la Metodología de la Historia”. Además de éstas ofreció algunos discursos a los españoles residentes en Valparaíso e Iquique. Asimismo, consiguió en los principales centros docentes acuerdos sobre el intercambio de publicaciones y de relaciones entre profesores de las mismas asignaturas.

La siguiente estación fue Perú. En este país andino el alicantino trató temas pedagógicos ante el auditorio de la Universidad de San Marcos y en otros recintos académicos y sociales, con los temas: “Extensión Universitaria”, “Método de la Historia”, “Los ideales de la vida” y “Educación popular”. La Facultad de Letras le concedió otro doctorado *honoris causa*, fue nombrado socio honorario por el Instituto Histórico Peruano y catedrático de la Facultad de Jurisprudencia. Asimismo, fue condecorado por otras instancias políticas y de gobierno y recibido por el Presidente de la República, Augusto B. Leguía.

La estancia más larga después de Argentina la hizo en México. De diciembre de 1909 a febrero de 1910, con un viaje intermedio a Nueva York invitado por la American Historical Association, Rafael Altamira continuó con su intensa actividad académica pronunciando conferencias y discursos en distintas instituciones académicas y culturales: Escuela Nacional de Jurisprudencia, Escuela Nacional Preparatoria, Escuela de Artes y Oficios, Escuela Normal de Maestros, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Colegio Nacional de Abogados, Colegio Militar, Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación (que le otorgó el título de Académico Honorario), Ateneo de la Juventud, Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos, La Sociedad de Geografía y Estadística (que lo nombró socio corresponsal), Casino Español, y el Círculo Español Mercantil de Veracruz (que lo nombró socio honorario). Asimismo, fue recibido por el Presidente Porfirio Díaz y el Secretario de Instrucción Pública Justo Sierra quien le propuso organizar una futura cátedra de Historia del

²⁰⁶ Para conocer la red que estableció Rafael Altamira con los intelectuales chilenos véase a AYALA, Ma. de los Ángeles, *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.

Derecho en la Universidad Nacional. Es de destacar que en México Altamira tuvo buena acogida gracias a los intelectuales positivistas hispanófilos encabezados por Justo Sierra, así como a una gran colectividad española liderada por Telésforo García, que junto con la que había en Argentina y en Cuba era de las más numerosas en el continente americano. En la década siguiente después del viaje se seguirá mostrando esta empatía con la acogida de intelectuales como Alfonso Reyes en España.²⁰⁷

Finalmente Altamira visitó Cuba. Ahí fue recibido por el rector de la Universidad de La Habana y por algunas autoridades y representantes de las sociedades españolas. Además de los discursos de salutación, divulgación y para los banquetes, pronunció alrededor de 15 conferencias en la Universidad, Instituto de Segunda Enseñanza, Asociación de Maestros Públicos de La Habana, Sociedades de Color, Ateneo de La Habana, Academia de Ciencias y Ayuntamiento de La Habana. Como en todos los países que visitó, el alicantino tuvo contacto con el Presidente de la República, José Miguel Gómez, algunos ministros y otros altos dirigentes del gobierno; además se entrevistó con comisiones universitarias, estudiantiles y representantes de sociedades españolas y cubanas. Cabe señalar que en Cuba el contexto con el que se encontró Altamira fue más espinoso que los otros para la recepción de su discurso. El mensaje que llevó Altamira tendiente a fomentar los vínculos fraternales entre iguales tuvo que recalcarlo y lanzarlo en clave antiimperialista. No obstante, se alzaron voces patrióticas y cargadas de hispanofobia que interpretaban la misión del alicantino como un nuevo proyecto imperialista. Por ejemplo el Decano de la Facultad de Derecho, José Antonio González Lanuza defendió el panamericanismo frente al hispanismo, y Fernando Ortiz criticó la campaña “panhispanista” de la Universidad de Oviedo por considerarla un programa “ideológico racista y neoimperial español.”²⁰⁸

En términos generales, Altamira proyectó en los países americanos que visitó la imagen de una España liberal y progresista. Invitó a restablecer lazos fraternales y horizontales entre naciones hermanas potenciados por el intercambio académico en materia de recursos humanos y pedagógicos. Presentó los beneficios de la renovación pedagógica orquestada por la Universidad de Oviedo entre los que se encontraba la Extensión

²⁰⁷ Sobre la estancia de Alfonso Reyes en España véase GARCÍADIEGO DANTÁN, Javier, “Alfonso Reyes en España”, en ABELLÁN, José Luis (coord.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana: actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Amigos de la Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 53-66. HOYOS PUENTE, Jorge de, “Del exilio liberal al exilio de masas, Alfonso Reyes en España (1914-1924)”, en CANO ANDALUZ, Aurora, Manuel SUÁREZ CORTINA, Evelia TREJO ESTRADA (eds.), *Cultura liberal, México y España: 1860-1930*, Santander, PubliCan 2010, pp. 395-413.

²⁰⁸ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira en América...*, op. cit., p. 47. Véase también PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía...*, op. cit., p. 233, y VALERO JUAN, Eva María, *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*, op. cit.

Universitaria. Propuso la fundación de institutos de investigación americanos en España para continuar disipando la mala imagen de su país a través de disciplina histórica apoyada en las fuentes primarias. Todo esto lo transmitió gracias a las más de trescientas conferencias que pronunció sobre educación, literatura, derecho, Extensión Universitaria y el programa hispanoamericanista. Además se dirigió directamente a los españoles, para hablarles sobre sus deberes para con el hispanoamericanismo en América y en España.²⁰⁹ Dichas conferencias las dictó en universidades, escuelas e instituciones sociales y culturales logrando despertar la atención de amplios sectores de la sociedad, lo que le permitió abrir un nuevo horizonte para el movimiento hispanoamericanista. En el plano de los resultados más tangibles logró que todas las universidades de los países que recorrió se interesaran por el intercambio de recursos humanos y de publicaciones; que profesores de Chile, Perú y México se ofrecieran a difundir la cultura española; consiguió el compromiso de enviar colecciones de libros por parte de Argentina, Chile, Perú y México, y de fomentar escuelas primarias para emigrantes.²¹⁰

Con este acontecimiento histórico se abriría un nuevo horizonte para el movimiento hispanoamericanista, no sólo por los logros conseguidos en el ámbito académico, de entre los cuales, se puede establecer la conformación de una red intelectual de la que participaron Rodó, Joaquín V. González, Valentín Letelier, Ricardo Palma y José Manuel Dihigo, entre otros, sino porque Altamira buscó incidir en otras formas de acercamiento entre España y América a través de las colectividades de emigrantes españoles resididos en tierras americanas y de políticos americanos, que como ejemplo pueden mencionarse al líder español Telésforo García y al político Justo Sierra, que estudiaremos más adelante. En todo caso, como sostiene Juan Pro, la propuesta hispanoamericanista lanzada por Altamira consistía en “sumarse a una operación que, a partir de una comunidad cultural, aspiraba a fundar también realidades políticas y económicas.”²¹¹

Esto se vio verificado cuando la misión ovetense encomendada a Altamira despertó la atención de la cúpula política, ya que, como indicamos, el profesor ovetense fue recibido y atendido por ministros y por los jefes de Estado de Uruguay, Perú, México y Cuba. Tampoco está de más señalar que el interés que fue despertando el viaje del representante de la Universidad de Oviedo se fue mostrando en el recibimiento multitudinario que le brindaron en algunas ciudades americanas (Montevideo, Mérida, Lima y La Habana), y en la buena acogida con que lo recibieron las colonias españolas republicanas y algunos diplomáticos del gobierno de la Restauración.

²⁰⁹ Rafael Altamira afirmó que dictó 360 conferencias, véase ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América*, op. cit., p. 294.

²¹⁰ *Ibíd.*, pp. 294, 295.

²¹¹ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., op. cit., p. 29.

A su regreso, producido en marzo de 1910, Rafael Altamira sería recibido por grandes multitudes y con grandes honores en La Coruña, Santander, Alicante, Madrid, León y Oviedo:

La Coruña, Santander y León organizaron verdaderos fastos para agasajar a Altamira y en Alicante la propaganda del Ayuntamiento movilizó a la población con tal eficacia que, a poco de descender del tren, el profesor se vio envuelto en una manifestación popular calculada en veinte mil personas. El arribo a Oviedo, por su parte, convocó a multitudes que aclamaron al alicantino y lo escoltaron en una impresionante y folclórica procesión hasta el histórico edificio de la calle San Francisco. En ambas ciudades se bautizaron calles con su nombre, se colocaron placas conmemorativas en su honor y se organizaron innumerables agasajos e inversiones en ‘verbenas, iluminaciones, y diferentes regocijos de índole popular’, amén de solemnes homenajes en sus más prestigiosos salones culturales.²¹²

Los principales diarios españoles fueron registrando día a día el recorrido triunfal que emprendió Altamira a su llegada a la península. Incluso, José Ma. Salaverría escribiría en una nota publicada en el diario ABC que los homenajes que “á ese discreto profesor se le tributen, con motivo de su vuelta, serán todos bien merecidos, por grandes que fueren. Le debe España un favor inmenso: la reivindicación de su crédito cultural en aquellos países y especialmente en la Argentina.”²¹³ Altamira contestaría las muestras de entusiasmo con sendos discursos y algunas conferencias para informar de las actividades y éxitos obtenidos durante su viaje. La prensa se encargó de difundir la noticia de que el viaje había sido una hazaña heroica y hasta se habló de una reconquista espiritual. La opinión pública parecía volcarse hacia el profesor ovetense. Incluso Joaquín Costa le confirió el calificativo “mitológico” a este periplo.²¹⁴

Parecía que tal recibimiento era una muestra de que por fin se había logrado despertar las conciencias españolas a “una nueva realidad americana.”²¹⁵ Sin embargo, los hechos dirán lo contrario, pero al menos, como sostiene Eva Valero, Altamira con el éxito de su viaje proponía una “verdadera vocación hispanoamericanista en España, enraizada en el conocimiento directo de la realidad americana, como única vía para la posterior reflexión y sistematización de los vínculos con España y la articulación de un pensamiento práctico que lo consolidara.”²¹⁶

Como no todo podía ser positivo, de inmediato surgieron voces desde la prensa católica asturiana (*El Carbayón*) que no sólo desprestigiaron el tan aclamado recibimiento,

²¹² PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía...*, op. cit., p. 201. Y también PRADO, Gustavo H., *Rafael Altamira en América (1909-1910)...*, op. cit., pp. 11, 12.

²¹³ SALAVERRÍA, José Ma., “Altamira en América”, ABC, miércoles 6 de abril de 1910, pp. 6, 7.

²¹⁴ PRO RUIZ, Juan, “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”..., op. cit., pp. 32, 33.

²¹⁵ ALTAMIRA, Pilar, *Diálogos con Rafael Altamira*, op. cit., p. 105.

²¹⁶ VALERO, Eva, “Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista”, op. cit., p. 4.

sino que también criticaron la figura de Altamira y su empresa exitosa.²¹⁷ Consciente de que su campaña por América iba a despertar todo tipo de críticas, Rafael Altamira no desaprovechó los auditorios que visitaba para dejar constancia de su papel como delegado universitario más allá de cualquier ambición personal. Incluso, su libro *Mi Viaje a América* podría interpretarse como una especie de escudo que utilizaría para enfrentar la campaña de desprestigio y, al presentar en él los documentos del periplo como fuentes de primera mano, al mismo tiempo ofrecía una interpretación casi “definitiva” de este hecho histórico.

Vale la pena mencionar brevemente que el libro *Mi Viaje a América*, publicado en 1911, aunque por el título pudiera parecer una crónica de viaje, es una obra histórica de carácter compilatorio cuyo objetivo fue dar a conocer la campaña hispanoamericanista realizada entre 1909 y 1910 a través de una serie de documentos oficiales, de divulgación y académicos.²¹⁸ Altamira reunió fuentes de primera mano entre las que podemos encontrar cartas de las Universidades, Ministerios y Corporaciones que tuvieron que ver en la organización y realización del viaje, los discursos oficiales que se pronunciaron en los diversos actos y los informes que presentó a las autoridades universitarias para dar cuenta de cada una de sus actividades. De igual forma recogió algunas notas de la prensa americana y española para dar a conocer hechos y opiniones de lo que iba aconteciendo²¹⁹ y, para la parte académica, compiló algunos de sus discursos y de las conferencias impartidas, así como también sus nuevos planes y programas para continuar con la empresa hispanoamericanista.²²⁰

En esta agenda política Altamira omitió intencionadamente todo aquello que consideró personal y subjetivo a la misión que se le encomendó, incluso suprimió “párrafos o frases que

²¹⁷ Véase a MELON FERNÁNDEZ, Santiago, *El viaje a América del profesor Altamira*, op. cit., y PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía...*, op. cit.

²¹⁸ Coincidimos con el historiador Gustavo Prado cuando señala que este libro “no fue pensado como una relación, ni una crónica, ni siquiera un diario de viaje, sino como una amplia selección de documentos de difícil lectura incluso para un público directamente interesado en cuestiones históricas o políticas”, PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía...*, op. cit., p. 240.

²¹⁹ Altamira señaló en el prólogo de esta obra que en la cobertura del viaje hubo ausencia de “elementos de información completos y seguros” y que, a pesar de que las actividades que se llevaron a cabo en América fueron publicitadas por algunos periódicos, el viaje no tuvo la suerte de ser abordado, en su momento, de una forma más profunda. Véase ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. XXI, XXII. En ese sentido, pocas revistas trataron brevemente esta campaña hispanoamericanista: *La España Moderna* (junio, julio, de 1910) y *España en América* (junio de 1910). En ellas Vicente Gay dedicó poco más de un párrafo a Rafael Altamira en dos ocasiones. En la primera ocasión, destacó que el intercambio cultural preconizado por Altamira no significaba una americanización de España o españolización de América, sino que sólo era un armónico intercambio, una labor cultural común que había de desarrollarse con el estudio de ambas culturas. Asimismo, indicó que para la comunidad moral propuesta por el alicantino España “podía acarrear un material histórico de inmensa utilidad para América”, GAY, Vicente, “La América moderna”, *La España Moderna*, Madrid, Año 22, No. 258, junio de 1910, pp. 161, 162. En la segunda ocasión, Gay señaló que coincidía con un comerciante que le había dicho a Altamira en Buenos Aires que gracias a sus conferencias estaba avivando el movimiento de cordialidad hispanoamericana, y que por lo mismo los productos españoles estaban teniendo mejor acogida. GAY, Vicente, “La América moderna”, *La España Moderna*, Madrid, Año 22, No. 259, julio de 1910, p. 144.

²²⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. XXII.

hablan del hombre y no de la idea ó de la representación que asumió.”²²¹ Tampoco incluyó los “discursos y comunicaciones de personas y sociedades españolas” mencionándolos sólo en sus informes, con el objetivo de resaltar sólo “la voz y los hechos de los americanos.”²²² Cabe señalar que otras omisiones en este catálogo se debieron al extravío de documentos, a la falta de textos mecanografiados en algunos casos, sobre todo los discursos, y al carácter oficial de otros, que por su cualidad de confidencialidad no fue posible presentarlos.²²³

La intención de Altamira por dar a conocer el viaje a América y al mismo tiempo ofrecer las fuentes necesarias para su estudio trajo consigo un problema. Que los interesados en recuperar este hecho histórico tan importante en la historia de las relaciones culturales e intelectuales entre España y América, sobre todo a partir del siglo XX, sólo han recuperado la memoria del viaje a partir de los documentos presentados por el propio Altamira y, salvo contadas excepciones, no han realizado estudios más profundos en ambos lados del Atlántico con nuevas fuentes y nuevas interpretaciones sobre este hecho histórico.

Resta señalar que el éxito obtenido por Altamira trató de ser recompensado a través de una serie de nombramientos y reconocimientos, y con ellos, prácticamente se empezó a abrir la puerta por donde el alicantino vislumbró la posibilidad de concretizar muchas de sus propuestas. Fue designado director general de Primera Enseñanza en 1911 en el gobierno de Canalejas, situación propicia para llevar a la práctica sus proyectos de reforma educativa. Cargo que desempeñaría hasta 1913, tras dimitir por la oposición que recibió de los sectores más conservadores y de los partidos de derecha.²²⁴ No obstante, lograría plantear una serie de iniciativas de grueso calado que están contenidas en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con el título “Problemas urgentes de la Primera Enseñanza”. Estas propuestas están dirigidas a mejorar la situación económica y académica de los docentes y a establecer la institución como un ente orientador de la educación y no sólo como un gestor administrativo.²²⁵

A la par, en el Centro de Estudios Históricos dependiente de la JAE —del que hablaremos un poco más adelante— se le encargó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España que funcionaría hasta 1913. Asimismo, sería nombrado catedrático

²²¹ *Ibíd.*

²²² *Ibíd.*, pp. XXII, XXIII.

²²³ Estas ausencias las describe el propio Altamira: “...faltan discursos importantes del Ministro de Instrucción pública de México y del Director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia del mismo país, y otros documentos de igual índole argentinos, cubanos, chilenos, etc....Por otras razones, que fácilmente se comprenderán, tampoco he dispuesto de los informes oficiales ó confidenciales enviados al Ministerio de Estado por nuestros representantes diplomáticos en las naciones americanas visitadas.”, *Ibíd.*

²²⁴ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, op. cit., pp. 795-817.

²²⁵ Concretamente propone, entre otras, la creación de un escalafón general del Ministerio, un cuerpo de inspectores y bibliotecas pedagógicas para la formación de los profesores.

por la Universidad Central de Madrid en 1914, donde se creó expresamente para él la cátedra de las Instituciones Políticas y Civiles de América, común al Doctorado de Derecho y de Filosofía y Letras. También en el Instituto Diplomático y Consular impartiría el curso Historia Política Contemporánea de América en 1916. Nombramientos, que en el fondo se fueron sucediendo para compensar la no atención de sus demandas, por parte del gobierno, de una política hispanoamericanista real e inmediata, como veremos en los próximos apartados.²²⁶

Además, por designación de la Universidad de Valencia asumió como senador del Partido Liberal del conde Romanones, cargo que sería ratificado en 1919 y en 1923.²²⁷

Conviene mencionar que en abril de 1910, el entonces Ministro de Instrucción Pública, el Conde de Romanones, consultó a Altamira si no tenía reparos, dada su posición política, de entrevistarse con el Rey, a lo que el alicantino contestó que no debía de tenerlos, ya que él había ido a América en representación de la Universidad de Oviedo y que ésta:

[...] había concebido el viaje con un sentido completamente cultural y patriótico, en el más alto sentido de la palabra, asequible, pues, á todos los españoles, é independientemente de la esfera política; que así, de una manera rigurosa, había realizado yo mis gestiones en toda América, y que el delegado de la Universidad ovetense no tenía ni siquiera el derecho de negarse, como tal, á ningún llamamiento, y menos al que significaba de parte del Jefe del Estado un movimiento espontáneo de interés por el problema de las relaciones hispano-americanas, que podría servir de estímulo y acicate para la acción, en este orden, de los Poderes públicos.²²⁸

Dado el interés que despertó en el Rey el exitoso periplo de Altamira se programaron dos entrevistas. Durante ellas, el alicantino aprovechó la oportunidad para presentar el programa hispanoamericanista enriquecido con toda la experiencia del viaje a América, y así buscar proyectar el hispanoamericanismo a la esfera política.

3.4 El programa de 1910

Como hemos apuntado en el capítulo anterior, el contexto político español con que comenzaba el siglo XX inauguraba cierta “apertura democrática”. Gracias a ella algunos intelectuales institucionistas empezaron a ser cooptados para participar en iniciativas gubernamentales. Sobre todo, con el gobierno de José Canalejas y del conde de Romanones

²²⁶ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE”, *op. cit.*

²²⁷ El desempeño de Rafael Altamira como senador es un asunto aun no estudiado suficientemente por la historiografía española.

²²⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, p. 265.

como Ministro de Instrucción Pública. Esta coyuntura de hombres del gobierno inclinados hacia los sectores regeneracionistas y krausoinstitucionistas, y el éxito conseguido por el viaje a América de 1909-1910, motivarían a Altamira a presentar una exposición programática de sus reflexiones hispanoamericanistas a la esfera del gobierno y al rey Alfonso XIII.

El alicantino no perdía la esperanza de que una vez escuchadas sus propuestas se llevarían a la práctica, con el apoyo estatal, muchos de los acuerdos logrados con los americanos y que verían salida muchas de las ideas e iniciativas contenidas en los programas anteriores. Además esperaba que el éxito del viaje se le reconociera y recompensara de alguna manera a la universidad ovetense. Así, tras la segunda de las entrevistas que mantuvo Rafael Altamira con el rey, celebrada en junio de 1910, el objetivo parecía cumplirse: el Ministro de Instrucción Pública, Conde de Romanones, prometía llevar al Congreso las propuestas hispanoamericanistas planteadas por el representante de la Universidad de Oviedo.

El programa hispanoamericanista reformulado después del periplo americano por Altamira y la Universidad de Oviedo contenía una primera propuesta dirigida precisamente al Ministro de Instrucción Pública, que era la creación de un Centro Cultural Hispanoamericano con sede en Oviedo. Esta iniciativa, presentada al Claustro, llevaba la firmada del Rector Fermín Canella. Las funciones proyectadas para dicho centro eran: 1. La recepción de los catedráticos y alumnos americanos. 2. Acogida digna de los delegados de las universidades americanas. 3. Asesoramiento a Colombia sobre las leyes de Instrucción pública de España para la reorganización de su enseñanza, tal como se hacía en Costa Rica; envío de toda clase de libros de texto a los países que los requieran como era el caso de Perú a raíz del viaje de Altamira. 4. Organización en Oviedo de una Biblioteca Hispano-Americana compuesta a partir de los fondos ya existentes y con los libros enviados por Argentina, Chile Perú y México con motivo del viaje de Altamira. 5. Creación e impulso de escuelas primarias para emigrantes. 6. Mantenimiento de relaciones continuas con la prensa de Madrid, provincias españolas y naciones americanas con el fin de uniformar la propaganda de unión cultural entre España y América para contrarrestar la de desprestigio que hacen los Estados Unidos y otras naciones europeas. 7. Publicación de un boletín o revista mensual hispanoamericanista con la colaboración de las Universidades españolas y americanas.²²⁹

La segunda parte del programa estaba constituida por 6 peticiones concretas que había formulado una comisión compuesta por los decanos de Filosofía y Letras, Derecho, Ciencias y por el catedrático Rafael Altamira.²³⁰ La primera petición era el “Crédito especial para intercambio de profesores con las Universidades hispano-americanas”. Se solicitaba que en

²²⁹ *Ibid.*, pp. 298, 299.

²³⁰ *Ibid.*, pp. 299-304.

los presupuestos generales del Estado se incluyera este tipo de créditos (mayores de 35.000 pesetas) para que se repartieran entre las universidades españolas y éstas pudieran sufragar los gastos de viaje y alojamiento de los profesores americanos visitantes o de los españoles que se enviaran.

Como segunda petición solicitaban una subvención para la “Creación en Oviedo de una Sección americanista destinada á:” la organización y desarrollo de actividades académicas. Entre ellas estaba la creación y mantenimiento de una biblioteca especializada; la programación de conferencias sobre “Historia, Economía, Derecho, organización social, Literatura, etc.”, de los países americanos; el canje de publicaciones y el sostenimiento de la propaganda española en América.

El tercer punto era la “Creación en la provincia de Oviedo de una Escuela modelo para emigrantes, é inspección de las de la región.” El objetivo de esta escuela pública era sumarse a las iniciativas de particulares y formar tanto de manera humanista como técnica a los emigrantes antes de que se embarcaran hacia América, para que así estuvieran mejor preparados y a su llegada pudieran competir con los extranjeros de otras naciones. La Universidad ovetense fungiría como supervisora y asumiría la dirección tutelar pedagógica.

La cuarta solicitud consistía en la “Franquicia de Aduanas para los envíos de libros y de material de enseñanza de los centros docentes hispano-americanos.” Esta franquicia estaba pensada para eliminar los obstáculos de la comunicación intelectual que existían por el pago de derechos aduaneros. Es decir, proponían la exención del pago de estos derechos y así dar libre entrada a las donaciones del material bibliográfico y de enseñanza proveniente de los centros educativos americanos. Asimismo proponían una franquicia postal para las comunicaciones entre las universidades y centros docentes españoles y americanos.

La quinta propuesta eran los “Auxilios á las Delegaciones de la clase escolar española para asistir á los Congresos de estudiantes hispano-americanos.” En relación con las redes entre estudiantes de ambos lados del Atlántico que se estaban formando, se solicitaba que el Ministerio de Instrucción Pública dotara de créditos especiales a los estudiantes españoles para que pudieran asistir, previa invitación de los centros docentes y universidades, a los congresos que se organizaban en América.

Por último, el sexto punto era el “Intercambio de trabajos escolares y material de enseñanza.” Gracias a los logros conseguidos por Altamira en este sentido, proponían que se fomentara y organizara desde las Escuelas Normales y Primarias españolas la confección de este tipo de materiales. Las colecciones resultantes organizadas por el Museo Pedagógico de la Universidad de Oviedo se enviarían a los países americanos.

Estas mismas peticiones y otras más fueron las que Rafael Altamira presentó al Rey el

8 de junio con el título: *Medios prácticos para organizar las relaciones hispano-americanas. (Informe presentado y leído á su Majestad el Rey)*,²³¹ y constituyen lo que hemos denominado “el programa de 1910”.

Lo destacable de este programa compuesto por las 6 peticiones anteriores —aprobadas por unanimidad por el claustro ovetense el 19 de mayo de 1910— y por 3 propuestas más, es que Altamira, a pesar de que, como vimos, el gobierno ya había creado la JAE, encargada por primera vez del intercambio científico y del envío de pensionados a estudiar e investigar fuera de España, sigue otorgándole a la universidad la responsabilidad de llevar a cabo las acciones hispanoamericanistas.

Como primer punto de este programa de 1910 fechado por el alicantino el 31 de mayo, se solicita el mencionado crédito de más de 35.000 pesetas para el intercambio de profesores. El alicantino añade a esta solicitud la urgencia de que, en el caso de que se apruebe este crédito, se le conceda su parte a la universidad ovetense para el siguiente año, porque, conforme a los acuerdos que se celebraron durante el viaje a América, ya se tienen anunciadas las visitas de varios profesores americanos, como es el caso del Director del Museo de Historia Natural de la Universidad de Santiago de Chile.

Respecto al segundo punto titulado “Envío de pensionados para estudiar los diferentes aspectos de la vida social, económica é intelectual de América”, Altamira informa que el Conde Romanones ya había atendido esta solicitud y que mediante la Real orden del 16 de abril, había sido “resuelto este punto” con la aplicación de una parte de las pensiones que concede la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE). Resolución que, en efecto, mediante siete puntos pondrá interés en el estudio, *in situ*, de América y en el establecimiento de relaciones intelectuales con ella a través del intercambio de profesores y alumnos universitarios y del envío de pensionados,²³² pero que generará un conflicto con la Universidad de Oviedo y con el propio Rafael Altamira por el alto compromiso que tenía éste “con el programa del movimiento americanistas español —que en gran medida le era

²³¹ *Ibíd.*, pp. 305-315. Ver anexo III.

²³² “1.º Otorgar a los estudiantes americanos cierto número de plazas en los Centros de estudios ó investigación, en los Institutos de educación que dirija en España y en las Escuelas españolas que funde en el extranjero. 2.º Dar facilidades para que aquellos estudiantes puedan utilizar las Instituciones de patronato que para los nuestros se organicen en las principales naciones europeas y el servicio de información encomendado a la Junta. 3.º Enviar á América pensionados para hacer estudios y Delegados á quienes encomiende la obra de propaganda é información, y el establecimiento de relaciones entre la juventud y el Profesorado de aquellos países con los del nuestro. 4.º Establecer el intercambio de Profesores y alumnos. 5.º Favorecer en España la publicación de obras científicas sobre América (instituciones sociales y políticas, derecho, historia, fauna, flora y gea; arte, industria y comercio, etc.), especialmente como resultado de los trabajos de los pensionados. 6.º Fomentar el intercambio de las publicaciones de la Junta con las de otras entidades científicas americanas. 7.º Hacer en España alguna obra de propaganda y vulgarización.” Real orden del 16 de abril de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 18 de abril de 1910).

propio—”,²³³ como estudiaremos más adelante.

Justamente, mediante el Real Decreto del 22 de enero de 1910, se habían designado nuevas responsabilidades a la JAE que, a los ojos del alicantino debían ser exclusivas de las universidades. La Junta se convertía así en la encargada de conceder las pensiones de estudio en el extranjero individuales y colectivas para estudiantes y profesores; de promover los estudios en España a través de nuevos organismos de investigación; de crear la Residencia de Estudiantes, y reformar los estudios de bachillerato.²³⁴ Con estas medidas se establecía que la labor de la JAE debía ser, por tanto, la renovación pedagógica y la elevación del nivel cultural e intelectual de España por medio de las pensiones. Además se crearían nuevas instituciones, dependientes de ella, tanto para la investigación: el Centro de Estudios Históricos (18 de marzo de 1910)²³⁵ y el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales (27 de mayo de 1910); como para la docencia: la Residencia de Estudiantes (6 de mayo de 1910) y el Instituto-Escuela (10 de mayo de 1918).

Regresando al programa de 1910, el tercer punto es la propuesta ya planteada de crear una escuela modelo para emigrantes. Al respecto, Altamira refiere que sin una preparación especial, los emigrantes no podrán competir, por tal motivo, explica que conocedores todos ellos de esta situación, han creado algunas escuelas privadas en la región del Noroeste gracias a donativos de indianos, en Asturias con el asesoramiento de la Universidad ovetense, en Vigo con los esfuerzos de gallegos residentes en la República Argentina y en La Coruña gracias a los residentes en Cuba. El objetivo es establecer una Escuela modelo en Asturias que sirva a las iniciativas privadas, con “la inspección y tutela pedagógica” de la Universidad de Oviedo, como ya se señaló.

El cuarto punto es la misma solicitud de franquicia de Aduanas. Recordemos que se pide la libre circulación de los libros y material docente proveniente de América. En este sentido, Altamira explica que las universidades y centros docentes españoles carecen de fondos para pagar los derechos de aduanas, y a veces tienen que “abonar los envíos y consentir en que se vendan en pública subasta los objetos destinados á la cultura nacional.” Reconoce que ha habido cierta sensibilidad a este respecto, pero que aun así, es importante dictar una disposición general para los envíos que se reciben en España de publicaciones y

²³³ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.* p. 37.

²³⁴ Real Decreto del 22 de enero de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 28 de enero de 1907).

²³⁵ Los objetivos del Centro de Estudios Históricos eran fomentar la investigación y la producción historiográfica; agrupar a los científicos españoles en un centro de trabajo para promover la cooperación y socialización del conocimiento; formar una biblioteca especializada y establecer relaciones con centros científicos extranjeros; apoyar la continuidad de las actividades de los graduados universitarios hasta que consiguieran su colocación laboral; preparar a los pensionados y recibirlos a su regreso. Real Decreto del 18 de marzo de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 19 de marzo de 1910).

muestras de material de enseñanza de los centros docentes americanos, en la que se declare la libre entrada de esos donativos.

El quinto punto lo constituye el mencionado intercambio de material bibliográfico y de enseñanza. Al respecto, el alicantino advierte que el envío de estos materiales se ha dado sólo por parte de los países americanos sin un plan, ni regularidad. Que así como la universidad ovetense consiguió organizar un Museo Pedagógico y que gracias al viaje a América se consiguió que varias escuelas e instituciones docentes americanas enviaran a Oviedo, de manera regular muestras de su organización y estudios, debería conseguirse en otras universidades españolas y, sobre todo, que el Museo Pedagógico Nacional se constituyera en el órgano central de comunicación e intercambio entre las instituciones de enseñanza españolas y americanas.

Por lo que toca al sexto punto del programa hispanoamericanista de 1910, referido a la ya planteada solicitud de créditos para que los estudiantes españoles acudan y participen en los congresos americanos, Altamira argumenta que la conveniencia de atender este asunto repercutiría en el establecimiento de “relaciones directas y personales entre la juventud de una y otra parte”, y al mismo tiempo serviría para afrontar el peligro que pudiera representar el que los estudiantes norteamericanos se aprovecharan de la organización de estos congresos e invitaciones que hacen los americanos para participar en ellos. Como muestras de que estas invitaciones son una realidad, el alicantino comenta que estudiantes ovetenses y madrileños han solicitado apoyo para asistir al Congreso escolar argentino. Asimismo, menciona que la creación de la Residencia y el Patronato escolares de la JAE y el acuerdo sostenido con las autoridades mexicanas sobre “la vigilancia y tutela de los pensionados españoles y americanos” representan una buena coyuntura en este sentido.

Respecto al séptimo punto que titula: “Mejoramiento del Archivo de Indias en relación con los proyectados Institutos históricos americanos”, Rafael Altamira recuerda que esta propuesta la ha venido planteando desde tiempo atrás. En ese sentido, reitera que la organización en España de estas Escuelas ó Institutos históricos conforme a lo que otros países han creado en Roma para estudiar los Archivos del Vaticano, tiene como objetivo la investigación sistemática, inventario y copia de los documentos relativos a América que se resguardan en el Archivo de Indias y en el de Simancas, principalmente. Explica que durante su viaje a América esta propuesta fue bien recibida en Argentina, Chile, Perú y México y que para responder a ello es necesario que se mejoren las condiciones materiales del Archivo de Indias. Además, señala que la creación de estos Institutos redundará en “el afianzamiento de las relaciones intelectuales con América” ya que se logrará que colaboren conjuntamente historiadores españoles y americanos, y porque “cabe su entronque con el Centro de estudios

históricos que acaba de fundarse en Madrid bajo los auspicios de la Junta para ampliación de estudios y con la Escuela histórica de Roma que la misma Junta proyecta.”

El penúltimo punto es el titulado “Establecimiento, en Madrid, de un Centro oficial de Relaciones hispano-americanas.” Para Altamira la creación de este centro es fundamental para complementar las iniciativas intelectuales anteriores y las que pueda realizar la JAE, toda vez que se necesita un “núcleo director y unificador de la acción americanista oficial.” Al respecto, el alicantino recuerda que desde que se suprimió el Ministerio de Ultramar, se carece de un órgano especial que atienda la comunicación con los países americanos, por ello es necesario la creación de uno, con carácter técnico y consultivo, con “suficiente libertad y amplitud de horizonte para que no se convirtiese puramente en un rodaje burocrático de expedienteo vulgar” y similar a las Secciones del Instituto de Reformas Sociales. Respecto a sus funciones este centro tendría las siguientes responsabilidades que conviene citarlas en extenso porque condensaría todas las acciones que debería emprender el gobierno español dentro del movimiento hispanoamericanista:

[...] tutelar ó inspeccionar las instituciones oficiales que se creasen para atender á las relaciones hispano-americanas; preparar los proyectos de ley y decretos relativos al mismo asunto; evacuar todos los informes que el Gobierno le confíe y asesorar sobre la política general americanista de orden intelectual y económico; mantener, mediante correspondencia, informaciones, cambio de publicaciones oficiales y demás medios, una relación constante con los centros hispano-americanos, con los núcleos de emigrantes españoles y sus Sociedades de carácter general ó regional, y con la representación diplomática y consular de España en aquellos países, para allegar el mayor número posible de datos que ilustren el conocimiento de las cuestiones americanistas en el orden intelectual, social y económico; servir de órgano de difusión para con el público, de todas las noticias que puedan contribuir á formar una opinión ilustrada y bien dirigida, respecto de las relaciones con América, en los diversos aspectos que interesan al pueblo español, sea ó no emigrante; corresponder con las instituciones de fin análogo creadas en Italia, Francia, Estados Unidos y otras naciones extranjeras, para aprovechar, en beneficio de España, el fruto de la experiencia de aquéllas en cuanto á la orientación y regulación de las relaciones hispano-americanas; atender de un modo especial á la fundación y desarrollo de las Escuelas para emigrantes en la Península, y al engranaje con éstas, de las que establezcan en América los españoles allí residentes; organizar, si se cree necesario, una escuela, ó un grupo de estudios americanistas para el Cuerpo Consular español, con objeto de que éste adquiera la cultura especial necesaria á que su acción en aquellos países sea fructífera, cultura que hoy por hoy, no le suministran los programas de su carrera; concertar sus gestiones, en lo que fuese preciso, con las de otros centros oficiales docentes que realicen funciones de carácter americanista, como las señaladas en los números 1 y 9; y desempeñar, en fin, cualquier otra labor que en lo sucesivo crea el Gobierno conveniente emprender para el mejor resultado de los fines que en este orden se persiguen.²³⁶

²³⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 312.

Esta propuesta política, además, está pensada para poder estar a la altura de lo que otros países están haciendo con respecto a las relaciones con América. En este sentido, Altamira explica la campaña panamericanista de los Estados Unidos, y las actividades académicas que desarrollan instituciones como la Asociación de las Universidades Americanas y la Universidad de Columbia en Nueva York, en cuanto a las relaciones con los centros docentes americanos; la creación de la Comisión universitaria por parte del gobierno francés para establecer relaciones intelectuales con las universidades americanas, y del comité *France-Amérique* que envía a América profesores y delegados oficiales; el establecimiento de escuelas para emigrantes por parte del gobierno italiano y el *Deutsche Colonialschule* en lo que toca a los alemanes.

Por último, el punto final del programa de 1910 es el referente a la ya mencionada apertura en la Universidad de Oviedo, de una Sección Americanista, con biblioteca, hemeroteca, foro para conferencias, congresos y debates, oficina de envíos de material didáctico a América y centro de propaganda española hacia los países americanos. Sobre este punto Altamira añade que así como los Gobiernos españoles han apoyado las iniciativas privadas como la Unión Ibero-Americana, la Sociedad libre de estudios americanistas de Barcelona, y otros centros análogos, la Universidad de Oviedo se merece también un apoyo “en recompensa de sus trabajos americanistas.” Asimismo, agrega, sobre algunas de las solicitudes expresas con relación a este punto, que se pretende organizar una mesa especial de revistas hispano-americanas de Ciencias, Letras y Pedagogía que se reciben en Oviedo; que las conferencias que se plantea realizar tienen el objetivo de “ilustrar la opinión pública sobre el pasado y el presente de aquellos países”; que es fundamental sostener la propaganda española en América, así como contestar de manera sistemática toda la correspondencia que se genere de esto y de todos los servicios que debe prestar la Sección, y atender lo relativo al intercambio de profesores; que la subvención que se requiere para crear y mantener la Sección Americanista se calcula en 5.000 pesetas, “respecto de la cual se cuenta ya con la formal promesa del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros”; y, por último, advierte que si no se atiende este punto, la Universidad de Oviedo no podrá aprovechar los frutos del viaje a América y deberá suspender su labor americanista.

El hecho de que el programa de 1910 conjuntara las demandas de la universidad ovetense y las del propio Altamira y reconociera a su vez las iniciativas del gobierno en materia hispanoamericanista, daba cuenta del equilibrio que intentaba imponer el alicantino al movimiento hispanoamericanista español. En este sentido, no se equivoca Gustavo Prado

cuando señala que Altamira evitaba cualquier tipo de confrontación ahora que ya había logrado despertar el interés del gobierno para atender las relaciones culturales e intelectuales con América. De ahí que el programa presentado al rey hiciera el reconocimiento del gobierno a través de la creación de la JAE, pidiera asimismo una compensación al esfuerzo realizado por la Universidad de Oviedo, y propusiera que la Junta estuviera al servicio de las demandas universitarias y de los lineamientos que estableciera, en caso de aprobarse, el Centro oficial de Relaciones hispano-americanas. Sin embargo, como señala este historiador argentino:

El crédito especial en el presupuesto general del Estado para que las universidades financiaran el intercambio docente, no fue habilitado, reafirmandose la jurisdicción de la JAE y derivándose en la Residencia de Estudiantes, dependiente de aquella, el alojamiento y los costos de manutención de los eventuales visitantes. La ‘Sección americanista’ ovetense jamás fue abierta; el Museo Pedagógico, fue encargado de gestionar el intercambio de materiales y libros didácticos y la Biblioteca universitaria no recibió auxilio alguno para catalogar los fondos bibliográficos americanistas.²³⁷

A pesar de esta centralización por parte de la JAE y la desatención de las demandas de la universidad ovetense, Rafael Altamira no se rindió y formulará un nuevo programa hispanoamericanista, como veremos a continuación.

3.5 El programa de 1917

Rafael Altamira publica *España y el programa americanista* en 1917.²³⁸ Su objetivo es demostrar que el hispanoamericanismo es real y posible a pesar del prejuicio que se tiene aún sobre España y que dentro de la misma España esta corriente ideal y sentimental —como suele llamar al hispanoamericanismo— tiene como enemigos el menosprecio y la negación de su posibilidad.

Una condición previa que plantea Altamira para la reformulación del programa hispanoamericanista es la unión de los españoles en América. Recordemos que durante su periplo americano 8 años atrás, el alicantino, en cada país que visitó, había instado a sus compatriotas a que se unieran y apoyaran el programa que les ofrecía en nombre de la Universidad de Oviedo. No obstante, los emigrantes españoles, a los ojos de Altamira en 1917, seguían careciendo de una visión unitaria y de canales de comunicación. Carencias que

²³⁷ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.*, p. 46.

²³⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917.

de alguna forma venían a obstaculizar la implementación de las propuestas hispanoamericanistas.

Por ello, Altamira considera que así como es necesario intensificar los viajes de peninsulares para conocer las realidades y los problemas de los países americanos, los españoles radicados en América tienen que “relacionarse y conocerse mediante el cambio de planes, programas, anhelos y necesidades, y mediante la difusión en cada país de lo que en los demás se trabaja por la causa común.”²³⁹ Pero también reconoce que por parte del gobierno español no se han establecido mecanismos eficaces dirigidos a atender las necesidades de los españoles en América.

Para respaldar esta última aseveración, Altamira introduce un debate respecto algunos temas contenidos en dos artículos de Fernando Ortiz Echagüe que se publicaron en el diario argentino *La Nación* en 1915, los cuales se confeccionaron gracias a las entrevistas que realizó este periodista argentino a personalidades como Labra, Azcárate, Rodríguez San Pedro, Posada, Palacio Valdés, Palomo y el propio Altamira. Entonces a propósito de la participación del gobierno en el asunto hispanoamericano, todos estos personajes, según Ortiz Echagüe, habían coincidido en señalar que seguían sin mejorarse los centros oficiales de relaciones internacionales y, que al efecto, debían diferenciarse “en el sentido americanista” y también “de los cuerpos diplomáticos y consular á ese mismo respecto.”²⁴⁰ El alicantino aprovecha esta observación conjunta para recordar que él ya había propuesto en 1910 la creación de un Centro Oficial de Relaciones Hispano-americanas, propuesta que, sin embargo, no había sido tomada en cuenta por la clase política.

Por otra parte, Altamira reitera lo expresado a Ortiz Echagüe en relación con la existencia de una coyuntura favorable para el hispanoamericanismo dadas las condiciones que arrojaba la Primera Guerra Mundial, las cuales eran: disminución de las exportaciones de las naciones beligerantes; reducción de capitales dirigidos a América; debilitamiento en las líneas de comunicación con los países americanos, y desatención por parte de los países en conflicto en el tema de la influencia intelectual sobre la región americana. Oportunidades que a los ojos de todos los hispanoamericanistas España debía aprovechar antes de que lo hicieran los Estados Unidos.

Ante esta coyuntura y consciente de que con el país del norte no se podía competir económicamente, Altamira recomienda que España emprenda las siguientes estrategias que se citan en extenso:

²³⁹ *Ibíd.*, p. 17.

²⁴⁰ *Ibíd.*, p. 19.

[...] maniobren nuestros productores de materias que tienen en América mercado, ó pueden tenerlo en sustitución de otras europeas similares; nuestros capitalistas de depósitos y cuentas corrientes (sin interés, por lo común), que en América hallarían posibilidades de beneficio ahora más que nunca; nuestros navieros, que si en la carrera de Sur-América han mejorado las cosas, están lastimosamente representados en las líneas de las Antillas, golfo de México y Estados Unidos; nuestros hombres de negocios y nuestros políticos militantes, que pueden convertir en hechos los vitales proyectos de ferrocarriles para una rápida y cómoda comunicación del centro de España y la frontera francesa con nuestros puertos del Noroeste, y la mejora de estos mismos puertos; nuestros libreros editores, que alguna vez han de darse cuenta de lo que pueden ganar allá con sólo hacer lo que hacen franceses y alemanes [...] las Universidades y centros docentes superiores, que deben enviar profusamente pensionados españoles á los países hispano-americanos y establecer con regularidad el intercambio de profesores y de publicaciones; el Gobierno, que en vez de gastar nuevas ediciones del *Quijote*, no tan urgentes [...] debe aplicar esos recursos á sostener y fundar escuelas españolas en países donde nuestro idioma pierde terreno ó se encuentra ahogado por el de la nación en que viven grupos, á veces numerosísimos, de españoles, ya que lo importante para el *Quijote* no son ejemplares sino lectores; el Gobierno también, y con él las Cortes, que necesitan preocuparse de los tratados de Comercio, de los aranceles, de la emigración española y de las colonias de españoles en América; el Ministerio de Instrucción pública, en fin, que debe atender cuidadosamente á uno de los más fuertes lazos espirituales que con América nos unen: el Archivo de Indias...²⁴¹

Estas estrategias y la condición previa citada al inicio constituyen las premisas para la reformulación del programa hispanoamericanista. Comenzando con el tema de los emigrantes,²⁴² el alicantino toma una aseveración de Ortiz Echagüe respecto a que este colectivo es el único lazo de unión entre España y América, para señalar que los emigrantes no son el único lazo, sino son el más poderoso, y para reafirmar que, desde hace muchos años atrás, ha venido intentado atraer la atención de los políticos para que no sólo se acuerden de los españoles en América cuando haya que suscribir festividades o calamidades, sino para que atiendan sus demandas y necesidades cotidianas. Porque en efecto, advierte Altamira, tampoco se les ha requerido para apoyar un “programa concreto y práctico de acciones que signifiquen el planteamiento de problemas patrióticos cuyo campo de resolución está en América misma.”²⁴³

Un asunto más sobre este colectivo que es planteado por el articulista argentino y que comenta Altamira, es la falta de organización en el ámbito nacional de las colectividades de emigrantes, por lo menos en Argentina. El alicantino, que lo ha visto también en otros países, señala que esta desorganización no se debe a una falta de talento o a una evocación del

²⁴¹ *Ibíd.*, pp. 23-25.

²⁴² *Ibíd.*, p. 26 y ss.

²⁴³ *Ibíd.*, p. 32.

regionalismo, sino más bien a un exceso de individualismo, de ahí que: “La falta de subordinación del individuo á un principio superior y el exceso con que domina nuestra vida el deseo ser antes cabeza de ratón que cola de león, explican en gran parte este hecho.”²⁴⁴ Tal vez aquí Altamira se equivoque, porque el tema del regionalismo si lo tendrán bien arraigado estos colectivos y ello también dificultará su organización política, como veremos en el caso mexicano.

A pesar de esta desorganización, Altamira menciona algunas iniciativas que permiten ver que las colectividades de emigrantes en América empiezan a organizarse. Pone como ejemplo el Congreso de Confederación española celebrado en Buenos Aires en 1913, o la propuesta que lanzaron desde el Centro Español de Yucatán en 1910 para que los centros españoles en América se unieran con el fin de apoyar el programa hispanoamericanista de la Universidad de Oviedo (propuesta que también veremos más adelante cuando analicemos la presencia de Altamira en México). Junto con estos ejemplos, el alicantino sugiere que se cree una Federación de las colectividades españolas americanas.²⁴⁵

Por otra parte, ligado al tema de los emigrantes, Altamira aborda el asunto de la propaganda del programa hispanoamericanista. Al respecto, indica nuevamente que la opinión pública sobre las cuestiones y problemáticas de la relación España y América aún no está bien constituida y, además:

[...] es indispensable para un completo éxito en cualquier empresa relativa á los más hondos intereses de la comunidad. Sin duda, puede hacerse mucho desde el Poder, es decir, desde le Gobierno y desde la *Gaceta*, y ya diré luego hasta qué punto; pero toda iniciativa ministerial se anula si no encuentra una base de opinión favorable á recibirla. Es necesario, pues, como una parte considerable de la acción, insistir en la propaganda, organizándola, sistematizándola é intensificándola.²⁴⁶

Agrega que no es suficiente con lo que sucede en España con los pequeños grupos o peñas de aficionados, con los esfuerzos individuales, con las conferencias que a veces escuchan sólo los convencidos de antemano, y tampoco con las revistas que no siempre logran llegar al gran público. Por ello, propone implementar un plan de difusión del programa hispanoamericanista con todos los medios materiales disponibles y que lo lleven a cabo personas que conozcan las cuestiones más importantes de la realidad americana. Un plan que

²⁴⁴ *Ibíd.*, p. 30.

²⁴⁵ *Ibíd.*, p. 35.

²⁴⁶ *Ibíd.*, pp. 38, 39.

logre interesar a los gobiernos porque la misma acción política “ayudará en gran medida al éxito de la propaganda general.”²⁴⁷

Con relación a los actores que intervienen en las estrategias a seguir aprovechando la coyuntura de la guerra, es decir, los actores del hispanoamericanismo español, Altamira reitera que gobierno, cuerpo diplomático y sociedad civil son los que conjunta y coordinadamente pueden llevar a la práctica el programa hispanoamericanista. En este orden de ideas explica que un partido político fuerte debe hacer suyo el programa, y desde el gobierno debe “preparar su ejecución legislativa mediante una serie de estudios técnicos encaminados á buscar la forma más fácil para alcanzarla con la menor modificación posible de las leyes existentes.”²⁴⁸ En caso de que no hubiese partido, propone crear un grupo parlamentario, como los que se forman con personas de todas las tendencias políticas para ejecutar algunos planes del gobierno. En cuanto al cuerpo diplomático explica que las negociaciones en este campo no dependen de la voluntad de un solo gobierno, pero estos si pueden comprometerse a iniciar gestiones diplomáticas y llevarlas hasta conseguir el fin deseado dentro de la armonía de las relaciones internacionales. Por último, en lo tocante a la sociedad civil, que él llama “la iniciativa privada de las fuerzas sociales”, refiere que la actuación hispanoamericanista no se le tiene que pedir a nadie en concreto, si no que ésta depende de las actividades, convencimiento y patriotismo de todos. En este caso el Estado sólo apoyaría si existiesen obstáculos legales y daría condiciones de derecho a las iniciativas de los particulares.

Continuando con los temas anunciados al principio como estrategias a seguir, Altamira insiste en aprovechar la coyuntura actual para intensificar las relaciones económicas con los países americanos. De la misma forma, reitera la propuesta de creación de escuelas para hijos de españoles en América, tal cómo se hace en países europeos, y, en ese sentido, señala que la Liga Cervantina Universal comparte la misma preocupación. En relación con el intercambio cultural, indica que la implementación de cátedras en las universidades y centros docentes de América es la forma “más práctica de colaboración y fraternidad intelectual con los países americanos de habla castellana.” Es la forma más práctica porque, explica, ya está en marcha y funciona correctamente en algunas universidades europeas y estadounidenses que han pedido profesores españoles. Al contrario de lo que pasa con las pensiones de viaje que no han sido fácilmente concedidas por la JAE, y también con el intercambio universitario que aún no logra organizarse del todo.

Cabe apuntar aquí que el procedimiento para obtener las ayudas de la JAE parecía no

²⁴⁷ *Ibíd.*, p. 40.

²⁴⁸ *Ibíd.*

resultar tan complicado. De hecho, la historiografía ha señalado que la Junta, aunque dependía del Ministerio de Instrucción Pública, gozó de autonomía e independencia, e incluso, procuró no caer en la excesiva burocratización gracias al criterio que le habían marcado, de cierta manera, los institucionistas. La convocatoria se publicaba en la *Gaceta de Madrid* durante febrero o marzo. Los aspirantes debían participar en un concurso de méritos y presentar una exposición de motivos para justificar su solicitud. La JAE, por su parte, nombraba especialistas de cada una de las especialidades académicas —fueran internos o externos a la institución— para dictaminar las solicitudes presentadas, basándose en criterios como los antecedentes escolares, la carta de motivos, las propuestas de investigación presentadas y el conocimiento del idioma del país al que se deseaba ir. Las estancias podían durar de tres meses a un año lectivo dependiendo del tema de investigación. Además, la JAE se preocupaba por preparar a los aspirantes a las becas impartiendo cursos gratuitos, y también procuraba incorporar a los pensionados que regresaban a sus centros docentes y de investigación (Residencia de Estudiantes, Instituto-Escuela, Centro de Estudios Históricos e Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales), o a las cátedras universitarias, previo concurso de oposición, para que contribuyeran a la renovación pedagógica. Sin embargo, para entender la observación que hacía Altamira sobre que la JAE no había atendido suficientemente las solicitudes de pensiones para América, habría que mirar más allá del presupuesto del que disponía esta institución y adentrarse tal como plantean Justo Formentín, María José Villegas y Gustavo Prado, en el traspaso no resuelto de competencias entre las universidades, con la de Oviedo a la cabeza, y la Junta, respecto al intercambio intelectual y cultural con América.²⁴⁹

En efecto, Altamira siempre defendió la idea referente a que las universidades debían hacerse cargo del intercambio y la JAE debía apoyarlas con financiamiento. Es por ello que “preveía que, a través de la Junta podía desarrollarse una política regular de subvenciones para enviar pensionistas a América Latina —y no sólo a Europa o a los EEUU— costeando su traslado y estudios de acuerdo con los cometidos atribuidos a esta institución.”²⁵⁰ Probablemente Altamira veía frustrado como una oportunidad tan grande para el hispanoamericanismo —con políticos liberales en el poder desde 1910, con el fortalecimiento de una institución proclive a los institucionistas y regeneracionistas como era la JAE, y con el éxito conseguido por su viaje a América—, se estaba esfumando.

²⁴⁹ Véase a FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y María José VILLEGAS SANZ, “Altamira y la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas”, en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, op. cit., pp. 175-207. PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, op. cit., pp. 33-58.

²⁵⁰ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, op. cit., p. 43.

Ahora bien, regresando a la propuesta de las cátedras, el alicantino opina:

Eso nos asegura la presencia periódica de un profesor nuestro, que haría obra de colaboración científica con sus colegas de otros países y establecería en firme, año tras año, por una convivencia persistente combinada con la natural variación de las personas enviadas, los lazos de fraternidad y compañerismo que todos deseamos. La permanencia de la cátedra evitaría las oscilaciones á que están sujetas siempre las cosas que hay que preparar de nuevo todos los años, y que, por eso mismo, quedan muchas veces sin realizar.²⁵¹

Para Altamira las cátedras además deben cumplir con dos condiciones: la primera, en caso de que se establezcan en un país de lengua distinta al español, el profesor enviado debe saber bien el idioma del país para que se pueda dirigir a más oyentes e interactuar con ellos, y la segunda es la “del españolismo: españolismo en los asuntos y españolismo en el tono y en los juicios”, es decir, que los profesores enviados tengan un gran sentido del patriotismo.

El último asunto que trata el alicantino antes de que reformule su programa hispanoamericanista es el tema del Archivo de Indias. Sobre el mismo considera que “es el lazo más firme, intelectual y sentimental, que, aparte del idioma, nos une con los pueblos hispano-americanos.” La propuesta que lanza Altamira a este respecto es la de reformarlo y adecuarlo en algo semejante al archivo secreto del Vaticano.²⁵²

Ahora bien, el programa “mínimo y urgente” que propone Rafael Altamira se resume en los siguientes puntos.²⁵³

Sobre la organización en el área gubernamental: El restablecimiento en el Ministerio de Estado de la sección de Política Americana. La redistribución de los consulados en América aumentando su número en donde es mayor la emigración de españoles. Que todo funcionario del cuerpo diplomático y consular debe servir cierto tiempo en América. La creación de un servicio de vigilancia de consulados y viceconsulados. La reforma del Instituto Diplomático y Consular e introducir la especialización americana.

Sobre la emigración: La renovación de las leyes referentes a la emigración, tomando como modelo las leyes italianas. La reforma del Consejo Superior de Emigración. La resolución del tema de los reclutas españoles emigrados. La creación de escuelas preparatorias para emigrantes. La creación de escuelas y colegios españoles en América. El estudio de la condición política del emigrante.

²⁵¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España y el programa americanista*, op. cit., p. 53.

²⁵² *Ibíd.*, p. 58.

²⁵³ Para leer el programa íntegro ver anexo IV.

Acerca de las cuestiones económicas: La celebración de convenios comerciales. El establecimiento de relaciones con las representaciones españolas autorizadas del comercio y de la banca. El estudio del mercado americano. El establecimiento de depósitos de mercancías españolas. La propaganda e información de los productos españoles. La reforma del crédito comercial para que se pueda competir con franceses, alemanes e ingleses. La recepción de los valores americanos cotizados en bolsas españolas. Cabe señalar aquí que Altamira había planteado en la Real Academia de Jurisprudencia y legislación en enero de 1916 que los Estados Unidos habían aprovechado la coyuntura de la Guerra Mundial para abastecer el mercado americano, pero que también lo habían descuidado por centrar parte de su industria a la producción de armamento.²⁵⁴ Por esta situación proponía que, en las áreas no cubiertas por la economía estadounidense, España introdujera sus productos.

En el plano meramente educativo: El apoyo presupuestal para las escuelas de españoles en el extranjero. La reciprocidad de títulos. La organización del intercambio. La creación de escuelas históricas americanas en Sevilla para impulsar las investigaciones en el Archivo de Indias. El intercambio de material de enseñanza vía el Museo Pedagógico Nacional. La facilitación del envío de pensionados a todos los países americanos, que, de igual forma, contribuirían al prestigio de España y al conocimiento de los intereses económicos y espirituales en toda América. Conviene mencionar que Altamira a este respecto explica que las colaboraciones personales de españoles en la enseñanza pública y privada de los países americanos no es nada nueva, sino que se desarrolló durante todo el siglo XIX y se ha intensificando en los últimos años, por ello es prioritario pensar en su organización. De ahí que considere que el intercambio de profesores debe ser atendido exclusivamente por las universidades que lo establezcan; que en caso de que éstas no sean autónomas económicamente, que los gobiernos se limiten en apoyarlas financieramente. Incluso, el envío de profesores de educación básica y de otro tipo de profesores no debería ser pedido a los gobiernos para evitar ser organizado bajo intereses políticos, sino debería gestionarse de manera privada y con personas especializadas en cada materia.

Respecto a las comunicaciones: El establecimiento del servicio de paquetes postales con todos los países americanos. El envío directo del correo sin pasar por Lisboa. La creación de líneas rápidas del ferrocarril desde los puertos hacia el centro de la Península y en conexión con las comunicaciones europeas. La creación de líneas de vapores españoles que pasen por Panamá para cubrir la zona pacífica. El servicio directo de libros españoles con América sin intermediarios. El establecimiento del cable español con América.

²⁵⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos*, Madrid, J. Ratés, 1916.

Como se aprecia, Rafael Altamira sigue planteando iniciativas que vienen desde la época del segundo programa hispanoamericanista, el de 1900, lo que significa que a pesar de los esfuerzos de propaganda que ha hecho durante casi 20 años, aún no consigue que se realicen muchas de sus propuestas. Es por ello que continúa insistiendo en que los gobiernos se deben interesar en ellas y, como muestra, presenta algunos de los intentos que han emprendido políticos para debatir en las Cortes el tema de las relaciones de España con América.

En este sentido, Altamira describe que en el Senado durante el año de 1916 —año en el que había sido nombrado senador— tuvo lugar un debate sobre el problema hispanoamericanista en el contexto de la Primera Guerra Mundial, en el que participaron Cavestany, Bergamín, Labra y Parres. El primero de ellos, apoyó la idea de la educación de los emigrantes que viajaban a América. Bergamín, por su parte, mostró su adhesión a la unión aduanera con los países americanos para hacerse de los mercados que dejaban las naciones beligerantes. Labra, en sintonía con las iniciativas altamiristas expuso los puntos de un programa urgente:

[...] reforma del Ministerio de Estado, por lo que toca á América, y del Consejo Superior de Emigración; creación de escuelas especiales para emigrantes; envío de comisiones científicas para mantener el intercambio con los países de América; extensión de las mejoras postales á las relaciones con aquellos pueblos; desarrollo de las líneas de vapores nacionales trasatlánticas y establecimiento de otras nuevas, y convenios ó tratados mercantiles, con preferencia (de momento) á la unión aduanera, de que habló el Sr. Bergamín.²⁵⁵

Parres planteó la creación de Confederación ibero-americana y la “colocación de estaciones radiográficas propias”; asimismo, suscribió otras de las propuestas de Altamira como la reforma de la carrera diplomática y consular respecto a América, y el tendido del cable directo. Esta muestra de senadores que abordaron el tema hispanoamericanista, aunque probaba que se iba extendiendo una opinión favorable dentro de la esfera pública, seguía siendo insuficiente a los ojos del alicantino para agotar el “programa mínimo e inmediato” en lo que tocaba a la actuación del gobierno. No obstante, la respuesta que recibieron estos senadores por parte del presidente del Consejo de Ministros, el Conde de Romanones, en junio de 1916, fue alentadora porque fue crítica hacia la retórica que había dominado la tónica hispanoamericanista de otros tiempos.

²⁵⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España y el programa americanista*, op. cit., p. 71.

En efecto, según lo transcrito por Altamira, Romanones llamó a “dejar á un lado aquello que pudiéramos calificar de período de propaganda romántica.” Al respecto, el presidente sentenció que se había tomado como base la comunidad de la raza y el idioma para fundamentar la política hispanoamericana, y esto era para él el romanticismo. Asimismo, reconoció que buena parte de la solución se encontraba en la reforma diplomática y consular, pero lo esencial era asentar como base para desarrollar las relaciones entre naciones, el interés: “en este caso, claro es que el interés apoyado por el idioma y la comunidad de la raza.”²⁵⁶

Para Rafael Altamira las palabras del Conde Romanones sobre el romanticismo del hispanoamericanismo le conducen a elaborar esta diferenciación y a la vez un reproche a los políticos:

El romanticismo nos llevó á fundar todas las posibilidades de nuestro prestigio y de nuestra influencia, en motivos sentimentales que no son fantásticos, sin duda, pero que no bastan, ni con ellos solos (máxime si no se les encauza y refuerza) se puede hacer nada de provecho. La retórica nos condujo —y puede seguir conduciéndonos— á fijarlo todo en discursos y conferencias, ó en exposiciones de programas y de buenos propósitos, como si la palabra fuese ya, por sí misma, *acción*, y no simplemente anuncio ó promesa de acción. Y digo que la retórica puede seguir conduciéndonos en ese sentido, porque tan retórico es fantasear fraternidades sin substancia positiva que las alimente, como pasarse el tiempo llamando á las realidades prácticas, sin acometer alguna. Lo único verdaderamente contrario á la *retórica* es la *acción*.²⁵⁷

Sobre el interés al que alude Romanones, Altamira aclara que este interés debe estar acompañado con todos esos factores no económicos que son propios de los acuerdos y la cooperación internacional. Y, finalmente, el alicantino anuncia que como consecuencia de esta respuesta del gobierno se elevó a Embajada la Legación que se tenía en Buenos Aires, pero, advierte que ésta y otras representaciones españolas seguían sin un programa de acción.²⁵⁸

Por otra parte, resulta importante para los objetivos de este apartado y para ir entrando en materia la siguiente, el hecho que Altamira expone algunas ideas de lo que debe ser el hispanoamericanismo. Considera que el único hispanoamericanismo eficaz es el que “conoce concretamente la singularidad de cada país y de los problemas económicos, sociales y políticos que lo caracterizan.” De ahí que considerando esta visión de la unidad en la diversidad sostenga que es imposible “recetar desde un solo punto de América para todos los

²⁵⁶ *Ibíd.*, p. 74.

²⁵⁷ *Ibíd.*, p. 74.

²⁵⁸ *Ibíd.*, pp. 79, 80.

otros [...] lo real y práctico es tenerlas todas en cuenta y saber jerarquizarlas, precisamente porque se domina el conjunto.”²⁵⁹

3.6 Otros textos hispanoamericanistas y caracterización del hispanoamericanismo según Rafael Altamira

En 1921 Altamira publicó *Política de España en América* teniendo como contexto una posible visita del rey en turno a América.²⁶⁰ En este texto el alicantino va a demostrar que se sigue en condiciones para que se despliegue una política hispanoamericana, porque lo que se ha hecho hasta ese momento ha sido poco; porque además, los que pueden hacer algo “(ministros, jefes de partido, banqueros, capitalistas, comerciantes, navieros, libreros, editores, etc.)” casi no han hecho nada; sobre todo, porque mucho de lo que se ha practicado ha sido retórico, y porque la amenaza de la competencia extranjera continúa creciendo.

El texto demuestra a un Altamira un tanto desesperado por no haber logrado que se materializaran la mayor parte de sus propuestas hispanoamericanistas después de su viaje a América. Esta misma observación tiene Antonio Lago cuando señala que:

Este tono crítico y un tanto desesperanzado, lo vuelve a mostrar en otros lugares del mismo libro. Su desencanto es el lógico de un hombre que lleva años hablando y escribiendo acerca de lo que es posible y necesario hacer en relación con los países americanos y contempla con pesadumbre que es muy poco lo que se avanza. Quizá con el ánimo de encontrar una explicación escribe: ‘Como nos falta un intenso y clarividente patriotismo, no sabemos lo que nos conviene hacer en relación con aquellos países, y al no saberlo, nuestra conducta respecto de ellos es vacilante, incoherente, sin intención sistemática, y por lo tanto, sin plan y sin eficacia alguna’.²⁶¹

Cabe mencionar aquí que la universidad ovetense años atrás también se había quejado por haber sido desplazada en la política hispanoamericanista implementada por el gobierno después de 1910. Gustavo Prado señala, al respecto, que en los *Anales de la Universidad de Oviedo* se puede leer las quejas del rector sobre todo por no haber sido reconocidos los esfuerzos de su universidad y de su delegado en estos asuntos. Quejas que, sin embargo, no tuvieron repercusión pública.²⁶²

²⁵⁹ *Ibíd.*, p. 76.

²⁶⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La Política de España en América*, Valencia, Editorial Edeta, 1921.

²⁶¹ LAGO CARBALLO, Antonio, “Un americanista en el 98...”, *op. cit.* p. 101.

²⁶² PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, *op. cit.*, pp. 46-48.

Altamira, en cambio, aprovechaba cada espacio donde podía desplegar una crítica a la clase política por su inacción hacia los temas americanos y a la gestión de la JAE porque no podía atender adecuadamente las relaciones intelectuales con América —con excepción del viaje de Adolfo Posada al cono sur en 1910—, de ahí que sentenciara: “he creído y sigo creyendo que es un error haber confiado a la Junta el monopolio de ese suministro.”²⁶³ Porque tampoco contaban para Altamira, como señala Gustavo Prado, “el envío de unos pocos pensionados, ni el de profesores a la cátedra fundada en Buenos Aires por la Institución Cultural Española (ICE), ya que ésta era quien pagaba los gastos.”²⁶⁴ En efecto, la JAE había dado prioridad al intercambio con Europa y con los Estados Unidos. Había atraído a profesores del Reino Unido, Francia, Alemania y EEUU; había enviado pensionados a las universidades de esos países sin reclamar reciprocidad, y había relegado el intercambio con América. Al efecto, Gustavo Prado, apoyándose en Formentín y Villegas, contabiliza que en el periodo de 1911 a 1936 la JAE había enviado a tres pensionados, a dos representantes a congresos americanos, y había concedido veintitrés representaciones equiparables sin emolumentos, a pesar de que habían atendido un centenar de peticiones de pensiones. La estrategia de la JAE, para Prado, fue “instaurar una triangulación que permitiría a España extraer el doble beneficio de adquirir los progresos europeos y estadounidenses y abastecer las demandas de países sin mayores tradiciones intelectuales, aumentando su prestigio.”²⁶⁵

Años más tarde, después de este texto lleno de desesperanza y de crítica hacia la clase política y hacia la JAE, pero al mismo tiempo escrito con la tinta de aquella fuente de donde surgen las fuerzas para hacer una nueva llamada de atención, Rafael Altamira tuvo la oportunidad de expresar lo que era para él el movimiento hispanoamericanista en una conferencia pronunciada en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español en 1926. Como hemos señalado, el alicantino no había teorizado acerca del movimiento que encabezaba, y, en esta ocasión, se permitió exponer algunas ideas sobre lo que representaba el hispanoamericanismo en el contexto de la competencia internacional por la influencia cultural. No obstante, es importante recalcar que Altamira se refiriere al americanismo e hispanoamericanismo como la misma cosa, e incluso, habla del movimiento hispanoamericanista como “americanismo práctico” en el sentido de que lleva a cabo programas y actos.²⁶⁶

²⁶³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La Política de España en América*, op. cit., pp. 173, 174.

²⁶⁴ PRADO, Gustavo, “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE...”, op. cit., p. 50.

²⁶⁵ *Ibíd.*, p. 53.

²⁶⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, “Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo”, Madrid, Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español, 1927.

La conferencia la titula “Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo” y desde un inicio expone que no se debe plantear como un problema de las relaciones internacionales centrado en el tema de la economía o de la migración, sino que la finalidad principal del hispanoamericanismo es la de “cultivar, defender y perfeccionar” dentro del “molde” de los países americanos la modalidad hispana;²⁶⁷ o lo que es lo mismo: orientar esta modalidad “conforme a los ideales y sentido de vida de los pueblos americanos.”²⁶⁸

Altamira justifica esta perspectiva con la idea de que cada modalidad humana reposa en “notas y tendencias eternas, esenciales, de cada pueblo que crea en una civilización típica”, y que dicha modalidad aspira a llegar a la perfección. Ejemplificando con el “ser español”, el alicantino explica que esta modalidad se compone —y lo dice muy a pesar de que en el mundo intelectual dominaba el positivismo en las mentes de los hombres prácticos— de una parte sentimental que tiene que ver con el espíritu, y de otra que se asocia con los ideales colectivos y los hechos históricos que caracterizan a la civilización española. Según Altamira, ambos elementos de la idiosincrasia y de la obra del pueblo español son, a su vez, compartidos por los pueblos americanos. Por ello, demanda a estos pueblos:

[...] recoger devotamente todas las creaciones que en pensamiento y en acción representan, en la obra pasada y presente de los dos pueblos peninsulares, más fina espiritualidad, mayor sentido jurídico, más alta comprensión de fondo esencial a la naturaleza humana; y esto, para enriquecerlas cada día más, para depurarlas y pulirlas a cada instante y poderlas así ofrecer como la aportación útil con que han contribuido, contribuyen y podrán seguir contribuyendo a la acción universal de civilización humana, los pueblos que, nacidos en la tierra ibérica [...] han engendrado en otro Continente una multitud de pueblos hermanos que sienten como nosotros la nota original de nuestra raza y, a ejemplo de nosotros mismos [...] producen constantemente nuevas modalidades que cada día harán más fecunda la gama hispana.²⁶⁹

Definiendo con estas palabras la modalidad hispana y advirtiéndole que los pueblos americanos la compartían y que debían tomar de ella lo mejor para perfeccionarla y encaminarla al proceso del devenir humano, Altamira denota que España, por tanto, tiene una doble tarea: cultivar la obra española en su propio seno y pensar al mismo tiempo en América para que así pueda lograr hacerse más prestigiosa y más apetecible para las relaciones con estos países.

Entonces desde esta perspectiva, para Altamira el hispanoamericanismo consiste en una modalidad específica de la humanidad y como tal ejerce el derecho y el deber de

²⁶⁷ *Ibíd.*, p. 7.

²⁶⁸ *Ibíd.*, p. 13.

²⁶⁹ *Ibíd.*, p. 14.

“cultivar” en el campo de “de la idiosincrasia y de la obra del pueblo español” las relaciones internacionales con América.²⁷⁰

Esta misma conferencia la incluye el alicantino en el libro que años después, en 1929, publicará con el título: *Últimos escritos americanistas*.²⁷¹ Obra en donde reflexiona no sólo sobre la política internacional de España hacia América, sino también sobre el movimiento hispanoamericanista en ambas orillas del Atlántico, y en la cual reúne todos los textos sobre el tema americano que ha escrito desde 1921, sin contar las obras de carácter histórico, literario y biográfico. *Últimos escritos americanistas* se puede considerar un balance del hispanoamericanismo español y americano de las primeras décadas del siglo XX, donde el autor, para entender el hispanoamericanismo en su conjunto, entreteje una serie de elementos que tienen que ver con el desarrollo de las relaciones entre América y España; los contextos culturales, económicos, sociales y políticos a los que se asocia el movimiento en esos momentos, y la actuación de los distintos colectivos y actores.

Asimismo, algunas de las “efímeras noticias diarias” sobre el tema americano las rescata para resaltar el valor que tienen como “cosas” prácticas del hispanoamericanismo, “señales de los tiempos”, “muestra de que la mies va granando y la cosecha se acerca, anunciada ya en realidades y riquísima en esperanzas mucho mayores”.²⁷²

Sobre el “americanismo práctico” Altamira regresa para explicar que lo práctico se refiere a la acción y que la palabra también puede invitar a esa acción, toda vez que:

[...] escribir un libro o un artículo que expresan una doctrina referente a tal o cual orden de actividad humana; pronunciar un discurso o dar una conferencia con propósito de divulgar programas, métodos y orientaciones relativas a cualquiera de los problemas que preocupan a los hombres en la realidad de su vida corriente, es *hacer*, sin duda alguna. Es un ‘hacer intelectual’, que a veces tiene consecuencias tan formidables como el más ‘práctico’ de los otros ‘haceres’.²⁷³

La palabra para Rafael Altamira, por tanto, debe impulsar el hacer, para que la acción no se quede en la palabra dicha o en “la pura recepción de la ajena que por un momento agita el espíritu y no pasa adelante.”²⁷⁴

En 1934, en el XIV Congreso celebrado en Santiago de Compostela de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Altamira pronuncia la conferencia inaugural con el

²⁷⁰ *Ibíd.*, p. 11.

²⁷¹ ALTAMITA Y CREVEA, Rafael, *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1929.

²⁷² *Ibíd.*, p. 184.

²⁷³ *Ibíd.*, p. 183.

²⁷⁴ *Ibíd.*

título “Idea de una política actual hispanoamericana”.²⁷⁵ Al principio de su disertación el alicantino se congratula porque después de 42 años de estar trabajando el tema y después de 7 libros publicados aún se le considera para que dialogue sobre lo mismo. Pero no sólo es el especialista para disertar sobre el hispanoamericanismo sino que es un personaje reconocido por su amplia trayectoria internacional y, en esos momentos en los que está por jubilarse como catedrático de la Universidad Central, acaba de ser propuesto al premio Nobel de 1933 y sigue trabajando como Juez en el Tribunal Internacional de La Haya.

Reconoce que continúan sin “cumplirse (a pesar de los años transcurridos) la mayoría de las exigencias que a mi juicio imponen aquellos problemas, no sólo a los gobiernos, sino a todos los españoles capaces de colaborar en la ejecución del programa consiguiente”,²⁷⁶ por ello explica que no hay muchas cosas que decir pero sí mucho que recordar. Comienza entonces aclarando algunos términos. En principio señala que un programa siempre debe ser dinámico y cambiante; que una política americanista, donde la palabra “política” tiene ser entendida en su más amplia acepción, concentra “todas las actividades del cuerpo social y de los individuos en cuanto pueden servir para obtener la finalidad americanista y responden a ciertos principios de intencionada conducta en ese respecto.”²⁷⁷ Continúa aclarando que la obra del Estado en materia hispanoamericanista debe apoyarse en la acción privada, pero que siempre deben guardarse y respetarse los límites de uno y otro ámbito. Es decir:

[La acción privada] alcanza órdenes de vida a que, por fortuna, no puede llegar el Estado (y deseemos que nunca llegue), y porque la misma actividad de ésta fracasa a menudo cuando no le asisten el hacer y la buena voluntad de los ciudadanos. No es menos verdad que, aparte, esa necesaria colaboración, cada esfera (la pública y la privada, o, por mejor decir, la administrativa y la social), deben mantener su respectiva independencia o, en otros términos, su propia autonomía y autarquía. Así el Estado, y sus órganos administrativos son, indiscutiblemente, los únicos que deben realizar, sin mediatización alguna, los actos que expresan la modalidad propiamente política de la finalidad americanista.²⁷⁸

Dentro de estos preliminares Altamira también considera oportuno hacer una distinción conceptual entre americanismo e hispanoamericanismo. Sin embargo, explica que la única diferencia que existe entre ellos es “la de género y especie, con lo cual el concepto de la segunda está contenido en la primera; aparte el hecho de que España necesita pensar en las relaciones con Brasil y con los Estados Unidos del Norte, aunque más de cerca le toquen las

²⁷⁵ ALTAMITA Y CREVEA, Rafael, “Idea de una política actual hispanoamericana”, *op.cit.*

²⁷⁶ *Ibíd.*, p. 7.

²⁷⁷ *Ibíd.*, p. 8.

²⁷⁸ *Ibíd.*

otras.”²⁷⁹ Agrega a esto que el hispanoamericanismo es una palabra que no dice cosas iguales entre los españoles, incluso que no es una causa popular, que no se considera como “una política vital para España”, y que, ciertamente, en la experiencia cotidiana “la doctrina americanista” ha pasado por fases diferentes y por actores distintos que ha llevado a la confusión de lo que es el hispanoamericanismo. Por ello es importante, continúa, empezar fijando lo que uno quiere darle como finalidad. Es decir, tener una idea clara de lo que se quiere realizar. Cuando se ha detectado la finalidad, prosigue Altamira, se debe preguntar si es posible convertirla en conducta, en compromiso y en un plan sistemático “de perenne atención y ejecución, con vistas no sólo al presente fugitivo, sino al porvenir próximo y lejano.” Después, se debe separar lo que es ajeno a esta política y, en ese sentido, indica como ejemplo lo siguiente:

[...] entender por americanismo e hispanoamericanismo la defensa de los derechos y las conveniencias de España y sus ciudadanos en tierra americana, aprovechando para ello las oportunidades o facilidades que allí se muestran quizá más que en parte alguna, a veces, podrá parecer que cae dentro de nuestro objeto real; pero ni el orden de los principios ni en el de los hechos puede ser eso una finalidad específicamente americanista, sino común a todas las relaciones internacionales, ya se refieran a la categoría de las económicas (tratados de comercio; captación de mercados favorables, etc.) ya a la de la protección de nuestros compatriotas. La única particularidad que respecto de ellas presenta América para nosotros es la del mayor volumen que respecto de ese último punto ofrece la cuestión y la importancia social de nuestra emigración, que hace posible plantear en cuanto a ella problemas como el de la doble nacionalidad que, con referencia a otros países, serían o inútiles o imposibles. Pero en todo lo demás, sustancialmente, igual protección necesitan nuestros ciudadanos en cualquier nación del mundo, si son diez que si son diez mil, porque el derecho y el respeto a la condición humana no se gradúan por cabezas.²⁸⁰

Otro tópico que indica que se debe separar es el de raza, porque reconoce que es un concepto inseguro dentro de la antropología, porque ya no se puede hablar ni en España ni en América de razas puras y, sobretudo, porque los americanos lejos de reconocer “una raza de limpio y claro origen europeo”, están hablando de mestizaje. Además explica que lo sustancial en la Historia no son las razas, sino las civilizaciones y la ideología de cada nación o grupo humano que determina tanto sus anhelos y aspiraciones, como sus problemas. Reconocer, por tanto, la particularidad de los pueblos y naciones americanas, determinar las semejanzas y diferencias con España, es para Altamira, la base para establecer una política hispanoamericanista.

²⁷⁹ *Ibíd.*, p. 9.

²⁸⁰ *Ibíd.*, pp. 9, 10.

No obstante, asegura que si bien pueden identificarse esas diferencias, los americanos comparten la civilización, y ahí es donde tiene cabida una actitud de España hacia América sin imposiciones, solidaria y en defensa de “esa sustantividad de un hecho diferencial”, respecto a otras naciones, compartido. Hecho diferencial en cuya persistencia y desarrollo se encuentra, según el alicantino, el porvenir de su independencia en la sociedad internacional.²⁸¹

La función del hispanoamericanismo, dicho lo anterior, debe tener como punto de partida, según Altamira, “el empeño de realizar el programa de solidaridades humanas [...] sobre la base de los grupos afines.” Debe “abrazar todas las actividades humanas que entran en una civilización, puesto que en el fondo no es más que el conjunto de normas aplicables a las relaciones entre pueblos.” Ha de tener, por lo tanto, un aspecto intelectual, uno económico, uno político y de relaciones internacionales que abarque no sólo los tratados de paz, sino también el derecho internacional privado, y a su vez, debe tener también un aspecto sentimental.²⁸²

Con relación a los medios que se deben emplear para la realización del programa hispanoamericanista, Rafael Altamira explica que España carece de un órgano central, similar a los “Institutos Iberoamericanos” de otras naciones o al Comité France Amérique creado en París en 1909, que concentre las iniciativas en búsqueda de un firme propósito pero que no las absorba porque, señala, “absorción no es igual a concierto y unidad de acción.” En este sentido, no critica que haya iniciativas locales y regionales pero advierte que si cada grupo pudiera trabajar conjuntamente con otros, sin ningún “ánimo de supremacía”, se conseguirían más cosas. Asimismo, indica que se carece de un órgano técnico, científico, que “prepare en sosegado, desinteresado y leal estudio el conocimiento de los términos en que se produce la realidad americana con respecto a las cuestiones que pueden interesar a nuestra política de aquel género.”²⁸³ Porque la falta de este estudio indudablemente lleva al fracaso las buenas intenciones y también impide una adecuada intervención oficial. Lo mismo pasa cuando, sostiene Altamira, no se cuenta con un órgano que forme o perfeccione al cuerpo diplomático que trabajará en América en materia jurídica y política.

Hasta ahí las ideas del programa “estructural” hispanoamericanista. Continúa con la formulación del programa “dinámico o funcional” en su aspecto docente. Señala que debe intensificarse la atracción de estudiantes y profesores americanos y para ello, entre otras cosas, se debe ganar prestigio en aquello que es obligado para los españoles, a saber: historia de América, lengua y literatura castellanas. De la misma forma, se debe enviar a los países

²⁸¹ *Ibíd.*, p. 11.

²⁸² *Ibíd.*, p. 12.

²⁸³ *Ibíd.*, p. 17.

americanos a los estudiantes españoles para que investiguen sobre todo lo que resguardan los archivos y bibliotecas de allá sobre lo español y sobre lo nuevo americano en todas las áreas posibles, así como apoyar a todos los conferenciantes españoles.²⁸⁴

Otras propuestas nuevas que lanza Altamira son la redacción de un *Diccionario de voces técnicas* y con ello la “creación de colaboraciones concretas en materia de investigación o acción docente”, y la revisión de los libros de texto en ambas orillas del Atlántico para evitar conflictos. La primera cuestión consiste en crear comisiones integradas por investigadores españoles y americanos para el estudio de temas hispanoamericanos en todas las áreas del conocimiento. La segunda, tiene que ver con depurar los textos escolares de errores y de “toda intención maliciosa de molestar a otros pueblos, de desconocer su valor para la civilización o de perpetuar perjuicios de incomprensiones que son fermentos de conflictos.”²⁸⁵

Por último, el alicantino recuerda tanto la campaña sobre la producción y difusión del libro español en América importante para los ámbitos intelectual, cultural y económico, como la de escuelas preparatorias para emigrantes. Sobre éste último asunto, señala que no ha logrado ser comprendido ni secundado por el gobierno y que los únicos que lo han entendido han sido los indianos, quienes han fundado escuelas especiales para la emigración. De ahí que sostenga, como punto final a su discurso que

[...] como tantas otras cosas de la vida social, el americanismo presenta, sin duda, aspectos y órdenes de realización propiamente profesionales; pero también otros muchos que no requieren esa cualidad y entran, por tanto, en el campo difuso de las actividades humanas con que la masa coopera incluso a la más elevada vida científica. Son, pues, todos: políticos, profesores, estudiantes, abogados, escritores, periodistas, libreros, hombres de negocios, banqueros, navieros, agricultores, obreros de toda especie, quienes pueden y deben colaborar en aquella obra, aunque sólo sea pensando siempre, de modo intencionado y sostenido, en la aplicación a la finalidad americanista que un acto cualquiera puede tener. Adquiramos y cultivemos la preocupación práctica del americanismo, para que ella esté presente en toda nuestra actividad y pueda así, en cualquier circunstancia favorable, servir al propósito especial que aquí nos ocupa.²⁸⁶

²⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 19, 20.

²⁸⁵ *Ibíd.*, p. 20.

²⁸⁶ *Ibíd.*, p. 23.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación hemos estado reiterando algunos elementos de la coyuntura que influyeron en el pensamiento hispanoamericanista de Rafael Altamira. Conviene recordarlos para dar paso a las reflexiones finales de este capítulo.

1. Si bien hemos explicado que España necesitaba restablecer sus relaciones con América para salir de su estancamiento y de su crisis producida por la guerra del 98, para Rafael Altamira, América necesitaba también de España para enfrentar la amenaza del imperialismo estadounidense que representaba un obstáculo para la solidaridad que se pretendía establecer. Esta amenaza no sólo era política y económica, sino sobre todo cultural, porque constituía un peligro para el idioma, la literatura y el influjo científico.

2. Rafael Altamira estaba consciente que sus propuestas hispanoamericanistas no prosperarían si se ponían del todo en manos del Estado. Recordemos que por eso señaló que los países americanos no querrían nada con una España “estancada en su progreso y reaccionaria en su política [...] porque sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas.”²⁸⁷

3. Como se ha aludido a lo largo de este trabajo, la crisis de fin de siglo por la que transitó España, permitió que los intelectuales regeneracionistas reconocieran que existía un mal prestigio derivado de las argumentaciones sobre la historia y el carácter de los españoles que se utilizaban en el exterior. Para Altamira este mal prestigio retumbaba en el tema de la “patria”, por ello consideraba como prioritario para la regeneración de España, restaurar la historia “con el fin de devolver al pueblo español la fé en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada” y, al mismo tiempo, recuperar los elementos útiles de la ciencia y el pensamiento de tiempos pasados acordes a los moldes de la civilización moderna para que se depurara “el genio nacional” enraizados en la tradición.²⁸⁸ El rescate de la tradición era fundamental porque ahí era donde cada pueblo encontraba el “sentido de su íntimo genio y carácter”.

Estos elementos que acabamos de sintetizar le permitieron a Rafael Altamira formular, sin considerar la participación del gobierno, una política pedagógica y una nueva historiografía nacional, que constituyen los pilares de su programa hispanoamericanista.

Cabe destacar que en este capítulo reafirmamos lo que otros especialistas han sostenido sobre que en la apertura del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, Rafael

²⁸⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Cuestiones hispanoamericanas*, op. cit., p. 54.

²⁸⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, op. cit., p. 8.

Altamira pronunció el discurso inaugural y, al mismo tiempo, presentó lo que serían las bases de su programa. Sin embargo, el hecho de haber presentado todos los programas o reformulaciones que le sucedieron al del 98, analizarlos, encontrar las relaciones entre ellos, y presentar algunos aspectos contextuales que ayudan a entenderlos de mejor forma, constituyen el aspecto novedoso de este capítulo. Asimismo, como señalamos, el viaje que realizó Rafael Altamira por América, además de ser un hito para el hispanoamericanismo y para el americanismo, constituyó una parte aguas para la formulación del programa aquí estudiado.

En este capítulo establecimos que de acuerdo a los primeros programas, los principales protagonistas para emprender el proceso regenerador de España y la vinculación con América, debían de ser la Universidad y los intelectuales presentes y futuros. Siguiendo las enseñanzas de Giner de los Ríos y de los demás intelectuales institucionistas, Altamira estaba convencido de que desde los recintos universitarios era “necesario condensar y dirigir toda preocupación por la difusión de la cultura, la educación de la juventud y dar solución a los problemas sociales.”²⁸⁹ Los intelectuales tenían que emprender la tarea de buscar “el espíritu español” en la Historia para armonizarlo con el “espíritu de la civilización”. Esa labor no era otra que recuperar y renovar en la medida de lo posible la lectura de autores españoles antiguos cuyas ideas tuvieran vigencia, ya que esto posibilitaría, como indicamos, “notas más conformes con el genio intelectual de la nación y quizá inadvertidas ó desechadas por los que no proceden del mismo tronco.”²⁹⁰

La recuperación de esta historia intelectual de autores nacionales constituía una forma de robustecer la imagen de la propia España y, al mismo tiempo, se conformaba como un proyecto historiográfico, que además tenía la intención de formar parte de todo aquel conocimiento que habría de llevarse a las capas más bajas de la sociedad por medio de la Extensión Universitaria. Al respecto, recordemos que la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo fue diseñada siguiendo el ejemplo de algunas universidades del Reino Unido (Oxford, Cambridge, Toynbee-Hall) y de las universidades populares francesas, con el propósito de difundir el conocimiento fuera de las aulas y de esta forma llevar la educación a las clases sociales más bajas. En este sentido, Altamira señalaba que la Universidad no tenía que ser un espacio cerrado sino que debía abrirse al diálogo con la sociedad, con las clases sociales que no acudían a sus cátedras. Para ello, la Extensión Universitaria debía mostrar los resultados de las ciencias y al mismo tiempo tratar temas que se relacionaran directamente

²⁸⁹ PRADO, Gustavo, *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, op. cit., pp. 12, 13.

²⁹⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899...*, op. cit., p. 23.

con los intereses, la vida o la historia del lugar que se visitaba. De esta manera, según el alicantino, se podría propagar con rapidez “el amor al estudio, mostrando prácticamente su utilidad ligada á los más esenciales intereses de la vida, y contribuyendo á desvanecer muchos prejuicios...ora contrarios, ora idolátricos y torcidos, respecto de la ciencia moderna.”²⁹¹

Además, en el sentido de esta política pedagógica, mencionaba que para completar esta tarea de extender la Universidad al grueso de la sociedad, se necesitaba también una reestructuración de la educación básica, apoyada por un presupuesto considerable, que permitiera preparar mejor a los docentes sin que se les negara los medios de formación y de subsistencia. Es decir, estaba sugiriendo que el Estado debía destinar recursos para que las instituciones educativas fomentaran el intercambio académico y de esta manera se entrara en contacto con la cultura y los avances de otras naciones. Concretamente señalaba que para que se produjera este intercambio académico era necesario que se revisara la asignación de partidas en este rubro que estarían contempladas en el presupuesto de la Instrucción Pública, y que se verificara su implementación de forma correcta. También otorgaba gran importancia al desarrollo de becas o pensiones de estudio para ese fin, dejando claro que habría que permitir “amplia iniciativa á la Universidad, para que, á propuesta de los profesores, y prescindiendo todo lo posible del trámite de oposición,” se seleccionara adecuadamente a los alumnos que merecieran “por sus aptitudes, vocación y méritos ampliar en esta forma sus estudios.”²⁹²

Esta propuesta de pensiones para estudiantes estaba basada en el argumento de que no era suficiente la formación de los estudiantes con sólo los libros, periódicos y revistas, sino que debían salir para recoger enseñanzas y ejemplos. La movilidad dentro de la misma España les permitiría, a su vez, darle el sentido nacional a sus investigaciones, y la movilidad en el extranjero, les enseñaría a “curarse de las exageraciones patrióticas” y, sobre todo, a “recoger en beneficio de los suyos (á quienes así, también, conocerá mejor) la experiencia de los ajenos, formando su espíritu en las corrientes cosmopolitas y libres de la ciencia.”²⁹³

Altamira reconoció que las salidas al extranjero por estudios ya habían sido llevadas a cabo con anterioridad, pero en el contexto de su política pedagógica que estaba proponiendo a través del programa hispanoamericanista, eran fundamentales para restablecer las relaciones culturales con los países americanos. Los beneficios de esta iniciativa debían ser recíprocos, dado que, según Altamira, las naciones americanas se encontraban necesitadas de este tipo de ayudas y buscaban “no sólo profesores extranjeros, sino la comunicación íntima y constante con la literatura científica de los países adelantados, con el fin de orientarse en la dirección y

²⁹¹ *Ibíd.*, p. 29.

²⁹² *Ibíd.*, pp. 34, 35.

²⁹³ *Ibíd.*, pp. 31, 32.

en el estado actual de todos los problemas intelectuales.” Pero también reconocía que España necesitaba de ese intercambio con América para preservar su genio o espíritu nacional, ya que se entendía que era el mismo que poseían los americanos. Por esta razón, el alicantino consideraba que era necesario apoyarse en los americanos para reforzar y resistir los embates culturales de las naciones anglosajonas, puesto que constituían un peligro, como se apuntó, para las bases de la unión intelectual: el idioma, la literatura y el influjo científico. En suma, estaba proponiendo un proyecto de cooperación bidireccional y horizontal. Posiblemente su proyecto era de los primeros o, incluso, el primero de cooperación educativa en términos de igualdad.

Por otro lado, en este entramado de la política pedagógica que debía implementar la Universidad para propiciar la unión entre las naciones, Altamira proponía también la enseñanza dirigida a los españoles de ambos continentes y la enseñanza superior con cátedras sobre países americanos, además de impulsar la idea de una enseñanza superior hispanoamericana. El conocimiento conjunto de lo “americano” y de lo “español” puede enmarcarse dentro de la estrategia de posicionarse frente a la tutela que ejercían en América los países más adelantados, sobre todo Francia y los Estados Unidos. Por ello, para Altamira era fundamental que desde España se ofrecieran con urgencia los avances que se tenían de la ciencia, aprovechando que la inclinación de los americanos hacia la obra española era prácticamente “natural”.

Ahora bien, el medio más natural que observaba nuestro autor para influir en los americanos era el idioma. Además, otra lectura que traía consigo el tema del idioma era su reconocimiento como un elemento de identidad. El idioma, por tanto, al ser una base identitaria y sostenedora de la unión cultural entre América y España, debía defenderse de la cultura exterior francesa y de la norteamericana. Aunque Altamira reconocía que también el castellano debería defenderse del peligro que representaba el particularismo que podía asumir en cada una de las naciones independizadas, y también por la falta de infraestructura académica en ellas.

Asimismo, otros elementos de la política pedagógica para propiciar y fomentar esa relación intelectual con América, eran la edición de revistas hispanoamericanas con redactores tanto españoles como americanos, una prensa común y, sobre todo, el impulso de las relaciones entre los intelectuales españoles y americanos como base de la unión hispanoamericana. Para complementar la parte académica del programa, Altamira planteaba aprovechar el desarrollo de las comunicaciones para fortalecer esta política pedagógica y así fomentar los congresos, las conferencias y las comisiones científicas mixtas. De igual forma, en el plano administrativo, Altamira proponía implementar ciertas reformas para conseguir el

reconocimiento de los títulos profesionales, y de esta forma, poder cooptar con mayor facilidad a los estudiantes americanos que planearan realizar estudios en el extranjero.

Como señalamos en este capítulo, Rafael Altamira consideró en todo momento que para que se dieran las condiciones necesarias para que sus propuestas e ideas lograsen convertirse en acciones reales, debían trabajar conjuntamente los organismos de la enseñanza pública, el mundo literario, científico y artístico, la prensa, la opinión pública, las Ligas y Sociedades, los grupos de empresarios y los comerciantes. Estos últimos, relacionados con la “base económica de la sociedad” y por tanto considerados por el alicantino como “un gran vehículo de relación entre los pueblos”, podían ayudar enormemente a difundir el hispanoamericanismo.²⁹⁴ Asimismo, Altamira consideraba que mientras no cambiaran las condiciones políticas de España, la aproximación entre “los intelectuales libres de uno y otro mundo” y su colaboración “en la obra común de la cultura”, debía hacerse sin contar con la participación del Estado.²⁹⁵ Esto, porque para el alicantino, poco se podía esperar del gobierno, y porque asumía que más podía hacer por la causa la sociedad civil. En este sentido, los emigrantes — decía Altamira — eran necesarios “para organizar por sí, privadamente, esa acción ideal y difundir por América nuestros ‘comisionistas intelectuales’.”²⁹⁶ Incluso, estos colectivos podían realizar una labor de concientización y de llamada de atención a los gobiernos con sus gestiones, advertencias y sus asociaciones. De hecho, como señalamos, Altamira consideraba que los emigrantes podían tener una mejor visión para buscar solucionar problemas, por la sencilla razón de que estaban inmersos en la realidad americana.

Después de esta recapitulación de los pilares contenidos en el programa hispanoamericanista de Rafael Altamira, conviene recalcar que desde su formulación inicial en 1898, le concedió un papel de primer orden a la Universidad. Conforme fue anunciando y reelaborando el programa, se hizo más fuerte su convicción acerca de que la Universidad debía liderar la política hispanoamericanista en materia educativa para conseguir la modernización intelectual y para orientar la presencia de España en el orbe internacional. Y además creía que esta política culminaría en el concurso armónico, solidario y con miras al progreso y a la modernización de su país y de las naciones americanas.

Por ello, como vimos a lo largo de este capítulo, las propuestas más reiteradas a lo largo de los cinco programas formales que analizamos fueron las del intercambio académico y cooperación intelectual. Estas propuestas de la política pedagógica de Rafael Altamira

²⁹⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, “Proposición del Sr. D. Rafael Altamira catedrático de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispano-Americano”, en *Actas del Congreso Social y Económico Hispanoamericano...*, op. cit., p. 31.

²⁹⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, op. cit., p. 54.

²⁹⁶ *Ibíd.*, p. 80.

lanzadas en 1898 estuvieron siempre presentes en todos los demás programas que fue reformulando. Es decir, el intercambio académico, las pensiones de estudio, el ofrecimiento de los avances de la ciencia española para disminuir la tutela de los países adelantados en América través de actividades académicas aquí propuestas, el proyecto de emprender una nueva historiografía nacional para desmontar la leyenda negra, la preservación del idioma, la edición de revistas hispanoamericanas, el desarrollo de las comunicaciones para fomentar los congresos, conferencias y comisiones científicas mixtas y las reformas en el reconocimiento de los títulos universitarios, las podemos encontrar reiteradas en los programas de 1908, 1910 y 1917, y completadas con sus iniciativas referentes a convocar a un Congreso Ibero-Americano, a la formación de un Instituto pedagógico, al establecimiento de una enseñanza superior internacional iberoamericana, y al establecimiento de cátedras de historia y geografía, contenidas en el programa de 1900.

Precisamente de este programa de 1900 surgieron las primeras formulaciones sobre cuestiones económicas, sociales y de comunicaciones que debían estar reguladas por un tribunal, y que se derivaron de las propuestas conjuntas de Altamira y el Grupo de Oviedo en ocasión del *Congreso Social y Económico Hispanoamericano* de 1900. Dichas proposiciones fueron completadas por Altamira con sus iniciativas expuestas en sus programas de 1908, 1910 y 1917 referentes al tema de la organización de la difusión y propaganda del hispanoamericanismo.

A pesar de estos otros temas planteados en el programa hispanoamericanista, se puede afirmar que las iniciativas de la política pedagógica fueron las más cercanas a Altamira y las que pudo proyectar con más eficacia verificando la infraestructura y la voluntad de sus pares americanos durante su famoso viaje por América. En aquellas naciones se seguían debatiendo los asuntos relacionados con la identidad, y a la par, se emprendían planes de reforma educativa, constituyéndose, por tanto, estos pueblos, en escenarios propicios para recibir propuestas de colaboración y para revisar productos culturales de otros países. El intercambio propuesto por el alicantino buscaba, en el contexto aludido del regeneracionismo y del fortalecimiento del espíritu nacional, tal como lo hemos enfatizado, inyectar a la ciencia española los avances de otras realidades científicas, proyectar el desarrollo alcanzado por las universidades españolas y, al mismo tiempo, desvanecer el mal prestigio heredado por la difusión de la leyenda negra, mediante una recuperación del legado histórico e intelectual hispano. En la formulación inicial del programa, Altamira va a considerar también, como lo hemos señalado, que para que el intercambio resultara fructífero, la Universidad debía actuar con independencia, y el intercambio debía estar alejado de los compromisos políticos del

gobierno. En efecto, lo novedoso y original de los planteamientos de Rafael Altamira radican en la idea de fundar una cooperación desde la sociedad civil y no desde los Estados.

Cuando el gobierno se interesó por los programas hispanoamericanistas a raíz del éxito conseguido por Altamira en su viaje a América, entonces el alicantino vio la ocasión de solicitar recursos y financiación para que se implementaran algunas de sus propuestas y para que, aprovechando este interés de la clase política, se reformaran las instancias oficiales encargadas de establecer y mantener los lazos con las naciones americanas.

Apuntamos de la misma manera que los problemas políticos que surgieron en España en cuanto a la implementación del programa hispanoamericanista se notaron, sobre todo, en lo referente al tema del intercambio académico. Con los gobiernos liberales de la primera década del siglo XX, los gobernantes proclives a los intelectuales institucionistas y regeneracionistas accedieron a poner manos en el asunto del intercambio académico con la creación de la JAE. Sin embargo, recordemos que lo que solicitaba Altamira a este respecto, era el apoyo financiero a las universidades para que éstas, de manera autónoma, pudieran mandar a los españoles a congresos, a dictar cursos y cátedras, o a realizar estancias de investigación en el extranjero, sobre todo en América, y para que pudieran atraer y recibir a extranjeros, primordialmente americanos, para que vinieran a estudiar, investigar o a enseñar. Recordemos también que el gobierno a través de la JAE privilegió el intercambio con los países europeos y con los Estados Unidos en vez de establecer un intercambio equilibrado con los países americanos, tal como lo proponía Altamira.

Del mismo modo, en este capítulo resaltamos la importancia del viaje a América de Rafael Altamira como un hecho histórico, explicamos cómo ha sido registrado por la historiografía y reivindicamos la nueva agenda para su estudio. En ese sentido, consideramos importante destacar que desde la disciplina histórica este acontecimiento ha sido trabajado con poca profundidad, salvo contadas excepciones. Igualmente, mencionamos que el libro *Mi viaje a América*, la fuente primaria más recurrida por los estudiosos que han abordado este tema del periplo, aunque podría etiquetarse como un texto un tanto positivista donde el autor quiso que los hechos hablaran por sí solos, a nuestro entender, para que se logre superar ese límite hermenéutico que le han impuesto, necesita que se le haga dialogar con el contexto histórico de recepción del viaje que realizó su autor. Dicho de otra manera, que la historia que narra este libro se relacione con la historia de cada país americano involucrado y que se enriquezca la experiencia de este hecho histórico y sus repercusiones en el ámbito cultural, intelectual y universitario.

El viaje que, de alguna manera se adelantó a las embajadas oficiales que acudirían a los festejos del Centenario, y que se realizó a pesar de que el gobierno ya había creado la JAE,

fue, en cierta medida, la forma más efectiva de alejarse de la retórica y hacer realidades algunas de las propuestas del programa hispanoamericanista. Con esta misión Rafael Altamira logró despertar el interés por restablecer las relaciones de fraternidad entre España y América tan manidas en la retórica político-social de la época, pero a menudo obviadas a la hora de la verdad. Asimismo, el viaje sirvió para reformular el programa hispanoamericanista y para aprovechar el interés político que despertó su éxito. De ahí que Altamira propusiera el asunto de la reorganización oficial en materia hispanoamericanista. Esto lo formularía en los programas de 1910 y 1917, justo cuando la buena acogida que tuvo su viaje le abrió la posibilidad de presentar directamente el programa a la clase política.

Finalmente, la formulación programática que realizó Rafael Altamira durante más de cuarenta años sobre la política hispanoamericanista, refleja su visión patriótica por emprender acciones desde el ámbito privado, algunas, pensadas con el apoyo financiero del gobierno. Acciones que abarcaban todas las áreas de la vida social, que estaban alejadas de cualquier interés partidista, pero que reflejaban los ideales transformadores regeneracionistas y krausopositivistas con los que comulgaba. En este sentido, el hispanoamericanismo propuesto por Altamira mediante la aplicación de su programa y de sus reformulaciones era, a sus ojos, la “medicina” idónea para curar a la nación “enferma”. Remedio que le posibilitaría por un lado, el fortalecimiento, mediante el apoyo cultural de las naciones americanas que compartían la misma tradición, y por el otro, la sanación mediante una política pedagógica desplegada por la Universidad, principalmente, que al mismo tiempo le protegería ante los peligros internos y externos.²⁹⁷ Era, además, como decía Rafael Altamira, una “modalidad” que no enfatizaba precisamente los rasgos particulares de la identidad propia hispánica, sino que iba más allá, buscaba ser una peculiaridad compartida con la cual se lograra participar en el concierto universal, aquél en el que la humanidad busca día a día “el ideal de perfección.”

²⁹⁷ Léanse como peligros internos el tradicionalismo y el conservadurismo católico reaccionario que era una de las causantes de la enfermedad de la nación, y como externos las pretensiones neocoloniales que amenazaban a América y a su tradición hispana por parte de los Estados Unidos y de las potencias europeas.

CAPÍTULO III: RAFAEL ALTAMIRA EN MÉXICO 1909-1910

Introducción

Unos meses antes de celebrar sus primeros cien años como nación independiente, México recibía al delegado de la Universidad de Oviedo, Rafael Altamira, emisario de un sector liberal y progresista de la España reformista, quien llegaba para presentar a los intelectuales, a los centros educativos y a la colectividad española el programa hispanoamericanista de intercambio científico y cultural, la Extensión Universitaria y para dictar algunas conferencias sobre temas del Derecho que eran su especialidad.¹

Su estancia de un par de meses en México durante 1909 y 1910, con una visita intermedia a los Estados Unidos, fue exitosa para los fines que perseguía y algunas de sus propuestas formuladas a la comunidad intelectual tuvieron repercusiones significativas en el ámbito educativo. Los estudios sobre esta visita académica realizados hasta el momento, nos permiten observar que la historia de este suceso se ha escrito sólo parcialmente. Más allá de las cronologías incompletas y de las reseñas de las actividades que realizó este personaje en México —elaboradas estas últimas casi siempre a partir de la agenda política que publicó el propio Altamira—,² han sido pocos los trabajos que intentan relacionar el impacto que su presencia, sus actuaciones y su obra dejó en el sector cultural mexicano, o más específicamente, en sus proyectos culturales y académicos.

La historiografía sobre el paso de Altamira por tierras mexicanas como delegado de la Universidad de Oviedo, ha tenido dos momentos importantes y distantes. El primero se produjo gracias a los trabajos de los discípulos de Altamira en México: Silvio Zavala y el jurista español exiliado Javier Malagón, quienes desde la muerte de su maestro, escribieron algunos artículos testimoniales y otros dedicados a resaltar su labor americanista y de historiador. Estos trabajos se recopilaron en la obra titulada *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*.³

El segundo momento surgió en el marco de los simposios en homenaje a Rafael Altamira realizados tanto en España como en México durante la década de los ochenta. A raíz de ellos, en España, se editó en 1987 el libro *Rafael Altamira 1856-1951*, el primer estudio que presentó documentos inéditos sobre la visita de Altamira a México.⁴ Por la parte

¹ La Universidad de Oviedo, como se recordará, emprendió la misión de estrechar lazos intelectuales en México y en otros países hispanoamericanos por iniciativa propia y sin el apoyo del gobierno español ni de otras universidades de su país.

² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América (libro de documentos)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007. La primera edición es de 1911.

³ MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Diputación Provincial de Alicante, 1987.

mexicana, tras el homenaje que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México, se reeditó la obra clásica de sus dos discípulos y se presentaron algunos otros trabajos que se compilaron tres años después en un número especial de los *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas* dedicado a Rafael Altamira.⁵

A partir de entonces, cabe resaltar a dos historiadores especializados en los estudios historico-jurídicos y del derecho indiano que rescataron el paso de Altamira por México, llevando a cabo una copiosa revisión de las fuentes hemerográficas y de documentos de archivo. Rafael Diego-Fernández, a finales de los años ochenta, publicó dos trabajos que plantearon la hipótesis de que Altamira motivó la fundación de la Escuela Libre de Derecho.⁶ Y Jaime del Arenal, por las mismas fechas, recuperó y publicó las conferencias que Altamira dictó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante 1909 y 1910, así como otras actividades relacionadas con el Derecho, resaltando al profesor de la Universidad de Oviedo como precursor de los estudios de Historia del Derecho en México.⁷

Esta etapa mexicana en la vida de Altamira también ha sido brevemente trabajada en los estudios que han revisado el viaje América, sin embargo, salvo los trabajos recientes de Gustavo Prado,⁸ prácticamente no se han presentado novedades. Asimismo, se ha estudiado de manera breve en otros textos sobre el exilio español y en libros sobre la historia de las relaciones exteriores entre España y México. Sobre estos últimos destaca la obra de la historiadora mexicana Josefina Mac Gregor, quien recapituló esta visita recurriendo a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España. Es de llamar la atención que la autora contextualizó acertadamente la presencia en México de Altamira en el marco de la posición ideológica del personaje como regeneracionista y americanista.⁹

⁵ INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS, *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990.

⁶ DIEGO-FERNÁNDEZ SOTELO, Rafael, "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, Vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1988, pp. 245-262, y "La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990, pp. 397-410.

⁷ ARENAL FENOCHIO, Jaime del, "Comentario a la ponencia del doctor Rafael Diego-Fernández: 'La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica'", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, 1990, pp. 411-414, y ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenochio, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

⁸ PRADO, Gustavo H, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*, tesis doctoral presentada ante el departamento de historia de la Universidad de Oviedo, bajo la dirección del Prof. Dr. Moisés Llordén Miñambres, Oviedo, 2005; *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008, y *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

⁹ MAC GREGOR, Josefina, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

Otro trabajo destacado, dado que resulta novedoso al analizar el paso de Altamira por México desde la perspectiva educativa distinta del área del Derecho, es el de Jesús Nieto. En este artículo el autor rescató tres conferencias que impartió Altamira sobre temas relacionados con la educación, y aunque manejó un buen contexto del americanismo de la Universidad de Oviedo, se aprecia un conocimiento muy incipiente de la obra americanista de Rafael Altamira al restarle crédito como artífice de este proyecto que atribuyó a la universidad asturiana.¹⁰

Finalmente merece una mención aparte la contribución historiográfica de Claude Dumas¹¹ y de Enrique de Olavarría.¹² Dumas trabajó brevemente la visita de Altamira en el ámbito de un estudio biográfico sobre Justo Sierra; mientras que Olavarría fue el primero que realizó una crónica de esta visita dentro de los sucesos relacionados con el teatro, los recreos y las diversiones.¹³

El acercamiento a la labor de Rafael Altamira en México durante su primera visita fechada entre diciembre de 1909 y febrero de 1910,¹⁴ no sólo resulta de especial interés para el estudio de las relaciones intelectuales entre España y México, sino que es de gran importancia para los Estudios Latinoamericanos, porque son casi inexistentes los trabajos que analizan las repercusiones que tuvo en América Latina la obra americanista de Altamira.

Ante ello, el objetivo del presente capítulo es contribuir al estudio de esta historia poco conocida en México y en España principalmente, aportando un trabajo más integral sobre la obra desplegada por Rafael Altamira en territorio mexicano durante su primera visita. Para llevarlo a cabo, se estudiará la agenda de las actividades que el emisario de la Universidad de Oviedo programó a su llegada a territorio mexicano, identificando al mismo tiempo a los personajes centrales que colaboraron con él en el despliegue de su misión. Asimismo, se revisarán las actividades que desempeñó con cada una de las comunidades a las que elevó sus propuestas, a saber: la colectividad española, la comunidad de abogados y algunas

¹⁰ NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas”, en *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), Murcia, Universidad de Murcia, No. 17, 1999, pp. 203-220.

¹¹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, T. II., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

¹² OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica del Teatro en México 1538-1911*, tercera edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, Tomo V, México, Editorial Porrúa, 1961, pp. 3208-3219. Este texto se publicó por entregas desde 1884. Sobre Olavarría cabe destacar que la Biblioteca Nacional de México desde el año 2003 creó una base de datos titulada “Españoles en México en el siglo XIX” y digitalizó los documentos, libros y revistas del Archivo de Enrique de Olavarría y Ferrari, los cuales están disponible en la dirección electrónica: <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>

¹³ Para Olavarría, la llegada de Rafael Altamira a la capital mexicana fue un suceso digno de ser reseñado por llamar la atención de “los buenos moradores” y porque la personalidad del profesor ovetense “en el más supremo orden intelectual una bella temporada los entretuvo y recreó con su extraordinaria sabiduría y clásica naturalidad oratoria...”. OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3208.

¹⁴ Recordemos que Rafael Altamira regresaría a México en el año de 1944 y ahí permanecería hasta su muerte, acaecida en 1951.

instituciones educativas. Se verificarán las actividades culturales diferentes de sus conferencias, las distinciones y las celebraciones con las que fue homenajeado. Y finalmente, se presentará la red que se tejió alrededor de las conferencias pronunciadas por Altamira. Dicha red, estudiada en el epílogo de esta tesis, está apoyada en los conceptos básicos de la metodología del análisis de redes, y más específicamente desde la perspectiva de la redes intelectuales, las cuales establecen la importancia de las relaciones generadas entre personalidades relevantes de un determinado lugar, o espacio temporal, que se conectan entre sí por compartir ideas e intereses comunes, por intercambiar información y/o establecer lazos de confianza, reciprocidad y afinidad.

1. Llegada de Rafael Altamira a México

1.1 El contexto nacional

La élite porfirina que recibió a Rafael Altamira a su llegada a México llevaba poco más de dos décadas en el poder. Porfirio Díaz, a diferencia de los liberales mexicanos de mitad del siglo XIX que habían gobernado con los ideales de democracia y libertad, empezó a consolidar su gobierno con los del orden y progreso.¹⁵ Para ello se apoyó en el grupo denominado los “Científicos”, quienes llevaron las riendas de la economía y de la educación sobre todo a través de José Yves Limantour y Justo Sierra, y se apoyó también en Bernardo Reyes, quien se había destacado por despolitizar y modernizar el ejército federal y contribuir al desarrollo del noreste del país.

El régimen de Díaz, además de procurar —con la ayuda de estos dos pilares: “Científicos” y Bernardo Reyes— una estabilidad política, impulsó el crecimiento económico gracias al saneamiento de la Hacienda pública; la negociación de la deuda externa; la reducción de los gastos militares; el desarrollo tanto de las comunicaciones —entre ellas el ferrocarril y el telégrafo que integraron las regiones del país—, como de la agricultura moderna, la minería, la industria y del comercio exterior; así como del fomento de las inversiones extranjeras europeas y estadounidenses.

¹⁵ Sobre estos dos momentos del liberalismo en México, muy diferenciados entre sí, véase HALE, Charles, *The transformation of liberalism in late nineteenth century Mexico*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1989, o la versión traducida: HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Ed. Vuelta, 1991. REYES HERÓLES, Jesús, *El liberalismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957. Un importante estado de la cuestión sobre el liberalismo mexicano en GALANTE, Mirian, “El liberalismo en la historiografía mexicana de los últimos veinte años”, *Secuencia: Revista de historia y ciencias sociales*, 58, 2004, pp. 161-187. En contraparte para comprender el pensamiento conservador mexicano véase a GALANTE, Mirian, *El temor a las multitudes. La formación del pensamiento conservador en México, 1808-1834*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

No obstante, en materia social no hubo un desarrollo para los sectores que no pertenecían a las élites. Prácticamente continuaban los graves conflictos rurales por la desigual distribución de la propiedad. La pérdida de las tierras de las comunidades campesinas seguía provocando el incremento de los jornaleros y peones de las haciendas y la migración de los campesinos a las ciudades con difíciles condiciones laborales.¹⁶ En el ámbito intelectual se inauguró una época en la que se pensaba que el liberalismo se alejaba de algunos de sus principios con el positivismo. Para intentar comprender esta aseveración, vale la pena hacer un rápido recuento —siguiendo a Erika Panni—¹⁷ de los grupos que entendieron de diversas formas el liberalismo durante los primeros dos tercios del siglo XIX, para así ubicar cuáles fueron las ideas que fueron propiciando este cambio de paradigma.

A partir de la independencia se proyectó una nación soberana compuesta de ciudadanos. El Estado, emanado de la soberanía nacional debía proteger la libertad, la propiedad, la seguridad de todos los gobernados y además protegerlos contra la opresión. Frente a esta nueva concepción que dejaba atrás al antiguo régimen, la idea de libertad fue promovida y defendida por diversos grupos. Así, a lo largo del siglo XIX mexicano se fueron identificando conservadores, liberales, reaccionarios, radicales, republicanos, imperialistas y “científicos” y con ellos, diversas formas de entender, simbolizar y aplicar el liberalismo, entendido, a groso modo, como una doctrina de pensamiento y acción política en defensa de la libertad individual. En efecto, como sostiene Pani, cuando se hablaba de libertades todos estos grupos “al parecer, aceptaban que la libertad era un derecho individual, natural, jurídicamente definido y sancionado. Su defensa debía ser una de las tareas primordiales del Estado. Pero ahí terminaba la concordia.”¹⁸ Veamos cómo a razón de defender la libertad se pueden identificar varias tendencias del liberalismo mexicano durante los primeros dos tercios del siglo XIX.

Para los llamados republicanos la idea de libertad estaba contenida sobre todo en la libertad política. Sin libertad política concebían que no podía haber libertad. Por esta razón defendían la participación directa del pueblo soberano en la *res pública* ya que sólo así se lograrían garantizar sus derechos, libertades y autonomía. Asimismo, creían que para evitar ver restringida su libertad, el ciudadano tenía que asumir la tarea de controlar el Estado e involucrase en su administración, así como sacrificar su interés individual por el bien común. En contraparte, el Estado, para sostenerse, tenía que fomentar los valores cívicos, ya que de esta forma sus ciudadanos se comprometerían con la “cosa” pública. Con estos ideales

¹⁶ GARCADIENGO, Javier, *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. XV, XXI.

¹⁷ PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora, 2001.

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 28, 29.

puestos sobre la mesa, los republicanos mexicanos lucharon para que la autoridad procediera del pueblo y para que las leyes, como normas y expresión de la voluntad general, ordenaran a la sociedad y garantizaran sus derechos. También lucharon para que las leyes formaran a ciudadanos independientes y comprometidos. Finalmente triunfaron a partir de 1867 y con ellos al mando de los destinos de la nación se buscó consolidar una república cuya cultura oficial rescatara el legado americano por encima del europeo y el prehispánico por encima del español.

Otros liberales, los moderados, atemorizados de alguna manera por la época violenta de la revolución francesa, concebían que el gobierno del pueblo que proponían los republicanos no había considerado las desigualdades, ignorancia, pasiones y resentimientos de la “masa”, lo que hacía que el gobierno de la muchedumbre o de la plebe fuera peligroso. Para ellos la libertad no tenía que ver con el ejercicio del poder público sino con todo lo que les aseguraba la independencia frente al gobierno, es decir, una libertad social antes que política, y un derecho natural anterior e independiente del Estado. Por ello defendían este derecho natural ante la amenaza de los otros y del Estado. Este grupo apoyó en momentos la monarquía de Maximiliano toda vez que su modelo a seguir era el de la Europa monárquica, católica y latina.¹⁹

Para los liberales católicos, su religión tenía un papel fundamental a la hora de pensar la libertad. Ésta debía ser limitada para ser efectiva. Los límites estaban marcados a su entender tanto por los derechos naturales de los demás como por los mandatos de la Iglesia y de la moral cristiana. Para estos liberales sólo la religión católica permitiría la unidad, el progreso de la sociedad, guiaría el entendimiento y gobernaría las pasiones, por ello rechazaban la libertad de cultos. Asimismo, para ellos la razón humana era un reflejo de la razón divina, por lo tanto, de ésta última debía ser de donde emergieran las leyes. Así, la libertad católica representaba a su entender:

[...] una facultad que antes imponía deberes que protegía derechos, y en eso no era tan distinta a la del republicanismo clásico. Apegados a este concepto, los conservadores mexicanos buscaron siempre frenar —que no transformar, como los republicanos— al hombre pecaminoso por medio de las leyes y de los preceptos de la religión católica.²⁰

Por su parte, los llamados imperialistas, era un grupo especial que amalgamaba el liberalismo moderado y el católico, con lo que rechazaban la libertad política y con ella la creación del ciudadano y su participación en la cosa pública. Su proyecto social y político no

¹⁹ *Ibíd.*, p. 248.

²⁰ *Ibíd.*, pp. 34, 35.

era híbrido: mezcla de democracia y despotismo, tampoco estaba basado en el individuo autónomo, sino en el individuo social que se sujetaba a una jerarquía y a un orden establecido. No hablaban de pueblo como individuos emancipados sino de pueblos como estructuras organizadas con instituciones (familia, parroquia, ayuntamiento). Tampoco creían en el hipotético pacto de los hombres para constituirse como sociedad sino creían en la sociedad como producto de la historia pero que había sido creada por Dios. Eran partidarios de una elite gobernante que lograra la transición entre el viejo y el nuevo régimen conservando los privilegios, el orden, la estabilidad y el dominio de las minorías sobre las mayorías. Creían en la razón como la vía principal para guiar las acciones gubernamentales, ésta era el principio rector de la vida pública. La soberanía para ellos emanaba de la inteligencia de unos pocos privilegiados. También buscaban en la ciencia las reglas para gobernar más que en la política, ya que esta última, como sostiene Pani, “corrompía las buenas costumbres, trastocaba las funciones del hombre público e impedía que se mantuviera el orden y la tranquilidad”; además no eran proclives a moverse en luchas electorales donde convergían “logias masónicas, destacamentos de oficiales y redes clientelares.”²¹

La forma y los modos de gobernar no importaban tanto para estos imperialistas siempre y cuando siguieran principios positivos dictados por la razón, el derecho natural o la ley cristiana. Pensaban en un Estado que controlara a la sociedad dividida por el periodo de guerras:

Por eso, los futuros imperialistas, como otros miembros de la clase dominante, harían llamados constantes a la tregua política, a la formación de gobiernos ‘verdaderamente nacionales’ por encima de partidos y facciones; por eso el repetido recurso a la dictadura; por eso la adhesión al imperio.²²

Más que teorías apostaban por los instrumentos tangibles de la administración para asegurar la aplicación de la ley. La administración ordenaba la *res pública* y sentaba las bases del progreso. Desde esta perspectiva, según Pani, el “lema ‘Menos política, más administración’, antes de convertirse en la consigna semioficial del porfiriato, representó el anhelo de una parte importante de la clase política, no sólo en México, sino en todo el mundo latino.”²³ De esta forma, haciendo eco del sonido de los tiempos, este grupo intentó aplicar los principios de la razón y la ciencia en la administración del gobierno para asegurar la aplicación cabal de las leyes científicamente creadas por hombres cultos, “pero también

²¹ *Ibíd.*, pp. 44, 45.

²² *Ibíd.*, p. 44.

²³ *Ibíd.*, p. 46.

elitistas, racistas”, y satisfacer las necesidades de la nación, independientemente de grupos y por encima de las pasiones descontroladas del pueblo. Pero también hubo otros que pensaron la administración para dar sostenimiento a las actividades productivas y al crecimiento económico del país.²⁴

Estas ideas que giraron alrededor del grupo imperialista mexicano —explicadas por Pani y cotejadas con los estudios de Silvestre Villegas y Moisés González Navarro²⁵ sobre el liberalismo mexicano de los moderados de mediados del siglo XIX—, sugieren que algunas de ellas serían retomadas por el régimen porfirista: “El régimen de ‘Orden y progreso’ también fue el de la ‘política para la administración’, el de la ‘política científica’, el del ferrocarril, los bancos, el crecimiento demográfico y el señorial paseo de la Reforma.”²⁶ Pudiera ser que si se hayan tomado algunas de las ideas de los liberales moderados y hasta de los imperialistas, pero el positivismo daría al porfiriato su propio grupo de intelectuales que debatirían con las posturas más absolutas tanto de conservadores como de liberales. Ahora bien, cabe mencionar que la historiografía mexicana ha interpretado esta etapa positivista, por un lado, como una ruptura del liberalismo doctrinario, el cual sólo triunfaría con la Revolución de 1910,²⁷ y por otro, como una continuidad gracias a la tradición constitucional y democrática.²⁸ Nosotros entendemos esta etapa positivista, siguiendo a Hale, como la transformación del liberalismo a un pragmatismo ciertamente conservador.²⁹

El positivismo se había instaurado como una filosofía para explicar científicamente el mundo y al hombre y como una doctrina política. Ambas, filosofía y política, representaban la teoría y la práctica, respectivamente. La política científica tuvo dos lecturas: como una aplicación de las ciencias para el análisis de las leyes que rigen la evolución del organismo social y como una limitación de los derechos civiles a favor de un gobierno oligárquico autoritario.³⁰

Pero también el positivismo se había instaurado como un proyecto educativo. El “padre” del positivismo en México, Gabino Barreda, había emprendido desde 1867 la tarea de reestructurar la educación por orden del presidente Benito Juárez y al año siguiente creó la

²⁴ *Ibíd.*, p. 53.

²⁵ VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre, *El liberalismo moderado en México, 1852-1864*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, El Colegio de México, 1977.

²⁶ PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio...*, *op. cit.*, p. 54.

²⁷ Véase a REYES HERÓLES, *op. cit.*

²⁸ Véase a COSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.), *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1981.

²⁹ HALE, Charles, *The transformation of liberalism...*, *op. cit.*

³⁰ Para ver cómo se fue conformando el entramado político en PELUDO GÓMEZ, María del Rosario, “Paz porfiriana y propuestas positivistas: el triunfo del liberalismo pragmático en México y su expresión historiográfica (1876-1911)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores, 2010, p. 87.

Escuela Nacional Preparatoria para formar a las nuevas generaciones bajo una doctrina en la que se creía que la ciencia les permitiría establecer el orden social y aseguraría el progreso del país. Barreda, en este sentido, consideraba que los perjuicios y otros elementos negativos en la mentalidad de los mexicanos se podrían superar si se atenían a las verdades rigurosamente científicas. En 1880, José Díaz Covarrubias diría con perspectiva de futuro que:

El porvenir del país parece íntimamente enlazado con esta inmensa reforma; bien pronto los jóvenes educados bajo este régimen, comenzarán a apoderarse pacíficamente de la Administración y de la Política, no tardarán en constituir una mayoría preponderante y en excluir definitivamente de toda influencia real a esos agitadores superficiales, que no pueden concebir el progreso sino en medio del desorden, y a esos retrógrados que no pueden comprender el orden sino en la degradación y el retroceso.[...] Se espera pues, ver comenzar en México una era de orden, de paz y de progreso, debida a la ilustración y prudencia de la nueva generación que, entrando en la vida política reemplazará allí a esos perpetuos anarquistas que tanto la han desacreditado. La opinión de todos es que esta regeneración será obra del Dr. Barreda.³¹

Y en efecto, los hombres formados por Barreda ocuparían los cargos políticos y administrativos durante el régimen de Porfirio Díaz. Estos personajes, entre los que se encontraban Francisco G. Cosmes, Eduardo Garay, Telésforo García, Justo Sierra, Santiago Sierra, Miguel S. Macedo, Joaquín Casasús y José Yves Limantour, empezarán su labor propagandística con el periódico *La Libertad* (1878-1884). Posteriormente formarían la *Liga Unión Liberal* (1892) que se conocería como el partido del grupo de los Científicos.³²

Los Científicos conscientes de la necesidad de un gobierno fuerte y estable trabajaron en pro de formular soluciones científicas para paliar los problemas de la nación. En su ideario, atrás había quedado el liberalismo doctrinario y su política metafísica, ya que los gobiernos liberales antecesores no habían logrado crear los valores de una sociedad virtuosa. Además creían que la ley —sacralizada— sólo podría aplicarse cabalmente mientras se llegara al progreso. Por ese motivo, la libertad dejó de ser para ellos el ente más importante para dar paso al orden del que dependía el progreso material. En ese contexto, este grupo de políticos e intelectuales porfiristas buscó instaurar un nuevo orden mental con el positivismo. Una doctrina que no pretendía servir para destruir lo existente, sino para construir “un nuevo orden y por extensión una nueva identidad nacional.”³³ Además, volvieron a mirar a Europa y, sobre todo, a Francia como referente cultural, y el legado español —no desaparecido— lo

³¹ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 179, 238. HALE, Charles, *The transformation of liberalism...*, *op. cit.*

³² ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, *op. cit.*

³³ PELUDO GÓMEZ, María del Rosario, “Paz porfiriana y propuestas positivistas...”, *op. cit.*, p. 78.

rescataron.³⁴ Como muestra de esto último basta presentar la relación existente entre los políticos porfiristas y Emilio Castelar, como mencionaremos más adelante.

En el marco de un régimen autoritario en que desencadenó la política porfirista y de las contradicciones excesivas que imponía el progreso para unos cuantos, iniciándose el siglo XX el sistema entró en una fuerte crisis que lo llevó a su decadencia. En lo intelectual el positivismo empezaba a dar a paso a un humanismo vitalista —inspirado en Henri Bergson, sensible a los estudios clásicos y a la propia tradición latinoamericana y en el arielismo de Rodó— impulsado por la agrupación llamada Ateneo de la Juventud, en la que participaban Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, entre otros. En lo político, las decisiones de Díaz en materia de la sucesión presidencial —al apostar por un miembro de los Científicos en lugar del candidato más fuerte Bernardo Reyes— provocaron la escisión de la élite y con ello el desmembramiento del sistema. En lo económico la crisis se manifestó por el impacto de la primera gran depresión en 1907 originada en Estados Unidos y en Europa. En este contexto, se redujeron las remesas, los bancos dejaron de conceder créditos, los industriales y hacendados endurecieron las condiciones laborales de los obreros y campesinos, se incrementó el desempleo, subieron los impuestos, disminuyeron las exportaciones e importaciones, y se incrementaron los precios de los productos básicos como el maíz.³⁵

Ante estas situaciones de crisis, el grupo de los Científicos empezó a perder toda credibilidad para seguir con las riendas de la vida nacional, y algunos sectores de la sociedad aprovecharon la coyuntura para cuestionar más abiertamente el orden positivista en aras de la libertad. Estos sectores se constituyeron en grupos opositores al régimen y surgieron de las clases medias urbanas y rurales principalmente. El grupo católico, a través de sus diarios *El País* y *El Tiempo*, también criticó sobre todo la educación positivista y la preservación de algunos de los principios liberales de la constitución de 1857. En otro frente, los descendientes de los liberales de mediados del siglo XIX como Camilo Arriaga, iniciaron su lucha política por el restablecimiento de la libertad de expresión, la democracia electoral, la separación de poderes y la autonomía municipal. Los miembros más radicales de este movimiento defenderían a su vez la cuestión social como fue el caso de hermanos anarquistas Flores Magón y su periódico llamado —no casualmente— *Regeneración*.

Asimismo, el grupo de los “reyistas”, quienes contaban con una importante base social en el norte del país, al no ser favorecidos por Díaz para la sucesión presidencial, trasladaron su apoyo al movimiento antirreeleccionista de Francisco I. Madero, con el que inició la

³⁴ PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio...*, op. cit., pp. 252, 253.

³⁵ GARCADIAGO, Javier, *La Revolución Mexicana...*, op. cit.

Revolución en noviembre de 1910.

Este era el contexto social, político e intelectual con el que se encontraría Altamira al llegar a México. Un contexto signado por la decadencia del régimen político, del debilitamiento del positivismo y de la intranquilidad social, que lo hacía propicio a la apertura y a la creación de propuestas renovadoras con proyección social.

1.2 Los preparativos de la llegada y de las actividades de Rafael Altamira en México

A la llegada de Rafael Altamira en diciembre de 1909 en México —como en toda América Latina— se tenía a Francia como referente cultural. Por otra parte, en el imaginario mexicano seguía predominando la España tradicional, conservadora y escolástica, por ello lo hispano “a pesar de la sangre, a pesar de la lengua, a pesar de la historia —o quizá causa de ella—, no conseguía asentarse sólidamente en la conciencia de los mexicanos.”³⁶ A pesar de todo ello, Altamira se mostró confiado en que el mensaje que llevaba consigo “era obra que se podía conseguir sin esperar mucho tiempo y sin tener mucho que hacer”, porque había encontrado que el medio intelectual del que provenía era semejante al que hallaba en México y, por lo tanto, propicio para el buen entendimiento. De ahí que desde sus primeros días de trabajo en la capital mexicana, sintiera “estar entre compañeros y correligionarios en el orden de las creencias”.³⁷

Estos pares que Altamira percibió como muy cercanos eran, por un lado, algunos de los intelectuales positivistas encabezados por Justo Sierra, quien reconociendo la decadencia del positivismo habían comprendido la necesidad de un cambio;³⁸ por otro, los miembros de la comunidad española de tendencia liberal y republicana que lideraba Telésforo García —quien en años anteriores había sido un crítico del krausismo, pero que parecía no tener inconveniente en recibir a un institucionista que se había formado en el organicismo krausista español—, y el embajador Bernardo de Cologan. Gracias a las gestiones de estas tres personalidades prácticamente se construyó el entramado de relaciones entre el gobierno mexicano, la colectividad española, la esfera intelectual y la sociedad civil mexicana con el que Altamira logró realizar sus objetivos en su visita a México. Para introducir estas figuras conviene mencionar aquí algunos de sus datos biográficos.

³⁶ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., pp. 397, 399.

³⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 65, 66.

³⁸ En 1908 Justo Sierra había defendido a Gabino Barreda de los ataques de católicos. Sin embargo, en su defensa había reconocido “los conceptos cambiantes de muchos campos científicos.” HALE, Charles, “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en BETHELL, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 8, Barcelona, Crítica, 1991, p. 46. ABELLÁN, José Luis, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2009, p. 94

El polígrafo y positivista heterodoxo Justo Sierra (Campeche 1848-Madrid 1912), a quien Altamira había conocido en Madrid en el año de 1900 en el Congreso Social y Económico Hispano-americano, era desde 1901 el Secretario o Ministro de Instrucción Pública del gobierno mexicano. Al frente de este ministerio impulsó la educación pública, laica y gratuita; la autonomía de los Jardines de Niños; la reorganización de las carreras de Medicina, Jurisprudencia, Ingeniería, Bellas Artes y Música; la promoción de la Arqueología; el otorgamiento de desayunos escolares y el establecimiento de un sistema de becas para los alumnos de educación superior. Desde 1881, siendo diputado, propuso la ley fundacional de la Universidad Nacional que se verificaría casi 30 años después.

Aunque en el siguiente apartado analizaremos con detenimiento la figura de Telésforo García Revuelta (Cantabria 1844-Ciudad de México 1918), conviene adelantar que era reconocido como una de las figuras del positivismo mexicano, amén de su labor periodística y altruista. Habiendo llegado joven a México como exiliado republicano, al final de la década de 1860, García se impregnó del positivismo junto con los alumnos que asistían a las clases de Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria. Crítico de krausismo en la década de 1880 fue amigo y admirador de Emilio Castelar, éste último le dedicó su *Historia del descubrimiento de América*.³⁹ García publicó dos libros significativos para el tema que estamos tratando: *Por la Raza, España y los españoles en México* (1877) e *Impresiones: esbozo de una programa patriótico-democrático* (1906). Este último, donde hizo un análisis de la situación española, se publicó por entregas en el periódico *El Cantábrico*.⁴⁰ Como periodista fundó el periódico *El centinela español*, dirigió *La Libertad* y escribió para *El Precursor*, al lado de Ignacio Manuel Altamirano y de Justo Sierra. En su labor altruista y de líder de la colectividad española dirigió en 1869 la Sociedad Española de Beneficencia, destinada a apoyar a los españoles residentes en México, ayudar a su integración en la sociedad mexicana, fomentar la unión y sobre todo ayudar a los más desfavorecidos.⁴¹ Esta institución creó el panteón español, el hospital español,⁴² un asilo y un colegio de huérfanos; fundó la Cámara Española de Comercio;⁴³ fue presidente de la Junta Patriótica de España,⁴⁴

³⁹ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., pp. 313-356.

⁴⁰ AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo, "Telésforo García (1844-1918) un indiano bienhechor de Bustriguado-Roiz, olvidado", *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Santander, Instituto de Estudios Cantabros, Tomo 55, 1999, p. 205, y en *Personajes de Cantabria* <http://percan.com/CarpG/GarciaRevuelta/GarciaRevuelta.htm> [consultado el 2 de junio de 2010].

⁴¹ AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo, "Telésforo García...", op. cit., p. 202.

⁴² Al terminar la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada (1876), durante la cual fueron expulsados los jesuitas y las religiosas Hijas de la Caridad, Telésforo García abogó por el regreso de las religiosas para el cuidado de los enfermos en el sanatorio español. *Ibíd.*, p. 203.

⁴³ En el marco de esta fundación, Telésforo García aprovechó para presentar en 1892 un informe sobre "La crisis económica en España" al Presidente de la Cámara de México. *Ibíd.*, p. 205.

⁴⁴ A través de esta Junta, García intentó enviar víveres a los soldados españoles que luchaban en Cuba pero el bloqueo sobre la isla por parte de los Estados Unidos impidió que llegara completa la ayuda. *Ibíd.*, p. 202. No

del Casino Español (durante 1903 y 1904 sin abandonar sus actividades en la Sociedad de Beneficencia),⁴⁵ y vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Bernardo de Cologan (Tenerife 1847-Madrid 1921) era el embajador español en México desde marzo de 1907. Compañero seminarista del rector de la Universidad de Oviedo, Fermín Canella,⁴⁶ entró al servicio diplomático en el consulado general español en Atenas como “Joven de lenguas” por su dominio del idioma inglés y del francés. Después de permanecer tres años en Grecia se trasladó a Pekín, Constantinopla y Caracas. En 1875 fue nombrado por seis años secretario de primera clase en el consulado ubicado en la capital mexicana, posteriormente encargado de negocios en Bogotá, y ministro plenipotenciario en Pekín, Tánger, Lisboa y Estados Unidos. Iniciando el año de 1907 fue designado ministro de la legación en México pero la confirmación de su nombramiento y su llegada se retrasó por los sucesos muy conocidos de la huelga reprimida de Río Blanco (Veracruz).⁴⁷

Con el concurso de estos tres personajes la visita de Rafael Altamira a México empezó a programarse a inicios del año 1909, dando atención a la carta que el rector de la Universidad de Oviedo había dirigido a las autoridades educativas de América a finales de 1908.⁴⁸ Telésforo García, quien de inmediato se convirtió en el vocero de Altamira con las autoridades mexicanas y con la comunidad española,⁴⁹ le adelantó oportunamente los acuerdos establecidos con el Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, el Subsecretario del mismo Ministerio, Ezequiel A. Chávez,⁵⁰ y con el Lic. Carlos Pereyra, sobre la

obstante, logró enviar dinero y contribuyó con ayuda monetaria para paliar otros desastres que ocurrieron en su país de origen: “Para la campaña de Cuba mandamos más de millón y medio de pesos. Para las inundaciones de Consuegra más de cien mil pesos. Para las de Andalucía y Cataluña trescientas mil pesetas. Para los heridos de Melilla una cantidad igual.” Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan, Alicante/Legado Altamira (IESJJA/LA en adelante) documento s.c., Copia de la carta de Telésforo García a José Canalejas, México, 4 de agosto de 1910., pp. 1, 2. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 878 (nota al pie No. 239).

⁴⁵ El Casino Español se fundó como una asociación civil en 1863. En un principio se estableció en el número 6 de la calle de Jesús Nazareno (hoy Museo de la Ciudad de México) y fue hasta el año de 1895 que se estableció en la calle del Espíritu Santo número 1 ½ (calle Isabel La Católica número 29 que es la sede actual), inaugurándose oficialmente en este lugar en el año 1905. Actualmente el Casino Español centra su actividad principal en el área cultural y alberga una biblioteca especializada en las relaciones entre España y México, la migración española en México y sobre la España actual, véase: <http://www.casinoespanoldemexico.com/>

⁴⁶ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 478.

⁴⁷ MAC GREGOR, Josefina, *México y España...*, op. cit., pp. 76, 77.

⁴⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., pp. 5, 6.

⁴⁹ Por poner un ejemplo sencillo, existen algunas cartas de personas que acudieron primero a Telésforo García para poder acercarse a Rafael Altamira: El abogado Roberto A. Esteva Ruiz, por intermediación de Telésforo García le hizo llegar a Altamira su libro titulado “El Estado Federal y su Soberanía” y le solicitó por su conducto establecer un contacto con el profesor de Oviedo, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Roberto A. Esteva Ruiz a Telésforo García, México, 13 de enero de 1910. Asimismo, Francisco Elguera solicitó a Telésforo García lo recomendará con Altamira y le procurara un contacto, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 11 de febrero de 1910. Véase también PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 478 (nota al pie No. 682).

⁵⁰ Cabe destacar que este personaje fue una pieza clave para la constitución de redes científicas en México y para las reformas educativas durante el porfiriato.

financiación conjunta entre el gobierno y la comunidad española residente en México de los viáticos y de la realización de algunas actividades:

PRIMERO.— El Ministerio ayudará á Vd. con los gastos de viajes en Méjico y tal vez con algo para los del camino.

SEGUNDO.— El Gobierno pagará algunas conferencias y procurará que Estados como Jalisco, San Luis, Puebla, Veracruz y Yucatán, paguen dos ó tres cada uno.

TERCERO.— Yo procuraré que nuestro Casino Español pague por lo menos otras dos conferencias.

CUARTO.— Si yo estoy aquí para cuando Vd. llegue, tiene la obligación de aceptar el hospedaje en mi casa ó en la de Don Iñigo Noriega, otro compatriota de lo más significado en esta capital, quién me ha pedido que le imponga á Vd. esta obligación en el caso aludido.

Reduciendo el asunto á números, no me parecería exagerado que Vd. obtuviese un resultado libre de veinticinco á treinta mil pesetas en una temporada de dos meses. Ciertamente que debería ser bastante más como premio á su ciencia y su labor. Pero ya sabe Vd. que sólo cantantes y toreros tienen el privilegio de hacerse pagar grandes sumas por habilidades discutibles. La ciencia no alcanza todavía tan alto predicamento.⁵¹

Altamira no tenía contemplado cobrar por sus conferencias, pero resulta probable que a sabiendas de los admirables esfuerzos de la Universidad de Oviedo por emprender sola y sin el concurso de gobierno español esta misión científica, las universidades americanas, gobiernos y sociedades españolas, además de asumir los gastos del viaje del emisario, hayan contemplado como un deber moral hacer una retribución monetaria de algunas de sus conferencias.⁵² En este sentido, conviene mencionar que los socios del Casino Español obsequiaron a Altamira una cantidad de veinticinco mil pesetas como muestra de agradecimiento por su labor desplegada en México.⁵³ De igual forma el Ministro de Instrucción Pública, atendiendo los primeros dos acuerdos anteriormente citados, remitió a Rafael Altamira un pase con el cual podría viajar por tren en el territorio nacional,⁵⁴ y ordenó

⁵¹ IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 29 de abril de 1909. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 41 y 307, y del mismo autor, *Rafael Altamira en América...*, op. cit., p. 37. Además el periódico *El Imparcial* estuvo anunciando la visita de Altamira dos meses antes de su llegada, según informa en la edición del 12 de diciembre de 1909, p. 3.

⁵² Gustavo Prado ha encontrado algunas contradicciones en relación a lo que dijo Altamira sobre la gratuidad de las conferencias que impartió y algunos pagos que se le hicieron, pero reconoce que ningún asistente a ellas tuvo que pagar para escuchar a Altamira, además de que para las instituciones americanas resultaba “absolutamente normal que el viajero fuera reenumerado por su trabajo, o al menos le fueran ‘cubiertos gastos’ en pago de sus actividades.”, PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 306-308.

⁵³ IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada con membrete del Casino Español y firmas autógrafas del Presidente José Sánchez Ramos y del Secretario José Vizoso a Rafael Altamira, México, 26 de enero de 1910.

⁵⁴ IESJJA/LA documento s.c., Documento oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional, Mesa 2ª, núm. 4014, con fecha 4 de enero de 1910 firmado por Justo Sierra. Y también en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira*,

un pago por la cantidad de dos mil pesos⁵⁵ por las ocho conferencias que le encomendó al profesor ovetense, las cuales eran:

En la Escuela Nacional de Jurisprudencia: 1 La Historia del Derecho. 2 Organización de los estudios jurídicos. 3 Educación profesional y educación científica. 4 El ideal de justicia en la Historia. En la Escuela Normal Primaria para Maestros: 5 El sentido estético en la educación. En la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres: 6 La extensión universitaria. En la Escuela Nacional Preparatoria: 7 El ideal de la Universidad; y en el Museo Nacional de Arqueología: 8 Principios de la ciencia histórica.⁵⁶

Por su parte, el Colegio Nacional de Abogados también pagó dos mil pesos por tres de las cinco conferencias que programó con Altamira.⁵⁷ El pago de estas once conferencias no desató polémica alguna —a pesar de que ya se tenían algunos antecedentes sobre dispendios a otros conferenciantes⁵⁸— porque además de que en ningún acto público en el que intervino Altamira se cobró la entrada, la calidad de los discursos del conferenciante, en términos generales, fue reconocida cabalmente.⁵⁹

Rafael Altamira tenía programadas entre trece y quince conferencias al iniciar su estancia en México y el resto de la agenda se fue construyendo sobre la marcha.⁶⁰ Tal vez por

el Hispanoamericanismo Liberal..., *op. cit.*, p. 307.

⁵⁵ IESJJA/LA documento s.c., Documento oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional, Mesa 2ª, núm. 4129, con fecha 25 de enero de 1910 firmado por Justo Sierra.

⁵⁶ Archivo de la Fundación Residencia de Estudiantes de Madrid /Fondo Altamira (AFREM/FA en adelante), Oficio de la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional, Mesa 2ª, núm. 4175, con fecha 2 de febrero de 1910 con firma autógrafa de Justo Sierra. Reproducido también por Altamira en su informe, véase ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, *op. cit.*, p. 211.

⁵⁷ “Los estatutos del I. y N. Colegio de Abogados de México ordenan la celebración de conferencias públicas anuales, y la Junta Menor del mismo Colegio, contando con la bondadosa disposición de Usted, le suplicó que sirviera tomar á su cargo las de 1910. En ocasión pública y solemne, El Presidente del Colegio hizo presente su profundo agradecimiento por la buena voluntad con que se dignó Usted aceptar el encargo que con tanto acierto desempeñara en las conferencias habidas bajo los auspicios del referido Colegio, en el casino Español, los días 25, 27 y 31 de Enero último; mas por ser práctica uniforme la de reenumerar, aun cuando sea modestamente, á los conferencistas, la Junta Menor, que no ha encontrado razón alguna para no someterse en esta vez á los precedentes establecidos, suplica á Usted que acepte, como muestra de reconocimiento por el servicio que ha prestado al Colegio, la cantidad de dos mil pesos, que á su disposición quedan en la Compañía Bancaria París y México, S. A.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con sello de la secretaria del Nacional Colegio de Abogados a Rafael Altamira, México, 1º de febrero de 1910. Citado también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, *op. cit.*, pp. 307 y 308.

⁵⁸ José María Salaverría en un artículo publicado en marzo de 1910 y titulado “Conferenciantes europeos en América”, denunció que algunas conferencias previas a las de Altamira sólo eran un negocio que no trascendía más allá del lucro personal: “Se dan conferencias públicas a tanto la entrada, se dicen cuatro cosas ligeras, llueve el dinero y el conferenciante, vuelve a su patria feliz. La misma vanidad de los jóvenes pueblos americanos es un gran acicate para esta clase de conferenciantes. Los americanos quieren que se les distinga y como su veneración por Europa es ilimitada, acogen a las lumbreras europeas con sorprendente cariño.”, en NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...” , *op. cit.*, p. 205.

⁵⁹ Con excepción del sector católico que reaccionó ante las palabras de Altamira, como veremos más adelante.

⁶⁰ El jueves 13 de enero el periódico de la comunidad española en México, *La Iberia* publicó un artículo en el

ello, cabe señalar que no existe un consenso del número total de conferencias que Altamira pronunció en México. El propio Altamira no señaló la totalidad de ellas, pero recorriendo el informe final de sus actividades se pueden contabilizar una veintena de conferencias en la capital mexicana y siete en el interior, concretamente en los estados de Veracruz y Yucatán.⁶¹

Justo Sierra por su parte, refirió que el total de conferencias pronunciadas en el Distrito Federal por el profesor ovetense fueron más de trece: además de las ocho que pagó su ministerio, contabilizó la conferencia inaugural y una sobre el *Peer Gynt*, ambas pronunciadas en el Casino Español; las tres del Colegio de Abogados, y otras (que no especificó) que se dictaron en otros centros.⁶² El embajador Cologan y el cronista de las actividades culturales de la época Enrique de Olavarría y Ferrari contabilizaron catorce, pronunciadas en la capital,⁶³ coincidiendo con el periódico oficial *El Imparcial* en su nota publicada el día que Altamira abandonó el país.⁶⁴

Los estudiosos mexicanos de esta visita de Altamira tampoco han coincidido y han manejado cifras disímiles: el historiador Jaime del Arenal sostuvo que fueron más de veinticuatro conferencias,⁶⁵ para Josefina Mac Gregor fueron más de veinte,⁶⁶ Jesús Nieto contabilizó treinta⁶⁷ y Rafael Diego Fernández registró diecinueve.⁶⁸

Como puede observarse, estas conferencias iniciales estaban dirigidas sobre todo a la comunidad de juristas. Las restantes, centradas en el papel de la Universidad, probablemente

que anunciaba la conferencia de ese día en la Escuela Nacional Preparatoria y al mismo tiempo informaba que Altamira se proponía dar otras conferencias con los siguientes temas: Organización de los estudios jurídicos. Educación profesional y educación científica. El ideal de la justicia en la historia. Ideas jurídicas de la España moderna. El problema del respeto á la ley en la literatura griega. Historia y representación ideal de las Partidas. La ley y la costumbre en el derecho positivo español. La extensión universitaria. El sentido estético en la educación. La educación integral y la utilitaria. El *Peer Gynt*, de Ibsen con la música de Grieg, véase “El Dr. Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 13 de enero de 1910. El periódico oficial *El Imparcial* además de estas conferencias mencionó que se impartieron otras dos en otros centros de asociación españoles, véase “Voto de gracias al señor Doctor Rafael Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., 12 de febrero de 1910, p. 1.

⁶¹ Además de estas conferencias, en este informe se pueden contabilizar alrededor de veinte visitas a centros de enseñanza, sociedades de cultura y a otros centros, y una decena de banquetes con los que fue homenajeado. Informe con fecha 1º de marzo de 1910, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., pp. 183-191.

⁶² AFREM/FA, Oficio de la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional, Mesa 2ª, núm. 4175, con fecha 2 de febrero de 1910 con firma autógrafa de Justo Sierra.

⁶³ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España (AMAE en adelante) legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de la legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan. OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3211.

⁶⁴ Además de las 8 conferencias que anunció la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México según citado oficio 4175, *El Imparcial* agregó las siguientes: “En el Colegio de Abogados: 9. Ideas Jurídicas de la España Moderna.- 10. El problema del respeto á la ley en la literatura griega.- 11. Historia y representación ideal de las Partidas.- 12. La ley y la costumbre en el Derecho positivo español.- 13. La educación integral y la utilitaria. En el Casino Español.- 14. El *Peer Gynt*, de Ibsen, con la música de Grieg.”, en “Voto de gracias al señor Doctor Rafael Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., 12 de febrero de 1910, p. 1.

⁶⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 7.

⁶⁶ MAC GREGOR, Josefina, *México y España...*, op. cit., p. 72 (nota al pie).

⁶⁷ NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, op. cit., p. 211.

⁶⁸ DIEGO-FERNÁNDEZ, “Don Rafael Altamira...”, op. cit., p. 255, y “La huella de...”, op. cit., p. 399.

fueron solicitadas a expensas de Justo Sierra para persuadir a la comunidad académica mexicana de la importancia de la creación de la Universidad Nacional. Y sólo una de las conferencias estaba dirigida a la comunidad española, pero el tema que Altamira quería tratar con ellos no era precisamente un asunto cultural, tal como estaba programado.

Es indudable que Rafael Altamira no fue el único intelectual europeo que recorrió las tierras mexicanas impartiendo conocimientos y propuestas. Antes de él, discurrieron sobre temas sociales y culturales personalidades españolas como el escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez, el profesor y economista Ramón Pérez Requeijo⁶⁹ y el poeta Juan Antonio Cavestany.⁷⁰ Y otras como el sociólogo e historiador romano Guillermo Ferrero, el socialista italiano Enrique Ferri, y el poeta y literato francés Anatole France. Pero ninguno tuvo el reconocimiento a la labor intelectual que obtuvo el alicantino.⁷¹ Ni posiblemente, concentró en su persona, un programa conjunto tan activo de financiación pública y privada.

1.3 Las primeras impresiones de Rafael Altamira en México y su breve visita a Estados Unidos

Rafael Altamira llegó por primera vez a México el sábado 11 de diciembre de 1909.⁷² Procedente de Callao (Perú) arribó al puerto de Salina Cruz (Oaxaca) y llegó a la capital

⁶⁹ Según Claude Dumas, este personaje español quien había estado en México durante 1906, publicó un estudio geográfico, político y económico sobre México en *La España Moderna*, febrero y marzo de 1909 y, a su regreso a España, abogó por el estrechamiento de las relaciones entre ambos países. DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 385.

⁷⁰ El poeta español estuvo en México durante el mes de septiembre de 1909 patrocinado por personalidades oficiales de México y España, y de representantes de la comunidad española en México. En su honor se ofrecieron dos veladas artísticas y en su discurso pronunciado el 21 de septiembre, Cavestany abordó el tema del “significado de la lengua en la nacionalidad espiritual que une a los distintos pueblos.” DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., pp. 387, 388. Sin embargo, su visita a México no dejó un buen sabor de boca. Telésforo García manifestó su descontento de esta forma: “No sé que relación pretenda encontrar Cavestany entre la obra patriótica realizada por Vd. aquí y la ridícula que él quiso llevar á cabo. Nos amenazó al irse que escribiría en Madrid algo que nos fuese poco agradable y confieso a Vd. que tuve deseos que lo hiciera para sentarle bien la mano é impedir que otros vinieran por acá á solicitar limosnas y á poner á España en ridículo. Entiendo que no lo hizo privándome así de este justo desahogo”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Altamira, México, 29 de agosto de 1910, p.1.

⁷¹ El periódico *La Iberia*, publicó que nunca se había puesto al servicio de una causa tan grande tanta sabiduría voluntad, altruismo y constancia, nombrando a Altamira como el “Nuevo historiador de España” y, al mismo tiempo, reconoció su trabajo realizado en los demás países latinoamericanos antes de llegar a México. “Croniquillas. Altamira” *La Iberia*, México, jueves 16 de diciembre de 1909, p. 1.

⁷² Altamira y algunos historiadores que han trabajado el tema del viaje a América—apoyándose en *Mi Viaje a América*— asumen la llegada a México el 12 de diciembre. Este error se verifica gracias a la prensa de la época y a otros documentos como el de la legación de España en México, la crónica de Olavarría y de Javier Malagón (uno de los primeros autores que trabajó a Altamira en México). AMAE legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de la legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan. También Javier Malagón citando esta fuente (Despacho No. 8. Política, 12 de febrero de 1910. Archivo de la embajada de España. Caja 276. Leg 2) refiere que Altamira llegó el 11 de diciembre de 1909, en MALAGÓN, Javier, “Altamira en México”, en *Historia Mexicana*, vol. 1, abril-junio, núm. 4, México, El Colegio de México, 1952. p. 590. y en MALAGÓN Barceló, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., pp. 61. También en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3209. ALTAMIRA Y CREVEA,

mexicana por la tarde—noche tras una escala en Córdoba (Veracruz), en donde lo había recibido una comitiva integrada por Genaro García (Director del Museo Nacional de Arqueología) como representante del Ministerio de Instrucción Pública y Telésforo García, representante del Casino Español y de la colectividad española en México.⁷³

Al bajar del ferrocarril en la estación de Buenavista, lo esperaban Justo Sierra, los representantes de la embajada de España y los representantes de las distintas agrupaciones y sociedades de la comunidad española.⁷⁴ Las primeras impresiones de la prensa sobre la personalidad de Altamira seguramente fueron las mismas que registraron los ojos de quienes lo vieron bajar del tren: una mezcla de vigorosidad con tranquilidad dibujada por su juventud y por su cabello cano.⁷⁵

Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 9. El anuncio de la llegada de Altamira por el periódico oficial dice: “El señor don Rafael Altamira, el ilustre español y reputado hombre de ciencia, llegará hoy a México, procedente de Salina Cruz, en donde desembarcó de su viaje por la América Latina. EL IMPARCIAL le envía su cordial saludo.” “Sociales y personales” en *El Imparcial*, México, D. F., sábado 11 de diciembre de 1909, p. 3.

⁷³ Unos días antes, el jueves 2 de diciembre, se reunieron en el Casino Español, José Sánchez Ramos y otros representantes de la comunidad española para acordar el recibimiento y los homenajes que le brindarían a Rafael Altamira. Entre los acuerdos, decidieron que una comisión encabezada por Telésforo García saliera el viernes 10 hacia al puerto de Salina Cruz para recibir al profesor de Oviedo y acompañarlo hacia la capital. “La recepción de Altamira” en *La Iberia*, México, domingo 5 de diciembre de 1909, p. 2. Sin embargo, esta comitiva no tuvo tiempo de llegar al puerto al haberse adelantado la fecha del viaje y por ello recibieron a Altamira en la ciudad de Córdoba. El diario español *La Época* señaló que las “Comisiones oficiales y particulares” habían proyectado recibir a Altamira en “Santa Cruz” [sic] pero les fue imposible por haberse adelantado la fecha de la llegada, por ello tuvieron que recibirlo en Córdoba, en “El señor Altamira obtiene grandes éxitos en América”, *La Época*, Madrid, viernes 7 de enero de 1910, p. 1. Y de igual manera *La Correspondencia de España*, señaló que en México se hicieron grandes preparativos para recibir a Altamira el 11 de diciembre, “El Sr. Altamira en América”, *La Correspondencia de España*, Madrid, sábado 8 de enero de 1910., p. 4. Cabe señalar que según *La semana ilustrada* del 19 diciembre de 1909, Altamira fue recibido en Orizaba. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, op. cit. p. 113. Aunque en telegrama enviado por Telésforo García a Rafael Altamira fechado el 9 de diciembre de 1909 recibido en Salina Cruz se comprueba que lo recibirán en Córdoba, IESJJA/LA documento s.c., este dato también lo confirma la reseña de *El Imparcial* “Anoche llegó el Sr. Altamira” en *El Imparcial*, México, D.F., domingo 12 de diciembre de 1909, p. 3. Y una nota del periódico veracruzano *La Opinión*, que al efecto anunció: “En Córdoba será recibido por comisiones de la Colonia española y el Ministerio de Instrucción”, en “La llegada del universitario Rafael Altamira”, *La Opinión*, Veracruz, viernes 10 de diciembre de 1909, p. 1.

⁷⁴ Entre los que destacaron José Sánchez Ramos, José Visosa, Adolfo Prieto, Indalecio Sánchez Gavito, Ricardo del Río y Ricardo García Álvarez, por el Casino Español; Baltazar Márquez presidente de la Junta de Covadonga; José Fernández y González, Hilario Tejas y Blas Pahisa, por el Centro Asturiano; Gaspar Rivera, P. Lizardi y Francisco Pérez, por el Centro Gallego; Francisco Ballina, A. Valenzuela de la Torre, Benito Rodríguez Velo y Eusebio Fuente Villa, por el Centro Castellano; Andrés Elzaguirre y Benito Angoltia y Quintana, por el Centro Vasco; Dámaso Ferrer, Hermenegildo Vela y Dr. Ballina, por la Cruz Roja; y José Porrúa. También asistieron algunos estudiantes. “Anoche llegó el Sr. Altamira” en *El Imparcial*, México, D.F., domingo 12 de diciembre de 1909, p. 3. y también citado por Olavarría sin precisar los nombres de los asistentes, p. 3209.

⁷⁵ *El Imparcial* escribió: “Don Rafael Altamira es un tipo de caballero genuinamente español, de barba plateada y terminada en punta, de cabello levantado hacia arriba, de ojos oscuros y brillantes, estatura regular y modales exquisitos y amables. Está en la plenitud de su vida; pese a la plata de su cabello, denota mucha salud y una constitución vigorosa.”, en “Anoche llegó el Sr. Altamira” en *El Imparcial*, México, D. F., domingo 12 de diciembre de 1909, p. 3, y en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3209. El periódico *La Iberia* además de destacar su semblante tranquilo, su personalidad sencilla y de trato afable, también se encargó de describir físicamente al profesor español de cuarenta y tres años que llegaba a México: “con la mirada profundamente serena, con la frente alta, con los cabellos blancos como la nieve...”, en “Croniquillas. Altamira” *La Iberia*, México, jueves 16 de diciembre de 1909, p. 1. Y misma fuente citada por DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, op. cit., p. 399.

Alojado en la casa de Telésforo García,⁷⁶ esa misma noche Rafael Altamira concedió una entrevista al periódico *El Imparcial*. Se le preguntó sobre el objetivo de su viaje, las impresiones sobre el camino, el resultado de su gira por las naciones hispanoamericanas y sobre sus proyectos. Según el periódico, el comisionado de la Universidad de Oviedo para estrechar las relaciones intelectuales entre España y las naciones latinoamericanas respondió a todas las preguntas y demostró de inmediato sus dotes de orador y su elegancia al hablar.

Sobre la gira por Argentina, Uruguay, Chile y Perú, expresó que había sido muy fructífera, que nunca había visitado ninguno de esos países y que quedó sorprendido por su progreso y su indiscutible belleza. Agregó que había sido recibido con mucha cordialidad y que había dado conferencias sobre asuntos históricos, pedagógicos y literarios en escuelas, centros obreros y ateneos. Como anécdota, contó que en Buenos Aires había tenido la oportunidad de verse con su antiguo compañero de colegio y amigo, Vicente Blanco Ibáñez.

Cuando se le preguntó sobre sus primeras impresiones sobre México, respondió que le habían gustado mucho los trajes bordados y pintorescos de la mujeres indígenas en Salina Cruz y sus collares de piedras policromas; que también le había encantado el camino de Córdoba a la capital, y que los naranjales al lado del camino le habían hecho recordar las vegas de Valencia, aunque reconoció que estos paisajes mexicanos eran más bonitos gracias a los majestuosos platanares.

Acerca de sus proyectos respondió que estaría en la capital hasta el 26 de diciembre para pronunciar un par de conferencias, y que después iría a los Estados Unidos porque tenía que atender una invitación para participar en un congreso de historiadores. Esas dos conferencias a las que se refería eran la de presentación de su misión ante las autoridades, intelectuales y colectividad española, y la otra que dirigiría a una de las comunidades que probablemente tenía más interés en escucharlo, la de juristas.

Sin anunciar más actividades, a pesar de que ya se tenían programadas las conferencias que le solicitó el ministro Sierra, Rafael Altamira concluyó la entrevista diciendo que regresaría de Estados Unidos los últimos días de enero y que permanecería en tierras mexicanas todo el mes de febrero, antes de viajar a Cuba.⁷⁷ No preveía que otras actividades no oficiales se irían sumando a su agenda modificando las fechas que manejó ante el reportero.

⁷⁶ En Veracruz los miembros de la Junta del Circulo Español Mercantil se encargaron del alojamiento de Altamira, véase IESJJA/LA documento s.c., Carta manuscrita con membrete del Circulo Español Mercantil de Veracruz y firma autógrafa de Antonio G. de Presno a Rafael Altamira, Veracruz, 26 de enero de 1910, 2 pp.

⁷⁷ “Anoche llegó el Sr. Altamira” en *El Imparcial*, México, D.F., domingo 12 de diciembre de 1909, p. 3.

De esta forma, seis días antes de lo previsto inicialmente, la noche del 20 de diciembre Altamira⁷⁸ tomó el tren rumbo a Nueva York donde había sido invitado –como distinción por sus contribuciones a la historia de su país— para asistir al Congreso Histórico Nacional, celebrado en el marco de los festejos del 25° aniversario de la *American Historical Association*.⁷⁹ En dicho congreso participó en dos sesiones como representante de España: en la del día 28, dedicada al “Trabajo de las sociedades de Historia”, y en la del día 31, dedicada a las “Contribuciones de varios países para la Historia de América”.⁸⁰ Al margen de estas actividades, pronunció una conferencia en la Universidad de Columbia y otra en la Universidad de Yale; asimismo, recorrió otras universidades donde dictó algunas conferencias,⁸¹ y fue condecorado por la *Hispanic Society of America*, presidida por Arche M. Huntington.⁸²

A su regreso a México, la noche del 10 de enero de 1910, una comitiva integrada por funcionarios del gobierno y por representantes de la comunidad española nuevamente lo recibió en la estación de trenes de la capital.⁸³ Altamira continuaría con una agenda apretada que le daría pocos días de descanso y en la que combinaría las actividades académicas programadas por el Ministerio de Instrucción Pública con otras conferencias solicitadas por instituciones jurídicas, y banquetes con asociaciones españolas, como veremos a continuación.

⁷⁸ Altamira viajó a Nueva York acompañado de su secretario particular Francisco Alvarado y del hijo de Telésforo García, Francisco García, en “Viaje del señor Altamira”, *La Iberia*, México, miércoles 22 de diciembre de 1909, p. 2. Y en IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 27 de diciembre de 1909, 2 p.

⁷⁹ “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, miércoles 26 de enero de 1910, p. 1.

⁸⁰ *Ibíd.*

⁸¹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.* p. 391. Aunque este dato nos genera algunas dudas ya que en el artículo que *La Iberia* tradujo y publicó de W. R. Martín, se afirmó lo siguiente: “Se esperaba que le fuera posible dar conferencias en diez de nuestras Universidades, pero los arreglos emprendidos con ese fin bajo los auspicios de la Sociedad Hispánica han tenido que ser suspendidos, quizá hasta una visita posterior del señor Altamira a este país.”, en “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, miércoles 26 de enero de 1910, p. 1.

⁸² “El Dr. Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 13 de enero de 1910, p.1.

⁸³ Así lo hace notar una carta mecanografiada del Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes dirigida a Telésforo García, quien se disculpa por no poder asistir a dar la bienvenida a Rafael Altamira por un compromiso oficial. IESJJA/LA documento s.c., Correspondencia particular del Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, con fecha 10 de enero de 1910. Un día antes, en los pizarrones del centro asturiano -donde celebraban la fiesta de reyes-, se pegó la noticia de que el tren donde venía Altamira llegaría a la capital alrededor de las siete de la noche, en “Hoy llega el señor Altamira a México”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 10 de enero de 1910, p. 1. El diario católico también anunció el regreso de Altamira y señaló que el tren tuvo un retraso considerable. “Notas de sociedad”, *El País*, México, miércoles 12 de enero de 1910, p. 2.

2. Las actividades desarrolladas con la comunidad española

2.1 Españoles en México durante los siglos XIX y XX

A pesar de que muchos españoles fueron expulsados de territorio mexicano después de la guerra de Independencia, su presencia, ahora en calidad de extranjeros, se mantuvo durante todo el siglo XIX junto con sus redes y posición económica. España reconoció a la nueva nación mexicana en 1836 y entre paños y derivas las relaciones diplomáticas entre ambos países se volvieron a romper en 1857. A partir de esa fecha el tono de éstas fue marcado por las reclamaciones de la deuda o de otros intereses económicos, así como por un talante intervencionista y anti-republicano por parte de España. Fue el gobierno español de Juan Prim el que permitió nuevamente el restablecimiento de unas relaciones diplomáticas pacíficas entre ambos países y el tema de la deuda se resolvió hasta la última década del siglo XIX.

La historiografía que se ha encargado de trabajar la presencia y el impacto de la colectividad española en México durante el siglo XIX, lo ha hecho tradicionalmente desde el campo de las relaciones diplomáticas y políticas y en menor medida desde el estudio nacional, estatal o regional de las relaciones sociales, culturales, intelectuales, económicas y demográficas.⁸⁴ En el campo de la diplomacia Genaro Estrada comenzó en 1920 a estudiar la labor del general Juan Prim en México y dos décadas después un discípulo de Rafael Altamira, el exiliado Javier Malagón, coordinó una compilación de documentos de la Embajada de España en México que datan de la primera mitad del siglo XIX. Este proyecto de El Colegio de México y la colección Archivo Histórico Diplomático Mexicano de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México daba cuenta de la escasa publicación de documentos oficiales. El interés por la historia diplomática entre México y España de la segunda mitad del siglo XIX y en especial durante la época del Imperio comenzó a partir de la década de 1960 pero fue hasta los años noventa que tomó fuerza, aunque como señala Clara E. Lida: “En realidad, se podría afirmar que el estudio de los contactos, los intercambio y las relaciones entre España y México es un campo todavía virgen que, dada la riqueza de temas y problemas por explorar, requiere mayor atención.”⁸⁵

Gracias a los pocos estudios que existen de la presencia y el impacto de la comunidad española en México durante el siglo XIX se ha identificado varias características que vale la pena destacar: La inmigración fue poco significativa en número, comparada con la migración española que llegó a Cuba y sobre todo a Argentina, pero fue la más influyente en el sentido

⁸⁴ LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano: finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, p. 17.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 19

de conservar un estatus (antes de la Revolución mexicana). Esta inmigración se estableció gracias a una red de relaciones familiares y de paisanaje que funcionaba posiblemente desde antes de la independencia. Se destacaron entre sus miembros grandes empresarios agrícolas, mineros, industriales —que tejieron una red de negocios con los gobiernos de turno, sobre todo durante la época del porfiriato—, además de banqueros, prestamistas, comerciantes menudistas y periodistas que impactaron en la economía mexicana, en la cultura y en la vida artística e intelectual.

Desde la historia social y cultural, la historiografía ha rescatado apenas la fuerte tradición española en México durante el siglo XIX. Erika Pani desde la historia cultural, por ejemplo, ha demostrado cómo durante la época del Segundo Imperio el perfil cultural nacional afrancesado estuvo marcado por un canon español, a pesar de que esa época de descolonización y de reconfiguración del Estado-nación fue caracterizada por el intento de valorar lo popular-mexicano, en contraposición de la cultura hispánica, para redefinir la identidad nacional y cimentar otra cultura sin considerar esa raíz “extranjera”.⁸⁶ Este canon español al que se refiere Pani, de cierta manera permitió conformar un imaginario hispanista caracterizado, según Clara E. Lida por:

[...] su exaltación de míticos valores castellanos imperiales; el orgullo de indefinidas supremacías culturales y étnicas; la simpatía por el criollismo mexicano, con su defensa del pasado virreinal; cierta mitificación del pasado prehispánico, combinada con el rechazo de la presencia indígena, y una continua pretensión de contar y contabilizar el legado civilizador de España en América.⁸⁷

Junto con la permanencia de una tradición literaria hispánica y de diversiones públicas, este canon fue seguido por periodistas, literatos, dramaturgos y actores españoles que se fueron afianzando en los círculos de cultura mexicana gracias también a las cadenas de parentesco, vecindad o paisanaje. Así, durante el Segundo Imperio, el emperador Maximiliano de Habsburgo intentó legitimar su reinado rescatando imágenes del pasado indígena y del colonial. Se reclamó heredero de Carlos V y Moctezuma y sus políticas culturales llevaban este trazado. Sin embargo, quienes debían instrumentar los símbolos de estos dos legados (literatos, pintores, arquitectos y escultores) estaban formados en la tradición occidental y aunque les resultaba difícil abandonar el canon europeo, algunos de ellos —ligados a la Academia de San Carlos patrocinada por Maximiliano— experimentaron moderadamente con

⁸⁶ PANI, Erika, “Cultura nacional, canon español”, en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano: finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, pp. 215-260.

⁸⁷ LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano...*, op. cit., p. 31.

lo mexicano pero a través de la tradición hispana. De hecho, hubo campos en los que no se logró rescatar el pasado prehispánico, el teatro, por ejemplo, continuó siendo en cuanto a obras y actores prácticamente español y es probable que en el imaginario mexicano nunca se considerara teatro extranjero como en cambio si podía pasar con la ópera. Incluso, Pani señala que la dirección del Teatro Nacional creado en esas épocas, fue encomendada al poeta español José Zorrilla, y que, curiosamente, al crearse en la misma época una compañía teatral contraria, con tintes nacionalistas, el director fue paradójicamente otro español.⁸⁸

Por otro lado, cabe señalar que en el mismo periodo la presencia española permeaba también el campo de las letras y del periodismo mexicano. Muchos españoles participaron como directores o redactores de las principales publicaciones periódicas y participaron en proyectos de carácter nacionalista. Para ilustrarlo, esta misma autora, rescata las figuras paradigmáticas de Niceto de Zamacois y Anselmo de la Portilla porque a través de ellos se percibe cómo con relativa facilidad los exiliados españoles lograron insertarse en los círculos políticos y culturales mexicanos y relacionarse con la elite del país. Para el periodo posterior, nosotros hemos rescatado la figura de Telésforo García, como lo veremos en el apartado siguiente.

Niceto de Zamacois y Anselmo de la Portilla llegaron de España al final de la década de 1830. El primero, vizcaíno, poeta, novelista, dramaturgo y periodista, defendería los principios conservadores y católicos desde *El Cronista de México* y escribiría una de las primeras historias generales de México en 1882: *Historia de Méjico desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. El segundo, santanderino, sería director de los periódicos *La Razón de México*, *El Diario del Imperio* y *La Iberia*, y escribiría algunas obras históricas sobre el periodo: *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna (1853-1855)* y *México en 1856 y 1857. Gobierno del General Comonfort*, publicadas en 1856 y 1858, respectivamente.

Ambas figuras supieron utilizar su hispanidad y su compromiso por México según les conviniera. Capitalizaron su herencia hispánica y las redes españolas existentes tejidas en los sectores económicos, políticos y sociales, en cuyos entramados: “la ‘igualdad de origen, los vínculos de sangre, idioma, religión y costumbres’ permitieron a los periodistas y literatos españoles entrar de lleno y prácticamente en un plano de igualdad a las empresas culturales mexicanas.”⁸⁹ Estos personajes presentados por Pani —que además han merecido muchos otros trabajos en su faceta de periodistas—⁹⁰ participaron en los gobiernos liberales

⁸⁸ PANI, Erika, “Cultura nacional...”, *op. cit.*, p. 234.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 237.

⁹⁰ Véase a QUIRARTE, Vicente, “Niceto de Zamacois, entre la historia y la ficción”, en MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional

moderados y con Maximiliano, demostrando que los grupos políticos mexicanos conservadores podían incorporar a españoles en su seno sin ninguna dificultad.⁹¹ Por ejemplo, el pragmático De la Portilla quien a su llegada a México se le había reconocido como escritor católico y conservador, pisó sin muchos impedimentos varios de los escenarios políticos. Se le identificó como defensor del gobierno republicano de Comonfort, luego se le vio acercarse al general Prim cuando las tropas españolas ingresaron a México en 1862, posteriormente apoyó el Segundo Imperio, siendo el encargado del *Diario del Imperio* a partir de 1865, y finalmente, a la caída de Maximiliano y con la República Restaurada, se hizo cargo del periódico de la colectividad española *La Iberia* y desde ahí defendió los intereses de dicha colectividad.⁹² Zamacois, por su parte, habiendo llegado a México en 1840, regresó a España por la guerra de Reforma, volvió a México para participar en el Imperio y nuevamente regresó a España por la República Restaurada.⁹³

El paso paradigmático de estos personajes por varios frentes de la vida nacional nos lleva a preguntarnos ¿hasta qué grado estos españoles eran considerados extranjeros? ¿Qué era lo que permitía la ambigüedad de nacionalidades? Posiblemente la respuesta la podemos encontrar en el papel que jugaba el idioma, las costumbres y la religión católica en un periodo relativamente corto de independencia y en el que aun no se asentaba con fuerza en el imaginario nacional una identidad propia mexicana, dado que aun se seguía debatiendo cómo debía de ser ésta. Además, como señala Pani, la aristocracia mexicana —que no se mezclaba con “los de abajo” y que se sentía cosmopolita—, no podía más que mirar a los “sabios” extranjeros como parte de su comunidad internacional, e incluso “existía entonces entre la clase más encumbrada y más tradicionalista de la ciudad de México, la idea de que los españoles eran como los mexicanos pero mejores, y que había que relacionarse con ellos.”⁹⁴

Desde sus tribunas estos dos españoles paradigmáticos no dejaron escapar la oportunidad de posicionar a la España contemporánea como el modelo que debía seguir la nación mexicana y a sentar en las raíces hispánicas los límites de la reforma liberal. Zamacois los haría desde la perspectiva del grupo tradicionalista y De la Portilla desde la órbita del grupo liberal moderado que se identificó por momentos con la monarquía de Maximiliano. Ambos personajes además fueron apoyados por los empresarios de la colectividad española

Autónoma de México, 2008, pp. 57-64. Esta obra contiene también los trabajos de PI-SUÑER LLORENS, Antonia, “‘Hay que confesarlo: El Imperio tiene su estrella’. Anselmo de la Portilla y La Razón de México (1864-1865)”, pp. 65-76; GUTIÉRREZ, Adriana, “Anselmo de la Portilla, La Iberia y el Casino Español (1867-1876)”, pp. 77-89; MONTELLANO, Francisco, “Origen del plagio en México. Polémica sostenida por el periódico *La Colonia Española* con varios órganos de la prensa mexicana”, pp. 107-122.

⁹¹ PANI, Erika, “Cultura nacional...”, *op. cit.*, p. 238.

⁹² PI-SUÑER LLORENS, Antonia, “‘Hay que confesarlo...”, *op. cit.*, pp. 70-73.

⁹³ MONTELLANO, Francisco, “Origen del plagio en México...”, *op. cit.*, pp. 110, 111.

⁹⁴ PANI, Erika, “Cultura nacional...”, *op. cit.*, pp. 240, 241.

en sus proyectos culturales y nombrados miembros honorarios del elitista Casino Español,⁹⁵ porque con el arma de su pluma defendían los intereses españoles frente a la hispanofobia, sobre todo después de 1867, cuando consideraron que había que “preservar, en un momento en que se veían amenazadas, esas redes, esos ‘vínculos poderosos e indestructibles’, esa familiaridad entre lo mexicano y lo español que les había permitido la fácil y rápida inserción en la sociedad mexicana.”⁹⁶

Desde la historia cultural se ha demostrado, por tanto, cómo los miembros de la colectividad española se constituyeron en una emigración con privilegios al establecerse en un México cuyas “formas, referentes, modelos e ideas eran hispanos.”⁹⁷ Sin duda, cabe comentar que hace falta trabajar más sobre estos temas para rescatar la presencia en México de esos otros españoles exiliados republicanos que llegaron una vez fracasada la experiencia republicana española de 1873 o la de otros españoles de tendencias políticas más radicales que constituyeron una emigración no privilegiada.

Desde la historia social Sonia Pérez Toledo⁹⁸ ha demostrado, con datos provenientes de los registros de extranjería y de los certificados de nacionalidad, cómo en esta misma época los españoles que llegaron a México mantuvieron una presencia continua en la sociedad mexicana a pesar de la situación de guerras (Intervención francesa e Imperio). Dicha presencia, según esta autora:

[...] fluctuó entre 5 000 y 6 500 durante los años comprendidos entre la primera expulsión de españoles y la década de 1870. Esto apunta a que el flujo migratorio de españoles a México no se interrumpió a pesar de los diversos conflictos del período, y sugiere que éste permaneció más o menos constante a lo largo de las cinco décadas posteriores a la Independencia.⁹⁹

Además, Pérez Toledo muestra que, los españoles emigrantes que llegaron, eran sobre todo jóvenes, solteros, asturianos, vascos, cantabros, de escasos recursos, y que se vincularon a las actividades del pequeño comercio o mercantiles (así lo habían declarado 95 % de los españoles entre 15 y 19 años), sobre todo porque las otras actividades con bajos salarios ya estaban ocupadas por la abundante mano de obra no calificada autóctona.¹⁰⁰ No obstante, y gracias a las redes de parentesco y paisanaje existentes —que permitieron la continuidad y

⁹⁵ De la Portilla recibiría ayuda para fundar el periódico *La Iberia*, el cual tuvo vida de 1867 a 1876.

⁹⁶ PANI, Erika, “Cultura nacional...”, *op. cit.*, p. 251.

⁹⁷ *Ibíd.*

⁹⁸ PÉREZ TOLEDO, Sonia, “Los españoles de la Ciudad de México durante el segundo Imperio”, en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano...*, *op. cit.*, pp. 261-293.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 263.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 278.

solidez del flujo migratorio a pesar de las situaciones ideológicas, políticas y administrativas adversas del contexto mexicano—, estos jóvenes españoles con el tiempo ascendieron en la pirámide social de los blancos. Su condición étnica los posicionaba por encima de las poblaciones indígenas y mestizas, constituyéndose, en palabras de Clara Lida, en una “inmigración privilegiada”. Privilegiada también para Pérez Toledo por el hecho de que gracias al pariente o al paisano accedieron al empleo y con ello al ascenso económico.¹⁰¹ Cabe señalar que estos datos obtenidos por Sonia Pérez Toledo vendrían a confirmar lo que años atrás Mario Cerutti estableciera en sus investigaciones desde la historia económica y cuyos resultados veremos enseguida.¹⁰² Entonces, en ese alto escalafón de la pirámide social los jóvenes españoles lograron vincularse al mundo de los negocios, del capital, a la vida profesional y a la esfera política y del poder, lo que fue la regla y no la excepción.¹⁰³ Por otro lado, estos emigrantes españoles solteros generalmente se casaron con mujeres mexicanas criollas, lo que no impidió que, aunque incorporaran cierto grado de elementos exógenos, se mantuvieran en cohesión con su grupo étnico.¹⁰⁴ Situación que también se puede explicar con los datos proporcionados por Pérez Toledo, quien ha identificado un número reducido de mujeres españolas asentadas en la capital mexicana durante esa época.¹⁰⁵

A esto debemos agregar que precisamente en el tema migratorio bajo la presidencia de Manuel González (1880-1884) se implementó una política de emigración asistida para poblar zonas rurales, por medio de la cual llegaron españoles, italianos franceses, y alemanes. Sin embargo, es de destacar que al margen de la inmigración asistida se encontraba la inmigración libre en la cual vascos, montañeses, asturianos, catalanes y gallegos llegaron a México y se establecieron en centros urbanos dedicándose a las actividades ligadas al comercio de importación y exportación y a los servicios.¹⁰⁶ Periodo además en el que la presencia de españoles en México fue de gran importancia cualitativa por su inserción en la vida nacional. Charles Hale refiere al respecto que “el espacio dedicado a las noticias y comentarios sobre España en los principales diarios de la capital sobrepasaba al de todas las demás áreas del mundo” y que el crecimiento de la colectividad se vio “acompañado de una prensa española floreciente y de unos lazos personales fuertes entre españoles y mexicanos importantes.”¹⁰⁷

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 283.

¹⁰² CERUTTI, Mario, *Empresarios españoles y sociedad capitalista en México (1840-1920)*, España, Fundación Archivo Indianos, 1995.

¹⁰³ LIDA, Clara E. (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 18, 22.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 17.

¹⁰⁵ PÉREZ TOLEDO, Sonia, “Los españoles...”, *op. cit.* p. 277.

¹⁰⁶ MORALES MORENO, Humberto, *Los españoles de México: 1880-1948. Asturianos, Montañeses y Vascos en la formación de redes microsociales en la época de la emigración ‘en masa’ y del exilio en México*, Asturias, Centro de Iniciativas Culturales (CICEES), 2010, pp. 20, 21.

¹⁰⁷ HALE, Charles A, *La transformación del liberalismo...*, *op. cit.*, p. 77.

Los estudios sobre la emigración española en México dentro de la etapa conocida como la “emigración masiva” trasatlántica y europea a partir de 1880, indican que en la realidad mexicana la llegada de españoles representó una inmigración “secundaria” pero cualificada, como lo afirma Clara Lida.¹⁰⁸ Asimismo, estos mismos estudios establecen que los españoles llegaron con una fuerte “tradición y habilidad para el sector servicios, destacando [en] los negocios comerciales y [por su] noble habilidad étnica-regional para insertarse en la vida económica, cultural y política del país.”¹⁰⁹ Esta inserción se facilitó en gran parte tanto por las redes familiares y de paisanaje, como por las alianzas matrimoniales, como hemos mencionado. Es decir, los migrantes “ya sabían a dónde llegar, quién los atendería, con qué recursos y su inserción en el mundo del trabajo como dependientes de un comercio a través de un tío o familiar cercano.”¹¹⁰

No hay que olvidar que estas prácticas sociales de fraternidad entre parientes y compatriotas provenían desde la época colonial y según Marichal, en el periodo que estamos contextualizando, los recién llegados se les enseñaba a trabajar como:

[...] cajero' ó 'tendero' durante años, atendiendo las transacciones del almacén que habitualmente operaba con base a una combinación de ventas al mayor y por menor. Allí entablaba relaciones con una amplia gama de comerciantes de la capital y de provincia e iba estableciendo su reputación como buen o mal negociante. Una vez concluido su entrenamiento, y en el caso de que hubiese mostrado las necesarias aptitudes, podía llegar a establecer su propio almacén, frecuentemente con el apoyo financiero de un tío o socio comercial.”¹¹¹

Estas características están asociadas al concepto de cadena migratoria de MacDonald o de red migratoria entendido como el mecanismo por el cual los emigrantes son asistidos con información, medios de transporte, lugares de residencia y empleo “por medio de relaciones sociales primarias con emigrantes anteriores o pioneros, que no suelen ser los más pobres de la comunidad, precisamente porque soportan más costes y riesgos.” Red que además operó desde el origen al incentivar la emigración ya sea mediante la percepción que generaban el “éxito de los retornados de manera temporal o definitiva, o la mejora de las familias que recibían remesas.”¹¹²

¹⁰⁸ LIDA, Clara E. (1988), “Los españoles en México. Del Porfiriato a la Post-Revolución”, en Sánchez Albornoz, Nicolás (ed.), *Espanoles hacia América: la emigración en masas, 1880-1930*, Alianza Editorial, Madrid, p. 329.

¹⁰⁹ MORALES MORENO, Humberto, *Los españoles de México...*, op. cit., p. 34.

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 32.

¹¹¹ MARICHAL, Carlos, “Empresarios españoles de ida y vuelta en el México porfiriano y en la España de la Restauración”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 17, [En línea], Puesto en línea el 25 février 2010. URL :<http://alhim.revues.org/index3178.html>. consultado el 17 septiembre 2012, p. 5.

¹¹² DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael “Teorías migratorias y enseñanzas de la emigración cántabra en México”,

Precisamente desde la historia económica y empresarial Mario Cerutti ha trabajado el capital y las propiedades de los españoles ubicados en el centro y el norte del país que impactaron en el proceso formativo de la sociedad capitalista mexicana y en la transformación de la economía nacional a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Apoyándose en las investigaciones de Clara Lida, refiere que en la época del porfiriato se contabilizaron alrededor de 30 mil españoles, el 0,2 por ciento de la población total, ubicándose principalmente en la Ciudad de México, Puebla y Veracruz.¹¹³ Como ya señalamos, estos emigrantes españoles que llegaron con poco recursos económicos, jóvenes y generalmente hombres solteros provenientes de Asturias, Vizcaya y Santander, ascendieron en la pirámide social gracias a las redes de parentesco y paisanaje, sin embargo, para Cerutti, el proceso de adquirir la experiencia empresarial y la formación de sus capitales les llevó décadas, por ello sus prácticas capitalistas prácticamente se consolidaron durante el porfiriato y fueron similares a los de sus colegas mexicanos y a las de los otros inmigrantes extranjeros como por ejemplo irlandeses, italianos, alemanes y estadounidenses. Además, la acumulación de capitales derivada tanto de la combinación de sus actividades comerciales con las finanzas, como de la “formación de empresas con grandes saberes acumulados desde los últimos tiempos del virreinato”¹¹⁴ permitiría que estos comerciantes se transformaran en grandes industriales, agricultores y banqueros.¹¹⁵

En este sentido, como explica Clara Lida, el cambio del Segundo Imperio al porfiriato cerró un ciclo de la economía tradicional en el que los españoles se caracterizaban por ser negociantes-agiotistas. En el nuevo contexto se abrió paso la generación de empresarios que supo adaptarse a las pautas marcadas por la economía capitalista urbana empresarial y financiera, consolidando empresas manufactureras, de transportes, la banca y en menor medida empresas agropecuarias y mineras tanto en el mercado interno como en el de exportación, logrando mantener un control importante del comercio a mediana y pequeña escala.¹¹⁶ Además de forjar alianzas comerciales entre sí y con las oligarquías locales, establecieron vínculos con los poderes regionales y fungieron como acreedores y prestamistas de los gobiernos en turno, lo que les redituó en grandes privilegios. Esta tendencia cambiaría sólo con la Revolución y con la emigración de españoles exiliados por la guerra civil en el siglo XX que prácticamente fue de profesionales académicos y técnicos.¹¹⁷

en DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael y Mario Cerutti (eds.), *De la colonia a la globalización. Empresarios cántabros en México*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006, pp.82, 94.

¹¹³ CERUTTI, Mario, *Empresarios españoles...*, op. cit., pp. 15, 16.

¹¹⁴ MORALES MORENO, Humberto, *Los españoles de México...*, op. cit., p. 34.

¹¹⁵ MARICHAL, Carlos, “Empresarios españoles de ida y vuelta...”, op. cit., p. 2.

¹¹⁶ LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano...*, op. cit., p. 29.

¹¹⁷ LIDA, Clara E. (comp.), *Una inmigración privilegiada...*, op. cit., pp. 15, 16.

Asimismo, Cerutti explica que los empresarios españoles consolidados durante el porfiriato y protegidos por la estabilidad y orden del régimen, invirtieron y contribuyeron al desarrollo de la industria minera y fabril, sobre todo en el norte-centro oriental del país, de tal suerte que:

La constitución del ágil eje empresarial La Laguna-Monterrey lo confirma. Los Rivero, Francisco Armendáiz y sus hijos, los Hernández-Mendirichaga y los Maíz sobresalieron también en la constitución de bancos. Ni su raíz española ni su alto grado de integración a una sociedad latinoamericana decimonónica lo impidieron, aunque esta conclusión suponga contradecir a quienes han confundido en la historiografía continental —larga y algo caprichosamente— apellidos anglosajones o franceses con modernidad capitalista.¹¹⁸

Fueron tan grandes los logros económicos del colectivo español en relación a su inserción e influencia en el capital nacional que Cerutti dista de considerar a este núcleo de empresarios españoles como extranjeros ya que fue escasa su relación con la estructura capitalista de España.¹¹⁹ Por su parte, Ludlow coincide en que sus capitales que nacieron, crecieron y se reinvertieron principalmente en México, permitieron fomentar el desarrollo económico del México porfiriano.¹²⁰ Asimismo, identificados por una posición conservadora en lo político-ideológico fueron claros aliados del régimen de Porfirio Díaz y por ello sufrieron las consecuencias de la Revolución mexicana, lo que seguramente derivó en un flujo de capitales al exterior, presumiblemente hacia España,¹²¹ y en una incautación de bienes por parte de los gobiernos revolucionarios.¹²²

Veamos a continuación un ejemplo claro de esta inmigración privilegiada a través de Telésforo García, quien, como hemos señalado atrás, fue un exilado español que llegó a México en la década de 1860 y alcanzó un alto prestigio entre la comunidad española y los intelectuales del porfiriato. Queremos destacarlo aquí por el papel tan importante que jugó durante la visita de Rafael Altamira a la ciudad de México como puente, en términos del análisis de redes, y porque es una figura poco estudiada en el ámbito de las colectividades de inmigrantes españoles en México. En el breve recorrido que haremos a su vida y obra intentaremos descubrir las claves que lo llevaron a convertirse en un líder de los emigrantes españoles en México y una figura central en el porfiriato, lo que le valió ser considerado por

¹¹⁸ CERUTTI, Mario, *Empresarios españoles...*, op. cit., p. 193.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 194.

¹²⁰ LUDLOW, Leonor, "Empresarios y banqueros: entre el Porfiriato y la Revolución" en LIDA, Clara E. (comp.), *Una inmigración privilegiada...*, op. cit., pp.142-169.

¹²¹ CERUTTI, Mario, *Empresarios españoles...*, op. cit., p. 195.

¹²² LIDA, Clara E. (comp.), *Una inmigración privilegiada...*, op. cit., p. 20.

Charles A. Hale como “la encarnación del lazo entre la España liberal y la política científica en el México porfiriano.” Para ello repasaremos su labor periodística; la actividad intelectual que tuvo junto con los positivistas mexicanos; su labor altruista; su desempeño dentro de la comunidad española en México; sus actividades como prominente empresario, y destacaremos su amistad y epistolario con el político español Emilio Castelar.

2.2 Telésforo García: pieza clave del lobby de Rafael Altamira en México

Por su solicitud denegada de naturalización fechada en julio de 1879, García dijo haber nacido en Puenteansa, Santander en 1844 (García, 2003: 15). Sus datos biográficos arrojan que trabajó a temprana edad de secretario en las minas de Ándara (Liébana) e ingresó en el Ejército como teniente del Real Cuerpo de Carabineros en 1860, donde fue trasladado a Cuba y a Puerto Rico.¹²³ Llegado a México en la década de 1860, en una época en la que España y México no tenían buenas relaciones diplomáticas por el apoyo inicial que España había otorgado a la intervención francesa en México, Telésforo García parece haber seguido algunas de las pautas que se han establecido para identificar el perfil típico de los españoles en México que ingresaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX, las cuales hemos mencionado en el apartado anterior, a saber: que emigró de la zona norte de España siendo joven y soltero; que se instaló en la capital mexicana, una de las ciudades del eje migratorio junto con Veracruz y Puebla; que se insertó en la actividades de tipo comercial, y que logró mejorar su condición económica, subiendo en la escala social, e incluso, logrando amasar una gran fortuna.¹²⁴

Sin embargo, el estudio de su vida y obra continúa incompleto. Telésforo García es un personaje cuyas ideas o acciones han sido recogidas sólo en breves menciones y en unas cuantas referencias gracias a que formó parte de la opinión pública de su época, a que entabló relaciones importantes en el mundo de los negocios y de la política, y debido a su liderazgo dentro la colectividad española asentada en México. Y aunque en 1896 la revista *La Ilustración Española y Americana* lo denominó como “el español más influyente de

¹²³ En su estancia caribeña pudo haber conocido al republicano Nicolás Estévez. VIEYRA SÁNCHEZ, Lilia, “Las redes de peninsulares en España y México como eje de la emigración de Adolfo Llanos de Alcaraz a la República Mexicana (1873-1879)”, *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea], n. 8, 2012, p. 5. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: septiembre de 2012].

¹²⁴ Sobre la emigración de españoles en México durante el siglo XIX se cuenta con una amplia bibliografía gracias a los trabajos que desde la historia política, social, cultural, económica y empresarial han publicado autores como Clara E. Lida, Erika Pani, Lilia Vieyra, Agustín Sánchez Andrés, Sonia Pérez Toledo, Pablo Mora, Carlos Marichal, Carmen Blázquez, Mario Cerutti, Rosa María Meyer, Leticia Gamboa, Pedro Pérez Herrero, Antonia Pi-Suñer, Leonor Ludlow, Mario Trujillo Bolio, Rafael Domínguez, Humberto Morales, Aurora Cano, Daniel Rivadulla, entre otros.

México”,¹²⁵ son pocas las monografías que han dado cuenta de su trayectoria, por lo que continúa siendo objeto de una casi total desatención por parte de los investigadores.¹²⁶

2.2.1 *El intelectual defensor del positivismo*

El contexto intelectual del porfiriato es una veta que puede arrojar más pistas importantes sobre la trayectoria de Telésforo García, como lo han demostrado Leopoldo Zea y Charles A. Hale, ya que, García era reconocido como una de las figuras “más interesantes” del positivismo mexicano junto con Sierra y Cosmes.¹²⁷ Asimismo, es un contexto que nos permite entender el acercamiento intelectual que tuvieron estos personajes con Altamira. De hecho, Altamira es probable que no conociera a García personalmente hasta su llegada a México, aunque sí estaba al tanto de su obra.¹²⁸ A Justo Sierra sí lo conocía personalmente, ya que ambos habían coincidido en Madrid en el año de 1900 en el Congreso Social y Económico Hispano-americano. Además, no desconocía la obra de algunas de las personalidades del entorno de Sierra pues comentaba sus trabajos en la revista *La España Moderna*, en la sección “Lecturas americanas” con el seudónimo de *Hispanus*.¹²⁹ Cabe señalar que si bien es cierto que a Altamira se le ha etiquetado como un historiador positivista también es de reconocer que, en esos primeros años del siglo XX está concibiendo la historia de la civilización como una historia íntegra y orgánica de los hechos de la humanidad a través del tiempo. Es decir, frente a la concepción de la historia de la civilización como una “historia interna” que comprende sólo a las instituciones sociales y políticas, la vida intelectual y las costumbres, Altamira está proponiendo incluir también a la “historia externa”, aquella de los hechos propiamente políticos.¹³⁰

Por las posturas políticas que dejó escritas en la prensa y en folletos, amén de los pocos epistolarios encontrados y publicados, se ha deducido que la llegada a México de

¹²⁵ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español en el México porfiriano. Cartas de Telésforo García a Emilio Castelar, 1888-1899*, Prólogo, selección y notas de Gabriel ROSENZWEIG, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, p. 22. DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (ed.), *Cántabros en México. Historia de un éxito colectivo*, Santander, Consejería de Economía y Hacienda, 2005, p. 138.

¹²⁶ Sólo conocemos los siguientes trabajos ya citados: Gabriel Rosenzweig, Rafael Domínguez y Ricardo Aguirre. Algunos datos biográficos de Telésforo García se pueden encontrar en GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ, Adriana (1999), “Semblanzas de españoles destacados”, en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano...*, op. cit., pp. 297-333. Y también en el sitio WEB: <http://www.escriitorescantabros.com/escritor/garcia-roiz-telesforo.html>

¹²⁷ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., p. 325.

¹²⁸ Altamira comentó varios trabajos de García en *La España Moderna*.

¹²⁹ Esto por lo menos en el periodo de 1901 a 1905. Agradezco a Pilar Altamira el haberme proporcionado este importante dato.

¹³⁰ Véase por ejemplo de Rafael Altamira su *Historia de España y de la civilización española* (1900-1911).

Telésforo García obedeció a razones políticas y por tanto arribó como exiliado republicano.¹³¹ De acuerdo con Gabriel Rosenzweig, es a través de su labor periodística que García da pistas sobre su formación intelectual. Aunque el propio García —que pudo haber sido discípulo del krausista español Julián Sanz del Río— confesó no ser comtiano y haber tenido influencias de Vives, Bacón, Kant, Krause y Spencer.¹³² Pero en México se movió, como dice Hale, del krausismo al positivismo.¹³³ Desplazamiento de ideas que lo llevarán a realizar una interesante crítica al Krausismo en la prensa mexicana como veremos enseguida.¹³⁴

Antes debemos mencionar que como periodista Telésforo García escribió iniciando la década de 1870 en el periódico *La Iberia*, fundado por su compatriota Anselmo de la Portilla. En 1873 fundó junto con otro español, Adolfo Llanos y Alcaraz, el diario *La Colonia Española*, el cual tuvo vida hasta 1879, al ser clausurado por enfrascarse con una polémica con el Diario Oficial por la Ley de Colonización de 1875.¹³⁵ De esta polémica surgió el folleto de García *Por la Raza, España y los españoles en México* (1877), en el cual hace una apología de la tarea civilizadora de España y defiende el trabajo de sus compatriotas.¹³⁶ Durante los tres meses que estuvo ligado al periódico *La Colonia Española* Telésforo García escribió alrededor de 30 artículos sobre temas económicos y políticos de España y México.¹³⁷ Después de que desaparecieron *La Iberia* en 1876 y *La Colonia Española* en 1879, García fundó otro diario de la misma línea al que llamó *El Centinela Español*, el cual además de ser un órgano

¹³¹ No hay un consenso aun entre los contados estudiosos de Telésforo García sobre este particular dado que unos dicen que llegó a México en 1865 y otros que al finalizar el “Sexenio democrático”. Incluso, en ese orden de ideas, también se ha dicho que fue protector de exiliados de este sexenio.

¹³² ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., p. 325.

¹³³ HALE, Charles A, *La transformación del liberalismo...*, op. cit., p. 289.

¹³⁴ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., pp. 313-356.

¹³⁵ VIEYRA SÁNCHEZ, Lilia, “Las redes de peninsulares...”, op. cit., pp. 10-14. Señala también esta autora que Adolfo Llanos y Alcaráz arribó a la capital mexicana en 1873 con dos cartas de recomendación, una era para Anselmo de la Portilla y otra para Telésforo García quienes no sólo lo presentaron con los miembros de la colectividad agrupados en el Casino Español, sino que también lo dirigieron hacia las instituciones literarias como el Liceo Hidalgo donde García era tesorero. *Ibíd.*, pp. 4-6. Recordemos que Llanos fundó con García el periódico *La Colonia Española* y fue también un gran impulsor de colectas para causas sociales a través de su labor periodística. Asimismo, parece ser que Telésforo apoyó a Ramón del Valle-Inclán, quien había llegado a México con una carta de recomendación de Castelar para trabajar en algún periódico. A este respecto señala José García-Velasco que: “Telésforo García se había convertido en un comerciante prospero gracias a una extraordinaria habilidad para los negocios, pero era un intelectual y así gustó de verse siempre así mismo. Estaba por tanto propicio a ayudar a otro escritor que llegaba a México en una situación parecida a la suya inicial.” GARCÍA VELASCO, José, “Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México”, en *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios: Actas del Seminario Internacional*, edición a cargo de Margarita SANTOS ZAS [et al.], Santiago de Compostela, noviembre-diciembre 1998, Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 2000, p. 42. Gracias a García, Valle-Inclán pudo entrar como redactor en *El Correo Español* y en *El Universal* en 1892, y tanto Telésforo como otro español destacado en la colectividad, Iñigo Noriega, fueron novelados y caricaturizados por Valle-Inclán en su *Tirano Banderas*. *Ibíd.*, p. 41.

¹³⁶ Para Antolín Sánchez Cuervo esta apología terminó “deformando a favor de una reivindicación de la hispanidad en términos de dominio autoritario.” SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, “México y la tradición del krausismo. Del liberalismo de la reforma al exilio institucionista”, en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro y José Manuel VÁZQUEZ-ROMERO (eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2005, p. 226.

¹³⁷ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español...*, op. cit., p. 16.

informativo para la comunidad española, fue de gran utilidad para los hombres de negocios dado que se publicaban noticias sobre cosechas, producciones y ventas.¹³⁸

A la par de su labor periodística como articulista y como empresario en estos diarios de emigrantes españoles, García también escribió en *El Precursor* entre 1874 y 1876, al lado de Ignacio Manuel Altamirano y de Justo Sierra.¹³⁹ En 1878 fundó junto con Sierra y otros intelectuales el también mencionado periódico *La libertad*, que fue el órgano de los partidarios de la política científica ligados al porfiriato, quienes además eran admiradores de las experiencias republicanas contemporáneas de Francia y España bajo el mando de Adolphe Thiers, Jules Simon y Emilo Castelar “cuyas políticas se tenían por ‘científicamente’ formuladas.”¹⁴⁰ De hecho, Castelar, según Hale, causaba admiración también por ser “un paladín del republicanismo en la nación que los mexicanos asociaban con el despotismo monárquico.” Además, “devino una especie de semidios en México de fines del siglo XIX, igual que lo fue en toda la América hispana.”¹⁴¹

Telésforo García y otros intelectuales positivistas a través de los periódicos *El Centinela Español* y *La Libertad* sostuvieron polémicas con otros diarios como *La Voz de México*, *El Centinela Católico*, *El Monitor Republicano* y *La República*. Una de estas polémicas, se produjo porque en la Escuela Nacional Preparatoria, bastión del positivismo mexicano como se ha dicho, desde la salida de Gabino Barreda se venían produciendo cambios. En 1878 se nombró a un nuevo director, el naturalista Alfonso Herrera, conocido por mostrar distancias frente al positivismo dogmático. En el año de 1880 se sustituyó por dos años un texto oficial positivista, la *Lógica* de Alexander Bain, por otra *Lógica* del krausista belga Guillaume Tiberghien —traducida por José María del Castillo—, con la intención, en el fondo, de enseñar la metafísica en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria para combatir y debilitar la doctrina positivista.¹⁴²

Para entender la importancia de esta polémica es necesario contextualizarla en el terreno de las ideas. Hale sostiene que el liberalismo mexicano se había transformado con los positivistas alejándose de los ideales clásicos del liberalismo político recogidos en la constitución mexicana de 1857. Los intelectuales positivistas eran “nuevos liberales” —en la terminología de Hale—, liberal-conservadores, que defendían la importancia de la sociedad

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 17.

¹³⁹ La amistad de Sierra y García data de los años en que ambos colaboraban en *El Precursor* y *La Época*, y se fortaleció cuando apoyaban a José María Iglesias tras las elecciones de 1876. Dicha amistad durará hasta la muerte de Sierra, acaecida el 13 de septiembre de 1912 en Madrid, en la casa de García ubicada en las calles de Tutor y Rey Francisco. *Ibíd.*

¹⁴⁰ HALE, Charles A, *La transformación del liberalismo...*, op. cit., pp. 42, 54.

¹⁴¹ *Ibíd.*, pp. 77, 79.

¹⁴² DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 160.

como un conjunto orgánico y no como la suma de individuos aislados luchando por sus derechos; asimismo, proponían el desarrollo de una política científica basada en la resolución de los problemas políticos de una manera más práctica y empírica.¹⁴³ Por ello, como también sostiene Leopoldo Zea, estos positivistas no sólo combatían los ideales absolutos del conservadurismo, sino también los del liberalismo. Por ejemplo, la idea de libertad la tachaban de metafísica y por ello buscaban limitar la libertad de acuerdo a los intereses de la sociedad para hacerla posible. En este sentido, consideraban que el hombre era limitado, que sus derechos sólo valían en sociedad, que estaban limitados por la misma sociedad, y sólo se podían alcanzar cuando la sociedad llegara su máximo desarrollo orgánico.¹⁴⁴

En este contexto las ideas krausistas empezaron a circular entre los liberales herederos de la constitución de 1857 formulando que los derechos del hombre eran perfectos, presentes y permanentes, es decir, que no debían ser algo por alcanzarse negando por tanto el progreso, Telésforo García a través de artículos que publicó durante 1880 en *El Centinela Español* y que luego compiló en *Polémica filosófica* (1881) protagonizaría uno de estos debates en los que participarían también Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra y Porfirio Parra.¹⁴⁵ El desencuentro de García con el krausismo metafísico de Tiberghien se debía a que afirmaba “absolutos presociales” cuando, a su parecer, dentro de la creencia del progreso no los podía haber. Para García el krausismo —a diferencia de España, donde se desarrolló como movimiento de renovación espiritual y educativa— era una filosofía panteísta o un sistema religioso no adecuado para los jóvenes mexicanos, porque iba en contra de las instituciones liberales mexicanas que habían separado la Iglesia y el Estado. Además sostenía que era antipedagógica ya que su método “se [empeñaba] en dirigir los más nobles esfuerzos humanos hacia la investigación de lo que no [era] investigable.”¹⁴⁶ En otros temas tocados por esta polémica, García sostuvo que los sajones habían progresado porque eran hombres prácticos por naturaleza y por lo mismo eran positivistas, mientras que los latinos se apoyaban en principios metafísicos, creían en absolutos y estaban cada vez más en decadencia. Por ello,

¹⁴³ HALE, Charles A, *La transformación del liberalismo...*, op. cit., pp. 51-111.

¹⁴⁴ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., p. 328.

¹⁴⁵ A diferencia de México, en Argentina, Chile y Uruguay el krausismo pudo convivir de alguna manera con el positivismo. Para el krausismo en México y de manera colateral en algunos otros países latinoamericanos y España véase a SÁNCHEZ, Antolín C., *El krausismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003. Del mismo autor: *Las polémicas en torno al krausismo en México (Siglo XIX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. “La proyección del krausista Tiberghien en España e Iberoamérica: textos y pretextos”, en JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio, Rafael ORDEN Y Xavier AGENJO (eds.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español. Actas de las V Jornadas de hispanismo filosófico*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Asociación de Hispanismo Filosófico, 2005, pp. 233-244. “La revisión del krausismo en México”, *Pensares y quehaceres. Revista de políticas de la filosofía*, No. 1, mayo-octubre 2005, pp. 101-112. “México y la tradición del krausismo. Del liberalismo de la reforma al exilio institucionista”, en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro y José Manuel VÁZQUEZ-ROMERO (eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2005.

¹⁴⁶ ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México...*, op. cit., p. 330.

defendía la educación positivista porque tendía a alejar de los mexicanos toda clase de utopías y metafísicas para hacerlos prácticos. Su crítica al krausismo en este sentido la expresó con estas palabras:

Los latinos somos de un espíritu ‘eminente soñador, eminentemente místico’, pero en ‘vez de disciplinar el entendimiento con métodos científicos muy severos, en vez de guiar la actividad hacia fines positivos, bien marcados, se busca la contemplación, se solicita la fantasía, se halagan los ensueños, se enerva el trabajo que ha de poner sobre las sienes del hombre la corona del rey de la naturaleza.’¹⁴⁷

García no se imaginaba que al finalizar el siglo XIX, con la decadencia del modelo modernizador identificado con el sajonismo positivista vendría el *Ariel*, y con él, tanto en México como en toda América Latina, la defensa de los valores espirituales y estéticos. Y tampoco se imaginaba que en 1909 recibiría a un institucionista sensible a los nuevos discursos científicos que había sido formado por Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcarate discípulos destacados que quien introdujera el krausismo en España, Julián Sainz del Río.

Otro de los aspectos que vale la pena mencionar de García como intelectual es que fue vicepresidente y presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, apoyó la fundación de la Academia Mexicana de la Lengua y algunas de sus obras que más ha destacado la historiografía son *Por la raza* (1902); *Impresiones: esbozo de una programa patriótico-democrático* (1906), donde hizo un análisis de la situación española y que se publicó en el periódico *El Cantábrico* en varias entregas;¹⁴⁸ *Sobre el problema agrario en México. Notas recogidas en el campo de observación y la experiencia* (1913), y *Consideraciones sobre la actual guerra europea* (1917).

Con estas coordenadas de la labor intelectual de Telésforo García vamos ubicando que su campo de acción abarcaba tanto a las elites intelectuales y políticas mexicanas como a la opinión pública de la colectividad española. Por ello, la figura de Telésforo García fue clave para la agenda de Rafael Altamira porque formaba parte de la red política y cultural más destacada del país. Gracias a que Altamira pudo moverse dentro de esta red —que, como hemos señalado, sus integrantes eran admiradores de las experiencias republicanas contemporáneas de Francia y España— realizó sus actividades académicas en importantes instituciones educativas y culturales mexicanas.

Llegados a este punto, es conveniente comentar que la relación que tenía Telésforo García con Emilio Castelar, ya estudiada por Gabriel Rosenzweig a través del intercambio

¹⁴⁷ *Ibid.*, pp. 334, 335.

¹⁴⁸ AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo, “Telésforo García...”, *op. cit.*, p. 205.

epistolar que mantuvieron durante 1888 y 1899, es fundamental para entender otros aspectos de la labor intelectual del montañés.¹⁴⁹

2.2.2 Telésforo García y Emilio Castelar

Hay quienes dicen que Castelar y Telésforo García fueron amigos de la infancia, pero dada la escasez de datos biográficos de García es difícil establecer en dónde y en qué momento se entabló esta relación amistosa. Lo que sí sostiene Rosenzweig es que la amistad entre Emilio Castelar y Telésforo García surgió en España en 1887 y, además, García fue mecenas de Castelar.¹⁵⁰ Rosenzweig señala también que la amistad que fincaron Castelar y García se desdobló en elogios mutuos —Castelar, por ejemplo, le dedicaría a García su *Historia del descubrimiento de América* (1892)—, así como en un caudal de opiniones valiosas de la situación política de España y de México. En sus cartas se asoma no sólo a un Telésforo comentador —en el buen sentido de la palabra— de la política mexicana y española dado que era un hombre poderoso cuya esfera de influencia no se limitaba al ámbito mexicano, sino que sobresalen los consejos que se permitía extenderle a Castelar y hasta a los líderes del Partido Liberal, Práxedes Mateo Sagasta y José Canalejas, sobre la praxis política que llevaban a cabo en la España de la Restauración.¹⁵¹

La primera República española y en especial Emilio Castelar como se ha mencionado, habían despertado admiraciones entre los mexicanos hispanófilos y sobre todo entre los intelectuales positivistas. Castelar publicaba sus artículos, discursos y cartas en el periódico *El Monitor Republicano* desde 1867 y en *La Libertad* a partir de 1878. Cuando dejó la presidencia de la I República en 1874, según Hale, “su importancia en México como líder político era inmensa.”¹⁵² García conocía la obra de Castelar, razón por lo cual le admiraba, pero además, como sostiene Charles Hale, el ideario castelariano inspiraba a los redactores de *La Libertad*, de tal forma que aseguraban: “Castelar ha captado con exactitud ‘la nueva faz de la evolución democrática’ y estamos completamente de acuerdo con su programa, dijeron.”¹⁵³ Aunque Castelar no fue positivista para estos intelectuales mexicanos su ideario era compatible con la política científica, de tal suerte que sostenían: “Como él, nosotros atendemos a la formación de ‘un gran partido conservador’, más dado a la ‘libertad práctica’

¹⁴⁹ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español...*, op. cit.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 30.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 32.

¹⁵² HALE, Charles A, *La transformación del liberalismo...*, op. cit., p. 81.

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 77, 81.

que a la ‘libertad declamada’, y ‘convencidos profundamente de que el progreso positivo estriba en el desarrollo normal de una sociedad, es decir, en el orden.’”¹⁵⁴

Asimismo, según Rosenzweig, García hizo sentir la presencia de Castelar en los círculos políticos e intelectuales mexicanos. Ya sea que compartiera las ideas de Castelar con su amigo Justo Sierra y con otros intelectuales y políticos, o que interviniera y participara de cualquier forma para divulgar los escritos del ex presidente de la primera República española.¹⁵⁵

Si en México García era partidario de la política científica cuyo corolario sería el liberalismo conservador, según Hale, y pese a que podía ser encasillado desde la perspectiva de la colectividad española dentro del republicanismo conservador, no obstante tenía enraizada la idea que la politización del colectivo español llevaba a la ruptura. Por ello consideraba que en cualquier lugar fuera de su amada España lo mejor era ser “español que político”. Tenía tan asumida esta postura y a pesar de que sus preferencias políticas se inclinaban por el partido republicano de su amigo Castelar como lo deja ver su correspondencia, no dudó en escribirle a José Canalejas cuando éste era Presidente del gobierno español —distinguiéndose por ser artífice de un proyecto liberal, reformista y democrático, cuyo gobierno fue proclive a los sectores krausoinstitucionistas y regeneracionistas— la siguiente proclama: “En nuestro seno, desde hace muchos años no hemos consentido que nazca y se desarrolle la planta política. Dentro de la Patria cada uno sigue el partido más acomodado á sus inclinaciones; pero fuera de la Patria, no somos, ni queremos ser, más que españoles.”¹⁵⁶

Por la misma razón cuando en Argentina Rafael Calzada había propuesto una Federación Republicana Española de América, Telésforo García, según Gustavo Prado, no “había dudado en boicotear la organización continental de los republicanos y el concomitante proyecto de republicanizar las organizaciones de la colectividad.”¹⁵⁷ Paradójicamente sobresale el hecho que García asumiendo su postura política frente a su colectividad, solicitó a la Junta directiva del Casino que hiciera una moción de censura ante las palabras de Carlos María de Borbón tras su visita a México, tal como el mismo lo había hecho a título personal. El pretendiente al trono de España, había escrito una carta a Ignacio Manuel Altamirano, publicada en la prensa en 1876, en la que decía que durante su estancia la colectividad española le había demostrado un gran cariño. García respondió con una nota publicada en *El Monitor Republicano* en la que aclaraba que la comunidad española no eran los seis miembros

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 81.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 34.

¹⁵⁶ IESJJA/LA documento s.c., Copia de la carta de Telésforo García a José Canalejas, México, 4 de agosto de 1910, pp. 1, 2.

¹⁵⁷ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 475.

que le había ofrecido un baile a Carlos VII, ni llegaban a cien los que le había manifestado muestras de aprecio y que dichos individuos, por tanto, no representaban los sentimientos de la inmensa mayoría de los españoles residentes en México.¹⁵⁸

García también participó decididamente como vocal y como vicepresidente en la Junta Patriótica que se creó en 1895 en el Casino Español a propósito del conflicto en Cuba. Entre sus actividades los miembros de la junta buscaron recaudar fondos para la compra de un barco para la armada española y equipo de campaña; también fomentaron que los demás centros españoles de América organizaran juntas patrióticas, recaudaran un impuesto voluntario para comprar buques e imprimieran un timbre que se usara en la correspondencia y recibos, y además organizaran una comisión de delegados en Madrid presidida por Emilio Castelar. Tras los incidentes del buque Maine, García contrató a nombre de la Junta algunos barcos para mandar alimentos para los soldados españoles y civiles en Cuba, y a pesar de que el bloqueo sobre la isla por parte de los Estados Unidos impidió que llegaran los víveres, al menos una embarcación consiguió llegar a su destino: el vapor Noruego Franquit.¹⁵⁹ Además, García se valió del periódico *El Correo Español* —fundado en 1890— para hacer propaganda con el fin de conseguir apoyos para España entre 1896 y 1898.¹⁶⁰ Asimismo, a través de la Junta, García organizó a la colectividad española para conseguir ayuda monetaria para paliar algunos desastres que ocurrieron en España, dejando constancia de esto en una carta que García le dirigió a José Canalejas en 1910: “Para la campaña de Cuba mandamos más de millón y medio de pesos. Para las inundaciones de Consuegra más de cien mil pesos. Para las de Andalucía y Cataluña trescientas mil pesetas. Para los heridos de Melilla una cantidad igual.”¹⁶¹ Por toda su labor patriótica le otorgaron las condecoraciones militares que rara vez se destinaban a civiles: las Grandes Cruces del Mérito Naval y del Mérito Militar. Además le nombraron grande de Castilla y marqués, pero por sus ideas republicanas declinó a estos honores.¹⁶²

Más allá de sus posturas políticas y sociales y de su labor como periodista Telésforo García era considerado una persona de mucho peso dentro de la colectividad española. Se había distinguido por trabajar en mantener la unidad de la misma, lo que lo llevó a ganarse cierta autoridad moral por ser mediador entre pugnas internas dentro del Casino Español.¹⁶³

¹⁵⁸ Jesús Raúl NAVARRO recoge estas protestas en RIVADULLA, Daniel, et. al., *El exilio español en América en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, pp. 247, 358, 359.

¹⁵⁹ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español...*, op. cit., p. 26.

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 207.

¹⁶¹ IESJA/LA documento s.c., Copia de la carta de Telésforo García a José Canalejas, México, 4 de agosto de 1910, pp. 1, 2.

¹⁶² DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (ed.), *Cántabros en México...*, op. cit., p. 139.

¹⁶³ *Ibíd.*

También gracias a su labor altruista y por ser un importante hombre de negocios, como veremos a continuación.

2.2.3 Telésforo García empresario y puente de la colectividad española en México

Recién llegó a México con 21 años, Telésforo García trabajó como dependiente de una tienda de abarrotes, al poco tiempo se hizo socio del Casino Español, después logró fundar el periódico *La Colonia Española* y a la par se desempeñó como proveedor de granos del Gobierno. Esto último sucedió cuando tras haber apoyado a José María Iglesias en las elecciones de 1876, suministró de granos a las tropas de Iglesias cuando éste se había levantado en armas para defender su derecho a ocupar la presidencia tras denunciar un fraude electoral. Esta situación seguramente le traería consecuencias políticas a García ya que, según Rosenzweig, con Porfirio Díaz quien fuera el que finalmente ocuparía la silla presidencial en 1877 y luego nuevamente en 1884, vio truncados algunos de sus negocios.¹⁶⁴

No obstante, será gracias al apoyo del presidente Manuel González en el período 1880-1884 y del Ministro de Fomento, Carlos Pacheco, que Telésforo García logrará realizar algunos negocios importantes. Con ambos políticos tenía una estrecha amistad y con Pacheco además los unía una relación de compadrazgo. Rosenzweig destaca referencias sobre propiedades de tierras baldías de García en Mazatlán Sinaloa, Sonora y Baja California; tierras agrícolas y ganaderas en Temósachci, Chihuahua; las minas Comanja en Jalisco, Asunción y el Roble (sin precisar lugar); la hacienda de Beneficio Santoislal; un proyecto de contrato para explotar el tren interoceánico en Tehuantepec y un contrato para suministrar de vestuario, armas y equipo telegráfico al ejército mexicano.¹⁶⁵ El gobierno del presidente González estuvo empañado por escándalos de corrupción y, según, Clementina Díaz, la prensa independiente y la voz popular llegaron a acusar también a Telésforo García de “haberse enriquecido con la emisión del níquel y de haber pretendido beneficiarse con el negocio de la deuda inglesa, valido de su periódico *La Libertad*”.¹⁶⁶ Estas acusaciones afectarán el entorno familiar del cántabro y se verá obligado a regresar a España por un tiempo. El montañés se había casado en 1877 con Luz Castañeda y Nájera, hija de un presidente de la Suprema Corte y hermana del licenciado y coronel Vidal Castañeda y Nájera, personaje influyente que durante la presidencia de Benito Juárez se había desempeñado como Regidor del Ayuntamiento en la Ciudad de México, que además había sido congresista y que

¹⁶⁴ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español...*, op. cit., p. 20.

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 19, 20.

¹⁶⁶ DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria...*, op. cit., p. 140.

también sería nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria en 1885, bajo las protestas estudiantiles por su parentesco con García.¹⁶⁷

Ahora bien, para introducirnos en la posición de García dentro de la colectividad española en México, es importante señalar que presidió de 1892 a 1894 la Cámara Española de Comercio creada en 1890 a instancias del Ministro de España para fomentar la importación de productos españoles. Dicha cámara fue un centro de reunión de los españoles y un símbolo de prosperidad. Ahí se reunieron figuras de los negocios como José María Bermejillo, Juan Llamado, Delfín Sánchez y José Toriello Guerra, además destacaron, según Ludlow, comerciantes santanderinos como Casimiro Collado, Francisco M. Prida, Ricardo Sáinz, y Félix Cuevas.¹⁶⁸ En el marco de esta fundación, Telésforo García aprovechó para presentar en 1892 un informe sobre “La crisis económica en España” al Presidente de la Cámara de México.¹⁶⁹

En su labor altruista y destacado papel dentro de la colectividad española, Telésforo García dirigió en 1869 la Sociedad Española de Beneficencia fundada en 1842, la cual fue creada como hemos apuntado, para apoyar a los españoles residentes en México, ayudar a su integración en la sociedad mexicana, fomentar la unión y sobre todo ayudar a los más desfavorecidos. Esta institución que creó el panteón español, el hospital español, un asilo y un colegio de huérfanos, denotaba, como menciona Ludlow, que la colectividad española estaba creciendo y se estaba haciendo fuerte y próspera.¹⁷⁰ Además, García fue promotor de la Junta Española de Covadonga que estaba destinada a apoyar económicamente a la Beneficencia y como otros montañeses destacados como José Sánchez Ramos presidente del Casino en el tiempo que estuvo Altamira en la capital mexicana, que invirtieron mucho dinero en obras para su pueblo natal o a su comarca, García subvencionó una escuela en Bustriaguado y también donó un taller de imprenta a la Casa de Caridad de Santander.¹⁷¹ Por su labor altruista le concedieron la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, el título de Hijo Ilustre y Adoptivo de Santander y la Placa de Honor y Mérito de la Cruz Roja.¹⁷²

También en el año 1869 Telésforo García se hizo socio del Casino Español como hemos apuntado, y fue su secretario en 1877 y 1878, vocal en 1891, vicepresidente en 1892 y dos veces presidente de la Junta directiva (1893-1894 y 1906 sin abandonar sus actividades en la Sociedad de Beneficencia). Entre sus actuaciones destacadas dentro de este espacio de sociabilidad figura su participación en la adquisición de un local propio, en la redacción de los

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 160.

¹⁶⁸ LUDLOW, Leonor, “Empresarios y banqueros...”, *op. cit.*, p. 144.

¹⁶⁹ AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo, “Telésforo García...”, *op. cit.*, p. 205.

¹⁷⁰ LUDLOW, Leonor, “Empresarios y banqueros...”, *op. cit.*, p. 148.

¹⁷¹ DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (ed.), *Cántabros en México...*, *op. cit.*, p. 149.

¹⁷² *Ibíd.*, pp. 133, 139.

reglamentos internos, la organización de tertulias literarias y musicales, organización de cursos de capacitación para españoles que trabajaban como dependientes, la organización de colectas para apoyar a las víctimas de desastres naturales y como mediador en conflictos internos.¹⁷³ Además, como sostiene Domínguez, Telésforo fue el responsable de convertir el Casino en sociedad anónima con lo que se triplicó el número de socios.¹⁷⁴

Teniendo esta visión general de la posición que tenía Telésforo García dentro de la colectividad española, podremos entender cómo es que García utilizó su posición de puente, su experiencia y su conocimiento tanto de la sociedad mexicana como de la española, de los gobiernos de ambos países y sobre todo de su colectividad para acercar a Rafael Altamira con las personalidades con las que podía trabar acuerdos para llevar a buen puerto la misión hispanoamericanista y regeneracionista de la Universidad asturiana como veremos a continuación.

2.3 La situación de la colectividad española a la llegada de Rafael Altamira

La comunidad española en México, como hemos visto anteriormente, con alrededor de veinte mil integrantes en 1910,¹⁷⁵ estaba compuesta sobre todo por comerciantes e industriales y algunos exilados de la I República. En el plano ideológico predominaban los sectores conservadores y monárquicos sobre los liberales y republicanos. De ahí que vivían segregados por sus posiciones ideológicas. Con la sociedad mexicana tenían una posición privilegiada y en ocasiones vivían en situaciones de tensión cuando resurgían los sentimientos de hispanofobia.¹⁷⁶ En estos episodios de tensión continuamente se veían enfrascados en conflictos agrarios y laborales y además de ser etiquetados en el imaginario como personas

¹⁷³ GARCÍA, Telésforo, *Un liberal español...*, op. cit., p. 23.

¹⁷⁴ DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (ed.), *Cántabros en México...*, op. cit., p. 135.

¹⁷⁵ IESJJA/LA documento s.c., Copia de la carta de Telésforo García a José Canalejas, México, 4 de agosto de 1910. p 2. Documento citado también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 878 (nota al pie No. 239).

¹⁷⁶ La hispanofobia, conformada a través de las imágenes de la conquista como genocidio y de la colonia como explotación durante tres siglos, comenzó a expresarse a raíz de la guerra de independencia, en el marco de expulsión o aniquilación de los peninsulares. Posteriormente, durante la vida independiente, se convirtió en un elemento identitario que permitió respaldar una política de expulsión de los españoles de territorio mexicano en medio de las disputas de los liberales y conservadores de ese entonces. Y además, al negar la herencia española, se utilizó como elemento de reafirmación de aquella identidad que pretendía rescatar el pasado prehispánico. Véase a LANDAVAZO, Marco Antonio, "Imaginarios encontrados. El antiespañolismo en México en los siglos XIX y XX", en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, No. 042, julio-diciembre, 2005, pp. 33-48. También véase a FALCÓN, Romana, *Las desgarraduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996, cap. IV; PÉREZ VEJO, Tomás, "La conspiración gachupina en el hijo del ahuirote", en *Historia mexicana*, Vol. 54, No. 4, 2005, pp. 1105-1153, y GRANADOS, Aimer, *Los debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2005.

deleznables, padecían agresiones físicas y verbales. Éstas últimas por ejemplo, eran recurrentes todos los años durante las conmemoraciones de la Independencia.¹⁷⁷

Ante la disgregación que existía entre la colectividad española, la figura de Altamira fue de cierta forma requerida para fomentar la unión y mediar sobre algunos conflictos internos. Mucho esperaban sus compatriotas en México del que ellos mismos llamaron “Heraldo de la Civilización y adelantos Españoles.”¹⁷⁸ El asturiano Custodio Llanos,¹⁷⁹ por ejemplo, quien sostenía que el problema de la comunidad española arrastraba un “vicio social” —el caciquismo y las tensiones de la política local peninsular—, recurrió a Rafael Altamira inmediatamente después de que éste regresara de Nueva York, para solicitarle que —aunque fuese una empresa ardua— estudiara los motivos de la desunión entre españoles y que al mismo tiempo asumiera el rol del “cirujano” que cerraría la herida, y del mesías que les enseñaría el camino del bien general, ofreciéndole en garantía el apoyo de todo el sector “sano” de la colectividad española.¹⁸⁰

En este mismo tenor, Alfredo Romano, originario de la Villa de Llanes, al pronunciarse sobre la apatía que había entre los miembros de la comunidad española y de la desunión que existía por el fraccionamiento de energías, resultante del establecimiento de los Centros regionales (Centro Asturiano, Centro Gallego, Centro Vasco y Centro Castellano), intentó llamar la atención de Altamira para que influyera en la promoción de la unión en su calidad de sabio, aún cuando regresara a Oviedo.¹⁸¹

Otro personaje que puso al tanto a Altamira sobre la problemática de los Centros regionales fue Rafael Rubio. Este colono, quien confesaba que había tratado infructuosamente de llamar la atención de los dirigentes de la colonia y del embajador Cologan a través de una carta abierta que le publicó el periódico *El Imparcial* dos años atrás, invitaba también a Altamira a que pensara en las diferencias entre los Centros y el Casino Español y en la ausencia de confraternidad que existía entre ellos. A la sazón de argumentar que esta situación

¹⁷⁷ Algunas muestras de adhesión, en cambio, se pueden advertir en los documentos que se encuentran en el expediente del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, documentos con fechas del 14 al 17 de octubre de 1910.

¹⁷⁸ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete de Jacinto Anduiza y firma autógrafa de varios miembros de la comunidad española a José Porrúa, México, 21 de enero de 1910.

¹⁷⁹ Llanos era noveno vocal de la mesa directiva de la Sociedad Española de Beneficencia y copropietario de la compañía El Abastecedor Eléctrico de México. “Nueva directiva”, *La Iberia*, México, martes 21 de diciembre de 1909, p. 1. Y como se ve en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada, con membrete de esta empresa y firma autógrafa de Custodio Llanos a Rafael Altamira, México, 14 de enero de 1910, 2 pp. Y en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 476, 477 (notas al pie Nos. 674 y 675).

¹⁸⁰ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Custodio Llanos a Rafael Altamira, México 12 de enero de 1910, p. 1-3. Y en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 476, (nota al pie No. 674).

¹⁸¹ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Alfredo Romano a Rafael Altamira, México, 29 de enero de 1910, 2 pp. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 476, 477 (nota al pie No. 676).

era un reflejo del carácter español, por muy distantes que se encontraran de España, le explicaba al profesor ovetense que los Centros se habían formado independientemente del Casino porque los socios de aquellos no podían pagar la cuota de entrada y la mensual de este, lo que al mismo tiempo reflejaba su carácter elitista. Por esta razón se atrevía a proponerle a Altamira que sugiriera la unión de todos ellos y que aconsejara al Casino que bajara sus cuotas. Asimismo, le expresaba su deseo de que la colectividad tuviera una escuela propia — como ya lo habían hecho la colonia francesa y la italiana— porque, ante tal ausencia, se corría el riesgo de que los hijos de los españoles perdieran el conocimiento de la historia de España, porque con temor decía: “se aminorara ante sus ojos la grandiosidad de nuestra Patria, y lo que es más doloroso, que los estudios tengan que hacerse en libros mexicanos, en donde con letra de molde, tengan que decir y aprender conceptos que denigran á nuestra amada Patria.”.¹⁸²

Una muestra más del problema de la desarticulación de la comunidad española en México proviene de la posición crítica que dejó ver el librero y director del periódico *El Correo Español*,¹⁸³ José Porrúa, cuando, ofendido porque pese a su disposición por apoyar la misión de la Universidad de Oviedo no fue atendido por Altamira, le escribió para invitarlo a conversar en otra oportunidad, cuando regresara a México, de “lo que seguramente le había de parecer anómalo”. Porrúa, quien se había quejado primero con el rector de la Universidad asturiana por esta desatención,¹⁸⁴ fue más claro que sus otros compatriotas al hablar sobre los grupos y diferencias dentro de la comunidad española.

En la carta que le dirigió a Altamira, Porrúa fijó una postura contraria al grupo con el que se rodeó el alicantino, advirtiéndole que se encontraba sumergido en un ambiente falso, y que por lo mismo no se había dado cuenta de lo que pasaba en el seno de la Colonia y en el tipo de relaciones que se tenían con la sociedad mexicana. Esta quimera, le decía, “ha

¹⁸² IESJJA/LA documento s.c., Carta manuscrita de Rafael Rubio a Rafael Altamira, México, 25 de enero de 1910, 3 pp.

¹⁸³ A este diario se dirigieron un grupo de Españoles residentes en México para solicitarle que publicara las conferencias de Altamira, con lo que demuestra que un sector de la colectividad española otorgó una gran importancia a la visita del profesor ovetense: “...que para conocimiento de todos los Españoles residentes en esta Ciudad y los Estados de la República que, ya por sus ocupaciones, ya por el lugar en donde vivan no pueden concurrir á las Conferencias que el sabio Doctor Don Rafael Altamira, como Herald de la Civilización y adelantos Españoles, está dando con brillantísimo éxito en esta Capital, que en el Periódico que Ud. tan dignamente dirige, se publiquen las referidas Conferencias del Dr. Altamira, ó si lo estima conveniente, se mande hacer una edición especial de ellas para que los Españoles residentes en esta República conservemos un recuerdo de la visita á México del ilustre Dr. Altamira...”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete de Jacinto Anduiza y firma autógrafa de varios miembros de la comunidad española a José Porrúa, México, 21 de enero de 1910.

¹⁸⁴ Según Prado, a Fermín Canella le escribió Porrúa para quejarse de la desconsideración de Altamira de no visitarlo, de no invitarlo a las conferencias del Casino Español y de tomar partido por la facción que dominaba las instituciones comunitarias españolas. PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 477.

perjudicado, ó cuando menos no ha servido también como pudiera haberlo hecho, á la misma causa que aquí lo ha traído y á los verdaderos intereses de la Colonia y de la Patria.”¹⁸⁵

Asimismo, Porrúa le explicaba a Altamira que los acontecimientos, mas no la voluntad, lo habían llevado a erigirse como representante de “una aspiración de la Colonia á organizarse y rectificar su conducta para desvanecer el mal concepto”¹⁸⁶ en que la tenía la opinión mexicana y, sobre todo, para servir de mejor manera a los intereses de la Colonia y de la Patria. Ante esta situación, le confesaba que este papel de representante le había traído la enemistad de los antiguos dirigentes, quienes, a su entender, eran los que habían explotado a la Colonia y los que lo habían acogido a su llegada a México.

Por último, Porrúa aprovechó sus última líneas para expresarle a Altamira que la preterición que había hecho sobre su periódico y sobre su persona, había afectado al interés que los dos servían y a las aspiraciones que tenían en común, y que esperaba que en algún momento, cuando regresara a México, ambos tuvieran la oportunidad de hablar para seguramente llegar a acuerdos que se traducirían “en servicios efectivos para la Colonia y para España.”¹⁸⁷

Ante estas manifestaciones de desunión, desencuentros y de rencillas locales de la comunidad española, Altamira —quien consideraba que la unión de la Colonia se lograría a través de un consenso patriótico apartidista— se condujo con cautela, pero fue evidente que privilegió establecer sus relaciones con quienes encontró más cercanos ideológicamente, como fue el caso del republicano Telésforo García.¹⁸⁸

Hemos mencionado que García, quien se había distinguido por trabajar en mantener la unidad de la Colonia, pensaba como Altamira, que la politización del colectivo español llevaba a la ruptura, por ello consideraba que en territorio extranjero era mejor ser “español que político”. Además, este colono cántabro convergía con Altamira en su visión sobre la educación laica y patriótica y, a pesar de que eso lo oponía al sector de la comunidad española

¹⁸⁵ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de José Porrúa a Altamira, México, 5 de febrero de 1910, 2 pp. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 478 (nota al pie No. 679).

¹⁸⁶ *Ibíd.*

¹⁸⁷ *Ibíd.*

¹⁸⁸ Correspondiendo a la lealtad que le manifestaba Altamira, Telésforo García aprovechaba cada comunicación que tenía con el profesor de Oviedo para demostrarle su reconocimiento y afecto: “Entre nosotros huelgan manifestaciones de gratitud: con las de afecto bastan. Seres que piensan lo mismo; que sienten lo mismo; que en mayor ó menor grado realizan en la humanidad un objeto idéntico; que se conocen, más por la intimidad que por el tiempo, tan extraordinariamente, era natural que se encontrasen ligados en su acción bienhechora. Así hemos empezado nosotros y así seguiremos, cada día con mayor confianza y seguridad del uno hacia el otro. Después que salió Vd. de ella, la casa quedó triste y silenciosa; mis hijos sintieron algo como la pérdida de un hermano mayor, y yo, la del hijo más ilustre de la familia, y uno de los más ilustres de la Patria. No hablemos más de esto.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 21 de febrero de 1910, p. 1. Citados otros párrafos de la misma carta en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 479 (nota al pie No. 683).

monárquico y conservador, no dejó de apoyar a su antiguo compañero Justo Sierra quien había impulsado la educación positivista oficial, la cual causaba malestares por ser una instrucción gratuita que negaba cualquier educación religiosa, argumentando que ésta, según Dumas, debía corresponder al ámbito privado de las familias, a la madre por ejemplo.¹⁸⁹ En el mismo sentido, García vio esperanzador el nombramiento de Altamira como Director de Primera Enseñanza ocurrido justo cuando éste regresó a España, a través de una carta que da cuenta de lo importante que era para García que España tuviera una educación gratuita y laica.¹⁹⁰ Es posible que este laicismo educativo propio de la época en países como México o Argentina, fascinara a Altamira. Esta veta y la conducente a indagar otros aspectos de la influencia de Rafael Altamira en los demás países americanos que visitó, más la de América sobre Altamira constituyen temas de investigación a realizar en el futuro. Mientras tanto, continuemos con Telésforo García.

Este personaje que, como hemos visto, era un hombre poderoso cuya esfera de influencia no se limitaba al ámbito mexicano, encontró en Altamira a un colega con quien compartir muchos de sus ideales patrióticos para con la comunidad española y para con la

¹⁸⁹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 394.

¹⁹⁰ En dicha carta pueden leerse las siguientes líneas que citamos aquí en extenso por considerarlas relevantes: “Es precisamente la Instrucción primaria lo que más importa encaminar bien y bajo la dirección de Vd. estoy cierto de que se han de alcanzar verdaderos progresos sobre el triste estado en que hoy nos encontramos. Entre otras cosas, yo estimo que es en la escuela primaria donde debemos lograr que arraiguen un patriotismo muy hondo, muy sincero y muy ilustrado. Las creencias religiosas se van convirtiendo en algo simplemente aparatoso y mecánico, puesto al servicio de la vanidad, de la conveniencia y á veces hasta de la picardía. Hay, pues, que ir sustituyendo, silenciosamente, sin el menor amago á destruir airadamente lo antiguo, ideales que van dejando en la Historia su poco fecunda sustancia, por nuevos ideales con fuerza bastante para encaminar nuestras almas á esferas de luz y perfección. Me parece que cuando estuvo Vd. por aquí le expuse ampliamente mis ideas sobre lo que en mi sentir constituye la obligación del Estado en países como el nuestro que pone necesariamente en manos del Gobierno la tarea más amplia y más delicada para alcanzar el progreso. Admito que la enseñanza primaria sea general, gratuita y obligatoria, pero creo asimismo indispensable que la preparación y la facultativa sean también gratuitas, procurando que gocen del beneficio los que severamente seleccionados resulten aptos para que el país no desperdicie fuerzas necesarias por impedimentos económicos. De otro modo sólo los hijos de ricos se encuentran en condiciones de recibir instrucción científica y así vamos creando, dentro de nuestros anhelos de igualdad, una casta intelectual que ciertamente no se ha distinguido hasta hoy en España por la elevación de su entendimiento. Claro es que no debe cerrárseles la puerta á quienes se empeñen y puedan pagar la vanidad de un título; pero el apoyo, la ayuda y el estímulo á quienes en las distintas esferas de la vida nacional demuestren condiciones sobresalientes para acelerar nuestro progreso hay que ofrecerlo con la mayor amplitud posible. En todo caso someto con verdadero gusto esta idea á su consideración.

“En lo que yo creo que habrá necesidad de poner mano, tan prudente como enérgica, es en poner toda la enseñanza bajo la dirección del estado y con carácter eminentemente laico. No se pude tolerar que los que maldicen la libertad y reniegan de ella en todo momento, quieran servirse de ella nada menos que para contrariar los fines nacionales y los fines humanos. Si España es un organismo vivo que tiende á su conservación, á su engrandecimiento y á la continúa mejora de su existencia y si es el Estado quién ha de perseguir esta finalidad, ocioso parece afirmar que aquello que se separe de su programa en punto tan capital como la enseñanza pública, debe ser reprimido sin la menor contemplación. La enseñanza pública no es un derecho individual si no derecho social y lo que se opone á la sociedad ó á la naturaleza no debe ser motivo de respeto para el Estado. En la posición que Vd. se ha conquistado y que por fortuna se encuentra desligada de todo compromiso de partido, presumo que algo y aún mucho se podrá hacer para sacar de los egoísmos corporativos la enseñanza y llevarla por los amplios cauces de los ideales patrióticos. Así lo deseo y así lo espero.” IESJJA/LA, Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 28 de diciembre de 1910, pp. 1-3.

propia España, amén de encontrar en el emisario la juventud necesaria y sabiduría para llevar a buen puerto todas las encomiendas que él ya no podía realizar,¹⁹¹ intentó no solo recomendar la misión de Altamira y de la Universidad de Oviedo a los viejos conocidos que tenía en el gobierno español,¹⁹² sino que buscó conseguir recursos económicos para que la misión no terminara al mismo tiempo que concluía el viaje a América.¹⁹³ Asimismo, continuamente el cántabro demostrará no sólo estar al tanto del rumbo de los acontecimientos de esta empresa, sino que él mismo procurará dar seguimiento a los compromisos adquiridos con Altamira, como lo comprueban estas cuántas líneas que le dirigirá al profesor ovetense después de que éste terminara su vista en México y Cuba:

En México, por motivos de que hemos hablado mucho y que hoy son más poderosos en la Habana que aquí mismo, el campo es propicio á una reconquista de ideales que afectan sustancialmente á la independencia material y de espíritu de estos pueblos. Y por lo que mira á la Colonia Española, los que hemos podido hacer algo, con visión más ó menos clara de nuestros fines, siempre nos hemos empeñado, en cuanto con la vida colectiva se relaciona, en servir á la Patria con una adhesión incondicional, y en servir á la raza— que es la manera de engrandecer á la Patria— con una defensa entusiasta y permanente de las hermosas condiciones de su espíritu, presentándolas como peculiares y necesarias á la completa cultura humana.

Con Justo Sierra he seguido hablando de su cátedra. Cuando Vd. vuelva, fuera de las lecciones obligadas, hemos de adoptar una conducta discreta en materia de conferencias en otros sitios y en otras capitales. [...]

¹⁹¹ En una carta dirigida a Altamira, García le escribía: “Realmente se necesita todo el amor á la Patria que nosotros abrigamos para no descorazonarse ante la criminal indiferencia con que mira nuestro hormiguero político todo lo que no sea sus pequeñas pasiones, sus pequeños intereses y sus pequeñísimos ideales. Pero como hay que cumplir la misión que nos hemos impuesto hasta hacerla triunfar, Vd. y yo mientras nos dure la vida no podemos abandonar el combate cualesquiera que sean las dificultades con que en la lucha tropecemos. Adelante, pues, y desterremos las miserias de nuestro pensamiento y del papel en que escribimos. Para pocos hombres la tarea será inmensa, pero tanto mayor será la satisfacción si logramos alcanzar algo de lo deseado.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Altamira, México, 29 de agosto de 1910. pp.1, 4.

¹⁹² Así se lo dejaba ver a Altamira con esta carta: “El cambio de gobierno en la Patria me ha desconcertado completamente, produciéndome serio disgusto. Sobre la misión de Vd. en América quiero escribir algo que dé clara idea sobre los amplios ideales perseguidos en el sentido de la integración de la raza, y quiero también escribir a Moret, indicándole de qué manera juzgo yo que un Gobierno de alto sentido español, debe proteger esta propaganda patriótica. Sabe Vd. que tengo intimidad con Canalejas, pero no creo que le dejen vivir en la presidencia del Consejo, ni que deba vivir, si como me temo debe su exaltación á una intriga. Si ha desaparecido en las esferas políticas del culto á la lealtad, allí, más que en ninguna parte, es preciso restaurarlo.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 21 de febrero de 1910, p. 2. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 479 (nota al pie No. 683).

¹⁹³ Así lo expresó García en otra carta que le escribió a Altamira cuando recién había terminado su misión y regresado a España. Con pleno conocimiento de las críticas que había recibido Altamira en Cuba, se lamentaba de que la comunidad española en la isla no había recibido favorablemente a Altamira y su misión hispanoamericanista y calificaba el resultado de mezquino., en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México 26 de marzo de 1910. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 479 (nota al pie No. 684).

Necesito que me mande una nota más amplia de las obras que á juicio de Vd. pueden servir para la biblioteca de la Suprema Corte de Justicia y la dirección del librero á quién convenga encargarlas.¹⁹⁴

Como se puede apreciar, a Altamira le vino bien relacionarse con el principal promotor del vínculo hispano-mexicano. En efecto, García era un hombre importante de la vida nacional y de la colectividad española que se sintió motivado para apoyar al profesor de la Universidad de Oviedo en el buen fin de su misión, gracias a que la interesante relación que tejieron ambos personajes estuvo enganchada por algunos intereses e ideales comunes. Hemos señalado que además de alojarlo en su casa y acompañarlo a todas las conferencias y eventos que se organizaron en la capital, en el ámbito de la colectividad española y en el de la esfera del gobierno, García asumió el papel de vocero, consejero, tutor; de guardián fiel de la misión, y utilizó su posición de líder, su experiencia y su conocimiento a doble banda de la sociedad mexicana y española, del gobierno y sobre todo de su colonia, para hacer de *lobby*, de *bridge* y acercar a Rafael Altamira con las personalidades con las que podía trabar acuerdos económicos para financiar el proyecto hispanoamericanista y regeneracionista de la Universidad asturiana. Por ello no fue casual que García consiguiera que la primera conferencia de Altamira en México fuera en el elitista Casino Español.

2.4 La conferencia de presentación ante la sociedad mexicana

La Junta Directiva del Casino Español fue la encargada de organizar el acto de presentación de Rafael Altamira ante la sociedad mexicana, que se realizó la noche del 16 de diciembre de 1909.¹⁹⁵ Al evento acudieron grandes personalidades, entre ellas el Presidente de la República, Porfirio Díaz,¹⁹⁶ con lo que prácticamente se congregó “todo lo que la política, la

¹⁹⁴ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 17 de marzo de 1910, pp. 1, 2. Y en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 51.

¹⁹⁵ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3210. El secretario del Casino Español se encargó de anunciar el evento, la redacción del periódico *El País* recibió una carta al respecto y en la nota donde se menciona el acto se especificó que la entrada sería con rigurosa invitación. *El País*, 13 de diciembre de 1909, p. 2. El periódico veracruzano *La Opinión* recibió un telegrama para publicar con el siguiente texto: “México, Diciembre 13.- El sabio español Rafael Altamira que llegó á esta capital el sábado por la noche, dará su primera conferencia el jueves 16 en el Casino Español, concurriendo a ella el señor Presidente de la República y los Ministros.”, en *La Opinión*, Veracruz, Lunes 13 de diciembre de 1909, p. 1.

¹⁹⁶ También asistieron el vicepresidente de la República y Ministro de Gobernación Ramón Corral, el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, el embajador español Bernardo de Cóloman, Telésforo García, Pablo Macedo, Luis Salazar, el General Joaquín Beltrán (del Colegio Militar), Ezequiel A. Chávez, entre otras autoridades, representantes de la colectividad española e intelectualidad mexicana. “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D.F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1. *El Diario*, México 17/12/1909 citado en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, op. cit., p. 114. Según *El País*, la intelectualidad que asistió, con sus contadas excepciones, fue la oficial, la que “ajusta sus opiniones al cartabón que le dá el aplauso del poderoso.” *El País*, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1.

fortuna y la inteligencia podía reunir en la capital”¹⁹⁷. Sin embargo, a esta selecta cita faltó la representación de la comunidad estudiantil interesada en escuchar al sabio español.¹⁹⁸ Este detalle que el profesor de Oviedo no hubiera dejado pasar y que daba muestras del carácter elitista de los anfitriones, se produjo por haber estado fuera de su alcance el curso de las invitaciones de esta primera conferencia.¹⁹⁹

El discurso inicial fue leído por el presidente de la Junta, José Sánchez Ramos, quien presentó a Altamira como “el eminente jurisconsulto, pensador, sociólogo, el colosal Altamira”.²⁰⁰ Sánchez Ramos no sabía que calificar con el adjetivo “colosal” a su invitado iba a suscitar una simplista crítica por parte del sector católico, que trataremos más adelante.

Contar con la presencia del presidente de México, fue para Rafael Altamira un símbolo de la estima por España y de la corriente de simpatía entre ambos pueblos. Pero también daba muestras de que su misión, que representaba los intereses de una España liberal y republicana, había despertado gran interés en la cúpula que gobernaba la nación mexicana.

Como lo venía haciendo a lo largo de su viaje por América, se presentó ante los asistentes no a título personal sino como delegado de la Universidad de Oviedo, dejando claro que esta cualidad le imponía una estricta neutralidad, una reserva de la opinión personal y del juego de artificio.

Para que desde un inicio no se interpretara erróneamente la intención de su encomienda, Altamira explicó que la Universidad de Oviedo no pretendía oficiar vanidosamente de maestra ante sus hermanas americanas, ni establecer competencias o reivindicaciones, sino quería aprovechar aquello olvidado que les unía y que no suscitaba resentimientos en las almas americanas y españolas.²⁰¹

¹⁹⁷ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 388.

¹⁹⁸ Muestra de ello es una comunicación dirigida a Altamira por parte del presidente de la sociedad de alumnos y profesor de la Escuela de Jurisprudencia, Ricardo Álvarez, quien le solicitó algunas invitaciones para que los estudiantes asistieran a la conferencia, informándole para su consideración, que en la escuela se dictaban cinco cursos y a cada uno acudían alrededor de cincuenta alumnos. Véase IESJJA/LA documento s.c., Carta manuscrita con membrete y firma autógrafa de Ricardo Álvarez San Bartolomé a Rafael Altamira, México, 14 de diciembre de 1909.

¹⁹⁹ Así lo hizo saber Altamira en una carta a José Porrúa, director del periódico *El Correo Español*, que tampoco fue invitado: “Me apresuro espontáneamente a decir a V: 1º Que yo no he tenido la más pequeña participación en el destino de invitaciones para las contadas conferencias más en que la entrada ha exigido ese requisito.” PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 477 (nota al pie No.678).

²⁰⁰ “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D.F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1. También citado por DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 388. Cabe señalar que Altamira en su informe señaló elogiosamente que el director del Casino tuvo un “gran celo por que la misión de la Universidad de Oviedo hallase en Méjico toda clase de facilidades para cumplirse y la mayor resonancia en la difusión de sus ideales.” ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., p. 185.

²⁰¹ Jaime del Arenal -apoyándose en la nota que publicó *El Tiempo*, agrega que Altamira también aclaró al referirse a esta unión entre España y América, que había que entenderse “en un terreno en que, tanto entre los españoles como entre los historiadores hispano-americanos, existe identidad de miras y que no susciten divisiones y resquemores que el buen sentido de los españoles y la generosidad de los americanos han olvidado ya”. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 10. Sobre esta conferencia Del Arenal identificó cuatro objetivos que Altamira presentó de su misión: 1) declararse como representante de la

Su presentación la tituló “Objeto de mi viaje”.²⁰² En ella argumentó que se partía de dos premisas: que las relaciones entre España y América eran nulas en lo colectivo y deficientes en lo individual, lo que había llevado al desconocimiento mutuo de las naciones, y que la Universidad de Oviedo había reconocido tener más contacto con Europa que con América, por lo que intentaba rectificar esa situación. En ese sentido, mencionó que aspiraban a que la unión entre América y la Península fuera más íntima porque compartían la idiosincrasia, la sangre y el idioma, el cual no era sólo un conjunto de palabras, sino una idea común.²⁰³

Asimismo, habló sobre un asunto fundamental para recobrar la confianza de las naciones americanas y que era la necesidad de desvanecer la leyenda contra España. Al respecto, dijo que sin demeritar el papel de España en el proceso civilizador,²⁰⁴ se tenían que diferenciar los conceptos “atraso” e “incapacidad”, porque si bien era cierto que durante la época colonial se podía hablar de atraso, no consideraba que pudiera imputársele incapacidad a España.

Con relación al objetivo de la misión, a grandes rasgos invitó a trabajar por el intercambio de profesores y alumnos, y manifestó su deseo urgente de entrar a los planteles educativos mexicanos para exponer lo que pensaba la Universidad de Oviedo y para compartir la experiencia que tenían respecto a la formación del espíritu de un pueblo gracias a la

Universidad de Oviedo; 2) buscar establecer un canal de comunicación de ideas, sin imposiciones, en materia científica y docente; 3) intentar estrechar los vínculos entre las universidades y colegios de Hispanoamérica con España, y 4) romper el asilamiento derivado de las guerras de independencia. *Ibíd.*, pp. 9, 10.

²⁰² MALAGÓN, Javier “Don Rafael Altamira en México” en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *op. cit.*, p. 67. Sobre este discurso Altamira señaló que no se tomaron notas taquigráficas. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, *op. cit.*, p. 185. Pero es posible conocer los puntos que trató gracias a la prensa de la época, sobre todo del periódico oficial: “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1. Según este diario Rafael Altamira inició su disertación con estas palabras: “Cuando una idea cualquiera llega á adquirir una expresión clara, y cuando se concreta en una fórmula y una frase, logra el mayor poder de difusión que aun con mayor esfuerzo no se hubiese de otro modo alcanzado. Pero esta ventaja tiene inconvenientes, porque la misma concreción hace que pierda en profundidad el concepto, en compensación de su breve elocución. Por esto, continuamente requieren explicación, todavía más que las científicas, las ideas que trascienden á la masa, porque ellas pierden luego su rica jugosidad. Cosa así ocurre con la idea de la misión de Oviedo. Es conocida de todo el mundo, pero por eso, y porque nadie ignora que se ha cristalizado ya la idea del intercambio de profesores, es preciso explicarla, por ello, porque a pesar de sus consensos, pudieran definirse numerosas interpretaciones. Y es preciso, por el contrario, llegar a una interpretación exacta.” “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1.

²⁰³ Para lograr el acercamiento entre los pueblos, Altamira explicó que la Historia enseñaba que no había pueblo grande sin la ayuda de los demás y que ninguno había logrado sobrevivir más que “impregnando su sello singular para difundirlo en su propio troquel hasta el punto de eternizarlo”. Ejemplificó, que así lo hizo el pueblo griego, y que por ello las naciones debían asimilar lo mejor de las otras y “producir lo que su genio é idiosincrasia le señala.” “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1.

²⁰⁴ *El Diario*, México, 17/12/1909, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, *op. cit.*, pp. 113, 114. En esta nota se extraen las líneas generales de la disertación del alicantino y se destaca que Altamira presentó su programa haciendo alarde de sus facultades oratorias.

Extensión Universitaria.²⁰⁵ Finalmente sobre los planteamientos que llevaba para tratarlos con la comunidad de españoles residentes en México, se centró sólo en recomendar a los colonos ricos que habían fundado el Casino, que crearan una escuela de inmigrantes.²⁰⁶

Cabe señalar que los medios impresos que cubrieron el acto pusieron especial énfasis en resaltar la gran ovación que recibió Altamira al término de su discurso, e incluso magnificaron que el propio presidente de la República subiera al estrado a felicitarle y a extenderle un abrazo efusivo.²⁰⁷ Además, las reseñas del acto en general, destacaron sobre todo la calidad oratoria del conferenciante y anunciaron que la presentación del profesor de la Universidad de Oviedo ante la sociedad mexicana fue todo un éxito.

Las palabras aduladoras y de reconocimiento que le hicieron llegar a Altamira sus contactos más cercanos,²⁰⁸ y el baño de elogios que recibió por parte de algunos diarios,²⁰⁹ sería un detalle sin importancia si no hubiera tenido repercusiones, pero lo cierto es que existió una reacción peculiar por parte del sector católico, que por las acusaciones y los mensajes que vertió entre líneas conviene revisar a continuación.²¹⁰

²⁰⁵ “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1. Y misma fuente citada por DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 389.

²⁰⁶ “Croniquillas. Noche de triunfo, *La Iberia*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1. DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, *op. cit.*, p. 399. Lo mismo señaló Custodio Llanos, quien dijo que después de haber desarrollado el programa oficial Altamira se dirigió a la comunidad española “excitándola á secundar sus ideales ya que por el medio en que vive puede tener un espíritu de compenetración y adaptación con los mexicanos muy apropiado para llegar al fin que se persigue en las relaciones de los pueblos tan afines por la sangre y por la historia, y que uno de los primeros medios que les propuso fue la creación de una escuela para que todo español que llegara a México complementara el trabajo con su educación adaptada al medio social en que iba a trabajar.”, en IESJJA/LA documento s.c. ..., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Custodio Llanos a Rafael Altamira, México, 12 de enero de 1910, p. 1.

²⁰⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, *op. cit.*, p. 185. AMAE legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan. También en Dámaso de LARIO, “La misión Americana de Rafael Altamira”, en LARIO, Dámaso de, *Al hilo del tiempo. Controles y poderes de una España imperial*, Valencia, Universitat de València, 2004, p. 224, y DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, *op. cit.*, p. 399. Incluso el redactor de *La Iberia* (Duteran) señaló que “El General Díaz había comprendido al catedrático de Oviedo; lo había sentido. Y aquel abrazo vigoroso, parecía decir á la concurrencia: Estamos de completo acuerdo. Así pienso yo. Así debemos de pensar todos los hispano-americanos...”, en “Croniquillas. Noche de triunfo, *La Iberia*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1.

²⁰⁸ Por ejemplo, en una carta del embajador español dirigida a Altamira, al tiempo que le encargaba una misiva dirigida al Marqués de Villalobar (ministro plenipotenciario en la Legación de España en Washington de 1909 a 1910) aprovechando la próxima visita del alicantino a Estados Unidos, le comunicaba acerca de este primer discurso que: “Sobre la conferencia de anoche, ¿qué puedo decir á V.? La explosión fue unánime, y no eran las Señoras las menos expresivas y entusiastas, que por cierto acudieron temerosas de no ser el acto adecuado para ellas. No me atrevo á enviar á V. una felicitación, tan modesta que nada significaría; basta que me limite á felicitarle á mí mismo y sentirme muy honrado en unión, bien seguro estoy de ello, de todo español sin excepcion.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Bernardo de Cologan a Altamira del 17 de diciembre de 1909.

²⁰⁹ En contraste, Telésforo García advertirá a Altamira a raíz de su segunda conferencia de la petulancia que se solía encontrar en los diarios mexicanos. IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 27 de diciembre de 1909, 2 p. También en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, *op. cit.*, p. 41 (nota al pie No. 124).

²¹⁰ En general, el viaje de Rafael Altamira por América no solo despertó adhesiones y admiraciones, sino también levantó animadversiones y fuertes críticas que se fueron manifestando a lo largo del periplo y al final del

2.5 Reseña de la polémica suscitada en la prensa por el primer discurso de Rafael Altamira²¹¹

El periódico *La Iberia* en una nota del día 17 de diciembre 1909 había escrito sobre el discurso inaugural de Rafael Altamira que:

La brillante palabra del conferencista, que hace comprensibles las más intrincadas argumentaciones, alcanzó justo elogio.

Bien puede decirse que la sencillez de expresión y forma son dos de las características más notables del señor Altamira: por eso convence y sugiere a favor del evangelio de la verdad científica que predica.²¹²

Además, en otra nota del día siguiente, del 18 de diciembre, este mismo diario reiteró que fue una noche de triunfo para Altamira y que su palabra “robusta y entera, obedeció dócilmente a su pensamiento. Y cautivó á la concurrencia, el orador, con la profundidad del concepto, con la severidad de la frase, con la claridad de su dicción correctísima.”²¹³

Por su parte, el periódico *El Diario* tituló de notable la conferencia de Altamira en el Casino Español y señaló que fue “un completo triunfo para el sabio profesor que dominó al auditorio desde sus primeras palabras,teniéndole suspenso hasta la frase final de su discurso.”²¹⁴

Las mismas cualidades oratorias destacó Olavarría en su crónica: “fue una maravilla de elocuente sencillez y de elegancia oratoria y sorprendió, convenció y encantó a sus oyentes, que después de haberle interrumpido con sus aplausos en los más felices pasajes, le tributaron al final entusiasta y prolongada ovación.”²¹⁵

mismo. Estos juicios y valoraciones negativas no lograron empañar el éxito de la misión hispanoamericanista de Altamira; quizá por esta razón se le ha prestado poca atención y han tenido que permanecer en su mayoría en el compartimiento estanco del viaje. Sin embargo, algunos estudiosos de este recorrido histórico del polígrafo alicantino por tierras americanas han recuperado del anecdotario y estudiado las críticas que recibió Altamira en Cuba, en Argentina y también los ataques que recibió este personaje a su regreso a España por parte del periódico asturiano de filiación católica *El Carbayón*. Véase a VALERO JUAN, Eva María, *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003. PRADO, Gustavo H., *El Grupo de Oviedo en la historiografía...op. cit.* PRADO, Gustavo H., *Rafael Altamira en América (1909-1910)..., op. cit.* MELÓN FERNÁNDEZ, Santiago, *El viaje a América del profesor Altamira*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987.

²¹¹ Si bien es cierto que los historiadores mexicanos aquí citados: Rafael Diego-Fernández, Jaime del Arenal y Jesús Nieto ya se habían cruzado con esta polémica y la habían mencionado en sus investigaciones de los años noventa, me he permitido rescatarla para presentarla como una reacción política y académica por parte del sector católico mexicano.

²¹² “Las conferencias del Sr. Altamira”, *La Iberia*, México, viernes 17 de diciembre de 1909, p. 1.

²¹³ “Croniquillas. Noche de triunfo, *La Iberia*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1.

²¹⁴ *El Diario*, México, 17/12/1909 en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, op. cit., p. 114.

²¹⁵ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3210.

A diferencia de la serie de elogios que recibió Rafael Altamira después de su primera conferencia, el sector católico reaccionó con petulancia. Este colectivo católico —que desde el último tercio del siglo XIX, con la restauración de la República, no solo se sintió derrotado, sino también desilusionado por el rumbo que tomaba la sociedad liberal y de cierta forma agredido por la misma, a consecuencia de las Leyes de Reforma— sostuvo durante el porfiriato su postura intolerante, de resistencia constante ante la desconfianza y defendió a capa y espada la religión como eje de su vida social y política frente al temor que les provocaba la libertad. La moral católica era para ellos el único remedio para salvar la República, aunque con sus organizaciones de asistencia social y educación buscaban construir “una sociedad católica ‘separada del mundo’, combatiendo ‘el mal público’ haciendo el ‘bien privado.’”²¹⁶ A través de su trinchera periodística protegían sus intereses, al tiempo que exponían lo que consideraban los errores del liberalismo y criticaban a sus antecesores conservadores por haber participado en el juego político de los liberales que permitió la separación de las dos antiguas “majestades”. Por ello su prensa lejos de profesar la neutralidad política se caracterizó por ser un elemento de difusión de ideas y posturas, y un medio para ganar adeptos y afianzar creencias.

En realidad la polémica en cuestión tuvo dos fases. La primera consistió en una campaña de desprestigio que orquestó el periódico católico *El País*²¹⁷ contra Rafael Altamira, la cual puso en marcha inmediatamente después de que este pronunciara su discurso de presentación ante la sociedad mexicana. Curiosamente la otra fase trajo consigo un cambio de discurso por parte de este periódico, aparentemente a favor del alicantino cuando este fue visitando los principales centros de enseñanza y exponiendo algunas importantes ideas pedagógicas durante sus conferencias. Esta segunda fase la estudiaremos en los apartados 3 y 4 de este capítulo.

Como señalamos, ante el baño de elogios que recibió Altamira por su primera conferencia *El País* reaccionó inmediatamente y publicó una nota editorial criticando “los exagerados encomios que de la sencilla y modesta conferencia del señor Altamira [habían] hecho algunos diarios”.²¹⁸ Reconociendo que la conferencia había sido para presentar ante el auditorio la misión de la Universidad de Oviedo, este diario católico criticó al periódico

²¹⁶ PANI, Erika: “‘Para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes’: los periódicos católicos y conservadores en el siglo XIX”, en CLARK DE LARA, Belem y Elisa SPECKMAN (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 127.

²¹⁷ Fue fundado en 1899 por Trinidad Sánchez Santos (1859-1912), quien nacido en Tlaxcala, fue educado en el Seminario palafoxiano de Puebla y empezó a dedicarse al periodismo desde 1880. Colaboró en el periódico católico *El Tiempo* de 1883 a 1888; fundó *El Herald* en 1889 y dirigió *El Nacional* y *La voz de México* de 1896 a 1898 CAMARILLO, María Teresa, “Publicaciones periódicas religiosas del último tercio del siglo XIX”, en CLARK DE LARA, Belem y Elisa SPECKMAN (eds.), *La república de las letras...*, op. cit., pp. 132, 133.

²¹⁸ *El País*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1.

oficial *El Imparcial*²¹⁹ por sus desmesurados y “destemplados” elogios cuando lo que había expuesto Altamira había sido algo sencillo. Y sobre las facultades oratorias del conferenciante, alabadas por la prensa en general, expresó que la palabra del catedrático español no había revelado pretensiones de elocuencia, al tiempo que sentenciaba:

[...] el señor Altamira no es, ni pretende ser un orador ni menos de la grande y gloriosa raza de los grandilocuentes oradores españoles. No tiene su frase las divinas armonías de Donoso Cortés; ni causa la profunda impresión del eminente Cánovas; no tiene siquiera, la música ni la rotundidad de Castelar; carece de la transparente limpieza del habla de Jovellanos.²²⁰

Asimismo, la presentación que hizo Sánchez Ramos del profesor ovetense como sociólogo tampoco fue bien vista por el diario católico y mucho menos el haberle llamado “colosal”. Ante ello se ocupó de descalificar a Altamira como un sociólogo y criticar los lugares comunes en sociología de su exposición.

Como sociólogo el señor Altamira no hizo en toda ella otra cosa que la cienmillonésima exposición de lugares comunes en sociología [...] Los pensamientos eran también comunes, íbamos a decir corrientes entre todo el vulgo aficionado á la ciencia social, y bajo el aspecto del fondo esa conferencia no ofreció ni el más ligero interés de novedad.

Pudo ofrecerle sin duda alguna para algunos políticos casi analfabetas y para ciertos periodistas completamente ignorantes de los que es sociología; más para los espíritus selectos, para los hombres de cultura un poco superior, para los que tienen ideas propias y están versados en la lectura de obras de sociología [...] para las personas, en fin, verdaderamente educadas bajo el aspecto científico y verdaderamente cultas, nada nuevo, nada notable, nada singular ofreció la conferencia del representante de la Universidad de Oviedo.²²¹

Enseguida el diario católico pasó a reconocer que la conferencia fue sólo para presentar el objeto de la misión y por esta razón opinó que la sencillez de las palabras de Altamira correspondió con la calidad de sus pensamientos comunes. Ante esta perspectiva, criticó al periódico oficial de ir más allá —con sus desmesurados y “destemplados” elogios— de donde se había propuesto llegar el alicantino, toda vez que éste había dicho que no quería hacer retórica, ni tenía pretensiones de causar admiraciones. Asimismo, reconoció que Altamira habló con cierta corrección y cierto orden, sin elegancia, aunque “no estuvo exento

²¹⁹ Fundado por Rafael Reyes Spíndola en 1896, fue subvencionado por el gobierno debido a la buena relación de su director con el Ministro de Hacienda.

²²⁰ *El País*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1.

²²¹ *Ibíd.*

de faltas.” Recalcó que el fondo de la conferencia estuvo formado por “ideas comunes y corrientes de fraternidad y por nociones sociológicas que andan en todos los libros donde algo se lee de sociología”. También señaló que el alicantino no había dado elementos claros para juzgar el objeto del viaje por América y los fines de la misión, y —convencidos estos católicos de que la educación religiosa sentaba una base moral para el conocimiento—²²² señalaron que el catedrático de Oviedo tampoco había dicho qué moral profesaba —esperando, tal vez, una declaración de fe por parte del conferenciante si es que la había—, ni qué pensaba sobre las grandes problemas que aquejaban al hombre y a la sociedad. Por tanto, concluyó este diario que la conferencia había sido completamente anodina y que, a pesar de haber sido muy elogiada por los otros periódicos, había dejado en suspenso “el ánimo de los verdaderos pensadores”.²²³

Así comenzaba la polémica. El delgado de la Universidad de Oviedo, que durante su viaje por América se había impuesto una estricta neutralidad, una reserva de la opinión personal y del juego de artificio, se mantuvo al margen cuando empezó a recibir las críticas por parte del periódico *El País*. En cambio, fue otro periódico, *La Iberia*,²²⁴ órgano de la colectividad española radicada en México, el que entró en su defensa y el que debatió con el diario católico.²²⁵ *La Iberia* declaraba que la prensa mexicana que había aplaudido a Altamira se había inspirado en un sentimiento de justicia al haber tomado en cuenta los antecedentes, los trabajos y las obras del profesor de Oviedo, además de haber apreciado sus cualidades de orador. Refiriéndose a que *El País* había tachado de sencillos el objeto de la conferencia y el discurso, señaló que dentro de esa sencillez el orador estuvo preciso, sincero, convincente y sugestionador, por ello “su palabra deleitó al auditorio y llevó al ánimo la verdad que la inspiraba. ¿La conferencia dentro de su tema, en sí misma, fue buena o mala? Esto es lo que, con ánimo sereno y buena lógica, debería decirnos ‘El País’.”²²⁶

La Iberia agregó que sobre esta primera conferencia no podían juzgarse los conocimientos sociológicos del orador y tampoco el conocimiento de su propia moral porque los propósitos científicos de Altamira iban dirigidos a todos y porque nadie tenía derecho en dudar de la “neutralidad de un hombre de ciencia”. Insistió también que la misión de la Universidad de Oviedo era científica, no religiosa, por lo cual solicitó a *El País* que no

²²² PANI, Erika: “Para difundir las doctrinas ortodoxas...”, *op. cit.* p. 123.

²²³ *El País*, México, sábado 18 de diciembre de 1909, p. 1. Misma fuente citada por DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, *op. cit.*, p. 399.

²²⁴ Fue fundada en 1906 por una comisión del Casino Español encabezada por Fernando Luis J. Elizalde y Alberto Beteta.

²²⁵ “La Primera Conferencia del Sr. Altamira”, *La Iberia*, México, domingo 19 de diciembre de 1909, p. 1.

²²⁶ *Ibíd.*

exigiera que un hombre de ciencia hiciera pública su profesión de fe, que no intentara herir sin razón la reputación de un sabio y que no pretendiera poner en duda la neutralidad profesada:

[...] sus propósitos, inspirados en la verdad científica, van dirigidos á todos, con absoluta exclusión de creencias. La Universidad de Oviedo no hace propaganda religiosa; no choca con nadie; no contradice ningún principio; su obra es de paz y de convencimiento por medio de la ciencia [...]

Altamira no trabaja con estos elementos, sino con los de la ciencia que son comunes á todos los hombres; como que no descansan en exclusivismos egoístas. Nadie tiene derecho á aponer en duda la neutralidad de un hombre de ciencia, representante de un centro docente, autor de obras de fama mundial y que principia por dar ejemplo de ella, pronunciando un discurso notable por su sencillez y por su sinceridad.²²⁷

Días más tarde, José Vizoso, secretario de la Junta Directiva del Casino Español, arremetió en un artículo en *La Iberia* contra el redactor de la nota de *El País* en defensa del profesor alicantino y evidenció que lo que quería el diario católico era criticar las acciones del Ministerio de Instrucción Pública mexicano.²²⁸ Primero señaló que en la colectividad española de México el trato que le había dado este diario a Rafael Altamira con motivo de la conferencia del 16 de diciembre había producido un verdadero asombro. Enseguida, en tono sarcástico, dijo que era “oportuno rendir un tributo de admiración á ‘El País’, porque ha venido á demostrar, sin mejores pruebas que las palabras, que el sociólogo español es un pobre hombre, en el terreno del saber.”

Vizoso aprovechando la ocasión, puso en evidencia lo que seguramente ya se sabía: que para el periódico católico todo lo que hacía el Ministerio de Instrucción Pública mexicano era “malo”,²²⁹ y terminó su nota diciendo con ironía que el reportero de *El País*, encargado de hacer un extracto de la conferencia, no lo consiguió, porque era verdad que el tema desarrollado por Altamira no valía la pena, era de “lo más corriente”.²³⁰ Como era de esperarse este artículo suscitó una respuesta extensa por parte del diario *El País* y una serie de dimes y diretes que continuó por varios días.

²²⁷ *Ibíd.*

²²⁸ “Actualidades. Altamira y ‘El País’”, *La Iberia*, México, miércoles 22 de diciembre de 1909, p. 1.

²²⁹ Por ello asentó Vizoso: “Yo sabía que los señores redactores de ‘El País’ (no hablo del Director) son hombres de grandísima ciencia, aunque no reúnan entre todos tanta como tiene cierto cura catalán que ahí predica contra todo lo español; pero ignoraba que hubiesen acaparado el saber humano para no dejarle al Sr. Altamira ni un poco de lo que á ellos le sobra.

“¡Sociólogo el catedrático de Oviedo! Pero ‘qué sociólogo ha de ser’ si no conoce al Padre Serra!

“Los intelectuales mexicanos han hecho mal en aplaudir al Sr. Altamira [...] y que además, no ha dicho en el Casino, porque no tenía que decirlo, cuál es su modo de pensar en materias de religión.” *Ibíd.*

²³⁰ *Ibíd.*

El País en su edición del lunes 27 de diciembre,²³¹ aclaró que la censura no había sido para Altamira sino para algunos periódicos que lo habían colmado de ridículos elogios. Expresó que las afirmaciones vertidas por el “diario hispanoamericano” (refiriéndose a *La Iberia*) habían sido injustificables y que sus juicios habían sido ofensivos, infundados y ligeros. Explicó que en los párrafos de su nota del día 18 habían sido claros en señalar sólo a algunos diarios y no al conjunto de la prensa de la capital y, por tanto, retó a *La Iberia* a que demostrara que su censura se había dirigido a toda la prensa mexicana. Asimismo, para iniciar una nueva disputa, desafió a *La Iberia* a que respondiera ¿por qué era colosal Altamira? y ¿cómo demostraría la justicia de ese calificativo? que para ellos era solo una incalificable hipérbole. Por si fuera poco, *El País* dijo entender que *La Iberia* seguramente no conocía bien ni los antecedentes ni las obras del señor Altamira, a diferencia de ellos.²³² Por ello, para demostrar que ellos sí conocían los libros del profesor ovetense y para evidenciar que lo que había dicho éste en su conferencia no era algo nuevo, se permitieron citar dos párrafos de uno de esos libros —sin mencionar la fuente— referentes a lo que debía hacer España para conservar su lugar en la obra de la cultura americana. Uno de los párrafos tocaba el tema de la preservación de la influencia espiritual, y otro trataba el asunto del idioma como base de esta influencia.²³³ Con estos extractos *El País* invitó a *La Iberia* a que los comparara con lo que Altamira había argumentado en su discurso inaugural y señaló que seguramente *La Iberia* ni siquiera sabía el título de la obra ni el número de las páginas de donde los habían sacado. No quedándose conformes aprovecharon para criticar la forma y estilo de las frases escritas por Altamira y terminaron lanzando un nuevo reto a *La Iberia* cargando sus palabras nuevamente contra el profesor de Oviedo en los siguientes términos:

Si cuando el señor Altamira escribe, hace tales cosas ¿cuáles hará cuando habla? [...] Por todo esto comprenderá ‘La Iberia’ que no hemos hablado á la ventura, que conocemos bien al señor Altamira; y que por el conocimiento que tenemos del hombre y de sus obras, podemos afirmar que si no puede llamársele COLOSAL [*sic*], atendida su conferencia, puesto que ‘La Iberia’ confiesa que ‘fue sencillo por demás el objeto y

²³¹ “La conferencia del Sr. Altamira en el Casino Español”, *El País*, México, lunes 27 de diciembre de 1909, pp. 1, 2.

²³² El reto lanzado fue el siguiente: “Y en esa obra no encontramos sino un escritor mediano; un pensador reflexivo y serio pero de pocos quilates; un pensador modesto; un sociólogo como hay muchos, muchísimos; y si ‘La Iberia’ lo desea, formule en tesis bien claras y definidas en qué está lo colosal del señor Altamira; por qué obra, por qué teoría, por qué doctrina, por qué descubrimiento sociológico, ó filosófico, ó histórico, puede colocársele entre los primeros sociólogos; y le ofrecemos contestarle punto por punto con las obras del señor Altamira en nuestras manos.” *Ibíd.*, p. 1.

²³³ Estos extractos a los que se refería *El País* son parte de las ideas del programa hispanoamericanista que Rafael Altamira había estado trabajando desde el año de 1898 y que por fin estaba presentando personalmente a los americanos dejando atrás la retórica del pasado. Dichos párrafos están contenidos en el apartado “lo que debe hacer y lo que ha hecho España” de la obra: ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España en América*, Valencia, F. Sempere, 1908, pp. 70-74.

sencillo resultó el discurso” podemos también afirmar con pleno conocimiento del señor Altamira y de sus labores que nada tiene de COLOSAL [sic]. Pero si algo de colosal tiene que nos lo demuestre ‘La Iberia’ que nos diga cuáles son las medidas del coloso.²³⁴

La respuesta de *La Iberia* al día siguiente se dio por dos frentes: Duteran y José Vizoso.²³⁵ Pero antes, Pedro Magullar continuando con la ironía de la polémica daba la noticia del resultado de la Asamblea General de la Junta Directiva del Casino Español celebrada el día 26 de diciembre de 1909, diciendo que la sesión había sido presidida por José Sánchez Ramos “el insigne español a quien censura ‘El País’ por haber cometido el enorme pecado de llamar COLOSAL [sic] á Altamira”.²³⁶

Duteran de forma satírica escribió una reflexión sobre las amistades de ocasión y los enemigos. En este marco, señaló que por su posición de decir la verdad, la lista de sus enemigos crecía continuamente, y que eso era algo entretenido porque “el pelo del prójimo” no era propiedad exclusiva de quien lo llevaba. De esta forma, sentenció entonces:

Autores tan sabios como los de EL PAÍS [sic], por ejemplo, que cuentan las ‘eses’ de un discurso de Altamira, me han hecho creer que si la vida privada de un individuo es inviolable, no lo es su cabellera. De ahí mi afición á poner la pluma sobre tantas cabezas yacías ‘como en el mundo han sido.’²³⁷

Y finalizó desafiante: “Mi vida privada me pertenece á mi solo. Pero si tenéis empeño en conocerla, os abriré las puertas de par en par, para que la veáis toda. Yo no os pido el mismo sacrificio. Me conformo con vuestro pelo...”²³⁸

José Vizoso por su parte, inició su alegato escribiendo que *El País* había refutado su artículo con “vulgaridades poco corteses.” En un tono irónico utilizado nuevamente, continuó diciendo que a juicio del diario católico, para probar que Altamira no era un “zote”, debía haber citado frases de su conferencia, porque no sabía que los sociólogos de la redacción de *El País* necesitaban de un taquigráfico para enterarse de lo dicho por el profesor de Oviedo. Asimismo, señaló que los intelectuales de México que aplaudieron a Altamira seguramente lo hicieron porque le entendieron bien y se conformaron con oírle, y que entre ellos estaba el católico Agustín Rodríguez, quien no había necesitado la repetición de los conceptos vertidos

²³⁴ “La conferencia del Sr. Altamira en el Casino Español”, *El País*, México, lunes 27 de diciembre de 1909, p. 2.

²³⁵ “Croniquillas. Cosas pequeñas” y “¿Podrá ser posible”, respectivamente, en *La Iberia*, México, martes 28 de diciembre de 1909, p. 1.

²³⁶ “Actualidades. En el Casino”, *La Iberia*, México, martes 28 de diciembre de 1909, p. 1.

²³⁷ “Croniquillas. Cosas pequeñas”, *La Iberia*, México, martes 28 de diciembre de 1909, p. 1.

²³⁸ *Ibid.*

por Altamira para darse cuenta que el conferenciante no decía vulgaridades. Siguiendo con la ironía, dijo que para *El País*, para que un hombre tuviera talento era necesario que vistiera sotana, por ello había que dejar al padre Sierra tan alto como quería el diario católico y a Altamira tan bajo, intelectualmente, como le pintaba. Finalmente pidió a *El País* que estableciera el fundamento de su crítica.²³⁹

La polémica no terminó ahí. En el editorial del jueves 30 de diciembre, *La Iberia*²⁴⁰ volvió a tocar el asunto de la primera conferencia de Altamira y las críticas que sobre ella había hecho el diario católico. En primer lugar, lanzó las siguientes preguntas: ¿Merecía Altamira el calificativo de colosal que le había puesto Sánchez Ramos?; ¿era acreedor al dictado de sabio que le había designado la prensa mexicana? A lo que pasó a responder afirmativamente: que Altamira era colosal porque en más de veinte años de trabajo había escrito más de cuarenta obras sobre Historia, Metodología, Historia de España, Historia Jurídica, Pedagogía, Literatura y Americanismo, y todo ello sin desatender sus clases y conferencias que había impartido durante todo ese tiempo, y con relación a si era un sabio, respondió que así lo consideraban también la mayoría de los publicistas de talla. En segundo lugar, dijo que al alicantino no debía juzgársele por una conferencia, en donde además dio muestras superiores de reflexión, método y claridad. Asimismo apuntó que no le parecía muy lógico el hecho que *El País* hubiera citado dos párrafos de alguna obra de Altamira para reprobarlo, porque se asumía que de lo particular no se infería lo general, y utilizando el recurso de la metáfora para explicar esto mismo señaló: “Un grano podrido no significa que lo esté toda la cosecha”. En tercer lugar, dijo que no era un defecto el hecho de que la conferencia fuera una repetición y no lo era porque la repetición era necesaria en el campo de las ideas para convencer. Finalmente mencionó que *El País* no había respondido a la invitación que se le había hecho respecto a que con “ánimo sereno y buena lógica” dijera si la conferencia había sido buena o mala. Que no lo había hecho porque el redactor, haciendo gala de sus conocimientos de gramática, había separado el asunto principal para “perderse en digresiones muy instructivas, atinadísimas, pero que no son convincentes para el asunto de que se trata.”²⁴¹

En respuesta a este editorial, *El País* contestó el sábado 1º de enero de 1910.²⁴² Dijo que se abocaría en el terreno de una discusión serena a recusar sobre los asuntos que *La Iberia* había tocado como centrales. Primero, indicó que Altamira no era colosal intelectualmente por el número de sus obras publicadas, sino “cuando todas ellas [fueran] de mérito y de tal

²³⁹ “¿Podrá ser posible, *La Iberia*, México, martes 28 de diciembre de 1909. p. 1.

²⁴⁰ “Altamira y ‘El País’. A propósito de la primera conferencia”, *La Iberia*, México, jueves 30 de diciembre de 1909, p. 1.

²⁴¹ *Ibíd.*

²⁴² “A ‘La Iberia’”, *El País*, México, sábado 1º de enero de 1910, p. 1.

naturaleza que las unas no [fueran] repeticiones de las otras, ni meras refundiciones, ni meras colecciones; y de eso, mucho [había] en el conjunto de las obras del señor Altamira.”²⁴³ En ese sentido, el diario católico citó algunos ejemplos de la obra de Altamira que consideraba refundiciones y expresó que como resultado de una apreciación concienzuda de la labor intelectual del profesor de Oviedo, ésta quedaba reducida a un menor número de obras, por lo que la “intensidad” de la que había hecho alusión *La Iberia*, no correspondía a la de un coloso. Además, sentenció que en el mundo culto, o en materia de los productos de la inteligencia, la calidad y no la cantidad, señalaba el grado de mérito, por lo que juzgaba insostenible la declaración de que un hombre era colosal solo por haber escrito mucho. Con relación al asunto de los dos párrafos que *El País* había utilizado para demostrar también los defectos de estilo de Altamira y por los cuales *La Iberia* argumentara que no podía generalizarse con esto la apreciación del alicantino, el diario católico respondió que estaba dispuesto a demostrar que con los mismos defectos de estilo estaban escritas “poco más o menos las obras todas del señor Altamira”. Finalmente, *El País* insistió en que por la cantidad de trabajo no debía calificarse de colosal a una persona porque en todo caso Altamira sería igual de colosal que muchos otros que llevaran más de veinte años de trabajo intelectual: “aun cuando no hayan hecho más que repetir cuatro ó cinco grupos de ideas en ocho ó diez obras, formando éstas con distintas producciones sueltas, y encajando, como lo ha hecho el señor Altamira, folletos más o menos extensos que ‘La Iberia’ le cuenta por una obra, como capítulos de otra”. Y siguió diciendo para terminar que rechazaban como “contrario al decoro” de su cultura el que les quisieran presentar a Altamira como un genio, porque no lo era, y que estaban dispuestos a seguir en los pormenores de la “alta crítica para poner en su debido lugar al señor Altamira y sus obras; reduciendo á justas proporciones su valer intelectual.”²⁴⁴

Ese mismo 1º de enero, *La Iberia*,²⁴⁵ en su editorial, amonestó que *El País* cometiera la primera descortesía contra Altamira al desatender la declaración de neutralidad que había hecho el profesor de la Universidad de Oviedo. Además, dijo —aludiendo a la repetición de ideas— que los hombres de ciencia no prescindían de sus convicciones tan fácilmente a menos de que se les convenciera de error. Asimismo, señaló que el redactor del diario católico —que seguramente conocía las obras y las ideas filosóficas de Altamira— se equivocó en esperar una declaración de moral cuando era por todos conocido que una misión científica necesita excluir componendas y exclusivismos, necesita ser neutral en aras de buscar la verdad, de ahí que subrayara:

²⁴³ *Ibíd.*

²⁴⁴ *Ibíd.*

²⁴⁵ “Altamira y ‘El País’. La conferencia anodina”, *La Iberia*, México sábado 1º de enero de 1910, p. 1.

Pero pretender salir al encuentro armado de un pleonasmo y de un verbo que no es de su agrado, para pedir á un hombre de ciencia que se declara neutral la confesión categórica sobre la moral que profesa, se nos figura que es un arranque de crítica que merece algún otro calificativo además del de descortés que le hemos dado para que no se nos tilde de duros.²⁴⁶

Sobre lo mismo, *La Iberia* recalcó que la misión de la Universidad de Oviedo era científica mas no religiosa, por lo cual propuso no discutir más este tipo de ideas, y solicitó que no se dijera que un hombre de ciencia estaba en el deber de hacer pública su profesión de fe, que no se intentara herir sin razón la reputación de un sabio y que no se pretendiera poner en duda la neutralidad asegurada. Para terminar, invitó al redactor de *El País* a que si tenía “la bondad” de convencerlos de error, con gusto atenderían.²⁴⁷

El día 4 de enero *El País*²⁴⁸ dio respuesta a *La Iberia*. El diario católico repitió las frases que a su juicio desataron la polémica y que contenían las ideas que preocupaban a *La Iberia*: la primera era la declaración de neutralidad hecha por Altamira, y la segunda, aunque fueran sólo dudas, “cualesquiera apreciaciones que no tiendan á hacer indiscutible esa neutralidad”, de ahí que aclararan:

Dijimos, respecto al señor Altamira, que ‘en cuanto a los fines de su misión y al objeto de su viaje por las naciones hispano-americanas, NO SE PUEDE JUZGAR CON TODO ACIERTO POR LA CONFERENCIA DE ANTEANOCHE (16 de diciembre) EN QUE NO HUBO SINO DECLARACIONES VAGAS DE ESA NEUTRALIDAD, QUE BIEN SABE EL PÚBLICO MEJICANO COMO SUELE INTERPRETARSE, SEGÚN QUE LA PROCLAMA Y SE PARAPETA TRAS ELLA, ORA EN UN ESPÍRITU DE VERDADERO RESPETO A LA CONCIENCIA, ORA UNA SECTARIA DIPLOMACIA [sic].

Y dijimos después: ‘No llegamos á entender qué moral profesa, ni qué piensa sobre los grandes problemas fundamentales que más interesan á la sociedad y al hombre; y por tanto, á la conclusión de su conferencia en que habló de cualidades morales de los pueblos, no sabemos qué alcance pueda atribuirse’.

Calificamos luego de ‘ANODINA’ [sic] en ese punto la conferencia, acabando por afirmar que, ‘ha dejado en suspenso el ánimo de los verdaderos pensadores’.²⁴⁹

Para ir bajando el tono de esta polémica, *El País* dijo que ante las dudas que habían planteado lo mejor era esperar, porque aún no había elementos suficientes para juzgar con todo acierto qué se había dicho en ese primer acto, donde “no hubo sino declaraciones vagas

²⁴⁶ *Ibíd.*

²⁴⁷ *Ibíd.*

²⁴⁸ “A ‘La Iberia’”, *El País*, México, 4 de enero de 1910, pp. 1, 2.

²⁴⁹ *Ibíd.*, p. 1.

de una neutralidad, tras la cual puede ver un verdadero respeto á la conciencia, pero también una diplomacia sectaria.” Asimismo, comentó que no le habían pedido declaración alguna a Altamira sobre sus ideas morales, pero que *La Iberia* había tergiversado el sentido de sus palabras y que simplemente se había dicho que Altamira no dio a conocer sus ideas morales. Que al haber hecho esta aseveración, se consideró que estaban en el derecho de afirmar si una persona que hablaba en público manifestaba o no determinadas ideas, y que al ejercicio de ese derecho no se oponía la buena educación.

Por otra parte, expresó que era incomprensible el empeño de *La Iberia* de calificarlos de descortesés en varias ocasiones, cuando lo que estaba en discusión no era la cortesía o descortesía sino si eran exagerados los elogios de algunos periódicos hacia el alicantino. Además, al declararse conocedores de la obra de Altamira, expresaron que no recibieron con la misma religiosidad la declaración de neutralidad hecha por el profesor de Oviedo en el sentido de que ésta no podía impedir que se hicieran afirmaciones radicales en pugna con determinada religión.²⁵⁰ Para terminar, el diario católico señaló con ironía que tendría ocasión de “saborear cosas exquisitas” en todo caso, si las traía el delegado de Oviedo.

Varios días después y con un artículo publicado el día 13 de enero, *El País*,²⁵¹ aparentemente, intentó poner fin a ésta larga polémica con *La Iberia*. En dicho escrito dijo que el diario hispanoamericano no había logrado justificar y demostrar el por qué Altamira merecía el calificativo de colosal. Explicó que *La Iberia* no había entrado en pormenores de apreciación y sólo había dicho que el profesor ovetense había publicado cuarenta obras en veinte años, por lo que ante esta única respuesta, consideraba que todo se reducía a un argumento de autoridad. Repitió que ellos sólo reprobaron los elogios exagerados de unos cuantos diarios porque creyeron que era un deber, por el bien de la prensa mexicana, hacer notar la incongruencia de tales elogios con el valer de Altamira. Señaló que estaban en pleno derecho de censurar a quien “comete la torpeza de abandonarse á ridículas hipérboles” aclarando que esto no significaba descortesía, toda vez que:

[...] hacer un bombo tan resonante, erigirse en dispensadores de la más alta gloria; poner sobre los cuernos de la luna lo que entre sabios es vulgar, modesto y sencillo, eso, cuando se hace con perjuicio de intereses más elevados, demanda cuando menos por parte de los amadores de la verdad una protesta. Es lo que menos puede hacerse.²⁵²

²⁵⁰ Según *El País* “las ideas filosóficas de un conferencista [...] no han de ser olvidadas ó cambiadas tan fácilmente en un medio determinado; como tampoco han de serlo por el simple hecho de que el conferencista sea representante de una institución docente [...] o EMBAJADOR INTELECTUAL”, en “A ‘La Iberia’”, *Ibíd.*, p. 2.

²⁵¹ “Punto y aparte”, *El País*, México, 13 de enero de 1910, p. 1.

²⁵² *Ibíd.*

Y para terminar, advirtió que pese a las censuras, seguirían juzgando al señor Altamira —con toda la libertad que les permitía la razón y la decencia— de todos los elementos que les proporcionaba el conocimiento previo que tenían de sus obras.

También *La Iberia* intentó poner fin a la polémica con un artículo publicado el día 15 de enero.²⁵³ Dijo que sostuvieron y sostenían contra la opinión de *El País*, que Altamira era colosal, apoyándose en un argumento sin réplica que no había sido tocado y que de nuevo ponían a la consideración de los lectores. Un argumento de cantidad y de calidad. De cantidad por las cuarenta obras científicas escritas por Altamira en veinte años sin haber descuidado la enseñanza diaria ni sus conferencias periódicas. Y de calidad porque las cuarenta obras eran de mérito indiscutible según autores de fama mundial que habían llamado sabio a Altamira. En ese sentido, explicó que ante la apreciación de *El País* sobre que este argumento había sido de autoridad, no habían afirmado tal cosa, si no que “las eminencias que llaman sabio al ilustre historiador, han examinado sus obras y fundado su juicio científicamente. Nosotros nos hemos referido á las OPINIONES DE AUTORIDADES CIENTÍFICAS [sic], lo cual es distinto.” Además, señaló que *El País* no había negado la cantidad de obras ni el mérito de la labor intelectual de Altamira, y que cuando este diario entrara en pormenores de alta crítica, opondrían a sus juicios los de estas eminencias conocedoras de la obra de Altamira para hacer un estudio comparativo.²⁵⁴

Así las cosas, los días 26 y 27 de enero, *La Iberia*, publicó un artículo firmado por W. R. Martin, bibliotecario de la Sociedad Hispánica de América²⁵⁵, para demostrar que Altamira era colosal. En dicha nota, Martin expresaba que esperaba que Altamira encontrara en su visita a Estados Unidos, que los “yanquis” no eran tan malos, como seguramente lo había podido constatar Menéndez Pidal, quien había dado algunas conferencias en la Universidad de John Hopkins, en Maryland. Afirmaba también que Altamira, hombre de elevado carácter personal y de genuino patriotismo, había alcanzado considerables y merecidas distinciones a una edad en la que “los estudiantes americanos apenas [conocían] algo más que las estadísticas”; que había hecho “trabajos dignos de respetuosa consideración como periodista, novelista, crítico, historiador, profesor de Historia, defensor de las reformas en la educación, editor de una gran revista y apóstol de una gran idea de significación internacional”, y que la “significación y relativamente alta calidad de las producciones de Altamira son lo más notable

²⁵³ “La polémica con ‘El País’. Punto final”, *La Iberia*, México, sábado 15 de enero de 1910, p. 1.

²⁵⁴ *Ibíd.*

²⁵⁵ “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, miércoles 26 de enero de 1910, pp. 1, 2. y “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 27 de enero de 1910, pp. 1, 2.

en vista de su cantidad”²⁵⁶ En estas últimas frases del artículo de Martín, *La Iberia* encontró argumentos que respaldaban su opinión respecto a aquello que originó esta polémica.

Asimismo, Martín presentó un breve itinerario intelectual de Altamira comentando algunas de sus obras: *Mi primera campaña*, *La enseñanza de la historia*, *Historia de España y de la civilización española*, *Psicología del pueblo español*, la traducción de *Discursos a la nación alemana* de Fichte, y *España y América*. Sobre los comentarios de esta última, aprovechó para hacer mención del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo y del temor expresado por Rafael Altamira por la influencia cultural estadounidense en América.²⁵⁷ Ante esto, Martín explicaba que por una parte, los comerciantes querían vender sus mercancías en América sin importarles el idioma, y por otra, que la estancia por unos semestres de los estudiantes estadounidenses en universidades americanas ampliaría sus conocimientos y disiparía sus prejuicios y lo mismo pasaría con los estudiantes americanos que visitaran las universidades estadounidenses. Y para concluir, sostuvo que aunque se mejoraran sus instituciones educativas, sería una desgracia que sus estudiantes dejaran de visitar las universidades de otros países.²⁵⁸

Es de suponer que, para sostener sus argumentos, *El País* se dio a la tarea de realizar un estudio de la obra del catedrático ovetense, para demostrar que nada tenía de colosal y para afirmar que sus obras eran una serie de repeticiones. Por esta razón, al adentrarnos en las editoriales y reseñas periodísticas de *El País*, fuimos buscando un análisis de las principales obras de Altamira, pero al no encontrarlo, consideramos que finalmente solo se dieron a la tarea de comparar lo que expuso Altamira en su conferencia inaugural con lo que había escrito en 1908 sobre el programa hispanoamericanista.

Ahora bien, más allá de que el núcleo de esta primera fase de la polémica girara entorno a si Rafael Altamira era colosal o no, ¿qué estaba detrás de esta reacción política por parte de *El País*? Para responder a esta cuestión, igualmente nos abocamos a buscar en las páginas de este periódico católico algún debate acerca de los asuntos sociales que iban unidos a la misión hispanoamericanista que promocionaba el catedrático de Oviedo, o para ir más lejos, indagamos sobre las posibles opiniones que tenían con relación a las ideas sociales del corpus teórico altamirista, pues el alicantino llegaba con unas cartas de presentación que,

²⁵⁶ “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, miércoles 26 de enero de 1910, p. 2.

²⁵⁷ Al igual que Altamira, Telésforo García veía una amenaza cultural y política anglosajona, de ahí que le dijera a Altamira: “En México, por motivos de que hemos hablado mucho y que hoy son más poderosos en La Habana que aquí mismo, el campo es propicio á una reconquista de ideales que afectan sustancialmente á la independencia material y de espíritu de estos pueblos.” IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Rafael Altamira, México, 17 de marzo de 1910, pp. 1, 2. Documento citado también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 51.

²⁵⁸ “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 27 de enero de 1910, pp. 2.

entre otras cosas, lo destacaban por ser considerado precursor de la Extensión Universitaria en España, que, recordemos, estaba encaminada a que las clases más desfavorecidas recibieran un tipo de enseñanza cultural. Sobre todo, cuando el grupo católico que estaba detrás de *El País*, probablemente hispanófilo, comulgaba con la Encíclica *Rerum novarum* de León XIII y, por tanto, promovía el catolicismo social. Sin embargo, encontramos una ausencia de argumentos por parte de este diario católico sobre el objetivo de la misión y los contenidos del proyecto hispanoamericanista que presentó Altamira. La estrategia, entonces, era clara desde un principio: desprestigiar a una figura importante de aquella institución española que se había desmarcado de la educación oficial católica y que estaba haciendo una gran labor de renovación educativa, social y cultural, es decir, la Institución Libre de Enseñanza.

Cuando la primera parte de esta polémica entre *El País* y *La Iberia* fue bajando de tono y aparentemente quedaba zanjada, el diario católico abriría una nueva batalla cuando Rafael Altamira visitara los recintos educativos oficiales. Esta acometida sería la segunda fase de la controversia y el objetivo no sería Altamira, sino que el diario católico aprovecharía las ideas del catedrático ovetense para reforzar sus posiciones combativas, en defensa de la educación religiosa, frente a los responsables de la enseñanza pública, laica y gratuita mexicana. Revivirían así sus viejas disputas contra ellos, provenientes desde la promulgación de la constitución liberal de 1857 y desde la instauración del positivismo diez años después. Época en que les fueron cerrados los espacios en la enseñanza oficial, ya que en la privada, estos católicos lograrían mantener escuelas libres en todos los niveles, así como escuelas nocturnas para adultos y círculos obreros, artesanales, industriales y agrícolas.²⁵⁹

2.6 La conferencia cultural para la elite española y mexicana

Desde su primera conferencia en territorio mexicano, Rafael Altamira no volvería a visitar el Casino Español para dirigirse a la comunidad española sino hasta el 1º de febrero de 1910, cuando cerrará el ciclo de disertaciones en la capital mexicana.²⁶⁰ El acto que fue dedicado

²⁵⁹ Véase a ICAZA DUFOUR, Francisco de: “La sociedad católica y sus escuelas de jurisprudencia”, en José Luis SOBERANES FERNÁNDEZ (coord.), *Memoria del III Congreso de Historia del Derecho mexicano (1983)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1984, pp. 349-360.

²⁶⁰ Terminada su última conferencia en la Ciudad de México, Altamira agradeció a los presentes todas las distinciones, atenciones y agasajos de las que fue objeto, y se despidió con un “hasta luego” seguramente con la firme intención de regresar algún día. Incluso, concluyó diciendo: “y aunque me despidiera, no me consideraría desdichado, porque ‘no es desdichado el que se despide, si no el que no tiene de quien despedirse’”, en “Altamira, Grieg e Ibsen”, *El Imparcial*, México, D. F., miércoles 2 de febrero de 1910, p. 2.

también a las “damas de la sociedad mexicana”,²⁶¹ consistió en una conferencia especial titulada “El Peer Gynt de Ibsen”, la cual estuvo acompañada de la música de Grieg.

Altamira habló sobre la novela del noruego Henrik Johan Ibsen como ejemplo de conferencia artística, de preparación musical, de la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo. Explicó que escogían composiciones que por su carácter descriptivo podían ser comprendidas fácilmente por los asistentes aunque no se tuvieran conocimientos de la técnica musical.

Ya en materia se refirió a la música descriptiva, la cual según él debía, en gran parte, su perfeccionamiento a la participación de los músicos españoles en la reforma musical del siglo XVI, quienes además, influyeron en los compositores italianos. Enseguida describió a los personajes del drama dentro del contexto de las tradiciones noruegas, de tal forma que “Peer, Ases, Solverg y Anitra, cobraron vida y todos y cada uno de los oyentes, pudieron darse exacta cuenta de sus pasiones, de sus impulsos, de sus hábitos.”²⁶² Continuó con la narración del argumento de la obra, “entresacó los principales pasajes que leyó con arte exquisito, y el notable quinteto Jordá—Rocabrana intercaló Alborada, Espíritus, Muerte de Asés, Danza de Anitra y Canción de Solverg.”²⁶³

Cabe mencionar que el inicio y el cierre de las actividades que Altamira realizó en la Ciudad de México se llevaron a cabo en el Casino Español. Sin embargo, en este recinto Altamira no abordó los asuntos que tenía encomendados para los emigrantes españoles, los trató en otros locales, casi siempre en los distintos banquetes a los que fue invitado como veremos a continuación.

2.7 Banquetes ofrecidos por la comunidad española a Rafael Altamira

Respecto a los homenajes que le tributaron a Rafael Altamira, es importante traer a consideración las apreciaciones de Gustavo Prado, quien tiene el estudio más completo hasta el momento del viaje a América de Altamira. Este historiador considera que estos actos que se organizaron para honrar al alicantino excedieron lo previsible. Sobre todo porque el profesor

²⁶¹ También asistieron Justo Sierra, el embajador de España: Bernardo de Cólogan, el embajador de Cuba: Antonio Martín Rivero, el encargado de negocios de la embajada de Argentina: Jacinto S. García, y representantes de la colectividad española, intelectuales, y otras personalidades como Telésforo García, José Sánchez Ramos, Joaquín Casasús y Emilio Pardo. *Ibíd.* Misma fuente citada por NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 217 y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3214. Incluso señala Nieto que esta conferencia fue reproducida por el Alfonso Pruneda, rector de la Universidad Popular Mexicana en el *Boletín de la Universidad Popular Mexicana*, México, 1912, con el título “El Peer Gynt de Ibsen, con la música de Grieg”, en NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 220. Y en MALAGÓN, *op. cit.*, p. 67.

²⁶² Altamira, Grieg e Ibsen”, *El Imparcial*, México, D. F., miércoles 2 de febrero de 1910, p. 2.

²⁶³ *Ibíd.* Misma fuente citada también por NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 217, y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3214.

ovetense no tenía la popularidad de algún político reconocido u hombre de letras famoso, ni se produjeron en el marco de los festejos del Centenario. Estos banquetes de homenaje, por tanto, sólo pueden entenderse gracias a tres factores, según Prado: por el desempeño de Altamira; por la movilización que produjo en la colectividad española el hecho de que la vista fue acogida con singular interés por los gobiernos y la prensa americanos, y por la actividad promocional de algunos individuos —líderes del ámbito comercial, de las profesiones liberales o del periodismo— que aprovecharon la coyuntura para incitar a la comunidad española a refrendar su identidad y patriotismo.²⁶⁴ En el recuento de estos actos por parte de la comunidad española tenemos los siguientes.

El Ministro de España en México, Bernardo de Cóllogan, se encargó de ofrecer el primer banquete en honor de Rafael Altamira. Al evento, celebrado la noche del viernes 17 de diciembre en el edificio de la Legación, fueron invitados los miembros del Cuerpo Diplomático Extranjero residente en la capital y personalidades de la sociedad mexicana.²⁶⁵ Se desconoce si Altamira pronunció algún discurso en esta reunión entre diplomáticos.

Sólo en los últimos días de su estancia Altamira encontró la oportunidad para poder concretar su intención de dirigirse a los miembros de la colectividad española en su conjunto.²⁶⁶ Ésta se dio en una cena ofrecida por el Centro Asturiano en el marco de la inauguración de los cursos nocturnos de esta Sociedad, el viernes 28 de enero de 1910. En dicho evento estuvieron representados el Casino Español, el Centro Gallego, el Centro Vasco y el Centro Castellano.²⁶⁷ Ante estas representaciones españolas el profesor de la Universidad

²⁶⁴ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 479.

²⁶⁵ “Obsequio al Sr. Altamira”, *La Iberia*, jueves 16 de diciembre de 1909, p. 2. Por parte del Cuerpo Diplomático se excusaron por no poder asistir el Secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, y Davis E. Thompson y en cambio, acudieron el Ministro de Italia Conde Raybandi Massiglla, y Jacinto S. García, Encargado de Negocios de Argentina. Entre los otros invitados que asistieron se encontraban Justo Sierra, Federico Gamboa, Subsecretario de Relaciones, Porfirio Díaz Jr. y Francisco Alvarado, en “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 18 de diciembre de 1909, p. 3.

²⁶⁶ Recordemos que Custodio Llanos le había escrito a Rafael Altamira para pedirle que interviniera en el conflicto de desunión que había en la Colonia, por ello, en otra carta le reiteraba que, ante la división de la colectividad española y para que su palabra “neutra”, persuasiva y sabia no se dispersara y perdurara en los actos de la comunidad española, pronunciara una conferencia con el tema de “La organización de la escuela de emigrantes y enunciar los medios de cumplir su misión los españoles en América”. Para esto le solicitaba que buscara un lugar neutral para tal disertación con el fin de que no lo escuchara una minoría de españoles o, al contrario, una mayoría exclusiva de alguno de los bandos., en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Custodio Llanos a Rafael Altamira, México 12 de enero de 1910, p. 1. Y IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Custodio Llanos a Rafael Altamira, México, 14 de enero de 1910, 2 pp. Citada también en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 476, 477 (notas al pie Nos. 674 y 675).

²⁶⁷ Como puede verse en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Alfredo Romano a Rafael Altamira, México, 29 de enero de 1910. El anuncio y la reseña del banquete fueron publicadas en el periódico oficial: “Centro Asturiano”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 28 de enero de 1910, p. 2 y “Fiesta en el Centro Asturiano en Honor del Sr. Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 8, respectivamente. Cabe señalar que la mesa de honor estuvo compuesta, además de Altamira, por el presidente y vicepresidente del Centro Asturiano, el Sr. Cobian y el Sr. Francisco Valle, por el presidente del Casino Español, José Sánchez Ramos, además de Telésforo García y José González., en Fiesta en el Centro Asturiano en Honor del Sr. Dr. Altamira”, *Ibíd.*

de Oviedo pronunció un discurso que tituló “La misión docente de las Asociaciones españolas en América”²⁶⁸ en el que analizó los beneficios y las ventajas que producía la educación de la comunidad española para España e Hispanoamérica. En ese sentido, explicó que la instalación de escuelas para emigrantes en la propia España, donde se les preparase para su llegada a América, permitiría evitar congestiones de emigrantes en algunos países que más allá de producir beneficios provocaba algunos conflictos.²⁶⁹

Cabe comentar que la reseña del periódico oficial *El Imparcial* se enfocó sobre todo al banquete. Dijo que este evento fue considerado por importantes miembros de la colectividad española como muy significativo para “la futura inteligencia entre las diversas sociedades ibéricas”. Señaló que después del discurso de Altamira, el pianista Derteano había ejecutado algunas piezas mientras se servía el banquete a más de cien personas, y que fue el vicepresidente del Centro Asturiano quien ofreció el primer brindis en honor y agradecimiento al profesor de la Universidad de Oviedo. Le secundó el presidente del Casino quien brindó también por Altamira y por la unión de todos los españoles en México, y prolongaron el brindis Telésforo García, los representantes de los demás centros: por el Centro Gallego el Sr. Vico, por el Castellano los Sres. Durán y Fernández, así como el secretario particular de Altamira: el Sr. Alvarado, y por la prensa Hilario Teja.²⁷⁰

Al siguiente día, el sábado 29 de enero, Altamira fue invitado al Casino Español, donde le ofrecieron un banquete con alrededor de cuatrocientos invitados.²⁷¹ Asistieron — además de los representantes de la colectividad española y políticos— profesores y alumnos

²⁶⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., pp. 185-186. Gustavo Prado señala que el discurso mecanografiado sobre esta conferencia resguardado en el archivo de la Universidad de Oviedo, no se corresponde en contenidos y tampoco en fechas, PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 473 (nota al pie No. 665).

²⁶⁹ “Fiesta en el Centro Asturiano en Honor del Sr. Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 8. Y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., pp. 3213 y 3214.

²⁷⁰ “Fiesta en el Centro Asturiano en Honor del Sr. Dr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 8

²⁷¹ En la mesa de honor además de Altamira estuvieron Justo Sierra, Bernardo de Cólogan, José Sánchez Ramos, Guillermo de Landa y Escandón (Gobernador del Distrito Federal), Fernando Pimentel y Fagoaga (Presidente del Ayuntamiento de la Ciudad de México), Ezequiel A. Chávez, Luis Elguero, Pablo Macedo, Indalecio Sánchez Gavito, el General Joaquín Beltrán, Leopoldo Kiel, Adolfo Prieto, Manuel Suárez, Porfirio Parra, José Romero Dusmet, Rafael Elguero, Miguel Llano, Manuel Toussaint, Juan Mansilla Río, Rafael Sierra, Manuel Vico y López, Baltazar Márquez, Vicente Sánchez Gavito, Ramón Prida, Miguel Varona, José Terrés, Eustoquio Campomanes, Carlos Robles, Luis Velasco Rus, Luis Salazar (Director de la Escuela Nacional de Ingenieros), José Sainz, Gonzalo Garita, José Vega, Ángel Gaviño Iglesias, Jesús Sánchez, Genaro García, Alfonso Pruneda, Gregorio Torres Quintero, Manuel Uribe Troncoso, Ramón Icaza, José A. Larín, Saturnino Sauto, Feliciano Cobián, Félix Martín, Francisco Sordo Pedregal, Carlos Lazo, José Visozo, Leopoldo Batres, Miguel E. Schulz, Antonio Caso y Telésforo García. El anuncio de este banquete fue hecho por el periódico oficial días antes, véase “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., miércoles 26 de enero de 1910, p. 3, y reseñado en “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 3, en “En el Casino”, *La Iberia*, México, D. F., martes 1º de febrero de 1910, p. 1, y en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3216. Incluso, el Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, recibió un telegrama de José Sánchez Ramos que decía: “Celebrado banquete honor Altamira, asistencia estudiantes capital, grandiosísimo entusiasmo unión intelectual España Méjico”, en *El País*, Madrid, martes 1º de febrero de 1910, p. 2, y en *El Globo*, Madrid, martes 1º de febrero de 1910, p. 1.

distinguidos de las Escuelas Superiores Profesionales —quienes fueron representando a sus escuelas en grupos de veinte—. Prácticamente fue la despedida no oficial de Altamira con las personalidades mexicanas del ámbito de la política y de la educación que directa e indirectamente lo acogieron en su vista a la Ciudad de México.

José Sánchez Ramos brindó por Altamira y dijo que al organizar este evento donde se veía unida a la familia mexicana y española, la institución que dirigía buscaba ser consecuente al homenajear al final de su misión a Altamira, ya que ellos habían sido los que introdujeran al profesor de la Universidad de Oviedo, quien —dijo—:

[...] después de recorrer triunfante varios países de la América del Sur, había llegado a México, en misión de confraternidad intelectual, y aquella misma sala había servido de teatro para su primera conferencia [...] siendo que desde entonces el sabio catedrático se había dejado oír muchas veces contándose sus pláticas como triunfos.²⁷²

Altamira en su informe destacó también las palabras que pronunciara en el brindis Justo Sierra ya que fue “sancionador del acogimiento sincero que Méjico ha hecho al programa americanista de la Universidad ovetense.”²⁷³ La fiesta tuvo tal repercusión que hasta en el semanario *Actualidades* de Madrid se publicaron algunas fotos de las majestuosas instalaciones del Casino, los retratos de Altamira, Sierra, Telésforo García, José Sánchez Ramos y José Vizoso, acompañados de las notas que ya había publicado *La Iberia* sobre el número de asistentes a la fiesta, sobre el carácter “familiar” y no oficial del evento, sobre la representación estudiantil que acudió a dicha celebración y sobre la velada que el Ateneo de la Juventud —sobre la que volveremos más adelante— había organizado en días pasados, a la que concurrieron más de dos mil personas. En esta reseña, la revista calificó el evento de tal envergadura que no tenía comparación con ningún otro, como consecuencia de la labor desempeñada en México por Altamira:

Tuvo tan excepcional importancia el banquete que ofreció el Casino Español á Altamira, fué de tan señalada significación por las palabras del ministro mejicano y por la acogida entusiástica y llena de simpatía que dieron los mejicanos concurrentes á la fiesta, á las frases de Altamira, á las del presidente del Casino, abriendo las puertas de él a los mexicanos, y á las del Sr. García, que, como siempre, dio la nota patriótica y encarnó ese festejo de tal manera en el ideal de la unión ibero-americana, y fue a tal grado conmovedor, y será de tanta trascendencia para el porvenir, que puede afirmarse que no tiene precedentes el hecho.²⁷⁴

²⁷² “En el Casino”, *La Iberia*, México, D. F., martes 1º de febrero de 1910, p. 1.

²⁷³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., p. 188.

²⁷⁴ “Altamira en Méjico”, *Actualidades*, Madrid, núm. 107, jueves 3 de marzo de 1910, pp. 8, 9.

Otro banquete ofrecido a Altamira donde pudo dirigirse a la comunidad española fue justo en la tarde del domingo 30 de enero. Esta vez, la Sociedad del Gremio de Abarrotes y Cantinas ofreció una fiesta en honor al emisario de la Universidad de Oviedo a la que asistieron más de seiscientas personas entre agremiados e invitados. El alicantino compartió la mesa de honor con Telésforo García, Severino Peleteiro, presidente de la Sociedad y los demás miembros de la Mesa Directiva.²⁷⁵

Para iniciar la celebración Peleteiro presentó a Altamira y sus palabras se centraron en destacar la patriótica obra que estaba realizando en América el emisario alicantino. Enseguida, Altamira tomó la palabra y dijo que era un placer hablar en un centro de la Sociedad de Abarroteros en donde por el tema de los negocios se encontraban reunidos íntimamente españoles y mexicanos. Les explicó la importancia y lo que representaba la emigración para España. Llamó la atención sobre el valor “del esfuerzo privado para la realización de grandes obras sociales”, y les recomendó que fundaran escuelas, y que si no les era posible, que al menos organizaran cursos que fortalecieran su cultura comercial.²⁷⁶

Cabe señalar que en su informe, Altamira resaltó que en repetidas ocasiones —refiriéndose a las palabras que dirigió en este evento a los abarroteros, al discurso pronunciado en el banquete ofrecido en el Centro Asturiano y seguramente a todas las charlas que tuvo en privado con los representantes de la comunidad española—, invitó a sus compatriotas a que organizaran la educación del emigrante de manera formal y sistemática, y que ante la solicitud que le hicieron de que les diseñara un plan de escuelas de este género, dijo que se había propuesto satisfacerla cuando tuviera oportunidad.²⁷⁷

Regresando al evento, para completar los números de la fiesta, en un breve discurso improvisado, Telésforo García recuperó los puntos más importantes de la Extensión Universitaria; un miembro de la sociedad recitó una poesía, y el Orfeón Popular, dirigido por Ignacio Quesadas, ofreció algunos de sus números. Según *El Imparcial*, el señor Quesadas había invitado anteriormente a Altamira a una velada que pensaba dar en su honor pero, dada la apretada agenda del alicantino, esta invitación no logró concretarse, razón por la cual

²⁷⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., p. 186. “La Sociedad del Gremio de Abarrotes y Cantinas celebra en honor del Sr. Altamira una brillante fiesta”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 31 de enero de 1910, p. 6. El Presidente de este gremio además de agradecerle a Altamira mediante carta su presencia y las palabras que les dirigió, le hizo un obsequio (no descrito) en nombre del Gremio. IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete del Gremio de Abarrotes y Cantinas y firma autógrafa de su presidente Severino Peleteiro a Rafael Altamira, México, 2 de febrero de 1910. 1 p.

²⁷⁶ “La Sociedad del Gremio de Abarrotes y Cantinas celebra en honor del Sr. Altamira una brillante fiesta”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 31 de enero de 1910, p. 6.

²⁷⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., p. 187. La creación de institutos y colegios españoles fue también el tema central de la conferencia que dictó Altamira en el Club Español de Buenos Aires en octubre de 1909. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España y el Programa Americanista*, op. cit., p. 37.

Altamira le pidió al señor Quesadas que llevara el Orfeón a la fiesta de la Sociedad de Abarroteros donde además de escuchar sus coros, les iba a dirigir unas palabras. Así, cuando los miembros del Orfeón terminaron sus números, Altamira los pasó a un salón donde les dirigió algunas palabras de aliento y les recomendó seguir trabajando por su cultura.²⁷⁸

Las últimas celebraciones en honor de Rafael Altamira antes de viajar a Veracruz y Yucatán se produjeron el martes 1º y el miércoles 2 de febrero. La Legación Española ofreció una comida en honor de Rafael Altamira en el lujoso restaurante Chapultepec, a la que acudieron Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, los hermanos Macedo, Agustín Rodríguez y directores de las Escuelas Superiores.²⁷⁹ Y al siguiente día, en el mismo sitio se celebró otro banquete, esta vez por invitación de dos de los socios honorarios del Casino Español, los señores León S. Kuhn (empresario que por primera vez en México estableció la fabricación de la malta) y Felipe T. Robertson, quienes junto con Rafael Altamira habían sido recientemente designados socios de honor en la Asamblea General de la Junta Directiva del Casino celebrada el día 26 de diciembre de 1909.²⁸⁰

2.8 Actividades con la comunidad española en Veracruz y Yucatán

Altamira salió del Distrito Federal hacia Veracruz el 2 de febrero. La comunidad española y las autoridades locales se organizaron para que pronunciara una conferencia que se tituló “La obra pedagógica de la Universidad de Oviedo” en el Casino Español. La Junta Directiva y los socios del Casino Español veracruzano se encargaron de brindarle todas las atenciones durante su breve estancia en esa provincia.²⁸¹

Asimismo, los miembros del Círculo Español Mercantil, quienes lo había nombrado socio honorario el 15 de enero,²⁸² a través de su presidente Antonio G. de Presno, le comunicaron su apoyo a la misión de la siguiente manera:

²⁷⁸ “La Sociedad del Gremio de Abarrotes y Cantinas celebra en honor del Sr. Altamira una brillante fiesta”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 31 de enero de 1910, p. 6.

²⁷⁹ “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 2. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 27, y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3216.

²⁸⁰ “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 2. OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3216. La Orden del Día de la Asamblea convocada por la Junta Directiva del Casino Español para el 26 de diciembre de 1909 fue publicada en *La Iberia* del día 17 de diciembre de 1909, p. 2., del día 18 de diciembre de 1909, p.2, y del 22 de diciembre de 1909, p. 2. Y la nota de los resultados de la Asamblea en “Actualidades. En el Casino”, *La Iberia*, México, martes 28 de diciembre de 1909. p. 1. También en una nota de *El Imparcial* se menciona que fueron aceptados por aclamación como socios Altamira, Robertson y Kuhn, y demás se dice “Ningún mérito tenemos ya que hacer valer acerca de la personalidad del egregio embajador de la Universidad de Oviedo, quien actualmente realiza con su obra de cultura, el alto valer de su misión”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 15 de enero de 1910, p. s/n.

²⁸¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América...*, op. cit., pp. 188-189.

²⁸² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, op. cit. p. 114.

Como Ud ha de estar persuadido de que nuestra adhesion es verdadera é hija únicamente del entusiasmo que en nuestra alma de patriotas há despertado la patriótica y muy trascendental obra que ha ejecutado Ud en esta República en honra y prestigio de la Patria que adoramos, nos dispensará la libertad tomada, aunque sea juzgándonos abusadores, en nuestro papel de sectarios devotos de Ud y de su obra.²⁸³

Cabe comentar que en Veracruz, la comunidad española preocupada por su imagen, aprovechó la visita de Altamira para informarle que, dada la proximidad de los festejos del Centenario, habían solicitado al vicecónsul una condecoración para el gobernador del Estado Teodoro A. Dehesa, quien era reconocido por la comunidad española por su buena disposición para atender y apoyar sus solicitudes, sobre todo con la Sociedad Española de Beneficencia.

La solicitud —que esperaban fuera atendida antes de dichos festejos—, era de cierta forma una medida política “altamente beneficiosa para todos los intereses españoles que en esta jurisdicción radican”, que se iba a utilizar para contrarrestar la mala imagen que pudiera derivarse por el hecho de que el puerto no iba a recibir durante estos festejos la visita de algún buque de guerra español, como en cambio si lo iban a hacer algunas otras naciones. Esta solicitud, de ser atendida por el gobierno español, consideraban que sería un “poderosísimo elemento para futuro aumento y quizá predominio del comercio español con esta Nación.”²⁸⁴

Finalmente Rafael Altamira se dirigió al puerto de Progreso en Yucatán en un barco de vapor americano y de ahí arribó en tren a la ciudad de Mérida, donde tenía programado pronunciar algunas conferencias más y permanecer una semana.²⁸⁵ Llegó al puerto de Progreso el día 6 de febrero y permaneció en tierras yucatecas hasta el sábado 12. La organización de la recepción estuvo a cargo del Agente Consular de España, Rogelio V. Suárez, quien acompañado de representantes del Centro Español, autoridades, representantes

²⁸³ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete del Círculo Español Mercantil y firma autógrafa de su presidente Antonio G. de Presno a Rafael Altamira, Veracruz, 26 de febrero de 1910, 1 p.

²⁸⁴ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Antonio G. de Presno (Presidente del Círculo Español Mercantil), a Federico Gutiérrez y Pico, Veracruz, 23 de febrero de 1910. 2 pp. Documento citado también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 474 (nota al pie No. 669).

²⁸⁵ “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 1. Y también en “Despedida del prof. Altamira”, *La Iberia*, México, domingo 30 de enero de 1910, p. 2. Aunque según el periódico *La Democracia*, todavía unos días antes de la llegada de Altamira se desconocía cuántas conferencias iba a dictar: “[...] los temas de éstas, pero sean cuántas fueren, es seguro que atraerán la atención, de todo nuestro elemento intelectual y de nuestra sociedad, por su alto valer instructivo.”, en “La llegada del sabio Altamira”, *La Democracia*, Yucatán, viernes 4 de febrero de 1910, p. 4

de los centros educativos y de diversas sociedades, recibieron a Rafael Altamira.²⁸⁶ La prensa local también lo acogió de buena manera.

El *Diario Yucateco* se encargó de hacerle en su primera plana una excelsa presentación un día después de su llegada:

A este incansable cultivador de la ciencia, no solo hay que mirarle desde el punto de vista de su elevada figura en el campo del saber, sino también hay que considerarlo como uno de los más grandes amantes de la humanidad, a cuyo mejoramiento y progreso ha consagrado toda su vida, llena de una actividad casi inconcebible en los alcances de un solo hombre. [...] Precedido de la inmensa y brillante fama que se ha conquistado en sus fructíferas conferencias en todos los países que ha visitado; frescos todavía los laureles que ha alcanzado en la capital de nuestra República, llega a nosotros el eximio sociólogo, el eminente historiador [...] hemos visto acudir ayer a recibir y saludar al señor Altamira, a los distinguidos representantes en nuestro país, de la Ciencia, de la Literatura, del Arte, del Comercio y de la Agricultura...²⁸⁷

Por su parte, el periódico *La Democracia*, que calificaba de muy breve la estancia de Altamira en Yucatán, señalaba que su corta vista sería fecunda “en provechosas enseñanzas para la sociedad yucateca y muy especialmente para los elementos intelectuales”, y que daría ocasión para que “palpitara por un mismo ideal los corazones de los hombres de valer de nuestro Estado y los de los españoles que aquí tienen su residencia, presentando al señor Altamira un campo ávido de recibir los beneficios de su obra.”²⁸⁸

Después de las actividades que Rafael Altamira había realizado en la capital mexicana con la colectividad española, su estancia en Yucatán, dentro de lo que cabe, fue de las más productivas. Según *La Democracia*, el mismo día que llegó, ofreció una conferencia sobre la Extensión Universitaria en el Centro Español, y nuevamente cerró su ciclo de conferencias en este centro, tal como lo había hecho en la Ciudad de México.²⁸⁹ En la última disertación, la cual tuvo lugar el 10 de febrero a propósito de un banquete que le ofrecieron al haberlo nombrado presidente de honorario,²⁹⁰ y al que asistieron el Ministro Olegario Molina, autoridades, representantes de la comunidad española, de la sociedad yucateca y del clero, Altamira volvió a centrarse en el tema de la educación de los emigrantes.

Es importante mencionar que en el marco de este evento, se tomó el acuerdo de invitar a todos los centros de españoles en América a que se unieran a la misión de la Universidad de

²⁸⁶ “La llegada del sabio Altamira”, *La Democracia*, Yucatán, viernes 4 de febrero de 1910, p. 4.

²⁸⁷ Prado citando el *Diario Yucateco*, Mérida Yucatán, 7 de febrero de 1910. PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p.473 (nota al pie No. 666).

²⁸⁸ “El Sr. Dr. D. Rafael Altamira”, *La Democracia*, Yucatán, 16 de febrero de 1910, p. 2.

²⁸⁹ *Ibíd.*

²⁹⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *España y el Programa Americanista*, op. cit., p. 34.

Oviedo.²⁹¹ Se desconoce si se le dio seguimiento a este acuerdo, pero en todo caso, para Altamira la opción de convencer a los emigrantes españoles para impulsar el programa americanista, era lo más viable ante el escaso interés del gobierno español (como se ha venido proponiendo a lo largo de esta tesis).

Finalmente, el 12 de febrero en el puerto de Progreso, la colectividad española le ofreció un brindis y un banquete horas antes de que partiera hacia Cuba. En dicho evento, Altamira dio una última conferencia y en ella se refirió a los logros de su viaje alcanzados hasta ese momento. Antes de embarcar el vapor con dirección a La Habana envió un par de mensajes personales que, por la forma en que están redactados, seguramente fueron hechos llegar a sus destinatarios vía telegráfica. Uno de ellos fue para el presidente del Casino Español de México al que decía: “Al abandonar playas mexicanas envío á V. y españoles abrazo cordial, gratitud inmensa. Altamira”. Y el otro fue para su amigo Telésforo García: “Abrazo afectuoso despedida, imborrable gratitud.”²⁹²

De esta manera, Rafael Altamira, quien concurrió a más banquetes que conferencias con la comunidad española radicada en la capital mexicana, Veracruz y Yucatán,²⁹³ no concretó con sus coterráneos acciones que pusieran en marcha sus propuestas. Pese a esto, es importante cerrar este apartado destacando la relevancia de Telésforo García como puente entre Altamira y la comunidad española radicada en México. Como se demostró, las actividades del catedrático ovetense frente a este colectivo se llevaron de la mano de Telésforo García, quien sin vacilar, no sólo buscó la posibilidad de que sus compatriotas, tan desunidos en ese momento, lograsen concurrir en acuerdos para canalizar entre sí los objetivos presentados por el emisario de la Universidad de Oviedo, sino que además, intercedió para lograr una conexión con otros espacios de relevancia política y social. De ahí que lo consideremos en la terminología del análisis de redes como un “puente”.

En efecto, Telésforo García vinculó a Rafael Altamira con la red intelectual y política más poderosa en esos momentos de la que formaba parte. Esta red estaba integrada por los intelectuales positivistas, encabezados por Justo Sierra, que desde los años setenta habían creado un vínculo hispano-mexicano. Este vínculo, como pudo verse, se fue conformando gracias a que estos intelectuales eran hispanófilos, gracias también a que habían adoptado

²⁹¹ Esto último se decidió entre otros acuerdos no especificados según una nota manuscrita (sin fecha) de Altamira que dice: “El Centro español de Mérida (Yucatán) en junta extraordinaria del 10 de febrero de 1910, tomó entre otros acuerdos referentes á la obra americanista de la Universidad, el que sigue:

‘3º Invitar á todos los centros de los españoles residentes en la América, para que sumen sus esfuerzos a los nuestros en el sentido de coadyuvar á las patrióticas conclusiones sustentadas por la ilustre Univ. de Oviedo’”. IESJJA/LA documento s.c., Asimismo, Altamira recordará este acuerdo seis años después en su libro *España y el programa americanista*, op. cit., p. 34.

²⁹² IESJJA/LA documento s.c., Notas manuscritas de Altamira. S/F.

²⁹³ De acuerdo a la contabilización de actividades de Altamira con la comunidad española en estas tres ciudades, se lograron registrar en esta investigación seis conferencias y ocho banquetes.

como modelo a seguir para desarrollar su política científica las ideas políticas de Castelar y porque el vínculo hispano-mexicano se había fortalecido, como había pasado en toda América, gracias al contexto de 1898 en el cual España había dejado de ser el enemigo de la región para cederle ese papel a los amenazantes Estados Unidos.

Telésforo García fue por tanto —y aquí coincidimos con Hale— el principal promotor del vínculo hispano-mexicano. Cuando Altamira llegó a México en 1909 García era un hombre importante de la vida nacional y de la colectividad española. Analizamos el entramado mediante el cual buscamos entender las claves que llevaron a este emigrante montañés convertirse en una figura central en el porfiriato. Destacamos su labor intelectual cuyas coordenadas fueron trazadas a lo largo de la década de 1870, principalmente, por su trabajo periodístico, por ser parte del grupo de intelectuales positivistas liderados por Justo Sierra que estaban fuertemente vinculados al gobierno y por haber participado en los debates nacionales en materia educativa. Asimismo, destacamos su papel dentro de la colectividad española, sobre todo durante la década de 1890 —pese a que sigue estando desatendido en los trabajos sobre los emigrantes cántabros en México que han estudiado el papel protagónico que han tenido en el comercio y las letras—, recuperando su labor patriótica y política, su dedicación altruista y que, siguiendo los patrones de la emigración española en México, no fue ajeno a prestar apoyo a sus compatriotas.

Adentrándonos en los recovecos de su biografía, mostramos que la historiografía ha dado pistas de que García durante la década de 1880 fue un prominente hombre de negocios que como otros de sus coterráneos había llegado a México sin mucho, que se había dedicado al comercio y relacionándose con las redes de poder lograría prosperar. En efecto, por lo poco que se conoce García amasó su fortuna gracias a sus relaciones comerciales y financieras con el gobierno, pero al mismo tiempo estos hombres del gobierno eran los mismos que desde la juventud habían tejido una red intelectual y cultural en la que García era un nudo importante. De tal suerte que a través de Telésforo García se puede ver una ecuación interesante que relaciona el vínculo hispano-mexicano durante el porfiriato: redes de parentesco y negocios de la élite intelectual y política mexicana con la élite de emigrantes españoles. Relaciones que se fincaron fomentando matrimonios mixtos —García casado con una hija de una importante familia mexicana y Sierra casado con la hija de Martín Mayora, un miembro destacado de la colectividad española—, y españoles invirtiendo en la industria, aportando al desarrollo de la economía mexicana y teniendo presencia en la vida política.

3. Las propuestas de Rafael Altamira a la comunidad de abogados

3.1 Contexto de la enseñanza jurídica en México

La élite mexicana del porfiriato prácticamente tuvo su cuna en las escuelas de jurisprudencia, donde se formaron los jueces, notarios, magistrados, legisladores que necesitaba el país. Según Jaime del Arenal, la burguesía en ascenso había preferido el derecho en vez de la carrera eclesiástica y militar porque había entendido que para ejercer sus reclamos de justicia y mantener el espíritu del orden, era necesario acatar las reglas del juego que imponía el poder político en forma de leyes, códigos y reglamentos, y contar con entendidos en la materia.²⁹⁴

Así, el grupo en el poder fincó su fe en la Ley para asegurar el orden y el progreso. La Ley era vista como la única fuente del derecho, por ello, desde esta perspectiva el Estado sólo reconocía como derecho sus mismas actuaciones y rechazaba otras ordenanzas como las del derecho canónico o las de los pueblos indígenas. Esta visión política del derecho conocida como “absolutismo jurídico” se caracterizaba, según Jaime de Arenal, por ser “racional y iusnaturalista de la vida jurídica que correspondiese a la regularidad –inmutable y perfecta— del universo.”²⁹⁵

Además, esta concepción del derecho que quedaba reducida a un conjunto de normas legales —toda vez que las leyes son un tipo de normas—, permitió un nuevo concepto en la jurisprudencia, el cual sirvió “para designar ya no el saber de los juristas sino el resultado de la actividad judicial”,²⁹⁶ lo que trajo consecuencias en el ámbito de la justicia y en la enseñanza de la justicia. Es decir, entendida en estos términos formalistas fuera de contenidos, o legalistas, la impartición de justicia quedó reducida sólo a la aplicación de la ley a las situaciones que ella misma preveía, y las escuelas del derecho se concibieron por tanto como escuelas exclusivamente de leyes.²⁹⁷

²⁹⁴ El historiador Jaime del Arenal tiene varios trabajos importantes sobre la Historia del Derecho en México, por citar algunos véase por ejemplo: “Ciencia jurídica española en el México del siglo XIX”, en Instituto de Investigaciones Jurídicas, *La supervivencia del derecho español en Hispanoamérica durante la época independiente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 31-47; “La historia del derecho mexicano de Jacinto Pallares”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, No. 13, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 9-27; “De Altamira a Grossi: Presencia de historiadores extranjeros del derecho en México”, *Historia Mexicana*, abril-junio, año/vol. LV, núm. 004, México, El Colegio de México, 2006, pp. 1467-1495; “La ‘escuela’ mexicana de historiadores del derecho”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, No. 18, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, pp. 57-76;

²⁹⁵ ARENAL, Jaime del, “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, en *Memorias de la Revolución en México*, Volumen 8, México, 2010, p. 3, recurso electrónico en línea: <http://www.terra.com.mx/articulo.aspx?articuloId=948169>.

²⁹⁶ ARENAL, Jaime del, “Ciencia jurídica española en el México del siglo XIX”, *op. cit.*, p. 33.

²⁹⁷ Para una historia general del derecho en México véase a FLORIS MARGADANT, Guillermo, *Introducción a la Historia del Derecho Mexicano*, México, Editorial Esfinge, 2001.

En dichas escuelas se concebía que la ley era el resultado del paso de la ley natural a la ley positiva, del derecho natural al derecho positivo:

[...] la traducción concreta y específica de los dictados de un Orden Natural regido por la Razón, sin intervención apenas de la voluntad y, menos de la historia. Concepción del derecho en extremo abstracta y universal, cerrada y omnicomprensiva. De aquí que no se conociera ninguno de los límites impuestos por la historia, la geografía, las barreras fronterizas y las distinciones culturales y económicas, ya que sus referentes últimos no serían hombres ni mujeres concretos que habitaban sociedades diferenciadas por la historia y la cultura, sino el Hombre, convertido desde la Revolución francesa en Ciudadano.²⁹⁸

Por ello en la práctica la enseñanza del derecho civil, mercantil, penal y procesal se redujo a la enseñanza de sus respectivos códigos.²⁹⁹ No obstante, había otra concepción del derecho que se enseñaba en las escuelas pero que no tenía vida en la práctica: eran las tesis derivadas del positivismo, las cuales, desprendidas de bases metafísicas, afirmaban la influencia de las ciencias en el derecho al tiempo que lo concebían como uno más de los fenómenos observables de la realidad.³⁰⁰

Estas eran las visiones del derecho que se enseñaban en las escuelas de jurisprudencia mexicanas a la llegada de Rafael Altamira. En México parte de su obra jurídica ya era conocida a pesar de que predominaba la lectura de los juristas franceses.³⁰¹ Sin embargo, en medio de este triunfo de la codificación y el legalismo que imperaba, se pudieron filtrar algunas palabras del profesor de Oviedo que en su momento incomodaron a la élite jurista mexicana como veremos a continuación.

3.2 Las disertaciones jurídicas de Rafael Altamira en México

3.2.1 Primera conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia

El periódico oficial *El Imparcial* fue el encargado de anunciar las actividades de Rafael Altamira con la comunidad de juristas mexicanos. Desde el mismo día en que tuvo lugar la presentación de Altamira ante la sociedad mexicana en el Casino Español, desplegó la

²⁹⁸ ARENAL, Jaime del, “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, *op. cit.*, p. 4.

²⁹⁹ *Ibíd.*

³⁰⁰ *Ibíd.*, p. 5.

³⁰¹ Señala Jaime del Arenal que a finales del siglo XIX y principios del XX se mencionaba la obra de los autores de “La España moderna”, es decir, los institucionistas, entre ellos Rafael Altamira, pero no porque fueran referencia en los libros de texto de las escuelas de abogados, sino porque llegaban como nuevos autores españoles a las bibliotecas o librerías. ARENAL, Jaime del, “Ciencia jurídica española en el México del siglo XIX”, *op. cit.*, p. 42, y del mismo autor: “De Altamira a Grossi: Presencia de historiadores extranjeros del derecho en México”, *op. cit.*, pp. 1467, 1470.

convocatoria para la siguiente conferencia que sería dirigida a los alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y para el público en general.³⁰² Incluso, en esa misma edición consideró al alicantino para que extendiera el primer panegírico en honor del escultor valenciano Agustín Querol, acaecido el 14 de diciembre.³⁰³

Asimismo, el día sábado 18 de diciembre anunció nuevamente la conferencia especificando que ésta se celebraría por la tarde en la biblioteca de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y que tendría como invitados de honor a los socios de la Academia de Jurisprudencia y Legislación. Además, para seguir dando a conocer al profesor de la Universidad de Oviedo ante sus lectores anunció que publicarían por la tarde un cuento de Altamira titulado “La Boda”.³⁰⁴

Con esta propaganda previa Rafael Altamira dictó la conferencia: “Historia del Derecho Español y la Ciencia Jurídica”,³⁰⁵ que fue la primera de cinco que ofreció en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y que fueron sufragadas (cuatro de ellas) por el Ministerio de Instrucción Pública.

Jaime del Arenal sostiene que este ciclo de conferencias dictadas en la Biblioteca “Licenciado Verdad” de la Escuela Nacional de Jurisprudencia,³⁰⁶ más otras que el profesor alicantino pronunció en el Colegio Nacional de Abogados y en la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, surgieron del cursillo de diez lecciones que anteriormente había dictado Altamira en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.³⁰⁷

El discurso de presentación de este ciclo de disertaciones estuvo a cargo del ministro Justo Sierra y a este acto inaugural acudieron además del director de la Escuela, Pablo Macedo,³⁰⁸ profesores y alumnos de la misma, los secretarios de Hacienda: José Ives

³⁰² Los antecedentes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia se remontan a la Escuela de Leyes instalada en el Colegio San Ildelfonso después de que el Vicepresidente de la República, Don Valentín Gómez Farías, suprimiera la Universidad de México para establecer la Dirección General de Instrucción Pública en 1833. La Escuela Nacional de Jurisprudencia fue creada en 1868 y expedía títulos de abogado y notario. Posteriormente fue reestructurada durante el Porfiriato (1907) —donde se le incorporó al nuevo plan la enseñanza de la sociología—, e incorporada a la Universidad en 1910, donde actualmente es la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, véase: <http://v880.derecho.unam.mx/web2/modules.php?name=facultad&file=historia1>

³⁰³ *El Imparcial*, México, D. F., jueves 16 de diciembre de 1909, p. 1.

³⁰⁴ *El Imparcial*, México, D. F., sábado 18 de diciembre de 1909, p. 3.

³⁰⁵ AMAE legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan. También en Dámaso de Lario, “La misión Americana de Rafael Altamira”, *op. cit.*, p. 224. Aunque en realidad este título cambió un poco en el informe que presentó Altamira: “Historia del Derecho español”, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, p. 183. Jaime del Arenal la cita como “La Historia del Derecho”, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 10.

³⁰⁶ *Ibíd.*, p. 21.

³⁰⁷ *Ibíd.*, p. 8. Para las actividades realizadas por Altamira en Argentina véase PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira en América...*, *op. cit.*, pp. 21-28 y sobre el contexto de recepción de la visita de Altamira a Argentina, *Ibíd.*, pp. 195-306.

³⁰⁸ Pablo Macedo también ya conocía Altamira pues había acompañado a Justo Sierra al Congreso Hispanoamericano de Madrid en 1900. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 11 (nota al

Limantour; de Fomento y ex gobernador del estado de Yucatán: Olegario Molina; el ministro de Justicia: Justino Fernández; el director de la Academia de Jurisprudencia, así como varios de los socios; también asistieron el embajador Cólogan, Ezequiel A. Chávez, Víctor Manuel Castillo, Victoriano Salado Álvarez (secretario de la embajada mexicana en Washington), Rosendo Pineda y otros representantes de las sociedades españolas, maestros, abogados y políticos.³⁰⁹ Algunos de estos alumnos asistentes, que se encontraban cursando aun la carrera, fueron los fundadores de la Escuela Libre de Derecho: Alberto Campero, Eduardo del Corral, Manuel Herrera y Lasso, Ezequiel Padilla, Juan José Sánchez, Luis y Vicente Mac—Gregor, Carlos Díaz Dufoo Jr. y Joaquín Méndez Rivas³¹⁰. Es muy probable que también hayan asistido algunos miembros del Ateneo de la Juventud, así como el abogado “científico” y subsecretario de Gobernación Miguel S. Macedo, quien también será uno de los fundadores de la Escuela Libre de Derecho en 1912, y que junto con su discípulo Manuel Herrera y Lasso, serán los primeros en impartir la cátedra de Historia del Derecho en esa escuela.³¹¹

Aunque el paradero del manuscrito de esta conferencia se desconoce, Jaime del Arenal, publicó un trabajo en 1993 en el que dio a conocer el ciclo de conferencias que impartió Rafael Altamira en la Escuela Nacional de Jurisprudencia,³¹² y en el que reconstruyó las ideas principales de esta exposición auxiliándose de dos fuentes: de la reseña que publicó *El Diario* el 19 de diciembre de 1909 y que se tituló: “El sabio Altamira en la Escuela Nacional de Leyes. Preside el Lic. Sierra”, y del libro de Altamira *Historia del Derecho Español* de 1903,³¹³ justificando que era poco probable que el alicantino se hubiese distanciado de los argumentos ahí trazados con los que transmitió en la citada conferencia.³¹⁴ Sobre las otras tres conferencias si se conservan las transcripciones manuscritas, por lo que en

pie No. 20).

³⁰⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 183. También véase a ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 11. Y “Altamira en la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 19 de diciembre de 1909, p. 1.

³¹⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 11 (nota al pie No. 19).

³¹¹ *Ibíd.*, (notas al pie Nos. 21 y 22). Según Jaime del Arenal, Macedo y Herrera y Lasso leyeron los dos libros de Historia del Derecho de Altamira: *La Historia del Derecho Español* (1903) y *Cuestiones de historia del Derecho y de Legislación comparada* (1914). Y Macedo en el prólogo que hace a la obra de José Kohler: *El Derecho de los Aztecas*, hace alusión a la visita de Altamira en México: “Emprendida la lectura de las obras del ilustre don Rafael Altamira, celebrado huésped de México hace tres lustros, encontré una mención de *El Derecho de los Aztecas* [...] acerca de la propiedad comunal en el derecho de los pueblos americanos antes de la conquista.” En ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 12, 13.

³¹² Jaime del Arenal rescató estas conferencias localizadas en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia. *Ibíd.*, pp. 10, 11.

³¹³ En concreto utilizó los capítulos VIII: “El lugar de la Historia del Derecho en los estudios Jurídicos” y el X: “La utilidad de la Historia del Derecho”, *Ibíd.*, p. 13.

³¹⁴ *Ibíd.* Hizo falta una crónica del periódico oficial *El Imparcial*, quien se limitó a resumir esta primera disertación dirigida a la comunidad de abogados diciendo que Altamira “desarrolló en la estrechez de un marco de hora y media el tema, su obra é ideales, porque ni perdió de vista la misión de Oviedo, ni omitió lo que le ha de ser mas caro y es noble y simpático, hacer obra española.” “Altamira en la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 19 de diciembre de 1909, p. 1.

ellas nos apoyamos para reseñar los contenidos que presentamos a continuación y comentar las repercusiones que tuvieron en la opinión pública.

Según la reconstrucción de esta primera conferencia³¹⁵, el alicantino inició su discurso explicando que el derecho español y el mexicano estaban íntimamente relacionados por compartir las mismas fuentes. Sobre la Historia del Derecho en concreto introdujo el tema diciendo que en España no se podía dar un cuadro vivo de la Historia del Derecho porque además de que se estudiaba de manera casi nacional y sólo en el doctorado, se había separado prácticamente la historia de las demás materias con el fin de llenar las necesidades legislativas diarias de los abogados. Por ello, sostuvo —lanzando la primera propuesta a los juristas mexicanos— era necesario concebir este cuadro fuera de lo legislativo, es decir, “explicar lo jurídico como una resultante de las cosas extra-jurídicas.”³¹⁶ En efecto, Rafael Altamira tenía una visión del derecho más allá del legalismo, o de la forma, la cual tenía que ver más con la realidad social, donde se enaltecían los aspectos políticos, económicos e históricos de la norma jurídica.³¹⁷

Al hacer referencia al plan de estudios de la Escuela Nacional de Jurisprudencia advirtió que en los cursos de Economía Política, Sociología y Síntesis del Derecho, existía la tendencia de historiar el derecho por cuestiones que lo determinaban sin ser jurídicas. Sin embargo, esto resultaba un tanto peligroso porque al no haber una historia jurídica como curso separado, se podía fraccionar la unidad de ese conocimiento e impedir que se diera cuenta de las influencias que había de unas formas del derecho en las otras.

Argumentó que era fundamental que el investigador que se dedicaba a tratar temas históricos de carácter jurídico, poseyera previamente una cierta cultura jurídica que le permitiera separar los hechos propios del derecho de los que no lo eran, para así poder encausar correctamente su trabajo. Esta cultura jurídica no sólo tenía que ver con los problemas generales de la ciencia del derecho como eran “el concepto, las relaciones, la biología, etc.”, sino contemplaba también a las distintas instituciones donde se concretaba la vida del derecho, es decir, “matrimonio, familia, agrupaciones sociales, propiedad y gobierno”, las cuales implicaban un conjunto de ideas sin cuya posesión resultaba difícil la comprensión del dato histórico.

Sin embargo, señalaba que la cultura jurídica que poseían los estudiantes españoles era escasa, y el problema venía desde la instrucción primaria y secundaria dado que el

³¹⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 30-45.

³¹⁶ *Ibíd.*, p. 31. Incluso agregó “Leibniz, en su concepto de historia externa del derecho, quería decir que al derecho lo explican los fenómenos externos al derecho”, *Ibíd.*

³¹⁷ ARENAL, Jaime del, “Rafael Altamira, jurista e indianista”, ponencia presentada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Ciclo de Conferencias, *La obra histórica de Rafael Altamira, pionero del americanismo*, 25 de noviembre de 2010, Sevilla, España.

profesorado no estaba capacitado para dar nociones básicas de derecho, ni para orientar la observación y reflexión del estudiante hacia los hechos jurídicos cotidianos. Y en este punto lanzaba la segunda propuesta a los juristas mexicanos: que era necesario que el alumno entrara en

[...] los estudios históricos con una cultura jurídica especial, procedente, ya de un estudio filosófico del derecho, ya de la observación reflexiva de los hechos actuales, del medio en que vive en lo que éste tiene de jurídico, siguiendo un procedimiento de enseñanza que lo eleve poco a poco a la determinación de conceptos con referencia a los cuales adquiriera valor el conocimiento histórico retrospectivo.³¹⁸

Sobre lo mismo advirtió que esta cultura jurídica se podía lograr durante la carrera con el estudio del derecho natural o filosofía del derecho, donde se estudiaran “los problemas generales de la ciencia del derecho”, y “los de cada una de las instituciones y formas de relación jurídicas.”³¹⁹ No obstante, explicó que esto no se cumplía porque se le oponían la libertad de la cátedra y el método monográfico de la enseñanza superior, amén que dentro de los planes de estudio españoles, por lo general, la asignatura de derecho natural o filosofía del derecho resultaba insuficiente porque sólo se le dedicaba un curso. Ante esta problemática dijo que era conveniente impartir también, al menos, el curso de derecho romano (público y privado), ya que así el alumno, aunque sólo tuviera un tipo de derecho histórico, al menos podría obtener un conocimiento de conjunto de las relaciones jurídicas fundamentales con sentido histórico.

De esta forma, declaró que cuando se pudiera fortalecer la cultura jurídica — apoyándose también en los esfuerzos encaminados a solventar las deficiencias en las enseñanzas primaria y secundaria respecto al derecho— las clases de filosofía del derecho serían más productivas y el enlace con la historia del derecho resultaría mejor.

Con relación a la ubicación del curso de historia del derecho dentro de los planes de estudio, explicó que esta materia se creó en España para descargar la parte histórica de las materias restantes y así pudieran centrarse en el derecho positivo en vigencia. Comentó que en el año 1883, cuando se creó el plan de estudios, se colocó el curso referido en el primer año de la facultad, a la par que el curso de filosofía o derecho natural; sin embargo, dijo, esta simultaneidad no era muy provechosa para el curso de historia del derecho.

Posteriormente, con el plan de 1884 se situó a la historia del derecho en el segundo año, pero aun así seguía siendo infructuoso, por lo que desde su perspectiva opinó que era

³¹⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 34.

³¹⁹ *Ibid.*

mejor colocarla en el último año hasta que la cultura jurídica se obtuviera desde la segunda enseñanza. Cuando idealmente se lograra adquirir esta cultura jurídica, antes de entrar a la Facultad, entonces la historia del derecho podría regresar al lugar que le correspondía, es decir, al primer año, para que precediera a todas las materias de derecho positivo y lograra complementarse útilmente con el curso de filosofía del derecho.

Asimismo, indicó que la duración de sólo un curso de la asignatura de historia del derecho era insuficiente, por lo que expresó su deseo de que al menos se impartiera en dos cursos y que fuera de todos los días.

Sobre la utilidad de los estudios históricos del derecho para la práctica y la cultura jurídica, argumentó que para que un jurista explicara, sistematizara y reformara el derecho existente, necesitaba no solamente del razonamiento puro, sino también del conocimiento del desarrollo histórico de las legislaciones del pasado. El carácter histórico de la vida jurídica dijo que era algo que ya se había incorporado a la ciencia gracias a los trabajos de la escuela de Savigny. No obstante, señaló —y aquí probablemente provocó alguna disensión entre los juristas mexicanos asistentes— que quedaban por examinar las objeciones de los utilitarios, quienes apegados al derecho positivo, además de idolatrar la ley y considerar la realidad inmutable, despreciaban la costumbre como fuente del derecho y negaban la “sustantividad creadora” de la jurisprudencia.³²⁰

En ese sentido, argumentó que para redimir este error era útil la cátedra de historia del derecho, porque era muy importante para la realización de la justicia en el mundo que los encargados de defenderla y aplicarla se desprendieran de esa idolatría por el derecho vigente y adquirieran la flexibilidad que otorgaba la observación reflexiva de la realidad cambiante y dependiente de las condiciones históricas del sujeto y de su medio. Porque cuando se conocía como nacían las leyes, cómo cambiaban o cómo se contradecían con la realidad, era imposible conservar esa rigidez ordenancista que había provocado muchos males y había encubierto muchas injusticias.

Además, sostuvo, no había que olvidarse que las leyes que parecían más nuevas y originales, tenían precedentes y estaban conformadas por rezagos y supervivencias del derecho del pasado, por ello era obvio que resultaba imposible comprender plenamente el carácter, alcance y sentido del derecho vigente sin conocer su procedencia.³²¹

Finalmente dijo que había muchos ejemplos que citar sobre la utilidad de la historia del derecho y unos eran tan básicos como que en el terreno legal la interpretación se hacía

³²⁰ *Ibíd.*, p. 41.

³²¹ De ahí que citando a Lambert, Altamira señalara: “...la evolución de nuestro derecho civil no aparece en toda su claridad y exactitud mientras no se la confronta con la evolución paralela de cierto número de legislaciones europeas que, no solamente pasaron, en tiempo iguales á los nuestros, por las mismas fases que la nuestra, sino que, además, han sufrido las mismas influencias germánicas, feudales, canónicas y romanas.” *Ibíd.*, p. 42.

sobre la base del derecho anterior cuando la nueva ley no era tan explícita. O con relación a la política jurídica, citó que sólo la historia podía ilustrar acerca del espíritu de los pueblos, de sus instituciones y de sus reformas.³²²

Cabe señalar que como sucedió en la conferencia de presentación ante la sociedad mexicana del profesor Altamira, los elogios por parte de algunos periódicos no se hicieron esperar. El diario *La Iberia*, en una nota publicada el martes 21 de diciembre, comentó que la segunda conferencia en territorio mexicano de Rafael Altamira y primera para la comunidad de abogados había sido un nuevo triunfo para la Universidad de Oviedo, y que el tema tratado había sido abordado con “elocuente sencillez y con tal claridad explicado, que aún los profanos pudimos penetrar a lo que pudiera suponerse incomprensible arcano de una ciencia árida e inaccesible.”³²³ El periódico oficial, por su parte, se centró en las cualidades oratorias del alicantino y prácticamente el redactor de la nota no dijo nada concreto del contenido de la conferencia.³²⁴ Mientras que el diario católico *El País* aprovecharía las otras conferencias que Rafael Altamira dictaría en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, las cuales se realizarían a su regreso de la estancia corta que tuvo en Estados Unidos, para atacar al sistema educativo oficial mexicano, como lo veremos a continuación.

3.2.2 Segunda conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia

El martes 18 de enero, pronunció la segunda conferencia titulada “Organización práctica de los estudios jurídicos” e ilustró su presentación con “ejemplos de ejercicios, seminarios, academias, etc., en Universidades españolas”.³²⁵

³²² Citando nuevamente a Lambert “Las conclusiones de la historia, sea local, sea, muy especialmente, comparada, facilitarán la deducción del espíritu general de las legislaciones contemporáneas, revelando que, entre las diversas soluciones dadas hoy a cada problema, algunas son debidas a fenómenos accidentales y pasajeros y otras son supervivencias de estados de la evolución jurídica cuyo tiempo pasó ya.” *Ibíd.*, p. 44.

³²³ “La 2ª. Conferencia de Altamira”, *La Iberia*, México, martes 21 de diciembre de 1909, p. 1. Misma fuente citada por DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, *op. cit.*, p. 400.

³²⁴ De la reseña de *El Imparcial* destacamos lo siguiente: “Y dentro, en el salón que albergó al eminente Altamira, había jurisconsultos mexicanos que en la tortura del tiempo estarían recordando aquellas figuras de entre ellas quizá la más amable, la de Tácito [...] Como su eminente paisano Cajal, Altamira es franco y sincero. En la Historia del Derecho español, pide confesión de cuanto ignoramos, localizar bien los conocimientos, presentar las opiniones é hipótesis como tales. Como allá en el Casino, en la Escuela predica no solamente el saber, sino el valor moral que entraña el fondo de la Jurisprudencia. Los asistentes no olvidarán esta sabia conferencia, la profundidad del lenguaje y propiedad de su léxico”, en “Altamira en la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 19 de diciembre de 1909, p. 1.

³²⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, p. 183. A este evento de entrada libre, que inició a las seis de la tarde y que duró dos horas, acudieron Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, los hermanos Macedo: Pablo y Miguel, Telésforo García, Carlos Pereyra, Victoriano Salado, Joaquín Eguía Liz, Julio Guerrero, el ateneísta Antonio Caso, Nemesio García Naranjo, Ricardo Guzmán, y Víctor Manuel Castillo. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 20 (apoyándose de *El Diario* del 19 de enero de 1910). El periódico oficial hizo el anuncio de esta conferencia el mismo día de su impartición: “Conferencia del señor doctor Altamira en la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., martes 18 de enero de 1910, p. 8.

Altamira inició su conferencia diciendo que en la organización de los estudios jurídicos había dos cuestiones fundamentales: la primera era el plan de estudios y la segunda la forma de enseñar las materias, es decir, el método. Y que sólo se iba a ocupar de esta segunda cuestión. En este orden de ideas comentó que el tema del método era algo que no se discutía en ningún lugar, porque había resistencia a una reforma metodológica, porque se seguía creyendo que el derecho, al ser un fenómeno de razón cuya manifestación social era la ley, solamente debía producir métodos para concebirse como una disciplina de razón pura, y reducida a la interpretación y estudio del fenómeno legislativo. Frente a esta concepción, sostuvo que estaba aquella otra que concebía al derecho como un fenómeno complejo de la vida social donde la ley era una manifestación más, que no siempre tenía mayor eficacia sobre la vida práctica. Esto último era, por tanto, una proyección reiterada de su forma de concebir el derecho y una crítica tácita al sistema jurídico mexicano que, como explicamos, era formalista o legalista.

A continuación, explicó que la metodología moderna que se aplicaba en las universidades españolas proponía una enseñanza realista, una enseñanza del hecho jurídico basada no sobre los libros de texto sino sobre la realidad: el alumno al acudir a las fuentes directas, —por ello la importancia de aprender latín, por ejemplo, para estudiar las obras del derecho romano— tenía la posibilidad de formarse un juicio y una impresión personal. La enseñanza del latín constituiría otra de sus propuestas a los juristas mexicanos, como veremos más adelante. Un segundo aspecto de esta moderna metodología lo eran las visitas a establecimientos jurídicos (cárceles, tribunales, parlamentos, lugares de vida económica, etc.) —útiles para el derecho administrativo y el político—, con la finalidad de observar la representación real del hecho, para que los alumnos aprendieran cómo se realizaba cada ramo del derecho en la vida real. Un tercer aspecto era la utilización de materiales destinados a comprender mejor la realidad, como por ejemplo los mapas o las fotografías, que eran útiles para el derecho internacional, el político, el mercantil, la historia del derecho, el derecho penal y el civil. Un cuarto, beneficioso para el derecho judicial y civil, era la utilización de expedientes de tribunales para el estudio de las causas y los pleitos con la finalidad de ver cómo se aplicaban las reglas en los procesos, así como la simulación, por parte de los alumnos, de tribunales para practicar juicios orales.

Asimismo, explicó que había otro procedimiento de la metodología moderna que se empleaba en las universidades españolas y que consistía en convertir un elemento pasivo en uno activo, es decir, se procuraba que un alumno fuese más allá de escuchar la palabra del profesor o de estudiar un libro para convertirse en un hacedor. Para conseguirlo utilizaban varios procedimientos, los cuales básicamente eran: 1) el acta de clases, consistente en que un

alumno se encargase de tomar las notas de todo lo que acontecía en la cátedra para entrenar su capacidad de síntesis, redacción y ortografía; 2) la elaboración de trabajos monográficos sobre tratados de la misma ciencia que se estudiaba, o sobre hechos y documentos, que luego debían presentarse de manera oral en la cátedra; 3) la elaboración de memorias sobre algún hecho jurídico de la realidad, sobre algún hecho económico o sobre el lenguaje jurídico, que también debían revisarse en clase y discutirse para impulsar el espíritu crítico del alumno; 4) las conversaciones críticas con el alumno donde se le pedía que expresase cuál era su posición respecto a algún asunto, para después conducirlo al resultado que se buscaba por medio de preguntas; 5) los trabajos de interpretación de las leyes utilizado en las clases de derecho penal y derecho político; 6) la presentación de casos prácticos que el alumno tenía que resolver, útil en la cátedra de derecho penal e internacional; 7) la elaboración de trabajos personales ayudados de estadísticas, mapas, cuadros de información, muy utilizados en las cátedras de derecho penal, civil, economía e historia; 8) la elaboración de trabajos relativos a observaciones antropológicas y psicológicas, mediciones de cráneos y de cuerpos, observaciones de criminología experimental y de cuestiones civiles no criminológicas, y 9) trabajos monográficos sobre fenómenos importantes para la vida pública, utilizados en las cátedras de economía, derecho penal, e historia del derecho. En esta última por ejemplo, explicó que los alumnos estudiaban el derecho consuetudinario de un pueblo, las ideas jurídicas expresadas en las obras dramáticas clásicas como las de Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, o en el Quijote.

Asimismo, comentó que en la Universidad de Oviedo habían creado la Escuela práctica de estudios jurídicos o sociológicos para tener otro espacio fuera de las cátedras donde se pudiera poner en práctica esta metodología moderna. En dicha escuela, dijo, se trataban temas acordes a los intereses del alumnado a través de seminarios de derecho civil, penal, internacional, político, de sociología y economía.

Por último, sobre la impartición de los cursos, expuso brevemente que en aquellas materias donde no existía un libro de texto, por lo general el profesor dedicaba un día a la semana para hacer una exposición sucinta del curso, y esto lo hacía en tres o cuatro ocasiones, y los demás días los ocupaba para profundizar sobre las cuestiones particulares de la materia.³²⁶

³²⁶ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 46-64.

3.2.3 Tercera conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia

Rafael Altamira impartió su tercera disertación en la Escuela Nacional de Jurisprudencia el día jueves 20 de enero, la cual llevó por título: “Educación científica y educación profesional del jurista”.³²⁷ En ella hizo una comparación y valoración de los planes de estudios de la carrera de derecho de la escuela mexicana y de las universidades españolas.

Advirtió que la Escuela Nacional de Jurisprudencia tenía un plan de estudios que cumplía con tres condiciones que aun no se lograban en las facultades de derecho de Europa y probablemente del mundo entero, a saber: primero, había satisfecho los deseos profesionales; segundo, había ofrecido ocasión para que se produjeran todas las direcciones especiales de los que deseaban cultivar los estudios científicos y jurídicos; tercero, había entendido lo profesional de una manera amplia, con lo que no se reducía el ejercicio de la profesión a la preparación para la práctica exclusivamente, donde no cabía la cultura y el ideal jurídico.

Dicho lo anterior, afirmó que lo profesional no estaba reñido con lo científico, porque lo científico podía afirmarse sobre una creencia y hacerle servir para fines especulativos en los casos prácticos, además porque un profesional, que traducía sus conocimientos en acciones claras, al tener un conocimiento más profundo de su objeto, tanto más podría dominarlo y comprenderlo en las distintas situaciones en donde se le presentara.

En este orden de ideas ahondó su sugerencia diciendo que un profesional del derecho no tenía como función única aplicar las leyes y aceptarlas tal como eran, más aun cuando se encontraban con asuntos nuevos que muchas de las veces no podían resolverse apoyándose en los textos legales, o cuando se encontraban con casos que tenían una individualidad o caracteres especiales diferentes a otros, donde había que aplicar un principio moldeándolo en la práctica, y como era sabido, dijo, el molde y ajuste de una idea de carácter general requería algo más que una cultura superficial y vulgar. El profesional del derecho, por tanto, tenía que interpretar, criticar y reformar las leyes, por ello la jurisprudencia tenía una función creadora, no de aplicación pura del derecho.

Ejemplificó que un juez constantemente creaba nuevas formas de resolución jurídica, porque la vida muchas veces se separa o se anticipa a la ley y crea también nuevas formas. Añadió que el juez o el abogado eran algo más que simples profesionales, eran una especie de sacerdote, un funcionario a quién estaba encomendada en la vida la aplicación y la práctica de la justicia en todos los casos que se presentaran ante ellos; funcionario en cuyas manos los hombres ponían su seguridad y tranquilidad.

³²⁷ El evento contó con la presencia de Sierra, Cologan, Chávez, Pereyra, García Naranjo, Caso, Guerrero, Castillo, los hermanos Macedo, Parra, Terrés, Castellanos Quinto, Murillo y Miguel F. Martínez. *Ibíd.*, p. 20 (apoyándose de *El Diario* del 21 de enero de 1910).

Para cerrar este preámbulo, señaló por último que seguía presente el error de quienes consideraban a la teoría como una fantasía, como algo inútil en la vida, y los que consideraban a la práctica como una cosa de rutina sin necesidad de conocimientos científicos, sin necesidad de meditar sobre aquel orden de la realidad que correspondía a la profesión de la que se quería hacer práctica. En ese sentido, dijo que debía evitarse decirle al alumno que tenía que ser un práctico, por el contrario, debía predicársele un alto ideal. Por ello, se congratuló de que el plan de Estudios de la Escuela Nacional de Jurisprudencia hubiera resuelto estas cuestiones ofreciendo los medios para que se produjeran especialistas y cultivadores de la ciencia jurídica, e imponiendo a los profesionales un programa y una metodología para que no cayeran en el peligro de convertir su trabajo en algo sólo empírico, donde no tuvieran que hacer más que aplicar la ley, sacándole a la profesión sólo la ventaja económica.

Entrando en la valoración y comparación de los programas de estudio, mencionó que la diferencia sustancial estribaba en que España incluyera en la cultura general de sus abogados los cursos de las especialidades de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Señaló que en España durante la carrera se cursaba un año preparatorio con materias no jurídicas para repasar lo aprendido durante la segunda enseñanza y que básicamente eran la historia y literatura de España y la lógica (la cual antes era metafísica y filosofía general).

Sobre las particularidades y diferencias de los planes de estudios, comentó que en España la materia de economía se ofrecía en lecciones alternas durante un curso, mientras que en la Escuela de Jurisprudencia se hacía en lecciones diarias y junto con la sociología; en cuanto a la materia de derecho civil, en España se daba en dos cursos y en México en tres; procedimientos civiles un curso en España y tres en México; derecho penal un curso en España y dos en México. Las similitudes se encontraban en las siguientes materias: el derecho constitucional de la Escuela tenía su parangón en el derecho político de España, el internacional en el público y privado, el administrativo y el mercantil tenían la misma correspondencia; las prácticas de casos selectos eran equivalentes a sus prácticas forenses, y la síntesis del derecho se representaba en su curso de derecho natural o filosofía del derecho, aunque, aquí, dijo, habría que ahondar en una discusión sobre si el sentido filosófico de estos estudios tenía que ver con los criterios del curso de síntesis del derecho.

Asimismo, señaló que en España no se contaba con las materias que en el plan de la Escuela de Jurisprudencia se incluían en las especialidades, pero que en cambio se tenía un año de doctorado que podría equipararsele. En este rubro de las especialidades, por mencionar algunas, dijo que a el derecho romano, materia de las especialidades en la Escuela, lo tenían en España en la licenciatura; que en México tenían una historia de las instituciones civiles,

penales y constitucionales, y que estos tres cursos los tenían representados por la historia del derecho español; que no tenían derecho civil comparado, medicina legal, estadística, psicología, pero, en cambio, tenían tres materias que no estaban en plan de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y que eran el derecho canónico, la historia jurídica de la Iglesia (de su doctorado) y la literatura jurídica (autores juristas de los siglos XVI y XVII).

Explicó que lo anterior permitía encontrar algunas diferencias entre los abogados españoles y los mexicanos: en cuanto al nivel de la licenciatura, los mexicanos tenían un conocimiento más intenso de economía política, más detallado de derecho civil, más profundo de derecho penal, y una seguridad mayor de que se emplearía el método realista u objetivo, en la enseñanza del derecho porque se hacía obligatorio. Los españoles, a su vez, tenían el derecho romano, la historia del derecho y la ciencia política (diferente al derecho político). En cuanto al nivel de las especialidades, el estudiante mexicano, si optaba a todas ellas, podía tener a su favor todos los estudios comparativos, la medicina legal, el derecho penal y administrativo, los estudios civiles, la estadística, más estudios de economía, un sentido más general de historia de las instituciones y dos cursos de derecho romano. Si a este especialista mexicano se le comparaba con un doctor español, tendría la desventaja de las materias orales, de los cursos de filosofía del derecho, de historia de la Iglesia y de literatura jurídica, pero en general, reconoció que las necesidades de una cultura jurídica estaban mejor satisfechas en el plan de estudios de la Escuela Nacional de Jurisprudencia que en las facultades de derecho españolas.

Con relación a los cursos que pudiesen faltar en el plan de estudios de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Rafael Altamira sugirió, en primer lugar, el de historia del derecho en el nivel de formación, porque, entre otras cosas, explicó que no había ni un solo problema o asunto del derecho que no tuviera sus antecedentes históricos, y porque era imposible considerar completa la cultura de un abogado si no se le orientaba con esta cátedra, dado que el antecedente histórico estaba presente en todo momento. En segundo lugar sugirió el curso de derecho romano, porque además de considerar que el derecho en el mundo seguía teniendo mucho de éste, dijo que el pueblo romano representaba el modelo más alto en la manera de resolver los problemas jurídicos. La tercera propuesta fue el derecho canónico, porque independientemente de cualquier posición filosófica o religiosa, explicó que la Iglesia era una institución con la que el Estado tenía que mantener relaciones jurídicas, lo que hacía necesario conocer su derecho. En cuarto lugar propuso el derecho consuetudinario, porque tanto en el derecho civil como en el público imperaba y muchas veces le tomaba la delantera a la ley, es decir, las costumbres daban la manera de vivir y no las leyes. Además, dijo que en México era muy importante considerar esto dadas las formas de entender la vida del derecho y

sus fenómenos, dada la realidad viva. Sin duda, hacía referencia a las costumbres indígenas que sobrevivieron a la conquista y que se transformaron de alguna manera durante la colonia porque chocaron con las imposiciones del derecho castellano.³²⁸ Por último sugirió implantar el curso de latín. Si bien dijo que se podía suprimir en los estudios preparatorios, no así en la carrera porque era indispensable para hacer historia y para aplicar el método racional (que buscaba constituir al alumno en un elemento activo) en los cursos de historia del derecho, derecho romano y estudios filosóficos.

En el mismo orden de ideas, el alicantino se permitió comentar que en España no tenían implementadas las prácticas en juzgados y tribunales y que en México las consideraba insuficientes en cuanto al tiempo, dado que para él era poco realizarlas en tres meses.

Para concluir su disertación, advirtió con preocupación que ante la repetición constante del termino “ley Vigente”, “legislación vigente”, “leyes positivas” en el derecho civil, penal y administrativo, que limitaba el campo de los fenómenos jurídicos a la ley actual, positiva, era posible que también se limitara el horizonte jurídico del alumno, por lo que era fundamental no perder la perspectiva histórica y la capacidad crítica en el sentido que se le diera al derecho, ni olvidar que el espíritu valía más que la letra.³²⁹

Sobre las valoraciones que hizo la prensa a esta conferencia, cabe mencionar aquí que el diario católico *El País* publicó un artículo en el que a pesar de que hacía referencia al ciclo de conferencias que impartió Altamira en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, sólo se centró en algunos puntos de esta conferencia que acabamos de presentar, vale la pena señalarlos porque, contrariamente a la polémica que desató por la conferencia de presentación de Altamira del 16 de diciembre, en esta ocasión aprovechó en positivo las ideas de Altamira recién expuestas para criticar una vez más al sistema educativo y jurídico oficial mexicano.³³⁰

En este sentido, *El País* apuntó que Altamira debió llevarse un “chasco” por el incompleto plan de estudios de la Escuela Nacional de Jurisprudencia a pesar de que lo consideró aceptable. Por esta cuestión, apuntó que Vázquez Gómez había criticado el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria porque no había producido “nada sólido y útil” y que lo mismo pasaba con el de la Escuela de Jurisprudencia, que era sólo “música celestial”.

El periódico señaló también que en esta conferencia había habido algunas “justas y merecidas” censuras que “llegaron al alma” de los positivistas, sobre todo cuando Altamira se refirió al asunto de la preparación previa de los estudios jurídicos, en la que durante un año se estudiaba la historia de España, historia de la literatura, y filosofía en general incluyendo a la

³²⁸ ARENAL, Jaime del, “Rafael Altamira, jurista e indianista”, *op. cit.*

³²⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, pp. 65-81.

³³⁰ “Las tres conferencias del señor Altamira en la E. de Jurisprudencia”, *El País*, México, martes 25 de enero de 1910, p. 1.

lógica y la metafísica, ya que con esto y con lo que el alicantino había escrito en algunas de sus obras, demostraba que tenía la “debilidad” de creer en la metafísica.

Dijo por tanto que coincidía con Altamira en pensar que el estudio de la filosofía en general o de la metafísica era necesario para el abogado, sobre todo porque “ninguna ciencia hay cuyos fundamentos no estén en la Metafísica”, porque los casos de los abogados se fundaban en bases metafísicas, y porque debían sustentar sus tesis y argumentaciones sobre bases ideológicas. Finalmente felicitó a Altamira por haber hablado con la verdad respecto de la metafísica, aunque esto no hubiese sido bien visto por “el intolerante positivismo mexicano”.³³¹

Al respecto, cabe mencionar que Jaime del Arenal encontró en el otro periódico católico *El Tiempo* congratulaciones similares a las de *El País*. *El Tiempo* expresó que el alicantino no se equivocaba cuando planteaba que todo abogado tenía que fundar sus tesis y argumentos en bases metafísicas e ideológicas, puesto que en las doctrinas de la metafísica — señalaba el diario— se encontraban los fundamentos de la moral, del derecho y de otras ciencias morales. De ahí que coincidía con *El País* respecto a las palabras del profesor Altamira:

Por nuestra parte, celebramos también que el señor Altamira hubiese sido más explícito en la exposición de sus ideas filosóficas, en su tercera conferencia de la Escuela de Jurisprudencia, puesto que esto demostrará á algunos que todavía dan tanta importancia al Positivismo que no se hallan tan adelantados en la ciencia como creen.³³²

En otra nota publicada al siguiente día,³³³ *El País* volvió a comentar esta conferencia enfocándose en los temas tratados por Altamira sobre el derecho romano, la enseñanza del

³³¹ *Ibíd.* Cabe mencionar que como consecuencia a estos señalamientos de *El País* sobre la metafísica se publicó un artículo (no localizado) que censuró las afirmaciones de este diario y que señaló que Altamira ya había dicho lo suficiente para merecer el aplauso de la escuela espiritualista. El diario católico, que respondió días más tarde, se preguntó con ironía si el censor pensaba que bastaba creer en la metafísica, para merecer por eso, el aplauso de los que militaban en la escuela espiritualista, y además, para profesar doctrinas de verdad acerca de los grandes problemas del hombre y de la sociedad. De ahí que escribiera: “Declaración que á eso se limite, no es, por cierto, bastante para juzgar, de las ideas filosóficas y morales de quien la haga, ni mucho menos para aplaudirla, porque dentro del espiritualismo hay muchas escuelas mala, escuelas de error; muchas doctrinas perversas; mucho falso y mucho corruptor. Se necesita desconocer por completo la historia de la Psicología moderna, se necesita no haberse enterado siquiera de las inmensas responsabilidades que, en la situación actual del mundo, caben á algunas de las escuelas espiritualistas, para batir palmas á quien declara creer en la Metafísica, sólo por eso.” Asimismo, sobre la metafísica, mencionó por último que el autor de esta editorial ya había señalado en varios artículos que el mundo intelectual se volvía a ella y que el positivismo era un sistema “desprestigiado y desacreditado.”, en “Torpes censuras”, *El País*, México, martes 1º de febrero de 1910, p. 1.

³³² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 18 y 19.

³³³ “Tres lecciones del Sr. Altamira a los directores de la instrucción oficial en Méjico”, *El País*, México, miércoles 26 de enero de 1910, p. 1.

latín y el derecho canónico. Temas puntillosos —decía el diario— para la “secta” positivista mexicana, y sobre los cuales debía dársele toda la razón al profesor de Oviedo porque se volvía a colocar en los terrenos de la verdad y la ciencia. Sobre el derecho romano, que era una asignatura básica que se impartía en las escuelas católicas de jurisprudencia, apuntó que Altamira tenía razón con estas afirmaciones:

‘El derecho del mundo, dijo, es en su base, casi siempre Derecho Romano,’ y agregó que, ‘aún cuando así no fuera, el estudio de la culminación del Derecho en el mundo, que fué el espectáculo ofrecido por el pueblo romano, es de todo punto indispensable á quienes acuden á las aulas en demanda de orientación para su conducta profesional.

Y agregó que este derecho era una disciplina intelectual y moral para quien ejercía la abogacía; que era necesario su estudio para la instrucción, para la interpretación recta y serena de la ley; que era un medio educativo del discurso y del criterio, y que proporcionaba una formación lógica y de rectitud en el abogado. Esto último porque denunciaba que una de las causas de la inmoralidad en el foro de la abogacía mexicana se debía al abandono del estudio del derecho romano. De ahí que se permitiera reseñar con sarcasmo el siguiente pasaje:

No omitiremos exponer aquí un pormenor, no consignado hasta hoy en las crónicas de la prensa diaria. Cuando el señor Altamira abogó por el Derecho Romano, resonaron grandes aplausos en el salón. El ciudadano Sierra, Ministro de Instrucción Pública, aplaudió también, y con aire complaciente dirigió al ilustre jurisconsulto don Joaquín Eguía Lis, que estaba á su izquierda, algunas palabras acompañadas de significativa sonrisa. Así, los mismos que han suprimido el Derecho Romano aplaudían al que abogaba por él [...]

‘Yo he sostenido, dijo, y sigo sosteniendo que no es necesario el latín en los estudios preparatorios; pero con la misma convicción sostengo que, al tratarse de los estudios del derecho, es absolutamente indispensable.’ Entonces, los aplausos le interrumpieron sin que el conferencista terminara el período; y cuando cesó el ruido, siguió diciendo: ‘Una de dos, ó suprimís el Derecho Romano, y con él, todos los estudios filosóficos, históricos, filológicos, etc., etc., de alguna importancia, ó imponéis la enseñanza del latín.’ Consignemos aquí un pormenor análogo al que arriba consignamos. Al decir estas palabras, el Director de la Escuela de Jurisprudencia licenciado don Pablo Macedo dirigió al doctor Parra, Director de la Preparatoria, una mirada de inteligencia, que nosotros traducimos así: ‘la disyuntiva no tiene medio: por eso suprimimos el Derecho Romano y la enseñanza del latín.’³³⁴

³³⁴ *Ibíd.* La misma cita la recoge NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 220.

Pero también estos argumentos sarcásticos de *El País* sirvieron para criticar el asunto de la supresión del latín en los estudios preparatorios. En ese sentido, el diario censuró a Altamira por haber tenido ese doble criterio para una situación que no podía dissociarse, es decir, si la utilidad del latín era innegable para el mejor estudio del derecho romano, lo era también para la literatura, porque sólo así se percibía mejor el pensamiento de los autores que escribieron en esta lengua.

Por otro lado, era de esperarse una opinión con relación al derecho canónico, que también era una asignatura básica en el plan de estudios de las escuelas católicas de jurisprudencia. Al respecto, indicó que sobre este punto Altamira había dado una lección a los pedagogos mexicanos y se había colocado en el mismo punto de vista en que Laboulaye consideró a la Iglesia y a los poderes civiles; es decir, la Iglesia como entidad con vida y derecho propios de la cual no se podía prescindir en la sociedad y en la política. Asimismo, el diario dijo que el estudio del derecho canónico era un medio poderosamente educativo; que en él se encontraba el tipo y el origen de instituciones jurídicas tutelares de los derechos humanos y del orden social. Además dijo, con exaltación, que la legislación moderna, la legislación vigente en México, las “garantías de justicia” del derecho procesal latinoamericano, estaban basadas en el derecho canónico.

Para finalizar subrayó que aunque Altamira dio una lección a los “sedicentes” pedagogos mexicanos, sus ideas en esta conferencia no fueron nuevas, porque muchos otros sabios y periodistas católicos las habían dicho antes enfrentándose a los liberales y positivistas mexicanos. Y al haber sido Altamira quien volvió a tocar estos temas, afirmó que seguramente no habría censura alguna de aquellos que “sin preocuparse de injustas calificaciones, ni de irracionales reproches, han tenido serenidad y valor suficientes para seguir proclamando verdades salvadoras de la educación, á las que debe ajustarse la enseñanza para no comprometer los intereses intelectuales y morales de la juventud mejicana.”³³⁵

3.2.4 Cuarta conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia

El 22 de enero por la tarde se realizó la cuarta disertación en la Escuela Nacional de Jurisprudencia titulada: “El ideal de justicia en la Historia”. Con ella y con un discurso por parte del director de la Escuela, Pablo Macedo, concluyó el ciclo formal de conferencias en este recinto, ante la presencia del presidente de la República, Porfirio Díaz, Justo Sierra,

³³⁵ “Tres lecciones del Sr. Altamira a los directores de la instrucción oficial en Méjico”, *El País*, México, miércoles 26 de enero de 1910, p. 1.

Bernardo de Cologan, y otras personalidades como Miguel Macedo (Subsecretario de Gobernación), Carlos Pereyra, Víctor Manuel Castillo, Telésforo García, Joaquín Casasús, Indalecio Sánchez Gavito, Demetrio Sodi, Ernesto Martínez S.³³⁶

Altamira explicó que el objetivo de su conferencia era dar una visión de conjunto que permitiera apreciar una dirección determinada de la historia humana. En ese sentido, afirmó que la historia jurídica se presentaba como una ascensión discontinua de la justicia, la solidaridad y la cooperación desde los pequeños grupos humanos hasta las grandes colectividades. De ahí que hiciera el relato siguiendo los siguientes argumentos:³³⁷

La tribu se conformó como un grupo compuesto de familias en el que reinaba cierta comunidad de derecho, un espíritu de cooperación, de asociación, un reconocimiento de algo común que ligaba al grupo dentro de sus propios límites. De esta forma, el que no era parte de la tribu, el extraño, el enemigo, el bárbaro, el prisionero de la guerra, no gozaba de este derecho. Cuando dentro de la tribu se produjo una distinción —en el orden de la propiedad privada— de personas privilegiadas para las cuales se constituyó un derecho preferente, los lazos de solidaridad y cooperación se rompieron. Al tiempo, se produjo también la distinción de un mando político y de un poder espiritual con lo que la agrupación empezó a tener características y distinciones diferentes.³³⁸

Más adelante, cuando dentro de estas nuevas agrupaciones creció la unidad política a través del tiempo, se conformaron los imperios, y aunque se extendieron ciertos principios de solidaridad y de coparticipación de un cuerpo de derecho determinado, se siguió manteniendo el sentido exclusivista, donde el extranjero era el enemigo y el no participante de las ventajas del grado de civilización alcanzado. Además, las diferencias dentro del grupo, de clase, se empezaron a tornar muy conflictivas. De ahí que cuando surgieron los pueblos de Grecia y Roma —donde la palabra que significaba el poder del estado era la palabra que designaba un territorio, donde la palabra *polis* se convirtió en *civitas* y no perdió su integridad, donde la palabra que designaba la participación en los derechos fundamentales era la palabra aplicada al individuo, la palabra correspondiente a lo civil, al ciudadano— la idea de justicia adquirió características fundamentales.

Pronto la desigualdad social interna provocó las luchas sociales, las cuales buscaron, dentro del grupo mismo o el Estado, la igualdad social o el reconocimiento de lo derechos

³³⁶ “La última conferencia de Altamira en la E. de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 23 de enero de 1910, p. 2. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 20 (apoyándose de *El Diario* del 23 de enero de 1910). El anuncio de esta conferencia se había publicado en *El Imparcial*: “Otra conferencia del Sr. Altamira en la Escuela de Jurisprudencia”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 22 de enero de 1910, p. 2.

³³⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 82-102.

³³⁸ Lo que *El Imparcial* reseñó como “grupos extremadamente exclusivistas”, en “La última conferencia de Altamira en la E. de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 23 de enero de 1910, p. 2.

fundamentales cuando éstos se los habían negado las gentes que habían constituido una excepción o un privilegio dentro del grupo. Estas luchas, sin embargo, no fueron para romper ese exclusivismo de los grupos. Además, dentro de las familias también los individuos empezaron a luchar para romper la traba que limitaba la vida individual de cada miembro y para que se reconocieran las constituciones de dominio singular.

En este marco de luchas, en Roma, del derecho del quirite³³⁹ —donde sólo participaba el ciudadano— se logró llegar al reconocimiento de que todos los hombres participaran de algunos derechos civiles y políticos que eran exclusivos y propios del quirite. Asimismo, contra la desigualdad entre hombres surgieron dos movimientos: el de los filósofos precristianos basado en la hospitalidad primitiva y en la fraternidad, y el de la fraternidad cristiana que concebía al hombre en iguales condiciones y derechos al provenir de un mismo Dios.

Con la caída del Imperio romano la vida social volvió al exclusivismo de la tribu como sucedió con los grupos que se asentaron en los territorios y escombros de lo que fue el Imperio durante la Edad Media. De esta forma, la participación de la justicia y su reconocimiento a todos los hombres retrocedió, se regresó al coto cerrado, donde los grupos señoriales procuraron conquistar privilegios sólo para ellos.

Lo mismo pasó con los municipios —conformados como señoríos plebeyos para librarse de la dominación del señor aristócrata— ya que en su interior los hombres, unidos por el territorio y no por la sangre, buscaron privilegios para sí y lucharon para ser superiores a los demás. Estos municipios funcionaron como una especie de cantonalismo privilegiado donde, incluso, se llegó al extremo de considerar que actos que eran delitos cuando los cometían con individuos del municipio no lo fueran si los cometían con individuos de otro municipio o de otro lugar. En los municipios existía por tanto la igualdad y solidaridad en los términos que marcaba la legislación o el fuero otorgado por el rey o por el señor; sin embargo, ese derecho que elevó a la gente plebeya a la condición de persona libre para gozar de los mismos derechos que antes gozaban los privilegiados dentro del ámbito de su municipio, no cubría ni a los siervos ni a los esclavos. En España, por ejemplo, la Justicia Mayor de Aragón, nunca tuvo bajo su jurisdicción a los siervos y a los hombres de baja condición y fue un ejemplo claro de diferenciación jurídica dentro del cuerpo municipal.

Después se conformaron los ayuntamientos con la intención de cambiar la intervención interesada de la vida jurídica municipal y pasarla a otro grupo de personas. Estos ayuntamientos, en los cuales en un principio intervinieron burgueses y rurales en el mando, poco a poco se fueron haciendo exclusivos de los burgueses o de aquellas gentes que vivían

³³⁹ Quirite significa según el diccionario de la Real Academia: ciudadano de la antigua Roma.

en la ciudad apartando a los que vivían fuera, lo rurales. Entre ellos se produjeron luchas que dieron como resultado el acaparamiento de los antiguos municipios por lo señores, como sucedió en Cataluña, Valencia y Castilla. Con lo que se demuestra —afirma Altamira— que en el seno de aquellas corporaciones o comunidades, para producir el estado de libertad y de defensa contra el predominio de las clases aristócratas, los hombres se separaban entre sí, reproduciendo el estado de privilegio característico de aquel otro del cual se habían separado.

Posteriormente llegaron las grandes monarquías modernas que, aunque rompieron con el cantonalismo municipal gracias a una imposición de la innovación política, no lo hicieron con el exclusivismo y el sentido de privilegio de la nobleza. Y esto fue lo que provocó los movimientos nacionalistas del siglo XIX, las revoluciones modernas que reaccionaron contra los abusos de las monarquías, y posteriormente el movimiento internacionalista moderno que buscaba la no negación de derechos a las gentes de otras naciones, porque —como reseñó *El Imparcial* para completar esta última idea— “en las grandes naciones que se precian de ir á la cabeza de la Civilización, hay diferencias de hombre á hombre por cuestiones de idioma, de creencias y hasta de color”³⁴⁰

En este contexto de buscar un tipo general de derecho reconocido por las naciones como más justo, Altamira señaló a los estudios de derecho comparado de la escuela francesa, las uniones obreras y los congresos científicos internacionales.

Para finalizar su discurso, indicó que el historiador, al dar cuenta de que la ascensión se había estado cumpliendo rompiendo unos exclusivismos para crear otros y así sucesivamente a lo largo del tiempo, podía decir que la humanidad aspiraba no solo a un sentido jurídico de igualdad entre los hombres más allá de las divisiones y de los grupos, sino también a un sentido de equiparación de derechos en lo fundamental. Sin embargo, cabía preguntarse: cuál será el sentido en el que se organizará la sociedad en la vida futura. Se estimará el espíritu individualista humano o el espíritu de unión de los hombres, donde “la conciencia de que nadie puede por si solo labrar su vida futura sin que necesite del concurso de los demás y sin que sea el deudor eterno de sus hermanos, les inspire el principio de [...] de auxiliarlos en todo lo que pueda serles útil para la consecución de su fin.”³⁴¹

Después de formular estas cuestiones, Altamira dijo con unas palabras de despedida lo que en el fondo esperaba de su misión: que cuando regresara a España llevaría a su universidad como ofrenda la seguridad de que España era querida y comprendida entre los

³⁴⁰ “La última conferencia de Altamira en la E. de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 23 de enero de 1910, p. 2.

³⁴¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p.101.

mexicanos. Para finalizar expresó que España había tendido su mano fraternal a México y que éste había correspondido a ese saludo.³⁴²

Cuando el auditorio logró silenciarse después de ovacionarlo, Pablo Macedo, además de agradecer a Altamira y a su Universidad la labor desplegada en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y de enaltecer la personalidad y sabiduría del alicantino, expresó que teniendo maestros de la talla de Altamira, se había “demostrado que España no es, como muchos hemos creído, el país de los toreros y de las majas, sino, por el contrario, una nación que mientras tenga hijos tan ilustres como Altamira, se encontrará entre las de más alto valor.”³⁴³ Asimismo, y para concluir, expresó que esa mano que había tendido España según decía el profesor ovetense, era estrechada en reciprocidad con efusión y cariño.³⁴⁴

Una quinta y última lección se la dedicó a los estudiantes en la Escuela de Jurisprudencia y versó sobre “La colaboración activa del alumno en la enseñanza, y sus deberes profesionales”.³⁴⁵ En reciprocidad y a través de la Sociedad de Alumnos sería nombrado socio honorario y protector en agosto de 1910.³⁴⁶

En *Mi Viaje a América*, Altamira informó que este ciclo de conferencias serían publicadas por la Escuela Nacional de Jurisprudencia,³⁴⁷ sin embargo esto sólo se pudo lograr ochenta años después gracias a Jaime del Arenal, como hemos anunciado.³⁴⁸

³⁴² “La última conferencia de Altamira en la E. de Leyes” *El Imparcial*, México, D. F., domingo 23 de enero de 1910, p. 2.

³⁴³ *Ibíd.* Argumentos similares le hizo llegar el magistrado oaxaqueño Manuel Brioso a Altamira con estas palabras de reconocimiento y agradecimiento por algunas de las conferencias para abogados a las que asistió: “Yo he protestado siempre, señor doctor, contra la España que nos mandaba toreros que corrompen el alma popular; pero ahora es distinto mi estado de ánimo: siento grandes simpatías por esa legendaria tierra que nos envía emisarios de la idea, como Cavestany (cuyas poesías me encantan) y como Ud., cuya erudición admirable, cuyo buen sentido, cuya palabra fácil, bien encadenada y elocuente, me han subyugado. En testimonio de esa satisfacción, envío á Ud. tres libros míos, que no me atrevo á llamar obsequios, pero que van con mi voto por su futura dicha, y que, aunque escasos de valor científico, y aun del literario, servirán sólo para que vea que un modesto intelectual mejicano aplaude á Ud. de corazón, como lo aplaudió en la Escuela de Jurisprudencia, como lo aplaudió en el Casino Español, como lo aplaudió en Buena Vista al partir de esta amada tierra, abrigando la convicción de que, si España sigue enviándonos apóstoles como Ud., no morirá, no, en el corazón de los mejicanos, ni dejará de ser la augusta hermana, cuya deliciosa lengua nos habla de nuestros padres muertos, de nuestras ilusiones juveniles, nunca perdidas en el santuario de la memoria, de nuestra patria, hecha no sólo por la Independencia, sino gracias á la infusión de unas mismas costumbres, de una legislación uniforme, de ideas humanitarias y cristianas, en las razas divergentes y en los pueblos divididos por la guerra, que los misioneros, verdaderos civilizadores del Nuevo Mundo, encontraron en esta porción del suelo americano...”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Manuel Brioso y Candiani a Rafael Altamira, México, 5 de febrero de 1910, 2 pp.

³⁴⁴ *Ibíd.* Y misma cita en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 21 (apoyándose se OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit.).

³⁴⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. 183 y 184. La quinta conferencia también es mencionada en AMAE legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan; en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 41; del mismo autor *Rafael Altamira en América...*, op. cit.; MALAGÓN, Javier, “Altamira en México”, op. cit. MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., y en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 22.

³⁴⁶ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 43.

³⁴⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 184.

³⁴⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit. Posteriormente Gustavo Prado localizó también

Las propuestas más importantes de Rafael Altamira en esta serie de conferencias en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, como sostiene Jaime del Arenal, fueron la renovación metodológica de la enseñanza profesional del derecho y, sobre todo, la transformación de los fundamentos y los fines de esta enseñanza que estaban basados en la Exégesis francesa,³⁴⁹ la cual se reducía a “comentar e interpretar gramaticalmente cada uno de los artículos de los diversos códigos...”³⁵⁰ Esto se explica por la razón de que Altamira traía consigo las ideas de los juristas españoles influenciados por la Institución Libre de Enseñanza que rompieron con el positivismo legislativo y comulgaron con posturas más sociológicas que reivindicaban el estudio del derecho desde la historia tomando en cuenta:

[...] la costumbre como fuente viva del Derecho, y en donde las circunstancias sociales y económicas que rodeaban y explicaban las instituciones jurídicas no podían soslayarse por quienes se consideraban auténticos juristas. Por lo mismo, la formación de éstos debía ahora depender del establecimiento y manejo de nuevos métodos de enseñanza, tales como las visitas, los seminarios, la estadística, el uso de instrumentos y materiales modernos, etc. Métodos que habrían de añadirse al conocimiento de las disciplinas humanísticas indispensables para una completa formación profesional.³⁵¹

Según Del Arenal, los aires de renovación que significó la visita de Altamira pudieron provocar el declive del dominio positivista en la enseñanza jurídica. Lo cierto es que algunos juristas no hicieron oídos sordos a estas propuestas, como Luis Cabrera, quien al ocupar la dirección de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en 1912, buscaría implantar los cursos de derecho romano y latín, coincidiendo con las intenciones de sus antecesores en el cargo Julio

copias mecanografiadas de estas tres conferencias en el Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo, y que al revisarlas, justamente, comprobamos lo que había dicho del Arenal que fueron parte del cursillo que dio en Argentina, pues en este archivo Altamira las agrupó con esa lógica de haberse impartido primero en la Universidad de Buenos Aires: Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo/Fondo Rafael Altamira (AHUO/FRA en adelante), caja 6: “Conferencias en la Universidad de Buenos Aires (10) 11 agosto de 1909- 20 enero de 1910”. Los títulos de las diez conferencias tal cual como están en este legajo son: 1. Organización de los estudios jurídicos (18 de enero de 1910). 2. (Estudio del derecho en México) (20 de enero de 1910) (Diferencias entre el estudio del derecho entre España y México). 3. (Historia Humana) s/f (En México, 3ª conferencia) “Desde que el gran historiador del siglo XIX hizo la observación de que la historia no presentaba el mismo aspecto mirada en corto espacio que mirada en grandes masas y en grandes períodos...”. 4. Conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Derecho consuetudinario) 11 agosto de 1909. 5. Quinta conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Supervivencia de la propiedad comunal) 18 agosto 1909. 6. Sexta conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Historia del código de las partidas) 1 de septiembre de 1909. 7. Séptima conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Estudios históricos en las facultades de derecho y estudio de la ciencia del derecho) 15 septiembre 1909. 8. Octava conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Legislación comparada) 18 de septiembre de 1909. 9. Novena conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Historia general del derecho en relación con la historia nacional) 21 de septiembre de 1909. 10. Décima conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Libro escolar de la historia del derecho) 28 de septiembre de 1909.

³⁴⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 17.

³⁵⁰ ARENAL, Jaime del, “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, *op. cit.*, p. 4.

³⁵¹ *Ibíd.*, pp. 17 y 18.

García y Pedro Lascurain,³⁵² o como aquellos profesores y alumnos que se desligarían de la Nacional para formar la Escuela Libre de Derecho, como veremos más adelante. Pero antes, continuemos con la serie de conferencias que dictó en el Colegio Nacional de Abogados.

3.2.5 Ciclo de conferencias para el Colegio Nacional de Abogados³⁵³

El 25 de enero inició el ciclo de conferencias que Rafael Altamira impartió para el Colegio Nacional de Abogados en el salón del Casino Español. Sobre el contenido de las mismas no existen crónicas ni reseñas hemerográficas y es muy probable que algunas de las disertaciones fueran similares a las que el catedrático ovetense pronunció en Argentina.³⁵⁴ Además, el número total de ellas sigue siendo una incógnita dado que el alicantino informó que sólo dictó tres, pero otros autores (Olavarría y Malagón) sostienen que fueron cinco: 1) “Ideas jurídicas de la España Moderna”, 2) “El problema del respeto a la ley en la literatura griega”, 3) “Historia y representación ideal de las Partidas”, 4) “La ley y la costumbre en el Derecho positivo español”, 5) “La educación integral y la utilitaria”³⁵⁵.

A raíz de estas posibles cinco conferencias, cabe mencionar que Gustavo Prado ha precisado que la titulada “El problema del respeto a la ley en la literatura griega”, correspondió a la tercera que dictó el alicantino en este Colegio el día 31 de enero,³⁵⁶ siendo

³⁵² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 20, 21 (nota al pie No.47).

³⁵³ El Colegio Nacional de Abogados tiene sus antecedentes en el Ilustre y Real Colegio de Abogados de México fundado en 1760 a imagen y semejanza del Real Colegio de Abogados de Madrid. En 1808 el Real Colegio mexicano reformó sus estatutos y en 1809 abrió la Academia Pública de Jurisprudencia Teórico Práctica y Derecho Real Pragmático. Con la Independencia de México tuvo que modificar de nuevo sus estatutos y eso lo convirtió en una entidad más abierta, mutualista, científica y más académica. Otra reforma de estatutos que vendría en 1863 separaría a la Academia del Colegio. En 1891 se concretaría la creación de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación con correspondencia a la Real de Madrid. En la actualidad el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de México, patronea la Escuela Libre de Derecho de la Ciudad de México, fundada en 1912. Véase <http://www.incam.org.mx/historia.php> y sobre la historia de este Colegio véase también a Alejandro MAYAGOITIA, “Juárez y el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de México. Libertades en jaque en el México liberal” *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, México, No. 20, 2008, pp. 149-172, y del mismo autor “De real a nacional: el ilustre Colegio de Abogados de México”, en *La supervivencia del derecho español en Hispanoamérica durante la época independiente*, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 399-444.

³⁵⁴ Por ejemplo pueden haberse desprendido de estas: AHUO/FRA caja 6: 4. Conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Derecho consuetudinario) 11 agosto de 1909. 6. Sexta conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Historia del código de las partidas) 1 de septiembre de 1909. 7. Séptima conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Estudios históricos en las facultades de derecho y estudio de la ciencia del derecho) 15 septiembre 1909. 9. Novena conferencia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (Historia general del derecho en relación con la historia nacional) 21 de septiembre de 1909.

³⁵⁵ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3212 y MALAGÓN Barceló, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., p. 67. Altamira señaló en su informe que solo fueron tres: 1) “Ideas jurídicas de la España Moderna”, 2) “Historia y representación ideal de las Partidas” y 3) “El problema del respeto a la ley en la literatura griega”, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 184.

³⁵⁶ PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 42. En la carta de Manuel Brioso recién citada, éste le agradece a Altamira por las conferencias que dictó para el citado Colegio, confirmando por tanto la impartición de la primera y tercera: “y las dos del casino Español, en que disertó Ud. respectivamente, acerca de las nuevas orientaciones de la escuela jurídica española, y del problemas del respeto á

por tanto la segunda “Historia y representación ideal de las Partidas” como lo refirió el propio Altamira y que comprobó también Jaime del Arenal, que debió realizarse el día 27 de enero.³⁵⁷

Sobre las dos conferencias restantes del ciclo “La ley y la costumbre en el Derecho positivo español” y “La educación integral y la utilitaria”, tampoco existen registros en la prensa que den cuenta de ellas, lo que hace suponer que probablemente no se impartieron y sólo se programaron en algún momento. En cambio, sobre las tres primeras se halla un documento oficial por medio del cual se le informa a Altamira que se le renumerarán las conferencias de los días 25, 27 y 31 de enero, aunque no se especifica el título de las mismas.³⁵⁸ Cabe mencionar que este ciclo de tres conferencias quedó inaugurado por el presidente del Colegio Luis Méndez, con la presencia de Bernardo de Cologan Ezequiel A. Chávez, José Sánchez Ramos, Antonio Caso, Telésforo García, Baltasar Márquez (presidente de la Junta Española de Covadonga), Miguel Macedo y Esteban Lamadrid, entre otros, y lo clausuró Emilio Pardo.³⁵⁹

Además de estos dos ciclos de conferencias que dictó Rafael Altamira, la comunidad de juristas lo agasajó con un banquete y un homenaje organizados por la Escuela Nacional de Jurisprudencia y la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, respectivamente.

3.3 Otras actividades de Rafael Altamira con la comunidad de abogados

El martes 25 de enero Rafael Altamira fue homenajeado con un banquete en el Automobile Club que le ofrecieron el Director y los profesores de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en el marco de su celebración por el fin de cursos. Al acto asistieron también Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, Telésforo García, Miguel S. Macedo, José Sánchez Ramos, Joaquín D. Casasús, entre otros³⁶⁰, y los estudiantes Alfonso Reyes, Gonzalo E. Reyna, Gabriel Parra, Filiberto Viveros, Luis MacGregor y Juan José Sánchez³⁶¹.

la ley en la literatura griega.” IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Manuel Brioso y Candiani a Rafael Altamira, México, 5 de febrero de 1910, 2 pp.

³⁵⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 22.

³⁵⁸ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con sello de la secretaria del Nacional Colegio de Abogados a Rafael Altamira, México, 1º de febrero de 1910. Citado también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 307 y 308.

³⁵⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 184; del mismo autor *La formación...*, op. cit., pp. 22, 23. Jaime del Arenal afirma que no se levantaron versiones taquigráficas sobre estas conferencias. *Ibíd.*, p. 22.

³⁶⁰ “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 27 de enero de 1910, p. 3.

³⁶¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 23. Jaime del Arenal aclara que este banquete fue justo el 25 de enero apoyándose de la nota de *El Diario* del 26 de enero, pues Olavarría e incluso Dumas habían afirmado que este acto en el Automóvil Club había sido el 26 de enero seguramente apoyándose de la

Es importante rescatar este evento porque Justo Sierra, quien no podía faltar a estos actos por acompañar en todo momento a su huésped Altamira, aprovechó la ocasión para anunciar “que éste había sido nombrado profesor de Historia del Derecho en la Escuela de Jurisprudencia de México.”³⁶² Este anuncio provocó una confusión tanto para el director de dicha escuela Pablo Macedo, como para la prensa de la época, porque en realidad días después, se nombrará a Altamira profesor titular para la cátedra de historia del derecho en otra escuela de la futura Universidad Nacional.³⁶³ Así lo anunció el alicantino en su informe³⁶⁴ y lo suscribió Sierra en una misiva del 29 de enero de 1910, donde se puede leer el acuerdo por el cual Altamira habría de realizar una visita anual para impartir este curso, faltando sólo concretar las condiciones financieras de la oferta que le hacían en nombre del Presidente de la República.³⁶⁵ Como sostiene Jaime del Arenal, la depositaria del curso de historia del derecho sería la futura Escuela de Altos, Estudios porque la Nacional de Jurisprudencia hubiera tenido que modificar su plan de estudios recién aprobado en 1907. En cambio, con la escuela de reciente creación se aseguraría sin dificultad que se podría concretar dicho convenio.³⁶⁶

Sin embargo, Altamira no podrá cumplir con este compromiso académico. Así se lo hizo ver a Sierra en una carta fechada el 8 de agosto de 1910 rescatada por Del Arenal del fondo Ezequiel A. Chávez del Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México. En dicha carta, escrita desde Portugal donde Altamira se reponía después del largo viaje a América, le decía a Sierra:

reseña del periódico oficial.

³⁶² “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 27 de enero de 1910, p. 3. Además, este diario comentó que Altamira con este nombramiento y con el que había contraído en Argentina tendría que “consagrar seis meses de cada año á difundir su sabiduría en América”, en “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 1, y “Despedida del prof. Altamira”, *La Iberia*, México, domingo 30 de enero de 1910, p. 2. Sobre el nombramiento véase también a DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 392.

³⁶³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 15. Aclarada la confusión el periódico yucateco *La Democracia* señaló, en la reseña que hizo de la visita de Altamira por esas tierras, que el Gobierno mexicano había convenido con Altamira que regresara a México anualmente para dar lecciones durante tres meses en la “Universidad que se ha de restaurar con motivo de la celebración del Centenario de nuestra independencia y el prestigiado Profesor ha ofrecido traer entonces á Yucatán las luces de su erudición. Esperemos confiadamente que la oferta se ha de cumplir y que otra vez levantará nuestros espíritus y nutrirá nuestros cerebros el privilegiado talento del señor Altamira en sus conceptuosas manifestaciones de poderosa erudición presentada en frase reposada y sencilla.”, en “El Sr. Dr. D. Rafael Altamira”, *La Democracia*, Yucatán, 16 de febrero de 1910, p. 3.

³⁶⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 188. Citado también en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 14; y en DIEGO-FERNÁNDEZ, “La huella de...”, op. cit., p. 401.

³⁶⁵ “Esas condiciones están calculadas no sobre los merecimientos inestimables de V., amigo mío, sino sobre las exigencias de nuestra situación financiera. Hélas aquí hablando en plata: podremos señalar a V. como gratificación por un curso de Historia del Derecho español en nuestra futura Escuela de Altos Estudios y cuya duración será de tres meses, una gratificación de tres mil pesos mexicanos. Pagaremos además sus gastos personales de viaje entre España y México (venida y vuelta).” AFREM/FA, Carta manuscrita de Justo Sierra a Altamira con membrete y firma autógrafa, México, 29 de enero de 1910. Citada también en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Rafael Altamira...*, op. cit., p. 115 y del mismo autor *La formación...*, op. cit., p. 15.

³⁶⁶ *Ibid.*, p. 16.

Ya he visto que se discutió el proyecto de la Universidad. ¿salió aprobado en todas sus partes? Yo no pierdo de vista mi futuro trabajo en ella y voy trabajando mi plan del curso de Historia del Derecho; pero por muchas razones no creo que en el inmediato Septbre. [sic] lo pueda inaugurar. No me será hacedero salir de España sin dejar arreglados varios asuntos universitarios y de familia en que aún no me pude poner mano.³⁶⁷

Incluso antes, en una entrevista que le hizo el diario oficial, dejaba ver que no garantizaba un retorno cercano. Ante la pregunta de si iba a regresar pronto a México, el alicantino respondía que lamentaba no poder volver para atender la invitación que le habían hecho a las celebraciones del Centenario, porque le hubiese sido satisfactorio hacer entender que sin dejar de ser español, se podía ser un entusiasta amigo de los pueblos americanos que fueron posesiones españolas. En todo caso, dijo, regresaría después de “haber empezado el curso de la Universidad Central, el 1o. de octubre.”³⁶⁸ Con esta aseveración no dejaba claro a qué universidad se estaba refiriendo, pero dadas las circunstancias de la Universidad mexicana aún en proyecto, iniciando el año de 1910, se puede entender que se refería a la Universidad de Oviedo que era donde estaba contratado.

Y en efecto, sólo en su segunda visita a México, treinta y siete años después, lograría impartir cuatro conferencias introductorias sobre la Historia del Derecho Español en la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante 1947.³⁶⁹

Otro de los factores por lo que no se logró concretar este acuerdo de impartir un curso en la Universidad Nacional fundada en septiembre de 1910, sin mencionar por supuesto todas las actividades y cargos que tuvo que asumir Altamira en España después de su regreso del exitoso viaje a América, fue que desde sus inicios, la Universidad fundada por Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez tuvo muchos problemas. Vale la pena recobrar a continuación algunos episodios conflictivos de su historia inicial para ilustrar el por qué fue imposible celebrar el acuerdo del curso de historia del derecho en la Escuela de Altos Estudios.

Como parte de los festejos del Centenario, los estudiantes mexicanos organizaron el Primer Congreso Nacional donde expusieron las diferencias e inconformidades respecto a la educación; primero invitaron a participar a los estudiantes de las escuelas que no habían sido incorporadas a la nueva universidad: Agricultura, Comercio y la Normal de Maestros; después, propusieron crear en las provincias instituciones dedicadas a la enseñanza de la agricultura y la industria, así como escuelas profesionales “libres” —tal vez influenciados por

³⁶⁷ Carta de Rafael Altamira a Justo Sierra del 8 de agosto de 1910 citada íntegra por Jaime del Arenal en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 25-27.

³⁶⁸ “Declaraciones del Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 6 de febrero de 1910, p. 3.

³⁶⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 16 y la nota al pie No. 36 de la misma página.

las ideas que les transmitiera Altamira—; enseguida, propusieron que el gobierno tuviera más participación en la educación profesional contradiciendo los postulados de la nueva universidad. Esas eran muestras, en palabras de Javier Garciadiego de que:

[...] el proyecto de Sierra y Chávez, por encomiable que fuera, resultaba centralista, restrictivo e insuficiente respecto a las exigencias socioeconómicas del país. En síntesis, la postura de aquellos jóvenes demostraba que el proyecto gubernamental nacía obsoleto, reflejando la decrepitud de todo el sistema porfiriano.³⁷⁰

Otro de los problemas que afrontó la recién creada Universidad fue sobrevivir ante los acontecimientos generados por la Revolución Mexicana. Desde sus inicios la Universidad, vinculada con los Científicos, fue caracterizada como una institución porfirista, incómoda para el nuevo gobierno, que tenía que reestructurarse. Los alumnos y profesores rechazaron de cierta forma el movimiento revolucionario pero los cambios no tardaron mucho en presentarse y una de las escuelas que más los sufrió fue la de Jurisprudencia.

En este recinto, en 1912 se nombró a Luis Cabrera como nuevo director y se le encomendó la misión de combatir la influencia de los Científicos —el grupo de Justo Sierra que como hemos dicho fue con el que Altamira había acordado la impartición del curso de historia del derecho—.³⁷¹ El nombramiento por sí solo fue considerado un agravio por varios profesores y alumnos, y cuando Cabrera empezó a implementar una serie de reformas restrictivas, la situación de tensión se desbordó en tal grado que el grupo de inconformes encabezados por el alumno Ezequiel Padilla formaron un comité de huelga que más tarde decidió desligarse de la institución para crear la Escuela Libre de Derecho. Así el 24 de julio de 1912 se creó esta nueva escuela como una institución ajena a todo credo político y religioso, con la participación de personalidades como los profesores Francisco León de la Barra, Agustín Rodríguez, Eduardo Pallares, Jorge Vera Estañol, Antonio Caso, Miguel S. Macedo, José María Lozano, Emilio Rabasa, Demetrio Sodi, entre otros, y de casi doscientos alumnos como el propio Padilla, Manuel Herrera y Lasso, los hermanos MacGregor, Romeo Ortega, Joaquín Méndez Rivas, por mencionar algunos.³⁷²

³⁷⁰ GARCADIIEGO, Javier, “El doble cumpleaños de la Universidad Nacional Autónoma de México”, *Letras Libres*, año 12, No. 139, México, julio 2010, p. 35. Véase del mismo autor *Rudos contra científicos: La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

³⁷¹ Antes del nombramiento de Cabrera, para cubrir la licencia de Pablo Macedo —quien había sido el director de 1908 a 1911—, habían ocupado el cargo en menos de un año Rafael Ortega, Joaquín D. Casasús, Victoriano Pimentel. Julio García y Pedro Lascurain. ARENAL, Jaime del, “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, *op. cit.*, p. 6.

³⁷² Según Jaime del Arenal, la Escuela Libre de Derecho albergó a alumnos y maestros de distintas creencias ideológicas y se mantuvo firme en medio de los sucesos revolucionarios gracias a que fue fiel a sus principios liberales y a que se alejó de cualquier controversia política. *Ibid.*, pp 8, 9. Véase sobre el mismo tema a

También la Escuela de Altos Estudios empezó sufrir ciertos embates, primero fue criticada por el gobierno maderista de elitista, y luego fue amenazada por el Congreso de los Diputados de suprimirle el subsidio. Posteriormente, un grupo considerable de estudiantes y, sobre todo, de profesores de la Universidad apoyaría el régimen de Victoriano Huerta. Aunque con Huerta los Científicos recuperaron la plaza y nombraron como rector a Ezequiel A. Chávez en septiembre de 1913.³⁷³ Pero con el triunfo de las fuerzas revolucionarias, algunos funcionarios y profesores huertistas fueron apartados de sus cargos y, además, la Universidad entró en un período de inestabilidad debido a que quedó relegada de los intereses inmediatos que ocuparon a los revolucionarios. De ahí que prácticamente, en palabras de Javier Garciadiego, en el año de 1915, la comunidad universitaria llegó a comprender dos situaciones:

[...] que el “antiguo régimen” había sido vencido definitivamente, por lo que el proyecto universitario de Sierra y Chávez, respetado durante el huertismo, no podría reactivarse, y que el proyecto universitario que se impondría tendría que ser nuevo, acorde con la propuesta de país de los revolucionarios.³⁷⁴

Para el siguiente año, la Universidad, por tanto, comenzó a acoplarse a los cambios. Los estudiantes o bien ya no pertenecían a las familias porfirianas –muchas de ellas en el exilio—, o ya, en su mayoría, eran jóvenes provenientes de las clases medias que apoyaban a Venustiano Carranza. Así, para el año de 1918, la Universidad empezó a recuperar su estabilidad, y dos años después, con José Vasconcelos al frente de ella, se renovó, adquirió sus compromisos sociales en beneficio del ascenso social de las clases medias y de los sectores menos privilegiados, además de su identidad latinoamericana, su posición antidictatorial y antimilitarista, y su responsabilidad culturalista y civilizadora;³⁷⁵ absorbiendo con ello a las Universidades Populares, las cuales fueron creadas en 1912 bajo la influencia, entre otras, de la Extensión Universitaria promovida en México por Altamira.³⁷⁶

GARCÍADIEGO, Javier, *Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho*, Lecturas Jurídicas No. 25, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

³⁷³ GARCÍADIEGO, Javier, “El doble cumpleaños...”, *op. cit.*, p. 36.

³⁷⁴ *Ibíd.*, p. 37.

³⁷⁵ *Ibíd.*, p.38.

³⁷⁶ ARENAL, Jaime del, “Comentario a la ponencia...”, *op. cit.*, p. 413. Cabe señalar que con la reestructuración de la Universidad de la mano de Vasconcelos, dos de sus nuevos departamentos, tuvieron un éxito sin precedentes según Renate Marsiske: el de extensión Universitaria y la Escuela de Verano bajo la dirección de Pedro Henriquez Ureña. En el primero, los estudiantes participaron en las tareas de extensión de la cultura y apoyaron la campaña vasconcelista de alfabetización nacional, en MARSISKE, Renate, “La Universidad de México: historia y desarrollo”, en *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Vol. 8, p.20..

Ahora bien, continuando con el tema de los actos honoríficos de los que fue objeto Rafael Altamira, es importante mencionar que en la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación³⁷⁷ se le rindió un homenaje la tarde del sábado 29 de enero de 1910, en el salón de actos de la Escuela de Artes y Oficios, en donde un abogado de dicha Academia se atrevió a pronunciar un discurso coincidente con las ideas expuestas por Altamira en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

La Academia, según Altamira, le envió, para solicitar su concurso, una comisión integrada por los licenciados Miguel V. Avalos, Jorge Vera Estañol y Jesús Flores Magón.³⁷⁸ El acto estuvo presidido por Justino Fernández, Ministro de Justicia, y Luis Méndez.³⁷⁹ El programa establecido comenzó con el discurso de recepción a cargo del Lic. Rodolfo Reyes, Académico de número, continuó con la conferencia titulada “El Juicio Constitucional de Amparo en Relación con la Defensa de los Derechos Civiles”, pronunciada por otro Académico de número: Roberto A. Esteva Ruiz, y finalizó el acto con la entrega a Altamira del diploma que le hacía Socio Honorario.³⁸⁰

Cabe destacar que Reyes en su discurso —reproducido por Altamira en su informe—,³⁸¹ “glosó en forma magnífica, y llevó al caso mexicano, la cuestión más importante planteada por Altamira en sus conferencias en la Escuela de Jurisprudencia: la vigencia y el papel de la legislación.”³⁸²

En dicho discurso, Reyes comenzó diciendo que cuando sólo los vínculos oficiales unían a las naciones no había otras vías de estrecharles las manos a éstas, pero se congratulaba de que ya hubiera muchas otras formas que permitían:

[...] encaminar el esfuerzo social hacia la meta de la moral universal, que se llama unión sincera y cordial de las nacionalidades; y comoquiera que la libre iniciativa sustituye cada vez más la acción del Estado, cada vez más amplio papel corresponde á los individuos y á las corporaciones en el intercambio de la vida internacional.³⁸³

Refiriéndose al profesor de Oviedo, dijo que su sola personalidad era ejemplo, galardón y lustre de la España moderna y pensadora, que las ovaciones que había recibido por

³⁷⁷ Correspondiente de la Real de Madrid en el siglo XIX, fue reorganizada en 1930 bajo la denominación de Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid y nuevamente formalizada su reorganización como Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, A.C.

³⁷⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 184.

³⁷⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 23.

³⁸⁰ IESJJA/LA documento s.c., Invitación por parte de la Junta de gobierno de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid, 24 enero de 1910.

³⁸¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. 192-203.

³⁸² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 23.

³⁸³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 192.

sus conferencias en el México que veía en la cultura la única simiente del progreso, envolvían promesas de colaboración por el esfuerzo por la civilización y la raza, civilización que sólo se lograba por la educación y la cultura, y raza que avanzaría hacia sus destinos si se armaba también por esa educación y esa cultura.

Expresó que para la Academia, que de antaño conocía su obra y su trayectoria como historiador del derecho, era un honor inscribir su nombre entre los suyos y que muy bien encajaba en el lema “Honor profesional, Patria y Ciencia”, ya que como paladín de la ciencia estaba haciendo mucho más que sus compatriotas de antaño, estaba haciendo una gran labor patriótica por la España que resurgía aleccionada por el desastre. En ese sentido, recordó que la misión de la Universidad de Oviedo de estrechar los lazos intelectuales entre España e Hispanoamérica, requería acabar con prejuicios y dudas para así recobrar la confianza entre las naciones, y que esto sólo lo podía hacer una persona con carácter, que conociendo profundamente el espíritu español fuera capaz de percibir el espíritu hispanoamericano, ya que el primer factor para el éxito de una alianza era el cabal conocimiento de los aliados.

Continuó diciendo que en el marco en el cual el derecho se había transformado para convertirse en ciencia social y servir de apoyo para otras ciencias como la sociología, el derecho político constitucional, la economía política, las ciencias penales y el derecho internacional debían ser los encargados de resolver los problemas jurídico—sociales, para que así, en cada pueblo se lograra obtener una forma de gobierno de relativa perfección, una equilibrada repartición de la riqueza, una moralidad digna acorde a la civilización, y un eterno respeto por las otras naciones. Por ello, el jurista, al ser el iniciado en las ciencias sociales y el técnico de la forma que debía tener la resolución de los problemas, debía ser el paladín que se enfrentara a estos retos.

Nuevamente refiriéndose a Altamira y a su misión, Reyes expresó que seguramente en su viaje por los países latinoamericanos el profesor de Oviedo se había dado cuenta de los dos tipos de latinoamericanos, los que renegando de su sangre y de su raza querían hacer del contacto civilizador una absorción destructora, y los que admirando e imitando la grandeza extranjera querían conservar el tipo propio. De estos últimos dijo que, ante las imposiciones del deber internacional de los Estados Unidos reflejados en su doctrina Monroe, querían conservar su nacionalidad y su raza, y por tanto pedían al Derecho Internacional fórmulas vigorosas para los principios de la no intervención, para que así pudieran caminar juntos no sólo los dos elementos que componían el Nuevo Mundo —a la par en fuerza y grandeza—, sino también la Justicia.

Sobre los temas tratados por el alicantino en sus conferencias, se refirió al asunto de la costumbre. Primero, expresó su deseo también de terminar con la falsa idea de la

omnipresencia legislativa, en razón de que las costumbres son un factor más determinante en la vida social que las leyes mismas, y dado que la ley no es la omnipotente directora de la conducta humana. Enseguida, presentó lo que consideraba un problema sustancial para la nacionalidad mexicana: la sociedad dividida por sus condiciones étnicas y sociológicas, y única por su forma legislativa, en la que estaba presente la condición de “la primitiva raza aborígena” que en vano habían tratado de que siguiera el camino de los mestizos y los criollos. En ese sentido, explicó que la desigualdad que imperaba en esta sociedad era producto de haber aplicado tratamientos iguales a desiguales condiciones en el marco de la omnipotencia de la ley y de no haber respetado la realidad y las costumbres de los indígenas.

Agregó que ese criterio de aceptar la costumbre y todos los hechos reales que se traducían en la actividad jurídica social, tal vez hubiera resuelto los problemas de la división de la propiedad territorial, los problemas sobre el trabajo y sobre la posible igualdad política. Pero antes de explicar estas cuestiones, rescató una reflexión que había hecho siete años antes sobre el papel del Derecho y la educación para resolver las desigualdades y así merecer una democracia. En ese sentido, recordó que el Derecho debía ser el medio que asociara y coordinara las razas y castas, y la educación, al ser el medio que nivelaba los espíritus, necesariamente debía nivelar las condiciones para que se fuera un todo más homogéneo en donde pudiera imperar una democracia generalizada y efectiva. Dijo que para convertir las cosas desiguales en iguales las leyes ponían los medios, pero no bastaba con el sólo hecho de declararlas.

Ante el desequilibrio entre la legislación y la costumbre, señaló que esto era un error proveniente de la idea de que la ley lo podía todo, un error cometido por las naciones hispanoamericanas porque asimismo habían trasplantado legislaciones que eran producto de otras costumbres y de otras condiciones jurídicas. Lo que tenían que hacer en México — afirmaba— era nivelar el ideal escrito con las condiciones jurídicas vividas, es decir, procurar que la costumbre llegara a identificarse con la ley para alcanzar una condición jurídica de adaptación, y así llegar también al fin supremo del derecho. Para resolver este problema — decía— se requería de la doble labor educativa y jurídica, ya que una formaba y la otra dirigía la conducta humana.

Sobre el problema del trabajo, el problema obrero, Reyes advirtió que en México se había logrado contener pero que, como problema universal, se debían prevenir ciertas situaciones tomando el ejemplo de lo que se había hecho en otras naciones, entre las que se encontraba España cuyos pensadores y juristas produjeron la ley sobre accidentes de trabajo y sobre la labor de mujeres y niños. Y en este caso propuso que en México se atendiera el tema de la legislación sobre responsabilidad de accidentes.

Para finalizar, habló sobre la misión social del abogado. Expresó que el abogado no debía ser un simple mecánico cuya tarea fuese sólo aplicar la ley, sino que debía percibir la vida para deducir las soluciones jurídicas que mejor pudieran resolver los problemas sociales y para que de un modo más seguro se encaminara al ideal de justicia. Porque, repitiendo las palabras de Altamira, sin justicia es vano todo progreso. Por último, se dirigió al profesor de Oviedo con estas palabras:

Sed el bienvenido al seno del foro mexicano, ilustre embajador de ideales nobles y de propósitos purísimos; las cadenas que, gracias á vos y á los vuestros, habrán de unirnos en lo futuro con la madre patria y nos harán un todo con ella, son cadenas de amor y de sinceridad y de confianza; así encadenados iremos seguramente en lo por venir con una sola alma en pos de una misma finalidad, tras el progreso definitivo, pero conservando siempre dentro de cada nacionalidad, propagámoslo así, los propios caracteres de nuestro inmoral, de nuestra fecunda, de nuestra gloriosa y victimada raza.³⁸⁴

Rafael Altamira por su parte, después de disculparse por no haber preparado un discurso digno para tal distinción, contestó con unas breves palabras y con la lectura de “Los estudios jurídicos españoles en el siglo XVIII”, pertenecientes al entonces inédito tomo IV de la *Historia de España y de la civilización española*.³⁸⁵

De esta manera, con los dos ciclos de conferencias, el banquete que le ofreció la Escuela de Jurisprudencia y el homenaje que le rindió la Academia, Rafael Altamira cerró la gama de actividades presentadas ante este importante colectivo de la vida nacional, dejando entre ellos ideas relativas a la enseñanza de la historia del derecho y algunas sugerencias sobre el programa de estudio que impartía la Escuela, su práctica metodológica y su ejercicio profesional, dándoles en sus discursos importantes aires de renovación sobre lo jurídico y su base en la realidad social, económica y política mexicana. Sin embargo, la renovación metodológica de la enseñanza profesional del derecho propuesta por Rafael Altamira en esta serie de conferencias que dictó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia logró impactar de alguna manera en el sector más progresista de la elite gobernante. Esta significativa respuesta puede encontrarse en el acuerdo celebrado entre el Ministro Justo Sierra y Altamira para implantar un curso de Historia del Derecho en la Universidad, que se inauguraría durante los festejos del Centenario. Asimismo, puede localizarse en el establecimiento de las asignaturas de Derecho Romano y Latín en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1912. O también se puede hallar en la influencia que empezarán a tener las obras de este autor: *La Historia del*

³⁸⁴ *Ibíd.*, p. 203.

³⁸⁵ *Ibíd.*, p. 185, y del mismo autor *La formación...*, *op. cit.*, pp. 24, 25.

Derecho Español (1903) y *Cuestiones de historia del Derecho y de Legislación comparada* (1914), “en el desarrollo de la historiografía jurídica mexicana.”³⁸⁶

Si estas contadas acciones pudieron significar —y aquí coincido con Jaime del Arenal— el declive del dominio positivista en la enseñanza jurídica, nos preguntamos: ¿por qué la renovación metodológica del derecho que proponía el catedrático de Oviedo ante la evidente incompatibilidad entre el derecho positivo legalista omnipresente y la realidad nacional —que, como sostenía Rodolfo Reyes, había provocado “la desigualdad que imperaba en la sociedad mexicana”— no logró cuajar en el desarrollo de una nueva perspectiva jurídica como la que proponía Altamira de tipo historicista y consuetudinaria, perspectiva en la que el objeto del derecho no era la norma sino la sociedad y sus instituciones? La respuesta difícilmente podríamos encontrarla fuera de los límites que impuso la situación política y social mexicana de aquellos años; es decir, situación que estaba a unos meses de desembocar en una revolución que traería consigo una nueva lectura de la coyuntura nacional y nuevos actores en la toma de decisiones políticas y académicas.

4. La labor de Rafael Altamira en otros espacios educativos

4.1 Contexto general de la educación mexicana

En materia educativa,³⁸⁷ con un panorama de más del ochenta por ciento de analfabetismo, el sistema nacional demostraba su inoperancia y quietud para emprender la educación masiva propuesta por los liberales después de la caída de Maximiliano. El presupuesto nacional destinado a la educación en el periodo de 1906 a 1910 era considerablemente menor que el que se destinaba, por ejemplo, a la Secretaría de Guerra y Marina. Para el año 1909 el total de las escuelas primarias existentes en el país, entre públicas y privadas, constituían alrededor del cuarenta por cien de las que, en teoría, se necesitaban para aliviar la situación del analfabetismo. En cambio, el panorama de la educación secundaria y superior era diferente, continuaba siendo ésta un “privilegio de clase”. La elite se formaba en las preparatorias nacionales —que separaban la educación secundaria de la profesional y que había diecisiete

³⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 5, 13.

³⁸⁷ Para tener un panorama más amplio que el que aquí presentamos pueden consultarse: BAZANT, Mílada, *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, 2000. LARROYO, Francisco, *Historia comparada de la Educación en México*, México, Porrúa, 1987. MENESES MORALES, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Porrúa, 1983. ROBLES, Martha, *Educación y sociedad en la Historia de México*, México, Siglo XXI Editores, 1977. SOLANA, Fernando (ed.), *Historia de la educación pública en México*, 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1981. VÁZQUEZ, Josefina Z., *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975.

entre 1878 y 1907—, las escuelas nacionales de Jurisprudencia, Medicina, Ingeniería, Agricultura y Veterinaria, Comercio y Administración, Conservatorio de Música y Declamación, Bellas Artes, Normal para profesores, la de Sordomudos y la de Artes y Oficios. Estas escuelas encargadas de la educación profesional gozaron de constantes atenciones y privilegios durante el porfiriato y casi siempre estuvieron dotadas de buenos edificios y bibliotecas, de planes renovados con enfoque positivista, y de profesores liberales comprometidos con el régimen. En suma, prácticamente dentro del sistema educativo mexicano, las escuelas nacionales e institutos científicos asentados en la capital y en la provincia respectivamente, gozaron de cierta estabilidad y tranquilidad como también lo hicieron otras instancias de la vida política durante el régimen, por ello con la llegada de la Revolución, el desmantelamiento de las instituciones porfiristas afectó también a la vida de los estudiantes y de los profesores, quienes asumieron posiciones ambiguas ante este nuevo panorama ya que por su condición social de clase media y alta y “su preparación dentro de un clima de paz social y desarrollo económico que había ofrecido el régimen de Porfirio Díaz durante décadas, creían en un desarrollo continuo aunque moderado, que mantenía sus privilegios de clase.”³⁸⁸

Por otro lado, es importante señalar que México, como toda América, era objeto de una disputa entre las potencias por la influencia cultural. Influencia que se presentaba a través de la constitución de redes científicas, de la visita de profesores o intelectuales extranjeros, del mercado editorial, etc. Esta influencia vista por Rafael Altamira como una amenaza para las naciones latinas como lo hemos señalado a lo largo de esta tesis, lo llevó a emprender el viaje a América para promocionar tanto la ciencia española a través de sus ideas y conocimientos en varias ramas del saber, como el programa hispanoamericanista de colaboración mutua para así unir fuerzas y afrontar este peligro.

Bajo este marco, por lo tanto, las actividades que desarrolló Rafael Altamira en el ámbito de la educación positivista mexicana, tuvieron esta intención de incidir —así como lo hizo con la comunidad de abogados— en los otros colectivos del quehacer educativo. Dichas actividades, cabe mencionarlo, transitaron por una vereda aparentemente tranquila en la que el único obstáculo fue la inconformidad del grupo católico que, aprovechándose de algunas de las ideas expuestas por el profesor de la Universidad de Oviedo, encontró la oportunidad para lanzar sus ataques al sistema educativo oficial porfirista. Esta reacción es lo que hemos llamado como la segunda fase de la polémica que orquestó el periódico católico *El País*, y se

³⁸⁸ MARSISKE, Renate, “La Universidad de México...”, *op. cit.*, p. 19. Entre los variados trabajos que ilustran este contexto pueden consultarse a GARCÍADIEGO, Javier, *La Revolución Mexicana...*, *op. cit.*, y ARENAL, Jaime del, “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, en *Memorias de la Revolución en México*, Volumen 8, México, recurso electrónico en línea: <http://www.terra.com.mx/articulo.aspx?articuloId=948169>.

centrará más en las ideas, en los proyectos educativos y en las instituciones que en las personalidades.

4.2 Algunas propuestas del programa hispanoamericanista en los espacios educativos mexicanos

Luego de concretar un acuerdo de intercambio de publicaciones con la Escuela Nacional Preparatoria,³⁸⁹ Rafael Altamira pronunciaría en el Salón de Actos de este recinto la primera de sus conferencias dirigidas a algunos otros centros educativos mexicanos con el título “El ideal de Universidad”.³⁹⁰ No sería casual que esta primera conferencia y el tema a tratar se realizara en el bastión de la educación positivista mexicana, por ello conviene desentrañar las ideas principales que transmitió Altamira en esta ocasión.

En el acto, que se llevó a cabo el jueves 13 de enero de 1910,³⁹¹ y que fue introducido por Justo Sierra, Rafael Altamira presentó básicamente una tipología de universidades que resumió de esta manera: “alemana, científica, inglesa, social, latina, mixta”. Sobre algunas

³⁸⁹ La Escuela Nacional Preparatoria (ENP) tiene sus antecedentes desde 1857 cuando el Presidente de la República, Benito Juárez, nombró Ministro de Justicia e Instrucción a Antonio Martínez de Castro, quien a su vez designó a Gabino Barreda para reestructurar la educación pública. Con la “Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal” promulgada el 2 de diciembre de 1867, se estableció la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, y el día 17 de diciembre del mismo año, se nombró a Gabino Barreda como primer director de la ENP. Gabino Barreda fue director hasta 1878 e implantó el positivismo en los planes de estudio. A partir de 1885 y hasta el inicio del siglo XX la ENP tuvo varias reformas en sus estructuras curriculares. En 1907 sus estudios se declararon gratuitos y laicos. La Escuela Nacional Preparatoria albergó a distinguidos humanistas, científicos y artistas de México, destacando entre sus profesores Ignacio Ramírez, Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Manuel Altamirano, Alfonso Herrera, Justo Sierra, Erasmo Castellanos Quinto, Vidal Castañeda y Nájera, José Vasconcelos, Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Miguel E. Shulz y Pedro de Alba. Asimismo muchos de sus egresados figuraron en la vida intelectual, cultural y política del país como fueron por ejemplo el grupo conocido como el “Ateneo de la Juventud”, conformado por Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Diego Rivera, entre otros. Actualmente la Escuela Nacional Preparatoria forma parte de la Universidad Nacional Autónoma de México y tiene nueve planteles distribuidos por toda la capital mexicana. Véase <http://dgenp.unam.mx/acercaenp/antecedentes.html>

³⁹⁰ Altamira en su informe tituló esta disertación como “la Organización universitaria”, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. 184, 187. No obstante, el periódico *El Imparcial* la tituló como “Conferencia sobre el ideal de la universidad”, en *El Imparcial*, México, D. F., viernes 14 de enero de 1910, pp. 1, 2. Malagón y Dumas apuntan que se tituló: “El ideal de la Universidad” en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., p. 67 y DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 393, respectivamente. Cabe señalar que Dumas y Nieto realizaron la síntesis de esta conferencia basándose en *El Imparcial* del 14 de enero de 1910, pp. 1 y 2. Y además Dumas incorporó la crítica que sobre el acontecimiento hizo *El País* el 18 de enero de 1910, p. 1. Véase DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., pp. 393-395 y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, op. cit., pp. 213, 214. *La Iberia* también anunció que la conferencia titulada el “Ideal de la Universidad” sería de entrada libre, en “El Dr. Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 13 de enero de 1910, p. 1.

³⁹¹ Además de tener un numeroso auditorio compuesto en su mayoría de estudiantes y profesores, acudieron y acompañaron a Altamira en el presidio el ministro Justo Sierra; el director y subdirector de la escuela anfitriona: Porfirio Parra y Erasmo Castellanos respectivamente, y Pablo Macedo. Dado que no contamos con la nota completa sobre este evento que publicó el periódico oficial, nos apoyamos también de la reseña de NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, op. cit., p. 213, y las breves notas de *El País* y *La Iberia*, “la conferencia del Sr. Altamira”, *El País*, México, 14 de enero de 1910, p. 1. y “Las conferencias de Altamira”, *La Iberia*, México, sábado 15 de enero de 1910, p. 1, respectivamente.

características de ellas y sobre la labor que debía realizarse en la Universidad discurrió a lo largo de su conferencia.³⁹²

El punto central de su disertación fue explicar que no era conveniente adoptar incondicionalmente ninguno de los dos modelos europeos, sino que lo mejor era “amalgamarlos” tomando lo mejor de la universidad alemana que buscaba hacer hombres de ciencia y de la universidad inglesa que pretendía formar hombres bien educados para la vida social.³⁹³ Es decir, propuso que estos dos modelos debían fundirse para alcanzar el ideal de la universidad.³⁹⁴

En otro asunto de importancia, además de reconocer que los profesores de la universidad de la Sorbona de París estaban intentando esa conjunción, explicó que en esa universidad como en la de Oviedo, los profesores se ocupaban de un número pequeño de estudiantes, lo que resultaba muy beneficioso porque lograban “conocerlos íntimamente y encontrarse en comunión con ellos en un ambiente de confianza mutua”. Gracias a estos grupos reducidos, los estudiantes tenían más seguridad para consultar a sus profesores no sólo sobre sus estudios, sino también sobre sus problemas personales.³⁹⁵ La confianza obtenida era, por tanto, de suma trascendencia ya que con ella llegaba “á haber el conocimiento”.³⁹⁶

Altamira habló también sobre los roles de los profesores y los alumnos dentro de la Universidad. Sobre los primeros enfatizó que debían “consagrar todas sus energías y toda su voluntad a la noble misión que le está encomendada, la más alta de cuántas puedan existir.”³⁹⁷ Con relación a los segundos, comentó que existía una “leyenda” que atribuía el alto nivel que alcanzaban los estudiantes alemanes “a las facultades superiores de sus profesores”,³⁹⁸ pero señaló que en la Universidad de Oviedo no lo creían así, por ello intentaban, por un lado, “ahuyentar de la mente de los estudiantes la idea de la superioridad absoluta de los profesores”, “ente temible, del que había que huir, y ante el que se bajaba solapadamente la vista”, y por otro, procuraban convencerlos de que el maestro no era un ser superior, sino que al tener más años, tenía mayores probabilidades de saber y de conocer más.³⁹⁹ En ese sentido, sostenía que “el principal elemento de triunfo, de una universidad o de cualquier plantel

³⁹² MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *op. cit.*, p. 68.

³⁹³ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 393.

³⁹⁴ “La conferencia del Sr. Altamira en la Escuela N. Preparatoria”, *El País*, México, martes 18 de enero de 1910, p.1.

³⁹⁵ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 393.

³⁹⁶ “Conferencia sobre el ideal de la universidad”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 14 de enero de 1910, p. 2.

³⁹⁷ Cuando Altamira terminó su discurso de dos horas, “una ovación entusiasta y de pleno convencimiento, despidió a nuestro distinguido huésped, hasta la puerta de la vieja escuela.”, en “Conferencia sobre el ideal de la universidad”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 14 de enero de 1910, p. 2., y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3211 (citando los mismos párrafos).

³⁹⁸ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 393.

³⁹⁹ “Conferencia sobre el ideal de la universidad”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 14 de enero de 1910, p. 2.

educativo en general,” no era el programa, ni la dirección, ni el maestro, sino solamente el alumno,⁴⁰⁰ y que la base del éxito educativo se encontraba en la disciplina de los estudiantes.

Un último asunto que trató fue el tema de los paseos campestres o excursiones escolares, los cuales estaban pensados para lograr la comunión entre la comunidad universitaria. Al respecto, explicó que se organizaban este tipo excursiones al campo, porque constituían no solo un atractivo, sino sobre todo una enseñanza ya que la naturaleza nunca dejaba de ofrecer algo digno de observarse y analizarse, de ahí que expresara que el paisaje aunque fuese más árido en apariencia, tenía “si se le contempla atentamente y con ojos hechos á las ondas observaciones artísticas, bellezas y matices extraordinarios.”⁴⁰¹

Además de las reseñas de esta conferencia que realizaron algunos periódicos, la nota de *El País*,⁴⁰² publicada días más tarde, resulta interesante porque además de aprovechar la ocasión para continuar lanzando dardos sobre la figura de Altamira —y alimentar la polémica que sostenía con el diario *La Iberia* sobre el calificativo “colosal” que se había puesto al alicantino—, también mostró algunas de sus animadversiones con respecto al sistema educativo mexicano, a su responsable y en especial a la Escuela Nacional Preparatoria.

Primero, este periódico católico dijo que la conferencia se redujo a lugares comunes y a conocidas “clasificaciones y apreciaciones acerca del carácter diferencial entre unos y otros grupos de Universidades europeas”. Después, con el sarcasmo que caracterizó la polémica previa que tuvo con *La Iberia*, advirtió que sus comentarios no eran de censura, porque no se podía exigir a cada conferenciante que dijera cosas nuevas o que presentara cuadros “monumentales” reveladores de gran labor o esfuerzo intelectual, ya que eso era propio de los sabios “colosales” y que Altamira, por lo que había demostrado en sus conferencias, aun no les merecía ese calificativo.

Enseguida descalificó a algunos diarios porque, a su juicio, seguían creando “una atmósfera de admiración” sobre la figura del profesor de la Universidad de Oviedo. Asimismo, decía que estos periódicos calificaron el tema de la conferencia de Altamira como muy adecuado, y habían magnificado los puntos centrales de la conferencia cuando en realidad fueron sólo “grandes verdades todas estas, que bien podrían figurar en cualquier lección que nos diera Pero Grullo.” En síntesis, para el diario católico todo lo que dijo Altamira no era nada nuevo, ya se sabía y se practicaba en México desde hacía muchos años. Solo se concentró en algunas ideas de la exposición y no hizo comentarios acerca de lo que representaba la universidad en la sociedad mexicana. Ausencia de opinión por lo demás

⁴⁰⁰ NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 214.

⁴⁰¹ “Conferencia sobre el ideal de la universidad”, *El Imparcial*, México, D. F., viernes 14 de enero de 1910, p. 2, y DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 393.

⁴⁰² “La conferencia del Sr. Altamira en la Escuela N. Preparatoria”, *El País*, México, martes 18 de enero de 1910, pp. 1, 2.

incomprensible en un contexto en el que justamente estaba por aprobarse la ley constitutiva de la Universidad Nacional.

Sobre el punto en que Altamira afirmaba que la eficacia de la enseñanza reposaba sobre la disciplina de los estudiantes y no sobre el valor de los profesores como se creía que pasaba en Alemania, *El País* aprobó esta postura y agregó que era un error garrafal pensar que en la escuela el profesor lo hacía todo. No obstante, señaló que la educación y la enseñanza no eran resultado de un solo elemento o una sola causa, sino de varios elementos y varias causas, y que su éxito dependía del alumno y del profesor principalmente; o que en todo caso, la eficacia era más bien el resultado de la conjunción de la disciplina, profesores, programas, pedagogía, libros de texto, métodos de enseñanza. De tal suerte que una pedagogía “sabia”, apuntó, no debía desatender ninguno de los tres elementos básicos: el profesor, el alumno y los medios para la enseñanza, porque cuando alguno de los tres elementos fallaba y se carecía de una fuerza educativa, se caía en una gran fiasco, como sucedía con la enseñanza en México.

Con este contexto, *El País* inició su ataque a la Escuela Nacional Preparatoria.⁴⁰³ El primero de sus comentarios fue contra el programa de dicha escuela implantado en 1907. Para este diario el currículo era más malo que el anterior y Porfirio Parra, el Director, lo había defendido con estas palabras:

[...] el señor Parra decía: ‘En la novísima ley, respetando el principio fundamental que sirve de base á la enseñanza preparatoria, ha procurado simplificar [...] a fin de evitar ese DESASTRE PEDAGÓGICO QUE SE LLAMA EL RECARGO DE MATERIAS, QUE AGOTA LA INTELIGENCIA PRETENDIENDO ENRIQUECERLA, DOBLEGÁNDOLA BAJO UN PESO SUPERIOR A SUS FUERZAS [sic].’⁴⁰⁴

El agotamiento, sin embargo, según *El País*, se había presentado ya con el programa original, y desde entonces esta escuela había estado formando a muchos “charlatanes” y “falsos sabios” con sus contadas excepciones.

Asimismo, al mencionar que sin negar las cualidades del alumno eran necesarios también los métodos para lograr el éxito de la educación, reconoció que Altamira había trabajado en materia de metodología, y redundó que no debían ignorarse los buenos métodos, textos, programas, profesores porque eran elementos importantes para llegar al éxito en la enseñanza. De ahí que recalcará: “Atribuir exclusivamente al alumno como lo hizo el señor

⁴⁰³ Sobre este mismo punto Nieto hace también una referencia citando la misma fuente: NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 219.

⁴⁰⁴ “La conferencia del Sr. Altamira en la Escuela N. Preparatoria”, *El País*, México, martes 18 de enero de 1910, p. 1.

Altamira, el éxito de la enseñanza, es un error; como lo es también, atribuirle solo al profesor ó á los medios empleado por él.”⁴⁰⁵

Para finalizar, sugirió que el tema de la conferencia de Altamira hubiera sido mejor si hubiera versado sobre una propuesta de nuevo plan de estudios para la Escuela Nacional Preparatoria. En ese sentido, este periódico recomendó el “texto de la ley, los folletos del señor Vázquez Gómez y una colección de EL PAÍS del año de gracia de 1908”, porque —decía— los positivistas estaban tan empeñados en “agotar la inteligencia mejicana”, que no querían emprender ninguna reforma. Y como colofón advertía que en vista de esta conferencia, seguirían sosteniendo que Altamira distaba mucho de ser “colosal”.⁴⁰⁶

El viernes 14 de enero Altamira dictó la segunda conferencia para los centros educativos mexicanos. Esta vez sería en la Escuela Normal Primaria para Maestros⁴⁰⁷ bajo el título “El sentido estético de la educación”, o “El ideal estético en la educación”. Desafortunadamente no logramos encontrar alguna reseña de la conferencia, sólo una breve nota publicada en el periódico *La Iberia*,⁴⁰⁸ una fotografía que aparece en la portada de la revista *La Semana Ilustrada* del viernes 21 de enero de 1910 en la que se muestra a Rafael Altamira junto con docenas de personas y que al pie dice: “Don Rafael Altamira, rodeado de alumnos de la Escuela Normal para Profesores, después de la Conferencia que dio en esa escuela el viernes de la pasada semana”,⁴⁰⁹ y una nota breve publicada por *El País*⁴¹⁰ de la que extraeremos a continuación las ideas principales de la conferencia.

Este periódico católico inició su artículo diciendo que la conferencia de Altamira —dentro de un fondo de lugares comunes como ocurrió con la conferencia que había pronunciado en la Escuela Nacional Preparatoria—, tuvo un error al asentar que en la enseñanza era innecesario el estudio del griego y el latín. Según este diario los principales lugares comunes que tocó el profesor de Oviedo tenían que ver con su propuesta de la utilidad

⁴⁰⁵ *Ibíd.*, p.2.

⁴⁰⁶ *Ibíd.*

⁴⁰⁷ La Compañía Lancasteriana del grupo masónico escocés -fundada en 1822 en la Ciudad de México- fue la primera institución que por primera vez intentó impulsar un sistema de escuelas gratuitas y de prácticas de formación de docentes, las cuales posteriormente serían apoyadas por el gobierno mexicano. A lo largo del siglo XIX se fueron creando escuelas normales por algunas entidades del país y sólo hasta los años de 1887 y 1888 se fundaron las escuelas normales para varones y para mujeres, respectivamente, en la capital mexicana. Durante el siglo XX se empezaron a consolidar estas escuelas y gracias a ello se creó el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, posteriormente convertido en Dirección General de Capacitación y Mejoramiento Profesional del Magisterio, instancia que impulsaría la profesión magisterial. La que fuera Escuela Normal Primaria para Maestros actualmente es la Escuela Normal Superior de México. Véase a DUCOING, Patricia, “Origen de la Escuela Normal Superior de México”, *Revista historia de la educación latinoamericana*, Vol. 6, año 2004, Colombia, pp. 39-45.

⁴⁰⁸ “Las conferencias de Altamira”, *La Iberia*, México, sábado 15 de enero de 1910, p. 1.

⁴⁰⁹ IESJJA/LA documento s.c., Recorte de portada de *La Semana Ilustrada*, México, viernes 21 de enero de 1910.

⁴¹⁰ “La conferencia del señor Altamira en la E. Normal para Profesores”, *El País*, México, jueves 20 de enero de 1910, pp. 1, 2.

de las excursiones y el hacer agradable la escuela al niño, pero además enlistó algunos otros (que nos permiten conocer los demás temas que Altamira trató en esta conferencia): “la necesidad de educar el sentido estético del niño, la influencia de los Kindergarten; la cooperación que á la mujer toca en la obra de la enseñanza; la necesidad de no hacer que predomine la memoria sobre las otras facultades.”⁴¹¹

Al referirse al estudio del griego y de latín, *El País* aprovechó el espacio para arremeter nuevamente contra el sistema educativo mexicano y algunos sectores de la “intelectualidad”. Dijo que el nivel de la ilustración mexicana era alto, pero que en esa capa no figuraban aquellos que se “formaban en las sociedades de elogios mutuos” o aquellos que habían pedido aplaudir a Altamira sus declaraciones sobre el griego y el latín. Añadió que había muchos aficionados a las letras que se daban ínfulas de literatos, estaban en contra de la enseñanza del latín y del griego por la sencilla razón de que habían sido incapaces de aprenderlo.

En este marco, recordó que Porfirio Parra, Director de la Escuela Nacional Preparatoria, había escrito en un folleto algunas infortunadas afirmaciones sobre el latín en contestación al texto “La enseñanza secundaria en el Distrito Federal” de Francisco Vázquez Gómez. Es decir, daba a entender que la postura de la Escuela Preparatoria era contraria a la enseñanza de esta lengua. Y también recordó que la campaña orquestada por *El País* contra el positivismo años atrás había demostrado “la impotencia de los sostenedores de las doctrinas positivistas, y muy especialmente, su incapacidad para contestar á las refutaciones de los banales argumentos con que se ha pretendido legitimar la supresión de la enseñanza del griego y el latín.”⁴¹²

En defensa de la enseñanza del latín y del griego, este diario expuso tres argumentos. El primero sostenía que dichas lenguas permitían pensar con precisión porque su riqueza, sus sinonimias, los derivados y los compuestos, y las voces verbales, constituían “la aplicación enérgica y continua de método de pensar casi matemático”. Asimismo, consideraba que la sintaxis latina y su hipérbaton, ofrecían medios “para la realización de la belleza por medio de la palabra”, y la dificultad de su prosodia, de la clasificación de sus sílabas y de sus acentos, servía para adiestrar en el “secreto de la armonía de las palabras”.

El segundo argumento refería que el estudio de las lenguas clásicas, además de servir para apreciar las bellezas del lenguaje, era necesario para comprender en forma y fondo el pensamiento de los sabios que en ellas escribieron, para habituarse a pensar con precisión, y para juzgar y valorar de mejor manera la ciencia “que se vació en los moldes de aquellas

⁴¹¹ *Ibíd.*, p.1.

⁴¹² *Ibíd.*

lenguas y forma nada menos que una de las bases de nuestra civilización grecolatina, de la civilización occidental, de la civilización cristiana.”⁴¹³

Finalmente el tercer argumento consistía en que el estudio del latín y del griego era “uno de los mejores medios para formar hombres serios” y para “dar seriedad al espíritu de la juventud”. Esto porque lo laborioso del aprendizaje engendraba orden y medida, que bien dirigidos se convertían “en preservativos de los desórdenes y de los devaneos y en moderadores de las pasiones.”⁴¹⁴

4.2.1 Conferencia en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres sobre la Extensión Universitaria

Las Escuelas de Artes y Oficios mexicanas tienen sus antecedentes en aquellos centros que se crearon por todo el territorio nacional para enseñar a los niños a leer, escribir y capacitar para el trabajo manual dado que algunas de las actividades económicas del país se centraban en los talleres familiares y caseros del siglo XIX, donde se confeccionaban la mayoría de los artículos de consumo como pan, telas, ropa, zapatos, sombreros, artesanías, muebles, libros, vidrio, alfarería, carretas, herramientas, etc., ante la falta de una industria nacional. La Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres (ENAO) tiene como primer antecedente un decreto de creación expedido por el Presidente Ignacio Comonfort (1856), sin embargo, la Escuela sólo pudo mantenerse durante dos años y tuvo que esperar hasta el año de 1864, cuando un nuevo decreto del presidente Benito Juárez la intentó reactivar sin éxito debido a la instauración del Segundo Imperio. En 1876 la Escuela reinició sus actividades, reinstauró el taller de herrería y fue creando el de carpintería, torno, imprenta y litografía. En 1907 reorganizó sus planes de estudio y a partir de 1915 se estableció como Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos, Electricistas y Mecánicos-Electricistas y fue reestructurándose con los años hasta que en 1932 adoptó el nombre que conserva hoy día: Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME).⁴¹⁵

El día miércoles 19 de enero en la ENAO donde asistieron intelectuales, estudiantes y obreros, Altamira habló sobre “La Extensión universitaria”.⁴¹⁶ Prácticamente fue la única vez

⁴¹³ *Ibíd.*, p.2.

⁴¹⁴ *Ibíd.*

⁴¹⁵ Véase <http://www.coparmex.org.mx/contenidos/publicaciones/Entorno/2003/abr03/g.htm> y http://www.esimez.ipn.mx/WPS/WCM/CONNECT/ESIME_ZACATENCO/ESIME_ZACATENCO/INICIO/CO_NOCENOS/IDENTIDAD/HISTORIA/HISTORIA_CONT.HTM Actualmente la ESIME pertenece al Instituto Politécnico Nacional y se encarga de formar profesionales en el área de ingeniería.

⁴¹⁶ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, pp. 1, 2. Misma fuente citada por NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 214.

que Altamira se dirigió al sector obrero de la capital mexicana y no fue casual que el lugar escogido para la conferencia fuera la escuela destinada a capacitar técnicamente a los futuros trabajadores obreros y artesanos.

Gracias al guión y notas de Rafael Altamira que aún se conservan sobre esta conferencia⁴¹⁷ podemos tener indicios de la exposición y, al mismo tiempo, relacionar su guión con la reseña del periódico *El Imparcial*. Sabemos que Altamira estructuró su discurso en nueve apartados.

En la primera parte, explicó el *significado de la Extensión universitaria*: “gramaticalmente Extensión Universitaria abarca todo movimiento de la Universidad por ensanchar su campo de acción”. Además, en el guión, escribió que por esta razón era posible el intercambio académico. Siguió con los *antecedentes*, los cuales los encontraba en la enseñanza popular superior de Comte, en las conferencias públicas del College de Francia y en la larga tradición de las universidades españolas, dando el ejemplo de las conferencias dominicales de Castro o las públicas de Zaragoza. Y cerró esta primera parte exponiendo que lo que propiamente se llamaba Extensión Universitaria, se había definido en los hechos por *otros caracteres que la especializaban* y que hacían de “ella una forma particular de extender la acción de la universidad fuera de su público profesional”.⁴¹⁸ Para completar este inicio, *El Imparcial* y Nieto rescatan que Altamira llegó al tema de la clase obrera, la cual explicó que estaba excluida por la separación de las clases y el recelo entre ellas, pero que en 1908 sucedió que en Francia, Bélgica y Austria los obreros se organizaron y decidieron ser un público con ganas de instruirse.⁴¹⁹

En el segundo apartado, Altamira subrayó las *notas generales de la Extensión* que tenían que ver con: 1) la *obra universitaria*, “diferente de toda otra de cultura popular, no universitaria”, donde además caracterizó que *universitaria* significaba alumnos y profesores y, según sus apuntes, ofreció algún ejemplo en relación con las universidades de La Plata, de Chile, de Perú, y Oxford. 2) La *obra de acercamiento de la universidad*, a las clases que no podían acceder a ella, de la que citó el ejemplo de las universidades de Inglaterra. 3) Y la *obra de alta cultura*, donde se excluía la enseñanza primaria y la técnica profesional.

En el tercer apartado, según su citado guión, Rafael Altamira explicó que no se había mantenido pura esta obra —la de alta cultura— por la *insuficiente preparación* del público que asistía a la Extensión y del cual se partía, y porque la *diferencia entre la cultura general y la*

⁴¹⁷ IESJJA/LA documento s.c., “Escuela de Artes y Oficios: Méjico 19 enero de 1910”, Notas originales manuscritas de Rafael Altamira, 11 páginas.

⁴¹⁸ *Ibíd.*

⁴¹⁹ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 1., y NIETO SOTELLO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 214.

universitaria se encontraba en “la profundidad y en el tono” y no en los asuntos, y “aún esto, dada la amplitud con que se concibe la educación general [integral], va disminuyendo”.

En la cuarta sección de su conferencia, argumentó sobre otras dos notas de la Extensión universitaria que no eran constantes y generales y que “en su variación han venido á señalar formas especiales” de la Extensión: *la nota social* junto o con “preferencia a la intelectual –los settlements de Oxford”, y *la selección del público*: clase media y clase intelectual por un lado, “que es lo que caracteriza el movimiento inglés y en parte el Norte—americano, v. gr.: Universidad de Nueva York, Universidad de Yale”, y clase obrera y mezcladas, por el otro, caracterizadas en el “tipo continental europeo, conferencias nocturnas N. York”. Cabe señalar que en la reseña de *El Imparcial* y en la síntesis que elaboró Nieto no se abordaron estos temas sino que continuaron con el tema de “la obra de la Extensión de la Universidad de Oviedo” que constituye la quinta parte del guión de Altamira.

En esta quinta parte, Altamira expuso el *origen de la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo, sus caracteres y sus formas*. Precisamente el diario oficial y Nieto apuntan que el alicantino comenzó diciendo que desde 1898 fue creada en la Universidad de Oviedo la Extensión Universitaria para curar el pesimismo generado por el ambiente que desprendía la idea de una España vieja y claudicante. Que dicha Extensión, obra apostólica de los profesores de Oviedo, seguía creciendo y extendiéndose a otras provincias de España.⁴²⁰

En la sexta parte continuó hablando sobre los caracteres de la Extensión ovetense donde destacaría: 1) *la enseñanza*, que “no es siempre superior por la materia, lo es siempre por el tono y la altura”. 2) *el público asistente*, que era mezclado o exclusivamente obrero. Y justo con relación a esto explicó que:

[...] se habían encontrado un público sin preparación que pedía aquellas cosas que no había tenido en la instrucción primaria y le fueron dadas, los profesores de la universidad se constituyeron en maestros de las primeras letras con especiales métodos de educación. Luego se encontraron con un público mezclado al que daban conferencias una vez por semana –obreros, estudiantes, profesionistas [...] hasta niños—, que iban por curiosidad; Más tarde el público exclusivamente obrero y que siempre tenían las puertas abiertas para recibir la enseñanza.⁴²¹

3) *La finalidad*, de la cual explicó que en *Inglaterra* se buscaba un *fin profesional y un título*, es decir, un fin utilitario, mientras que en *Oviedo* se buscaba una “cultura general desinteresada, sin título”. De ahí que promulgó: “...damos cultivo al espíritu, tratamos de que

⁴²⁰ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 1., y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, pp. 214, 215.

⁴²¹ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 1., y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.* p. 215.

cada hombre busque una nueva manera de ver la vida, ayudamos á plantar el hombre nuevo, á crear el hombre que formará una nueva sociedad más perfecta, más buena y más justa que la actual.”⁴²²

4) *La organización*, donde destacó tres puntos: la falta de un reglamento, la falta de presupuesto y la gratuidad:

No tiene reglamento alguno durante los doce años que ha trabajado, no; ni presidente, ni estatutos, ni sesiones reglamentarias: ‘Vamos á un fin, porque esperamos un resultado’... ‘No disponemos de un sólo centavo, porque sabemos que hay muchas cosas que se pueden hacer sin dinero.’ Es además una obra gratuita. Van los profesores de la Universidad á dar conferencias a otros pueblos, no cobrando sino el viaje de tercera, y muchas ni eso.⁴²³

5) *La intervención del público y del profesorado*, donde señaló que el obrero fijaba su programa y que el público intervenía en las excursiones y en las clases⁴²⁴.

En un séptimo apartado del guión, que Altamira tituló “Formas: cómo han ido creándose”, recalcó primero que desde que inició la Extensión Universitaria no había programa y se dirigieron al público de manera espontánea. En el guión apuntó ocho formas: *conferencias sueltas (en Universidad, Centro Obrero, Localidades, Santander), cursillos, cursos sistemáticos, lecturas de obras (en conferencias y en grupos de lectores), excursiones, veladas para mujeres, clases de niños, intervenciones en conflictos sociales*.

Sobre estas formas *El Imparcial* y Nieto relatan que Altamira comentó que en el Centro Obrero de Oviedo se implementaron conferencias, cursos sistemáticos y lecturas de todo género para cultivar el sentido estético, difundir el amor a la lectura y crear lectores “imbuyéndoles que ‘eso de leer’ procura grandes placeres intelectuales”. En cuanto a las excursiones, señalan que Altamira dijo que tenían como fin que profesores y obreros se conocieran mejor, y que hasta se les invitaba café a los obreros, lo que les agradaba, razón por la cual una vez uno de ellos expresó: “Señor Rector: no cree usted que si los obreros y todos los patronos tomaran a menudo café, gran parte del problema obrero tendría solución”.⁴²⁵ Además, sobre estas excursiones Altamira mencionó que éstas se fueron incrementando por iniciativa de los obreros (primero a Gijón, luego a Santander) y gracias a los ahorros que éstos destinaban para ello: “con treinta pesetas ahorradas, centavo a centavo por los obreros”.

⁴²² “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 2., y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 215.

⁴²³ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 2., y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 215.

⁴²⁴ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 2.

⁴²⁵ *Ibid.*, y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 215.

Asimismo, señaló que se logró que los discípulos de la Extensión llevaran a la Universidad los conflictos de los obreros y que éstos aceptaran las resoluciones que ella les daba.⁴²⁶

La octava sección y penúltima, según el guión, la dedicó a explicar los resultados de la Extensión Universitaria. Ahí Altamira destacó cinco puntos, a saber: *la mezcla* [o acercamiento] *de clases sociales; la elevación del espíritu*, sobre lo cual expresó: “cuando el obrero sienta el desgarrón del horizonte de la vida, se le ha enseñado un nuevo rumbo: que el pueblo se convenciera de que la Universidad de Oviedo había salido de la ‘Torre de Marfil’;⁴²⁷ *el plan de lecturas para obreros; la elevación de la juventud*, en la que subrayó la función humana y patriótica, y donde apuntó que los países se diferenciaban por el nivel medio de cultura. Y como quinto punto ejemplificó con “El juicio de Khan y de Armstrong – el juicio de la aldeana”, éste último pudo ser la anécdota que reseñó así *El Imparcial*: “al celebrarse el Centenario de la Universidad, [al] terminar las fiestas del canto y el baile, una mujer del pueblo [gritó:] ‘Viva nuestra universidad’.”⁴²⁸

Para concluir, sus palabras finales fueron una invitación para que en México se realizara la Extensión, apoyándose en estos tres ideales: 1- *La disposición de nuestras clases obreras*. 2- *La democracia viva del país*. 3- *El amor desinteresado y la neutralidad de nuestra obra*. Sobre los cuales dijo que:

A la disposición de las clases obreras que han sabido escuchar su voz: ‘El ser obreros no os quita ser hombres; hay que ilustrarse; hay que levantar el espíritu.’ Para esta obra nos ha ayudado el país entero. Hemos puesto de nuestra parte una sola cosa: nuestro amor sincero, nuestro espíritu de alta neutralidad en la obra de la Extensión Universitaria. Y ese amor arraigará en la tierra mexicana. Aquí nacerá la Extensión Universitaria...y dará fruto.⁴²⁹

Con una situación social exacerbada, una sociedad acostumbrada a creer que la educación era un privilegio de clase y hasta un cierto temor por la educación de las clases más desfavorecidas que podía ser caldo de cultivo para la oposición política, el mensaje de Altamira sobre la educación de las clases obreras seguramente despertó algo en los asistentes a esta conferencia. Los que recibieron con interés la presentación de la Extensión Universitaria —que en Oviedo llevaba doce años realizándose y que era un importante avance en materia educativa en el contexto español— reflexionaron sobre cómo podría realizarse

⁴²⁶ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 2., y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 216.

⁴²⁷ “La obra apostólica de la Universidad de Oviedo”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 20 de enero de 1910, p. 2.

⁴²⁸ *Ibíd.*

⁴²⁹ *Ibíd.*, y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 216.

dicha propuesta en México, cuando aún estaba por crearse la Universidad bajo iniciativa de Justo Sierra. Tal vez por ello la primera conferencia que dictó el alicantino en los centros educativos mexicanos, no fuera sobre la exitosa Extensión Universitaria ovetense, sino precisamente sobre la importancia de la Universidad y su modelo ideal. En ese sentido, cabe señalar aquí que justamente el día 19 de enero, el periódico *El Diario* publicaría que la sesión del Consejo Superior de Educación Pública acababa de discutir la ley constitutiva sobre el proyecto de la Universidad Nacional, la cual esperaban se aprobara en ese mismo mes.⁴³⁰

No obstante, lo cierto es que Rafael Altamira puso sobre la mesa el debate de la educación de los obreros, completando su formación técnica —que algunos podían desarrollar en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres—, con cursos y actividades como las que ofrecía la Extensión Universitaria ovetense. De ahí que podría quedar pendiente una revisión de los planes de estudio de esta escuela (si existen), posteriores a la visita de Altamira, con el fin de encontrar algún vestigio que probara la influencia y aplicación de esta propuesta que, además, habría podido caer en terreno blando dada la existencia de este tipo de centros para la formación de los obreros en el sistema educativo mexicano.

4.2.2 Conferencia en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología sobre la ciencia histórica

La tradición museográfica en México comenzó a finales del siglo XVIII cuando en 1790 fue inaugurado el primer Museo de Historia Natural. En el año de 1825 por decreto del presidente de la República, Guadalupe Victoria, se fundó el Museo Nacional Mexicano, pero tuvo que cerrar en 1847 por la guerra contra los Estados Unidos y posteriormente tuvo que ser conformado en un solo sitio, junto con el Archivo General, el Jardín Botánico y la Biblioteca Nacional. En el año de 1865, el emperador Maximiliano de Habsburgo ordenó el traslado del Museo al edificio ubicado en la calle de Moneda 13, donde había estado la Casa de Moneda, y recibió el nombre de Museo público de Historia Natural, Arqueología e Historia. Con el gobierno de Benito Juárez se declaró que las antigüedades que se encontraban en territorio mexicano pertenecían al Gobierno Federal (1868) y el Museo retomó su carácter de nacional. A partir de 1887 se realizarían expediciones científicas para obtener colecciones arqueológicas y etnográficas y diez años más tarde se establecerían las bases de la legislación protectora de los bienes arqueológicos y se dispondría que en el Museo Nacional se concentraran aquellos que adquiriera el Ejecutivo Federal. En 1906 por iniciativa del

⁴³⁰ IESJJA/LA documento s.c., Recorte de periódico “El proyecto de Universidad Nacional”, *El Diario*, México, 19 de enero de 1910, s/p.

Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, se dividió el acervo del Museo Nacional. Las colecciones de historia natural pasaron a un edificio construido especialmente para albergar exposiciones permanentes en la calle del Chopo, y el Museo Nacional recibió entonces el nombre de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, el cual sería reabierto —previa clasificación y catalogación de sus colecciones arqueológicas encargada al alemán Eduard Georg Seler y después a Leopoldo Batres— en septiembre de 1910 para las fiestas del Centenario.⁴³¹ Poco antes de esta fecha, en 1906, dio comienzo la formación de especialistas con cursos de historia, etnología aplicada, arqueología e idioma mexicano —o estudio de las lenguas indígenas— (posterior a 1910 se impartirán también los cursos de prehistoria, antropología y antropometría y lingüística indígena), porque sobre todo eran los abogados e ingenieros, principalmente, los que se encargaban de hacer este tipo de estudios.⁴³² Así por ejemplo los catedráticos fundadores de la antropología en México eran un médico (Nicolás León, especializado en etnología), un ingeniero (Jesús Galindo y Villa, especializado en arqueología), y un abogado (Genaro García, especializado en Historia).⁴³³

La visita de Rafael Altamira fue provechosa para el director del Museo, el abogado e historiador Genaro García, quien había sido nombrado director interino en 1907. García daba las clases de Historia en el Museo, teniendo como colaborador a Carlos Pereyra, y dirigía desde 1905 la colección de *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, que alcanzaría 36 volúmenes en 1911. Además, por encargo de Justo Sierra se encontraba preparando también una colección especial de *Documentos históricos mexicanos* para conmemorar el centenario de la independencia.

La forma en que concebía el trabajo del historiador era muy parecida a la de Altamira, ya que “García, al igual que sus contemporáneos, reivindicaba una idea de ciencia como sinónimo de búsqueda de la verdad; en consecuencia, su propia idea del oficio del historiador era la de alcanzar la mayor imparcialidad y fiel reproducción de los documentos.”⁴³⁴ Asimismo, coincidiendo con Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez y el propio Altamira, Genaro

⁴³¹ A partir de 1911 el Museo pasó a depender de la Universidad Nacional. Cuando en 1940 las colecciones de historia se trasladaron al Castillo de Chapultepec, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía cambió su nombre por el actual: Museo Nacional de Antropología. Véase http://www.mna.inah.gob.mx/muna/mna_esp/main.html. Cabe mencionar que en 1939 se fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en 1942 la Escuela Nacional de Antropología a Historia. ZERMEÑO PADILLA, Guillermo, *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, p. 167.

⁴³² Uno de los primeros alumnos del Museo fue Manuel Gamio, quien va a revolucionar el tratamiento de las comunidades indígenas, y que la historiografía de la antropología lo ubica como el precursor de la antropología social en México.

⁴³³ RUTSCH, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 104. La vida docente del Museo fue corta de 1906 a 1915.

⁴³⁴ *Ibid.*, p. 137.

García veía en la educación “la fuerza redentora, el demiurgo que permite una integración del pasado y el presente, el remedio de los males presentes.”⁴³⁵

El día 24 de enero de 1910, Rafael Altamira dictó en este Museo la conferencia: “Principios de la Ciencia Histórica”.⁴³⁶ Recordemos que el profesor de la Universidad de Oviedo, quien ya había escrito varias obras históricas importantes, en esos momentos gozaba de un reconocimiento internacional por su labor como historiador y por su renovada visión de la metodología histórica.⁴³⁷

Además del discurso, Altamira logró concretar con Genaro García un acuerdo de intercambio de publicaciones que, dijo, eran:

[...] importantísimas por su índole, número, variedad y riqueza; pues el celo admirable de su director, D. Jenaro [sic] García, le hace llevar de frente publicaciones de documentos inéditos ó raros, de obras clásicas de historia americana, de monografías, de álbums arqueológicos y de otra porción de materias con éstas relacionadas.⁴³⁸

Como muestra de admiración y gratitud por la visita y la conferencia, el Museo Nacional donó a Altamira algunos objetos arqueológicos aclarándole que no le eran “indispensables para representar las civilizaciones indígenas”.⁴³⁹

⁴³⁵ *Ibíd.*, p. 138.

⁴³⁶ En esta conferencia se tuvo como presidente de la mesa al ministro Justo Sierra quien fue acompañado además por el Vicepresidente de la República: Ramón Corral, Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, el director del Museo: Genaro García, Pablo y Miguel Macedo y Telésforo García. “El Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 10. Es muy probable que los alumnos asistentes a esta conferencia hayan sido Porfirio Aguirre y Sendero, Carlos Solórzano, Agustín Agüeros, Ignacio B. del Castillo, quienes tuvieron cierta continuidad de estudios entre 1907 y 1910 en el curso de historia. También es probable que asistieran los siguientes alumnos que en esa época estaban ligados al Museo como empleados del mismo: el propio Ignacio B. del Castillo (encargado de publicaciones entre 1909 y 1910), Nemesio García Naranjo (secretario en 1909 y 1910), José D. Gener (bibliotecario en 1909 y 1910), Manuel Gamio (ayudante de historia en 1909) e Isabel Ramírez Castañeda (ayudante de arqueología en 1909 y 1910). RUTSCH, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete...*, op. cit., pp. 157, 158.

⁴³⁷ Luego de haber sido nombrado secretario segundo del Museo Pedagógico Nacional, institución que se creó con el objetivo de conocer la situación de la Enseñanza en España y de facilitar los adelantos y la renovación pedagógica, Rafael Altamira en 1890 fue becado por esta institución para estudiar en la Sorbona y en el Colegio de Francia, donde gracias al positivismo francés y a los historiadores franceses positivistas: Lavissee, Seignobos y Langlois enriqueció su pensamiento krausista-institucionista. Con estas influencias y las del alemán Bernheim y el inglés Buckle escribió *La Enseñanza de la Historia* (1891) y, años más tarde, la *Historia de España y de la Civilización española* (1900). También escribiría *Historia de la Civilización española* (1902), *Cuestiones modernas de Historia* (1904). Los estudiosos de su labor en el campo de la historia señalan que Altamira se desenvuelve en una historia científica que exigía el conocimiento y el análisis crítico de las fuentes; que apuesta por el concepto de civilización -como unión de la historia externa (política) con la interna (cultura, instituciones, economía, religión)- para explicar la contribución del pueblo español al proceso de civilización, y que, tras la crisis de 1898, busca impulsar un nuevo patriotismo fundamentado en el conocimiento histórico de las aportaciones que España había hecho a la civilización universal. Véase a Rafael ASÍN VERGARA, “La obra histórica de Rafael Altamira”; Juan José CARRERAS, “Altamira y la historiografía europea”, y Josep FONTANA, “El concepto de historia y de enseñanza de la historia de Rafael Altamira”, en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1987.

⁴³⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. 118, 187.

⁴³⁹ La autorización para que se le permitiera a Altamira exportar dichos objetos arqueológicos fue solicitada por Justo Sierra al Secretario de Hacienda, en IESJJA/LA documento s.c., Oficio de la Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y

Nuevamente gracias al guión de Rafael Altamira que aún se conserva podemos saber el contenido de la disertación.⁴⁴⁰ Según la reseña de *El País*⁴⁴¹ —que como era de esperarse calificó la conferencia como un “chasco” porque Altamira no cumplió con lo que se anunciaba y sólo ofreció unas cuantas nociones “preliminares en Historia”—, después de un largo exordio, el profesor de Oviedo entró en materia y lo primero que expuso fue una cuestión preliminar en el estudio filosófico de la Historia: si la Historia era o no era verdadera ciencia.

Altamira justamente presentó como primer problema la discusión teórica sobre el carácter científico de la Historia. En ese sentido, explicó que esta cuestión dependía del diverso concepto de ciencia y de lo que se le pedía a ésta, como por ejemplo las leyes permanentes. *El País*, complementando este asunto, señaló que Altamira hizo mención de que, en otros tiempos, la primera cuestión que se tocaba en casi todos los tratados elementales era el carácter científico de “la facultad que se estudiaba”, por ello se había discutido el carácter científico de la Historia, la Economía y la Sociología, y que también se seguiría discutiendo el de todas aquellas nuevas especialidades. Sin embargo, para el diario católico —interesado en lo que el alicantino argumentó sobre el carácter científico de las disciplinas y los límites epistemológicos entre cada una de ellas— esto procedía de “la ignorancia filosófica” que había dado pie al positivismo:

Podríamos callar por sabido que el positivismo que nació al abrigo de la ignorancia filosófica más burda, y ha pretendido entronizar en el mundo intelectual de Méjico la dictadura de la ignorancia, poniéndose en contradicción con el espíritu científico, ha alterado el concepto de ciencia y pretendido negar ese carácter á muchos ramos de los conocimientos humanos: á todos los que no descansan sobre la observación que se desenvuelve en la materia.⁴⁴²

Profesional, Mesa 2ª, núm. 4154, con fecha 1º de febrero de 1910, firmado por Justo Sierra. Olavarría señala que antes de su salida de México Rafael Altamira también recibió obsequios por parte de la “Colonia Española y por el Departamento oficial de Educación, el Colegio de Abogados y otros centros docentes y sociales...” OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3218. También Leopoldo Batres se sumó a los que le obsequiaron algo Altamira regalándole una máscara funeraria prehispánica del estado de Guerrero, en IESJJA/LA documento s.c., Carta manuscrita de Leopoldo Batres a Rafael Altamira, México 19 de enero de 1910. Y finalmente Genaro García también le envió a Altamira como obsequio las siguientes obras: “Arte de la lengua mexicana, por Carcchi.- Arte mexicano, por Galdo Guzmán.- Arte de lengua mexicana, por Vetancourt.- Estudios gramaticales del idioma náhuatl, por Remí Simeón.- Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España, por Dorantes de Carranza.- Catálogo de la sección de México, por Paso y Troncoso.- Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, por García Icazbalceta.- Catálogo de Antropología.- Catálogo de Fósiles.- Catálogo de Huavis.- Catálogo de Tecos.”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa del secretario particular de Genaro García a Rafael Altamira, México, 1 de marzo de 1910.

⁴⁴⁰ IESJJA/LA documento s.c., “Principios de la ciencia histórica. Museo Nacional, 24 enero de 1910” Notas originales manuscritas de Rafael Altamira, 10 páginas. Cabe mencionar que están numeradas 12 páginas pero sólo se conservan 10 de ellas.

⁴⁴¹ “La conferencia del Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El País*, México, sábado 29 de enero de 1910, p. 1.

⁴⁴² *Ibid.*

Asimismo, nuestro personaje argumentó que la Historia como “puro género literario” había desaparecido y que el cuadro de los problemas que aún tenía para los metodólogos del Renacimiento había variado. Es decir, afirmó el carácter científico de la ciencia que organizó en tres partes:

- 1- Determinación de los factores que constituyen la Historia humana ó problema de su contenido.
- 2- Parte lógica ó de formación del conocimiento.
 - a) Investigación del hecho ó dato concreto.
 - b) Interpretación y construcción de los datos.
- 3- Parte metodológica de transmisión del conocimiento.⁴⁴³

Tanto la determinación de los factores como la formación del conocimiento eran para Altamira los puntos más importantes por ser constantes. La investigación y determinación del hecho concreto comprendían la reunión de las fuentes mediante el trabajo de archivo, bibliográfico, excursiones a lugares de monumentos, etc. Sin embargo, cabe señalar que en esta parte se pierde el guión (faltan dos páginas), pero seguramente Altamira siguió tratando el tema de las fuentes en el quehacer del historiador.

Llegados a este punto, conviene mencionar que las palabras del profesor ovetense venían a reforzar una parte básica del curso superior de Historia que impartía Genaro García en el Museo. Para García los alumnos debían aprender el oficio de historiador en la práctica con el tratamiento de las fuentes:

[...] deben conocer el mayor número de documentos y deben concurrir a los archivos una vez a la semana. ‘Tanto en el primer año como en el segundo, al estudiar cada periodo se consultarán de preferencia las fuentes primitivas, y se abarcará, siempre que sea posible, los estados doméstico, económico, civil, político (incluyéndole militar y el internacional), moral, religioso, intelectual y estético.’⁴⁴⁴

Según la reseña de *El Imparcial*,⁴⁴⁵ Altamira también citó varios ejemplos del estudio de los monumentos y del aspecto geográfico y explicó que era absurdo completar las obras monumentales deterioradas por el tiempo, porque era imposible que los hombres de una época

⁴⁴³ IESJJA/LA documento s.c., “Principios de la ciencia histórica. Museo Nacional, 24 enero de 1910” Notas originales manuscritas de Rafael Altamira, pp. 2, 3.

⁴⁴⁴ RUTSCH, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete...*, op. cit., p. 145.

⁴⁴⁵ “El Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 10.

reprodujeran una obra de otra época y lo que se debía hacer en cambio, era conservarla y evitar que se destruyera por completo.

Sobre estas cuestiones metodológicas de la historiografía que abordó el alicantino, *El País* consideró que este tema se había tratado con muchos lugares comunes y comparó lo dicho por Altamira con el texto “Adiciones á la enseñanza de la Historia” de Páez de Castro,⁴⁴⁶ a través de este acápite:

De conformidad con su plan, presenta nuestro autor la siguiente enumeración de fuentes de conocimiento para su proyectada obra. En primer lugar, los viajes con objeto de estudiar el escenario: ...Sigue la información testifical de personas ‘antiguas y diligentes’; luego la epigrafía en todos sus órdenes, y á continuación los archivos judiciales y sus análogos, para revisar y utilizar los registros antiguos, los pleitos de Estado, testamentos de Reyes, etc. Tras estos se deberán escudriñar los demás archivos y las librerías de colegios, monasterios y otros sitios que tengan copia de libros, procurando también reunir todos los demás que se pudiese y no se hallaren en las citadas bibliotecas.⁴⁴⁷

Además, este periódico señaló que estas propuestas metodológicas eran ya conocidas por los historiadores mexicanos, los cuales, aun así, no estaban preparados con conocimientos previos para lograr hacerlas fructíferas, y además, no eran las personas “ni de mejor criterio, ni de mejores estudios” por lo que el resultado había sido escaso, “estéril la actividad, descaminado el propósito, y menguado el éxito; hasta el punto de que han llegado á figurar como anticuarios, arqueólogos, etc., etc., de una manera puramente oficial, más de un analfabeta.” Agregó que más que la enseñanza del método, se necesitaba primero a personas capaces de aplicarlo bien, y lo mismo ocurría en otros campos, porque así como también había buenas leyes, faltaban buenos jueces, o en materia científica, no faltaban buenas doctrinas, sino quienes las entendieran bien y las aplicaran debidamente.

El diario oficial también reseñó que Altamira habló sobre lo importante que era tener una idea fundamental para cualquier investigación, porque sin ella no se lograría ninguna verdadera indagación de cualquier naturaleza. Y sobre lo significativo que era que el historiador, además de amplios conocimientos, debía poseer un alma de artista, “un gran

⁴⁴⁶ El jesuita Páez de Castro fue el cronista oficial de Carlos I. Se destacó por ser, junto con Luis Vives, de los primeros humanistas españoles del siglo XVI que concibieron una nueva forma de hacer historia, con una visión más amplia de la vida de los pueblos, una historia civil de España incluyendo “el estudio geográfico del territorio, el del idioma nacional, trajes, leyes, costumbres, religiones, clases sociales, literatura, artes, ciencias y hasta el medio natural (clima) en cuanto influye entre los hombres.” ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Proceso histórico de la Historiografía humana*, México, El Colegio de México, 2ª. ed., 2011, pp. 55, 56.

⁴⁴⁷ “La conferencia del Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El País*, México, sábado 29 de enero de 1910, p. 1

poder de visión para lograr resucitar una época, una visión poética de lo que evoque, en resumen, que ‘vibre con el espíritu de los tiempos que trata de revivir.’”⁴⁴⁸

En otros asuntos, Altamira, según sus notas, llamó la atención sobre el espíritu científico, que constituía la principal preocupación de la educación histórica y lo que hacía de la Historia una ciencia. Al respecto, explicó que el espíritu científico no era el saber cosas como el sabio, ni conocer las reglas metodológicas, sino:

[...] tener cierta tendencia intelectual, cierto rigor crítico que previenen contra de: a) Toda anticipación. b) Toda credulidad. c) Toda sustitución del ingenio a la lógica. d) de la apreciación personal a la objetiva. e) de la pasión a la visión serena de la realidad. Igualmente que: f) Toda creencia exagerada en el mismo valor de la ciencia, sustituyendo una infalibilidad a otra. g) Toda afirmación de lo definitivo en la ciencia. El hombre científico ha de vivir prevenido contra todos estos peligros. Su característica es la reserva, la modestia, el huir de las afirmaciones rotundas.⁴⁴⁹

Finalmente, Altamira citó lo que consideraba fueron los vicios contra el espíritu científico, contra los que se debía educar al historiador: el *magister dixit*, el espíritu dogmático y la subordinación de la ciencia a intereses. Al mismo tiempo, advirtió que continuaban los peligros: que en vez del *magister dixit* estaba la soberbia del juicio individual: “no juramos por Platón, pero sí por nosotros mismos”; la fe en las novedades o la seducción de la teoría nueva; el orgullo de saberlo todo, y la ocurrencia.

Sobre esto refiere *El Imparcial* que el conferenciante señaló que además de la vanidad y del no cuestionar la opinión de los que eran considerados infalibles en determinada materia, la credulidad era uno de los mayores enemigos del historiador, porque el hombre por naturaleza era crédulo y generalmente estaba dispuesto a admitir como hechos ciertos lo primero que se le relataba o lo primero que investigaba con probabilidades de verosimilitud.

Para *El País*, los temas sobre esta “ley de verosimilitud” y el del relato histórico artístico, eran los únicos que valía la pena rescatar de la conferencia. Sobre el primer asunto, señaló que Altamira se mostró reservado, y que revisando sus obras, había dado muestras de evitar la “interpretación irreligiosa” de esa ley. En ese sentido, puso como ejemplo un párrafo escrito por Altamira sobre la doctrina de Abenjaldún⁴⁵⁰ donde señaló que no tomó partido de

⁴⁴⁸ “El Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 10.

⁴⁴⁹ IESJJA/LA documento s.c., “Principios de la ciencia histórica. Museo Nacional, 24 enero de 1910” Notas originales manuscritas de Rafael Altamira, pp. 8-10.

⁴⁵⁰ Árabe oriental del siglo XIV que escribió la obra *Prolegómenos* —que en su tiempo fue adelantada— en la que propone una metodología general de la historia de los pueblos y, en cierto sentido, una teoría de la civilización en donde “se investigan los elementos que influyen en la producción y desarrollo de este hecho social, sus grados históricos, sus direcciones principales (instituciones), las supuestas leyes de su vida (nacimiento, esplendor, decadencia) y, muy particularmente, la importancia del factor población y de algunas corrientes ideológicas a que Abenjaldún subordina, en cierto modo, todo el movimiento civilizador.”

la citada ley, quitándole el carácter irreligioso, al escribir la frase “en general” en esta línea: “En general, todo lo que es humanamente imposible, debe rechazarse como fabuloso”.

Asimismo, sobre si el relato histórico era artístico, *El País* argumentó que sobre el fondo científico de la Historia, el arte debía “tejer sus preciosas telas” porque si no el relato no lograría conmover ni enseñar. Citando a San Jerónimo de San José, dijo que los monumentos de la antigüedad yacían como cuerpos en sepulcros y el historiador debía:

[...] juntarlos, unirlos y engazarlos, dándoles a cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la Historia; añadirles para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne con raros y notables apoyos; extender sobre todo ese cuerpo así dispuesto, una hermosa piel de varla y bien seguida narración [...] el relato histórico tiene que ser y será siempre verdadero arte y la manera de escribir la Historia, en lo que á su forma toca, no es otro sino el arte supremo que escribir pintando fielmente los objetos, haciendo sentir la vida que tuvieron los hombres y los hechos; porque la Historia es el espejo de la humanidad.⁴⁵¹

Como en anteriores ocasiones, este periódico terminó su reseña diciendo que Altamira aunque hizo una repetición de verdades, no dijo nada nuevo ni importante para los espíritus cultos y, arremetiendo nuevamente contra los historiadores mexicanos, sentenció: “El señor Altamira se nos presentó esa noche como un profesor de Historia al que poco, muy poco se parecen las personas muy respetables pero que están en mucha desproporción con su puesto, que desempeñan la enseñanza de la Historia en los establecimientos oficiales.”⁴⁵²

Precisamente en cuanto a la formación de los historiadores mexicanos podría quedar pendiente una revisión de los contenidos de las asignaturas y la bibliografía recomendada en los cursos de Historia de este Museo y de la Escuela de Altos Estudios, posteriores a la visita del profesor Altamira, con el fin de establecer de qué forma pudo influir en este proceso de profesionalización. Sobre todo antes de que su discípulo Silvio Zavala regresara de España para hacer escuela en México. De momento, conocemos, gracias a Guillermo Zermeño, que las lecciones de Altamira vinieron a apoyar el desarrollo de la escuela metódica, de tal forma que, en 1916, el polígrafo Jesús Galindo y Villa recomendaba ampliamente la lectura de Altamira. Lo que constituye un “referente clave para entender el encuentro de la cultura historiográfica alemana y la mexicana a través de la mediación española.”⁴⁵³

Sobre las otras conferencias que dictó Rafael Altamira en los centros educativos mexicanos hasta el momento se desconocen los contenidos de las tres últimas: la que impartió

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Proceso histórico...op. cit.*, p. 42.

⁴⁵¹ “La conferencia del Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El País*, México, sábado 29 de enero de 1910, p. 1.

⁴⁵² *Ibíd.*

⁴⁵³ ZERMEÑO PADILLA, Guillermo, *La cultura moderna de la historia...*, *op. cit.*, p. 168.

en la Sociedad de Geografía y Estadística⁴⁵⁴ —donde había sido nombrado socio honorario el 15 de enero de 1910—,⁴⁵⁵ fue programada para este día 27 de enero y en dicho acto también participaría con un discurso el Lic. Pascual García,⁴⁵⁶ la que dictó en el Salón de Actos de la Escuela de Artes y Oficios para la Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos y que llevó el título “La función social de la ingeniera en nuestro siglo”,⁴⁵⁷ y la que ofreció en el Colegio Militar⁴⁵⁸ con el título: “Educación jurídica del militar profesional”, la cual, sin precisar la fecha, se llevó a cabo atendiendo la solicitud del general Joaquín Beltrán, director de este centro, y que fue presidida por el General Refugio Velasco, quien acudió en representación del Ministro de Guerra.⁴⁵⁹

⁴⁵⁴ La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE) tiene como antecedentes la fundación en 1833 del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, que se creó con el objetivo de construir la Carta de la República y de levantar los datos estadísticos nacionales. La Sociedad nombrada oficialmente así desde 1851 fue la primera asociación geográfica en América y la cuarta en el mundo después de la de París, Berlín y Londres. La Sociedad se encargó prácticamente de organizar institucionalmente la ciencia nacional y la investigación científica. Aunque en un inicio dependió del Ministerio del Interior y luego del de Fomento, intentó ser fiel a la búsqueda del conocimiento en el ir y venir de los gobiernos liberales y conservadores, incluso con el Segundo Imperio, la comunidad científica colaboró con los proyectos imperiales buscando impulsar el desarrollo nacional. Sin embargo, esta colaboración que se hizo bajo la tutela de los científicos franceses en la época de Maximiliano, tuvo un costo político cuando se restauró nuevamente la República y la Sociedad tuvo que afrontar cambios en los gobiernos de Benito Juárez. En 1868 la SMGE dejó de ser la única sociedad científica apoyada por el gobierno debido a la creación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, la cual empezó a ejecutar los proyectos de interés gubernamental. Durante el Porfiriato y en los años en que la SMGE tuvo a Ignacio Manuel Altamirano como secretario y vicepresidente (1881-1889) se recuperó el apoyo del estado y se intentó volver a situar a la Sociedad como vanguardia nacional de la investigación científica. Con la creación de otros organismos gubernamentales encargados ahora de realizar las tareas originales de la SMGE, ésta adquirió autonomía y centró sus objetivos en las ciencias sociales y humanas. Véase a AZUELA BERNAL, Luz Fernanda, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, en *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Núm. 52, 2003, pp. 153-166.

⁴⁵⁵ “En la Sociedad de Geografía y Estadística. Se anunció la presentación de un distinguido hombre de ciencia. Se nombró socio al Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 15 de enero de 1910, p. 2.

⁴⁵⁶ Dicha conferencia fue anunciada por el periódico oficial: “El sabio Altamira en la Sociedad de Geografía”, *El Imparcial*, México, D. F., martes 18 de enero de 1910, p. 8. Y Gustavo Prado cita una invitación impresa con membrete y firma autógrafa de Félix Romero (Vicepresidente), Luis M. Calderón y José Romero (Secretarios), México I-1910, en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 42 (nota al pie No. 130).

⁴⁵⁷ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 185 y MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., p. 67. En dicho evento se aprovechó también para hacer el cambio de la mesa directiva de dicha academia. IESJJA/LA documento s.c., Invitación impresa y programa de actividades de la sesión de la nueva Mesa Directiva de la Academia Nacional de Ingeniería y Arquitectura para el 2 de febrero, México, (sin firma), y citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 42. Y Olavarría citando a *El Imparcial* dio cuenta de lo mismo, en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., pp. 3216, 3217.

⁴⁵⁸ EL Colegio Militar tiene sus antecedentes en 1822 cuando bajo el imperio de Agustín de Iturbide se fundó la Academia de Cadetes bajo el mando del General Brigadier Don Diego García Conde. Cuando en 1823 el último reducto del ejército español se fortificó en San Juan de Ulúa, el General Guadalupe Victoria ordenó trasladar a los cadetes al Castillo de San Carlos de Perote, por lo que el 11 de octubre de 1823, el General José Joaquín Herrera, Ministro de Guerra y Marina, expidió un decreto creando el Colegio Militar, al que se le llamó Colegio Militar de Perote, dependiente de la Comandancia General de Veracruz. En el año 1829 el Colegio se trasladó a la capital ocupando varias sedes y fue hasta el año de 1842 que se instaló en el alcázar de Chapultepec donde permaneció con algunas interrupciones hasta el año de 1913. Véase <http://www.sedena.gob.mx/index.php?id=498>

⁴⁵⁹ Esta conferencia fue dirigida a los profesores y estudiantes del Colegio y presenciada por jefes y oficiales del

4.3 Visitas y banquetes en algunos centros educativos mexicanos

El día viernes 21 de enero Rafael Altamira visitó un colegio en Xochimilco gracias a una excursión⁴⁶⁰ que organizó el profesor Miguel. F. Martínez, Director General de Instrucción Primaria, con quien había logrado un acuerdo de intercambio de publicaciones.⁴⁶¹ En el pueblo de San Lucas Xochimanca los esperaban los profesores rurales del lugar quienes los llevaron a visitar las escuelas situadas en lo alto de un pequeño cerro y los pasearon hasta el centro de Xochimilco en las lanchas trajineras muy típicas de la zona. Una de ellas, donde se subió la comitiva, tenía como adorno el escudo de España hecho con flores, otra, que transportaba a la banda de artillería, navegaba a su lado ejecutando las piezas más selectas de su repertorio.⁴⁶²

Al llegar al embarcadero del centro de Xochimilco ya los esperaban alrededor de mil niñas y niños de las escuelas acompañados de una gran multitud. Dos niñas vestidas con los colores de las banderas de ambos países recibieron a Altamira y a la comitiva. En una de las escuelas, la Superior de niñas, se realizó la celebración: se montó una exposición de los trabajos manuales de las alumnas, en la ceremonia se cantó el Himno Nacional a coro, un niño recitó *El canto a la bandera* de Silesio Delgado y Justo Sierra, quien presentó a Altamira, explicó la misión de la Universidad de Oviedo. El alicantino respondió que deseaba que por medio de la escuela:

[...] se levantase la raza indígena, hasta el nivel que alcanza la clase más afortunada por la educación, a fin de que todos los mexicanos, unidos en el santo espíritu de la Patria, formasen mediante el trabajo y la cultura, un pueblo respetado, próspero y feliz, en que cada uno de los individuos disfrutase de los bienes de la civilización.⁴⁶³

ejército y público en general, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 184 y MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., p. 67.

⁴⁶⁰ La comitiva, integrada también por Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, Pablo Macedo, Telésforo García, Gregorio Torres Quintero, un grupo de inspectores, maestras y maestros y la banda de artillería, salió del paradero de la Condesa por la mañana y después de tres horas llegó al pueblo de San Lucas Xochimanca, en “Fiesta campestre en honor del Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 22 de enero de 1910, p. 2. Además Altamira mencionó en su informe que la reseña sobre esta visita se publicó en *La Escuela Mexicana*, órgano de la Dirección General de Educación Primaria, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 186. También ver a DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 391.

⁴⁶¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 187.

⁴⁶² “Fiesta campestre en honor del Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 22 de enero de 1910, p. 2.

⁴⁶³ Bruno Martínez, “Un paseo por Xochimilco”, en la *Escuela Mexicana*, Vol. VI, no. 33, México, 30 de enero de 1910, p. 541, citado por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 42, 43 (nota al pie No. 131).

Al término de la ceremonia, la comitiva se dirigió a las trajineras para celebrar el banquete, el cual se sirvió mientras hacían un recorrido por los antiquísimos canales cercanos.⁴⁶⁴

Otra de las visitas a los centros educativos se produjo el domingo 23 de enero cuando Altamira asistió por la mañana a la Escuela Ignacio Manuel Altamirano donde, en presencia del presidente de la República, se celebró una fiesta en honor a la memoria del ilustre profesor y poeta mexicano quien diera nombre a dicha escuela. Al acto acudieron también Justo Sierra, Miguel F. Martínez, Ezequiel A. Chávez, Joaquín Casasús, Catalina Altamirano de Casasús, el profesor Bruno Martínez y Telésforo García. El programa estuvo compuesto por algunos números de recitación que interpretaron varias alumnas, la declamación de un poema de Miguel Bolaños Cacho a cargo de la niña Ángela Covarrubias, unos números de música coral, un sainete a cargo de la niña Refugio López, una declamación de poesía por la niña Concepción Pérez y una representación del cuento de “Caperucita” interpretada por varias niñas.⁴⁶⁵

Altamira improvisó un discurso y ofreció entregar, en una segunda visita, una medalla conmemorativa de los 300 años de la Universidad de Oviedo a la directora de la Escuela, la Sra. Altagracia Mota, como muestra de “los sentimientos de fraternidad” que representaba el viaje de su misión. En esta entrega, que no se ha precisado cuando ocurrió, Altamira fue acompañado por Ezequiel Chávez.⁴⁶⁶ También ofreció, según Dumas, en nombre de la Universidad de Oviedo una beca a un estudiante mexicano “para que fuera más grande y fraternal, dijo, la unión que existía entre esta universidad y América”.⁴⁶⁷

Cabe mencionar que dentro de estas actividades académicas en los centros educativos, el día 25 de enero le fue notificado al catedrático de Oviedo que la Sociedad Científica Antonio Alzate, de gran importancia en el país por su labor de investigación científica, en su sesión del 3 de enero había decidido hacerlo socio honorario y en consecuencia le enviaba un diploma.⁴⁶⁸

⁴⁶⁴ “Fiesta campestre en honor del Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 22 de enero de 1910, p. 2. y en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., pp. 3215, 3216.

⁴⁶⁵ “Ayer se celebró una hermosa fiesta en honor del maestro I. Altamirano”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 24 de enero de 1910, p. 1.

⁴⁶⁶ Además Altamira menciona en su informe que la reseña sobre esta visita también se publicó en *La Escuela Mexicana*, órgano de la Dirección General de Educación Primaria, en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 186.

⁴⁶⁷ “Ayer se celebró una hermosa fiesta en honor del maestro I. Altamirano”, *El Imparcial*, México, D. F., lunes 24 de enero de 1910, p. 1., y DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit. p. 399.

⁴⁶⁸ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de R. Aguilar y Santillana a Rafael Altamira, México, 25 de enero de 1910. Véase también a OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3213. La Sociedad Científica Antonio Alzate fue creada en 1884 por Porfirio Díaz a instancia de los alumnos del naturalista Alfonso Herrera, para que junto con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se encargaran de la investigación científica en México. Ambas organizaban congresos nacionales de distintas disciplinas científicas. Sus publicaciones eran periódicas, tenían canje con otras

Asimismo, se conoce que el siguiente domingo, el 30 de enero, Rafael Altamira visitó la Escuela Normal de Maestras invitado por Justo Sierra.⁴⁶⁹ Cabe señalar también que Altamira informó que había ido a una fiesta de los Kindergarden organizada por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y a la que acudiera también el Presidente de la República. Y que independientemente de los días en que dictó sus conferencias, había visitado algunos centros de enseñanza y sociedades de cultura: Museo Nacional de Arqueología, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Escuela Nacional Preparatoria, Biblioteca Nacional, Escuela Militar, Escuela Normal, varias escuelas primarias, el Liceo Mexicano (invitado por Joaquín Casasús y donde algunos socios participaron presentando trabajos literarios e históricos) y el kindergarten Spencer. En todas estas visitas, apuntó Altamira, siempre fue acompañado por Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez o los directores de los centros, gracias a los cuales pudo formarse una idea de la enseñanza mexicana.

Otra de las actividades que destacó Altamira en este rubro, fue una conversación fructífera que sostuvo con un grupo de costarricenses, a instancias de Fausto Orozco Castro, con quienes habló sobre “el programa de Oviedo, del porvenir de aquellos países [los centroamericanos]” y de los logros del profesor Pérez Martín de la Universidad de Oviedo quien se encontraba en Costa Rica. Además, dijo que, dada la calidad de su informe, prescindió de comentar algo sobre la visita cultural que hizo a la Casa de Correos y al nuevo edificio del Manicomio.⁴⁷⁰

4.4 Actividades en centros educativos de Veracruz y Yucatán

Como se recordará, Rafael Altamira después de desarrollar una gran cantidad de actividades en la capital mexicana se dirigió a Veracruz y luego a Yucatán. Había sido invitado a Puebla y a Campeche para impartir conferencias pero lo apretado de su agenda le impidió aceptar estas invitaciones.⁴⁷¹

publicaciones, bibliotecas corporativas con grandes colecciones y mapotecas. Véase a AZUELA BERNAL, Luz Fernanda, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, *op.cit.*

⁴⁶⁹ “Visitará Altamira la Escuela Normal”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 11.

⁴⁷⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, pp. 186, 187, 190, 191.

⁴⁷¹ Recuérdese que según la carta de Telésforo García también había proyectado que Altamira visitara Jalisco y San Luis Potosí, en IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 29 de abril de 1909, p. 1. Sobre Campeche, al menos se logró despertar un interés de estrechar vínculos como lo sugiere el texto del telegrama que le envía Luis A. Beauregard: “Profesorado academia normal, por mi conducto saluda á U, respetuosamente, reconociendo sus altísimos méritos y asegurándole que los vínculos nos ligan con madre patria hémoslos estrechado en cátedra”. IESJJA/LA documento s.c. C-4/97, Telegrama de Luis A. Beauregard a Rafael Altamira, Campeche, 8 de febrero de 1910, y ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, p. 190. Y sobre la visita a Puebla, véase “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 2.

En Veracruz el alicantino aprovechó para visitar algunas escuelas, el Colegio de Marina y la Estación de Faros.⁴⁷² Cabe mencionar que en relación con su visita a Yucatán, desde que estaba en Nueva York, Telésforo García le había mandado una carta para comunicarle que se preparara para visitar Mérida en su paso hacia Cuba, ya que Olegario Molina, Ministro de Fomento y exgobernador de este estado, estaba muy empeñado en ello, y por eso le avisaba: “Y habrá que darle gusto dada la forma en que presenta su deseo.”⁴⁷³

Y así sería. Altamira, quien tuvo que retrasar su llegada al puerto de Progreso por atravesarse un día festivo que mantuvo el puerto cerrado, tuvo una estancia intensa y productiva en la península. Pronunció cuatro conferencias en Mérida y una en Progreso. Tres de ellas fueron en el teatro José Peón Contreras y versaron sobre temas de pedagogía y literatura, y una la dirigió especialmente a los maestros, después de haber visitado algunos centros docentes.⁴⁷⁴

Altamira informó que las conversaciones que propiciaron la visita a estos centros motivaron además, el interés del Gobernador interino del Estado, Enrique Muñoz Arístegui, por conocer las publicaciones del Museo Pedagógico de Madrid y de su modelo “mesa—banco”; interés que pudo satisfacer con el envío de varios documentos.⁴⁷⁵

Además, durante los días que permaneció en tierras yucatecas, el profesor de la Universidad de Oviedo fue nombrado “socio correspondiente” de la asociación cultural *Liga de Acción Social*,⁴⁷⁶ y homenajeado con un banquete en el que pronunciaron discursos sobre educación. Dicha asociación contribuyó con este festejo a que Altamira se pusiera en contacto con los intelectuales de Mérida y les presentara el programa americanista. Uno de ellos, un profesor mestizo de la localidad central de Yucatán, Hochtun, le hizo llegar un ejemplar de su última obra y su adhesión a la noble misión de la Universidad de Oviedo, dado sus antecedentes españoles, en un discurso muy cargado de tintes hispanoamericanistas:

⁴⁷² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 189.

⁴⁷³ IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 23 de diciembre de 1909, p. 1., y IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 27 de diciembre de 1909, p. 2.

⁴⁷⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 189; MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit., p. 67; MAC GREGOR, Josefina, *México y España...*, op. cit., p. 72, y PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., pp. 473, 474.

⁴⁷⁵ ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 189. El Gobernador interino se sumó a la lista de quienes hicieron obsequios a Altamira, regalándole dos ejemplares del Álbum Conmemorativo de las Fiestas Presidenciales y dos series de los informes de gestión del antiguo gobernador Olegario Molina y de él mismo, indicándole que unos eran también para Francisco Alvarado., en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Enrique Muñoz a Rafael Altamira, Mérida, 11 de febrero de 1910. 1 p. Además en otra misiva el gobernador le hace llegar un par de discursos y el solicita un ejemplar de la ley obrera de España “para ilustrar algo que pienso hacer en este país acerca este asunto de tanta trascendencia”, en IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Enrique Muñoz a Rafael Altamira, Mérida, 25 de febrero de 1910. 2 p.

⁴⁷⁶ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Gonzalo Cámara (presidente) y Tomás Castellano (Secretario) de la Liga de Acción Social a Rafael Altamira, Mérida, 11 de febrero de 1910, 2 p.

Yo, aunque americano de nacimiento, llevo en mis venas la sangre española mezclada con la de los aborígenes de Yucatán, y por eso no puedo dejar de sentir las mas vivas simpatías por todo lo que trascienda á glorificar á España, que es la que nos dio el ser aquí en América.

Y tanto mas sube de punto mis simpatías por ella, cuanto que veo el empeño que pone por recoger los diseminados gérmenes que ha dejado en la América Latina, para formar el mas poderoso núcleo de fuerza ibérica. [...]

Nosotros, los Americanos, somos la misma semilla ibérica pero que trasplantada en otras regiones, en regiones demasiado lejos de la madre Patria, hemos vivido y crecido al azar de nuestra propia suerte, hasta que la mano cariñosa de la que nos dió el ser viene á brindarnos su concurso, viene á proponernos la unión de raza, tan indispensable en los tiempos presentes para no perecer de inanición al poderoso empuje de otras razas tan preponderantes en la actualidad.⁴⁷⁷

En el mismo sentido, Altamira presentó en su informe un fragmento del mensaje que le dirigió el Presidente de la *Liga de Acción Social*, Gonzalo Cámara, del que reproducimos la parte final por ser líneas que ilustran que la élite yucateca comprendió cabalmente la misión de la universidad ovetense:

Y, después de cien años, vuelve ahora España á nosotros, no con la espada de la conquista, sino con el verbo de la sabiduría y con la voz solemne de su experiencia secular...para explorar en los campos de nuestra intelectualidad y en los de nuestra vida económica, en nuestro espíritu y en nuestro cuerpo, para ver lo que hemos hecho, lo que queremos hacer, hacia dónde nos encaminamos ó cómo estamos preparados ó nos disponemos á prepararnos para la lucha y la defensa de nuestro común destino en el presente y en lo porvenir a través de los siglos.— Y venía a provocar una corriente de solidaridad, un acuerdo en los medios que conducen al fin, un intercambio de ideas, de tendencias, de propósitos; á definir una orientación; á establecer un concierto de familia, para sumar fuerzas, aunar anhelos, iniciar labores, preservar con fe y con entusiasmo en ellas, todo por la gloria de una raza, por la grandeza, el prestigio y la respetabilidad de una gran familia histórica...⁴⁷⁸

Finalmente, en otra muestra de la aceptación que tuvo la palabra del alicantino en tierras yucatecas, el gobernador interino, Enrique Muñoz, expresó días después de la partida de Altamira, que se seguía comentando la visita y que se seguiría haciendo durante mucho

⁴⁷⁷ IESJJA/LA documento s.c. C-4/98, Carta manuscrita con membrete y firma autógrafa de Ignacio Gamboa A. a Rafael Altamira, Hochtún de Yucatán, 9 de febrero de 1910 3 p.

⁴⁷⁸ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con firma autógrafa de Gonzalo Cámara (presidente) y Tomás Castellano (Secretario) de la Liga de Acción Social a Rafael Altamira, Mérida, 11 de febrero de 1910, p 1, 2., y ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 190, PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p.44 (nota al pie No. 140). Para Prado esta carta es un ejemplo de la identificación hispana de la élite local con la visita como sucedió en Perú, otro país que tuvo un gran virreinato y que tenía una población indígena significativa.

tiempo más ya que las conferencias, los conceptos y las palabras del profesor de la Universidad de Oviedo se quedaron grabadas en la memoria de la sociedad yucateca.⁴⁷⁹

El ciclo de actividades con la comunidad educativa mexicana se cierra en Yucatán. Tan sólo resta señalar que, en general, los diversos centros educativos en sus distintos niveles, recibieron con interés las propuestas de Altamira. Recordemos que éstas versaron sobre todo acerca de la importancia de la creación de la Universidad y su función de extensión para lograr el vínculo con aquellos sectores que no accedían a la educación; la incidencia del sentido estético en la educación, y los principios de la ciencia histórica. Asimismo, el alicantino dictó otras conferencias a diversos profesionales como los ingenieros y militares a quienes logró dejar su filosofía educativa proveniente del krausoinstitucionismo. Su visión holística de la educación, por tanto, no sólo la dirigió al nivel superior, sino que incluyó a una triada tan dispar como la preparatoria (nivel secundario), la escuela rural y el ámbito obrero. Y no sólo los incluyó sino que, como vimos, se acercó a ellos.

No es aventurado afirmar, como lo veremos en el último apartado dedicado a estudiar las implicaciones que tuvo la visita de Altamira y los logros obtenidos, que la influencia de la Institución Libre de Enseñanza en el ideario del profesor ovetense repercutió en el contexto educativo nacional mexicano. De ahí que el ideario altamirista cayó en terreno fértil y pudo ser un referente para que dos años después de su visita se creara la Escuela Libre de Derecho, para que el ejemplo de la Extensión Universitaria de Universidad de Oviedo se intentara instituir en la Universidad Nacional, para que propiciara la creación de la Universidad Popular, y además estuviera presente en la propuesta de las escuelas rudimentarias.

5. Rafael Altamira en otros espacios de sociabilidad

5.1 Actividades culturales

En medio de su intensa labor académica en la capital mexicana, Rafael Altamira logró hacer algunos espacios en su apretada agenda para disfrutar de algunos paseos y festividades. No es ocioso dar cuenta de estas actividades dada su importancia como espacios informales de sociabilización y de establecimiento de relaciones personales y profesionales.

Unos días después de haber llegado a la capital mexicana el profesor de la Universidad de Oviedo se dio tiempo para visitar una de las ciudades más importantes de las culturas

⁴⁷⁹ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Enrique Muñoz a Rafael Altamira, Mérida, 25 de febrero de 1910. p. 1. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 43 (nota al pie No. 138).

precolombinas: “la ciudad de los dioses” o Teotihuacan, donde desde 1905, por orden del Presidente Porfirio Díaz se habían iniciado los trabajos de exploración de la Pirámide del Sol para liberarla, junto con el museo de sitio, para los festejos del Centenario de la Independencia.⁴⁸⁰

Fue el periódico *La Iberia* quien anunció que Rafael Altamira visitaría las ruinas arqueológicas de Teotihuacan el domingo 19 de diciembre, donde además, sería honrado con un banquete ofrecido por Justo Sierra.⁴⁸¹ Los asistentes partieron a muy tempranas horas en un tren especial desde la estación de Buenavista y llegaron alrededor de las ocho y media de la mañana a la estación de San Juan Teotihuacan. Ahí los esperaba para guiar la visita el arqueólogo Leopoldo Batres, Inspector General de Monumentos Arqueológicos de la República.

Visitaron las ruinas de “la casa de los dioses”, algunos templos aun en ruinas y unos edificios subterráneos; hicieron una pausa en la casa del guía donde se cambiaron los sombreros por otros de palma y emprendieron la visita a las pirámides del Sol y la Luna. Al regreso, se celebró el banquete en el kiosco del centro del pueblo decorado con gardenias y margaritas que formaban las palabras “Rafael Altamira”. Después del banquete —que estuvo amenizado por la banda de artillería a cargo del capitán Ricardo Pacheco— la comitiva se dirigió a las grutas naturales y al salir de ahí fueron conducidos en el tren del sitio arqueológico a la falda posterior de la pirámide del Sol. Finalmente, antes de emprender el viaje de regreso a la ciudad de México programado a las seis de la tarde, los asistentes concluyeron su visita recorriendo el museo —que se encontraba en construcción—, y la escuela edificada para los hijos de los trabajadores de la zona.⁴⁸²

Además de esta excursión, a Rafael Altamira lo llevaron a visitar algunas otras obras arquitectónicas majestuosas que fueron creadas durante el porfiriato y que simbolizaban el progreso y desarrollo de los mexicanos en esos momentos. Sin embargo, y pese a que no existen reseñas por parte de la prensa de la época sobre estas visitas no oficiales, el propio Altamira señaló en su informe, que dada la calidad del mismo, había prescindido hacer alguna

⁴⁸⁰ Véase una breve historia del sitio arqueológico de Teotihuacan en www.inah.gob.mx.

⁴⁸¹ A esta excursión lo acompañaron Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, Telésforo García, Alfonso Pruneda, Luis G. Urbina, Jacinto S. García y su hijo: el joven Eduardo García, Manuel Calero, Miguel Lanz Duret, Francisco Alvarado (secretario particular de Rafael Altamira), Rodolfo Charles, Alfredo Alvarado, Tomás Gutiérrez Perrín, Gonzalo de Murga y Patricio Batres, en “Banquete al Sr. Altamira”, *La Iberia*, México, domingo 19 de diciembre de 1909, p. 1, y “El Señor D. Rafael Altamira en las pirámides de Teotihuacan”, *El Imparcial*, México D.F., lunes 20 de diciembre de 1909, p. 3. Está última fuente citada también por DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 390.

⁴⁸² “El Señor D. Rafael Altamira en las pirámides de Teotihuacan”, *El Imparcial*, México D.F., lunes 20 de diciembre de 1909, p. 3.

referencia a la visita que había hecho a la Casa de Correos y al nuevo edificio del Manicomio.⁴⁸³

En este mismo ámbito de visitas culturales vale la pena mencionar una que hizo como asistente a una conferencia en la cuna del positivismo mexicano, porque da cuenta de cómo el grupo de los “Científicos” lo hizo partícipe de las actividades culturales que organizaban. Así, la noche del viernes 14 de enero, Rafael Altamira fue el invitado de honor de la conferencia sobre “La Verdad” que dictó el Dr. Enrique A. Aragón en el Salón de Artes de la Escuela Nacional Preparatoria. El acto estuvo presidido por Justo Sierra y asistieron también el Ministro de Hacienda, José Yves Limantour; el Gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel; el director y subdirector de la escuela, Porfirio Parra y Erasmo Castellanos, respectivamente; además de Mariano Canseco y Pablo Macedo. Según *El Imparcial*, casi al término del discurso, el Dr. Aragón, cuando hablaba sobre el tema de la verdad artística y evocó la memoria del recién fallecido escultor valenciano Agustín Querol, se dirigió a Rafael Altamira con estas palabras: “Señor Altamira recibid el testimonio de todos los mexicanos hacia ese gran artista.”⁴⁸⁴

Más allá de estas actividades con la cúpula de poder, Rafael Altamira compartió una emotiva jornada con los estudiantes y los miembros del Ateneo de la Juventud. Esta agrupación que estaba conformada por jóvenes salidos de las Escuelas nacionales — principalmente la de Jurisprudencia— con vocación literaria; participaban en la *Revista Moderna* y *Savia Moderna*; eran liderados por Pedro Henríquez Ureña, y comulgaban con el modernismo literario y antipositivismo filosófico.⁴⁸⁵ Es decir, apostaban por la vuelta a los valores espirituales y estéticos y, aunque se oponían a la educación positivista, apoyaban la

⁴⁸³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., pp. 186, 187, 190, 191.

⁴⁸⁴ “Conferencia sobre La Verdad en la Preparatoria”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 15 de enero de 1910, p. 2.

⁴⁸⁵ El Ateneo de la Juventud se creó gracias a la iniciativa de un grupo de jóvenes mexicanos que constituyeron una nueva generación de pensadores mexicanos que intentaban abrir el campo de la vida cultural mexicana más allá de la filosofía positivista. Comenzaron con reuniones en pequeños cenáculos donde discutían, leían e impartían conferencias con la finalidad de propagar nuevas ideas. Posteriormente crearon la Sociedad de Conferencias en 1907, y al mismo tiempo buscaron recintos más grandes para organizar sus actividades (conferencias que acompañaban con un número de música y de poesía original). En octubre de 1909 fundaron el Ateneo de la Juventud como un centro libre de cultura. Destacaron como miembros Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, (dominicano), José Vasconcelos, Albero J. Pani, Julio Torri, Vicente Lombardo Toledano, el poeta Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Medíz Bolio, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, Martín Luis Guzmán, el pintor Diego Rivera, Roberto Montenegro, Ramos Martínez, el músico Manuel Ponce, Julián Carrillo, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra; Mariano Silva y Aceves, Pedro González Blanco (español) y Federico Mariscal. En 1912, el Ateneo cambió su nombre por El Ateneo de México. Véase GARCÍA MORALES, Alfonso, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla, 1992. MATUTE, Álvaro, “El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación”, en *Mascarones*, núm.2, Primavera, 1983, pp. 16-26. QUIRARTE, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970. ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1979.

obra educativa de Justo Sierra y su proyecto de crear la Universidad Nacional con una Escuela de Altos Estudios.⁴⁸⁶ La visita de Rafael Altamira fue bien vista por estos jóvenes ateneístas en sintonía con sus aires de renovación. Además de que la mayoría de ellos eran abogados y estaban recibiendo con atención las ideas progresistas del profesor ovetense, razón por la cual eran asiduos asistentes a sus conferencias, había “un cierto aire de familia” como sugiere Antolín Sánchez Cuervo; es decir, entre Altamira y ellos existía una afinidad de humanismos:

Aun desde vicisitudes críticas bien diferentes (el horizonte de 98 en un caso, el ocaso del Porfiriato y la inminente Revolución en el otro), una y otra institución [Institución Libre de Enseñanza y Ateneo] parecen enarbolar un proyecto cultural semejante, caracterizado por el espíritu regeneracionista y la mentalidad renovadora.⁴⁸⁷

En retribución a esta afinidad humanística los jóvenes ateneístas le organizaron a Rafael Altamira una cena en un famoso restaurante, el Sylvain, el 26 de enero, a la que asistieron Justo Sierra, Antonio Caso, Telésforo García, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes, Isidro Fabela, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Jesús Acevedo, entre otros.⁴⁸⁸ Posteriormente le tenían preparada una velada en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria,⁴⁸⁹ la cual se realizó, según Jaime del Arenal, ante dos mil asistentes.⁴⁹⁰

En dicha velada Antonio Caso dio la bienvenida al “embajador intelectual de España, “apóstol de la Extensión Universitaria” y “profesor de idealismo”,⁴⁹¹ y le expresó en su discurso de salutación las siguientes palabras: “Doctor Altamira, contad con la juventud mexicana para todos vuestros esfuerzos. Os lo aseguramos firmemente”⁴⁹² Además, Olavarría reseñó que Alfonso Reyes habló sobre la poesía de Luis de Góngora, Rafael López recitó una elegía recordando a Ramón de Campoamor, Henríquez Ureña leyó un estudio sobre Hernán Pérez de Oliva y Rafael Altamira remató la velada leyendo un cuento suyo titulado “En la sierra”.⁴⁹³ Juan Palacios también se sumó a esta fiesta intelectual y publicó en el Boletín de la

⁴⁸⁶ En la Escuela de Alto Estudios Sierra proyectaba hacer “hincapié en la filosofía, el ‘porqué’ (metafísico) del universo en vez de simplemente el ‘cómo’ (positivista).” HALE, Charles, “Ideas políticas y sociales...”, *op. cit.*, p. 46.

⁴⁸⁷ SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, “La revisión del krausismo en México”, *op. cit.*, p. 105.

⁴⁸⁸ “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 27 de enero de 1910, p. 3.

⁴⁸⁹ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3213.

⁴⁹⁰ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 19 y nota al pie No. 46 de la misma página.

⁴⁹¹ GARCÍA MORALES, Alfonso, *El Ateneo de México...*, *op. cit.*, p. 229.

⁴⁹² ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁹³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, *op. cit.*, p. 185, y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3213. La conferencia que pronunció Alfonso Reyes, titulada “Sobre

Escuela Nacional Preparatoria (Tomo II, núm. 10, abril de 1910, págs. 175-185) un estudio sobre “Leopoldo Alas (Clarín)”, dedicado a Altamira.⁴⁹⁴

5.2 Celebraciones varias

Las celebraciones en las que Rafael Altamira fue el homenajeado no fueron pocas para el tiempo y la cantidad de compromisos que lo ocuparon durante el mes de enero de 1910, el cual fue prácticamente el mes de mayor actividad durante su estancia en la capital mexicana.

El sábado 15, Justo Sierra organizó en su casa un té literario en honor del profesor de Oviedo que se constituyó como una manifestación “de alta cultura artística y social”. Asistieron artistas, cantantes, poetas, diplomáticos como el embajador Cologan y su familia, políticos y otras personalidades como Ezequiel Chávez, Federico Gamboa, Genaro García, Carlos Pereira, Telésforo García, Leopoldo Batres, Alfonso Pruneda, Manuel Calero, Miguel Lanz Duret, Carlos Lazo, Victoriano Salado, entre otros. Una de las invitadas, María Enriqueta Camarillo de Pereira, leyó uno de sus versos; el poeta Luis G. Urbina recitó una *Vespertina*; Jesús Ureta leyó su *Dulcinea*; Gino Calza recitó una poesía de D’Annunzio, y los poetas jóvenes Rafael López y Roberto Argüelles Bringas también recitaron algunos poemas. En la parte musical participaron destacadas personalidades como María Luisa Escobar de Rocabrana, Cristina Méndez de Regil, Artemisa Elizondo, Carlos Lozano, Manuel M. Ponce, y José Rocabrana,⁴⁹⁵ estos dos últimos posteriormente se convertirían en directores de la Escuela Nacional de Música y Rocabrana sería un importante violinista que fundaría la Orquesta Sinfónica de la Universidad Nacional.⁴⁹⁶

El martes 18, Rafael Altamira fue nuevamente homenajeado con un té literario y esta vez el anfitrión fue Leopoldo Batres, el arqueólogo que le hizo la visita guiada en Teotihuacán. Al banquete que duró hasta las cinco de la tarde, asistieron Justo Sierra, Ezequiel Chávez, Bernárdo de Cologan, Kuma Horigoutchi (representante diplomático del Japón), Jacinto García (Encargado de Negocios de la embajada de Argentina), Porfirio Díaz hijo, Francisco

la estética de Góngora”, se puede encontrar en sus obras completas. Véase REYES, Alfonso, *Obras Completas*, T. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 61-85.

⁴⁹⁴ GARCÍA MORALES, Alfonso, *El Ateneo de México...*, op. cit., p. 230. Este autor también ubica que el poema de Rafael López se publicó en el libro *Poesía reunida* (1984), y el de Henríquez Ureña en su obra *En la orilla, mi España* (1922).

⁴⁹⁵ “En la casa del Sr. Ministro Sierra. Un té literario”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 16 de enero de 1910, p. 1. Misma fuente citada también por DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 391 y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., pp. 3214 y 3215. El evento fue anunciado por Justo Sierra en carta a Alejandro Quijano con fecha 13 de enero, en Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, Ed. Establecida Catalina Sierra de Peimbert, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 490. Y en “Notas sociales”, *La Iberia*, México, jueves 13 de enero de 1910, p. 1.

⁴⁹⁶ Véase la página de la Escuela Nacional de Música perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México: <http://www.enmusica.unam.mx/interiores/enm/antecedentes.htm>

Alvarado, Alfonso Pruneda y Salvador Batres.⁴⁹⁷ En el brindis inicial en honor a Altamira, tomó la palabra primero Leopoldo Batres, enseguida Altamira “con su palabra fácil y galana agradeció el homenaje que se le tributaba” y finalizó el brindis el hijo del presidente de la República, quien también le dirigió unas palabras de admiración y agradecimiento. En esta ocasión Paz García y Nemesio García Naranjo se encargaron de las recitaciones.⁴⁹⁸

La noche del sábado 22, el abogado Joaquín Casasús y su esposa, Catalina Altamirano de Casasús —hija del poeta Ignacio Manuel Altamirano—,⁴⁹⁹ le ofrecieron un banquete y un concierto a Altamira.⁵⁰⁰ Ahí le invitaron asistir a la mañana siguiente a la citada celebración en la Escuela Ignacio Manuel Altamirano. Además, cabe mencionar que unas horas antes Altamira había acompañado a Justo Sierra a un banquete que se celebró en San Ángel en honor del Ministro, y al cual también acudieron Ezequiel A. Chávez, Miguel I. Martínez y el diputado Justo Sierra Jr.⁵⁰¹

El domingo 30, al medio día, Luis Elguero y otros socios del Jockey Club le ofrecieron un banquete a Altamira⁵⁰² que seguramente se sirvió en las instalaciones que tenían en el centro de la ciudad, en el famoso edificio conocido como “La casa de los azulejos”.

Por último, para cerrar el ciclo de celebraciones que le ofreció la sociedad mexicana a Rafael Altamira, el Encargado de Negocios de la Legación de la República de Argentina, Jacinto García, se sumó a los festejos y reconociendo nuevamente la labor que el emisario de la Universidad de Oviedo había desplegado en Argentina, ofreció una distinguida cena en su honor la noche del lunes 31 de enero, la cual fue anunciada por el periódico oficial como parte de las fiestas de despedida a Altamira.⁵⁰³

Como se señaló, la élite mexicana además de estar conformada por los políticos porfiristas, también tenía en su seno a la comunidad artística y estudiantil con la cual Rafael Altamira tuvo la oportunidad de sociabilizar de manera más amplia los aspectos más relevantes de sus propuestas.

⁴⁹⁷ El anuncio del banquete se hizo días antes: “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., jueves 13 de enero de 1910, p. 3, en “Batres y Altamira”, *La Iberia*, México, 14 de enero de 1910, p. 2, y el mismo día en “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, D. F., martes 18 de enero de 1910, p. 3. El evento también fue citado por DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 391 y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3215, y reseñado en “Obsequio al Sr. Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 20 de enero de 1910, p. 2.

⁴⁹⁸ “Obsequio al Sr. Altamira”, *La Iberia*, México, jueves 20 de enero de 1910, p. 2.

⁴⁹⁹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, pp. 391, 392.

⁵⁰⁰ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3216.

⁵⁰¹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 417.

⁵⁰² “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 2, y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3216.

⁵⁰³ “El Sr. Altamira, profesor de la Escuela de Leyes”, *El Imparcial*, México, D. F., sábado 29 de enero de 1910, p. 2, y OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, *op. cit.*, p. 3216.

6. A modo de conclusión: logros conseguidos

Gracias a las referencias de la prensa local mexicana y al intercambio de comunicaciones y misivas referidas a Rafael Altamira, una de las primeras apreciaciones que se destacan fue el importante rol que jugó este personaje como un gran orador. Su personalidad y la capacidad de transmitir sus ideas, fueron elementos valorados en México porque logró captar la atención de un gran colectivo de la sociedad mexicana de entonces. La prensa mexicana oficial, además de reseñar la diversidad de temáticas académicas presentadas por Altamira en sus conferencias, destacó los rasgos de su sencilla e ilustrada forma de hacer llegar sus palabras a diferentes escenarios sociales, políticos y académicos.

Como muestra de ello, de la crónica de la conferencia en el Museo Nacional de Arqueología el 24 de enero, extraemos el siguiente párrafo:

Fué la conferencia de ayer una de las más brillantes de las que hasta hoy ha dado el Dr. Altamira en México; el verbo robusto y claro del señor Altamira no había adquirido como ayer tal morbidez, ni tanta elegancia, ni tan gran brillantez. Parecía que el sabio catedrático había escrito su discurso, puliéndolo frase por frase cuidadosamente, tan fluidas se deslizaban las frases, tan espontáneamente salían las palabras, de tal manera redondos y completos se desarrollaban los períodos. Fué aquél un desbordamiento de elocuencia, pero no de la elocuencia retórica, sino de una elocuencia rica en ideas, sabia, instructiva, elocuencia de hombre cultísimo.⁵⁰⁴

Otra referencia que ejemplifica esta apreciación, la encontramos en esta otra nota de *El Imparcial* que publicó el mismo día en que Altamira salía de territorio mexicano para dirigirse a Cuba: “y si á esto se agrega las improvisaciones que en contestación á discursos de recepción, dedicaciones, toasts, etc., tuvo que decir, se vendrá en conocimiento su maravillosa facultad de hablar, retener, formular, y expresar los vastos conocimientos que posee.”⁵⁰⁵

Asimismo, el cronista Olavarría, por su parte, hablando de aquellos banquetes a los que fue invitado Altamira, señaló que fue un enorme placer para los concurrentes escuchar hablar al profesor de Oviedo quien “con la más elegante facilidad sorprendía aun en sus más breves discursos con modelos de su asombrosa oratoria, sin que jamás se hubiese llegado a notar en él cansancio ni fatiga de ninguna especie.”⁵⁰⁶

De lo anterior, lo que más importa atender es que, apoyado en estas cualidades para transmitir sus ideas, Altamira generó un proceso de comunicación en el que sus mensajes se transformaron en acciones; es decir, parte de sus interlocutores lograron poner en práctica

⁵⁰⁴ “El Sr. Altamira en el Museo Nacional”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 30 de enero de 1910, p. 10.

⁵⁰⁵ “Voto de gracias al señor Doctor Rafael Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., 12 de febrero de 1910, p. 1.

⁵⁰⁶ OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3216.

algunas de las ideas expresadas en sus conferencias; acciones que comenzaron a verse reflejadas en la vida cultural e intelectual mexicana iniciando el siglo XX. Ello nos permite aproximarnos con certeza a la influencia de Altamira y sus logros en esta estancia en México.

Ahora bien, Rafael Altamira reconocía que el objetivo básico de estrechar los vínculos entre España y las naciones hispanoamericanas, no se trataba, al menos en México, de algo nuevo. El profesor y economista español Ramón Pérez Requeijo lo había propuesto durante su estancia en tierras mexicanas en mayo de 1900.⁵⁰⁷ No obstante, el biógrafo de Justo Sierra, Claude Dumas, señalaba que en un artículo con fecha 24 de mayo de 1909 dedicado a Pérez Requeijo se escribía que se veía aun en el futuro la idea de conocerse y estimarse, y que “quedaba mucho por hacer —‘mucho que remover’— para alcanzar la unión íntima de las dos naciones que deseaban muchos intelectuales españoles de la generación llamada de 98, en especial Unamuno.”⁵⁰⁸

Y en efecto, iniciado el siglo XX era notorio que aún este estrechamiento de vínculos era más afectivo que racional, más ideal que práctico, que siempre se quedaba en los buenos deseos y que hasta daba pie a ciertas ambigüedades. Por ejemplo, en el Congreso de 1900 celebrado en Madrid, Justo Sierra expresaría, por un lado, la intención de México de “mantener relaciones económicas con los Estados Unidos” y por el otro, la de “preservar las relaciones espirituales e intelectuales con Europa”. Para comprobar tales afirmaciones del Ministro, Dumas explicaba que bastaba revisar la historia del mercantilismo mexicano para ver la importancia que tenían las relaciones económicas con Estados Unidos en la mentalidad de la sociedad mexicana.⁵⁰⁹ Y para demostrar que la preservación de las relaciones intelectuales con Europa se inclinaba prácticamente al país galo, bastaba con demostrar el dominio de la influencia cultural francesa en México, a través de las palabras de Justo Sierra expresadas en una carta dirigida a Unamuno en julio de 1910. En dicha misiva, que en el fondo era una clara muestra del arraigado referente cultural francés de la élite nacional, Sierra le compartía a Unamuno su valoración de la función del idioma francés para la vida humana y al tiempo le expresaba: “En francés se ha educado la generación a la que pertenezco...Deficiente y todo, nuestra educación literaria y científica del francés viene, en francés, leí los griegos sin intentar traducirlos porque nadie nos enseñó griego...”⁵¹⁰

⁵⁰⁷ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 397.

⁵⁰⁸ *Ibíd.*

⁵⁰⁹ Aunque también había algunas iniciativas de otro tipo, por ejemplo, *La Iberia* publicó una nota en la que reseñaba que un grupo numeroso de señoras de la colonia estadounidense, encabezadas por E. Deam Fuller, había lanzado el proyecto de establecer una escuela Americana en la capital, en “Una escuela norteamericana”, *La Iberia*, México, martes 21 de diciembre de 1909, p. 1.

⁵¹⁰ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., pp. 397 y 398.

Ante este dominio de la influencia cultural francesa en México, el intercambio cultural con el resto de Europa era, por decir lo menos, un tanto difícil, la realidad editorial era una muestra de ello ya que se conocía en México a los autores latinos, ingleses, alemanes y rusos porque se traducían al francés. Pero más aún, este dominio dejaba poco margen de maniobra al propio desarrollo cultural en lengua castellana porque tan sólo los libros de texto eran traducciones de obras francesas.⁵¹¹ De ahí que convenga citar las preguntas que se hizo Dumas al respecto: “¿Había acaso forma de marcar con mayor fuerza la huella de Francia en la mente y en el corazón de los mexicanos, al menos de los liberales mexicanos?”⁵¹² Además, desde 1908 los franceses habían decidido ampliar los intercambios de estudiantes y profesores entre Francia y América Latina. De esta forma, profesores de la Soborna expresaron su deseo de viajar a México para impartir cursos y, al mismo tiempo, la Universidad de París buscó, encabezando esta iniciativa, llevar a estudiantes hispanoamericanos a las universidades francesas con una serie de facilidades.⁵¹³ Ésta era una muestra de la influencia cultural que Altamira veía como un peligro.

No obstante, Justo Sierra y su grupo eran hispanófilos y fueron ellos los que aceptaron la propuesta de la Universidad de Oviedo de recibir a Rafael Altamira para que impartiera sus conferencias en los centros educativos mexicanos y promocionara tanto los adelantos de la ciencia española como el programa hispanoamericanista, con el fin de hacer frente a la amenaza cultural de las potencias mundiales.

Recordemos que a través de la relación que tenía Sierra y su grupo con el destacado miembro de la colectividad española en México, Telésforo García, se puede ver la red, probablemente más importante, de la élite intelectual y política mexicana con la élite de emigrantes españoles que fueron los que acogieron a Altamira. Red cuyos vínculos se fueron fincando sobre todo con los matrimonios mixtos y con las inversiones de la migración “privilegiada” de españoles en la economía mexicana, lo que les permitió tener presencia en la vida política.

Sin embargo, hubo otro sector, el de los conservadores, que tradicionalmente lanzaban su mirada a la antigua metrópoli para buscar establecer los vínculos, pero que en esta ocasión se mostraron recelosos por las ideas que trajo consigo Altamira. En ese sentido, explicamos cómo el periódico católico *El País* se puso en guardia.⁵¹⁴ Presentamos la polémica

⁵¹¹ *Ibid.*, pp. 399, 400.

⁵¹² *Ibid.*, p. 399.

⁵¹³ Según Dumas: “...tendrían las mismas ventajas que los franceses –diversos descuentos, facilidades de alojamiento y alimentación, etc....Se decidió que el estudiante latinoamericano que fuera a Francia pagaría su viaje de ida, pero que, si durante su estancia obtenía los diplomas y certificados correspondientes, recibiría su boleto de regreso, y además se le abonaría el precio del viaje de ida.” *Ibid.*, p. 400.

⁵¹⁴ AMAE legajo Altamira H2557, 003, 1908/1909, Documento oficial de legación de España en México con fecha 12 de febrero de 1910 firmado por Bernardo de Cologan. También Javier Malagón citando esta misma

periodística que sostuvo este diario con otro, *La Iberia*, desde la primera conferencia de Rafael Altamira, a raíz de la cual puso en tela de juicio la capacidad intelectual del alicantino, comparándolo negativamente con otras figuras del mundo cultural español.⁵¹⁵ Demostramos, también cómo este periódico católico, de manera ambigua y contradictoria, al mismo tiempo que dio informes sobre las actividades que fue desplegando el profesor ovetense, dudó de sus propuestas, y aprovechó algunas de sus ideas para criticar a los responsables de la enseñanza oficial mexicana.

Con estas reacciones por parte de *El País* se manifestó una vez más la intolerancia católica proveniente de tiempos no tan alejados como los de la Reforma. Intolerancia caracterizada no por argumentos abiertos y activos, sino por el contrario, por su carácter pasivo y defensivo,⁵¹⁶ a lo que añadiríamos, también, visceral. Por ello, la voz que alzaron los católicos mexicanos a través de *El País* es probable que no lograra fijar una nueva agenda en el debate nacional. Tampoco consiguieron verter nuevas propuestas ante los problemas educativos que planteaba el alicantino. Como se demostró, más bien se respaldaron en algunas de las ideas pedagógicas de Altamira —cuando este, aparentemente, se distanciaba de los positivistas mexicanos— para desprestigiar el sistema de enseñanza nacional del que ya no formaban parte. Recuérdense sus adhesiones a las propuestas altamiristas sobre la enseñanza del latín suprimido en la Escuela Nacional Preparatoria, o del derecho romano y del derecho canónico que representaban un enfoque distinto a la perspectiva del derecho que predominaba entre los positivistas legalistas.

Estas reacciones políticas y académicas fueron una muestra más de la ambigua y apasionada batalla de ideas que sobre temas religiosos e ideológicos marchaba a caballo en el albor del siglo XX mexicano. En este contexto las elites gobernantes y opositoras colocaron a Altamira en medio de este campo de batalla. Ante su presencia, se comportaron complacientes las unas y displicentes las otras. Ante sus palabras, ambas lo escucharon con atención. Ante sus ideas, las unas vislumbraron caminos de renovación y las otras utilizaron su ideario a favor, según fuera el caso, de la defensa de sus intereses. A pesar de todo, la batalla estaba

fuelle (Despacho No. 8. Política, 12 de febrero de 1910. Archivo de la embajada de España. Caja 276. Leg 2) en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *op. cit.*, p. 69, y PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, *op. cit.*, p. 478. Cabe recordar que a su llegada a España, Rafael Altamira recibirá críticas similares derivadas de la prensa católica asturiana.

⁵¹⁵ Un ejemplo de estas comparaciones que realizó el diario católico lo tenemos en la siguiente cita: “Altamira dista mucho de ser colosal (le présentateur du ‘Casino Español’ avaint parlé du ‘colossal Altamira’)...no hemos podido modificar nuestro juicio de que si es un pensador, lo es modesto; si es un erudito, dista mucho de ser Gayangos, un Amador de los Ríos y no decimos un Menéndez y Pelayo; porque éste si tiene un derecho a un lugar entre los colosales, entre los genios.”, en DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, p. 395 y también misma cita en NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 219 que toman la cita de “La conferencia del Sr. Altamira en la Escuela N. Preparatoria”, *El País*, México, martes 18 de enero de 1910, p.1.

⁵¹⁶ KRAUZE, Enrique, “Orígenes de la intolerancia mexicana”, *Letras Libres*, Año X, No.109, octubre 2010, España, pp. 37, 38.

avanzada y el rumbo que estaba tomando el conflicto de la sociedad mexicana en su conjunto, aparentemente, no permitiría que ambos contendientes de la polémica y protagonistas de las reacciones que se estudiaron aquí, se detuvieran a reflexionar detenidamente sobre las importantes posibilidades educativas, en este caso, que traía consigo el delegado de la Universidad de Oviedo, el llamado “colosal”.

Sin embargo, más allá de estas críticas por parte del sector católico que buscaban disputas con los positivistas que arrojaban al profesor de la Universidad de Oviedo, y de los elogios que la prensa gubernamental, también lanzó hacia la figura de Altamira,⁵¹⁷ en términos generales la visita de Rafael Altamira fue un acontecimiento cultural de gran relevancia, o como sostuvo Josefina Mac Grégor: “no tenía comparación en la vida académica de México”.⁵¹⁸ El propio Altamira quedó satisfecho con su estancia en México porque entendió que la misión se realizó en la mejor de las circunstancias posibles:

El momento escogido por la Universidad de Oviedo, no pudo ser más oportuno. Si la Universidad hubiese ordenado mi viaje de propaganda, años antes, cuando España poseía aún Cuba y Puerto Rico, el éxito de mi viaje, hubiera sido lo más desgraciado que imaginarse pueda; pero ahora, nos encontramos en una situación francamente propicia, porque ningún recelo, ni desconfianza, puede inspirar nuestra labor. Antes podría haberse supuesto que ocultábamos ciertas ambiciones: hoy, todos comprenden que sólo deseamos estrechar íntimamente los lazos intelectuales y morales que nos unen.⁵¹⁹

Rafael Altamira tenía razón en considerar favorable el contexto en el que se desarrolló el viaje, pero debemos destacar que tanto las propuestas educativas, como las ideas hispanoamericanistas de intercambio intelectual de Rafael Altamira y de la Universidad de Oviedo motivaron cambios en la vida política y cultural de México. Cambios que se conjugaron con la decadencia del régimen porfirista en lo social y del positivismo en lo educativo y cultural, pues se estaba generando el nuevo proyecto de los ateneístas. Precisamente en este contexto de agotamiento de la realidad nacional, los aires de renovación comenzaron con las reacciones políticas y académicas derivadas de las propuestas educativas

⁵¹⁷ Como muestra de ello nótese la siguiente: “El viaje del profesor Altamira, que es el de un apóstol, es testimonio de esa voluntad de unión a través de una visión de amor y cultura. Para nosotros los mexicanos, la verdadera España, aquella que amamos y admiramos, no es la de [los toreros legendarios] los Montes y Machaquito, la de Fuentes o el Bomba, sino la que nos presenta Altamira a través de su elevada personalidad y de su profundo saber.” DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 395. Incluso también señala Dumas que esta prensa oficial minimizó de cierta forma algunas situaciones discordantes, por ejemplo, relata que en “un banquete que ofreció a Altamira un grupo de jóvenes escritores, durante el cual uno de los participantes hizo una comparación fuera de lugar entre el profesor de Oviedo y los toreros que España enviaba cada año a México. *El Imparcial* del 8 de febrero (p. 3), que recoge este incidente, lo acompaña de un análisis que viene a ser una reseña de las relaciones entre España y Latinoamérica durante épocas recientes”. *Ibid.*

⁵¹⁸ MAC GREGOR, Josefina, *México y España...*, op. cit., p. 73.

⁵¹⁹ “Declaraciones del Sr. Altamira”, *El Imparcial*, México, D. F., domingo 6 de febrero de 1910, p. 3.

altamiristas en varios campos del saber y se reflejaron en la polémica periodística que reseñamos. Sin embargo, reconocemos que nos faltó investigar con más profundidad sobre este aspecto, dado que estas reacciones parecieron quedarse en los límites del papel, como reflejo de la resistencia al cambio que imperaba en las elites. No obstante, coincidimos con Antolín Sánchez Cuervo cuando señala que la visita de Altamira de alguna manera vino a ser una reconciliación tardía entre aquellos liberales que habían adoptado algunas de las ideas krausistas y los positivistas, los cuales, en los inicios de 1880, habían desencadenado otra polémica importante por el uso de los libros de texto de lógica que se utilizaban en la Escuela Nacional Preparatoria. Polémica en la que, recordemos, participó Telésforo García defendiendo la doctrina positivista. Sánchez Cuervo, estudioso del krausismo en México, España y América Latina, afirma al respecto que:

Si el positivismo, en plena agonía en el Porfiriato, ya había iniciado su andadura hacia el vitalismo plural y renovador del Ateneo, muy atrás se había quedado el krausismo ortodoxo de Ahrens y de Tiberghien —o el de Sanz del Río, en el caso de la España de Altamira—. El visitante español pertenecía a esas nuevas generaciones de institucionistas sensibles a los nuevos discursos científicos, y no es por ello casual que aquellos mismos intelectuales mexicanos que en otro tiempo denostaran la metafísica y el iusnaturalismo krausistas siguieron ahora el hilo de sus conferencias con sumo respeto.⁵²⁰

Consideramos que Rafael Altamira fue un revulsivo en el panorama mexicano. Algunos autores aquí referidos así también lo han reconocido. Dumas, por ejemplo, considera que la labor de Altamira desplegada en México sirvió para “conocer las ideas que tenían entonces los intelectuales de la capital sobre la situación interior y exterior del país”. Además señala que las propuestas de este catedrático de la Universidad de Oviedo “actuaron generalmente como reactivos para la opinión.”⁵²¹ Jesús Nieto, por su parte, haciendo referencia a las conferencias dictadas por el alicantino, apunta que impactaron fuertemente en la sociedad mexicana “ya que proporcionaron la formación de nuevas prácticas e instituciones culturales, a saber: la educación dirigida a las clases populares, la extensión cultural, y las Universidades Nacional y Popular Mexicana, entre otras.”⁵²² Asimismo, refiere que algunas de las conferencias buscaron tener efectos políticos sobre todo para apoyar la iniciativa de Justo Sierra para fundar la Universidad.⁵²³ En este mismo tenor, Jaime del Arenal indica que

⁵²⁰ SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, “La revisión del krausismo en México”, *op. cit.*, pp. 104-105.

⁵²¹ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, pp. 390, 391.

⁵²² NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, *op. cit.*, p. 206.

⁵²³ *Ibid.*, p. 218. Altamira informó esta participación refiriéndose a las conversaciones que tuvo con Justo Sierra: “...al plan de la futura Universidad Mejicana, y, especialmente, de la Facultad ó grupo de estudios de Letras ó

la visita de Altamira sirvió para “sancionar y fortalecer la inminente fundación de la Universidad Nacional en contra de aquellos que pudieran haber guardado recelos respecto a la necesidad y utilidad de ésta.”⁵²⁴

Estamos de acuerdo con las apreciaciones de estos dos últimos autores y esperamos haber hecho alguna contribución al respecto en este capítulo. Además, debemos recordar que Javier Malagón fue el primero en sostener que la visita de Altamira sirvió para apoyar a Justo Sierra en el restablecimiento de la Universidad Nacional y para crear en los medio intelectuales “una atmósfera de confianza hacia la ciencia española.”⁵²⁵

Ante esta fundación o restitución de la universidad pueden darse algunas interpretaciones del papel que tuvo Altamira respecto al campo del derecho y de la extensión universitaria, pero antes señalemos los antecedentes históricos de la universidad para lograr comprender el contexto en el que se presentó esta influencia.

La Universidad de México fundada en 1551, *Real y Pontificia* durante la época colonial, *Imperial* después de la Independencia y *Nacional* con la República, llegó al siglo XIX con su método escolástico y con una profunda resistencia al cambio. Considerada una institución del antiguo régimen, defendida por los conservadores y atacada por los liberales, fue objeto de decisiones político-ideológicas que la llevaron al cierre y a la reapertura constantes, hasta que en 1865, durante el Segundo Imperio, Maximiliano de Habsburgo decidió cerrarla definitivamente para dar paso a la creación de las Escuelas Nacionales.⁵²⁶ Justo Sierra explicará este proceso de la siguiente manera: “en los días del centenario, inauguraremos nuestra Universidad Nacional, o mejor dicho, resucitaremos una institución que mató de golpe hace más de medio siglo el partido liberal, porque se había convertido en el baluarte arcaico de todo lo vetusto y retrógrado.”⁵²⁷

Humanidades[...] El señor Ministro tuvo la atención de comunicarme una copia del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional, sobre el que emití un dictamen privado.” En ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 187. La copia de este proyecto aparentemente está resguardada en un archivo privado. Esperamos que pronto sea publicada para observar en qué términos Altamira elaboró su dictamen.

⁵²⁴ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 6.

⁵²⁵ MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit. p. 66. Lo mismo dijo Mac Gregor quien sostuvo que Altamira tenía dos objetivos en México: crear un clima favorable para el establecimiento de la Universidad y despertar la confianza hacia la ciencia española, en MAC GREGOR, Josefina, *México y España...*, op. cit., p. 73. No obstante, cabe señalar que todos estos logros fueron posibles gracias a que había una buena voluntad entre las partes como lo muestra el artículo de *El Imparcial* del 11 de enero de 1910: “*A qué viene el señor Altamira – El esfuerzo en pro del intercambio mental intentando por un profesor de energía*” citado por Dumas y que dice: “Si el Sr. Altamira cree que en América hay elementos *nuevos* que pueden servir para el porvenir de su patria, nosotros creemos también en una España *nueva* de la que nuestro huésped es uno de sus más distinguidos representantes”, en DUMAS, Claude, *Justo Sierra...* op. cit., p. 396. Sobre la universidad Malagón destacó que de todas las conferencias que impartió cinco fueron sobre la Universidad, y que Altamira, como lo citamos también, hizo un dictamen privado a Justo Sierra del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional, en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, op. cit. pp. 66 y 68.

⁵²⁶ MARSISKE, Renate, “La Universidad de México...”, op. cit., p. 17.

⁵²⁷ Carta de Justo Sierra a Segismundo Moret con fecha 31 de mayo de 1910, en Sierra, *Obras completas...*, op. cit., p. 532.

La Universidad que se inauguró en septiembre de 1910 como un acto de cierre de los festejos del Centenario, había sido un proyecto elaborado por Justo Sierra y por Ezequiel Chávez —presentado por vez primera en la Cámara de Diputados en 1881— que tardó varias décadas en realizarse esperando que las condiciones de la educación de niveles inferiores se mejoraran. Justo Sierra estaba convencido de que México necesitaba “fomentar y crear su propia ciencia, de pugnar por la autosuficiencia científica y tecnológica, y por último, de dar unidad institucional, coherencia final, ideológica y material, a la estructura no integrada entonces de la educación superior.”⁵²⁸ Además, según Javier Garciadiego:

[...] fue creada porque Sierra, sagaz además de bueno y sabio, convenció a don Porfirio de que podría ser una de las ceremonias más solemnes y significativas dentro de los festejos del centenario de la Independencia. El vaticinio de Sierra se cumplió con creces: crear una institución, comprometerse con ella, era más benéfico para el país que cualquier construcción arquitectónica, ya fuera de carácter útil o simbólico. Se remediaba así un rezago imperdonable: a diferencia de muchos países americanos y de todos los de Europa, México tuvo una universidad moderna muy tardíamente, a principio del siglo XX.⁵²⁹

Por ello la creación de la Universidad se entiende como un proyecto pensado desde la cúpula del poder más allá de ser una demanda de la comunidad estudiantil y del profesorado tanto de la Escuela Nacional Preparatoria como de las escuelas profesionales de Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina, que eran en ese entonces las de mayor peso.⁵³⁰

Dentro de este proyecto de Justo Sierra por unificar institucionalmente las escuelas superiores, la influencia de Rafael Altamira, quien, como señalamos, revisó el proyecto de ley, se manifestó de varias formas: a través de las ideas que expuso en la conferencia sobre lo que debía ser la universidad ideal; en la exposición sobre la ciencia histórica, en la cual sentó bases para una futura carrera de historia en la Escuela de Altos Estudios; en las conferencias sobre derecho, que llevaron consigo propuestas directas para impulsar una renovación en el plan de estudios positivista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, abogando sobre todo por la creación de un curso de historia del derecho, y otros más como señalamos: derecho romano, latín, derecho consuetudinario,⁵³¹ y en la conferencia sobre la Extensión Universitaria donde propuso la función de extensión de la cultura de la futura universidad.

⁵²⁸ MARSISKE, Renate, “La Universidad de México...”, *op. cit.*, p. 18.

⁵²⁹ GARCADIAGO, Javier, “El doble cumpleaños...”, *op. cit.*, p. 35.

⁵³⁰ *Ibíd.*

⁵³¹ Recordemos que el curso de historia del derecho se proyectó para la Escuela de Altos Estudios pero finalmente se logró en lo inmediato en la Escuela Libre de Derecho, mientras que en la Escuela de Jurisprudencia se implantaron el derecho romano y el latín a partir de 1912. ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, *op. cit.*, pp. 14 y 16.

La promoción que hizo el profesor de la Universidad de Oviedo de la Extensión Universitaria tuvo una muy buena recepción en Justo Sierra y su círculo.⁵³² Incluso el mismo alicantino informó al rector Canella que era probable que “pronto se [organizara] en aquel país la Extensión Universitaria, conforme á las líneas generales de la que en Oviedo se viene practicando de 1898.”⁵³³ La ley constitutiva de la Universidad contempló la Extensión Universitaria. Dumas refiere que a finales de 1910 el profesor Miguel F. Martínez, elaboró un proyecto para presentarse en el Consejo Universitario basado en “el plan dado a conocer por Altamira en toda América”:

Su objetivo definíase así: ‘la extensión Universitaria tiene por objeto popularizar la enseñanza superior hasta donde sea posible. De los obreros que ahora tenemos ya apartados del analfabetismo podríamos hacer personas cultas proporcionándoles conocimientos científicos, históricos y literarios’. Esta enseñanza sería muy útil en México a la clase media y acomodada. Permitiría desarrollar vigorosamente el sentimiento de la patria y el concepto del civismo: ¡lo que equivalía a decir que en ella se inculcaría a los auditores ideas de orden y progreso porfiristas!⁵³⁴

Asimismo, es muy probable que la Universidad de Oviedo nombrara a Telésforo García como representante de la Extensión en México como lo demuestra él mismo en una carta dirigida a Altamira: “Supongo que de acuerdo con Vd. me nombró Don Fermín Profesor de la Extensión Universitaria de Oviedo y Delegado de la Universidad en la inauguración de la que en México va a establecerse.”⁵³⁵ Sin embargo, dicho esfuerzo no podrá encaminarse en

⁵³² Cabe señalar que Dumas, citando una entrevista que le hizo el periódico *El Imparcial* a Altamira, señaló que el alicantino declaró su satisfacción por el especial recibimiento que tuvo su misión en México, la cual era “propagar la necesidad de la Extensión Universitaria y del intercambio intelectual entre las universidades españolas y las hispanoamericanas”. DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 392.

⁵³³ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 188.

⁵³⁴ DUMAS, Claude, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 588 (nota al pie No. 706 segundo párrafo), y NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, op. cit., p. 219 (nota al pie No. 63). Ambos citando a *El Imparcial*, México, 24 de diciembre de 1910, p. 3. Nieto señala que tal iniciativa no logró concretarse debido a la caída del régimen: cita que la fuente fue Miguel. F. Martínez, *Iniciativa presentada por el señor consejero... para la organización de la Extensión universitaria de la Universidad nacional de México*. México, 5 de diciembre de 1910, en NIETO SOTELO, Jesús, “El pensamiento educativo de Rafael Altamira...”, op. cit., p. 219 (nota al pie No. 62). Además, sostiene Jaime del Arenal y coincidiendo con Rafael Diego-Fernández, que esta visita influyó también en el establecimiento de una cátedra de Historia del Derecho en la Escuela Libre de Derecho, donde las obras de Altamira: *La Historia del Derecho Español*, *Cuestiones de historia del Derecho y de Legislación comparada* y su conferencia sobre este tema, “influirán en forma benéfica y decisiva en el desarrollo de la historiografía jurídica mexicana desde Macedo hasta Toribio Esquivel Obregón.” ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 5 y 13.

⁵³⁵ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Altamira, México, 29 de agosto de 1910. p. 4. Prado sostiene también que García —quien había visitado la Universidad de Oviedo en 1905, donde pronunció una conferencia sobre “Educación del emigrante”— fue nombrado después profesor honorario de la Extensión como retribución al apoyo que brindó a Altamira. PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 307.

lo inmediato debido a los sucesos de la Revolución Mexicana, tal y como el propio García le comunicó a Altamira:

Cuando recibí su atenta fecha 6 del actual estábamos en plena crisis política. Nuestro excelente Justo dejó el Ministerio y Chávez le siguió. Tengo ahora que enterarme de cómo quedará la situación de Ud. en el nuevo Ministerio, darle las noticias que recoja y hacerle las reflexiones que me parezcan oportunas. Desde luego dada, tenemos que abandonar el proyecto de excursiones por los Estados de la República, preocupados como se hallan en todas partes de la situación inesperada que se nos ha venido encima.⁵³⁶

Otras de las consecuencias que dejaron las propuestas educativas de Altamira que, como asentamos anteriormente, provenían de su formación institucionista son la creación tanto de la Escuela Libre de Derecho,⁵³⁷ como de la Universidad Popular, ésta última fundada también en 1912 por los miembros del Ateneo de la Juventud.⁵³⁸ En relación con la creación de estas instituciones, vimos que los fundadores de éstas —identificados con el régimen porfirista y en consecuencia contrarios a Francisco I. Madero— estuvieron presentes en las conferencias que dictó Rafael Altamira.⁵³⁹

Aunque es importante señalar que, en un marco más amplio, la Escuela Libre de Derecho se fundó con base en los ideales educativos provenientes del liberalismo europeo,⁵⁴⁰ por la coyuntura política del país que propició un nuevo ambiente con la llegada de los nuevos dirigentes, y por la situación de presión que ejercieron los profesores católicos quienes habían sido desplazados de los centros de enseñanza oficiales. En efecto, mientras que en España la Institución Libre de Enseñanza se había creado buscando desmarcarse de la educación oficial católica, en México la Escuela Libre de Derecho fue una muestra de cómo católicos y liberales buscaban abrirse camino en medio de la “cerrada” educación del Estado.⁵⁴¹

⁵³⁶ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Altamira, México, 29 de marzo de 1911. También en PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 898 (nota al pie No. 313).

⁵³⁷ Rafael Diego-Fernández comparó los planes y objetivos de ambas instituciones en "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", op. cit.

⁵³⁸ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., pp. 6, 7. Cfr. *La Universidad Popular y sus primeras labores*, México, Imprenta Escalante, 1913. TORRES AGUILAR, Morelos, *Cultura y Revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009. NIETO SOTELO, Jesús, "La universidad Popular Mexicana durante la Revolución" en *Antropología*, número 57, enero-marzo de 2000. INNES, John S., "The Universidad Popular Mexicana", en *The Americas*, vol. XXX, núm. I, julio de 1973.

⁵³⁹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La formación...*, op. cit., p. 7.

⁵⁴⁰ ARENAL, Jaime del, "La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución", op. cit., p. 8.

⁵⁴¹ *Ibíd.*, p. 7. Sobre la creación de la Escuela Libre de Derecho puede consultarse también a MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio, *Historia de la Facultad de Derecho*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, pp. 205-218.

La fundación de Universidad Popular debe entenderse, asimismo, en el contexto de la historia del movimiento obrero mexicano.⁵⁴² Un antecedente que hay que considerar también es el “Club Honor y Patria” integrado por simpatizantes del régimen porfirista: Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel, Carlos Pereyra y Santiago J. Sierra, quienes impartieron conferencias a los obreros sobre cuestiones políticas, sociales y económicas, intentando al mismo tiempo “encauzar la opinión pública en el sentido del progreso de las clases obreras’.”⁵⁴³ Otro antecedente más lo constituye una iniciativa privada llamada “Academia de Artes Industriales” que fue creada por un grupo de arquitectos con el fin de impartir cursos nocturnos a los diversos gremios de artesanos de la Ciudad de México.⁵⁴⁴

La Universidad Popular, según Alfonso García, es una idea tanto de Justo Sierra como de los ateneístas Pedro Henríquez Ureña y Pedro González Blanco, que fue financiada por empresas privadas, corporaciones y cuotas de los propios miembros del Ateneo de la Juventud o Ateneo de México. Estos jóvenes, además, intentaron lograr mantener, una vez que estalló la Revolución mexicana, la obra educativa de Sierra, “defendiendo la Universidad y poniendo en marcha dos de sus proyectos: la extensión universitaria y enseguida [...] la sección de Humanidades en la Escuela de Altos Estudios.”⁵⁴⁵

La Universidad Popular se constituyó formalmente en octubre de 1912 y duró hasta 1920. En sus inicios, a todos los miembros del Ateneo de México se les preguntó si estaban dispuestos a colaborar en la “obra de Extensión universitaria extraoficial (científica, artística y ética) que el Ateneo [había] resuelto emprender”, la cual se llevaría a cabo de dos maneras:

Consistirá la primera en series de tres a seis conferencias sobre un mismo asunto (verdaderos cursos de generalidades) en los talleres, fábricas y otros centros semejantes, que por su naturaleza garantizan un auditorio numeroso y constante. Consistirá la segunda en conferencias aisladas en los lugares donde no se cuente con auditorios que llenen aquellos requisitos.⁵⁴⁶

⁵⁴² Agradezco a Teresa Aguirre el permitirme consultar el manuscrito de su tesis sobre Vicente Lombardo Toledano, gracias a lo cual conocí los debates historiográficos alrededor de la Universidad Popular y pude ampliar la bibliografía a este respecto.

⁵⁴³ GARCÍA MORALES, Alfonso, *El Ateneo de México...*, op. cit., p. 233.

⁵⁴⁴ *Ibíd.*, p. 234.

⁵⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 225, 235.

⁵⁴⁶ PRUNEDA, Elvira, “La permanencia de la Universidad Popular Mexicana durante la revolución 1912-1920”, revista electrónica *Pacarina del Sur* (número 3 abril-junio 2010, <http://www.pacarinadelsur.com/>), y también en *La Jornada de Morelos* (<http://lajornadamorelos.com/suplementos/el-tlacuache/81931-la-permanencia-de-la-universidad-popular-mexicana-durante-la-revolucion-1912-1920>).

Con esta iniciativa, claramente inspirada en los principios de la Extensión Universitaria que transmitió Altamira, se proponían impartir temas básicos de cultura, higiene, alcoholismo, sexualidad, ética de trabajo, integración familiar y, en ocasiones, presentar piezas musicales y hacer que los obreros formaran parte de un coro. Asimismo, consideraron organizar paseos dominicales para ir a museos y fomentar en los parques conciertos al aire libre. Sin tener un local fijo, Alfonso Pruneda, quien se constituiría como rector, solicitará a varias autoridades el préstamo de sus auditorios, recibiendo el apoyo de la Escuela Nacional Preparatoria, del Museo Nacional de Arqueología, la asociación Cristiana de Jóvenes y del Teatro de los señores Díaz de León, el cual “se convertirá en la sede, cobrando una módica suma como renta”, y “se le conocerá como La Casa de La Universidad.”⁵⁴⁷ En 1917 la Universidad Popular se independizará del Ateneo, cambiará su visión “espiritualista”, o mejor dicho, de “elevación del espíritu” a través de la educación, y en consecuencia, se concebirá la educación como medio de cambio. En este sentido, conviene explicar que esta visión espiritualista de la que se alejaban, propia de la época, tenía que ver con un “espíritu heroico, asociado al desinterés, desprendimiento y moralidad [que veía] en la educación la posibilidad de formación del buen ciudadano, de redención, de regeneración moral, intelectual, y económica del proletariado; de ahí que la alta misión [era] educar al pueblo.”⁵⁴⁸ La nueva visión que se implementó en la Universidad Popular, por tanto, estuvo marcada por conferencias centradas en los problemas nacionales, con un enfoque más social y de transformación de la sociedad, y una separación de sus dos funciones, la educación del obrero y la Extensión Universitaria. Asimismo se planteó un desarrollo de la institución, se crearon sedes en otras provincias del territorio nacional y se extendió su red de sociabilidad.

En este contexto de la educación popular que fue terreno blando para las propuestas pedagógicas de Rafael Altamira, cabe mencionar también a las escuelas rudimentarias destinadas a la educación de los indígenas y campesinos. Esta propuesta de Jorge Vera Estañol, secretario de Instrucción Pública después de Justo Sierra, se discutió en el Congreso en 1911. Vera Estañol y su subsecretario, Alberto J. Pani, habían seguido muy de cerca a Rafael Altamira en su visita a México por lo que consideramos que su influencia pudo reforzar las ideas educativas de estos dos personajes a este respecto. Vera Estañol criticaba que la educación elemental se había descuidado y que se sólo se había privilegiado la profesional. Por ello definía su proyecto como “un programa de instrucción extensiva, que ‘bauticé con el nombre de instrucción rudimentaria, llevado a todos los hombres de la

⁵⁴⁷ *Ibíd.*

⁵⁴⁸ AGUIRRE, Teresa, *op. cit.*

república, y preferentemente a los focos más oscuros de incultura e ignorancia.⁵⁴⁹

Es innegable, por tanto, que la estancia de Rafael Altamira en México resultó importante para encauzar un camino de renovación en ciertos sectores de la educación como acabamos de afirmar. De ahí que las palabras que se escribieron en la revista *El Mundo Ilustrado*, que rescata Olavarría al final de su crónica sobre la estancia de Altamira en tierras mexicanas, resumen estas apreciaciones:

No cabe duda: el paso del doctor Altamira por tierras de América, se señalará por medio de provechosas evoluciones en la enseñanza [...] Por lo que a México toca, puede afirmarse que el ilustre historiador y sociólogo ha logrado alcanzar triunfos tan estruendosos como rara vez se vieron en el orden intelectual.⁵⁵⁰

Altamira, fiel a su estilo sereno y prudente, reconoció que su misión en México había sido provechosa en cuanto a la labor pedagógica. En su informe destacó sus importantes conversaciones con Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez sobre organización y procedimientos escolares, y en particular sobre:

[...] el intercambio de profesores; á la tutela y vigilancia de los pensionados en el extranjero (en Europa, por lo que toca á los mejicanos), a cuyo propósito di conocimiento de las reglas establecidas por nuestra Junta para ampliación de estudios; á los libros elementales de texto; al plan de la futura Universidad Mejicana, y, especialmente, de la Facultad ó grupo de estudios de Letras ó Humanidades; á las investigaciones de Historia del Derecho y de Sociología mejicana; á la Extensión universitaria y á los programas y métodos de las escuelas primarias.⁵⁵¹

Además de estas conversaciones del establecimiento del intercambio y de cuestiones académicas, Altamira informó que se consiguió el “envío regular á la Universidad de Oviedo, de las publicaciones del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, de la Escuela Nacional Preparatoria, de la Dirección de Educación primaria y del Museo Nacional de Arqueología.”⁵⁵² De estos acuerdos, por medio de los documentos que se analizaron, se comprobó el envío referido del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, a través de la Dirección de Educación Primaria y del Museo Nacional de Arqueología, y otros más del gobierno de Yucatán.

⁵⁴⁹ Citado por MENESES MORALES, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales...*, op. cit., p. 751.

⁵⁵⁰ Citada en OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica...*, op. cit., p. 3219.

⁵⁵¹ ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi Viaje a América...*, op. cit., p. 187. Otra de las charlas que le resultaron fructíferas fue con un grupo de costarricenses, a instancias de Fausto Orozco Castro, con quienes habló sobre “el programa de Oviedo, del porvenir de aquellos países [los centroamericanos]” y de los logros del profesor Pérez Martín de la Universidad de Oviedo quien se encontraba en Costa Rica. *Ibid.*, pp. 190, 191.

⁵⁵² *Ibid.*, p. 187.

Sin embargo, el hecho de que Rafael Altamira haya logrado entablar algunos acuerdos en México no significó que se les diera un adecuado seguimiento. Situación que se entiende si se considera que el alicantino regresó de su viaje a América con una gran cantidad de arreglos con todos los países que visitó, que tuvo poco respaldo institucional —no por parte de la Universidad de Oviedo sino del gobierno en general— para ejecutarlos, y que inmediatamente después de que desembarcó en la península ibérica asumió una gran cantidad de responsabilidades. De ahí que al ver el distanciamiento que se estaba produciendo entre Altamira y los miembros de la elite política e intelectual mexicana por esta serie de situaciones, Telésforo García se permitió hacerle una oportuna recomendación al alicantino para que no descuidara las relaciones logradas en México:

Ha tenido Vd. un poco olvidados a sus amigos de México. A Justo, a Macedo, a García el del Museo, etc...Al mismo Presidente probablemente le hubiese agradado que le hubiese Vd. dado alguna noticia de sus conversaciones con el Rey en lo que se relaciona con la compenetración recíproca y amorosa del alma española con el alma latino-americana. Todo esto es necesario para que no sufra interrupción y mantenga apoyos decididos la alta política española que Vd. y yo perseguimos. No lo descuide...⁵⁵³

Esta carta de García provocó que Altamira le enviara una comunicación a Justo Sierra —aunque después de medio año de haberlo visto por última vez—, quien le contestó congratulándose de la bienvenida con que fue recibido en España y, al mismo tiempo expresándole las siguientes palabras: “El paso de usted por estos lugares dejará un recuerdo muy hondo, por las corrientes de simpatía que ha sabido despertar su palabra hacia nuestra madre latina y por sus nobles ideales que sostiene con tanta competencia como entusiasmo.”⁵⁵⁴ Frase ésta que resume la huella que dejó Rafael Altamira en su primera visita a México.

Resta señalar que Rafael Altamira no logró concretar algún acuerdo tangible con la colectividad española residenciada en México. Ésta sólo manifestó sus buenas intenciones de apoyar la misión encomendada al alicantino, lo homenajeó con grandes banquetes y le otorgó alguna compensación económica como muestra de agradecimiento y reciprocidad a su labor intelectual desarrollada en la capital mexicana.⁵⁵⁵ La propuesta más insistente de Altamira a

⁵⁵³ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Telésforo García a Altamira, México, 22 de junio de 1910. Citada también por PRADO, Gustavo, *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal...*, op. cit., p. 899 (nota al pie No. 315).

⁵⁵⁴ IESJJA/LA documento s.c., Carta mecanografiada con membrete y firma autógrafa de Justo Sierra a Rafael Altamira, México, 6 de julio de 1910. Reproducida también en SIERRA, *Obras completas...*, op. cit., p. 539.

⁵⁵⁵ De ahí que convenga reproducir en su totalidad la breve carta que le dirigieron a Altamira el Presidente y Secretario del Casino Español: “La Colonia Española de México ha recibido con la visita de V. á este país tan

esta comunidad estaba orientada a que fundaran escuelas para emigrantes, pero no existen evidencias de que esta iniciativa lograra concretarse. La ausencia de acuerdos específicos con sus compatriotas resulta difícil de explicar a pesar de los esfuerzos de Telésforo García. Éste se había mostrado confiado en que Rafael Altamira pudiera recibir algún tipo de apoyo.⁵⁵⁶ Sin embargo, dicha colectividad —que se dijo dispuesta a colaborar con el proyecto de la Universidad de Oviedo— pareciera que no fue más allá del respaldo moral. En cambio, gracias al destacado papel que desempeñó Rafael Altamira en tierras mexicanas, resultó beneficiada con una buena imagen ante la sociedad mexicana.

Tal vez sólo queda preguntarse ¿cuáles fueron las razones por las cuales Rafael Altamira como regeneracionista e interesado en restaurar el crédito de la historia española como propuesta sustancial del proyecto hispanoamericanista, no abordó este tema más profundamente durante su estancia en México? Las respuestas quizá podemos encontrarlas en la imagen que de España se tenía a su llegada. Una imagen que en vísperas del Centenario buscaba la reconciliación gracias a que desde años atrás se venía creando un vínculo hispano-mexicano fuerte. Vínculo, que, como pudo verse, se fue conformando gracias a la hispanofilia de la elite intelectual y política porfiriana afín a las ideas de Castelar, al contexto de la guerra del 98 que favoreció positivamente a la imagen de España en América y a un asunto que no era nuestro objetivo tratarlo aquí en este capítulo, pero que mucho nos puede decir: el lugar de España y los españoles dentro de la historiografía nacionalista mexicana en el periodo estudiado.

alto honor, que no podríamos nosotros expresarlo debidamente. Los grandes merecimientos de V. reconocidos y proclamados en todas partes, han hecho que el nombre de España sea hoy más respetado que nunca, y, que aquellos que no nos conocían, nos estimen. La Junta Directiva y los Sócios del Casino Español admiradores de su intensa labor intelectual, desean darle á V. una pequeña muestra del agradecimiento que como buenos españoles experimentan, enviándole un cheque á su orden por valor de Veinticinco mil Pesetas. Sírvasse V. aceptarlas como un modesto obsequio de quienes no han de olvidar nunca el honor que en esta tierra ha hecho V. á la Patria española...” IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada con membrete del Casino Español y firmas autógrafas del Presidente José Sánchez Ramos y del Secretario José Vizoso a Rafael Altamira, México, 26 de enero de 1910.

⁵⁵⁶ Así lo demostró a Altamira a finales de diciembre de 1909: “Cuanto á la Colonia Española, por lo que Vd. ha visto y por lo que yo sé, la tiene Vd. reventando de legítima satisfacción y de noble orgullo por su triunfo intelectual en este país. Creo que podemos vivir enteramente confiados en su apoyo.” IESJJA/LA documento s.c., Carta particular mecanografiada de Telésforo García con membrete y firma autógrafa a Rafael Altamira, México, 23 de diciembre de 1909, p.1.

Epílogo: La red de Rafael Altamira en México

En este apartado destacamos la red intelectual que formó Rafael Altamira en su visita a México. A lo largo de este capítulo hemos visto que en el contexto en el que se desarrolló este personaje, el establecimiento de relaciones académicas y políticas era de gran relevancia para que lograra cumplir con los objetivos de su misión hispanoamericanista. Por ello coincidimos con la perspectiva de los estudios de redes intelectuales,¹ en el sentido de establecer la importancia que el mundo intelectual daba —y sigue dando—, a las relaciones generadas entre personalidades relevantes de un determinado lugar, o espacio temporal. De ahí que se puede estudiar, desde esta óptica, cómo personas con presencia política y académica dedicadas al quehacer intelectual, se conectan entre sí, tanto porque se comunican e intercambian información, como porque establecen lazos de confianza, reciprocidad, afinidad y solidaridad por sus ideas e intereses comunes.²

Es importante establecer, antes de seguir avanzado, que el análisis de redes, de acuerdo al tipo de investigación que se realiza, puede ser considerando como una metodología de análisis, un concepto, una categoría, un modelo o una herramienta que sirve para comprender de mejor manera algún aspecto de la investigación. Una característica del análisis de redes es su cualidad interdisciplinaria para identificar relaciones sociales y sus estructuras, es decir, la forma en que los individuos o grupos de individuos se vinculan o interconectan. A través de un análisis de redes es posible medir, asimismo, datos relacionales, vínculos, interconexiones, alianzas, lazos, elementos que circulan entre los miembros de una red, espacios de sociabilidad y su funcionamiento, que a su vez permiten conocer estrategias, estructuras y acontecimientos.³

El análisis de redes inicialmente ha sido utilizado como un método en la sociología, psicología y la antropología; ha servido para describir y comprender la estructura social a través de relaciones —más que categorías—, atributos o cualidades de los miembros que componen un sistema; está apoyado por técnicas de las matemáticas, sociometría, teoría de grafos, y tiene sus fundamentos primigenios en las escuelas de Harvard y Chicago durante la primera mitad del siglo XX, en el concepto de red de John Barnes de 1954 y en los trabajos de

¹ Desde América Latina quienes trabajan desde esta perspectiva son, entre otros, Marta Casaús, Eduardo Devés, Ricardo Melgar, Germán Alburquerque, Claudio Maíz, Susana Zanaetti, Eugenia Molina, Florencia Ferreira, Hugo Biagini. Cf., nota 16 del Prémabulo. Devés Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados-Universidad de Santiago de Chile, 2007, pp. 31, 32.

² *Ibid.*, p. 30.

³ CASAÚS, Marta, “Prólogo”, *Ibid.*

la Escuela de Mánchester.⁴ Fundamentos que se formularon con el fin de explicar con más profundidad la horizontalidad y verticalidad de la sociedad o, mejor dicho, explicar la conformación de la sociedad a través de las relaciones que se producen por el intercambio de bienes y servicios, y de relaciones de parentesco, compadrazgo e identidades de individuos y grupos. Relaciones, en suma, que van a enriquecer la perspectiva de la escuela estructural-funcionalista, la cual concibe la estructura social como un organismo que nace, crece y se reproduce, que se autorregula buscando el equilibrio, que se interconecta y que toma en cuenta el sistema de valores, estatus, y la movilidad de la sociedad.⁵

Esto significa que el análisis de redes se suma al corpus teórico que permite interpretar la estructura social de las sociedades complejas (a partir del siglo XIX), su jerarquización y sus desigualdades a través de categorías de análisis histórico-estructurales como son la clase, etnia, elite de poder, clase social, estratificación social, identidad o el género. Sin embargo, lo que enfatiza el análisis de redes es el carácter relacional horizontal y vertical de individuos y grupos dentro de la estructura social.⁶

Entendemos que el análisis de redes en su caracterización más general, por tanto, tiene que ver con las “relaciones específicas entre una serie definida de elementos”, los cuales tienen un vínculo específico entre sí.⁷ De ahí que, siendo más específicos, el enfoque de redes que nos interesa, es el propuesto, entre otros, por Eduardo Devés-Valdés, quien considera que una red es un conjunto de personas “ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años”, y cuya constitución se teje sobre todo por los encuentros personales, epistolarios, participación en actividades académicas, publicaciones, debates y citas.⁸

Con esta serie de elementos o formas de comunicación y transmisión de ideas, el análisis de redes intelectuales en el que nos estamos apoyando, tiene que ver con conocer las relaciones y vínculos que se crean a través de los contextos de las producciones intelectuales y de las relaciones personales entre los miembros de la red, las cuales se establecen a partir del

⁴ MOLINA, José Luis, *El análisis de redes sociales. Una introducción*. Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2001, pp. 22-36.

⁵ CASAÚS, Marta y Alejandra HURTADO DE MENDOZA, “Conceptos básicos del análisis de redes”, Curso *Análisis de redes sociales como fuente de información*, Universidad Autónoma de Madrid, marzo y abril de 2013, (paper).

⁶ Otras categorías que también son de tipo relacional: la marxista *clase*, utilizada para comprender las desigualdades económicas en la estructura social de una manera vertical; la weberiana *clase social*, que establece no solo relaciones económicas, sino también políticas entre la estructura social de forma vertical y horizontal; la parsoniana *estratificación social*, que toma en cuenta el sistema de valores, estatus y la movilidad vertical y horizontal de la sociedad. *Ibíd.*

⁷ MOLINA, José Luis, *El análisis de redes sociales...*, op. cit., p. 13.

⁸ DEVÉS, Eduardo, *Redes intelectuales...*, op. cit., pp. 30, 32.

conocimiento de sus respectivas producciones intelectuales y, sobre todo, por el hecho de compartir intereses comunes con fines de colaboración y no de conflicto o competencia.⁹

Para efectos metodológicos, estas formas de comunicación y transmisión de ideas, se consideran datos relacionales, que no son más que “los contactos, ligámenes y conexiones que relacionan un actor/agente con otro y que no se puede reducir a las propiedades de los agentes individuales”.¹⁰ En este sentido, los datos relacionales que consideramos para analizar la red de Rafael Altamira en México son las conferencias y actividades sociales. Gracias a su registro, evidenciamos la presencia y cercanía que tuvieron con él las distintas personalidades de la vida política, académica e intelectual mexicana, toda vez que asistieron, participaron e interactuaron en los distintos espacios de sociabilidad en los que destacó la figura de Rafael Altamira como invitado central durante su visita a México.

Consideramos como contenido relacional de esta red, por tanto, los canales por los cuales existió un contacto determinado de estos actores con el personaje central. Para ello, gracias a las fuentes hemerográficas, hemos organizado la información en función del número de conferencias y actividades varias desarrolladas por este intelectual en su estancia en México durante 1909 y 1910. Las reseñas periodísticas conseguidas y revisadas nos permitieron identificar, a su vez, a las autoridades gubernamentales y personalidades del ámbito intelectual y cultural que asistieron a la mayor parte de los eventos llevados a cabo por el alicantino. Sin embargo, cabe mencionar que una limitante de esta información fue no contar con el número total de asistentes, ni listas exhaustivas de los participantes. Sin embargo, con los datos obtenidos logramos aproximarnos a los niveles de relaciones que se generaron entre Rafael Altamira y los distintos colectivos que le siguieron en su estancia mexicana.

De acuerdo a la clasificación de los tipos de redes, nuestro nivel de análisis consiste en presentar a Rafael Altamira como una figura egocéntrica, en la que cada actor individual tiene relación con el centro y a su vez se establecen vínculos entre ellos.¹¹ Asimismo, ofrecemos “una percepción global y cuantificable del conjunto de actores que interactúan en un determinado momento.”¹²

Para el estudio de la red que tejió Rafael Altamira en México, en un primer momento construimos una matriz asimétrica de afiliación en la cual los personajes ocupaban las filas y

⁹ *Ibíd.*, p. 35.

¹⁰ RODRÍGUEZ, Josep, *Análisis estructural y redes*, Colección cuadernos metodológicos, no. 16, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1995. p. 20.

¹¹ *Ibíd.*, p. 23.

¹² IMÍZCOZ BEUNZA, José María y Lara ARROYO RUIZ, “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas”, *Redes-Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, núm. 4, diciembre de 2011, p. 115.

los eventos las columnas. Contabilizamos 55 eventos, distribuidos en la capital mexicana y los estados de Veracruz y Yucatán, donde incluimos conferencias, visitas a centros académicos y culturales, y banquetes, considerando que estos últimos también son espacios de sociabilidad, donde se establecen relaciones sociales y de solidaridad. Sin embargo, para el tratamiento de la información tuvimos que descartar 13 de ellos, debido a que no encontramos referencia alguna sobre cuántas personalidades acudieron a los mismos, o acompañaron a Rafael Altamira, quedando, por tanto, un total de 42 eventos. Asimismo, contabilizamos 145 personas que son nombradas por los diarios como asistentes a dichos eventos, de las cuales tuvimos que descartar 8, porque no encontramos algún atributo —más allá del solo nombre— con qué establecer sus vínculos. Es decir, no logramos saber si por ejemplo formaban parte del gobierno, de la elite intelectual o cultural, si eran estudiantes, artistas o si pertenecían a algún otro grupo identificable.¹³ Entonces, como hemos apuntado, consideramos como vínculo principal para establecer la red alrededor de Altamira, el número de asistencias de estas 137 personas a sus eventos académicos, culturales y sociales, el cual fue un total de 310.

En un segundo momento identificamos a los posibles grupos que conforman esta red egocéntrica, considerando que el medio intelectual y los espacios de sociabilidad donde se desarrollaron las actividades principales de Rafael Altamira, estaba integrado por las escuelas profesionales mexicanas, cuyos alumnos y egresados eran miembros de la elite política y cultural positivista. Además, estaban los espacios que frecuentaban los miembros de la comunidad de españoles y diplomáticos residentes en México. Pese a esto, consideramos que la red se logró conformar sin necesidad de institucionalizaciones o formalizaciones, porque si no hubiera sido así, “pasarían a convertirse en otra cosa: organizaciones, instituciones, grupos formales, etc.”¹⁴ Esta red, por tanto, se conformó por lazos entre personas de la sociedad civil, aunque algunos de ellos eran representantes del gobierno y, en todo caso, los apoyos indirectos que se obtuvieron del Estado consistieron en la asignación de algunos de los espacios donde se desarrollaron los eventos en cuestión.

Los grupos que identificamos están conformados de la siguiente manera:

- a) Miembros del gobierno y de la elite política porfirista. En este grupo contabilizamos 74 asistentes, los cuales asistieron 195 veces, representando el 62,9 % del total de las asistencias registradas.
- b) Estudiantes, ateneístas y artistas. Este grupo se compuso con 35 personas y 46 asistencias, representando estas últimas el 14,9 % del total.

¹³ Por el contrario, sabemos, gracias a la investigación desarrollada en el Capítulo 3, que con algunas de estas personas asistentes e identificables existía un vínculo de amistad, de afinidad intelectual y profesional. Por lo menos es el caso del Ministro Justo Sierra y del líder de la colectividad española Telésforo García.

¹⁴ Casaús, Marta, “Prólogo”..., *op. cit.*, p. 26.

- c) Miembros de la colectividad española. Conformada con 23 miembros y 60 asistencias que representaron el 19,3 % del total.
- d) Miembros del servicio diplomático y extranjeros. Este pequeño grupo se compuso con 5 personas y 9 asistencias que significaron un 2,9 % del total.¹⁵

En un tercer momento reflejamos de manera gráfica las relaciones que estableció Altamira con los distintos colectivos de la sociedad mexicana que identificamos.¹⁶ De esta manera, obtenemos al menos una reconstrucción de las relaciones surgidas entre los distintos académicos, políticos, comunidad española y demás representantes de la sociedad mexicana.¹⁷

El primer sociograma que obtuvimos está centrado en la relación “persona por persona” en todos los encuentros y conferencias realizadas, es decir, es un reflejo de la totalidad de los espacios compartidos.¹⁸ Evidentemente los enlaces entre uno y otro actor representan una compleja información que es necesario desglosar en función de los criterios que queremos establecer. Como podemos observar en el gráfico 1, la red general nos ofrece un complejo entramado de lazos entre actores. Este sociograma contiene el universo de las relaciones que pudieron haber surgido en los encuentros persona por persona en cada uno de los eventos organizados entorno a la figura de Rafael Altamira.

Este grafo está conformado por los 137 actores que han coincidido entre sí en los 42 eventos registrados. Constituye una primera mirada a la red intelectual que se fue conformando alrededor de Rafael Altamira.

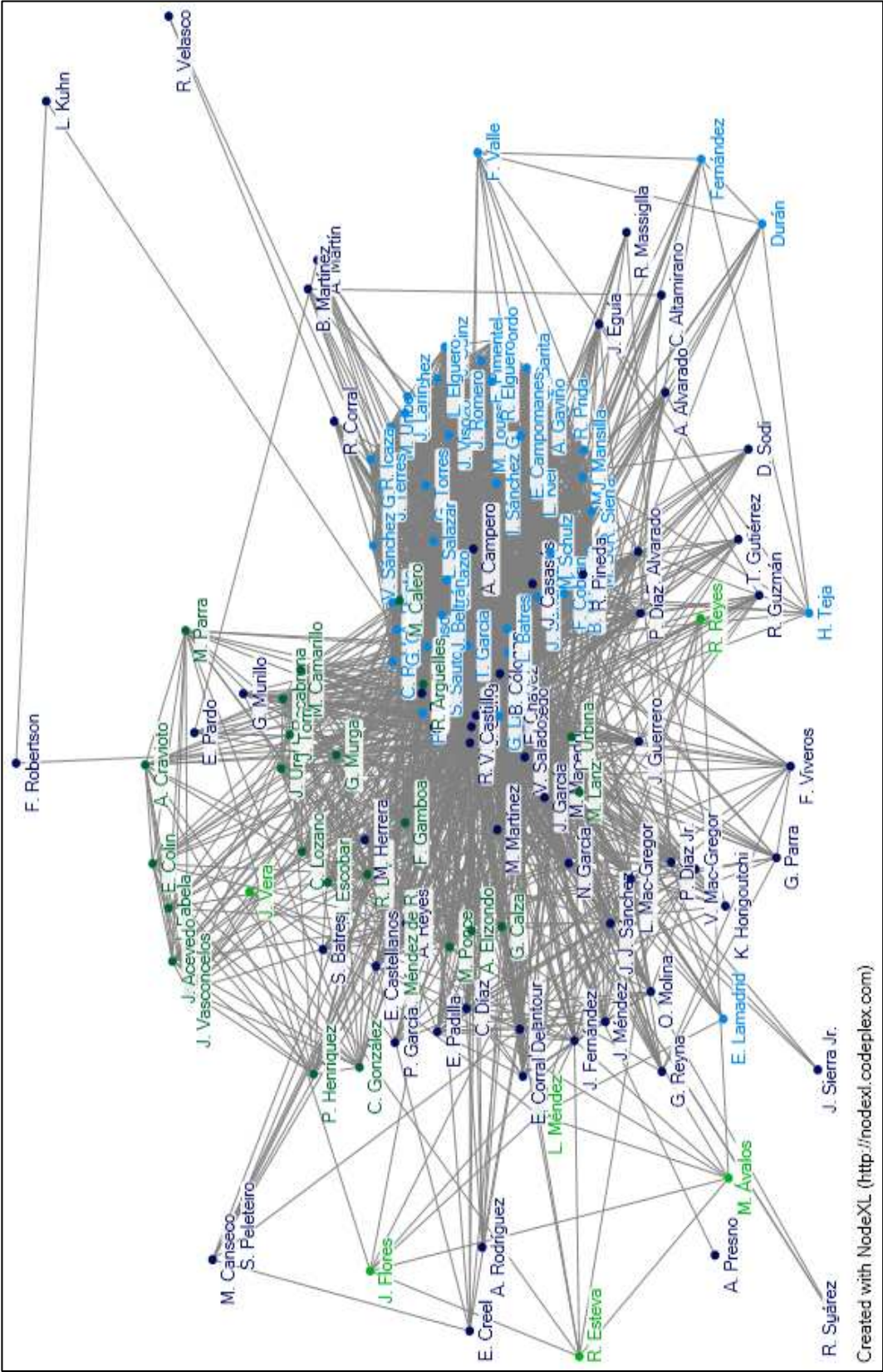
¹⁵ Para revisar el listado general de asistentes a las actividades de Rafael Altamira véase el anexo V.

¹⁶ Gracias al programa informático Nodexl, hemos podido realizar algunas gráficas que reflejan el conjunto de estas relaciones.

¹⁷ Citando a Michel Beltrán (1998), Pilar Ponce explica que el análisis de redes tiene puntos en común con la microhistoria. Expone que uno de ellos es la capacidad de acción de los actores la que determina el espacio temporal en el cual se desenvuelven, y la que permite reconstruir los límites y formas del grupo a estudiar. PONCE LEIVA, Pilar, “Redes sociales y ejercicio de poder en la América Hispana: Consideraciones teóricas”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 34, 2008, pp. 15-24. Disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/RCHA>

¹⁸ Sociograma o grafo: “Representación gráfica de una matriz relacional en la que los actores serán puntos conectados entre ellos si existe relación”. RODRÍGUEZ, Josep, *Análisis estructural y redes*, op. cit., p. 81.

Gráfico 1: Red general de la visita de Rafael Altamira a México 1909-1910



Basándonos en el registro de las asistencias que hemos visualizado en el primer grafo, aplicamos un filtro para determinar el porcentaje de aquellas personas que asistieron a dos o más eventos, descartando aquellos nodos que solo representaban un evento.¹⁹ De acuerdo al análisis estadístico de estos datos, al menos un 38% asistieron a dos o más de los eventos. Ello nos permitió elaborar un segundo grafo, que, en comparación con el primero, nos refleja una red más centrada en las relaciones con Altamira y directamente más visible que la primera (gráfico 2).

Con la intención de visualizar la densidad de las relaciones que se establecieron alrededor de la figura de Rafael Altamira,²⁰ establecimos un rango que nos permitiera destacar aquellas personas que tuvieron una mayor centralidad en la red, es decir, los actores que se constituyeron como los más cercanos.²¹ Con esta información conseguimos delimitar el tejido intelectual que se fue construyendo en el desarrollo de estos espacios, y de la misma manera identificar quienes fueron los miembros de la élite porfirista, colectividad española, estudiantes y ateneístas que, de acuerdo a la frecuencia de sus asistencias, demostraron más interés en las ideas y propuestas del alicantino.

Bajo este criterio, en el gráfico 3 se refleja la relación de las personas con mayor asistencia en los eventos de Rafael Altamira. Este gráfico nos confirma aspectos que desarrollamos a lo largo del tercer capítulo. Es decir, este sociograma nos da certeza de la densa relación que hubo entre Altamira y Justo Sierra. Ahora bien, otras de las relaciones que evidenciamos con estos resultados son los lazos que se reflejan entre Altamira, Pablo Macedo y Ezequiel Chávez. Esta densidad obtenida ha sido reveladora ya que al menos durante nuestra investigación no fueron tan claras las evidencias que vincularan a Macedo y a Chávez con el alicantino.²²

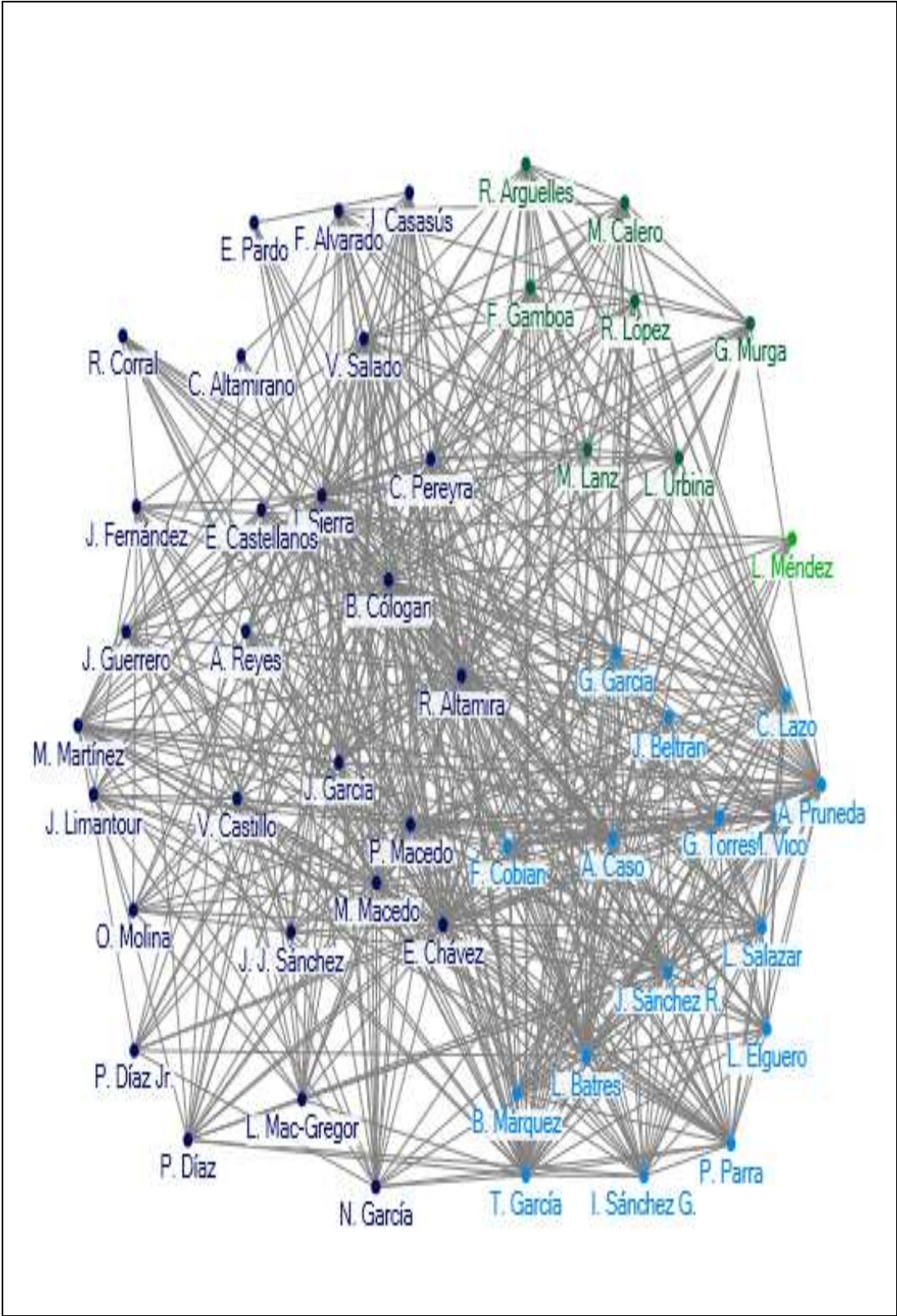
¹⁹ Se denomina “nodos o nodes” a los puntos que indican los nombres de las personas o actores de la red, y “líneas de enlace, lazos o ligámenes” a las relaciones y encuentros dados entre los nodos. CASAÚS, Marta y Alejandra HURTADO DE MENDOZA, “Conceptos básicos del análisis de redes”, *op. cit.*

²⁰ Densidad: “Ratio de las relaciones o ligámenes entre un conjunto de actores en una red y el máximo posible de relaciones.” RODRÍGUEZ, Josep, *Análisis estructural y redes*, *op. cit.*, p. 81.

²¹ Por rango se entiende el número de lazos directos de un actor que permite medir la centralidad local y puede ser normalizado. CASAÚS, Marta y Alejandra HURTADO DE MENDOZA, “Conceptos básicos del análisis de redes”, *op. cit.*

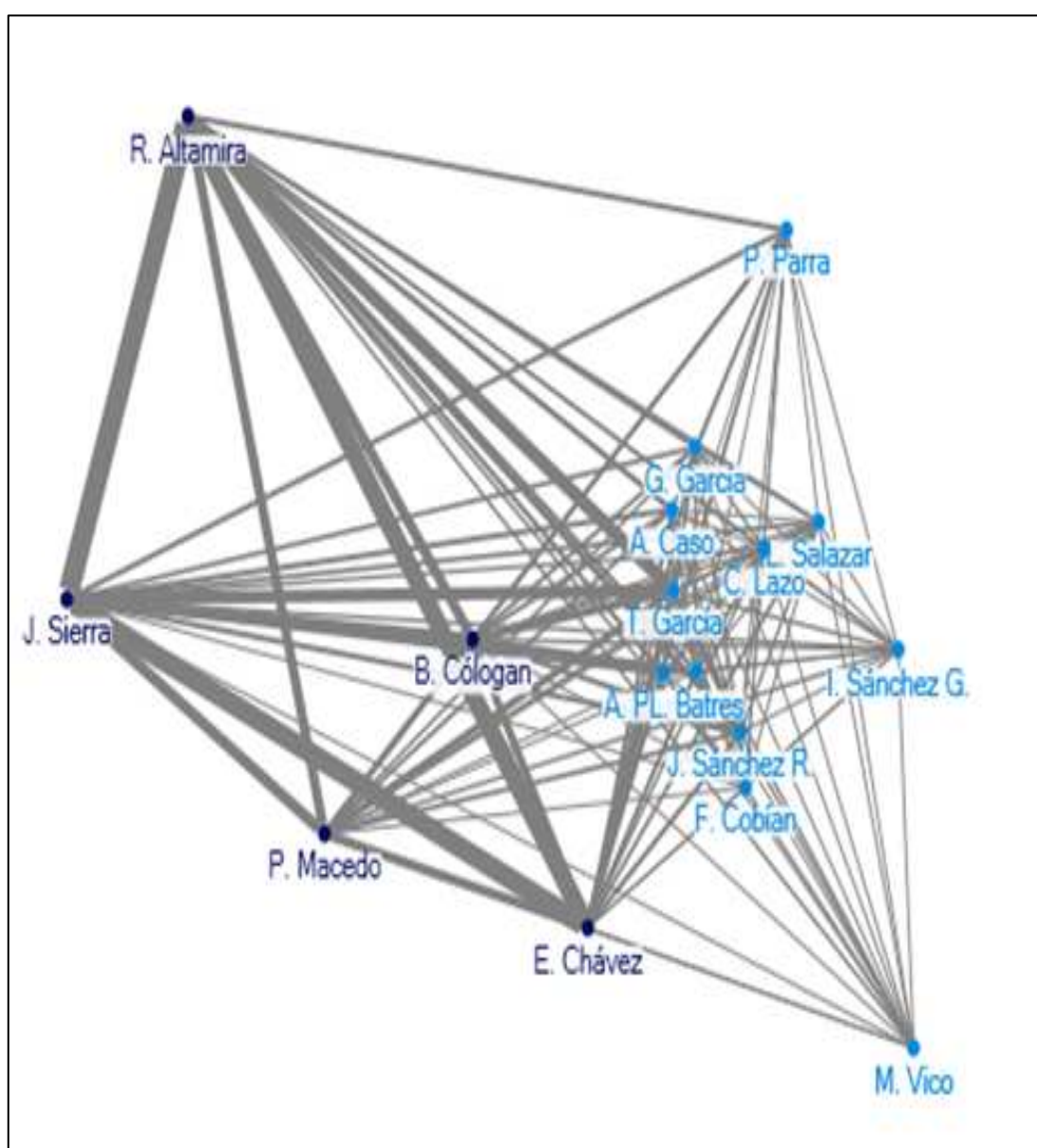
²² El número de sus asistencias nos motiva a indagar, en un futuro, sobre el interés y la relación que tejieron estos dos políticos con Altamira. Asimismo, nos quedará como tarea pendiente profundizar en el rol que jugó Ezequiel Chávez en esta red, ya que al ser miembro de la elite porfirista como Viceministro de Instrucción Pública, quizá pueda seguir aportándonos nuevos elementos al estudio de la visita de Rafael Altamira a México.

Gráfico 2: Red egocéntrica de Rafael Altamira



Otras de las relaciones que se evidencian en el tercer sociograma son las destacadas participaciones de Telésforo García y Bernardo de Cologán, miembros de la colectividad española, y sobre las cuales hemos podido evidenciar con comunicaciones y fuentes hemerográficas, no solo su interés por estas actividades, sino también su relación personal de manera más cercana con Altamira.

Gráfico 3: Relación de las personas con mayor asistencia a los eventos de Rafael Altamira



Cuadro I: Actores con mayor porcentaje de asistencia a los eventos de Rafael Altamira durante su visita a México.

Actor	Grupo	Cargo/	% de eventos asistidos
Justo Sierra	Elite porfirista	Ministro de Instrucción Pública	0,69
Ezequiel. Chávez	Elite porfirista	Viceministro de Instrucción Pública	0,55
Telésforo García	Colectividad española	Líder de la colectividad española	0,35
Bernardo de Cologan	Colectividad española	Embajador de España en México	0,29
Pablo Macedo	Elite porfirista	Director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia	0,28

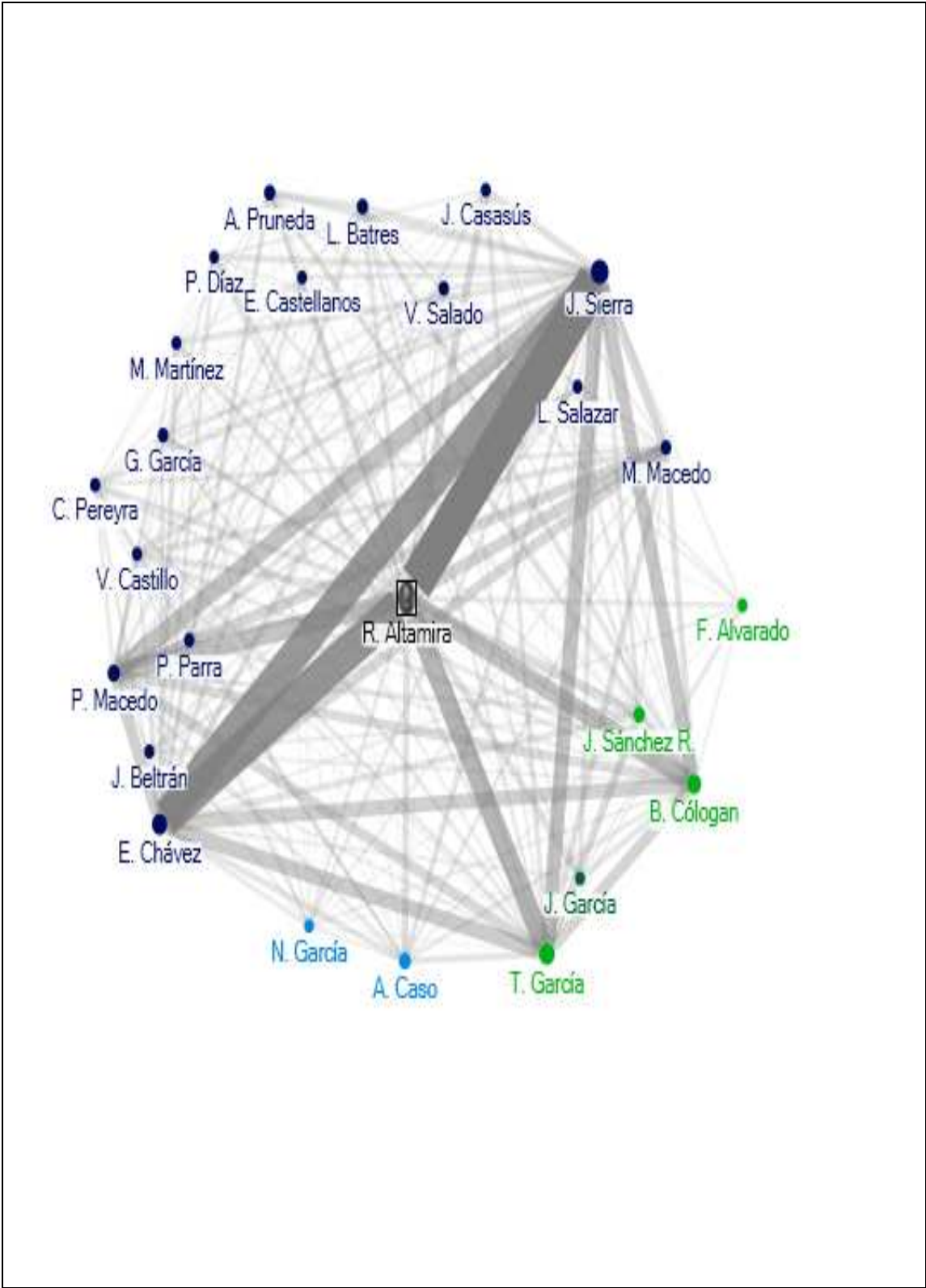
Con los datos reflejados en el Cuadro I, queremos cerrar este análisis precisando quiénes fueron los puentes o “*betweness centrality*” durante su visita a México.²³ Para el análisis de redes los puentes son quienes conectan a los otros actores en la red, por ello también se definen como intermediarios. Los puentes o intermediarios tienen una función importante y estratégica, ya que pueden llegar a convertirse en controladores o reguladores del flujo de la información en la red.²⁴

Hemos filtrado este parámetro con la finalidad de que podamos reflejar sólo aquellos asistentes a las conferencias que se destacan como intermediarios en la red. Los resultados obtenidos podemos apreciarlos en gráfico número 4. Gracias a este sociograma no solo ratificamos la importancia de la presencia de Rafael Altamira para figuras relevantes en México como lo fue Justo Sierra, sino también en la colectividad española a través de la intermediación de Telésforo García.

²³ Betweness centrality: mide la frecuencia en la que un actor se encuentra en el camino más corto entre los demás puntos y con el nodo central. CASAÚS, Marta y Alejandra HURTADO DE MENDOZA, “Conceptos básicos del análisis de redes”, *op. cit.*

²⁴ RODRÍGUEZ, Josep, *Análisis estructural y redes*, *op. cit.*, p. 81.

Gráfico 4: Actores intermediarios y estratégicos



CONCLUSIONES

Uno de los primeros problemas encontrados frente al planteamiento inicial de esta investigación, fue la prolífica bibliografía encontrada sobre Rafael Altamira. Sin embargo, al ir conociendo lo escrito sobre su rol como historiador, sobre su papel como jurista, pedagogo y demás áreas en las que incursionó, nos permitimos delimitar y centrar nuestro interés en su obra hispanoamericanista y el papel central en el que se convirtió su figura en su visita al México porfirista a finales de 1909 y principios de 1910, en el marco del mencionado viaje a América. Durante este proceso de delimitación del tema comprendimos que abordar a Altamira y revalorizar su herencia cultural es una tarea ardua por el simple hecho de que la significación de su legado no se agota en su biografía, ni en el ordenamiento y reproducción de los contenidos de sus textos.

Consideramos, con optimismo y entusiasmo, que su vida y obra constituyen una mina abierta donde se pueden seguir explotando yacimientos, donde se desplazan ricas vetas que se dirigen hacia los recovecos de sus ideas y hacia los contextos en que se desarrollaron. Es decir, las que nos llevan a contextualizar su pensamiento, a establecer relaciones entre texto y contexto. En este sentido, decidimos seguir un par de estas vetas donde encontramos aspectos problemáticos y a la vez fascinantes: su programa hispanoamericanista en el marco de la discusión sobre el hispanoamericanismo y, dentro su viaje a América, la estancia que realizó en México en el invierno de 1909 y 1910.

Podemos concluir que el hispanoamericanismo tiende a ser confundido con otros vocablos polisémicos y de difícil caracterización, entre otras cosas, al no considerarse el contexto histórico-cultural al que son asociados. Como lo han demostrado los estudios sobre otros “ismos”, el hispanoamericanismo puede ser considerado un instrumento de lucha por la hegemonía político-cultural que conllevó un poder de convocatoria, movilización y sentido de pertenencia.¹

Para lo que respecta a esta investigación el hispanoamericanismo fue en términos generales un movimiento de ideas y de acción política que intentó conformar, durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, que es hasta donde llegó nuestra investigación, una comunidad cultural y espiritual basada en la lengua, el pasado y las tradiciones comunes. Por ser un componente común de distintas corrientes políticas, al hispanoamericanismo también se le considera un elemento del nacionalismo español.

¹ Tal y como lo expone el texto de: CASAUS ARZU, Marta Elena (Coord.) *El lenguaje de los Ismos. Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*. Guatemala, F&G Editores, 2010.

Como movimiento político y social se enmarca en este estudio dentro del contexto de las relaciones entre América y España de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Determinado por las coyunturas presentadas en el ambiente nacional e internacional de España, el hispanoamericanismo se desenvuelve frente a la difícil reconciliación diplomática con los países americanos después de las independencias, frente a la campaña por recuperar esos antiguos territorios, frente al expansionismo estadounidense en América y la guerra del 98. En estos escenarios el movimiento hispanoamericanista conseguirá tender puentes entre ambas regiones durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Diversos intelectuales españoles y americanos desde una perspectiva liberal, democrática y republicana, irán consolidando dicho movimiento con la circulación de sus ideas y con colaboraciones recíprocas en revistas especializadas sobre el tema americano y en los periódicos amistosos con España.

Llegará un momento en que la circulación no será sólo de ideas, sino también de personas y de acciones concretas. Rafael Altamira, uno de los principales impulsores de esta modalidad, formulará desde una perspectiva liberal y democrática un proyecto intelectual que tendrá expresiones distintas en el período de 1898 a 1917. Este proyecto fue un programa que buscaba establecer vínculos menos retóricos y más prácticos, horizontales, de igualdad, desde el conocimiento mutuo, la fraternidad y la cooperación educativa, los cuales estaban encaminados a incidir en el rumbo de la sociedad española y americana de principios de siglo XX.

Sin embargo, conociendo que el régimen de la Restauración no prestaría atención a cualquier iniciativa de esta naturaleza para debatirse en la agenda del Estado, y siendo conciente de los obstáculos producidos por los celos del gobierno español y por la presión que ejercían algunas asociaciones de la sociedad española por el reclamo de la primacía de los asuntos americanos, Altamira formuló sus propuestas hispanoamericanistas basadas en la sociedad civil y con el apoyo de las universidades.

Esta visión desde la idiosincrasia de los pueblos y no a través de las manos del Estado fue, por tanto, novedosa y original. A través de acciones concretas desde el ámbito privado Altamira buscó influir en una política exterior en la que las relaciones se fincaran en términos de horizontalidad, que permitieran crear proyectos bidireccionales e integrales, negociando los espacios económicos, culturales, políticos e intelectuales en términos de igualdad. Con todo ello sentó las bases de lo que sería la cooperación educativa del siglo XXI.

El hispanoamericanismo de Rafael Altamira se orientó en emprender acciones alejadas de intereses partidistas, conforme a los ideales transformadores regeneracionistas y krausopositivistas. Las distintas reformulaciones de su programa reflejaban su visión patriótica de fortalecer a la nación mediante el apoyo cultural de las naciones americanas que

compartían la misma tradición, y a su vez, desarrollar una política pedagógica desplegada por el papel de la universidad en la sociedad. El programa hispanoamericanista de Rafael Altamira visto en su conjunto fue, por tanto, la parte práctica o la vía político-cultural de una doctrina liberal, democrática, republicana, regeneracionista, krausopositivista e institucionista destinada a propiciar el intercambio horizontal de conocimientos, prácticas y objetos entre España y América.

Los primeros programas, o reformulaciones del programa inicial, planteaban un proceso regenerador de España a través de una propuesta pedagógica basada en la historiografía nacional, en donde los protagonistas debían ser la universidad y los intelectuales presentes y futuros. La universidad debía recuperar críticamente la tradición científica, formar a las clases más desfavorecidas sin educación mediante la Extensión Universitaria y renovar el sistema educativo mediante el intercambio científico. El papel de los intelectuales era fundamental, tenían la tarea de buscar el espíritu español en la historia para armonizarlo con el espíritu de la civilización, de esta manera se robustecería la imagen de la propia España, conformando un proyecto historiográfico que establecería el vínculo de historia común con América. España necesitaba de ese intercambio para preservar su genio o espíritu nacional. De esta manera, Altamira planteó, como iniciativa, una relación recíproca que permitiera un conocimiento conjunto de lo “americano” y de lo “español”, llevándolo a cabo bajo una política pedagógica compartida en los espacios de enseñanza superior en ambos continentes que incluía la circulación de ideas y personas.

Para Altamira el idioma era el medio más natural de una base identitaria entre España y América, y era un asunto que se tenía que defender debido al peso que tenía en ese momento la influencia de la literatura francesa y anglosajona como medio científico. Conocedor de que en la historia del movimiento hispanoamericanista había sido insuficiente la edición de revistas para impulsar las relaciones entre los intelectuales españoles y americanos, propuso encuentros, conferencias y comisiones científicas mixtas patrocinadas por las universidades, que jugarían un rol importante en su propuesta. De esta manera, también impulsó el intercambio de aquellos profesionales americanos que quisieran continuar sus estudios en España. Este intercambio buscaba, no solo proyectar el desarrollo alcanzado por las universidades españolas, sino también inyectar a la ciencia española los avances de otras realidades científicas.

La propuesta intelectual de Altamira sobre el hispanoamericanismo vinculada con la acción concreta propuesta en su programa, se verá reflejada en el viaje a América que se realizó durante nueve meses en los años de 1909 y 1910 en el contexto de la campaña americanista de la Universidad de Oviedo. El viaje fue un momento propicio para difundir el

programa hispanoamericanista con el fin fincar una institucionalidad fundada sobre principios compartidos por ambos lados del Atlántico. Logró despertar el interés de diversos colectivos relevantes en las sociedades americanas por establecer relaciones de fraternidad. La realización del viaje se constituyó, por tanto, como un hito del hispanoamericanismo, como un parte aguas en el programa de Altamira, y ello se evidenció en la reformulación del mismo en su regreso a España.

La visita a México comprueba nuestra hipótesis inicial de que no se puede entender sin relacionarla con la discusión sobre el hispanoamericanismo que propone Rafael Altamira. Sin embargo, esta visita fue más allá del debate hispanoamericanista ya que este personaje logró generar espacios de discusión sobre algunos aspectos académicos propios de la realidad intelectual mexicana.

En tierras mexicanas Altamira captó la atención de grupos de intelectuales y políticos relevantes de aquel entonces. Previamente había tenido contacto con las obras de algunos de ellos mientras trabaja en *La España Moderna*, donde las comentaba. Este establecimiento de vínculos que se había generado por la circulación del conocimiento y por la colaboración intelectual se fortaleció durante su estancia en México gracias las relaciones personales que estableció con los académicos y políticos. También destacamos la atención particular que le brindó a Altamira la prensa mexicana oficial, la de la colectividad española y la del sector católico, las cuales fueron reseñando las diversas actividades del alicantino por territorio mexicano.

Destacamos que Rafael Altamira fue recibido por Justo Sierra, quien comulgaba con sus ideas hispanoamericanistas. A través de Sierra la propuesta de Altamira cobró relevancia, ya que su visión de hacer frente a la amenaza cultural de las potencias mundiales, se resarciría con la presencia de España como agente cultural común a la sociedad mexicana.

La presencia de Altamira en México fue significativa para la colectividad de emigrantes españoles radicados en este país. Una de las figuras relevantes fue Telésforo García quien no solo representaba a la élite intelectual española en México, o a una migración privilegiada desde el punto de vista social y económico, sino que García fue el puente principal de esta red intelectual que conformó Rafael Altamira en los espacios de sociabilidad mexicanos. Ello implicó que Altamira tuviese una gran aproximación a la vida social, política, cultural e intelectual del México de principios de siglo XX.

Sin embargo, recordemos que la formación institucionista de Altamira, amén de la perspectiva liberal de su hispanoamericanismo, levantó una serie de recelos de ideas por parte de la elite conservadora de la sociedad mexicana. A través del diario católico *El País*, se desataron un conjunto de reacciones que intentaban poner en tela de juicio la capacidad

intelectual del alicantino, al tiempo que lo colocaban en medio de un campo de batalla donde luchaban las apasionadas ideas sobre temas religiosos, políticos y educativos que marchaban en el albor del siglo XX mexicano.

Más allá de las críticas del sector católico, la visita de Rafael Altamira fue vista como un acontecimiento cultural de gran relevancia para la academia mexicana. Sus propuestas educativas y sus ideas hispanoamericanistas de intercambio intelectual, motivaron a profundizar en los cambios que ya se planteaban en la vida política y cultural del México porfirista. Sus ideas se conjugaron con los aires de renovación que soplaban los jóvenes ateneístas y con el proyecto de Justo Sierra por unificar las escuelas superiores y crear la Universidad Nacional. Proyecto de constitución que fue revisado por Rafael Altamira y sobre el cual aportó reflexiones que apuntaban a la necesidad de una universidad que lograra establecer el vínculo real con la sociedad.

Altamira tuvo la capacidad de interactuar con varios colectivos de la sociedad mexicana con los cuales tejió su red. Éstos fueron los miembros del gobierno y de la elite política porfirista, que representaron el 62,9 % del total de las asistencias a las actividades que se desarrollaron alrededor del visitante alicantino; los miembros de la colectividad española, que contabilizaron el 19,3 %; los estudiantes, ateneístas y artistas, que constituyeron el 14,9 %, y algunos miembros del servicio diplomático y extranjeros que significaron un 2,9 % del total de asistencias. Sin embargo, vale la pena destacar los nombres de los intelectuales y políticos como Justo Sierra, Telésforo García, Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, Pablo y Miguel S. Macedo, que fueron los miembros más cercanos de la red de Altamira.

La estancia de Rafael Altamira en México resultó relevante para encauzar un camino de renovación en algunos sectores de la educación. Su estilo sereno y prudente, su labor pedagógica y sus favorables conversaciones con personajes claves, permitieron establecer algunos acuerdos en México. Por ello, consideramos que los vínculos hispano-mexicanos e hispanoamericanos se fortalecieron durante el invierno de 1909 y 1910, en la medida en que la elite porfirista intentó entrever el significado y la importancia de mantener estos acuerdos y de hacer realidad las propuestas educativas planteadas por Altamira. Además, la sociedad mexicana construyó una buena imagen del representante español, quien dejó una huella por sus conocimientos y una red por su concepción del hispanoamericanismo.

Treinta y cuatro años después, Rafael Altamira regresaría a México con un alto prestigio internacional tras haber luchado durante gran parte de su vida por la paz y por el entendimiento de los pueblos. Haría de México su segunda patria, allí moriría dejando un importante legado. Hoy, a través de este estudio, aportamos elementos para seguir considerándolo un hito historiográfico y cultural complejo que merece la pena seguir

investigando entre los intersticios del americanismo, el hispanoamericanismo y los Estudios Latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

A) Archivos y fuentes hemerográficas consultadas

Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo/Fondo Rafael Altamira, Oviedo, España.
 Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid, España.
 Archivo de la Fundación Residencia de Estudiantes/Fondo Rafael Altamira, Madrid, España.
 Archivo del Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan de Alicante/Legado Altamira, Alicante, España.
 Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo Expediente de Personal

Periódicos:

El Imparcial, México, D. F.
La Iberia, México, D. F.
El País, México, D. F.
La Opinión, Veracruz, México.
La Democracia, Yucatán, México
ABC, Madrid, España.
La Correspondencia de España, Madrid, España.
La Época, Madrid, España.
El Globo, Madrid, España
El País, Madrid, España.

Revistas españolas:

Actualidades.
La España Moderna.
España en América.

B) Bibliografía

ABELLÁN, José Luis (1979-1989), *Historia crítica del pensamiento español*, tomo IV y V, Madrid, Espasa-Calpe.
 — (1998), “El krausismo: desarrollo de la ciencia y transformación de la enseñanza”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 83-100.
 — (2005), “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, España, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 15-21.
 — (2007), “España-América Latina (1900-1940): La consolidación de una solidaridad”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, Madrid, pp. 15-32.
 — (2009), *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
 — (2012), *Rafael Altamira*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).
 — (2013), “Rafael Altamira como arquetipo del intelectual moderno” en ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

ABELLÁN, José Luis y Antonio MONCLÚS (1989), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, España, Anthropos.

ABELLÁN, José Luis et al. (1989), *El krausismo y su influencia en América Latina*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad.

AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo (1999), “Telésforo García (1844-1918) un indiano bienhechor de Bustriguado-Roiz, olvidado”, *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Santander, Instituto de Estudios Cantabros, Tomo 55, pp. 201-207.

AKEN, Mark. J. Van (1959), *Pan-hispanism. Its origin and development to 1866*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press.

ALBEROLA, Armando (ed.) (1987), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert.

ALBURQUERQUE, Germán (2003), *Los escritores latinoamericanos de los 60: una real intelectual*, Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

ALTAMIRA, Pilar (2009), *Diálogos con Rafael Altamira*, España, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones; Universidad de Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo.

ALTAMIRA, Pilar (coord.) (2013), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael (1898), *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899 por el D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático numerario de Historia del derecho*, Oviedo, Universidad Literaria de Oviedo.

— (1902), *Proposición del Sr. D. Rafael Altamira catedrático de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispano-Americano* en CONGRESO SOCIAL Y ECONÓMICO HISPANO-AMERICANO REUNIDO EN MADRID EL AÑO 1900, 2 tomos, Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, pp. 29-34.

— (1900), *Cuestiones hispanoamericanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra.

— (1908), *España en América*, Valencia, F. Sampere.

— (1911), *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Lib. Gral. Victoriano Suárez.

— (1915), *Giner de los Ríos, educador*, Valencia, Editorial Prometeo.

— (1916), *Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos*, Madrid, J. Ratés.

— (1917), *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América.

— (1921), *La Política de España en América*, Valencia, Editorial Edeta.

— (1925), *Trece años de labor americanista docente*, Madrid, Revista de las Españas.

— (1927), *Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo*, Madrid, Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español.

— (1929), *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

— (1933), *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, tipografía de Archivos Olózaga I.

- (1934), *Idea de una política actual hispanoamericana*, ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS. Congreso (14º. 1934. Santiago de Compostela), Santiago de Compostela.
- (1987), *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Diputación Provincial de Alicante.
- (1993), *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenochio, México, Escuela Libre de Derecho.
- (2001), *Historia de España y de la civilización española [1900-1906]*, 2 Tomos, prólogo de José María Jover y estudio introductorio de Rafael Asín, Barcelona, Crítica.
- (2007), *Mi viaje a América (libro de documentos)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.
- (2008), *La huella de España en América*, Introducción de Mª Dolores de la Calle Velasco, España, Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2011), *Proceso histórico de la Historiografía humana*, México, El Colegio de México.

ÁLVAREZ JUNCO, José (2001), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, España, Taurus.

ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo [1983]*, México, Fondo de Cultura Económica.

ARBOR (1987), Tomos CXXVI y CXXVII, núms. 493, 499-500, Madrid.

ARDAO, Arturo (1965), “La idea de Latinoamérica”, *Semanario Marcha*, No. 1282, Montevideo, 17 de noviembre.

— (1980), *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”/Consejo Nacional de la Cultura.

ARENAL, Celestino del, y Alfonso NÁJERA (1989), *España e Iberoamérica: de la Hispanidad a la Comunidad Iberoamericana de Naciones*, Madrid, Centro Español de Estudios de América Latina (CEDEAL).

— (1992), *La Comunidad Iberoamericana de Naciones. (Pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España)*, Madrid, Centro Español de Estudios de América Latina (CEDEAL).

ARENAL FENOCHIO Jaime del (1990), “Comentario a la ponencia del doctor Rafael Diego-Fernández: ‘La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica’”, *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, pp. 411-414.

— (1998), “Ciencia jurídica española en el México del siglo XIX”, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS, *La supervivencia del derecho español en Hispanoamérica durante la época independiente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 31-47.

— (2001), “La historia del derecho mexicano de Jacinto Pallares”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, No. 13, México, pp. 9-27.

— (2006a), “La ‘escuela’ mexicana de historiadores del derecho”, *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, No. 18, México, pp. 57-76.

— (2006b), “De Altamira a Grossi: Presencia de historiadores extranjeros del derecho en México”, *Historia Mexicana*, abril-junio, año/vol. LV, núm. 004, México, El Colegio de México, pp. 1467-1495.

— (2010a), “La enseñanza del derecho durante los años de la Revolución”, *Memorias de la Revolución en México*, Volumen 8, México, recurso electrónico en línea: <http://www.terra.com.mx/articulo.aspx?articuloId=948169>

—— (2010b), “Rafael Altamira, jurista e indianista”, ponencia presentada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Ciclo de Conferencias, *La obra histórica de Rafael Altamira, pionero del americanismo*, 25 de noviembre, Sevilla, España.

ASÍN VERGARA, Rafael (1987), “La obra histórica de Rafael Altamira”, en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, pp. 369-394.

—— (2002), “La civilización y la cultura en el concepto hispanoamericano de Rafael Altamira”, INSTITUTO INTERNACIONAL DE HISTORIA DEL DERECHO INDIANO. CONGRESO (12.1998.TOLED0), *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional del derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, Feliciano BARRIOS PINTADO (coord.), España, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 171-226.

—— (2013), “La memoria gaditana de la historia: persecución, olvido y recuperación de la figura de Rafael Altamira (1936-2011)”, en ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 77-88.

AYALA, María de los Ángeles (2006), *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar*, Alicante, Universidad de Alicante.

AYALA, María de los Ángeles, et. al. (2008), *La labor periodística de Rafael de Altamira (I): catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La España Moderna, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Nuestro Tiempo*, Alicante, Universidad de Alicante.

—— (2011), *La labor periodística de Rafael de Altamira (II): catálogo descriptivo y antología de las colaboraciones en La Ilustración ibérica, Revista la España regional, La Ilustración artística y álbum salón*, Alicante, Universidad de Alicante.

AYALA, María de los Ángeles, José M^a FERRI COLL y Eva M^a VALERO JUAN (eds.) (2012), *El modo de mirar. Estudios sobre Rafael Altamira*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.

AZCÁRATE, Pablo de (1967), “Notas sobre el origen de la Institución Libre de Enseñanza”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, núm. 161, Madrid.

AZUELA BERNAL, Luz Fernanda (2003), “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Geografía: Investigaciones Geográficas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 52, pp. 153-166.

BAZANT, Mílada (2000), *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México.

BENSO CALVO, M.^a Carmen (1988), “El americanismo hispanista de Rafael Altamira: su primer viaje a América y el apoyo de Vigo”, en *V Coloquio Nacional de Historia de la Educación. Historia de las relaciones educativas entre España y América*, Sevilla, Publicaciones del Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Sevilla, pp. 219-225.

BERNABÉU ALBERT, Salvador (2007), “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la guerra civil”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, Madrid, pp. 251-282.

BIAGINI, Hugo (2000), “Espiritualismo y positivismo”, en A.A. ROIG, *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Trotta, pp. 319-342.

BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA DE RAFAEL ALTAMIRA, México, Mediterrani, 1946.

BLAS GUERRERO, Andrés de (1991), *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid, Tecnos.

BRADING, David (1991), *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*, México, Fondo de Cultura Económica.

BUSTAMANTE, Jesús (2008), “El pasado de España como objeto: de la Historia general a una Historia de los heterodoxos”, en RODRIGUEZ, Jaime (coord.), *Las nuevas naciones: España y México 1800-1850*, Madrid, Fundación MAPFRE-Instituto de Cultura, pp. 53-73.

CAGIAO VILA, Pilar, et al. (1997), “El hispanoamericanismo regeneracionista y su proyección en la Galicia de principios de siglo”, en ALCÁNTARA, Manuel (ed.), *América Latina realidades y perspectivas. I Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, (recurso electrónico).

CAMARILLO, María Teresa (2005), “Publicaciones periódicas religiosas del último tercio del siglo XIX”, en CLARK DE LARA, Belem y Elisa SPECKMAN (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 131-144.

CANO ANDALUZ, Aurora, Manuel SUÁREZ CORTINA, Evelia TREJO ESTRADA, eds. (2010), *Cultura liberal, México y España: 1860-1930*, Santander, PubliCan.

CARR, Raymond (1983), *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*, Barcelona, Ariel.

CARRERAS, Juan José (1987), “Altamira y la historiografía europea”, en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, pp. 395-413.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (2005), “La creación de nuevos espacios públicos a principios del siglo XX: la influencia de redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1920-1930)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, *La redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G Editores, pp. 71-122.

— (2010), “El binomio degeneración-regeneración en el positivismo y espiritualismo de principios del siglo XX”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena coord. *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores, pp. 157-202.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.) (2010), *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ (2005), *La redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G Editores.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.) (2005), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, España, Universidad Autónoma de Madrid.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Alejandra HURTADO DE MENDOZA (2013), “Conceptos básicos del análisis de redes”, *Curso Análisis de redes sociales como fuente de información*, Universidad Autónoma de Madrid, marzo y abril (paper).

CASTEL, Jorge (1995), *El restablecimiento de las relaciones entre España y las Repúblicas Hispanoamericanas (1836-1894)*, Madrid, Artes Gráficas.

CASTELAR, Emilio (1858), *La Fórmula del Progreso*, Madrid, Establecimiento tipográfico de J. Casas y Díaz, ed.

CASTRO, Américo (1940), “Sobre la relación entre ambas Américas”, *Revista Iberoamericana*, II, no. 3, México.

CERUTTI, Mario (1995), *Empresarios españoles y sociedad capitalista en México (1840-1920)*, España, Fundación Archivo Indianos.

CHARLE, Christophe (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.

CHAVOLLA, Arturo (1993), *La idea de América en el pensamiento europeo. De Fernández de Oviedo a Hegel*, México, Universidad de Guadalajara.

CHUST, Manuel (1999), *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED.

CONGRESO SOCIAL Y ECONÓMICO HISPANO-AMERICANO REUNIDO EN MADRID EL AÑO 1900 (1902), 2 tomos, Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández.

CORONAS GONZÁLEZ, Santos M. (1999), *Dos estudios sobre Rafael Altamira*, Oviedo, Academia Asturiana de Jurisprudencia.

— (2002), “Altamira y los orígenes del hispanoamericanismo científico” en INSTITUTO INTERNACIONAL DE HISTORIA DEL DERECHO INDIANO. CONGRESO (12.1998.TOLEDO), *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional del derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, Feliciano BARRIOS PINTADO coord. España, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 343-373.

CORTE, Gabriela Dalla y Gustavo H. PRADO (2005), “El movimiento americanista español en la coyuntura del centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Vol. 19, N°. 56, pp. 31-64.

— (2006), “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)”, *Anuario de Estudios Americanos*, 63, 2, julio-diciembre, Sevilla, pp. 195-216.

COSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.) (1981), *Historia general de México*, México, El Colegio de México.

DELGADO GOMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo (1995), "La política exterior de España con Iberoamérica, 1898-1975: ensayo bibliográfico", *Revista de Estudios Políticos*, 87, pp. 285-304.

— (2002), "América como estímulo: regeneración nacional y tierra de oportunidades", en GARCÍA SANZ, Fernando (ed.), *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 455-475.

DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2000), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

— (2007), *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados-Universidad de Santiago de Chile.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina (2006), *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

DIEGO ROMERO, Javier de (2008), *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

DIEGO-FERNANDEZ SOTELO, Rafael (1988), "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, Vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, pp. 245-262.

— (1990), "La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre-diciembre, pp. 397-410.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (2006), "Teorías migratorias y enseñanzas de la emigración cántabra en México", en DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael y Mario CERUTTI eds. *De la colonia a la globalización. Empresarios cántabros en México*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006, pp.75-94.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (ed.) (2005), *Cántabros en México. Historia de un éxito colectivo*, Santander, Consejería de Economía y Hacienda.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael y Mario CERUTTI (eds.) (2006), *De la colonia a la globalización. Empresarios cántabros en México*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

DUCOING Patricia (2004), "Origen de la Escuela Normal Superior de México", *Revista historia de la educación latinoamericana*, Vol. 6, Colombia, pp. 39-45.

DUMAS, Claude (1986), *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, T. II., México, Universidad Nacional Autónoma de México.

EAGLETON, Terry (2005), *Idelogía. Una introducción*, Barcelona, Paidós.

ESPADAS BURGOS, Manuel (2000), "Introducción. Memoria de un fin de siglo", en Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, Tomo XXXVI, *La Época de la Restauración: (1875-1902). V. I. Estado, política e islas de ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, pp. XI-XLII.

FALCÓN, Romana (1996), *Las desgarraduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, cap. IV.

FERES JÚNIOR, Joao (2009), “El concepto de América: ¿concepto básico o contraconcepto?”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 51-67.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.) (2009), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

FERRÁNDIZ LOZANO, José (2011), “Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo”, en *X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración*, Universidad de Murcia, 7 al 9 de septiembre de 2011 (paper).

FERRÁNDIZ LOZANO, José y Emilio LA PARRA (coords.) 2011, *Rafael Altamira Idea y Acción Hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.

FERRATER MORA, José (1991), *Diccionario de filosofía*, T. 3, Barcelona, Círculo de Lectores.

FERREIRA, Florencia (2005), “Socialismo y literatura en la Argentina. Una experiencia editorial”, *Cuyo: Anuario de filosofía argentina y americana*, Vol. 21-22, pp. 59-85.

FLORIS MARGADANT, Guillermo (2001), *Introducción a la Historia del Derecho Mexicano*, México, Editorial Esfinge.

FONTANA, Josep (1987), “El concepto de historia y de enseñanza de la historia de Rafael Altamira”, en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, pp. 415-423.

FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo (1992), *Relaciones culturales entre España y América. La Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, MAPFRE.

FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y María José VILLEGAS SANZ (1987), “Altamira y la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas”, ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert.

GALANTE, Mirian (2004), “El liberalismo en la historiografía mexicana de los últimos veinte años”, *Secuencia: Revista de historia y ciencias sociales*, 58, pp. 161-187.

—— (2010), *El temor a las multitudes. La formación del pensamiento conservador en México, 1808-1834*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

GAMARRA, Yolanda (2011), “Rafael Altamira, un historiador del Derecho en el Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1921-1939)”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I Época, Vol. 6, pp. 303-326.

GARCÍA, Telésforo (2003), *Un liberal español en el México porfiriano. Cartas de Telésforo García a Emilio Castelar, 1888-1899*, Prólogo, selección y notas de Gabriel ROSENZWEIG, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

GARCÍA GIRALDEZ, Teresa (2010), “La dicotomía imperialismo-antiimperialismo en las redes intelectuales unionistas centroamericanas (1890-1930)”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena (coord.), *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores, pp. 249-295.

GARCÍA MORALES, Alfonso (1992), *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla.

GARCÍA VELASCO, José (2000), “Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México”, en *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios: Actas del Seminario Internacional*, Edición a cargo de Margarita SANTOS ZAS [et al.], Santiago de Compostela, noviembre-diciembre 1998, Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, p. 29-72.

GARCIADIEGO Javier (1998), “Alfonso Reyes en España”, en ABELLÁN, José Luis (coord.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana: actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Amigos de la Residencia de Estudiantes, pp. 53-66.

—— (2000), *Rudos contra científicos: La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México.

—— (2005), *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

—— (2006), *Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho*, Lecturas Jurídicas No. 25, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

—— (2010), “El doble cumpleaños de la Universidad Nacional Autónoma de México”, *Letras Libres*, año 12, No.139, México, julio, pp. 34-38.

GAY, Vicente (1910a), “La América moderna”, *La España Moderna*, Año 22, No. 258, junio, Madrid.

—— (1910b) “La América moderna”, *La España Moderna*, Año 22, No. 259, julio, Madrid.

GERBI, Antonello (1982), *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica.

GINER DE LOS RÍOS, F. (1977), *Antología Pedagógica de Francisco Giner de los Ríos*, selección y estudio preliminar de Francisco J. Laporta, Madrid, Ed. Santillana.

GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y Raquel SÁNCHEZ (eds.) (2007), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.) (2000a), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo, España*, Anthropos.

—— (2000b), “El intelectual entre dos siglos: profetismo, compromiso, profesionalidad”, en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo, España*, Anthropos, pp. 7-14.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés (1977), *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, El Colegio de México.

GRACIA PÉREZ, Felipe (2011), *Hijos de la Madre Patria. El hispanoamericanismo en la construcción de la identidad nacional colombiana durante la Regeneración (1878-1900)*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.)-Excma. Diputación de Zaragoza.

GRAMSCI, Antonio (1974), *La formación de los intelectuales*, Barcelona, Grijalbo.

GRANADOS, Aimer (2005), *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ, Adriana (1999), “Semblanzas de españoles destacados”, en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano. Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, pp. 297-333.

— (2008), “Anselmo de la Portilla, La Iberia y el Casino Español (1867-1876)”, en MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 77-89.

HALE, Charles (1989), *The transformation of liberalism in late nineteenth century Mexico*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

— (1991a), “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en BETHELL, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 8, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 1-64.

— (1991b), *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta.

HANKE, Lewis (1966), *¿Tienen las Américas una historia común?*, México, Ed. Diana.

HOYOS PUENTE, Jorge de (2010), “Del exilio liberal al exilio de masas, Alfonso Reyes en España (1914-1924)”, en CANO ANDALUZ, Aurora, Manuel SUÁREZ CORTINA, Evelia TREJO ESTRADA (eds.), *Cultura liberal, México y España: 1860-1930*, Santander, PubliCan, pp. 395-413.

ICAZA DUFOUR, Francisco de (1984), “La sociedad católica y sus escuelas de jurisprudencia”, en José Luis SOBERANES FERNÁNDEZ (coord.), *Memoria del III Congreso de Historia del Derecho mexicano (1983)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, pp. 349-360.

IMÍZCOZ BEUNZA, José María y Lara Arroyo Ruiz (2011), “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas”, *Redes-Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, núm. 4, diciembre, pp. 98-138.

INNES, John S. (1973), “The Universidad Popular Mexicana”, *The Americas*, Volume, XXX, No. 1, July.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS (1990), *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, septiembre-diciembre, Año V, Número 15, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio (1986), *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, España, Cincel.
- JIMÉNEZ-LANDI, Antonio (1973), *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus.
- JULIÁ, Santos (1995), “Liberalismo temprano, democracia tardía: el caso de España” en DUNN, J. (dir.), *Democracia. El viaje inacabado*, Barcelona, Tusquets, pp. 253-291.
- (1998), “Retóricas de muerte y resurrección: los intelectuales en la crisis de conciencia nacional”, en JULIÁ, Santos (coord.), *Debates en torno al 98: Estado, Sociedad y Política*, Madrid, Comunidad de Madrid-Consejería de Educación y Cultura, pp. 159-174.
- KOSELLECK, Reinhart (2004), “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, No. 53, Madrid, pp. 27-45.
- KOZEL, Andrés (s/f), “Historicismo e hispanoamericanismo. En torno al itinerario intelectual de José Gaos”, <http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/vrp/kozel.pdf> [consultado en enero de 2012]
- KRAUZE, Enrique (2010), “Orígenes de la intolerancia mexicana”, *Letras Libres*, España, Año X, octubre, No.109, pp. 30-39.
- LAGO CARBALLO, Antonio (1997), *América en la conciencia española de nuestro tiempo*, Madrid, Trotta.
- (1998), “Un americanista en el 98: Rafael Altamira”, en *Torre de los Lujanes*, Madrid, Real Sociedad Económica Matritense de amigos del País, No. 36, junio, pp. 95-103.
- LAGUNA, Fernando (2001), *Las ideas hispanoamericanistas de Rafael María de Labra: Ultramar y sus problemas durante el siglo XIX*, España, Universidad Complutense.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1998), “La reacción de los intelectuales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*, España, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 295-322.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.) (1998), *España en 1898. Las claves del Desastre*, España, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- LANDAVAZO, Marco Antonio (2005), “Imaginarios encontrados. El antiespañolismo en México en los siglos XIX y XX”, *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, No. 042, julio-diciembre, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 33-48.
- LAPARRA LÓPEZ, Emilio (1996), “Alfonso XIII: los intentos de renovación del sistema (1902-1916)”, en PAREDES, Javier (coord.), *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel, pp. 447-467.
- LARIO, Dámaso (2004), “La misión Americana de Rafael Altamira”, en LARIO, Dámaso de, *Al hilo del tiempo. Controles y poderes de una España imperial*, Valencia, Universitat de València, pp. 217-230.
- (1997), “Ambassador at Large: Rafael Altamira’s Mission to Spanish America 1909-1910”, *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXIV, 4, Glasgow, October, pp. 389-408.
- LARROYO, Francisco (1987), *Historia comparada de la Educación en México*, México, Porrúa.

LEDEZMA MARTÍNEZ, Juan Manuel, (2011a) “Rafael Altamira en México: Actividades con la colonia española 1909-1910”, en FERRÁNDIZ LOZANO, José y Emilio LA PARRA (coords.), *Rafael Altamira Idea y Acción Hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 97-118.

—— (2011b), “Apuntes sobre el americanismo de Rafael Altamira y los inicios del intercambio académico entre México y España”, *Revista Observatorio Latinoamericano*, abril, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, pp. 122-126.

—— (2011c), “El libro Mi viaje a América de Rafael Altamira y su contexto ideológico”, en CABALLERO-ALÍAS Pilar, Félix ERNESTO CHÁVEZ y Blanca RIPOLL SINTES (eds.), *Del verbo al espejo. Reflejos y miradas de la literatura hispánica*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, S.A, 2011, pp. 113-127, [en línea]: <http://www.asociacionaleph.com/files/actas/DEL%20VERBO%20AL%20ESPEJO.pdf>

—— (2012), “Rafael Altamira en su segunda patria. Aproximaciones a su legado en México”, *Revista Canelobre*, No. 59, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 68-79.

—— (2013), “La primera visita de Rafael Altamira a México: reacciones políticas y académicas”, en ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013, pp. 111-124.

LIDA, Clara E (1988), “Los españoles en México. Del Porfiriato a la Post-Revolución”, en SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (ed.), *Espanoles hacia América: la emigración en masas, 1880-1930*, Alianza Editorial, Madrid. pp. 322-342.

LIDA, Clara E. (comp.) (1994), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza.

—— (1999), *España y el imperio de Maximiliano: finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.

LITVAK, Lily (1980), *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill.

LÓPEZ NAJERA, Verónica Renata (2005), “Perspectivas del pensamiento social latinoamericano ante el nuevo siglo”, *Estudios Latinoamericanos*, No. 45, enero-diciembre, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencia Políticas y Sociales, pp. 69-84.

LÓPEZ-OCÓN, Leoncio (1987), *Biografía de “La América”. Una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

LUDLOW, Leonor (1994), “Empresarios y banqueros: entre el Porfiriato y la Revolución” en LIDA, Clara E. (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 142-169.

MAC GREGOR Josefina (1992), *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

MAESTRO, Javier (2000), “Positivismo y americanismo en la historiografía de Rafael Altamira y Crevea”, en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, España, Anthropos, pp. 204-222.

MAGARIÑO, Santiago y Ramón PUIGDOLLERS (1926), *Panhispanismo. Su trascendencia histórica, política y social*, prólogo de Rafael Altamira, Barcelona, Editorial Científico-Médica.

MAINER, José Carlos (1983), *La edad de plata (1902-1939) Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra.

— (1988), *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra (Barcelona), Escola Universitària de traductors i intèrprets, Universidad de Barcelona.

MAÍZ, Claudio (2011), “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: Redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, *Cuadernos del CILHA*, Vol. 12, Nº. 14, pp. 75-91.

MALAGÓN BARCELÓ, Javier (1952), “Altamira en México”, *Historia Mexicana*, Vol. 1, abril-junio, núm. 4, México, El Colegio de México, pp. 590-602.

— (1971), “Don Rafael Altamira en México” en MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 61-72.

MALAGÓN BARCELÓ, Javier y Silvio ZAVALA (1971), *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.

MARCILHACY, David (2010), *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

MARICHAL, Carlos (2009), “Empresarios españoles de ida y vuelta en el México porfiriano y en la España de la Restauración”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 17, [En línea], Puesto en línea el 25 février 2010. URL: <http://alhim.revues.org/index3178.html> consultado el 17 septiembre 2012.

MARSISKE, Renate (2006), “La Universidad de México: historia y desarrollo”, en *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Vol. 8, pp. 9-34.

MARTÍN MONTALVO, Casilda, María Rosa MARTÍN DE VEGA y María Teresa SOLANO (1985), “El hispanoamericanismo, 1880-1930”, *Quinto Centenario*, No. 8, pp. 149-165.

MARTÍNEZ CACHERO, José María, et. al. (1967), *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

MARTÍNEZ MORELLÁ, Vicente, et. al. (1973), *Homenaje de la ciudad de Alicante a Rafael Altamira en el centenario de su nacimiento: 1866-1966*, Alicante, Publicaciones del Fondo Editorial del Excmo. Ayuntamiento de Alicante.

MATUTE, Álvaro (1983), “El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación”, *Mascarones*, núm.2, Primavera, México, pp. 16-26.

— (1997), “Crónica: Historia o Literatura”, *Historia Mexicana*, Vol. XLVI, No. 4, pp. 711-722.

MAYAGOITIA, Alejandro (1998), "De real a nacional: el ilustre Colegio de Abogados de México", *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas: La supervivencia del derecho español en Hispanoamérica durante la época independiente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 399-444.

—— (2008), "Juárez y el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de México. Libertades en jaque en el México liberal", *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, No. 20, pp. 149-172.

MAYORDONO, Alejandro (2007), "Regeneracionismo y educación: La construcción pedagógica de la sociedad y la política", en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España: política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, Universitat de València, pp. 165-206.

MELGAR, Ricardo (2003), *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940*, Argentina, Libros en Red.

MELON FERNÁNDEZ, Santiago (1987), *El viaje a América del profesor Altamira*, España, Universidad de Oviedo.

MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio (1975), *Historia de la Facultad de Derecho*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

MENESES MORALES, Ernesto (1983), *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Porrúa.

MOLINA, Eugenia (2000): "Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)", *Universum*, año 15, Universidad de Talca, pp. 399-431.

MOLINA, José Luis (2001), *El análisis de redes sociales. Una introducción*. Barcelona, Ediciones Bellaterra.

MONTELLANO, Francisco (2008), "Origen del plagio en México. Polémica sostenida por el periódico *La Colonia Española* con varios órganos de la prensa mexicana", en MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 107-122.

MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.) (2008), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

MORALES MORENO, Humberto (2010), *Los españoles de México: 1880-1948. Asturianos, Montañeses y Vascos en la formación de redes microsociales en la época de la emigración 'en masa' y del exilio en México*, Asturias, Centro de Iniciativas Culturales (CICEES).

MORENO, Francisco (1997), *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Generalitat Valenciana y Consell Valencia de Cultura.

MORSE, Richard (1982), *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI.

NIETO SOTELO, Jesús (1999), "El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas", *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), No. 17, Murcia, Universidad de Murcia, pp. 203-220.

— (2000), “La universidad Popular Mexicana durante la Revolución” *Antropología*, número 57, enero-marzo.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio (1993), “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: Un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/Síntesis-OEI, pp. 15-48.

O’GORMAN Edmundo (1951), *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Imprenta Universitaria.

— (2001), *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México [1958], Fondo de Cultura Económica.

OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de (1961), *Reseña Histórica del Teatro en México 1538-1911*, tercera edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, Tomo V, México, Editorial Porrúa.

ORIJEL, Ivette (2008), “La representación de Hispanoamérica en tres revistas madrileñas, segunda mitad del siglo XIX”, ponencia presentada en el XV Congreso Internacional de AHILA 1808-2008: *Crisis y problemas en el mundo atlántico*, Universiteit Leiden, Departamento de Estudios Latinoamericanos, Leiden-Países Bajos, agosto (paper).

ORTEGA, Félix (2000), “Intelectuales y modernidad: en torno al 98”, en GONZÁLEZ, José Antonio y Antonio ROBLES (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, España, Anthropos.

ORTEGA y GASSET, José (1966), “Hegel y América”, *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, Tomo II.

— (1996), *En torno a Galileo*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral.

ORTEGA y MEDINA, Juan A. (1972), *Destino Manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública.

OSPINA, William (2006), *América mestiza. El país del futuro*, Colombia, Punto de Lectura.

PALACIO LIS, Irene (1986), *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

PANI, Erika (1999), “Cultura nacional, canon español”, en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano: finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, pp. 215-260.

— (2001), *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora.

— (2005), “‘Para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes’: los periódicos católicos y conservadores en el siglo XIX”, en CLARK DE LARA, Belem y Elisa SPECKMAN (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 119-130.

PAREDES, Javier (coord.) (1996), *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel.

PASCUARÉ, Andrea (2000), "Del hispanoamericanismo al pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes", *Revista Complutense de Historia de América*, núm. 26, Madrid, pp. 281-306.

PELOSI, Hebe Carmen (1991), "Rafael Altamira: historiador, jurista y literato" *Estudios de Historia de España*, IV, Buenos Aires, Instituto de Historia de España.

—— (1993), "La renovación histórica a través de Rafael Altamira", en *España y América 1492-1991, II. Actas del Congreso organizado por los Departamentos de Historia y Letras en conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América*, Buenos Aires, pp.495-517.

—— (1995), "Hispanismo y americanismo en Rafael Altamira", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, núm. 22, Madrid, pp. 25-44.

—— (2005), *Rafael Altamira y la Argentina*, Alicante, Universidad de Alicante.

PELUDO GÓMEZ, María del Rosario (2010), "Paz porfiriana y propuestas positivistas: el triunfo del liberalismo pragmático en México y su expresión historiográfica (1876-1911)", en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena coord. *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*, Guatemala, F&G Editores, pp.77-96.

PERALTA, VÍCTOR (2002), "Emilio Castelar y el hispanoamericanismo del siglo XIX", en QUIJADA, Mónica y Jesús BUSTAMANTE (eds.), *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 285-304.

PEREYRA, Carlos (1931), *El mito de Monroe: 1763-1860*, Madrid, M. Aguilar.

PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco (1967), "En el centenario de don Rafael Altamira", *Revista de Indias*, núm. 107-108, Madrid, pp. 191-198.

PÉREZ HERRERO Pedro y Nuria TABANERA (coords.) (1993), *España/América Latina: Un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/Síntesis-OEI.

PÉREZ LEDESMA, Manuel (2010), *La Constitución de 1869*, Madrid, Iustel.

PÉREZ TOLEDO, Sonia (1999), "Los españoles de la Ciudad de México durante el segundo Imperio", en LIDA, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano: finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, pp. 261-293.

PÉREZ VEJO, Tomás (2005), "La conspiración gachupina en el hijo del ahuízote", *Historia mexicana*, Vol. 54, No. 4, pp. 1105-1153.

—— (2010), "Historia, política e ideología en la celebración del Centenario mexicano", *Historia Mexicana*, Núm. 237, Vol. LX, 1, julio-septiembre, pp. 31-83.

PESET, Mariano (1987), "Rafael Altamira en México: el final de un historiador", en ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, pp. 251-273.

PHELAN, John (1979), *El origen de la idea de Latinoamérica*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana no. 31, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

PIKE, Fredrick B. (1971), *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, London, University of Notre Dame Press.

PI-SUÑER LLORENS, Antonia (2008), “‘Hay que confesarlo: El Imperio tiene su estrella’. Anselmo de la Portilla y La Razón de México (1864-1865)”, en MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 65-76.

PLOTKIN, Mariano y Ricardo GONZÁLEZ LEANDRI (2000), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

PONCE LEIVA, Pilar (2008), “Redes sociales y ejercicio de poder en la América Hispana: Consideraciones teóricas”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 34, pp. 15-24.

PRADO, Gustavo H. (2005), *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo XX*, tesis doctoral presentada ante el departamento de historia de la Universidad de Oviedo, bajo la dirección del Prof. Dr. Moisés Llordén Miñambres, Oviedo.

— (2006), “La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico”, en *De las Independencias al Bicentenario. Trabajos presentados al Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las Independencias al Bicentenario. Barcelona, 20 de octubre de 2005*, Barcelona, Casa Amèrica Catalunya, pp. 71-88.

— (2007), “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE: controversias entorno a la gestión de las relaciones intelectuales hispano-americanas (1909-1911)”, *Revista de Indias*, Vol. LXVII, núm. 239, Madrid, pp. 33-58.

— (2008a), *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones.

— (2008b), *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

— (2008c), “Reflexiones en torno de la influencia de Rafael Altamira en el americanismo español”, *Actas del homenaje a Rafael Altamira y Crevea*, Ateneo de Madrid, 2 y 3 de octubre de 2008, pp.40-53.

— (2010), *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909): apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

PRO RUIZ, Juan (2004), “La unión iberoamericana, de Labra a Altamira”, Ponencia presentada en el *Seminario Internacional: Repensar la nación: reformismos y regeneracionismo en América Latina y España (1890-1940)*, Universidad de San Carlos de Guatemala, La Antigua Guatemala, 14-16 julio, 39 pp. (paper).

— (2005), “La crítica al estado liberal y la perspectiva americanista: los ingredientes ideológicos del nacionalismo español, 1890-1940”, en CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, España, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 329-354.

PRUNEDA, Elvira (2010), “La permanencia de la Universidad Popular Mexicana durante la revolución 1912-1920”, *Pacarina del Sur* (revista electrónica), número 3 abril-junio, <http://www.pacarinadelsur.com/>

QUIJADA, Mónica (1997), “Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. LVII/2, Núm. 196, Madrid, pp. 589-609.

— (1998), “Sobre el origen y difusión del nombre ‘América Latina’ (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)”, *Revista de Indias*, Vol. LVIII, Núm. 214, Madrid, pp. 595-616.

— (2000), “Nación y territorio: La dimensión simbólica del espacio en la construcción nacional argentina. Siglo XIX”, *Revista de Indias*, Vol. LX, Núm. 219, Madrid, pp. 373-394.

— (2003), “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario Hispanoamericano”, en Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 287-315.

QUIJADA, Mónica y Jesús BUSTAMANTE (eds.) (2002), *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

QUIRARTE, Martín (1970), *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

QUIRARTE, Vicente (2008), “Niceto de Zamacois, entre la historia y la ficción”, en MORA, Pablo y Ángel MIQUEL (comp. y ed.), *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 57-64.

RAJO, Alfredo (2008), “Las dimensiones del hispanismo e hispanoamericanismo”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, No. 47, julio-diciembre, México, pp. 97-116.

RAMA, Carlos M. (1982), *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.

RAMOS, Álvaro (2010), *Rafael Altamira: una generación excepcional*, (Vídeo), Madrid.

RAMOS, Ignacio (1999), “Rafael Altamira, el gran olvidado”, *Cuadernos republicanos*, No. 38, abril, pp. 41-47.

RAMOS, Javier (2011), *Rafael Altamira. Anécdotas y Curiosidades*, Alicante, Ediciones ECU.

RAMOS, Javier y María de los Ángeles AYALA (2012), *Rafael Altamira, José Lázaro Galdiano y la España Moderna*, Alicante, Universidad de Alicante.

RAMOS, Vicente (1968), *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara.

— (1987), *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia.

RAMOS GARCÍA, Jacqueline Alejandra (2012), *Los juristas del exilio español en México*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Fundación Pablo Iglesias.

REQUENA, Félix (2003), *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, Madrid, CIS.

REVISTA DE INDIAS, Año 2007, Vol. 67, Número 239, dedicado a la Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural (1907-1939).

REYES, Alfonso (1955), “Sobre la estética de Góngora”, en REYES, Alfonso, *Obras Completas*, T. I, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 61-85.

REYES HEROLES, Jesús (1957), *El liberalismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica.

RIBAS, Pedro (2007), “Regeneracionismo, una relectura”, en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España: política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, Universitat de València, pp. 47-80.

RIVADULLA, Daniel, et. al. (1992), *El exilio español en América en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Mapfre.

ROBLES, Martha (1977), *Educación y sociedad en la Historia de México*, México, Siglo XXI Editores.

RODRÍGUEZ, Jaime E. (1980), *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafructe y el hispanoamericanismo, 1808-1832*. México, Fondo de Cultura Económica.

— (2007), *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafructe y el hispanoamericanismo, 1808-1832* (segunda edición corregida), Quito, Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional.

RODRÍGUEZ, Josep (1995), *Análisis estructural y redes*, Colección cuadernos metodológicos, no. 16, Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

RODRÍGUEZ, Rosario, (2008), “Análisis redes sociales: el caso de Rafael Altamira” en Oscar ALDUNATE LEÓN, Iván HEREDIA URZÁIZ (coords.), *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea, Zaragoza, 26, 27 y 28 de septiembre de 2007*, Zaragoza, 9 pp.

ROJAS, Rafael (2000), “Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98”, *Historia Mexicana*, abril-junio, año/vol. XLIX, núm. 4, México, El Colegio de México, pp. 593-629.

ROJAS GARCIDUEÑAS, José (1979), *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana.

ROJAS MIX, Miguel (1986), “Bilbao y el hallazgo de América Latina: Unión continental, socialista y libertaria”, *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brasilién*, No. 46, Université de Toulouse-Le Mirail, pp. 35-47.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús y Antonio DEAÑO (2011), *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz (Azorín), con Leopoldo Alas (Clarín)*, Alicante, Universidad de Alicante.

RUTSCH, Mechthild (2007), *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.

SALAVERRIA, José Ma. (1910), “Altamira en América”, *ABC*, España, miércoles 6 de abril.

SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ (2007), *El Regeneracionismo en España: política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, Universitat de València.

SÁNCHEZ CUERVO, Antolín (2003), *El krausismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

—— (2005a), “La proyección del krausista Tiberghien en España e Iberoamérica: textos y pretextos”, en JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio, Rafael ORDEN y Xavier AGENJO (eds.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español. Actas de las V Jornadas de hispanismo filosófico*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Asociación de Hispanismo Filosófico, pp. 233-244.

—— (2005b), “México y la tradición del krausismo. Del liberalismo de la reforma al exilio institucionista”, en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro y José Manuel VÁZQUEZ-ROMERO (eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, pp. 207-243.

—— (2005c), “La revisión del krausismo en México”, *Pensares y quehaceres. Revista de políticas de la filosofía*, No. 1, mayo-octubre, México, pp. 101-112.

SÁNCHEZ DE ANDRÉS, Leticia (2009), *Música para un ideal: pensamiento y actividad musical del krausismo e institucionismo españoles (1854-1936)*, Madrid, Sociedad Española de Musicología (SEDEM).

SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos (2002), *La Nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

SÁNCHEZ MARROYO, Fernando (1996), “Demografía y sociedad (1875-1939)”, en PAREDES, Javier (coord.) *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel, pp. 357-377.

SÁNCHEZ RON, José Manuel (coord.) (1988), *1907-1987 La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después: simposio internacional: Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

SÁNCHEZ RON, José Manuel y José GARCÍA-VELASCO (eds.) (2011), *100 JAE: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su Centenario: actas del II congreso internacional celebrado los días 4,5 y 6 de febrero de 2008*, Madrid, Círculo de Bellas Artes.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro (2012), *Educación, ciencia y cultura en España: auge y colapso (1907-1940) pensionados de la JAE*, Ciudad Real, Almud, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha.

SECO SERRANO, Carlos (1998a), “Implantación y evolución de un modelo político: el Estado canovitsa”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 21-64.

—— (1998b), “La renovación política: el regeneracionismo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 235-260.

SELA SAMPIL, Luis (1967), “Rafael Altamira, americanista e internacionalista”, en MARTÍNEZ CACHERO, José María, *et. al.*, *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 23-36.

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro (1990), "Rafael Altamira. Programa americanista español", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t.3, Madrid, pp. 123-142.

— (1993), "Proyectos españoles de proyección hacia América. Pasado y presente", en TORRE, Hipólito de la coord. *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (S. XIX-XX). (V Jornadas de Estudios Luso-Españoles) Homenaje a la profesora Pilar Vázquez Cuesta*, Mérida, España, Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 109-127.

— (1994), *Comunidad cultural e hispanoamericanismo. 1885-1936*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

— (1996), "La comunidad cultural iberoamericana y el nacionalismo español", *Aldaba*, No. 28, Melilla, pp. 193-213.

— (2005), *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons.

SERRANO, Carlos (2000), "El 'nacimiento de los intelectuales': algunos replanteamientos", en SERRANO, Carlos (ed.), *El nacimiento de los intelectuales en España*, Dossier de la Revista Ayer No. 40, Historia Contemporánea-Marcial Pons, Madrid, pp. 11-23.

SIERRA, Justo (1910), *Discurso pronunciado por el Señor Licenciado Don Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la Inauguración de la Universidad Nacional* [en línea en http://www.100.unam.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=52&Itemid=76&lang=es]

— (1978), *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, Ed. establecida Catalina Sierra de Peimbert, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

SOLANA, Fernando (ed.) (1981), *Historia de la educación pública en México*, 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica.

SONNTAG, Heinz, R. (1988), *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Venezuela, Nueva Sociedad.

STABB, Martín S. (1969), *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*, Caracas, Monte Ávila.

SUÁREZ CORTINA, Manuel (1996), "La Regencia de María Cristina (1885-1902)" en PAREDES, Javier (coord.) *Historia Contemporánea de España (1808-1939)*, Barcelona, Ariel, pp. 425-445.

— (2007), "Las élites intelectuales y la política en la España liberal", en SALAVERT, Vicente y Manuel SUÁREZ, *El Regeneracionismo en España: política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia: Universitat de València, pp. 261-293.

TABANERA GARCÍA, Nuria (1997), "El horizonte americano en el imaginario español 1898-1930", *Estudios Interdisciplinarios de América y el Caribe*, vol.8, núm. 2, julio-diciembre, en http://www.tau.ac.il/eial/VIII_2/garcia.html [consultado el 15 de abril de 2008].

— (2002), "Un cuarto de siglo de americanismo en España: 1975-2001", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Núm. 72 (abril), pp. 81-94.

TORRES AGUILAR, Morelos (2009), *Cultura y Revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- LA UNIVERSIDAD POPULAR Y SUS PRIMERAS LABORES (1913), México, Imprenta Escalante.
- VALDEAVELLANO, Luis G. (1967), "Don Rafael Altamira, o la historia como educación", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CLX, Cuaderno I, Madrid, pp. 63-88.
- (1978), *Seis semblanzas de historiadores españoles*, España, Universidad de Sevilla, pp. 77-106.
- VALERO ESCANDELL, José Ramón (1984), *La palabra de Emilio Castelar*, Alicante, Ayuntamiento de Elda.
- VALERO JUAN, Eva María (2002), "Rafael Altamira y la 'patria intelectual' hispanoamericana", *América sin nombre: Boletín de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante*, No. 3, pp. 94-102.
- (2003), *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*, Alicante, Universidad de Alicante.
- (2011), "Rafael Altamira y su acción hispanoamericanista", Ponencia presentada en *Ciclo de divulgación sobre Rafael Altamira*, Sede de la Universidad de Alicante, 11 de enero, 15 pp. (paper).
- VAQUERO IGLESIAS Julio Antonio (1997), "El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la Universidad de Oviedo", [en línea] ponencia presentada en: *VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Área de Pensamiento, Grupo de trabajo 1: Rencuentro entre españoles y americanos, Universidad Complutense de Madrid, 29 de septiembre al 1 de octubre, <http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero>, [consultado el 19 de mayo de 2008].
- VASCONCELOS, José (1934), *Bolivarismo y monroísmo: temas iberoamericanos*, Santiago de Chile, Ercilla.
- VÁZQUEZ, Josefina Z. (1975), *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México.
- VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (coord.) (2009), *Francisco Giner de los Ríos. Actualidad de un pensador krausista*, Madrid, Marcial Pons.
- VELASCO GÓMEZ, Ambrosio (2008), "Pensar en español en el mundo iberoamericano multiculturalista", *Arbor. Ciencia, pensamiento y Cultura*, Vol. 184, No. 734, Madrid, pp. 1035-1040.
- VELASCO, M^a Dolores de la Calle (2008), "Altamira o la ilusión hispanoamericanista" en ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *La huella de España en América*, Introducción de M^a Dolores de la Calle Velasco, España, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. VII-XL.
- VELEZ, Palmira (1989), *El nacimiento del Americanismo en España (1900-1936)*, España, tesis de licenciatura, Departamento de Historia, Universidad de Zaragoza.
- (2007), *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
- VICENTE HERNÁNDEZ, Ulpiano (1992), *D. Rafael Ma. de Labra y Cadrana. Reformador de la Educación Nacional*, Granada, Universidad de Granada.

VIEYRA SÁNCHEZ, Lilia (2012), “Las redes de peninsulares en España y México como eje de la emigración de Adolfo Llanos de Alcaraz a la República Mexicana (1873-1879)”, *Naveg@merica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea], n. 8. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>

VILAR, Pierre (1982), *Historia de España*, Barcelona, Crítica.

VILCHES, Jorge (2001), *Emilio Castelar. La Patria y la República*, Madrid, Biblioteca Nueva.

VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis, “Un krausista de segunda generación Rafael Altamira y Crevea” [en línea] <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/respublica/hispana/documento6.pdf>, [consultado en 1 de abril de 2008].

VILLEGAS, Abelardo (1961), “La idea de América”, *Anuario de Historia*, Año 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre (1997), *El liberalismo moderado en México, 1852-1864*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

VVAA (2001), *Estudios de lingüística del español*, Volumen 14.

VVAA (2002), *Rafael Altamira: biografía de un intelectual (1866-1951)*, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

WALLERSTEIN, Emmanuel (1996), *Abrir las ciencias sociales. Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México, Siglo XXI.

— (2005), “El tiempo del espacio y el espacio del tiempo”, en BERENZON Boris, y Georgina CALDERÓN (coords.) *Coordenadas sociales. Más allá del tiempo y el espacio*, México, UAM.

ZANAETTI, Susana (1994), “Modernidad y religación: una perspectiva continental 1880-1916”, en PIZARRO, Ana, *Palabra, literatura e cultura*, Sao Paulo, UNICAM-MEMORIAL, pp. 489-534.

ZEAL, Leopoldo (1944), “Las dos Américas”, *Cuadernos Americanos*, Año III, Vol. XIV; no. 2, marzo-abril.

— (1968), *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica.

ZERMEÑO PADILLA, Guillermo (2002), *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México.

ZIMMERMANN, Eduardo (1997), “Algunas consideraciones sobre la influencia intelectual española en la Argentina de comienzos de siglo”, en MOLINUEVO, José Luis (coord.), *Ortega y la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 61-68.

— (2000), “La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en URÍA, Jorge (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, pp. 66-78.

C) Recursos bibliográficos en línea consultados

Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos de México:
<http://www.mexicodesconocido.com.mx/antecedentes-historicos-del-colegio-de-ingenieros.html>

Ateneo de la Juventud:
<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol2/25/htm/libro29.htm>

Bicentenario:
http://www.bicentenario.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=1037:24-de-julio-de-1912-es-inaugurada-la-escuela-libre-de-derecho&catid=119:julio&Itemid=220

Boletín Oficial del Estado (España): <http://www.boe.es>

Casino Español: <http://www.casinoespanoldemexico.com/>

Colegio Militar: <http://www.sedena.gob.mx/index.php?id=498>

Escuela Libre de Derecho: <http://www.eld.edu.mx/>

Escuela Nacional de Música perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México:
<http://www.enmusica.unam.mx/interiores/enm/antecedentes.htm>

Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México:
<http://v880.derecho.unam.mx/web2/modules.php?name=facultad&file=historia1>

Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de México: <http://www.incam.org.mx/historia.php>

Instituto Politécnico Nacional:
http://www.esimez.ipn.mx/WPS/WCM/CONNECT/ESIME_ZACATENCO/ESIME_ZACATENCO/INICIO/CONOCENOS/IDENTIDAD/HISTORIA/HISTORIA_CONT.HTM

La Jornada de Morelos: <http://lajornadamorelos.com/suplementos/el-tlacuache/81931-la-permanencia-de-la-universidad-popular-mexicana-durante-la-revolucion-1912-1920>

Museo Nacional de Antropología: http://www.mna.inah.gob.mx/muna/mna_esp/main.html

Personajes de Cantabria: <http://per-can.com/CarpG/GarciaRevuelta/GarciaRevuelta.htm>

Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional Preparatoria:
<http://dgenp.unam.mx/acercaenp/antecedentes.html>

ANEXOS

I: Propositiones que presentan al Congreso Hispanoamericano algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo (1900)

PROPOSICIONES

PRIMERA. Las relaciones de aproximación y confraternidad que España persigue con los pueblos hispanoamericanos, jamás entrañarán el propósito de obtener ningún genero de supremacía política.

SEGUNDA. Las cuestiones que surgen entre las naciones representadas en este Congreso, se resolverán por un tribunal arbitral, constituido de modo permanente sobre bases que el mismo Congreso establecerá.

TERCERA. Debe proclamarse la igualdad de condición jurídica civil entre los ciudadanos de todos los Estados iberoamericanos.

El Congreso declara conveniente la conclusión de un tratado de carácter general entre los mismos Estados, en el cual se consignent, además de la equiparación precedente, principios uniformes de Derecho internacional privado, aprovechando en lo posible los trabajos del Congreso de Montevideo de 1888, cuyos acuerdos fueron suscritos por España en 11 de Noviembre de 1893.

CUARTA. Establecimiento inmediato de uniones internacionales de España, Portugal y las Repúblicas latinas de América, referentes á

I. Comunicación postal y telegráfica, fijando tarifas inferiores á las de la Unión Postal Universal, de un modo análogo á lo convenido entre Portugal y España.

Para hacer más fácil la comunicación telegráfica, y para dar independencia á las relaciones entre los pueblos referidos, se deberá proceder, en el más breve plazo posible, al establecimiento de un cable directo entre la Península y América. Para esta empresa se constituirá una Compañía con capitales exclusivamente iberoamericanos.

II. Propiedad literaria, artística é industrial, garantida por una ley común que proteja uniformemente los derechos de los autores é inventores en todos los Estados convenidos, suprimiendo los derechos de aduanas y cualesquiera otras trabas puestas á la libre introducción en todos ellos de los libros escritos en sus lenguas respectivas.

Para el mejor éxito de esta unión, el Congreso cree necesario recomendar á los señores editores y libreros el estudio de los medios conducentes á la regulación de precios, para conseguir el mayor abaratamiento posible de las publicaciones que se venden en América.

III. Política aduanera que tienda a disminuir gradualmente los derechos de importación de las mercancías procedentes de los países referidos, hasta lograr una positiva protección del comercio americano y español.

IV. Legislación obrera, unificándola sobre la base de la más proteccionista del operario y estableciendo una Oficina internacional iberoamericana del trabajo.

QUINTA. Se reitera el voto del Congreso Pedagógico hispano-portugués americano de 1892, sobre la fundación de un Instituto Pedagógico en el cual se eduquen maestros uniformemente preparados para la enseñanza de los españoles en ambos continentes.

Para evitar dilaciones posibles si la organización de este Instituto quedara confiada exclusivamente al elemento oficial, se constituirá desde luego una comisión compuesta por individuos de los diferentes órdenes de la enseñanza en España y América, á la cual se encargará la redacción de las bases oportunas, previa inteligencia especial con los centros docentes hispanoamericanos que no puedan tener representación constante en la comisión referida.

SEXTA. Establecimiento de una enseñanza superior internacional iberoamericana, que permita la frecuente comunicación del personal docente de los países convenidos, sin afectar á la organización de los respectivos establecimientos oficiales.

Para este efecto, pudiera servir de norma el Centro internacional de enseñanza de las ciencias sociales, recientemente proyectado en París, confiándose el cumplimiento de este acuerdo á la iniciativa del mismo profesorado.

SÉPTIMA. Completa reciprocidad de títulos profesionales.

OCTAVA. Establecimiento de lecciones y cátedras de Historia y Geografía de Portugal y de América en las escuelas primarias é Institutos de España, siguiendo el ejemplo dado por el ministro de Instrucción Pública al reorganizar el doctorado de los estudios históricos; y adición, á las actuales materias de la Facultad de Derecho, de una asignatura referente a las instituciones jurídicas, principalmente políticas, de Portugal y América. Recíprocamente, creación en los diversos grados de la enseñanza pública portuguesa y americana, de estudios relativos á la Geografía, Historia é Instituciones actuales de España.

NOVENA. Organización del cambio permanente de publicaciones entre los centros docentes de las naciones congregadas, conforme lo ha solicitado de los de América la Universidad de Oviedo, en carta circular inserta en la Gaceta de 23 de Julio del año corriente.

Félix de Aramburu.- Fermín Canella.- Adolfo Buylla.- Leopoldo Alas.- Adolfo Posada.- Rogelio Jove.- Aniceto Sela.- Rafael Altamira.- Melquíades Álvarez.

Oviedo y Octubre de 1900.

II: Proposición del Sr. D. Rafael Altamira catedrático de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispano-Americano (1900)

Congreso Social y Económico Hispano-americano reunido en Madrid el año 1900

CONCLUSIONES

Primera. Organización, en todos los periódicos ibero-americanos, de una sección especial permanente, dedicada á dar cuenta de los hechos referentes á las relaciones entre los países convenidos, y á sugerir ó propagar ideas encaminadas á ese fin, aumentando al efecto el servicio de información hasta darle importancia igual, ó muy próxima, á la que ahora tiene el dedicado á seguir el movimiento político en los principales países de Europa y América.

Segunda. Ampliación de las Secciones referentes al movimiento literario, científico, industrial, etc., de cada país, dando cabida, en la proporción necesaria, a las noticias procedentes de los demás.

Tercera. Sin perjuicio de lo propuesto en las dos conclusiones anteriores, creación de un diario y de una revista científico-literaria, que sean como los órganos centrales de publicidad de las Naciones hermanas, reuniendo en ellos las firmas de los principales escritores ibero-americanos.

Cuarta. Constitución en Portugal y las Repúblicas iberoamericanas de Sociedades correspondientes de la iniciadora de este Congreso, ó con organización y programa análogos, para que impulsen, de acuerdo con los casinos, centros, etc., de las colonias española, portuguesa y americana, todo lo referente á la intimidad de relaciones entre los países aquí representados.

Quinta. Celebración, por iniciativa de esas Sociedades y sus filiales, de conferencias y *meetings* periódicos, para la propaganda de las mismas ideas, aspirando á que los partidos políticos las incluyan en su programa, ó a la formación de uno especial en cada país, ceñido á este solo propósito internacional.

Sexta. Convocación periódica de un Congreso Ibero-Americano, cuyas sesiones se celebraran cada vez en una Nación distinta, turnando todas las adheridas al presente.

Séptima. Fundación de un Instituto pedagógico, en el cual se eduquen maestros uniformemente preparados para la enseñanza de los españoles en ambos continentes.

Octava. Establecimiento de una enseñanza superior internacional ibero-americana, que permita la frecuente comunicación del personal docente de las Naciones convenidas, sin afectar la organización de las respectivas Universidades y escuelas oficiales.

Para este efecto, pudiera servir de norma el Centro internacional de enseñanza de las Ciencias sociales, recientemente proyectado en París.

Novena. Establecimiento de lecciones y cátedras de Historia y Geografía de Portugal y de América en las escuelas primarias é Institutos de España, siguiendo el ejemplo dado por el Ministro de Instrucción pública al reorganizar el Doctorado de los estudios históricos; y adición, á las actuales materias de la Facultad de Derecho, de una asignatura referente á las instituciones jurídicas, principalmente políticas, de Portugal y América.

Recíprocamente, creación en los diversos grados de la enseñanza pública portuguesa y americana, de estudios relativos á la Geografía, Historia é Instituciones actuales de España.

Décima. Organización del cambio permanente de publicaciones entre los Centros docentes de las Naciones congregadas, conforme lo ha solicitado de los de América la Universidad de Oviedo, en carta circular inserta en la *Gaceta* de 23 de Julio último.

Oncena. Concentración, en una ó varias Sociedades iberoamericanas, de la circulación y cambio de numerario entre los países convenidos, prescindiendo de la intervención extranjera en todo lo posible, y sobre la base de un desarrollo grande del comercio recíproco.

Duodécima. Aplicación especial de las conclusiones 1.^a, 2.^a, 4.^a, 5.^a, 8.^a, 10.^a y 11.^a á las Repúblicas iberoamericanas para fomentar la intimidad entre ellas, procurando, si fuera posible, la creación de un diario y una revista comunes á todas, que coadyuven al mismo fin que los propuestos en la conclusión tercera.

Rafael Altamira

Oviedo y Octubre de 1900.

III: Medios prácticos para organizar las relaciones hispano-americanas. (Informe presentado y leído á su Majestad el Rey, 1910)

1

Crédito especial para intercambio de profesores con las Universidades hispano-americanas.

Procede, en primer término, la inclusión en los venideros presupuestos generales del Estado, de un crédito especial suficiente para que la Universidad de Oviedo, y las demás españolas que quieran seguir su iniciativa, puedan recibir dignamente y alojar (é indemnizar quizá también de todos ó de parte de los gastos de viaje) á los profesores hispano-americanos que corresponderán al envío de los españoles.

Es indudable que el establecimiento concreto del intercambio de Universidad á Universidad debe ser atribución exclusiva de éstas (y no de ningún otro organismo administrativo ó docente), como ha venido siéndolo el ya establecido con las de Burdeos y Tolosa, y como lo es, sin excepción, en los países europeos (Francia, Alemania, Inglaterra) y americanos (Estados Unidos) que hace años cambian sus profesores. Por lo que se refiere á España, muy especialmente se recomienda ese sistema, tanto porque así se respetará la muestra plausible de iniciativa y de autonomía que han dado algunas de nuestras Universidades, y se impulsará la realización de otros actos de igual naturaleza, como porque cada Universidad es el mejor juez en materia de decidir con qué centros le importa establecer aquellas relaciones, qué profesores y cursos le conviene solicitar y cuáles puede ofrecer, según las circunstancias.

De conformidad con esto, el crédito mencionado deberá repartirse entre las Universidades que *justifiquen haber establecido el intercambio y en la medida de las necesidades que cada una tenga*, según el número de profesores que en cada año reciba. La Universidad de Oviedo, que ha sido la iniciadora de esas relaciones y tiene ya inaugurado su intercambio, solicita desde luego una parte de ese crédito para el próximo año económico, teniendo en cuenta, además, que ya le ha sido anunciada la visita de varios profesores hispano-americanos, entre ellos el señor Director del Museo de Historia Natural de la Universidad de Santiago de Chile, quien se propone dar en Oviedo un grupo de conferencias. No estará de más decir, como prueba del altruismo y desinterés que han guiado siempre á la Universidad asturiana, que sus profesores realizaron á la Universidad de Burdeos, sin ninguna subvención oficial, no habiéndoseles todavía indemnizado de los gastos que hicieron de su particular bolsillo; y que su primer delegado á América ha realizado también su larga excursión sin pensión alguna y gracias, únicamente, á la generosa hospitalidad que le ofrecieron las Universidades hispano-americanas y las colonias españolas. Pero estos sacrificios no pueden repetirse indefinidamente.

En el caso de que para el intercambio se adoptase el sistema de pagar cada Universidad los gastos del profesor que envía y no los del que recibe, el crédito sería igualmente necesario para los españoles que fuesen á América y para las atenciones de cortesía que, de todos modos, corresponde tener con los americanos.

Ese crédito se calcula que no puede ser inferior á 35.000 pesetas.

2

Envío de pensionados para estudiar los diferentes aspectos de la vida social, económica é intelectual de América.

Por iniciativa del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, en Real orden fecha de 16 de Abril próximo pasado, ha quedado resuelto este punto con la natural aplicación

de una parte de las pensiones que concede, previo concurso la Junta para ampliación de estudios creada en Madrid bajo la dependencia de aquel Ministerio.

Dado que en los presupuestos próximos ha de ampliarse considerablemente el crédito relativo á ese servicio, será posible enviar á las naciones hispano-americanas un regular número de pensionados; pues debe tenerse por seguro que el profesorado y la juventud universitaria que normalmente solicitan ese auxilio, responderán al llamamiento especial que para aquel objeto se supone ha de hacer en breve la referida Junta, y que repetirá todos los años.

3

Escuelas de emigrantes.

Es cosa perfectamente sabida de los numerosos españoles residentes en América —el delegado de la Universidad de Oviedo ha podido comprobarlo por sí mismo— que será imposible en lo futuro, á nuestros emigrantes, sostener la competencia con otros países y defender el puesto ventajoso que hoy ocupan en el comercio y en otras esferas de la vida económica, en la mayoría de las naciones de aquel continente, si no se aprestan á luchar con las mismas armas que sus adversarios, y no se preparan para la emigración con aquellos elementos de cultura que condicionan ineludiblemente el éxito pronto y seguro.

Esto exige una preparación especial, práctica, en las Escuelas para emigrantes que ya poseen casi todos los pueblos de emigración; mientras el nuestro continúa yendo á América poco menos que ayuno aún de la instrucción primaria elemental, y reposando exclusivamente en las cualidades nativas de la raza, sobria, tenaz y laboriosa.

La necesidad de esas Escuelas ha sido ya sentida por los mismos emigrantes, y de aquí que hayan comenzado á crearse algunas, en la región del Noroeste, por iniciativa y mediante donativos de indianos generosos. Sirvan de ejemplo las fundadas en Luanco, Colombres, Colunga y otros lugares de Asturias, con intervención y consejo del Rector y profesores de la Universidad ovetense; la de Valle Miñor (Vigo), fundada y sostenida por un grupo de gallegos residentes en la República Argentina; la de Mugardos, que sostienen los naturales de esta villa residentes en Cuba, etc. El delegado de Oviedo ha insistido de manera singular, durante su viaje á los países hispano-americanos, en la propaganda de esas instituciones de cultura, procurando afianzar y extender en la masa de nuestros compatriotas allí residentes, la convicción de la necesidad de tales fundaciones en gran escala y con programa amplísimo, que no se limite á la especialidad mercantil; y puede atreverse á asegurar que su voz ha sido oída y que grandes grupos de aquellas colonias se hallan bien dispuestas para establecer á su costa, ó subvencionar en España, nuevas y cada vez mejores escuelas de aquel género.

Pero si este plausible concurso ha de permitir al Estado el ahorro de sumas cuantiosas necesarias para atender á servicio tan importante, no le exime de orientarlo y tutelarle de algún modo. El mejor de todos sería establecer una Escuela modelo de emigrantes, que serviría de tipo á las fundaciones privadas, cuya buena intención no va en todos los casos suficientemente acompañada de un exacto conocimiento de las condiciones pedagógicas que aquellos maestros deben reunir, según la experiencia de otros países aconseja.

Lógico es pensar que esa Escuela modelo debe implantarse allá donde mayores frutos pueden dar sus ejemplos é iniciativas; es decir, en una de las regiones de mayor emigración consuetudinaria. Asturias lo es; en Asturias se han fundado las primeras Escuelas para emigrantes, fruto de iniciativa privada, y es seguro que se fundarán otras. Natural parece, según esto, que sea allí donde se establezca la modelo indicada y que se conceda á la Universidad ovetense la inspección y tutela pedagógica de ella y de las que vayan creando, en el distrito universitario, la generosidad de los particulares ó el buen sentido de Ayuntamientos y Diputaciones.

Franquicia de Aduanas para los envíos de libros y de material de enseñanza de los centros docentes americanos.

Una de las mayores trabas con que ha tropezado hasta ahora (y seguirá tropezando si no se pone remedio) la comunicación intelectual entre los centros de enseñanza hispano-americanos y los españoles, es el pago de derechos de Aduanas, á veces exorbitantes, á que están sujetos los libros y el material docente que suelen enviar como donativo á nuestras Universidades y escuelas, las de América.

Como las nuestras carecen de fondos para pagar esos derechos, muy á menudo tienen que abonar los envíos y consentir en que se vendan en pública subasta los objetos destinados á la cultura nacional. Ciertamente es que; á veces, se ha logrado —aplicando una disposición vigente sobre material de enseñanza adquirido en el extranjero— la exención de los derechos de Aduana para algún envío americano; pero esto, si es que por excepción se logra, tropieza ordinariamente con tantas dificultades y dilaciones, que hay ejemplos de haber tardado *siete meses* en conseguirse la exención de una caja remitida desde Buenos Aires. Ello estriba en que, por lo común, los centros docentes de América no envían con la anticipación necesaria —y en muchos casos no lo envían en ningún momento—, catálogo ó lista del contenido de las cajas, y no pocas veces ni aun se sabe del regalo hasta que ha llegado á uno de nuestros puertos y de él pasan aviso las agencias; y como las Aduanas exigen declaraciones precisas y una relación minuciosa de libros y objetos que se importan, es imposible satisfacerlas, y oponen obstáculos á la entrada.

Todas estas consideraciones demuestran la necesidad de dictar una disposición general, valedera para todos los casos de envío de publicaciones y muestras de material de enseñanza de los centros docentes hispano-americanos á los españoles, en que se declare *la libre entrada de esos donativos sin más requisito que el aviso de la Universidad ó Escuela destinataria, á la Aduana respectiva*, y aun, si se quieren garantías, con la intervención, en la apertura de los cajones, de la Delegación de Hacienda correspondiente á la localidad en que se reciba el obsequio.

Igualmente podría concederse franquicia para las comunicaciones postales universitarias de España á los establecimientos docentes hispano-americanos.

5

Intercambio de trabajos escolares y material de enseñanza.

Los envíos á que se refiere el número anterior, han sido, hasta la fecha, unilaterales, sin respuesta por parte de España, y esporádicos, sin plan ni regularidad. Pero es indudable que conviene fomentarlos y sistematizarlos, convirtiendo la relación en un verdadero intercambio. Mediante el cual nuestros centros docentes reciban las muestras de los trabajos escolares y del material de enseñanza de las naciones hispano-americanas, y envíen los que aquí se producen y analizan en escuelas primarias y Normales y en las cátedras universitarias y de Institutos.

Teniendo por base la existencia en la Universidad de Oviedo de un Museo Pedagógico, organizado por el señor Rector, el delegado de aquélla hizo gestiones para lograr que varias escuelas é instituciones docentes hispano-americanas, visitadas él envíen á Oviedo, de un modo regular, aquellas muestras de su organización y estudios. Pero es indudable que igual puede conseguirse para con otros establecimientos españoles, y que el Museo Pedagógico Nacional ha de tener especialísimo interés en atraer á sus colecciones ejemplares de los objetos referidos. Quizá convendrá que ese Museo —sin menoscabo de otras iniciativas, siempre respetables— se constituyese en el órgano central de comunicación entre las instituciones de enseñanza españolas y americanas, al efecto del mencionado intercambio; y así se le podría comisionar, encareciéndole la importancia de tal servicio.

Excusado es decir que, tanto el Museo como cualquier otro centro docente que tome sobre sí el establecimiento de ese intercambio, necesitará algún auxilio económico especial

por parte del Estado.

6

Auxilios á las delegaciones de la clase escolar española, para asistir á los Congresos de estudiantes hispano-americanos.

Comienzan á organizarse y reunirse en Congresos pan-americanos los estudiantes de los países de habla española, y á invitar, para que á ellos concurren, á los estudiantes de la Península. La conveniencia de atender á esas invitaciones es notoria, tanto por lo que significa el establecimiento de relaciones directas y personales entre la juventud de una y otra parte, como por el peligro que representaría para la raza y para el porvenir de nuestra civilización, que desamparásemos esa forma de cohesión que los estudiantes norteamericanos se apresuran á aprovechar.

Por tales razones, debe reputarse como de necesidad nacional que se auxilie con créditos especiales á los estudiantes españoles que, elegidos por los Centros en que se verifiquen sus estudios, y con la garantía de éstos, se ofrezcan á acudir al llamamiento de sus colegas hispano-americanos. Las peticiones que en este sentido han hecho ya escolares ovetenses y madrileños para asistir al Congreso escolar argentino del presente año, muestran que la juventud española se ha interesado por esa forma de relación.

Por nuestra parte, ofrece una buena coyuntura para atraer estudiantes americanos la creación de la Residencia y el Patronato escolares á que se refiere el Real decreto de 6 de Mayo corriente, y cuya dirección y tutela corresponde á la Junta para ampliación de estudios; así como la adopción de un acuerdo, ya sugerido y tratado en Méjico con altas autoridades de aquel país, por el delegado de la Universidad ovetense, para organizar en común la vigilancia y tutela de los pensionados españoles y americanos, y seguir el sistema de la Junta referida.

A la Universidad de Oviedo ya le ha sido solicitada la inscripción de matrícula por algún estudiante hispano-americano.

7

Mejoramiento del Archivo de Indias en relación con los proyectados Institutos históricos americanos.

El delegado de la Universidad de Oviedo ha insistido de un modo especial, en sus conferencias de América y en sus conversaciones é informes con altas autoridades docentes y administrativas de aquellos países, sobre la conveniencia de que los Gobiernos hispano-americanos organizasen en España Escuelas ó Institutos históricos (análogos á los que en Roma han creado casi todas las naciones europeas para estudiar los Archivos del Vaticano), cuya tarea principal fuese la investigación sistemática, inventario y copia de documentos relativos á América, que atesoran nuestro Archivo de Indias, el de Simancas y otros.

Como resultado de esa propaganda, el señor Ministro de Instrucción pública de la República de Argentina, Dr. Naón, encargó al referido delegado la redacción de un proyecto, con su articulado y exposición de motivos, para la fundación del Instituto Histórico de la Argentina en España. Ese mismo proyecto, con las consiguientes modificaciones, fue también presentado á los Ministros de Chile, Perú, México.

Muy probable es, con todo esto, que se funde pronto alguno de esos Institutos, cuyo centro principal de trabajo será, naturalmente, el Archivo de Indias. Lo menos que España puede hacer para corresponder dignamente á esas fundaciones, es mejorar las condiciones materiales del Archivo, en el cual, por falta de espacio, existen legajos innumerables amontonados en el suelo, comidos por la humedad y la polilla; sin que el celo y la competencia del personal técnico, que lleva realizados muchos trabajos excelentes de inventario y papeletas, baste á vencer lo que estriba en deficiencias del local mismo.

El contraste entre la solícita labor de los funcionarios del Archivo con el estado de

muchísimos de los documentos y la falta de su buena y segura colocación, sería de pésimo efecto en el ánimo de los eruditos de América y contribuiría, indudablemente, á fortificar la leyenda desfavorable á nuestro país que los hispanófobos no perdonan medio de difundir.

El establecimiento de los referidos Institutos y su desarrollo y prosperidad en España, traerían favorables consecuencias para nuestra cultura y para el afianzamiento de las relaciones intelectuales con América; pues aparte lo que por sí mismos significan, y de la colaboración que en ellos podrían llegar á tener, quizá, nuestros historiadores y eruditos, cabe su entronque con el Centro de estudios históricos que acaba de fundarse en Madrid bajo los auspicios de la Junta para ampliación de estudios y con la Escuela histórica de Roma que la misma Junta proyecta. El ofrecimiento en ambas instituciones de algunas plazas para los estudios hispano-americanos y el natural atractivo que producirá el ver en la dirección y el profesorado de ellas á buenos investigadores y metodólogos que en materia histórica tiene España, y algunos de los cuales, como el Sr. Hinojosa, gozan de fama mundial, serían incentivos serios para enlazar sólidamente los esfuerzos de americanos y españoles en el cultivo de aquella disciplina, que á unos y otros frece amplísimo campo común de trabajo.

8

Establecimiento, en Madrid, de un Centro oficial de Relaciones hispano-americanas.

Todo lo propuesto en los números anteriores no basta para proveer de un modo firme á la necesidad de nuestras relaciones con la América española; y aun pudiera decirse que la misma adopción de todo ó de parte de lo ya referido, exige lógicamente un complemento, que sería más bien núcleo director y unificador de la acción americanista oficial.

En efecto; de un lado, parece ocioso advertir que el problema de nuestras relaciones con América, si en gran parte es de índole intelectual (y debe orientarse en ese sentido para aprovechar el actual movimiento de la opinión en España y América), tiene también otros aspectos, que importa no olvidar nunca; y de otro lado, debe considerarse que desde la supresión del Ministerio de Ultramar, el Estado carece de un órgano especial y apropiado para atender á las múltiples cuestiones que suscita nuestra necesaria, inevitable y provechosa comunicación con los países hispano-americanos. Aun sin salir del campo decente, á que se contrae las páginas anteriores el presente informe, es á todas luces claro que la adopción, establecimiento, dirección y tutela de las instituciones y recursos que se indican en los números precedentes, no puede el Gobierno dejarlos de su mano, ni confiarlos á ningún organismo independiente que actúe fuera de la esfera administrativa. Ciertamente es que para algunos de los servicios referidos —como ya se ha puntualizado más arriba— cabe contar con la acción de un organismo existente, la Junta para ampliación de estudios; pero otros muchos, manifiestamente salen de la jurisdicción y campo de esa Junta, cuya actividad, por otra parte, no sería conveniente desperdigar imponiéndola el cuidado de asuntos no característicos de su especial misión.

Por todas estas razones, impónese la creación de un nuevo centro oficial, Negociado, Sección, Dirección ó como quiera llamársele anejo á un Ministerio y con suficiente libertad y amplitud de horizonte para que no se convirtiese puramente en un rodaje burocrático de expedienteo vulgar. Ese centro se constituiría con carácter técnico-consultivo —a semejanza de las Secciones del Instituto de Reformas Sociales— y tendría á su cargo: tutelar ó inspeccionar las instituciones oficiales que se creasen para atender á las relaciones hispano-americanas; preparar los proyectos de ley y decretos relativos al mismo asunto; evacuar todos los informes que el Gobierno le confíe y asesorar sobre la política general americanista de orden intelectual y económico; mantener, mediante correspondencia, informaciones, cambio de publicaciones oficiales y demás medios, una relación constante con los centros hispano-americanos, con los núcleos de emigrantes españoles y sus Sociedades de carácter general ó regional, y con la representación diplomática y consular de España en aquellos países, para allegar el mayor número posible de datos que ilustren el conocimiento de las cuestiones

americanistas en el orden intelectual, social y económico; servir de órgano de difusión para con el público, de todas las noticias que puedan contribuir á formar una opinión ilustrada y bien dirigida, respecto de las relaciones con América, en los diversos aspectos que interesan al pueblo español, sea ó no emigrante; corresponder con las instituciones de fin análogo creadas en Italia, Francia, Estados Unidos y otras naciones extranjeras, para aprovechar, en beneficio de España, el fruto de la experiencia de aquéllas en cuanto á la orientación y regulación de las relaciones hispano-americanas; atender de un modo especial á la fundación y desarrollo de las Escuelas para emigrantes en la Península, y al engranaje con éstas, de las que establezcan en América los españoles allí residentes; organizar, si se cree necesario, una escuela, ó un grupo de estudios americanistas para el Cuerpo Consular español, con objeto de que éste adquiera la cultura especial necesaria á que su acción en aquellos países sea fructífera, cultura que hoy por hoy, no le suministran los programas de su carrera; concertar sus gestiones, en lo que fuese preciso, con las de otros centros oficiales docentes que realicen funciones de carácter americanista, como las señaladas en los números 1 y 9; y desempeñar, en fin, cualquier otra labor que en lo sucesivo crea el Gobierno conveniente emprender para el mejor resultado de los fines que en este orden se persiguen.

Ese centro técnico, cuya función sería, en resumen y fundamentalmente, unificar la acción americanista española en las varias direcciones que puede y debe tomar, y crearle un órgano especialmente dedicado al estudio y resolución de las cuestiones que se le refieren, es tanto más necesario cuanto que las naciones europeas y americanas que mayor interés tienen en la población y en el desarrollo económico de los países hispano-americanos, cuentan ya con organismos semejantes, y continuamente los robustecen y amplían con nuevas instituciones y mejoras. Los Estados Unidos tiene su espléndida Oficina internacional de las Repúblicas Americanas, cuyo edificio especial valorado en un millón de dólares, ha sido inaugurado recientemente en Washington. Esta oficina está consagrada al fomento del comercio, la amistad y la paz entre las naciones americanas; y, aparte sus diferentes negociados que desempeña un personal técnico numeroso, y la enorme correspondencia (unas 60.000 cartas por año) que sostiene con todos los lugares á que se extiende su acción, publica un Boletín mensual; distribuye miles de folletos, mapas, manuales y otros datos descriptivos impresos relativos á los países americanos; actúa como agencia para conseguir que los diferentes Gobiernos y pueblos se conozcan mejor unos á otros, y celebra de tiempo en tiempo conferencias, en las diferentes naciones, para estudiar los medios conducentes á fomentar la paz, la buena inteligencia y el comercio entre todas ellas. Añádanse á esto los frecuentes viajes realizados con un fin de propaganda á las Repúblicas hispano-americanas por profesores como Mr. Rowe y Mr. Sheperd, y la atención especial dedicada por la Asociación de las Universidades Americanas (*The Association of American Universities*) á las relaciones con los centros docentes y la clase estudiantil de la América española, y se tendrá idea de la poderosa acción americanista de los Estados Unidos coronada últimamente con la fundación en México de una Escuela Internacional de Arqueología Mexicana, por iniciativa de la Columbia University de Nueva York.

Francia ha organizado, de una parte, la Comisión universitaria encargada de establecer relaciones intelectuales íntimas y constantes con las Universidades de la América latina¹, y de otra, el comité *France-Amérique*, presidido por M. G. Hanotaux y editor de la nueva revista *France-Amérique*. Uno y otro centro realizan constantemente gestiones para la ejecución de sus propósitos, y no perdonan ocasión de enviar á América profesores y delegados oficiales como los catedráticos Dumas, Richet y Martenche, el *agregé* M. Egli y el Vicepresidente de la Sociedad de Geografía de Nantes, M. G. Porquier.

Italia se preocupa de sus escuelas para emigrantes, realiza campañas como la del Diputado Ferri, y sigue atentamente la gestión de las demás naciones emigrantes, como lo prueba el reciente informe sobre el viaje del Delegado de la Universidad de Oviedo, enviado á

¹ Véase mi libro *España en América*.

su Gobierno por el Ministro de Italia en Cuba, quien recomienda la adopción de algunos de los medios prácticos preconizados por aquél.

Alemania cuenta con su *Deutsche Colonialschule*, y su Gobierno presta, como es sabido, atención preferente á la penetración germana en los países extraeuropeos²; y, en suma, no hay nación con intereses ó aspiraciones en América, que no se nos haya adelantado en el camino de defender, regular y engrandecer su influencia³.

Si el Estado español continuase inactivo frente á tantos y tan poderosos esfuerzos, la causa de la civilización, del espíritu y de los intereses económicos de nuestra patria en América perdería rápidamente terreno, hasta extinguirse con daño de España y de la misma raza, cuyo solar de origen representa.

El remedio es urgente é indispensable.

9

Creación en Oviedo de una Sección americanista.

Al lado de estas medidas generales, parece justo colocar la ayuda á todas aquellas iniciativas que pueden concurrir á la realización de los mismos fines. Los Gobiernos españoles ya lo han hecho así, por modos diferentes, con la benemérita Unión Ibero-Americana, que recibe una subvención oficial; con la Sociedad libre de estudios americanistas creada últimamente en Barcelona, y con otros centros análogos. No creemos sea mucho pedir que á la Universidad de Oviedo se le auxilie, en recompensa de sus trabajos americanistas y para poder proseguirlos, con un modesto crédito que le permita fundar una Sección americanista, para cuyo sostenimiento carece de fondos, pues ni aun cuenta con la generosa donación que á la Universidad de Santiago de Galicia le permitirá establecer la Biblioteca y Museo americanos.

Esa Sección estaría en Oviedo destinada á:

1.º Colocar, ordenar y ofrecer al servicio público las colecciones de libros de material de enseñanza procedentes de América y de ella traídas en número considerable por el Delegado de la Universidad, así como la organización de la mesa especial de revistas hispano-americanas de Ciencias, Letras y Pedagogía que se reciben en Oviedo.

2.º Dar conferencias y cursos breves sobre Historia, Economía, Derecho, Literatura, Organización social, etc., de las naciones hispano-americanas, con objeto de ilustrar la opinión pública sobre el pasado y el presente de aquellos países.

3.º Verificar envíos de publicaciones españolas en correspondencia de las americanas que se reciben y para responder á las peticiones de textos didácticos y legales que han comenzado á hacerlo varios Gobiernos y Universidades, v. gr., el Gobierno de Colombia, que ha pedido á la Universidad de Oviedo la remisión de las leyes españolas de Instrucción pública, con el fin de reorganizar, sobre la base de ellas, la enseñanza de aquella nación; y el del Perú que, «como consecuencia, dice, del viaje del Sr. Altamira», solicita el envío de libros adaptables á la segunda enseñanza peruana.

4.º Sostener la propaganda española en aquellos países y contestar la enorme correspondencia que suponen éste y los anteriores servicios., así como la organización y mantenimiento del intercambio de profesores y la respuesta á numerosos interrogatorios y consultas que á cada paso llegan de América, desde que se inició la relación universitaria con aquellos pueblos.

La creación y sostenimiento de esta Sección en la Universidad (que carece, repetimos, en absoluto de fondos para esas atenciones) requiere una subvención especial de Estado para pagar gastos de armarios, vitrinas, compra de libros, correspondencia y conferencias, más las

² Véanse detalles por lo que se refiere á las naciones hispano-americanas, en mi libro *España en América*.

³ Con posterioridad á la fecha de este Informe, he adquirido estos dos nuevos datos de la preocupación americanista extranjera: la fundación en Lieja de una Société d'expansion belge vers l'Espagne et l'Amérique Latine, y el proyecto el importantísimo diario londinense *The Times*, de publicar un Suplemento mensual sudamericano, de ahora en adelante.

gratificaciones indispensables al personal necesario. Esa subvención se calcula en la modesta cifra de 5.000 pesetas, respecto de la cual se cuenta ya con la formal promesa del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Sin ella, la Universidad de Oviedo, ni podría aprovechar los frutos del viaje de su delegado, en lo que se refiere á las colecciones traídas, ni hallará medio de ponerlas al servicio público, y se verá, además, obligada á suspender su labor americanista, por no serle posible, ni corresponder á los obsequios de publicaciones, ni siquiera continuar la correspondencia á que se ve solicitada¹.- Oviedo 31 de Mayo de 1910.- *Rafael Altamira y Crevea*.

¹ El informe contenía, además, una parte confidencial relativa á la concesión de distinciones honoríficas á las personas que en América han significado más por su hispanismo y por su apoyo á la iniciativa de la Universidad de Oviedo.

IV: Programa mínimo y urgente (1917)

Resumamos todo lo dicho hasta ahora aquí y en libros anteriores, en forma que pudiéramos llamar *gacetable*.

ORGANIZACIÓN CENTRAL

1. Restablecimiento en el Ministerio de Estado de la sección de Política Americana. En esta sección tendrán necesariamente representación por partes iguales los dos cuerpos de diplomáticos y cónsules. Convendría la agregación de algunas personas peritas en *cuestiones comerciales americanas*, aunque no pertenezcan á esos cuerpos, aplicando lo hecho con las Juntas de Enseñanza y de Historia y Geografía de Marruecos. Desde luego, los diplomáticos y cónsules deben haber servido en América y poseer el *inglés*.

2. Redistribución de los Consulados en América, aumentando su número en las naciones donde es mayor, más poderosa y mejor recibida nuestra emigración y más importantes, de momento y en porvenir próximo, las relaciones comerciales. Si es preciso crear alguno más, no vacilar.

3. Hacer cumplir lo ordenado en punto á la obligación de todo individuo del cuerpo consular y del diplomático, de servir cierto tiempo en América.

4. Creación del servicio de vigilancia de Consulados y Viceconsulados. Hay muchos cónsules y vicecónsules no nacionales, que descuidan su misión, trabajan contra España ó se han desprestigiado por quiebras (la mayoría son comerciantes). A esto no se le pone hoy remedio.

5. Reforma del Instituto Diplomático y Consular dependiente del Ministerio de Estado, en el sentido de: 1.º Completar el plan de sus enseñanzas, acentuando la especialización americana como lo está ya la marroquí.¹ 2.º Asegurar la utilización por el Estado de los funcionarios allí formados. España es el *único país del mundo* con intereses coloniales que no se cuida de *especializar* á sus funcionarios de este orden, ó que si lo hace (como en la Sección Marroquí de aquel Instituto), *no los utiliza* en lo que sirven, y continúa nutriendo el cuadro de sus empleados en Marruecos y de sus cónsules en América con personal tomado indistintamente de los cuerpos peninsulares no diferenciados y del cuerpo general de cónsules, sin pedirles tampoco preparación particular en relación con el país en que van á prestar servicio

CUESTIONES DE NUESTROS EMIGRANTES

1. Condensar y renovar nuestras leyes referentes á la emigración, tomando como modelo las italianas.

2. Reformar el Consejo Superior de Emigración.

3. Resolver de una vez la cuestión de los reclutas españoles emigrados.

4. Crear escuelas preparatorias para emigrantes, según el tipo de las que la iniciativa privada ha establecido en Asturias y Galicia, con alguna reforma.

5. Autorizar el establecimiento de escuelas y colegios españoles en los países de emigración, según han solicitado ya los españoles de la Argentina y Méjico, engranando sus estudios con los españoles, para que puedan los hijos de nuestros emigrantes continuar cuando les convenga esos estudios en la Península.

¹ Algo de esto se ha iniciado en la última reforma del programa.

6. Estudio inmediato de la condición política del emigrante, para resolver qué es lo que conviene: si procurar que conserven ó puedan readquirir fácilmente su condición de ciudadanos españoles (petición de una gran parte de ellos en la Argentina), ó que se gestione la ciudadanía en el país á que se emigra (sistema alemán). De un modo ú otro hay que resolver esta cuestión, que constituye una de las más agudamente planteadas por nuestros emigrantes. Consideración especial del problema de su representación parlamentaria.

CUESTIONES ECONÓMICAS

1. Celebración de convenios comerciales, aprovechando las circunstancias presentes, en todos los sitios y con relación á todas las materias en que convenga y sea posible. Como regla en esto, no desperdiciar ocasión ni dejar de hacer lo particular por esperar á la obtención de un convenio general.

2. Ponerse al habla con las representaciones más autorizadas de nuestro comercio y de nuestra banca, para lograr de ellas (ayudando el Estado en lo que le corresponda):

a) El envío sistemático de viajeros para conocer el mercado americano directamente, como hacen los alemanes, los franceses, etc. Proceder en esto rápidamente.

b) El establecimiento de depósitos de mercancías españolas (muestras y cantidades para la venta) en todas las grandes plazas, poniéndose de acuerdo con los comerciantes y hombres de negocios de ellas. En Nueva York ha habido ya planes para esto. Los norteamericanos lo están haciendo así ya en América del Sur.

c) La divulgación del anuncio español en América y la facilidad de información en las agencias de negocios españoles establecidas en América. Hoy día, por punto general, no es posible *nunca* que una agencia española (las de vapores, verbigracia) dé informes *seguros* respecto á sus propios servicios. Esto es falta de organización y desprestigia.

d) Reforma del crédito comercial para poder competir con franceses, alemanes é ingleses. Ya lo están reformando los norteamericanos.

e) Recepción franca de los valores americanos cotizados en bolsas españolas, para el cómputo de las rentas de senadores; cuestión planteada ya en la Comisión de Actas del Senado¹.

DEFENSA DEL IDIOMA É INTERCAMBIO INTELECTUAL

1. Dedicar una parte considerable del crédito que para escuelas privadas existe en el presupuesto actual, á las de españoles en el extranjero, como único medio de defender la continuidad de nuestro idioma y de nuestra cultura.

Así lo hacen las demás naciones, incluso en España.

2. Reciprocidad de títulos, lo más amplia posible, con todos los países de América. Compilar en un solo decreto, para que se perciba con toda claridad, lo legislado hasta ahora sobre ese punto, como base.

Organizar el intercambio, prestando medios á toda propuesta que se nos haga (ya las hay de Universidades norteamericanas), para poderlas cumplir por nuestra parte. Existe crédito en los actuales presupuestos; pero hay que *movilizarlo*.

4. Facilitar la formación en Sevilla de escuelas históricas americanas para el estudio sistemático del Archivo de Indias. Hace años se redactó un proyecto formulado en artículos, y existe un acuerdo de la Universidad de California para crear la primera de esas escuelas. Se puede lograr, seguramente, que varias naciones suramericanas las establezcan.

¹ Lo substancial de esta parte del programa, con indicaciones prácticas, está desarrollado en mi conferencia sobre "Relaciones económicas de España con América", dada en el Ateneo Mercantil de Valencia el día 12 de Mayo último.

5. Hacer que el Museo Pedagógico Nacional cumpla la Real orden de Abril de 1910, dándole fondos para esto. (Intercambio de material de enseñanza.)

6. Facilitar el envío de pensionados á todos los países de América. No se sabe por qué razón la Junta para Ampliación de Estudios es reacia á estas pensiones; pero no creo que, hoy por hoy, haya otras de más provecho para nuestra juventud. Es preciso enviar allí gentes con largueza, y no sólo intelectuales y para estudios *científicos*, sino comerciantes, periciales, economistas, etc., para el conocimiento de las organizaciones de negocios y empresas, y de las costumbres comerciales, que no se aprenden en los libros ni se desprenden, como una consecuencia indeclinable, del saber matemático. Lo que Fomento hace con los ingenieros en punto á los Estados Unidos, debe hacerlo Instrucción pública con muchos de los profesionales que de este Ministerio dependen.

FACILIDAD DE COMUNICACIONES

1. Establecimiento del servicio de paquetes postales con todos los países de América. Comenzado esto, no hay más que ampliarlo, procurando que nuestro servicio sea, por lo menos, tan fácil y amplio como el de los otros países europeos.

2. Envío directo, por puertos y buques españoles, de nuestro correo para América, en vez de ir y venir por Lisboa. Se quejan de esto mucho en América.

3. Impulsar la aprobación de las líneas rápidas de ferrocarriles desde nuestros puertos de llegada de América (Vigo, Coruña, etc.), al centro, y entronque con las comunicaciones europeas.

4. Impulsar el establecimiento de las líneas de vapores españoles por Panamá, para el servicio de las repúblicas del Norte del Pacífico, y Mediterráneo-Chile para ésta. Sobre una y otra hay gestiones pero no se deben dejar marchitar.

5. Servicio de libros españoles directo con las repúblicas americanas. Hasta antes de la guerra era más rápido pedir libros españoles por intermedio de París ó de Leipzig.

6. Cable español con América.

V: Registro de las asistencias a las actividades de Rafael Altamira en México 1909-1910

Nombres	Grupo	Número de asistencia
Jesús Acevedo	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Catalina Altamirano de Casasús	Elite porfirista	2
Alfredo Alvarado	Elite porfirista	1
Francisco Alvarado	Colectividad española	3
Roberto Argüelles	Ateneístas, estudiantes y artistas	2
Miguel V. Ávalos	Elite porfirista	1
Leopoldo Batres	Elite porfirista	4
Salvador Batres	Elite porfirista	1
Joaquín Beltrán	Elite porfirista	3
Manuel Calero	Elite porfirista	2
Gino Calza	Diplomáticos y extranjeros	1
María Enriqueta Camarillo de Pereyra	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Alberto Campero	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Eustoquio Campomanes	Colectividad española	1
Mariano Canseco	Elite porfirista	1
Joaquín D. Casasús	Elite porfirista	6
Antonio Caso	Ateneístas, estudiantes y artistas	5
Erasmus Castellanos Quinto	Elite porfirista	3
Víctor Manuel Castillo	Elite porfirista	4
Ezequiel A. Chávez	Elite porfirista	23
Feliciano Cobían	Colectividad española	2
Eduardo Colin	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Bernardo de Cologan	Colectividad española	12
Ramón Corral	Elite porfirista	2
Eduardo del Corral	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Alfonso Cravioto	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Enrique C. Creel	Elite porfirista	1
Carlos Díaz	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Porfirio Díaz	Elite porfirista	4
Porfirio Jr. Díaz	Elite porfirista	2
Durán	Colectividad española	1
Joaquín Eguía	Elite porfirista	1
Luis Elguero	Elite porfirista	2
Rafael Elguero	Elite porfirista	1
Artemisa Elizondo	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
María Luisa Escobar de Rocabrana	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Roberto Esteva Ruíz	Elite porfirista	1
Isidro Fabela	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Fernández	Colectividad española	1
Justino Fernández	Elite porfirista	2
Jesús Flores Magón	Elite porfirista	1

Federico Gamboa	Elite porfirista	2
Genaro García	Elite porfirista	3
Jacinto S. García	Diplomáticos y extranjeros	5
Nemesio García	Ateneístas, estudiantes y artistas	3
Paz García	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Telésforo García	Colectividad española	15
Gonzalo Garita	Elite porfirista	1
Ángel Gaviño	Elite porfirista	1
Carlos González Peña	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Julio Guerrero	Elite porfirista	2
Tomás Gutierrez	Elite porfirista	1
Ricardo Guzmán	Elite porfirista	1
Pedro Henríquez Ureña	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Manuel Herrera	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Kuma Horigoutchi	Diplomáticos y extranjeros	1
Ramón Icaza	Elite porfirista	1
Leopoldo Kiel	Elite porfirista	1
León Kuhn	Elite porfirista	1
Esteban Lamadrid	Elite porfirista	1
Guillermo Landa y Escandón	Elite porfirista	1
Miguel Lanz	Elite porfirista	2
José Larín	Colectividad española	1
Carlos Lazo	Elite porfirista	2
José Yves Limantour	Elite porfirista	2
Rafael López	Ateneístas, estudiantes y artistas	2
Carlos Lozano	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Miguel S. Macedo	Elite porfirista	8
Pablo Macedo	Elite porfirista	12
Luis Mac-Gregor	Ateneístas, estudiantes y artistas	2
Vicente Mac-Gregor	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Juan Mansilla	Elite porfirista	1
Baltasar Márquez	Colectividad española	2
Antonio Martín	Diplomáticos y extranjeros	1
Bruno Martínez	Elite porfirista	1
Miguel F. Martínez	Elite porfirista	4
Raybandi Massiglla	Diplomáticos y extranjeros	1
Joaquín Méndez	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Luis Méndez	Elite porfirista	2
Cristina Méndez de Regil	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Olegario Molina	Elite porfirista	2
Gonzalo de Murga	Elite porfirista	2
Gerardo Murillo	Elite porfirista	1
Ezequiel Padilla	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Emilio Pardo	Elite porfirista	2
Gabriel Parra	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Manuel de la Parra	Ateneístas, estudiantes y artistas	1

Porfirio Parra	Elite porfirista	4
Severino Peleteiro	Colectividad española	1
Carlos Pereyra	Elite porfirista	4
Fernando Pimentel	Elite porfirista	1
Rosendo Pineda	Elite porfirista	1
Manuel M. Ponce	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Antonio de Presno	Colectividad española	1
Ramón Prida	Elite porfirista	1
Adolfo Prieto	Colectividad española	1
Alfonso Pruneda	Elite porfirista	4
Gonzalo E. Reyna	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Alfonso Reyes	Ateneístas, estudiantes y artistas	2
Rodolfo Reyes	Elite porfirista	1
Felipe Robertson	Elite porfirista	1
Carlos Robles	Elite porfirista	1
José Rocabruna	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Agustín Rodríguez	Elite porfirista	1
José Romero Dusmet	Colectividad española	1
José Sainz	Colectividad española	1
Victoriano Salado	Elite porfirista	3
Luis Salazar	Elite porfirista	3
Jesús Sánchez	Elite porfirista	1
Juan José Sánchez	Ateneístas, estudiantes y artistas	2
Indalecio Sánchez Gavito	Colectividad española	2
Vicente Sánchez Gavito	Elite porfirista	1
José Sánchez Ramos	Colectividad española	6
Saturnino Sauto	Colectividad española	1
Miguel E. Schulz	Elite porfirista	1
Justo Sierra	Elite porfirista	29
Justo Jr. Sierra	Elite porfirista	1
Rafael Sierra	Elite porfirista	1
Demetrio Sodi	Elite porfirista	1
Francisco Sordo	Colectividad española	1
Manuel Suárez	Colectividad española	1
Rogelio Suárez	Colectividad española	2
Hilario Teja	Elite porfirista	1
José Terrés	Elite porfirista	1
Gregorio Torres Quintero	Elite porfirista	2
Julio Torri	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Manuel Toussaint	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Luis G. Urbina	Elite porfirista	2
Jesús Ureta	Elite porfirista	1
Manuel Uribe Troncoso	Elite porfirista	1
Francisco Valle	Colectividad española	1
José Vasconcelos	Ateneístas, estudiantes y artistas	1
Refugio Velasco	Elite porfirista	1

Jorge Vera	Elite porfirista	1
Manuel Vico	Colectividad española	2
José Visozo	Colectividad española	1
Filiberto Viveros	Ateneístas, estudiantes y artistas	1